ELEMENTOS

DE

SINTAXIS CASTELLANA

Y TEXTO DE LECTURA PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE

Obra adaptada a los Programas Vigentes
en los Colegios Nacionales y Establecimientos similares,
aprobada por el Ministerio de Instrucción Pública

POR

RENÉ BASTIANINI

Vicerrector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario
y Rector del Colegio Nacional "Bartolomé Mitre"
anexo a dicho Instituto

EDICIÓN REVISADA

Buenos Aires
CABAUT y Cía. — EDITORES
"Librería del Colegio" — Alsina y Bolívar
1935

ELEMENTOS

DE

SINTAXIS CASTELLANA

Y TEXTO DE LECTURA
PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE

DONACION
OMAR GARDET
Y FAMILIA

DEL MISMO AUTOR

ELEMENTOS DE PROSODIA Y ORTOGRAFIA CASTELLANA y texto de lectura para el curso correspondiente.

Obra adaptada a los programas vigentes en los Colegios Nacionales y establecimientos similares..... 1 tomo

ELEMENTOS DE ANALOGIA CASTELLANA y texto de lectura para el curso correspondiente.

Obra adaptada a los programas vigentes en los Colegios Nacionales y establecimientos similares..... 1 tomo

COMPENDIO DE LA GRAMATICA CASTELLANA.

Texto adaptado a la enseñanza de las Escuelas Comunes, Normales, Especiales; etc. ..... 1 tomo

CURSO DE HISTORIA DE LA LITERATURA CASTELLANA.

Tomo I.º: Desde los orígenes al Siglo XVI. Buenos Aires, 1922.

LECTURAS Y BIOGRAFIAS DE AUTORES ESPAÑOLES Y AMERICANOS.

Antología metódica en la cual se han reunido, aumentándolas con otras más, las lecturas y biografías agregadas a los tres tomos de los ELEMENTOS del autor, Buenos Aires, 1924 ..... 3 tomos

TABLAS DE LA PREPOSICION CASTELLANA.

Modelos de uso castizo de la preposición castellana, tomados de los mejores autores..... 1.er fascículo

EN PREPARACION:

CURSO DE HISTORIA DE LA LITERATURA CASTELLANA

ELEMENTOS DE SINTAXIS

CASTELLANA

Y TEXTO DE LECTURA PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE

OBRA ADAPTADA A LOS PROGRAMAS VIGENTES
EN LOS
COLEGIOS NACIONALES
Y ESTABLECIMIENTOS SIMILARES
APROBADA POR EL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

POR

RENÉ BASTIANINI

VICERRECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL DEL PROFESORADO SECUNDARIO
Y RECTOR DEL COLEGIO NACIONAL "BARTOLOMÉ MITRE"
ANEXO A DICHO INSTITUTO



EDICION REVISADA

Buenos Aires
CABAUT y Cía. — EDITORES
"Librería del Colegio" — Alsina y Bolívar
1935

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAES

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso

PRÓLOGO

La presente obra, fruto en su forma actual de largos tanteos y reiteradas experiencias, responde al logro de tres principales objetivos didácticos, cuya coherencia entre sí resulta evidente con sólo enunciarlos.

Son ellos: suministrar en primer término una base teórica sistematizada de nociones gramaticales; ofrecer luego abundante material de lecturas con que ilustrar aquellos preceptos teóricos, o de donde inferirlos cuando así parezca oportuno y conveniente; y, por fin, ir iniciando de paso y desde el principio a los alumnos en el conocimiento ordenado de la Literatura peninsular y americana.

En cuanto al primero de los enunciados propósitos, lo hemos encarado cuidadosamente desde el doble punto de vista de la calidad y la cantidad de las nociones incluídas, no admitiendo ninguna regla o norma que no pudiera justificarse ampliamente con ejemplos tomados de los buenos autores o del habla correcta, y ajustando la materia expuesta al tiempo disponible para desarrollarla y explicarla con toda holgura y provecho.

Por lo que se refiere al segundo punto, sólo agregaremos que la iniciativa de reunir en un solo volumen la parte gramatical del programa y las lecturas destinadas a la ejercitación de los alumnos, responde a fines

de orden práctico evidentes, sin excluir por cierto las lecturas libres que puedan estimarse oportunas en cualquier forma o momento.

Por fin, para llegar al último de los tópicos expresados más arriba, hemos creído muy importante someter las lecturas a realizarse a un plan metódico, adoptando una ordenación cronológica y por géneros literarios de los autores y trozos incluídos, con lo cual sin esfuerzo ni pérdida de tiempo es posible ir logrando insensiblemente una visión de la historia literaria nada despreciable, máxime si el trabajo se repite en cada uno de los cursos de Gramática del plan de estudios, como es muy factible hacerlo.

Más no creemos necesario añadir, pues lo dicho resume nuestros propósitos cardinales; el alcanzarlos será obra de inteligencia y de constancia, de lento y metódico esfuerzo, como cumple a toda labor de resultados estables.

R. B.

ELEMENTOS
DE
SINTAXIS

SECCIÓN PRIMERA

CONCEPTO, PARTES E IMPORTANCIA DE LA SINTAXIS Y OTRAS NOCIONES PREVIAS

CAPÍTULO I

CONCEPTO, PARTES E IMPORTANCIA DE LA SINTAXIS

Concepto. — 1] La ciencia y el arte de hablar y escribir correctamente, o sea la Gramática, no se agota ni mucho menos con las partes estudiadas hasta aquí, es decir la *Prosodia,* la *Ortografía* y la *Analogía;* sino que ofrece aún problemas de la mayor importancia, que no hallan cabida dentro de los límites de ninguna de aquellas partes. Ahora bien: todos esos problemas son precisamente los que juntos forman la última de las partes en que hemos dividido la Gramática, es decir la SINTAXIS, cuyo concepto puede adelantarse desde ya, diciendo que *es la parte de la Gramática que después de estudiar los elementos y conjuntos que el análisis ideológico descubre en nuestra elocución, considera y analiza todas las cuestiones a que*

dan lugar las palabras en su relación unas con otras dentro de esos conjuntos, y estos últimos entre sí.

Sintaxis regular y Sintaxis figurada. — 2] La Sintaxis puede ser de dos clases, *Regular* y *Figurada.*

3] La *Sintaxis Regular* es la del habla habitual y corriente.

La *Sintaxis Figurada* comprende el estudio de las formas o *Figuras* de que nos valemos para embellecer, diversificar o conferir mayor eficacia a nuestra expresión hablada o escrita.

División de la Sintaxis Regular: Concordancia, Régimen y Construcción. — 4] La Sintaxis regular consta de tres partes: la *Concordancia,* el *Régimen* y la *Construcción.*

a] La *Concordancia* establece la armonía que debe haber entre los accidentes de las palabras variables en la oración.

b] El *Régimen,* en cambio, considera todo lo relativo a la dependencia de los vocablos y conjuntos gramaticales unos de otros.

c] La *Construcción,* a su vez, dilucida todo lo referente al orden y cantidad de las palabras y entidades gramaticales con que nos expresamos.

División del presente curso. — 5] Para el mejor estudio de la materia indicada más arriba, empezaremos dedicando toda la Sección Primera de este curso a las *Nociones Previas* necesarias.

6] Luego en el Primer Libro de la Sección Segunda, estudiaremos la *Sintaxis Regular.*

7] A la *Sintaxis Figurada* dedicaremos después el Segundo Libro de la mencionada Sección.

8] Y, por fin, en el Libro Tercero de la misma, estudiaremos las faltas a las reglas y las extralimitaciones a las franquicias de la Sintaxis regular, o sea los *Vicios de Sintaxis.*

Importancia de la Sintaxis. — 9] Basta la sola enumeración de los puntos cuyo estudio abarca la Sin-

taxis, para establecer que, de todas las partes de la Gramática, es sin duda la más importante.

Ahondando el tema, se irá haciendo cada vez más evidente esta impresión inicial; y se verá que nunca llega la Gramática más cerca de la vida del idioma que en la Sintaxis, puesto que solamente allí encara los problemas de su íntima organización; y se advertirá también con toda evidencia que entre las reglas gramaticales son las sintácticas las más importantes, las de aplicación más corriente, y aquellas cuya ignorancia entraña mayores perjuicios para la pureza y elegancia del idioma.

CAPÍTULO II

OTRAS NOCIONES PREVIAS

I. DE LA FRASE

Definición de la frase. — 10] Se llama FRASE *todo conjunto solidario de palabras, entre las cuales no hay ningún verbo en modo personal.* Serán, pues, frases: *tener hambre; extremadamente blanco; privado de la vista; hacer eso; pagar esa deuda; llegar tarde a la estación,* etc.

Hay una clase especial de frases que el uso ya nos da formadas, y que por lo tanto no podemos modificar; esas frases ya invariables se llaman *locuciones;* tales son: *a la chita callando; darse por aludido; a la buena de Dios; de antemano; sin embargo; con tal que; así como,* etc.

II. DE LA ORACIÓN O PROPOSICIÓN

Definición de la oración. — 11] Siendo la *oración* o *proposición* algo así como la unidad sintáctica fundamental y elemento necesario de otras formaciones más complejas, y volviendo su mención a cada paso en esta parte de la Gramática, es indispensable tener de ella un concepto claro, expresado en una definición amplia y rigurosa.

12] En tal sentido, la definiremos diciendo que, para nosotros, será ORACIÓN *toda expresión, oral o escrita, en la cual* SE DICE *algo de algo o de alguien;* sin que importe averiguar si forma o no sentido completo de por sí.

Damos a continuación algunos ejemplos de oraciones, donde hemos separado para mayor evidencia los dos elementos componentes mediante una línea vertical: *Juan | estudia. Yo | leo. Los granaderos a caballo | son la epopeya de la revolución de la Independencia.* (SARMIENTO.) *San Martín, | como ser físico, poseía una figura arrogante, altiva y en todo militar.* (BENJAMÍN VICUÑA MAKENNA.) *D. Pedro de Mendoza, natural de Guadix, gentilhombre de cámara del Emperador, | acababa de regresar de Italia.* (LUIS L. DOMÍNGUEZ.) *¿Y la archiduquesa de Austria, | era o no católica apostólica romana?* (MONTALVO.) *¿Quién | supiera escribir!* (CAMPOAMOR.) *La democracia, | pues, no es el despotismo absoluto de las masas.* (ECHEVERRÍA.)

13] En la anterior definición, habrá podido observarse que hemos sustituído la fórmula habitual *se afirma,* por esta otra mucho más amplia: *se dice.* Y, en efecto, aunque en todas las oraciones *se dice* algo, no en todas ni mucho menos *se afirma;* lo cual se comprueba por los tres ejemplos postreros del párrafo anterior, en el primero de los cuales *se pregunta,* mientras *se expresa un deseo* en el segundo y en el último *se niega,* que es precisamente lo contrario de afirmar. Ahora bien, las ideas de *preguntar, expresar deseos, negar,* y tantas otras que no caben en la idea de *afirmar,* muy bien se incluyen en la de *decir.*

14] En una oración puede decirse:

1.º Algo simple de algo simple. Como ejemplo de estas oraciones pueden tomarse las siguientes: **Juan** | **lee. Elpinice,** *hermana de Cimón* | *no* **fué** *tan dichosa.* (MONTALVO.) *El* **cóndor** | **reina** *en los Andes.*

2.º Algo compuesto de algo simple: **Juan** *mi her-*

mano | lee, comprende *y* aprovecha. *La* propiedad engrandece *y* dignifica *al hombre.* (N. AVELLANEDA.) *El* correo *ordinario de Chile* | ha confirmado *las noticias de la instalación de su junta y* presenta *a los buenos patriotas el consuelo de ver íntimamente unido a la gran causa de la América aquel poderoso reino.* (M. MORENO.)

3.° Algo simple de algo compuesto, como en: Juan, Pedro *y* Diego | leen. Benthon, Seward, Lincoln, *los hombres más notables y populares de la Unión* | han figurado *al frente de este movimiento.* (N. AVELLANEDA.)

4.° Algo compuesto de algo compuesto: Juan, Pedro *y* Diego | leen, comprenden *y* aprovechan. *El* profesor *de Ciencias Naturales y sus* alumnos *de quinto año* | realizaron *últimamente una provechosa excursión al Tigre y* prometieron *volver el mes próximo.*

15] En toda oración, aquello de que se habla se llama *sujeto;* y lo que se dice del sujeto es el *atributo.* En todos los ejemplos anteriores, el sujeto es lo que está antes, y el atributo lo que viene después de la línea vertical con que hemos dividido cada oración en dos partes. Lo cual no quiere decir que siempre en todas las oraciones el sujeto preceda al atributo, pues al contrario es muy frecuente que esto no ocurra, como puede advertirse en las siguientes: *A la policía debió el desgraciado Miyar su triste fin.* (LARRA.) *Difíciles de explicar son las causas de este fenómeno histórico.* (VALERA.) Oraciones éstas donde los sujetos son, respectivamente: *El desgraciado Miyar* y *Las causas de este fenómeno histórico,* y los atributos: *Debió a la policía su triste fin,* para la primera, y *Son difíciles de explicar,* para la segunda.

16] Nuestra definición del *atributo* es la que admiten casi todos los autores; mas no así la que damos del *sujeto.* Para casi todos los gramáticos, la característica del *sujeto* está efectivamente en que *ejecute*

la acción del verbo; ahora bien, preguntamos: ¿qué acción del verbo ejecuta el sujeto *las hojas,* en la oración *las hojas caen,* y el sujeto *Pedro,* en la oración *Pedro es golpeado por Juan?* Bastan estos ejemplos para comprender que el sujeto *no ejecuta* necesariamente la acción del verbo, mientras que *siempre es aquello de que se dice algo.*

Haremos, pues, de acuerdo en esto con Cejador, una distinción bien marcada entre *sujeto* y *agente*: *sujeto* será lo que ya hemos dicho; y *agente,* el que ejecuta la acción del verbo. Así, en la oración *Pedro es golpeado por Juan,* el *sujeto* será *Pedro,* y el *agente, Juan;* en la oración *Las hojas caen, las hojas* será *sujeto,* pero no *agente;* y, por fin, en la oración *El águila vuela, el águila* será a un tiempo *sujeto* y *agente,* es decir *sujeto agente.*

17] De cómo hemos definido la oración se desprende necesariamente que *no puede haber oración sin verbo en modo personal;* pues sólo empleando un verbo en tales condiciones es dable *decir* algo de algo.

Es lícito añadir, además, que en cada oración lo corriente y casi general suele ser que no haya sino *un solo* verbo en modo personal; pero esta segunda condición *no es absoluta,* como habrá podido advertirse por algunos de los ejemplos dados en 14]. Lo que sí debe exigirse, es que los verbos cuando sean más de uno se refieran *a la totalidad* del sujeto, pues si así no fuese ya no habría una oración sola, sino más de una. Así verbigracia, decimos que: *Las altas* cualidades *morales* causan *admiración e* infunden *respeto,* es una sola oración, a pesar de tener dos verbos en modo personal, por referirse ambos a la totalidad del sujeto, representado por la palabra *cualidades;* y lo mismo afirmamos de: Juan, Pedro *y* Diego leen, comprenden *y* aprovechan, pues cada uno de los verbos *leer, comprender* y *aprovechar* se refiere por igual a *Juan,* a *Pedro* y a *Diego.* En cambio diremos que hay dos oraciones en *Juan lee y Pedro juega,* por

referirse el primer verbo sólo a *Juan,* y sólo a *Pedro* el segundo.

18] No puede haber oración sin sujeto y atributo, aunque sí existen oraciones en que el sujeto no se expresa, o sea *oraciones de sujeto tácito,* como por ejemplo: *Tengamos presente lo dicho,* donde el sujeto es *nosotros;* o aquellas otras formadas exclusivamente por verbos neutros sin sujeto expreso, que indican fenómenos de la naturaleza, como son: *amanecer llover, tronar, relampaguear,* etc.

En estas últimas alguien se ha fundado para combatir la definición de oración en que el sujeto entra como elemento necesario, sosteniendo que oraciones como *amanece, lloverá, tronó, relampaguea,* no tienen sujeto alguno, ni expreso ni tácito. Mas con muchos visos de razón demuestra Cejador que sí lo hay, y que cuando decimos *amanecerá,* el sujeto es *lo que amanecerá,* es decir, ni más ni menos que *la mañana,* sujeto tácito y como embebido en el verbo; lo mismo sucede con *llueve,* donde el sujeto es *lo que llueve,* es decir *el agua lluvia;* y otro tanto dígase, variando los términos, de *truena, relampaguea,* y todas las oraciones de esta clase.

Partes esenciales de la oración; sujeto y atributo gramaticales simples y compuestos. — 19] En toda oración, si se considera el sujeto de la misma, siempre se dará en él por lo menos con un término irreducible, que expresa precisa y escuetamente aquello de que se habla; y a veces se hallará más de uno de dichos términos. Volvamos a tomar de nuevo la oración: **Elpinice,** *hermana de Cimón| no fué tan dichosa.* En el sujeto de esta oración no es difícil advertir que la palabra principal e irreducible, en la cual viene a condensarse como en un foco todo el sentido del sujeto, es la palabra *Elpinice.*

En cambio, en el sujeto de la oración: *El* profesor *de Ciencias Naturales y sus* alumnos *de quinto año realizaron últimamente una provechosa excursión al*

Tigre, y prometieron volver el mes próximo, los términos principales irreducibles son dos: *profesor* y *alumnos.*

20] Ahora bien: esos términos irreducibles, que son como foco y núcleo y la parte principal del sujeto considerado en su totalidad, son lo que se llama el **sujeto gramatical.**

21] El sujeto gramatical formado por uno solo de dichos términos irreducibles, se llama *sujeto gramatical simple,* cualquiera que sea por lo demás, el número de los términos de otra clase de que se halle acompañado. Entre las oraciones citadas hasta aquí, tienen sujeto gramatical simple, por ejemplo, las siguientes: **Juan,** *mi hermano,* | *lee, comprende y aprovecha. Las altas* **cualidades** *morales* | *causan admiración e infunden respeto.*

22] En cambio, el sujeto gramatical en cuya formación entra más de uno de dichos términos, se llama *sujeto gramatical compuesto.* Entre las aludidas oraciones, tienen sujeto gramatical compuesto, las siguientes: **Benthon, Seward, Lincoln,** *los hombres más notables y populares de la Unión,* | *han figurado al frente de este movimiento. El* **profesor** *de Ciencias Naturales y sus* **alumnos** *de quinto año* | *realizaron últimamente una provechosa excursión al Tigre, y prometieron volver el mes próximo.*

23] Con el atributo, ocurre absolutamente lo mismo que con el sujeto; es decir, que será **atributo gramatical** el término principal o irreducible del atributo entero, o el conjunto de dichos términos, en el caso de que hubiere más de uno. Así en la oración: *El cóndor* | **reina** *en los Andes,* el atributo gramatical será la palabra *reina;* y lo serán los términos *ha confirmado* y *presenta* en la oración: *El correo ordinario de Chile* | **ha confirmado** *las noticias de la instalación de su junta, y* **presenta** *a los buenos patriotas el consuelo de ver íntimamente unido a la gran causa de la América aquel poderoso reino.*

24] Casi no es necesario decir que el atributo gramatical de la primera de las dos oraciones citadas en el párrafo anterior es un *atributo gramatical simple*, por constar de un solo término principal; y que es *atributo gramatical compuesto* el de la segunda, por constar de más de uno de dichos términos.

25] Sólo falta añadir que el término principal del atributo es siempre un verbo en modo personal; o, dicho de otro modo, que el *atributo gramatical* siempre se reduce a uno o más verbos en modo personal: uno cuando es *simple;* más de uno cuando es *compuesto.*

26] Se comprenderá ahora por qué sostuvimos en 17] que podía haber oraciones con más de un verbo en modo personal; podemos añadir ahora que esas oraciones son las de atributo gramatical compuesto.

Es cierto que los gramáticos suelen decir, y con razón, que esas oraciones pueden desdoblarse en tantas otras de atributo gramatical simple cuantos verbos en modo personal contienen; añadiremos a esto que los sujetos gramaticales compuestos se prestan al mismo desdoblamiento; de donde resulta que, en rigor, una oración de sujeto y atributo gramaticales compuestos, como por ejemplo: *Juan y Pedro | leen y aprovechan,* puede, por desdoblamiento, dar origen a tantas oraciones cuantas combinaciones son posibles entre sus diferentes sujetos y atributos gramaticales simples, es decir, a las cuatro siguientes, para el caso considerado: *Juan lee, Juan aprovecha, Pedro lee y Pedro aprovecha,* que en conjunto vienen a significar lo mismo que *Juan y Pedro leen y aprovechan;* pero hay más todavía, y aunque no sea éste precisamente el lugar de tales consideraciones, convendrá, sin embargo hacerlas desde ya, para dejarlas bien sentadas de una vez: queremos decir que si se entra a admitir estos desdoblamientos, es increíble hasta qué punto pueden formarse nuevas oraciones a base de simples términos de una oración fundamental; véanse, si no, algunos ejem-

plos: *Es un hombre rico y de malas intenciones,* daría por desdoblamiento: *Es un hombre rico* y: *es un hombre de malas intenciones. El grande y vasto imperio ha sucumbido,* originaría: *El grande imperio ha sucumbido,* y: *El vasto imperio ha sucumbido,* etc., etc.

Ahora bien: estas transformaciones, muy legítimas por cierto desde el punto de vista de la Lógica, ciencia que analiza las ideas sin ocuparse de cómo se expresan, no tienen cabida en Sintaxis, donde la expresión es lo fundamental y no debe alterarse para su estudio, sino en los raros casos en que sea absolutamente indispensable.

Surge, pues, como resultado de lo anterior, el siguiente principio que tendremos siempre presente en lo sucesivo, y muy especialmente cuando expongamos las diferentes fases del análisis sintáctico: *En sintaxis es menester evitar en lo posible todo cambio o alteración que no sea imprescindible para el estudio del punto considerado.*

27] Aclarado ahora, por fin, lo dicho en 18] cuando afirmábamos no haber oración sin sujeto y atributo, agregaremos que nos referíamos allí, sin decirlo, al *sujeto* y al *atributo gramaticales,* que por tal motivo vienen a ser las *partes esenciales de la oración.*

Sujeto y atributo lógicos incomplejos y complejos. — 28] Cuando nos fijamos en el sujeto o el atributo tomados en la totalidad de sus palabras componentes, se dice que los consideramos *desde el punto de vista* lógico.

29] Ahora bien: considerados desde el punto de vista lógico, el sujeto y el atributo pueden ser: *incomplejos,* si sólo constan de sujeto y atributo *gramaticales,* y *complejos,* si además entran en su composición otras palabras. Los siguientes ejemplos ilustrarán este punto:

a) Sujeto lógico incomplejo:

Juan | *lee.* **Juan, Pedro y Diego** | *leen, comprenden*

y aprovechan. El mundo | *es viejo y es nuevo.* (AVELLANEDA). El eclesiástico, el regular, el militar, el togado, el empleado, el vecino, todos | *concurrieron a jurar.* (M. MORENO)

b) Sujeto lógico complejo:

El correo *ordinario de Chile* | *ha confirmado las noticias de la instalación de su junta.* (M. MORENO)

c) Atributo lógico incomplejo:

Juan, Pedro y Diego | leen, comprenden y aprovechan. *La ola* | avanza.

d) Atributo lógico complejo:

La fama de la saludable revolución | *se* esparció *por toda la América.* (SARMIENTO) *Rivadavia* | encargó *al anciano Deán la traducción de la obra de Daunou.* (SARMIENTO)

30] No hay necesidad de añadir que las denominaciones de *simples y compuestos,* que se dan a los *sujetos y atributos gramaticales,* se combinan con las de *incomplejos y complejos,* que se dan a los *sujetos y atributos lógicos;* de donde resulta que los *sujetos y atributos* pueden ser: *simples incomplejos, simples complejos, compuestos incomplejos o compuestos complejos,* cuando se consideran a un tiempo desde el punto de vista gramatical y el punto de vista lógico. Para ejemplo de lo dicho valgan todos los anteriores.

Partes accesorias de la oración: los complementos. — 31] Habrá podido observarse que en muchas de las oraciones consideradas hasta aquí, más del sujeto y del atributo gramaticales, intervenían palabras o frases destinadas a completar su sentido, y que por lo mismo llamaremos complementos.

32] En tesis general, daremos el nombre de complemento *a toda palabra o frase agregada al sujeto o al atributo gramaticales, para determinar o modificar su alcance en cualquier forma.*

33] De los ejemplos mencionados se desprende también que puede haber, y es frecuente que haya,

oraciones sin complementos. En otras palabras, los complementos son *partes accesorias de la oración*, y no partes esenciales de la misma, como el sujeto y el atributo gramaticales.

34] En la clase de los complementos incluimos *los complementos propiamente dichos* y las *expresiones intercalares*.

De los complementos propiamente dichos. — 35] *Complemento propiamente dicho*, o simplemente *complemento*, es toda palabra o frase destinada a limitar, fijar o definir el sentido de un vocablo. Así en la oración siguiente: *La lectura* **por canto** | *se ejecuta* **en las gradas** (SARMIENTO), es fácil ver que el sujeto gramatical *la lectura*, se halla modificado por *por canto*, que es por tal razón su complemento; y que al atributo gramatical *se ejecuta*, le ocurre lo propio con *en las gradas*, complemento suyo por consiguiente.

36] *Los complementos propiamente dichos* pueden ser de las siguientes clases, que pasamos a estudiar separadamente: *calificativos, determinativos, explicativos, predicativos, directos, indirectos y circunstanciales.*

a] *Complemento calificativo*, como su nombre lo indica, es aquel que añade una cualidad, peculiaridad o manera de ser a la palabra que modifica. Ejemplos: *Este es un problema* **práctico**. (N. AVELLANEDA.) *Tenemos tierras* **inmensas**. (ÍD.) *El problema* **fundamental del porvenir de la Nación Argentina** *fué puesto por Mayo*. (ECHEVERRÍA.)

Como puede verse, el *complemento calificativo* no individualiza.

b] *El complemento determinativo* se añade a las palabras cuando se las quiere referir a un ser o cosa especial, con prescindencia de todos los seres o cosas de la misma clase. Ejemplos: *La Ley* **de 29 de Mayo de 1852** *reiteraba esta misma disposición*. (N. AVELLANEDA.) *Hemos estudiado, bajo todas sus fases, el sistema* **iniciado en 1826**. (ÍD.) *El Comandante* **de**

Marina *dió algunos gritos.* (M. Moreno.) *Los pueblos* de la Provincia *penden de la Capital en sus relaciones más importantes.* (Íd.) *El apoderado* del Consulado de Cádiz *implora la santidad de las leyes.* (Íd.)

El *complemento determinativo* es individualizador.

c] El *complemento explicativo* no tiene otro fin sino mencionar incidentalmente algún dato, informe o aclaración, y ofrece la particularidad que le es peculiar de poderse suprimir sin que varíe el sentido del conjunto al cual pertenece. Siempre va entre comas, ni más ni menos que si fuese un paréntesis intercalado en la oración. Ejemplos: *Los pueblos salvajes,* menos celosos de su libertad y derechos, *habrían despedazado al insensato.* (M. Moreno.) *El doctor Agüero,* ministro de Gobierno, *decía en una sesión del Congreso de* 1826. (N. Avellaneda.)

En ciertos casos, bastante frecuentes, puede confundirse un complemento explicativo con uno determinativo, o viceversa, y resultar así completamente alterado el sentido de la expresión. Así, por ejemplo, en las dos oraciones siguientes: *Los espectadores,* cansados del espectáculo, *se retiraron,* y: *Los espectadores* cansados del espectáculo *se retiraron,* las palabras son las mismas, y sin embargo el sentido es muy diverso: en la primera se dice haberse retirado todos los espectadores y dejado la sala vacía; mientras que en la segunda sólo se expresa que dejaron el local únicamente los espectadores a quienes fatigaba el espectáculo, y que muy bien podían no ser sino unos pocos: es decir que *cansados del espectáculo* es complemento *explicativo* en la primera oración, y *determinativo* en la segunda. ¿Dónde está, pues, el signo diferencial que nos permita saber a qué atenernos?: ya se habrá visto que es la pausa, la coma, que aísla al complemento explicativo. Diremos, por lo tanto, con Benot «que el uso de la pausa en lo hablado y el de la correspondiente coma en lo escrito son indispensables cuando el complemento es explicativo»; y que «la pausa es,

pues, un verdadero elemento gramatical en los complementos explicativos».

d] El *complemento predicativo* se caracteriza por el hecho de hallarse siempre unido mediante un verbo al término que modifica. Ejemplos: *La observación es* justa. (Echeverría.) *El suelo se halla* cultivado. (N. Avellaneda.) *La redacción de esta ley era* deficiente *y* obscura. (Íd.)

37] Los complementos estudiados hasta aquí ofrecen la particularidad, común a todos ellos, de no poder referirse sino a sustantivos. Los *directos, indirectos* y *circunstanciales,* de que vamos a hablar ahora, en cambio modifican verbos, ya estén éstos en modo personal o impersonal. Debiendo añadirse que los *circunstanciales* pueden completar además adjetivos y adverbios.

e] El *complemento directo* puede definirse diciendo que expresa aquello sobre que recae inmediatamente la acción del verbo. Ejemplos: *Vendemos* la tierra. (N. Avellaneda.) *La organización del país asume durante este período* formas más consistentes. (Íd.) *El barón feudal no podía vender* la tierra. (Íd.) *Él* me *elogia. El soldado* se *afeita. Ellos* nos *temen. No* le *veo.* La *veré mañana. Ayer* los *ví.*

El *complemento directo,* cuando lo es de un verbo en modo personal, se reconoce por la circunstancia por cierto notable de que volviendo la oración por pasiva, de complemento directo pasa a ser sujeto. Tomemos por ejemplo la oración de Avellaneda transcripta hace un momento: *El barón feudal no podía vender* la tierra, y transformémosla en una oración de pasiva común. La tierra *no podía ser vendida por el barón feudal*: es fácil ver que en esta segunda oración, *la tierra,* que era complemento directo en la primera, ha pasado a ser sujeto; lo mismo pasa si en vez de considerar la pasiva común consideramos la pasiva con el pronombre *se*: La tierra *no se podía vender por el barón feudal.*

El *complemento directo* se une a la palabra que modifica sin preposición alguna, o mediante la preposición *a*, únicamente.

f] El *complemento indirecto* expresa aquello sobre que recaen, no la acción del verbo, sino las consecuencias de dicha acción. Ejemplos: *El Presidente de la Junta dirigió cartas amistosas* a D. Santiago Liniers. (MORENO.) *La ley de* 1857 *ha sido dos veces benéfica* para el distrito agrícola de Chivilcoy. (AVELLANEDA.) *Luego* te *lo entregare* a ti. Se *lo prestó* a ella. *Luego* os *darán vuestras raciones.* Le *ofrecieron un ramo* a ella. Les *ofrecieron alojamiento* a ellos.

El *complemento indirecto* se junta a la palabra que completa mediante las preposiciones *a* o *para*, únicamente, y cuando está representado por dativos pronominales simples, sin preposición alguna, como habrá podido verse en el párrafo anterior.

g] Los *complementos circunstanciales* son aquellos que añaden a la palabra a la cual se unen alguna idea de lugar, de tiempo, de modo, de cantidad, de instrumento, o de cualquier otra condición.

Ejemplos de complementos circunstanciales de varias clases:

Del lugar: *El conde P. Rossi ha examinado* en un breve pero luminoso escrito *las disposiciones principales del Código francés.* (N. AVELLANEDA.) En el símbolo o escudo de armas argentinas *aparece la misma idea representada por dos manos estrechadas formando un solo nudo sin consolidarse.* (ALBERDI.)

De tiempo: *Los efectos de esta horrenda conspiración han sido bien palpables* en el último reinado. (M. MORENO.)

De modo: *Hemos estudiado,* bajo todas sus fases, *el sistema iniciado en* 1826. (N. AVELLANEDA). *Los patricios no tuvieron otro crimen que mirar* con interés *las glorias de su patria.* (M. MORENO).

De cantidad: *Los derechos de la soberanía son* muy sagrados. (ÍD.)

De instrumento: *Pero cuarenta o cincuenta trozos de música,... ejecutados* por cuantas voces pueden reunirse. (SARMIENTO).

De oportunidad: *La propiedad, la vida, el honor, son bienes nominales,* cuando la justicia es mala. (ALBERDI).

De las expresiones intercalares o de paréntesis.— 38] Damos este nombre, de acuerdo con Benot, a palabras o frases muy parecidas a los complementos explicativos, pero que se distinguen de ellos en que aparecen en cierto modo como verdaderas interrupciones, y hasta como elementos extraños a la oración de que forman parte. Ejemplos: ¡Libertad anhelada!, ¡dulce reposo!, ¡deliciosa correspondencia de las almas ingenuas!, ¡placeres puros, bálsamo del corazón!, *¡al fin os he encontrado!* (MARCOS SASTRE) *Estos* Fabio, ¡ay dolor!, *que ves ahora* (RODRIGO CARO) *Y tú,* Lavalle, soldado ilustre en Chacabuco, Maipú, Pichincha, Río Bamba, Junín, Ayacucho, Ituzaingó; *los Andes que saludaron tantas veces tu espada vencedora, hospedaron al fin tus huesos venerandos.* (ECHEVERRÍA) *Así,* en nuestra orgullosa suficiencia, *hemos desechado el móvil más poderoso para moralizar y civilizar a las masas.* (ÍD.).

Análisis lógico de la proposición y su representación gráfica. — 39] Queda expuesto el concepto y los elementos constitutivos de la oración: vamos ahora a exponer los procedimientos a seguirse para separar, en cualquier oración, los elementos sintácticos de que se compone, a fin de poderlos clasificar y estudiar aislada y metódicamente, todo lo cual forma la disciplina conocida con el nombre da ANÁLISIS LÓGICO, o más bien SINTÁCTICO DE LA ORACIÓN O PROPOSICIÓN.

40] Una oración algo complicada no se puede analizar de plano como suele intentarse por lo común, sin éxito alguno en la generalidad de los casos, sino que es necesario proceder en dos tiempos; es decir, que hay un *análisis sintáctico* que llamaremos *inme-*

diato, y otro que llamaremos *secundario.* Pasemos a considerarlos aisladamente.

Del análisis sintáctico inmediato de la oración. — 41] El análisis sintáctico inmediato de la oración tiene por objeto *separar el sujeto del atributo, establecer la clase de uno y otro, y fijar y clasificar los complementos que se refieren* inmediata e independientemente *al término principal del sujeto y del atributo, es decir al sujeto y al atributo gramaticales.*

42] Para realizar este análisis se empieza, cuando es necesario, por restablecer todas las palabras tácitas; así la oración: *No eran sino una pálida sombra de los viriles entusiasmos de otros tiempos, ¡ay dolor!, los de estos días calamitosos,* se completará expresando el sujeto callado, en la siguiente forma: *No eran sino una pálida sombra de los viriles entusiasmos de otros tiempos, ¡ay dolor!, los entusiasmos* (tác.) *de estos días calamitosos.*

43] Luego, y siempre que sea del caso, viene la *ordenación,* que consiste únicamente en disponer las cosas de modo que *todo* el sujeto venga a quedar antes de *todo* el atributo. Así, ordenando la oración considerada, resulta: *Los entusiasmos* (tác.) *de estos días calamitosos, ¡ay dolor!, no eran sino una pálida sombra de los viriles entusiasmos de otros tiempos.*

44] Hecho lo anterior, si ha sido necesario, se separa el sujeto total del atributo total mediante una línea vertical, como hemos hecho hasta ahora. Tenemos pues: *Los entusiasmos* (tác.) *de estos días calamitosos, ¡ay dolor!,* | *no eran sino una pálida sombra de los viriles entusiasmos de otros tiempos.*

45] Se subrayan las palabras principales del sujeto y del atributo, es decir el sujeto y el atributo gramaticales, de tal manera que los complementos que se refieran a ambos vengan a formar parte integrante de uno y otro. Los entusiasmos (tác.) *de estos días calamitosos, ¡ay dolor!,* | *no* eran *sino una pálida sombra de los viriles entusiasmos de otros tiempos.*

46] Y, por fin, tomando como núcleos a dichos sujeto y atributo gramaticales, se unen a ellos, mediante una pequeña flecha, todos y cada uno de los complementos que inmediata e independientemente se refieren al uno y al otro; en cuanto a las expresiones intercalares, se colocan entre paréntesis:

Los entusiasmos (tác.) { — *de estos días calamitosos (¡ay dolor!)*
eran { { —*no*
{ { —*sino una pálida sombra de los viriles entusiasmos de otros tiempos*

47] No es difícil, con un poco de atención y de práctica, descubrir, en el análisis inmediato, qué palabras forman cada uno de los complementos directamente ligados al sujeto y al atributo gramaticales, cuando aquellos complementos son más de uno: como regla práctica del caso puede decirse que una vez completada y ordenada la oración que se analiza, cada complemento empieza desde donde se obtiene un sentido, leyendo a continuación del sujeto o del atributo gramatical, según los casos. Así, por ejemplo, ¿cuántos complementos tiene el atributo de esta oración de Avellaneda: **Las leyes | influyen** *sobremanera en mejora de las costumbres?;* pues dos, ya que puede leerse: **influyen** *sobremanera,* e: **influyen** *en mejora de las costumbres;* y nada más que dos, pues a continuación de *influyen* no pueden leerse con sentido sino los dos fragmentos indicados. ¿Y cuántos se descubren en el sujeto de esta otra: **Los esfuerzos** *inauditos de aquel hombre, prolongados durante años y renovados cada día* | **lograron imponerse?**: cuatro, pues tenemos: **los esfuerzos** *inauditos;* **los esfuerzos** *de aquel hombre;* **los esfuerzos** *prolongados durante años;* y **los esfuerzos** *renovados cada día.*

48] El último paso del análisis inmediato es la clasificación de los términos aislados por el mismo. Esta tarea, si el análisis ha sido bien hecho, no presenta dificultad alguna, como que se reduce a la aplicación de nociones conocidas. Tenemos, pues: *Los entusiasmos* (sujeto gramatical simple tácito) *de estos días calami-*

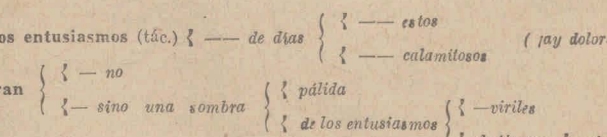
tosos (complemento determinativo frase, del sujeto), *¡ay dolor!* (expresión intercalar), *no* (complemento circunstancial de negación del atributo gramatical *eran*) *eran* (atributo gramatical simple) *sino una pálida sombra de los viriles entusiasmos de otros tiempos* (complemento predicativo frase del sujeto *los entusiasmos*).

Del análisis sintáctico secundario de la oración. — 49] Como queda dicho y habrá podido observarse, el análisis sintáctico inmediato deja enteros los complementos compuestos de varias palabras, y que se refieren inmediata e independientemente al sujeto y al atributo gramaticales; así en la oración analizada más arriba (46]), tenemos el complemento: *de estos días calamitosos* referido al sujeto *los entusiasmos;* y el otro, más largo aún: *sino una pálida sombra de los viriles entusiasmos de otros tiempos,* dependiente del verbo *eran.*

50] Ahora bien: puede haber interés en resolver estos complementos en sus partes constitutivas, y de ello precisamente se encarga el **análisis sintáctico** que hemos llamado **secundario.**

51] El **análisis sintáctico secundario,** pues, no es otra cosa sino *el análisis de los complementos en sus partes sintácticas constitutivas y la clasificación de estas últimas.*

52] Fijado así el objeto del *análisis sintáctico secundario,* su realización y representación gráfica no implica ninguna novedad respecto del análisis inmediato. Véase, pues, su aplicación al resultado de este último, tal como lo hemos dejado en 46]:



53] Y, por fin, clasificando, tendremos: *Los entusiasmos* (sujeto gramatical simple tácito), *de días*

(complemento determinativo del sujeto), *estos* (complemento determinativo de *días*), *calamitosos* (complemento calificativo de *días*), *¡ay dolor!* (expresión intercalar), *no* (complemento circunstancial de negación del atributo gramatical *eran*), *eran* (atributo gramatical simple), *sino una sombra* (complemento predicativo frase del sujeto *los entusiasmos*), *viriles* (complemento calificativo de *entusiasmos*), *de tiempos* (complemento determinativo de *entusiasmos*), *otros* (complemento determinativo de *tiempos*).

54] En el análisis sintáctico de la oración no puede irse más allá del *análisis secundario,* tal como queda expuesto: representa el último límite de la fragmentación admisible en Sintaxis.

Ejemplo de análisis sintáctico inmediato y secundario. — 55] A objeto de sintetizar la doctrina expuesta más arriba acerca del *análisis sintáctico* en sus dos formas, ofrecemos el siguiente ejemplo con su correspondiente representación gráfica completa:

ORACIÓN A ANALIZAR:

Por no caber en América, demasiado pequeña para contenerlas, hubieron de encontrarse la gloria esplendorosa de Bolívar, impetuoso y ardiente, y la de San Martín, grave y austero, e ilustraron para siempre a Guayaquil con la doble luz de aquellos grandes nombres.

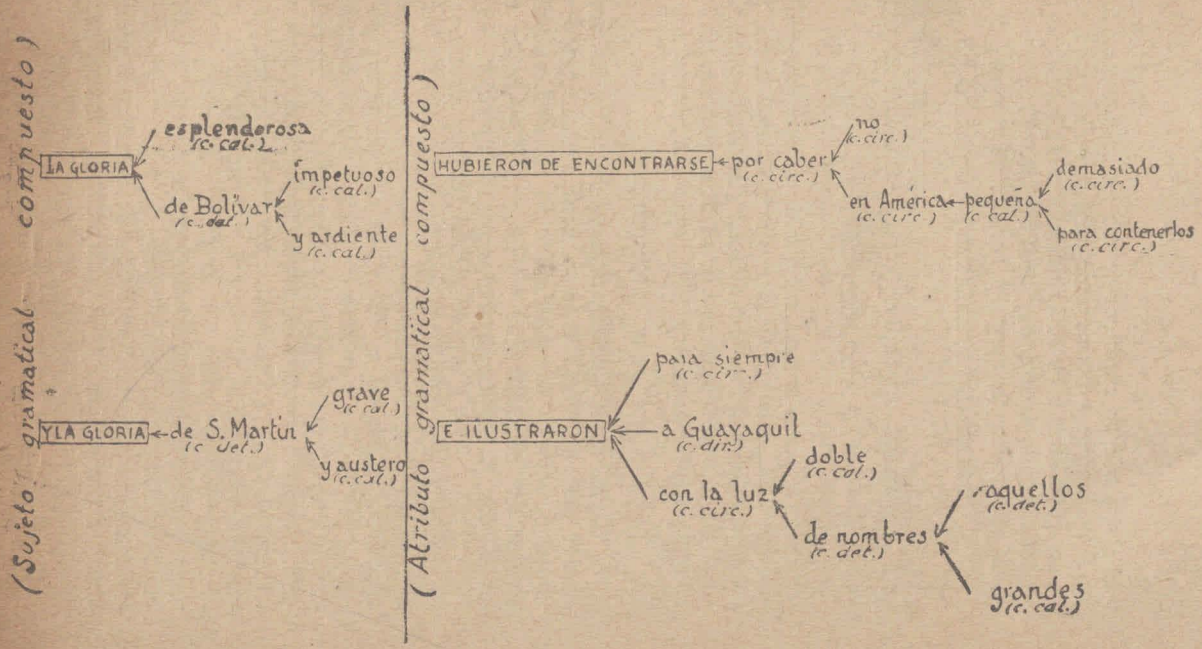
PALABRAS TÁCITAS:

Debe agregarse el vocablo gloria antes de las palabras *de San Martín.*

ORDENACIÓN, Y SUJETO Y ATRIBUTO:

La gloria *esplendorosa de Bolívar, impetuoso y ardiente, y la* gloria (tác.) *de San Martín, grave y austero,* hubieron de encontrarse *por no caber en América, demasiado pequeña para contenerlas, e* ilustraron *para siempre a Guayaquil con la doble luz de aquellos grandes nombres.*

~ ANÁLISIS SINTÁCTICO SECUNDARIO ~



Clasificación de las oraciones. — 56] Remitiéndonos a lo dicho en nuestros ELEMENTOS DE ANALOGÍA (43]) acerca de lo que por clasificar debe entenderse, pasamos a exponer ahora las principales *clasificaciones* que conviene tener en cuenta al realizar el estudio *de la oración.*

Clasificación de las oraciones por la naturaleza del verbo .— 57] Para esta clasificación de las oraciones, el criterio que se tiene en cuenta son los verbos en modo personal correspondientes a las mismas.

58] En tal sentido las oraciones pueden ser: *de verbo transitivo propiamente dicho, de verbo reflexivo, de verbo recíproco, de verbo intransitivo, de verbo sustantivo, de verbo de estado, de verbo de equivalencia, de verbo seudotransitivo, de verbo neutro*

59] Nada más diremos de esta clasificación por cuanto en los pasajes respectivos de los mencionados ELEMENTOS DE ANALOGÍA (206] a 217]) constan las explicaciones y los ejemplos necesarios para comprenderla en todas sus partes.

Clasificación de las oraciones por la voz del verbo. 60] Por *la voz del verbo,* las oraciones pueden ser *de activa* o *de pasiva.* (V. ELEMENTOS DE ANALOGÍA 218] a 222])

61] Las **oraciones de activa** son aquellas cuyo verbo está en dicha voz. Ejemplo: *Cada pueblo* tiene *su vida y su inteligencia propia.* Las oraciones de activa pueden ser *de primera* o *de segunda.*

a] *Oración primera de activa* es aquella cuyo verbo en modo personal tiene *complemento directo.* Ejemplo: *Echemos* un velo de olvido *sobre los errores de nuestros pasados.* (ECHEVERRÍA)

b] *Oración segunda de activa,* en cambio, es aquella cuyo verbo en modo personal carece de dicho complemento, aunque tenga otros de otra clase. Ejemplo: *Esos medios deben figurar hoy a la cabeza de nuestras constituciones.* (ALBERDI)

62] Las oraciones de pasiva tienen su verbo en dicha voz; y pueden, por lo tanto, ser de dos clases: *de pasiva con verbo* ser *y participio*, y *de pasiva con* se.

63] Las *oraciones de pasiva con verbo* ser *y participio* cuando constan de todos sus elementos característicos deben tener por lo menos: *un sujeto* que recibe la acción del verbo, *el verbo ser* en cualquiera de sus tiempos, *un participio* pasado y *un complemento* circunstancial *de agente* en ablativo con la preposición *por* o a veces *de;* lo cual no impide que consten de otros elementos más. Ejemplos: *Grecia fué conquistada por Roma.* Estas oraciones de pasiva pueden ser de dos clases: *de primera y de segunda.*

a] La *oración de primera de pasiva con verbo* ser se caracteriza por tener *complemento agente;* a esa clase pertenece el ejemplo citado, y también el siguiente: *La estadística de Chivilcoy nos ha sido comunicada* por el señor doctor Gorostiaga, *con la historia de su formación.* (AVELLANEDA.) *El problema fundamental del porvenir de la Nación Argentina, fué puesto* por Mayo. (ECHEVERRÍA.)

b] La *oración de segunda de pasiva con verbo* ser *y participio* es completamente igual a la de primera de la misma clase, con la única diferencia de que carece *de complemento agente.* Ejemplos: *Las murallas de la común habitación fueron aseadas y blanqueadas de nuevo.* (SARMIENTO). *La propiedad debe ser conferida por la venta.* (N. AVELLANEDA.)

64] Las *oraciones de pasiva con* se, llevan el verbo en esa forma especial de la voz pasiva. (V. ELEMENTOS DE ANALOGÍA, 222] Ejemplo: *Una romanza se canta por el tenor.* Las oraciones de esta clase pueden ser: *de sujeto expreso* y *de sujeto tácito;* y ambas *de primera* o *de segunda,* según tenga o no complemento agente.

a] Una *oración de pasiva con* se, *de sujeto expreso y de primera,* consta por lo menos de los siguientes

elementos: *un sujeto expreso* sobre el que recae la acción del verbo; *el pronombre* se; *un verbo en voz activa* y bajo la dependencia del sujeto; y un *complemento agente* con la preposición *por;* todo lo cual no impide que pueda constar de otros elementos más. Ejemplos: *se* (pron.) *pedía* (verbo) *por algunos miembros de la asociación* (comp. agente) *el sufragio universal.* (suj.) (ECHEVERRÍA.) *Esto se explicará alguna vez por mí mismo.* (LUCIO V. MANSILLA.) *Se habla de Maura por muchos.* (R. SÁNCHEZ DÍAZ.)

b] Para que una *oración de pasiva con* se *de sujeto expreso* sea *de segunda,* bastará que no tenga complemento agente. Ejemplo: *Este error se ha sostenido con rara tenacidad.*

c] Pasando ahora a considerar las *oraciones de pasiva con* se, *de sujeto tácito,* diremos que se diferencian de las de sujeto expreso en que en ellas se calla dicha parte; y que pueden ser *de primera* como: *Se trabaja por el carpintero,* o de *segunda,* como: *Se trabaja,* según tengan o no complemento agente.

Cuadro de la clasificación de las oraciones por la voz del verbo. — 65] Todo lo expuesto más arriba sobre este punto puede resumirse en el siguiente cuadro:

De activa	.....			de 1ª
	.....			de 2ª
De pasiva	Con verbo *ser* y participio	.....		de 1ª
		.....		de 2ª
	Con el pronombre *se*...	De sujeto expreso		de 1ª
				de 2ª
		De sujeto tácito		de 1ª
				de 2ª

Clasificación de las oraciones por la importancia de la idea que expresan. — 66] Por su importancia pueden dividirse las oraciones en dos grupos, que con-

viene estudiar aisladamente: *las oraciones principales* o *subordinantes*, y las *secundarias*, también llamadas *complementarias, accesorias, dependientes* o *subordinadas*.

Oraciones principales o subordinantes. — 67] La definición más amplia y exacta que podemos proponer para esta clase de oraciones, consiste en decir que *oración principal o subordinante es toda aquella que no completa el significado de otra oración.* Así en el conjunto: **En nuestros planes de instrucción debemos huir de los sofistas,** *que hacen demagogos* (ALBERDI), la oración principal es la que aparece en letra gruesa; también lo son las dos entre paréntesis del siguiente pasaje de Juan Cruz Varela: (*Ya la seña se dió*); (*nuestras legiones = Embarcándose están*).

68] Debe rechazarse por completamente errónea la definición en cuya virtud la oración principal es la que tiene *sentido propio.* Véase si no, el sentido propio que pueda tener la oración principal: *Yo nunca olvidaré las palabras,* de la cláusula: *Yo nunca olvidaré las palabras que acabo de oír.*

69] Las *oraciones principales* pueden ser de varias clases. Las más importantes son las siguientes:

a] **Afirmativas.** En estas oraciones se asegura que lo expresado por el atributo conviene o corresponde al sujeto. Ejemplo: *El presidente de la Junta, Don Cornelio Saavedra había sido revestido de los mismos honores del virrey, por orden expedida el 28 de Mayo.* (ALBERDI.)

b] **Negativas.** Son lo contrario de las anteriores. Ejemplo: *El hombre no elige a discreción su constitución gruesa o delgada, nerviosa o sanguínea.* (ID.)

c] **Interrogativas.** En estas oraciones se formula una pregunta. Ejemplos: *¿Juráis a Dios nuestro Señor y estos Santos Evangelios, reconocer la Junta Provisional Gubernativa del Río de la Plata, a nombre del señor Don Fernando VII, y para guarda de sus augustos derechos; obedecer sus órdenes y decretos; y*

no atentar directa ni indirectamente contra su autoridad, propendiendo pública y privadamente a su seguridad y respeto? (M. Moreno.)

d] Exclamativas. Sirven para expresar asombro o efectos análojos. Ejemplos: *¡Con cuánto entusiasmo se ha explicado el pueblo acerca de la conducta y contestaciones del capitán Elliot, relativa al bloqueo de esta Capital!* (Íd.)

e] Optativas. Envuelven la expresión de un deseo. Ejemplo: *Que la luz del mundo penetre en todos los ámbitos de nuestras repúblicas.* (Alberdi.)

Oraciones complementarias, secundarias, accesorias, dependientes o subordinadas. — 70] Definiremos estas oraciones diciendo que *completan en cualquier forma el significado de un término o de otras oraciones.* Jamás tienen sentido propio. Ejemplos: *La legislación civil y comercial argentina debe ser uniforme* como ha sido hasta aquí. (Alberdi.) Esta oración subordinada modifica al término *ser. Vió no lejos del camino por donde iba una venta,* que fué como si viera una estrella (Cervantes): aquí la oración subordinada se refiere a la oración *vió una venta.*

Estas oraciones son muy semejantes a los *complementos;* en realidad, *son verdaderos complementos,* que en vez de constar de una palabra o frase, contienen un verbo en modo personal, lo cual hace de ellos *oraciones.*

71] Tan grande es la semejanza entre estas *oraciones* y los *complementos,* que se dividen en las mismas clases y subclases que éstos; circunstancia que nos permitirá reducir su estudio a su mera enumeración y ejemplificación, remitiéndonos para las definiciones a lo que hemos expuesto más arriba acerca de los complementos.

72] De acuerdo con lo anterior, tenemos entonces que las *oraciones complementarias, secundarias, accesorias, dependientes o subordinadas,* que lo mismo da,

se dividen en dos grandes grupos: las oraciones complementarias propiamente dichas y las incidentales, intercalares o de paréntesis; y que las primeras, o sea las *oraciones complementarias* propiamente dichas, se dividen a su vez en: *calificativas, determinativas, explicativas, predicativas, directas, indirectas y circunstanciales.* Véanse a continuación ejemplos de todas ellas:

Oraciones complementarias propiamente dichas. —73] *a*] *Calificativas*: *Un estado* que no tiene por sí mismo crédito, *no lo alcanzará tampoco con sus tierras.* (N. AVELLANEDA.)

b] *Determinativas*: *Rindamos homenaje al país* donde tales leyes se dictan. (N. AVELLANEDA.)

c] *Explicativas* (les son aplicables las advertencias consignadas en 33], c]): *Los reyes,* que han conocido como nadie el secreto del poder, *jamás fijaron su residencia en aldeas o rincones solitarios de sus dominios.* (ALBERDI.)

d] *Directas*: *Los norteamericanos han comprendido* que debía procederse de un modo contrario. (AVELLANEDA.)

e] *Indirectas*: *Ese hombre escribe una carta* quien no se la contestará. *Tú trabajas* para quien no te lo agradecerá.

f] *Circunstanciales*: *Los norteamericanos han comprendido que debía procederse de un modo contrario,* para que la fácil adquisición de la propiedad territorial y su seguridad fueran un hecho verdadero. (AVELLANEDA.) Cuando se discutía la ley en el Congreso, *el diputado doctor Portillo notó en ella este vacío.* (ÍD.) *Nosotros vamos a examinarlos* en cuanto nos sea necesario para fundar la crítica de las leyes vigentes. (ÍD.)

Oraciones intercalares o de paréntesis. — 74] *Las ganancias extraordinarias,* agregaban los opositores, *encienden pronto la codicia del Gobierno.* (AVE-

LLANEDA.) *El suministrar medios de prueba a los solicitantes,* dice jocosamente un escritor muy serio, *es un oficio organizado en Argelia.* (ÍD.) *Los tribunales no son,* se dirá, *sino los ejecutores impasibles de las leyes.* (ÍD.) *Las tierras del dominio público,* dice el decreto, *son de igual naturaleza que las del dominio privado.* (ÍD.) *Estas ideas de regeneración y de mejora personal, aquella impiedad del siglo XVIII,* ¡quién lo creyera!, *entraron en casa por las cabezas de mis dos hermanas mayores.* (SARMIENTO.)

III. DE LA CLÁUSULA

Definición de la cláusula. — 75] Llamaremos cláusula, en primer término, *al conjunto cerrado* (y de ahí viene el nombre *cláusula,* del latín *cláudere,* cerrar) *que forma una oración principal y todas las dependientes que la completan*: El Congreso Constituyante debe ser como un gran tribunal compuesto de jueces árbitros *que ciñéndose al compromiso contenido en sus poderes, corte y dirima el largo pleito de nuestra organización ,por su fallo inapelable al menos por espacio de diez años* (ALBERDI); y también diremos que cláusula *es toda oración principal de la cual no dependa ninguna subordinada,* como por ejemplo la siguiente: *Oro cuenta los años con el siglo diez y nueve.* (SARMIENTO.)

76] De la anterior definición resulta, como corolario, que *toda cláusula es oración, pero no viceversa.*

División de las cláusulas. — 77] Las *cláusulas* pueden ser *simples* o *compuestas*: las simples constan de una sola oración, como la segunda de las citadas; mientras que las compuestas constan de más de una, como la primera.

78] Existe una clase muy difundida de cláusulas compuestas, para las que proponemos el nombre de *cláusulas de impersonal,* notables por el hecho de que el sujeto de su oración principal es toda una ora-

ción secundaria, o más de una, según los casos. Ejemplos: Conviene = *que tomemos medidas* (suj.). Urge =*que avises oportunamente* (suj.) = *y que no pierdas tiempo.* (suj.) Error es común y acreditado, *que basta el patriotismo y la buena fe para desempeñar con acierto la gestión de los grandes intereses sociales.* (ECHEVERRÍA.)

Análisis sintáctico de la cláusula, y su representación gráfica. — 79] El análisis sintáctico de la cláusula *consiste únicamente en dividirla en sus oraciones componentes efectivas, y en la clasificación de estas últimas.*

80] *El análisis sintáctico de la cláusula,* tomado en sí, no ofrece mayores dificultades; lo que sí puede ofrecerlas, es la *preparación* que la cláusula suele requerir antes de poder ser analizada, y que consiste en la *reposición de los términos omitidos.*

Este punto de la *preparación previa de la cláusula,* o sea de la *reposición de los términos omitidos,* se presta a algunas consideraciones importantes, y cuyo olvido imposibilita todo análisis. Las haremos brevemente.

a] En primer término convendrá expresar dentro de la cláusula sometida al análisis *todo lo que esté tácito,* sin aumentar *inútilmente* el número de las oraciones. Ejemplos: *El que quiera sobreponerse, se sacrificará por los demás* (ECHEVERRÍA); completando: *El* hombre (tác.) *que quiera sobreponerse se sacrificará por los demás. Hemos visto cuán monstruosa era en* 1848 *la constitución de la propiedad* (AVELLANEDA); *completando*: Nosotros (tác.) *hemos visto cuán monstruosa era en* 1848 *la constitución de la propiedad. Decir a lo que aspiró al componerla, no es blasonar de que lo haya, ni aun insinuar que crea haberlo conseguido* (ALCALÁ GALIANO); completando: *Decir* el autor (tác.) *a lo que aspiró al componerla, no es blasonar de que* el autor (tác.) *lo haya* conseguido

(tác.) *ni aun insinuar que* el autor (tác.) *crea haberlo conseguido.*

Sólo se aumentará el número de las oraciones en esta *reposición de los términos tácitos,* cuando sea absolutamente necesario para el sentido. Ejemplos: *Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazón de un soldado tosco y oscuro* (B. MITRE); completando: *Feliz* es (tác.) *el pueblo que tales sentimientos,* etc. *¡Qué agilidad aquella con la que el patrón, apoyándose sobre la mano izquierda, saltaba el mostrador!* (LUCIO V. LÓPEZ); completando: *¡Qué agilidad* era (tác.) *aquella con la que,* etc.

b] Otra operación preparatoria del *análisis de la cláusula* consistirá en *desarrollar* cuando existan, todas aquellas expresiones que pudiéramos llamar *comprimidas*: tal es la palabra *viceversa* en la siguiente cláusula de Benot: *Además, no puede analizarse con separación lo condicionado de lo condicionante por ser correlativo lo uno de lo otro, y porque en nuestra lengua se da el caso especialísimo de que ciertas desinencias de lo condicionante sirven también para lo condicionado, y viceversa*: es fácil advertir que este *viceversa* desarrollado equivale a toda la oración siguiente: *y de que ciertas desinencias de lo condicionado sirven también para lo condicionante.* En esta otra cláusula: *De fuera vendrá quien de casa nos echará,* el desarrollo del término *quien* en *alguno que,* nos dará: *alguno vendrá de fuera, que nos echará de casa.*

81] Una vez preparada la cláusula mediante las operaciones expuestas, no queda sino proceder a su *análisis sintáctico,* que consiste, como ya hemos dicho, tan sólo en dividirla en sus oraciones componentes y clasificarlas.

82] A fin de ilustrar todo lo anterior, presentamos a continuación *algunos ejemplos característicos de análisis sintácticos de cláusulas.* En ellos podrá ver el lector que nos valemos del artificio de separar las cláusulas unas de otras mediante *dos* líneas verticales

y de referir mediante llamadas las oraciones secundarias al término o conjunto a que cada una corresponde; en cuanto a las oraciones secundarias intercalares, van entre paréntesis, y en letra negrita las oraciones principales:

1.er EJEMPLO:

El Sr. Gutiérrez es el primero que haya llevado entre nosotros a la crítica literaria el buen gusto que nace del sentimiento de lo bello y del conocimiento de las buenas doctrinas. (ECHEVERRÍA.)

Preparación: no requiere ninguna.

Análisis:

El Sr. Gutiérrez es el primero (1) (orac. princ.) ||

(1) *que haya llevado entre nosotros a la crítica literaria el buen gusto* (2) (orac. comp. det. de *primero*) ||

(2) *que nace del sentimiento de lo bello y del conocimiento de las bellas doctrinas* (orac. det. de *buen gusto*).

2.º EJEMPLO:

Las leyes sobre tierras públicas vuelven también a ser en esta ocasión las que mejor reflejan el cambio profundo que han experimentado la política y el gobierno del país. (N. AVELLANEDA.)

Preparación: Se reduce a añadir la palabra *leyes*, después del segundo *las*.

Análisis:

Las leyes sobre tierras públicas vuelven también a ser en esta ocasión las leyes (1) (tác.) (orac. princ.) ||

(1) *que mejor reflejan el cambio* (2) *profundo* (orac. comp. det. de *leyes*) ||

(2) *que han experimentado la política y el gobierno del país* (orac. comp. det. de *cambio*).

3er. EJEMPLO:

Decir a lo que aspiró al componerla, no es blasonar de que lo haya, ni aun insinuar que crea haberlo conseguido. (ALCALÁ GALIANO.)

Preparación: *Decir* el autor (tác.) *a lo que aspiró al componerla, no es blasonar de que* el autor (tác.) *lo haya* conseguido (tác.) *ni aun insinuar que* el autor (tác.) *crea haberlo conseguido.*

Análisis:

Decir el autor (tác.) lo (1) **no es blasonar** (2) **ni aun insinuar** (3) (orac. princ.) ||

(1) *a que aspiró al componerla* (orac. comp. det. de *lo*) ||

(2) *de que* el autor (tác.) *lo haya* conseguido (tác.) (orac. comp. circ. de *blasonar*) ||

(3) *que* el autor (tác.) *crea haberlo conseguido* (orac. comp. dir. de *insinuar*).

83] Una vez descompuesta la cláusula en sus oraciones componentes, si se desea proseguir el análisis sintáctico no habrá más que proceder al de cada una de ellas, de acuerdo con los principios expuestos acerca del *análisis sintáctico de la oración.*

IV. LOS CASOS EN LA ORACIÓN Y EN LA CLÁUSULA

Los casos gramaticales y la sintaxis. — 84] La exposición de los *casos gramaticales* y de la *declinación,* que los abarca, no pertenece a la Sintaxis sino a aquella parte de la Analogía en que se estudian los *accidentes de las funciones variables.* Allí la encontrará el lector (v. ELEMENTOS DE ANALOGÍA, 26] a 29]), y a ello nos remitimos para todo lo que sea fijar los caracteres y particularidades de dichos accidentes gramaticales, de los que sólo vamos a exponer aquí el aspecto que faltaba considerar, es decir el que guarda relación con la Sintaxis.

85] El que los casos gramaticales tengan un aspecto por el cual se ligan a la Sintaxis, resulta del hecho de que *los sujetos, complementos y oraciones complementarias de todas clases, que resultan de los análisis sintácticos de cualquier categoría, siempre pertenecen a un caso gramatical dado* cuando son términos declinables.

86] Sólo nos queda ahora por exponer cuáles son las principales entidades sintácticas que corresponden a los seis casos gramaticales, y lo haremos brevemente.

87] En *Nominativo* está siempre el *sujeto,* y sólo el *sujeto* puede ser *nominativo*: de manera que en Sintaxis esos dos términos son equivalentes. El *sujeto o nominativo* casi siempre es un vocablo o una frase, como puede verse en la casi totalidad de los ejemplos citados hasta aquí: solamente en el caso de las *cláusulas de impersonal* (V. 78]) es dado hallar un nominativo o sujeto que sea oración.

88] En *Genitivo* se dan *complementos calificativos* o *complementos determinativos* vocablos o frases, y también *oraciones complementarias calificativas o determinativas.* Ejemplos: *El comandante* de Marina. *Esta es la voz* del que esperábamos.

89] En *Dativo* van exclusivamente los *complementos indirectos* tanto vocablo como frase, y las *oraciones complementarias indirectas;* de manera que lo mismo da decir *complemento dativo* que *complemento indirecto,* y *oración complementaria dativa* que *oración complementaria indirecta.* Ejemplos: *La propiedad territorial da* a los hombres *energía en su carácter.* (AVELLANEDA.) *No debes trabajar* para los que no lo merecen.

90] En *Acusativo* van también exclusivamente los *complementos directos* vocablos y frases y las *oraciones complementarias directas;* son, pues, términos equivalentes *complemento acusativo* y *complemento directo,* y *oración complementaria acusativa* y *oración complementaria directa.* Ejemplos: *Vendamos* la tierra. (AVELLANEDA.) *Mandó* una escolta competente. (MORENO.) *De lo dicho deducimos* que la obra es mala.

91] En *Vocativo* sólo se encuentran *expresiones intercalares y oraciones* de la misma clase. Ejemplos:

¡Mártires sublimes! *a vosotros dedico estas páginas.* (ECHEVERRÍA.)

92] Y, por fin, en *Ablativo* están todos los *complementos circunstanciales, las oraciones complementarias circunstanciales declinables,* y algunos raros *complementos* y *oraciones complementarias calificativas.* Ejemplos: *Los efectos de esta horrenda conspiración han sido palpables* en el último reinado. (MORENO.) *No hables* a menos que te autorice. *Hombre* sin entrañas.

V. DEL PERÍODO

Concepto y definición del período. — 93] El *período* de que aquí vamos a hablar nada tiene que ver con el período que se estudia en Retórica y Literatura Preceptiva: este último más bien se refiere al *sonido,* a la cadencia de la frase oratoria, de donde el nombre de *período oratorio* con que suele designársele; mientras que el *período sintáctico* es mera cuestión de cláusulas componentes, y por lo tanto de *sentido.*

94] Nosotros llamaremos **período,** en primer término a *toda cláusula aislada, independiente,* y luego a *toda serie o agrupación de dos o más cláusulas solidarias y relacionadas entre sí* por vínculos de continuidad. Así forman otros tantos *períodos* de la primera clase las tres siguientes cláusulas de Esteban Echeverría:

1.—*Los tiranos han sembrado la cizaña y erigido su trono de iniquidad sobre los escombros de la anarquía.*

2.—*No hay para nosotros ley, ni derechos, ni patria, ni libertad.*

3.—*Errantes y proscriptos andamos como la prole de Israel en busca de la tierra prometida;* y también pertenece a la misma clase la siguiente cláusula de Sarmiento, compuesta de una oración principal y una subordinada, y sin conexión gramatical con el contexto, del cual se halla separada por punto y aparte:

Todas estas lecciones de tan profunda sabiduría eran parte diminuta de aquella simiente derramada por el santo varón, y fecundada por el sentido común y por el sentimiento moral || que encontró en el corazón de mi madre.

Como ejemplos, ahora, de los períodos a que se refiere la segunda parte de nuestra definición, daremos los siguientes, formados por más de una cláusula; y para evidenciarlo recurriremos al arbitrio de separar una cláusula de otra por *tres* líneas verticales:

La claridad de una ley es su primer requisito para ser conocida y realizada; ||| pues no se practica bien lo || que se comprende mal (ALBERDI): este período se compone de una cláusula simple y de otra compuesta. El siguiente, en cambio, se compone de tres cláusulas compuestas:

La legislación civil y comercial, los reglamentos de policía industrial y mercantil, no deben rechazar al extranjero || que la constitución atrae. ||| Poco importaría que él encontrase caminos fáciles y ríos abiertos || para penetrar en lo interior || si había de estrellarse en leyes civiles repelentes. ||| Lo || que se avanzaría por un lado || se perdería por otro. (ALBERDI.)

95] El *período* se halla generalmente separado de lo que le precede y se sigue por punto y aparte.

96] El *período* es el agregado mayor que puede considerar la Sintaxis, así como el *sujeto y el atributo gramaticales* y los *complementos* son los menores a que llega su análisis.

Clasificación de los períodos. — 97] Las principales clasificaciones de los períodos se fundan en la *cantidad de las cláusulas componentes*, en la *clase* de las mismas, o en la *manera como dichas cláusulas están unidas.*

98] Teniendo en cuenta la cantidad de cláusulas que entran en su composición, los *períodos* pueden ser *simples* y *compuestos.*

a] *Período simple* es aquel en cuya composición no entra más que una sola cláusula, cualquiera que sea por otra parte la clase de esta última. Ejemplos de *períodos simples* son los de Echeverría y Sarmiento reproducidos más arriba.

b] *Período compuesto*, en cambio, es el que está formado por más de una cláusula de cualquier clase. Ejemplos de *períodos compuestos* son los dos transcriptos de Alberdi.

99] Por la *clase de las cláusulas componentes*, los períodos pueden ser *paratácticos* e *hipotácticos*.

a] Llamaremos *período paratáctico* al que se compone de *puras cláusulas simples*. Ejemplos:

La ventera gritaba, ||| *su hija se afligía,* ||| *Maritornes lloraba,* ||| *Dorotea estaba confusa.* (Cervantes.) *Con todos los príncipes habla Micheas,* ||| *palabras son de Dios,* ||| *V. Majestad las traslade a su alma,* ||| *y no dé a guardar otra cosa a su memoria con más cuidado.* (Quevedo.)

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador, mi sien, |||
Tú empiezas, ||| *yo termino la jornada,* |||
¡Dios te conduzca al suspirado edén!

(Guido y Spano.)

El período paratáctico representa la forma menos elaborada del habla; es la que suele emplear el pueblo, y aun la que adoptamos a veces en el lenguaje familiar. Con todo, es difícil hallar un largo período paratáctico completamente puro.

b] En cambio será *período hipotáctico* aquel en cuya composición entre por lo menos *una cláusula compuesta*.

Frente al período paratáctico, el *hipotáctico* encarna el lenguaje en todo su desarrollo; con su ayuda pueden lograrse los más hermosos efectos. Valga como un ejemplo entre mil, el siguiente y los restantes períodos del elogio que la de la Edad de Oro pone Cervantes

en boca de D. Quijote: *Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de "tuyo y mío".*

100] Por *la manera como están unidas las cláusulas componentes,* los períodos pueden ser de *yuxtaposición* y de *coordinación.*

a] Cuando las cláusulas constitutivas del período están meramente *yuxtapuestas,* es decir como arrimadas unas a otras sin ningún vínculo conjuntivo, el período se llama *período de yuxtaposición,* y las cláusulas así relacionadas, *cláusulas independientes.* Notable ejemplo de *período de yuxtaposición* es el ya citado pasaje de Guido y Spano, 99] *a*], donde aparecen nada menos que cuatro *cláusulas independientes seguidas yuxtapuestas.*

b]. Contrariamente a lo que ocurre en el período de yuxtaposición, en el *período de coordinación* las cláusulas están unidas unas a otras por conjunciones; de donde resulta que dichas cláusulas reciben el nombre de *cláusulas coordinadas.*

Los *períodos de coordinación* serán, pues, de tantas clases cuantas sean las de las conjunciones. Enumeramos a continuación los principales:

Período de coordinación copulativo Ejemplos: *Unos ríen* ||| y *otros lloran. No estuvo Juan por aquí* ||| ni *pude hallarlo por más que lo buscara.*

Disyuntivo. Ejemplo: *Debes hacer lo que digo* ||| o *tomaré medidas.*

Adversativo. Ejemplo: *Me rogó hasta que pudo,* ||| mas *no le hice caso.*

Continuativo. Ejemplo: *He expuesto mis razones, y no pienso agregar nada:* ||| además *otros hablarán mejor que yo.*

Ilativo. Ejemplo: *Estos dos ángulos valen un recto;* ||| luego *este triángulo es rectángulo.*

Análisis del período. — 101] El **análisis sintáctico** del período consiste tan sólo en dividirlo en sus cláusulas constitutivas y clasificar a éstas.

Antes de proceder al *análisis del período,* será necesario *expresar* o *desarrollar* los términos tácitos o comprimidos, como hemos visto al hablar del análisis de la cláusula en 80] : no insistireos mayormente sobre este punto, por considerar suficientes las explicaciones dadas al respecto en el pasaje citado.

Véanse únicamente, como ejemplos de casos en que es menester suplir términos tácitos, aun a costa de aumentar el número de las cláusulas, los períodos siguientes: *Juan estudia y Pedro no,* y: *Ayer estuve en Palermo y mi hermano también,* que completadas vienen a quedar como sigue: *Juan estudia y Pedro no* estudia, y: *Ayer estuve en Palermo y mi hermano también* estuvo en Palermo.

Ejemplo de análisis sintáctico del período. — 102] Tomaremos la 5.ª estrofa del Himno:

A vosotros se atreve, Argentinos,
El orgullo del vil invasor:
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener,
A estos tigres sedientos de sangre
Fuertes pechos sabrán oponer.

1. Preparación: Antes de *Vuestros campos* será necesario expresar el sujeto tácito *el vil invasor,* de modo que la segunda cláusula quedará como sigue: El vil invasor (tác.) *vuestros campos ya pisa contando tantas glorias hollar vencedor.*

2.° **Análisis:**

El presente período consta de las siguientes cláusulas:

A vosotros se atreve Argentinos el orgullo del vil invasor (cláusula simple) ; |||

El vil invasor (tác.) *vuestros campos ya pisa contando tantas glorias hollar vencedor* (cláusula simple) ; |||

Mas los bravos que unidos juraron su feliz libertad sostener, a estos tigres sedientos de sangre fuertes pechos sabrán oponer. (cláusula compuesta).

103] De más está decir que este análisis puede proseguirse mediante el de las *cláusulas,* y luego el de las *oraciones* componentes, con sólo aplicar en su oportunidad las reglas expuestas al tratar el *análisis sintáctico de la cláusula* y el de la *oración.*

SECCIÓN SEGUNDA

SINTAXIS ESPECIAL

LIBRO PRIMERO

SINTAXIS REGULAR

CAPITULO I

CONCORDANCIA

Concepto y definición. — 104] Si en el ejemplo *primavera hermosa* llevamos el sustantivo al plural, es sabido que el adjetivo le seguirá en ese cambio, y que habrá que decir *primaveras hermosas;* luego existe entre el *número* de la palabra *primavera* y el de su complemento *hermosa* una armonía que no parece casual.

Probemos ahora a sustituir en el mismo ejemplo la palabra *primavera* femenina, por el vocablo *verano* masculino: al punto experimentará un cambio paralelo el adjetivo *hermosa* y tendremos *verano hermoso;* señal evidente de que entre el *género* de la palabra principal y el de las que de ella dependen, existe una armonía semejante a la que hace un momento nos llamó la atención en el número.

Observemos ahora la oración: *murió el sabio bondadoso;* ya sabemos que el sustantivo *sabio* está en caso nominativo por ser sujeto; y preguntamos: ¿en qué caso estará el complemento *bondadoso*, que se refiere a dicho nominativo? Para contestar a esta pregunta no existe en español, como en latín y en griego, el recurso de observar la *forma* de la palabra para deducir de ella el caso: pero observando la *función* de la palabra *bondadoso*, nadie negará que, en *idea* al me-

nos, esa palabra está en nominativo, como el nombre a que se refiere; y quizá llegue también a admitir todo el que medite sobre el punto, que si *sabio* está en *genitivo* en el ejemplo: *la vida del sabio bondadoso*, lo estará asimismo, al menos en idea, también el adjetivo *bondadoso*: luego también abarca al *caso*, aunque en forma mucho menos visible, la armonía que hemos visto sucesivamente afectar al *número* y al *género*, según corresponda, de las palabras relacionadas entre sí.

Tomemos ahora por fin un verbo cualquiera en alguno de sus tiempos completos, y conjuguémoslo: *yo vendré, tú vendrás, él vendrá, nosotros vendremos, vosotros vendréis, ellos vendrán*: ¿qué observamos aquí inmediatamente?; pues que a cada forma del pronombre personal corresponde también una *persona* del verbo, y esa sola, sin contar que vuelve a observarse aquí la armonía en número, que ya hemos notado en el primer ejemplo.

Ahora bien, el estudio de cómo y cuándo y entre qué palabras se establece esa *armonía* en *número, género, caso* o *persona*, y de las excepciones de todas clases que presentan las reglas generales a que la Sintaxis ha podido reducirla, es precisamente lo que constituye la **Concordancia**, a cuyo estudio dedicamos el presente capítulo.

105] La falta lícita a la concordancia en género o número se llama **silepsis**; hay, pues, *silepsis* en los ejemplos siguientes: *Esta* **gente** *aunque* **los** *llevan,* **van** *de por fuerza.* (CERVANTES). *Vuesta* **Señoría** *Ilustrísima es* **bondadoso**.

Principales clases de concordancia. — 106] Entre todas las concordancias posibles, hay tres más importantes que las otras, y cuyo estudio es imprescindible: la *concordancia* de *sujeto y verbo*, la de *sustantivo y adjetivo* y la de *relativo y antecedente*.

Las expondremos sucesivamente.

I. CONCORDANCIA REGULAR DE SUJETO Y VERBO, Y EXCEPCIONES MÁS USUALES

Concordancia de verbo en la voz activa con sujeto gramatical simple. — REGLA GENERAL. — 107] La regla general en este caso dice que *cuando un verbo se refiere a un sujeto gramatical simple, concuerda con él en número y persona.* Ejemplos: *yo camino; tú caminas; Juan camina; nosotros caminamos; vosotros camináis; los soldados caminan; entrambos caminan; los alumnos de esta clase caminan, etc.*

OBSERVACIÓN 1.ª. — 108] Cuando por cualquier motivo la palabra que hace de sujeto ofrece la particularidad de poderse referir a cualquiera de las tres personas gramaticales sin cambiar de forma, como, por ejemplo, el vocablo *algunos* en los siguientes ejemplos: algunos *iremos;* algunos *iréis;* algunos *irán*, el verbo se pondrá en primera persona, si ésta se halla en el supuesto; ejemplo: algunos (yo, tú, él, ellos, etc., =*nosotros*) *iremos.* Si en cambio el supuesto no contiene la primera persona, y sí la segunda, irá el verbo en segunda persona: algunos (tú, él, ellos, etc., = *vosotros*) *iréis.* Y sólo irá el verbo en tercera persona, si la primera y la segunda quedan descartadas: algunos (él y ellos = *ellos*) *irán.* Estas consideraciones explican las concordancias siguientes: Los padres, *Teodora,* somos *como las aves; en sabiendo volar el pájaro, ayúdele el aire y válgale el pico.* (L. DE VEGA) *Todo* el pueblo *lo* decimos. (G. DE DIEGO.) La ciudad *entera lo* sabemos. (ÍD.) Oídme *toda* la Corte. (POEMA DEL CID.) *¡Cuánto os* debemos la casa de Alba, *pues que a nuestro mayorazgo habéis hecho trovador!* (FRANCÉS DE ZÚÑIGA.)

OBSERVACIÓN 2.ª — 109] En los sujetos compuestos cuyo último término sea como un resumen de todos los anteriores, aquél sólo se tiene en cuenta para la

concordancia. Ejemplo: *La soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas,* todo *causaba horror y espanto.* (CERVANTES)

EXCEPCIONES. — 110] La regla general expuesta ofrece algunas excepciones muy dignas de ser conocidas, en el sentido de que *no siempre concuerda el verbo con el sujeto gramatical a que se refiere.*

Pasamos en seguida a considerar las más notables.

111] Cuando el sujeto es un *colectivo* de persona en singular, el verbo lo mismo puede concordar regularmente con él en dicho número que tomar la forma plural, armonizando así con el significado del colectivo; con tal de que, para que esto último pueda ocurrir, no se halle el verbo en inmediato contacto con el colectivo sino separado de él por pausas materiales o de sentido, de manera que no choque la oposición de un verbo y un sujeto en distinto número. Ejemplos: *No* va *buscando aventuras, como Don Quijote, esta* gente. (AZORÍN.) *En su peregrinear por los mares e islas septentrionales, esa* gente *errática e infortunada* ha llegado *al palacio del rey Policarpo.* (ÍD.) *La demás* gente quisiera *ponerlos en paz mas, no* pudo. (CERVANTES.) *Suelen los tiranos ofrecer al* populacho *diversiones con que se* tranquilice. *Dueño el* ejército *de toda la región,* destruyó *sin piedad los sembrados. Toda la* gente *de la ciudad, como a campana tañida,* venían *a verle.* (CERVANTES.) *Despide esta* muchedumbre *de gente para que yéndose a los castillos y villas, que están cerca de este contorno,* se desparramen. (QUEVEDO.) *Ya veis que la* vecindad = *unánimes y conformes* = se han *marchado a querellar* = *a un Juez.* (R. DE LA CRUZ.) *Como a* gente *animal y tosca que, o no* conocen *estas riquezas, o si las* conocen, *no* usan *bien de ellas.* (FR. LUIS DE LEÓN.) *No los* sacaran *de su paso* todo el mundo. (LAZARILLO DE TORMES.) *Todas las dueñas le sellaron, y otra mucha* gente *de casa le* pellizcaron. (CERVANTES.) *La*

gente *de acá no* saben *leer ni escribir.* (CAPMANY.) Escuchen *mis palabras,* turba *descreída.* Deténganse, *gente sin prudencia.* En tesis general, cabe afirmar que los antiguos en esto iban mucho más lejos que los modernos, al extremo de aprobar las siguientes formas, hoy inadmisibles: *Para que* digan *la* gente. (ROMANCE VIEJO). Pensaron *de comer la* compañía. (LIBRO DE APOLONIO). *La misma* gente salieron *en público.* (MENDOZA). El Santo Oficio, *pretendiendo apartar la cizaña del grano,* procedieron, *etc.* (GRANADA).

Véase ahora cómo, de varios verbos que se refieren a un mismo colectivo, sólo van en plural los que se encuentran en las condiciones expuestas más arriba: *La* chusma izó *la entena con la misma priesa y ruido que la* habían *amainado, y todo esto callando, como si no* tuvieran *voz ni aliento.* (CERVANTES.)

Es digno de observarse también que esta excepción puede combinarse con lo dicho en 108], de lo cual son una prueba los siguientes ejemplos: *En la* gente *que* veíamos *las cosas desde afuera andaban muy discordes los pareceres.* (ALCALÁ GALIANO.) *No* huyáis, gente *cobarde,* gente *cautiva,* atended. (CERVANTES.) Deteneos, esperad, turba *alegre y regocijada!* (ÍD.)

112] Cuando un sustantivo se halla modificado por un complemento plural con la preposición *de,* al cual por el sentido puede referirse el verbo, éste lo mismo puede concordar regularmente con el sustantivo que irregularmente con el complemento. Como ejemplos de concordancia regular, véanse los siguientes: *Aunque la muchedumbre* de los malos haga *contra las ovejas de Cristo bando por sí.* (FR. LUIS.) *Espesa bandada* de grajos y cuervos revolotea (AZORÍN.) Se agita *una caterva* de instintos *plebeyos.* (ORTEGA Y GASSET.) Ciérrale *el paso un tropel* de conceptos *fundidos los unos con los otros.* (ÍD.) En cambio, en los siguientes, el verbo se adapta en número al complemento: Salieron *por ella una infinidad* de grandísimos

cuervos. (CERVANTES.) *La infinidad* de dineros *que allí sin provecho* se gastaban. (ÍD.) Parecieron *una buena cantidad* de cabras. (ÍD.) Comenzaron *a entrar por el jardín adelante hasta cantidad* de cien dueñas. (ÍD.) De los indios murieron *considerable número.* (SOLÍS.) Bramaban, gruñían y cantaban, *en grandes jaulas, multitud* de fieras y aves. (VALERA.)

a] Cuando sea del caso aplicar aquí lo dicho en 108], podrán resultar expresiones como las siguientes: *Un grupo* de alumnos *os* presentaréis *ante el superior. Un núcleo* de adherentes pensamos *así. La mayor parte* de nosotros somos *pobres.* (REV. FIL. ESP.)

113] Con la expresión *más de uno,* lo corriente y adecuado es poner el verbo en singular, como en el siguiente ejemplo de Argensola: Más de un *naufragio nuevo nos* avisa = *Que no por frecuentados son tranquilos.*

Sin embargo, no faltan en los buenos escritores ejemplos de verbos en plural en este caso: Más de un *héroe* han *debido sus laureles,* = *No al suyo de quien nadie fué testigo,* = *Sino al valor de sus soldados fieles.* (BRETÓN.)

a] En este último caso, y teniendo en cuenta lo expuesto en 108], podrán darse ejemplos como los siguientes: Más de un *principiante* encontraréis *allí buena acogida.* Más de un *delegado* podemos *estar satisfechos.*

114] Los *partitivos* y los *proporcionales,* cuando indican pluralidad, pueden llevar el verbo regularmente en singular, o, apartándose de la regla general, en plural. Ejemplos: *Agolpóse el populacho;* parte venían *sin armas;* pudiera haberse dicho: venía. *Iban en el buque sesenta personas;* la mitad perecieron *y el* resto *se* salvaron; podría decirse: pereció *y se* salvó. *Enviaron diez mil hombres de refuerzo, y se* necesitarían *el* doble; o: *se* necesitaría. *Los alumnos se presentan confiados al examen, pues la* mayoría conocen *la materia;* o: conoce

a] Lo expuesto en 108] puede dar lugar aquí a expresiones como la siguiente: *En aquella asamblea, la* **mayoría intentasteis** *imponeros. La* **mayor parte** *lo* **sabemos.** *Al examen nos presentamos alegres y dichosos, pues la* **mayoría sabemos** *que* **vamos** *a ser aprobados.*

115] Son muchos los casos en que el verbo *ser*, colocado entre dos sustantivos de distinto número, uno de los cuales le sirve de sujeto, y de complemento predicativo el otro, lo mismo puede concordar con el primero que con el segundo. Ejemplos: *La renta de un duque* **es** *mil escudos; la renta de un duque* **son** *mil escudos; mil escudos* **es** *la renta de un duque; mil escudos* **son** *la renta de un duque.*

Debemos agregar que toda tentativa de reducir a reglas este intrincadísimo punto de sintaxis nos parece destinada al fracaso, por la misma complejidad del tema; siendo ello así, nos limitaremos tan sólo a la indicación práctica, del todo suficiente por lo demás, de que es lícito hacer concordar el verbo *ser* con el sustantivo que se estime más oportuno, siempre que no resulte chocante la falta de concordancia con el otro sustantivo.

A mayor abundamiento, sirva para ilustrar el punto la lista siguiente de ejemplos, en la cual deliberadamente sólo se ha dado cabida a aquellos susceptibles de admitir cualquiera de las dos concordancias posibles para el verbo *ser* en este caso.

Véanse primero ejemplos de concordancia con el sustantivo antepuesto al verbo: *Aquellos* **desertores** ERAN *una* **gente** *desalmada.* (CERVANTES.) **Lo primero** *que vimos* FUÉ *las* **ciudades** *militares de reposo.* (AZORÍN.) *Como si aquella* **comezón** *teológica* HUBIESE SIDO *sólo* **barruntos** *de la próxima conmoción.* (SARMIENTO.) *Laurencio, Laurencio,* **esto** *que ahora no* ES, FUÉ **perlas** *algún día.* (LOPE.) *Toda la* **venta** ERA **llantos.** (CERVANTES.) *Después acá* **todo** HA SIDO **palos** *y más palos* (CERVANTES.) **Todo esto** FUERA **flores** *de can-*

tueso. (CERVANTES.) Todo ES rayos *de amor cuanto de él se parece.* (FR. LUIS.) *Y así, en virtud* cada una *de ellas* ES todas *y* todas SON cada una. (FR. LUIS.)

En los ejemplos siguientes, en cambio, el verbo *ser* concuerda con el sustantivo pospuesto: *La* gente *que sacó,* FUERON *ochocientos* infantes (HURTADO DE MENDOZA.) *El* asunto SON *los* amores *de Amadís.* (CEJADOR.) *Tres* panes ERA *poca* provisión *para tantos.* (QUEVEDO.) *Todos los* encamisados ERA gente *medrosa.* (CERVANTES.) *Las* desgracias ES cosa *que nunca falta.* (G. DE DIEGO.) *Los* madrugones ES cosa *que me molesta.* (ÍD.) *La* noche SON *las* llamas *del gas, blancas y frías, en la calle desierta.* (AZORÍN.) Los *que me ofenden es* canalla. (CERVANTES.) *Allá está tratando con Felipa de vender estas* esclavas; *que dice que son buenas y extremadas, pero que para su casa* ES *mucho* toldo. (LOPE.) *Los* ojos *del príncipe* ES *la más poderosa* arma. (QUEVEDO.) *Estas* confirmaciones *reservadas no* ES *un* derecho *nuevo.* (CAMPOMANES.) *Estos dos* actos... ES *la* potestad *verdadera de la Iglesia.* (CAMPOMANES.) *Pudiera ser que* lo *que a ellos les parece mal,* FUESEN lunares, *que a veces aumentan la hermosura del rostro.* (CERVANTES.) Lo *que resta* FUERON trabajos *de D. Fernando.* (Lope.) *Las* gestas *de corta dimensión, que vemos perdurar en Castilla,* ES *otra* muestra *de un tipo arcaico.* (MENÉNDEZ PIDAL.)

a] Cuando los sustantivos antepuestos o pospuestos al verbo *ser* sean más de uno, ya estén en singular o en plural, serán considerados como un solo sustantivo singular o plural, según los casos, aplicándose luego la regla expuesta en 115]. Ejemplos: Carnero y vaca FUÉ principio y cabo. (QUEVEDO.) Esto ES tinieblas, bullicio, alboroto. (FR. LUIS.) *La* novela *de aventuras, el* cuento, *la* épica, SON *aquella* manera *ingenua de vivir las cosas imaginarias y significativas.* (ORTEGA Y GASSET.) Trabajos *y* penalidades SON *la*

herencia *del hombre.* (BELLO.) *Y el* medio *y la* salida FUÉ no criar otro linaje *de hombres.* (FR. LUIS.) *El* fruto *del Espíritu Santo* SON caridad, gozo, paz, largueza *de ánimo,* bondad, fe, mansedumbre *y* templanza. (FR. LUIS.) Esto *todo* FUERON tortas *y* pan *pintado.* (CERVANTES.) *Todo su* caudal SON *sus* calzillas *de obra y sus* cueras *de ámbar.* (LOPE.) Todo *parc él* SON peligros y dolores. (AZORÍN.) *Mas la honesta* presencia *de Camila, la* gravedad *de su rostro, la* compostura *de su persona,* ERA tanta, *que ponía freno a la lengua de Lotario.* (CERVANTES.) *La* crítica, *la* zumba, *no* ES *un* ornamento *inesencial en el Quijote.* (ORTEGA Y GASSET.) *Buen* Rey *y malos* Ministros ES cosa *dañosa a la República.* (QUEVEDO.) *La* leche *que se cuaja en el queso y los* pastos *que la crían* ES *el propio* manjar *de los que comienzan en la virtud.* (FR. LUIS.) Recuerdos *y* promesas ES *la* cultura. (ORTEGA Y GASSET.) Trabajos *y* penalidades ES *la* herencia *del hombre.* (BELLO.)

116] El verbo *haber* usado impersonalmente ofrece la particularidad notable de ir en singular aunque esté en plural la palabra a que se refiere. Ejemplos: HABÍA *en la casa de don Álvaro* unas *diligentes y amorosas* manos *femeninas.* (AZORÍN.) HA HABIDO épocas *que apenas han tenido sensibilidad para lo trágico.* (ORTEGA Y GASSET.) *En la capilla de la Concepción* HABÍA seis cuadros *de santos obispos, de buen pincel, que han sido no ha mucho devorados por las llamas.* (SARMIENTO.) *Hubo* empeños. (ÍD.)

117] Un caso muy notable es el que sigue: cuando un pronombre relativo se refiere a un antecedente que ha sido designado sucesivamente en dos personas gramaticales distintas, entonces el verbo dependiente del relativo puede adoptar cualquiera de aquellas personas. Ejemplos: Tú *has sido* la | que *me* has *muerto.* (CERVANTES.) Yo *fuí* el | que *le* sacó *de su tierra.* (ÍD.) *Dime* tú el| que respondes. (ÍD.) Vos *sois y no otro* el | que distrae *y* sonsaca *a mi señor.* (ÍD.)

Yo *soy* el | que *no* tuvo *ánimo para ver en qué paraba su desmayo.* (ÍD.) Vos *sois* el| que mandáis *que os pidamos, y* hacéis *que os hallemos, y nos* abrís *cuando os llamamos.* (FR. L. DE GRANADA.) Yo *soy* aquel | que vengó. (SANTILLANA.) Yo *soy* el | que seré *vuestra guía en el desierto.* (FR. LUIS.) Un viajero *como* yo| que ando *por los países de que escribo.* (CALDASO.) *No somos* nosotros *solos, sino también las personas ilustradas de los demás pueblos,* los| que *le* colocan *al nivel de los más grandes poetas.* (VALERA.) *Yo que no éramos* nosotros *solos* los| que visitaban *aquel lugar.* (PÉREZ GALDÓS.)

Concordancia de verbo en la voz activa con sujeto gramatical compuesto. — 118] Son dignos de considerarse tres casos principales: 1. *Verbo antepuesto a varios sujetos ligados por la conjunción* Y; 2. *Verbo pospuesto a varios sujetos ligados por la conjunción* Y; 3. *Verbo antepuesto o pospuesto a varios sujetos unidos por otras conjunciones o sin conjunción alguna.* Vamos a estudiar aisladamente cada caso.

1. VERBO ANTEPUESTO A VARIOS SUJETOS LIGADOS POR LA CONJUNCIÓN y. — REGLA GENERAL. — 119] *El verbo que precede a varios sujetos unidos por la conjunción* Y *lo mismo puede concordar en plural con el conjunto de ellos, que en singular con el primero, si éste se halla en dicho número;* sin que importe que los sujetos sean nombres de personas o de cosa, ni que después del primer sujeto en singular haya otros en plural. Ejemplos:

(Verbo en concordancia con el conjunto de los sujetos):

Estaban allí Felipa y Celia (LOPE.) *A todo lo cual se hallaron presentes, Sancho, el ventero y cuadrillero.* (CERVANTES.) *Bien habéis—respondieron Marcelo y Juliano.* (FR. LUIS.) *Este fin tuvieron don Bela, Marfisa y Gerarda.* (LOPE.) *Aquí están tu madre y tus parientes.* (QUEVEDO.) *Antes de dar con el marqués recorrieron el capellán y su guía casi todo el*

huerto. (PARDO BAZÁN.) *Las llagas que hacen en nuestras almas la pasión y el pecado.* (FR. LUIS.) *Bueno va esto; no me engañaron el chapín y las tijeras.* (LOPE.) *No he de quitarme de esta puerta, aunque me lo mande la noche, por más que me afrenten la vecindad y el día.* (ÍD.) *¿Qué tienen que ver la libertad, la vida y el alma con el oro?* (ÍD.) *En el Tabor transfigurado Cristo, se representaron la desnudez y miseria de los hombres que habían menester a Cristo en cruz.* (QUEVEDO.) *Sirvan de ejemplo la elegía a su hermano y la canción a Fray Luis de León.* (AZORÍN.) *El concierto íntimo y espiritual que forman el ritmo perenne del reloj, el astro brillante de que no podemos apartar la vista y la melancolía de este can lejano que aúlla.* (AZORÍN.) *Crecieron al mismo tiempo el cultivo, el ganado errante y la población rústica.* (JOVELLANOS.) *Durante este paseo en coche, crecieron la admiración y la envidia de todos.* (VALERA.) *Y recomenzaron su aullido y su saña.* (RUBÉN DARÍO.) *Más empecé a ver que en todas las casas = estaban la Envidia, la Saña, la Ira.* (ÍD.) *No eran el gobierno, las leyes y la religión materia de examen libre y de atrevida controversia.* (ALCALÁ GALIANO.) *Se alimentaron la idea y la pasión de la patria.* (RODÓ.)

(Verbo en concordancia con el primero de los sujetos):

Quedó pasmada Teresa y su hija. (CERVANTES.) *Dijo Rachel y Vidas.* (CID.) *Lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas.* (CERVANTES.) *Que así lo hizo Teócrito y Virgilio.* (FR. LUIS.) *Estaba allí la madre de Jesús y sus discípulos.* (QUEVEDO.) *Allí estaba David y Samuel, y todos los Profetas, y el mismo Juan Bautista.* (QUEVEDO.) *Salió él y su mujer.* (G. DE DIEGO.) *Y dícelo, porque con Cristo nació la verdad y la justicia y la misericordia, como lo testifica Isaías.* (FR. LUIS.) *Crecía el número de los enemigos y la fatiga de los españoles.* (SOLÍS.) *En llegando la ocasión mandaba la ira, y a veces el miedo.*

(SOLÍS.) *Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que no todas veces duerme.* (CERVANTES.) *Ya sé a qué sabe el bizcocho y el corbacho.* (ÍD.) *Pero a todo esto se opone mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban.* (ÍD.) *Es archivo donde vive la honestidad y vive el comedimiento, y el recato y todas las virtudes.* (ÍD.) *No me dió lugar mi suspensión y arrobamiento.* (ÍD.) *Le vendrá el señorío y la gravedad como de molde.* (ÍD.) *¿Dónde llegará la iniquidt y disolución de los que compitieren entre sí sobre quién recibirá más del Rey?* (QUEVEDO.) *Creció con los dos la voluntad, el favor e igualmente el respeto.* (QUEVEDO.) *En su entereza e igualdad está apoyado el temor y reverencia de las gentes.* (QUEVEDO.) *Quiso enseñar, y enseñóles, que a nadie en ningún tiempo ha de llegar la necesidad y el necesitado.* (QUEVEDO.) *Qué hará el lado y favor de los Reyes hombres?* (QUEVEDO.) *El raposo Rey, a quien aconseja la maña, la ambición y la tiranía.* (QUEVEDO.) *La raíz de todas las pasiones es el amor: de él nace la tristeza, el gozo, la alegría y la desesperación.* (LOPE.) *Hoy le saca de ella la justicia de mi verdad y el delito de su mentira.* (LOPE.) *Aunque ya les causaba no pequeño embarazo lo agrio y estrecho de las sendas, las cargas y el fardaje.* (QUINTANA.) *Lamenta ahora estos males la piedad y lealtad española.* (VILLANUEVA.) *Remito a V. S. esa canción cuyas primeras estrofas me dictó el mal humor y la melancolía.* (MELENDEZ VALDÉS.) *Lo que le inspiraba su ingenio y fantasía.* (ALCALÁ GALIANO.) *En el castillo está el carretón y los barriles tomados en Waterloo.* (RUBÉN DARÍO.) *Existe el misterio y la poesía de la verdadera vida de Oriente.* (ÍD.) *Pero lejos de aprovecharse del concepto de deidades, en que estaba él y los suyos entre aquellos pueblos.* (CADALSO.) *Así estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco y el ama y la sobrina.* (CERVANTES.)

[OBSERVACIÓN 1.ª — 120] Cuando se opta por hacer concordar el verbo con el conjunto de los sujetos, y

éstos pertenecen a una misma persona gramatical, el verbo debe ir en plural y en la persona de los sujetos; cuando en cambio los sujetos pertenecen a diferentes personas gramaticales, se prefiere para la concordancia la primera persona a la segunda, y ésta a la tercera. Ejemplos: *Obligados han de quedar Pedro, Juan y su primo. ¡Ay, Felipa, que somos Fernando y yo como la voz y el eco!* (LOPE.) *¿Qué nos toca a ti y a mí, mujer?* (QUEVEDO.) *Bien lo sabéis tú y él.*

OBSERVACIÓN 2.ª — 121] Cuando, en cambio, la concordancia se establece con el primer sujeto, prevalece la persona gramatical de éste, cualquiera que sea la de los restantes. Ejemplo: *Había él y todos nosotros de tener libertad.* (CERVANTES.) *Pues esto lo sabes tú y todos.* (PÉREZ GALDÓS).

EXCEPCIONES. — 122] A pesar de lo dicho hasta aquí, el verbo, precediendo a varios sujetos ligados por la conjunción **y**, *deberá* ponerse necesariamente en plural en los siguientes casos:

123] Cuando exprese reciprocidad o acción conjunta. Ejemplos: *¡Qué conformes palabras con la hermosura del dueño! Conformáronse el cuerpo y el alma: tal licor para tal vaso.* (LOPE.) *Leí en un libro de fábulas que luchaban Hércules y Anteo.* (LOPE.) *Pues ¿qué he de hacer, sabiendo cuán mal se juntan una comparación y un sobresalto?* (LOPE.) *Conversan Cervantes y Shakespeare en esta página.* (AZORÍN.) *Le mataron entre el padre y el hijo. A Elena, causa de tanto daño, llevan presa Menelao y Agamenón.* (GUEVARA).

124] Cuando los sujetos son apelativos sin artículos ni adjetivos determinativos. Ejemplos: *Tienen oro y mujer, correspondencia y simpatía.* (LOPE). *Llegaron a sus animales caballero y escudero.* (CERVANTES.)

125] Cuando el verbo tiene un complemento predicativo en plural. Ejemplos: *Son el sentimiento y el movimiento* cualidades *características del animal. Eran Italia y Francia* naciones *prósperas.*

2. VERBO POSPUESTO A VARIOS SUJETOS LIGADOS POR LA CONJUNCIÓN y. — REGLA GENERAL. — 126] Es éste uno de los puntos más delicados de la Concordancia. Con todo, no creemos errar expresando como sigue el principio general a que está sometido: *Con varios sujetos unidos por la conjunción* y, *y antepuesto al verbo, deberá necesariamente este último ir al plural cuando no sea posible alejar de dichos sujetos la nota de pluralidad; y cuando esto último pueda alcanzarse en alguna forma, entonces podrá el verbo ir indistintamente al plural o al singular.*

a] Es imposible en manera alguna apartar de los sujetos la idea de pluralidad, y por lo tanto deberá ir el verbo al plural, en los siguientes casos:

1.° Cuando uno de los sujetos esté en plural. Ejemplos: *Las galas y la ociosidad me divirtieron luego de mis primeros estudios* (LOPE.) *Los golpes de la ventana y Julio me advirtieron de que estaban allí Felipa y Celia.* (ÍD.) *La experiencia y las leyes, y en ellas la prudencia y la razón sirven al albedrío.* (QUEVEDO.) *Hasta que las silbas y la grita tomen posesión de su seso.* (ÍD.)

2.° Cuando el verbo denote reciprocidad o acción conjunta. Ejemplos: *Sentencia y belleza bien pueden estar juntas.* (LOPE.) *Juventud y gracia suelen poder más que seso y cordura. Caballerosidad y nobleza adornan aquel espíritu. La épica y la novela discrepaban por sus objetos.* (ORTEGA Y GASSET.) *Esta mujer y este hombre que desde ahora han de marchar espiritualmente unidos hasta la eternidad.* (AZORÍN.) *El padre, la madre y el hermano bajan al puerto a despedirlo.* (ÍD.) *El padre Anastasio y Juan Moreno volvieron al castillo inmediatamente.* (VALERA.)

3.° Cuando se trate de nombres propios. Ejemplos: *Entretanto doña Ramona y Currito, convertido ya en maestro, son cada día más venturosos y prosperan mucho.* (VALERA.) *Príamo, París y Policena, Hécuba*

y Andrómaca han dado el fatal tributo a la muerte. (GUEVARA.) *Pedro y Antonio merecen mi confianza.*

b] Podrá, en cambio, ir el verbo al singular o al plural cuando sea posible la reducción del sujeto múltiple a la idea de singularidad, lo cual ocurre:

1.° Cuando por existir sinonimia entre los sujetos pueda englobárselos en un concepto mental único. Ejemplos:

(Con el verbo en plural):

El adorno y la riqueza añaden hermosura. (LOPE.) *El amor y la obligación no sólo me mandan, pero porfiadamente me fuerzan.* (ÍD.) *Si la cara y el talle desdicen de la voz.* (ÍD.) *Donde la noche y el invierno le alojaron.* (QUEVEDO.) *La resistencia y celeridad en lo marcha de este mozo, le parecieron al juez cosa de brujería.* (AZORÍN.)

(Con el verbo en singular):

Los que Dios y naturaleza hizo libres. (CERVANTES.) *Si bien antes la pena y el cuidado = Me dió la nueva forma que procuro.* (ALARCÓN.) *¿Quién creyera que... el poderío y grandeza había de tomar armas y mover guerra contra una tan humilde bondad?* (FR. LUIS.) *Este rocío y virtud que formó su cuerpo y le dió vida.* (ÍD.) *Antes ha rato ya que el nombre y esperanza de este fruto ha despertado en nuestro gusto golosina de él.* (ÍD.) *Pero, como decía, esta semejanza y conformidad se atiende en tres cosas.* (ÍD.) *Y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos a veces.* (CERVANTES.) *Siempre son mayores nuestras perfecciones y gracias, acompañadas de aquella blandura natural, cariño y dulzura que mueve vuestra inclinación a nuestro deseo.* (LOPE.)

2.° Cuando sea posible referir expresamente el verbo a un último sujeto singular, aunque en realidad se aplique al conjunto de ellos. Ejemplos:

(Con el verbo en plural):

Y para que sepáis lo que la una y la otra preten-

den de vos. (LOPE.) *La condición triste de nuestros siglos y la experiencia de nuestra grande desventura nos enseñan que nos es ocasión ahora de muchos daños.* (FR. LUIS.) *Tu falsa promesa, y mi cierta desventura, me llevan a parte donde antes volverán a tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas.* (CERVANTES.) *El poder, la fuerza, el interés y la ocasión vencieron a muchos.* (LOPE.) *La ciencia de un buen médico y el cuidadoso esmero de su criada Juana lograron conservar su vida.* (VALERA.) *Palabra y piedra suelta, no tienen vuelta.*

(Con el verbo en singular):

Que cierto es que el paso y la obra que en Cristo no estriba y cuyo fundamento no es en él, no se adelanta ni se allega hacia el cielo. (FR. LUIS DE LEÓN.) *El buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos.* (CERVANTES.) *El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa.* (ÍD.) *El calor y el día que allí llegaron, era de los del mes de Agosto.* (ÍD.) *A nadie en ningún tiempo ha de llegar la necesidad y el necesitado, que no halle socorro.* (QUEVEDO.) *La carne y la sangre no te lo reveló.* (ÍD.) *La obligación de redargüir a los primeros, y el deseo de conciliar a los segundos, nos ha detenido en buscar papeles.* (SOLÍS.) *La poesía y todo arte versa sobre lo humano.* (ORTEGA Y GASSET.) *La poca edad, la poca ciencia y la poca experiencia os excusa del yerro que habéis hecho.* (GUEVARA.) *La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiración y contento en los dos oyentes.* (CERVANTES.) *Si es que mi partida y su locura de vuestra merced va de veras.* (ÍD.) *Su fuerza y su significado único radica en su presencia.* (ORTEGA Y GASSET.)

3.° Cuando por haberse dado más realce a uno cualquiera de los sujetos en singular, éste puede atraer a sí el verbo con especial vehemencia, sin que importe

en ese caso si entre los restantes sujetos hay alguno en plural. *Ejemplos:*

(Con el verbo en plural):

Esta afirmación suya, *y además la confianza que le tengo, devuelven la paz a mi espíritu.* La declaración del testigo, *y también sus otras manifestaciones, conman la presunción del juez.*

(Con el verbo en singular):

La sinceridad *y el amor a la belleza y a la justicia ha guiado nuestra pluma.* (AZORÍN.) *Podría ser, que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido* juicio *del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición.* (CERVANTES.) *Nunca* la poesía americana, *y muy pocas veces la española ha dicho cosas más hondas con medios más simples.* (GARCÍA VELLOSO.) Esta maravillosa quietud, *y los pensamientos que siempre nuestro caballero traía, le trujo a la imaginación, etc.* (CERVANTES.) Esta composición *y las muchas otras que en la obra de Echeverría glosan la querella eterna del "yo" romántico, nos muestra al personaje plasmado conforme a un patrón universal convenido.* (GIMÉNEZ PASTOR.) *Cuáles son estos peligros en palacio, véase en la brevedad con que* la inquietud *y juguetes de unos pies deshonestos tuvo por precio de su descompostura la cabeza del Precursor.* (QUEVEDO.) Buenos Aires *y con ella todo el país ha vivido horas de verdadera incertidumbre.*

OBSERVACIONES. — 127] Cuando el verbo concuerda con el conjunto de los sujetos, y pertenecen todos ellos a una misma persona gramatical, el verbo adoptará (en plural) dicha persona, como se observa en los ejemplos correspondientes citados más arriba. Pero cuando los sujetos sean de distintas personas, se preferirá para la concordancia del verbo la segunda a la tercera, y la primera a las otras dos. Ejemplos: *Porque* vos *y Dorotea* tenéis *la luna en la duodécima parte de los peces.* (LOPE.) *Vos y* yo fuímos *largo tiempo*

amigos. (SARMIENTO.) Yo, *tú y nuestros primos* saldremos *mañana.*

En cambio, cuando la concordancia se establece con el último sujeto o con uno solo de ellos, prima el número y la persona de éste, cualesquiera que sean los de los restantes. Ejemplos: *Yo y* los *que en ellas han puesto esperanza* = *Te* pueden *de aquesto bien cierto hacer.* (ENCINA.)

3. VERBO ANTEPUESTO O POSPUESTO A VARIOS SUJETOS UNIDOS POR OTRAS CONJUNCIONES, O SIN CONJUNCIÓN ALGUNA. REGLA GENERAL. — 128] En todos estos casos, el *verbo lo mismo puede concordar en plural con el conjunto de los sujetos, que en singular con el más próximo, si este último pertenece a dicho número.* Ejemplos:

(Verbo antepuesto, concordando con el conjunto de los sujetos):

Moviéronle la ambición o la ira. (BELLO.) *No le abatieron ni la indigencia en que vivía, ni los insultos de sus enemigos, ni la injusticia de sus conciudadanos.* (ÍD.) *No le faltaban ni sensibilidad ni buen oído.* (ALCALÁ GALIANO.) *En la planta baja están la cocina, la bodega, las cuadras.* (AZORÍN) *¿Lo han retratado Velázquez, Goya, Zuloaga?* (ÍD.)

(Verbo antepuesto, concordando con el sujeto más próximo):

Movióle la ambición o la ira. (BELLO.) *No le abatió ni la indigencia en que vivía, ni los insultos de sus enemigos, ni la injusticia de sus conciudadanos.* (ÍD.) *No invaden bárbaramente nuestra persona como hace el hambre o el frío.* (ORTEGA Y GASSET.) *No te igualó en ligereza el hipogrifo de Astolfo ni el nombrado Frontino.* (CERVANTES.) *No puede tanto la ceguedad de mi vista ni mi obstinada dureza.* (FRAY LUIS DE LEÓN.) *No cura a la demasía la suspensión, ni la mesura, ni la respuesta dudosa.* (QUEVEDO.) *A éstos no les obliga la virtud ni el recogimiento.* (LOPE.) *Al ministerio a que vino convenía, no el Tabor, sino el*

Calvario, no gloria, sino pena. (QUEVEDO.) *¿Comienza ya la sombra de tus maldades, el aforro de tus insolencias, el Mercurio de tus embajadas, la capa de tus traiciones a echarnos bernardinas?* (LOPE.) *Lo decía la luz de sus ojos, sus maneras bruscas e imperiosas, el modo de mandar una cosa o de suplicar y rogar.* (AZORÍN.) *Otra vez, sintióse el temor, la alarma, = Entre los vecinos y entre los pastores.* (RUBÉN DARIO.)

(Verbo pospuesto, concordando con el conjunto de los sujetos):

Ni Europa ni África existían. (ORTEGA Y GASSET.) *La ambición o la ira le movieron.* (BELLO.) *Ni la indigencia en que vivía, ni los insultos de sus enemigos, ni la injusticia de sus conciudadanos le abatieron.* (BELLO.) *Tanto él como su esposa me dieron palabra.* (G. DE DIEGO.) *Él, como los demás, lo sabían. El padre con las hijas lloran.* (POEMA DEL CID.) *Y él con otro habían entrado en el monasterio.* (CERVANTES.) *Pedro con su hijo estuvieron a visitarme.* (SALVÁ.) *La muerte con todo su escuadrón volante volvieron a su carreta y prosiguieron su viaje.* (CERVANTES.) *Y lo humano ha sabido expresarlo con una emoción, con un matiz de morbosidad, con una lejanía ideal, que nos cautivan y llegan al fondo de nuestro espíritu.* (AZORÍN.) *Un día un periódico, una revista, el libro de un amigo, la carta de una amiga, el triunfo de un compañero, harán revivir en nosotros el hombre antiguo.* (ÍD.) *Su ingenio, su travesura, su donaire, inquietaban a todos.* (ÍD.)

(Verbo pospuesto, concordando con el sujeto más próximo):

Alguna fuente o arroyo que estas yerbas humedece. (CERVANTES.) *El tiempo o la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.* (ÍD.) *Hombre, ni gigante, ni caballero, de cuantos v. m. dice, parece por todo esto.* (ÍD.) *La hacienda ni la vida = No peligró.* (CALDERÓN.) *Campos desnudos como el alma mía = Que ni*

la flor ni el árbol engalana. (García Tassara.) *La ambición o la ira le movió* (Bello.) *Ni la indigencia en que vivía, ni los insultos de sus enemigos, ni la injusticia de sus conciudadanos le abatió.* (Íd.) *No hay madre así solícita, ni esposa así blanda, ni corazón de amor así tierno y vencido, ni título alguno de amistad así puesto en fineza, que le iguale o le llegue.* (Fr. Luis de León.) *No hay trabajo ni miseria que con la suya se iguale.* (Íd.) *Tanto él como su esposa me dió palabra.* (G. de Diego.) *Él, como los demás, lo sabía. El cielo con la tierra tal día fué formado.* (Berceo.) *Pedro con su hijo estuvo a visitarme. El lado del Señor, el hablar en el Reino, el asistir al Rey, ocasionó en ellos tan anticipada petición.* (Quevedo.) *El talle, el brío, la limpieza, la habla, la voz, el ingenio, el danzar, el cantar, el tañer diversos instrumentos, me cuesta dos mil versos.* (Lope.) *La mansa fluencia de la épica ribera, la calma rítmica con que por igual atiende a lo grande y lo pequeño, sería absurda si imagináramos el poeta preocupado en la invención de su argumento.* (Ortega y Gasset.) *Hay en ella una ansiedad, un misterio, una melancolía, una vaga inquietud que nos estremece el espíritu.* (Azorín.) *Todo el amor de Garcilaso, toda su ternura, toda su efusión era para aquel río, ancho y claro que allá lejos, muy lejos, deslizaba su corriente entre la arboleda.* (Íd.)

Observación 1.ª — 129] Cuando el verbo sigue a los sujetos, puede ocurrir, como ya hemos visto en 126] *b*] 3.°, que en determinadas circunstancias uno de ellos atraiga a sí la concordancia del verbo, aun estando separado de él por otros sujetos. Ejemplos: *Tanto* el operador *como sus ayudantes estaba sobre aviso.* Él, *como sus hermanos, lo sabía perfectamente.*

Observación 2.ª — 130] Cuando en los casos considerados en 128] se opte por hacer concordar el verbo con el conjunto de los sujetos, y sean todos de una misma persona gramatical, a ella debe ceñirse el verbo en plural, como puede comprobarse por los

ejemplos correspondientes transcriptos en el citado párrafo. Pero cuando los sujetos estén en distintas personas, se preferirá para la concordancia del verbo la segunda a la tercera, y la primera a las otras dos, y siempre en plural. Ejemplos: *Lo sabéis tú o tu padre.* (G. DE DIEGO.) *No lo sabíais tú ni tu padre.* (ÍD.) *Tu padre o tú lo sabéis.* (ÍD.) *Tú o tu padre lo sabéis.* (ÍD.) *Ni tú ni yo lo hicimos.* (ÍD.) *Ni yo ni tú lo hicimos. Lo ignoramos tanto él como yo. Tanto él como yo lo ignoramos. Él, como yo, pensamos que no debe ser.*

En cambio, cuando la concordancia se establece con el sujeto más próximo, o con uno solo de ellos, primará el número y la persona de éste, prescindiendo de los restantes. Ejemplos: *Cuando hace aún pocos días marchaba yo con dos amigos a visitar el célebre monasterio.* (UNAMUNO.) *Lo sabes tú o tu padre. Tú o tu padre lo sabe. Lo ignora tanto él como yo. Tanto él como yo lo ignoro.*

Concordancia de sujeto y verbo en la voz pasiva. 131] En esta concordancia es menester considerar dos casos: 1.º *Verbo en la voz pasiva con verbo* ser *y participio;* 2.º *Verbo en la voz pasiva con pronombre* se. Vamos a considerar sucesivamente cada caso.

1. CONCORDANCIA DE SUJETO Y VERBO EN LA VOZ PASIVA CON VERBO ser Y PARTICIPIO. — 132] LA REGLA GENERAL de esta concordancia no puede ser más sencilla, y se reduce a decir que *en la pasiva de la clase aquí considerada el verbo* ser *concuerda en número y persona, y el participio en género y número, con el sujeto pasivo.* Ejemplos: *La estadística de Chivilcoy nos* ha sido comunicada *por el señor doctor Gorostiaga.* (N. AVELLANEDA.) *Estos datos nos* han sido comunicados *por la comisión.*

2. CONCORDANCIA DE SUJETO Y VERBO EN LA VOZ PASIVA CON PRONOMBRE se. — 133] Este es el punto verdaderamente intrincado de la concordancia en la voz pasiva. Creemos, sin embargo, haberlo reducido a prin-

cipios prácticos, partiendo de la exposición de Benot. Formularemos, pues, como sigue, la REGLA GENERAL correspondiente: *En la voz pasiva con el pronombre* **se**, *el verbo concuerda en número y persona con el sujeto pasivo,* únicamente *cuando este sujeto está expresado y es un sustantivo vocablo no precedido de la preposición* **a**, sin que importe averiguar si dicho vocablo se refiere a personas, cosas o cualidades; y en todos los demás casos *irá el verbo invariablemente a la tercera persona del singular.* Vamos a dar ejemplos de lo uno y de lo otro.

a] Ejemplos de verbo en pasiva con **se**, refiriéndose a sustantivos vocablos no precedidos de la preposición *a*, y con los cuales concuerda por lo tanto en número y persona: *Se* **alquila** *un* PIANO. *Se* **venden** LIBROS. *Se* **admite** *un* PUPILO. *Se* **admiten** PUPILOS. *Se* **busca** *una* COSTURERA. *Se* **buscan** COSTURERAS. *Se* **busca** COCINERO. *Se* **buscan** COCINEROS. *Aquí se* **honra** *la* VIRTUD. *Aquí se* **honran** *las* VIRTUDES. *Se* **bebe** VINO *excelente por los ricos. Se* **beben** VINOS *excelentes por los ricos. Se* **pican** VOLADOS. *Se* **alquilan** PIEZAS. *Se* **compran** PIANOS. *En aquel sitio* **pueden fijarse** CARTELES. **Suelen tenerse** *abiertas las* TABERNAS *hasta la una de la madrugada. No* **pudieron adquirirse** *los* INFORMES.

b] Ejemplos de verbo en pasiva con *se,* correspondientes a los casos en que dicho verbo va *invariablemente* a la tercera persona del singualr. Estos casos pueden reducirse a los siguientes:

1.º El sujeto es un sustantivo vocablo de cualquier clase, pero precedido de la preposición **a**: *Se* **elogia a** *la hermosa* **actriz**. *Se* **elogia a** *las hermosas* **actrices**. *Se* **vitupera al lenguaraz**. *Se* **vitupera a** *los* **lenguaraces**. *Así se* **arruina a** *la* **Nación** *por los malos gobernantes. Así se* **arruina a** *las* **Naciones** *por los malos gobernantes. Así se* **calumnia a** *la* **virtud**. *Así se* **calumnia a** *las* **virtudes**.

2.º El sujeto es un pronombre personal de la forma *me, te, le, la; nos, os, les, las*: *Se* me elogia, *se* te elogia, *se* le elogia, *se* la elogia; *se* nos elogia, *se* os elogia, *se* les elogia, *se* las elogia.

3.º El verbo pasivo con *se*, pertenece a la clase de los de *sujeto tácito*: *Se* miente *mucho por los noticieros. Aquí se* imprime *a máquina. No se* insiste *en el error por ningún hombre sensato. No se* insiste *en los errores por ningún hombre sensato.*

4.º El sujeto es una frase o una oración: *Se* prohibe FIJAR CARTELES *en aquel sitio. Se* permite TENER ABIERTAS LAS TABERNAS *hasta las doce de la noche. No se* consiguió ADQUIRIR LOS INFORMES. *No siempre se* encuentra DÓNDE GANAR EL PAN. *Ya se* sabe QUIÉNES FUERON. *Aun no se* ha averiguado CUÁNTOS ERAN.

II. CONCORDANCIA REGULAR DE SUSTANTIVO Y ADJETIVO, Y EXCEPCIONES MÁS USUALES

Concordancia del adjetivo con un solo sustantivo. — REGLA GENERAL. — 134] *El adjetivo que se refiere a un solo sustantivo, concuerda con él en género y número.* Ejemplos: Las famosas misiones *no han producido en la historia de América* hecho ninguno *que afecte* su civilización *o* sus progresos. (SARMIENTO.) *El teatro y la novela pueden asumir* infinitas formas. (JOSÉ MANUEL ESTRADA.) Esas campañas *estaban* incultas *en manos de España.* (VICENTE FIDEL LÓPEZ.) Los ladrones *huyeron* despavoridos. Los soldados *vienen* alegres.

OBSERVACIÓN 1.ª — 135] Los preceptos de esta concordancia, como resulta de los tres últimos ejemplos, se cumplen también en los casos en que los adjetivos se refieren a los sustantivos, no directamente, sino mediante verbos, es decir cuando hacen de complementos predicativos.

OBSERVACIÓN 2.ª — 136] No hay por qué añadir que cuanto se diga aquí de un adjetivo, se afirma

igualmente de todos los que se refieren al sustantivo considerado, pues es corriente que varios de aquellos vocablos dependan de un solo sustantivo; lo cual puede suceder de varias maneras, como lo demuestran los ejemplos siguientes: *Tomó al efecto* JÓVENES **robustos, bellos, educados** *en las maneras cultas,* **susceptibles** *de* **todos** *los* SENTIMIENTOS **nobles.** (SARMIENTO.) *La* NARRACIÓN *de Isaac es* **humana, circunstancial, gráfica.** (JOSÉ MANUEL ESTRADA.) **Semejante peregrina** OCURRENCIA, *sólo puede caber en la cabeza de V.* (ECHEVERRÍA.) **Anillados** GUSARAPOS **mortecinos. Flacos** AGUILUCHOS **cazadores.** (G. DE DIEGO.)

EXCEPCIONES. — 137] Como la regla similar expuesta en 107] al tratarse de la concordancia regular del verbo y sujeto simple, la que acabamos de exponer sufre varias excepciones. Algunas de ellas son comunes a las dos clases de concordancia.

138] Con los *colectivos* de persona en singular, puede el adjetivo correspondiente lo mismo concordar regularmente en singular, que asumir la forma plural, mientras se cumplan para el adjetivo las condiciones expuestas en 111] para el verbo en caso análogo. Ejemplos con el adjetivo en plural: *Entendió el* **pueblo** *que eran* **engañados.** (ALEXANDRE.) *Amotinóse la* **gente,** *pero a la primera descarga de la tropa huyeron* **despavoridos.** (BELLO.) *Infinita* **gente** *los estaba esperando* **deseosos** *de ver.* (CERVANTES.)

Por no cumplirse las condiciones expresadas, serían inadmisibles los adjetivos en plural en los siguientes pasajes: *No huyáis,* **gente cobarde, gente cautiva,** *atended.* (CERVANTES.) *Deteneos, esperad,* **turba alegre y regocijada.** (ÍD.) *Esta es la* **gente pía,** = *Que al Dios de Jacob buscan.* (GONZÁLEZ CARVAJAL.)

139] Tratándose de sustantivos modificados por complementos plurales con la preposición *de,* el adjetivo, lo mismo que el verbo, tanto puede concordar regularmente con el sustantivo como irregularmente con el complemento. Ejemplos: *Un grupo* **de hombres**

quedaron apostados *en aquel sitio agreste. Falanges* de Prudhommes *feroces que marchan* animadas *por el odio de lo extraordinario.* (Rodó.) *Novecientos mil hombres* de tropas secundadas *por cinco mil cañones.* (Groussac.)

140] Con la expresión *más de uno,* el adjetivo puede ir tanto en plural como en singular. Ejemplos: *Tachaba de* alegres *a* más de una *dama.* (J. Martí.) *Tuvo la patria por* benemérito *a* más de uno *de esos hombres.*

141] Los partitivos y proporcionales en singular, cuando expresan pluralidad, pueden llevar el adjetivo regularmente en singular, o irregularmente en plural. Ejemplos: *Agolpóse el populacho*: parte *venían sin armas; parte* armados *de puñales;* podría decirse: *Agolpóse el populacho*: parte *venían sin armas; parte* armada *de puñales. Iban en el buque sesenta personas*: *la* mitad *perecieron* ahogadas (o: *pereció* ahogada). *Venían doscientos soldados de refuerzo*: *el* duplo *serían* necesarios (o: *sería* necesario).

142] Con los *tratamientos* concuerdan en género únicamente los adjetivos que forman parte del tratamiento mismo; los demás que pueda haber, amoldan su género al sexo de la persona designada, o sea del *supuesto. Así,* en este ejemplo de Bello: Su Alteza Serenísima *ha sido* presentado *a* Su Majestad Católica, *que estaba* deseoso *de verle,* las palabras *presentado, deseoso* y *le* están en masculino, por ser hombres los supuestos de los tratamientos femeninos *Alteza* y *Majestad;* pero en cambio los calificativos *Serenísima* y *Católica* van en femenino, por referirse a cada uno de los citados tratamientos, respectivamente. Más ejemplos: *Y si es que* vuestra merced *no se precia de ser tan* secreto *como don Galaor.* (Cervantes). *Estoy por decir que es tan* sandio Vuestra Excelencia, *como estos pescadores.* (Íd.) Vuestras Excelencias *sean* servidos *de...* (Íd.)

Sea VUESTRA MERCED servido, *señor don Quijote mío.* (ÍD.).

Con todo, esta regla no es inflexible. Así, Quevedo, dirigiéndose al rey Felipe IV, ha escrito: *Esté* VUESTRA MAJESTAD acautelada *contra ese género de amor.*

143] Con otros nombres apelativos o colectivos de personas, (*criaturas, persona, gente,* etc.), pueden adoptar los adjetivos el género del *supuesto* y no el de dichos nombres, con tal de hallarse separados de ellos por una pausa o por otras palabras. Ejemplos: *Veis* ESA REPUGNANTE CRIATURA, = Chato, pelón, *sin dientes,* estevado? (MORATÍN.) *Bien sea* venido LA FLOR Y LA NATA *de los Caballeros Andantes.* (CERVANTES.) *Serían hasta treinta y seis* PERSONAS; todos gallardos *y de buena presencia. Las* GENTES *sin higiene ni urbanidad, de feas* = *trazas,* avaros, torpes, *o* malignos *y* rudos, *mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.* (RUBÉN DARÍO.)

En el ejemplo citado en 141]: *Iban en el buque sesenta* personas: *la mitad perecieron* ahogadas, podría decirse *ahogados,* en virtud de lo que acabamos de exponer, y haciendo masculino el supuesto de *personas.*

144] Es muy notable que los adjetivos *un, medio* y *todo* se empleen en terminación masculina con nombres femeninos de ciudades, como puede verse en las oraciones siguientes: *¿Quién creyera que en un Segovia no se había de hallar una posada cómoda? En un Salamanca vaya Vd. a buscar un estudiante vestido de negro. Lo ha visto medio Valencia. Lo sabe medio Granada. Todo Córdoba le ha visto.*

Concordancia del adjetivo con varios sustantivos. — 145] Los casos principales de esta concordancia son los siguientes: 1. *El adjetivo precede a los sustantivos, y se refiere a ellos directamente sin verbo alguno en modo personal;* 2. *El adjetivo, en las mismas condiciones, sigue a los sustantivos.*

1. EL ADJETIVO PRECEDE A LOS SUSTANTIVOS, Y SE REFIERE A ELLOS DIRECTAMENTE SIN VERBO ALGUNO EN MODO PERSONAL. REGLA GENERAL. — 146] No se discute la regla que sobre el particular formula Bello. *"El adjetivo que especifica a varios sustantivos precediéndoles, concuerda con el que inmediatamente le sigue"*. Trae Bello los siguientes ejemplos: *Su magnanimidad y valor. Su distinguido mérito y servicios. Su extremada hermosura y talento. Su grande elocuencia y conocimientos.* Otros ejemplos: *Falto de todo buen sentido y conocimiento.* (CERVANTES.) *Mudar ese servicio y montazgo.* (ÍD.) *El llagado y falto de sueño.* (ÍD.) *Comenzó su lastimada historia, casi por las mismas palabras y pasos.* (ÍD.) *No porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Lucinda.* (CERVANTES.) *Yo me avendré con cuantas espías y matadores y encantadores vinieren.* (ÍD.) *La espléndida comida y fiestas de Camacho.* (ÍD.) *Esta misma unión y ayuntamiento.* (FR. LUIS.) *Son muchas sus virtudes y oficios.* (ÍD.) *Vuestra curiosidad y estudio en todas materias.* (LOPE.) *En estas razones y discursos iba.* (QUEVEDO.) *Con estas pláticas y desconciertos llegamos a Torrejón.* (ÍD.) *Su vistoso traje y armas.* (ALCALÁ GALIANO.) *Toda la llama y calor de las pasiones.* (LOMBA Y PEDRAJA.) *Que el pueblo reasuma su originaria autoridad y derechos.* (ANTONIO SÁENZ.)

OBSERVACIÓN. — 147] Si la intención fuese modificar con el adjetivo al primer sustantivo únicamente, y estuviera el adjetivo acompañado de algún posesivo o artículo, es menester repetir el posesivo o el artículo, delante de cada sustantivo. Ejemplos: *Su extremada hermosura y su talento. Su grande elocuencia y sus conocimientos. La inmensa bondad y el desprendimiento de ese hombre.* En estos ejemplos, es evidente que los adjetivos *extremada, grande* e *inmensa,* respectivamente, se refieren tan sólo al sustantivo que acompañan, y no a todos los que vienen después de ellos.

EXCEPCIONES. — 148] Cuando el adjetivo se halla bajo la dependencia de un gerundio o infinitivo, expreso o tácito, lo mismo puede concordar con el primer sustantivo, como lo exige la regla general, que con el conjunto de ellos. Ejemplos: *Siendo tan blanca la casa y la torre. Venir contenta la hija y el padre, y desengañarse al instante, todo fué uno. Siendo tan blancas la casa y la torre. Venir contentos la hija y el padre, y desengañarse al instante, todo fué uno. Dejando libres sin jáquima y freno al Rucio y a Rocinante.* (CERVANTES.) *Siendo tan encontrados las costumbres, los derechos, las prerrogativas y los intereses de tantas provincias.* (JOVELLANOS.) *Dejando sembrados el rencor y la fidelidad en el corazón de sus hijos cautivos.* (ÍD.) *Consolado pues y pacífico, Camacho y los de su mesnada.* (CERVANTES.) *Cerrados para ellos sus casas y pueblos de naturaleza.* (JOVELLANOS.) *Germanizadas Italia, Francia, España, la cultura mediterránea deja de ser una realidad pura.* (ORTEGA Y GASSET.) *Perdidos su ejército y su autoridad.* (RODÓ.) *Arremangados la blusa y los calzones.* (J. MARTÍ.)

Por lo que al género se refiere, adoptará en estos casos el adjetivo el de los sustantivos, si todos son de un mismo género, y en caso contrario el masculino, como ocurre en los ejemplos que preceden; aunque en este último supuesto es también posible llevar el adjetivo al género del sustantivo más próximo, sea el que fuere, si está en plural: *Una vez fijadas las bases y los puntos principales, podrán entenderse los interesados.*

149] Cuando el adjetivo envuelva la idea de reciprocidad, será *necesario* el plural. Ejemplo: *Estando asidos de las manos Basilio y Quiteria.* (CERVANTES.) *He visto abrazados al padre y al hijo.*

150] "Está recibido que *los mismos, los dichos, los referidos,* y otros adjetivos de significación semejante, precedidos de un artículo definido, puedan con-

certar en plural con una serie subsiguiente de sustantivos, aunque el primero de ellos esté en singular: *Los mismos Antonio Pérez y hermanos; Las referidas hija y madre; Los susodichos auto interlocutorio y sentencia definitiva.* Con *dichos* puede siempre callarse el artículo: *Dichos príncipe y princesa".* (BELLO.) *En* el mismo Bello hallamos: *"Si el sustantivo más próximo es de los mismos género y número".*

151] La regla anterior se extiende a todo adjetivo precedido del artículo o de un demostrativo o posesivo. Ejemplos: *Las opulentas Palestina y Siria.* (BELLO.) *Estas desventuradas hija y madre.* (ÍD.) *Sus venerables padre y abuelos.* (ÍD.) *Sus acostumbradas perspicacia y profundidad.* (UNAMUNO.) "Mas para que no disuene esta práctica, es menester que si los sustantivos son de diferente género, preceda el masculino y se ponga en el mismo género el adjetivo: *Los oprimidos Egipto y Palestina;* a menos que los sustantivos sean nombres propios de personas: *Los susodichos Juana y Pedro; Los magnánimos Isabel y Fernando".* (BELLO.)

2. EL ADJETIVO SIGUE A LOS SUSTANTIVOS Y NO ESTÁ UNIDO A ELLOS POR NINGÚN VERBO EN MODO PERSONAL. REGLA GENERAL. — 152] Dejando a un lado preceptos teóricos sin valor alguno, y tomando por base los hechos del lenguaje, formularemos la siguiente regla general para este debatido punto: *El adjetivo que sigue a varios sustantivos, refiriéndose a ellos, puede concordar con el último en género y número, o en plural con el conjunto;* en este último caso, si los sustantivos pertenecen a un mismo género, lo adoptará el adjetivo, y si son de distinto género, irá el adjetivo en masculino.

Enumeramos a continuación todas las combinaciones posibles en esta concordancia, con los ejemplos probatorios de la regla formulada:

a] (Todos los sustantivos en singular y de un mis-

mo género; el adjetivo concordando con el más próximo):

Algún color y sabor extraño. (Fr. Luis de León.) *La gracia y grandeza prometida.* (Íd.) *Al salir de la barca Dorotea y Celia cargada de oro.* (Lope.) *Murió en pleno crecimiento y salud mental.* (Lomba y Pedraja.) *Sus obras son un nuevo lustre de la poesía y lengua española.* (Pedro González García.) *Aquellos países que se consideran como cuna de la cultura y civilización moderna.* (Fernán Caballero.)

(Lo mismo, pero concordando el adjetivo con el conjunto):

Se están disputando el señorío literario y artístico con encarnizamiento y tesón extremados. (Alcalá Galiano.) *Originalidad y variedad extremadas.* (Íd.) *Un instante sus pétalos fragantes han rozado una boca y una nariz sensuales y ávidas.* (Azorín.) *Una tenuidad y una fluidez insuperables.* (Íd.) *Sentimos el placer y el dolor orgánicos.* (Ortega y Gasset.) *La religión, la física y la historia tradicionales.* (Íd.) *En todo se fué desenvolviendo nuestro poeta con diligencia y habilidad muy notables.* (Lomba y Pedraja.) *Trató de las manifestaciones más varias y más genuinas del alma y de la vida populares con curiosidad y simpatía espontáneas y entrañables, casi desconocidas en su tiempo.* (Íd.) *Los grandes problemas de la hacienda y economía nacionales.* (Azorín.) *Les falta sutileza y finura intelectuales.* (Unamuno.) *Llaman la atención la anarquía y oscuridad reinantes.*

b] (Todos los sustantivos en singular y de distinto género; el adjetivo concordando con el más próximo):

En un rincón, un hombre pálido, con el pelo y la barba larga. Su origen y su crianza provinciana. Por vos pienso restaurar = Mi fama y honor perdido. (Lope.) *Esta intervención de la idea y sentimiento religioso en el ser del hombre.* (Fernán Caballero.) *El campo es ante todo para el niño aire y luz libre.*

(UNAMUNO.) *Con su garbo y soltura asombrosa.* (CEJADOR.).

(Lo mismo, pero concordando el adjetivo con el conjunto):

La causa del mérito y la inocencia ultrajados y perseguidos. (JOVELLANOS.) *Bello libro que comienza a tener para nosotros, los modernos, una trascendencia y un encanto profundos.* (AZORÍN.) *En un rincón, un hombre pálido, con el pelo y la barba largos.* (ÍD.) *Su origen y su crianza provincianos.* (LOMBA Y PEDRAJA.) *Una revisión y estudio cuidadosísimos.* (A. CASTRO.) *Ahora tenía que volver al rigor y a la abstinencia involuntarios.* (AZORÍN.) *Gozo de una paz y silencio profundos.* (ÍD.) *Mi primera impresión, repito, es de un sosiego, de una seguridad, de un silencio profundos y gratísimos.* (ÍD.) *Contraste y afirmación polémicos.* (PÉREZ DE AYALA.)

c] (Todos los sustantivos en plural y de un mismo género: en este caso lo mismo da que concuerde el adjetivo con el último o con el conjunto de los sustantivos):

Se produjeron hechos y cambios inauditos. Surgieron ideas y creencias completamente nuevas.

d] (Todos los sustantivos en plural, de distinto género, y femenino el último; el adjetivo concordando con el más próximo):

Desde las ventanas de la Academia, se ven parques y estatuas públicas. (HERMOSILLA Y COMMELERÁN.) *Árboles, yerbas y plantas = Tan altas, verdes y tantas.* (CERVANTES.) *Tenían sus usos y costumbres, ya comunes, ya variadas y diferentes.* (MARTÍNEZ MARINA.) *Cambios y mutaciones extraordinarias, inauditas.* (AZORÍN.) *Sus muebles y sus alhajas son preciosas.* (G. DE DIEGO.) *Usos y costumbres españolas.* (EL SOLITARIO.)

(Lo mismo, pero concordando el adjetivo con el conjunto):

Sus muebles y sus alhajas son preciosos. (G. DE DIEGO.) *Hombres y mujeres ebrios.* (UNAMUNO.)

(Lo mismo, pero el último masculino: en este caso lo mismo es que concuerde el adjetivo con el último o con el conjunto de los sustantivos): *Sus alhajas y sus muebles son preciosos.*

e] (Todos los sustantivos de un mismo género, pero de distinto número y singular el último; el adjetivo concordando con el más próximo):

Naranjas y pastelería cercada de flores. (J. MARTÍ.) *Ejércitos y Estado Mayor admirable.*

(Lo mismo, pero concordando el adjetivo con el conjunto):

Naranjas y pastelería cercadas de flores. Ejércitos y Estado Mayor admirables.

f] (Todos los sustantivos de un mismo género, pero de distinto número y plural el último: en este caso, no hay diferencia entre concordar el adjetivo con el último o con el conjunto):

Ejércitos y Estados Mayores admirables. Tropas y Sanidades desorganizadas.

g] (Todos los sustantivos de diferente número y género, y el último de ellos plural femenino; el adjetivo concordando con el más próximo):

Serían el fruto y cañas que nacerían de él tan altas y gruesas que igualarían a los cedros altos del Líbano (FR. LUIS DE LEÓN.) *Su valor y sus virtudes son extraordinarias.* (G. DE DIEGO.)

(Lo mismo, pero concordando el adjetivo con el conjunto):

Su valor y sus virtudes son extraordinarios. (G. DE DIEGO.)

h] (Todos los sustantivos de diferente número y género, y el último plural masculino: en este caso no hay diferencia entre concordar el adjetivo con el último, o el conjunto de los sustantivos):

Casa y campos espléndidos.

i] (Todos los sustantivos de diferente número y género, y el último singular; el adjetivo concordando con el más próximo):

Campos y casa espléndida. Casas y campo espléndido.

j] (Lo mismo, pero concordando el adjetivo con el conjunto):

Campos y casa espléndidos. Casas y campo espléndidos. Las huellas y el dejo espirituales de don Ramiro. (UNAMUNO.)

EXCEPCIONES. — 153] Cuando los sustantivos son nombres propios, el adjetivo pospuesto deberá ir necesariamente al plural. Ejemplo: *He aquí a Juan, Pedro y Francisco satisfechos de su obra.*

154] Cuando hay reciprocidad o acción conjunta, dígase lo mismo. Ejemplo: *He visto a ese hombre y a su cómplice asidos de la mano.*

155] En otros casos el sentido se opone a la amplitud concedida por la regla general. Así, no será lo mismo decir: *Roperos y bibliotecas combinados,* que *Roperos y bibliotecas combinadas.*

III. APARENTES ANOMALÍAS QUE RESULTAN, EN CIERTOS CASOS, DE APLICAR LAS REGLAS EXPUESTAS EN I Y II.

156] No es raro que acontezca estar en diferente número, respectivamente, los verbos y adjetivos, verbigracia, que se refieren a unos mismos sustantivos. Aun en los casos en que ello pudiera evitarse, armonizando los accidentes, tales formas no deben considerarse como descuidos o errores; antes bien son un indicio de la riqueza y flexibilidad de nuestra sintaxis, cuyos preceptos pueden siempre aplicarse independientemente a cada caso, prescindiendo de toda traba uniformadora. Ejemplos: *De lo cual* quedó CAMACHO *y* SUS VALEDORES *tan* corridos (CERVANTES.): en este pasaje corresponden al sujeto compuesto un verbo en singular y un adjetivo en plural; podría uniformarse poniendo el verbo en plural. *Se* alaban su MAGNANIMIDAD Y CONSTANCIA. (BELLO.) PALABRA *y* PIEDRA suelta, *no* tienen *vuelta.* (F. CABALLERO.): aquí a un mismo

sujeto se refieren un verbo en plural y un adjetivo en singular; podría conseguirse la uniformidad llevando el verbo al singular. *Cuando este gran poeta trataba argumentos de* la HISTORIA *y* FÁBULA griegas (ALCALÁ GALIANO.): aquí a un mismo sujeto corresponden un artículo en singular y un adjetivo en plural; podría ir el adjetivo al singular. *De su lección* nace *gran* PARTE DE LOS REVESES *y perdición que se* descubren *continuamente en nuestras costumbres.* (FRAY LUIS.): aquí un sujeto singular modificado por un complemento plural con *de,* hace que un primer verbo concuerde en singular con el sujeto y otro en plural con el complemento; la uniformidad podría conseguirse poniendo los dos verbos en singular o en plural. *Un* GRUPO DE AMIGOS *del pueblo y* DE ADMIRADORES, venidos *para verle un intante, le* rodea (AZORÍN.): en este ejemplo el sujeto es un nombre singular modificado por complementos plurales con *de,* concordando en plural un adjetivo con los complementos y en singular un verbo posterior con el sustantivo singular: podría uniformarse poniendo el verbo en plural. *Junto a las doradas naranjas dulcísimas, se* ve *la americana* CHIRIMOYA *y la misma* CAÑA *de azúcar, y la* BANANA, *que* han brotado *en este suelo.* (RUBÉN DARÍO.): aquí con una serie de sujetos concuerdan un primer verbo en sigular y un segundo en plural; podrían ir ambos al plural.

157] Mucho menos es una falta, por supuesto, dicha anomalía, cuando resulta imposible evitarla, como acontece, pongamos por caso, en los ejemplos siguientes: *Creó* un *estilo y dicción algo* afectados, *aunque* buenos. (ALCALÁ GALIANO). *Procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga* vuestra *oración y período* sonoro y festivo. (CERVANTES.) *Por el contrario, cuando una raza fracasa,* toda esta posible *novedad y aumento quedan irremediablemente* nonatos. (ORTEGA Y GASSET).

IV. CONCORDANCIA DE RELATIVO Y ANTECEDENTE

158] El relativo *que*, concuerda con su antecedente en género y número, pero el caso lo fija la función sintáctica desempeñada en la oración subordinada que encabeza. Claro está que cuanto se dice aquí de género, número y caso, se refiere a la idea de dichos accidentes, por ser invariable el relativo *que*.

Véanse algunos ejemplos donde se evidencia que el caso del relativo *que* no depende del caso de su antecedente, y téngase muy en cuenta esta circunstancia en el análisis sintáctico: *Este es el criado* (nom.) *que* (nom.) *vendrá. Este es el libro* (nom.) *con que* (abl.) *te obsequio. Este es el regalo* (nom.) *que* (acus.) *te ofrezco. La puerta de la casa* (gen.) *que* (acus.) *ves allí.*

159] El relativo *que* no tiene consiguiente.

160] El relativo *quien* obedece a la misma concordancia que el anterior, con la salvedad de usarse todavía en autores contemporáneos concordando en singular con un antecedente plural; lo cual hace decir a Menéndez Pidal que «aun hoy día se dice alguna vez *los pocos o muchos de* quien *ha tenido que valerse*».

Ejemplos en singular: *La ignorancia ha estado de parte de aquellos a quien incumbe el saber y el declarar estos libros.* (Fr. Luis.) *Quién son ladrones y quién son Ministros, y en qué se conocen* (Quevedo.)

Ejemplos en plural: *Así, pues, los mismos de quienes únicamente puede recelarse.* (M. Moreno.) *Cuando el héroe quiere, no son los antepasados en él o los usos del presente quienes quieren, sino él.* (Ortega y Gasset.)

161] Debe evitarse el empleo de *quien* con un antecedente que no se refiera a personas. Estará mal por

lo tanto decir, como hacen muchos: *Vamos a ver quién concuerda con el sujeto.*

162] El relativo *cual,* concuerda en todo de acuerdo con las mismas reglas que el relativo *que.* Ejemplos: *Este es el joven del cual te hablé. Estos son los niños para los cuales son los juguetes. Allí vienen las jóvenes de las cuales te hablé.*

163] El relativo *cuyo* ofrece la particularidad de no concordar con su antecedente, sino con su consiguiente. Ejemplos: *Aquel calabozo infecto, desmantelado y cuyas paredes están llenas de figuras informes.* (SARMIENTO.)

CAPÍTULO II

RÉGIMEN

Concepto del Régimen. — 164] Analizando la idea que expresan las palabras en un párrafo cualquiera, vamos a señalar los elementos que el Régimen tiene en cuenta y a deducir una definición de este último. Sea, por ejemplo, el siguiente pasaje de *La Gloria de Don Ramiro,* donde se lee: *Las montañas parecían soñar misteriosamente, como seres sublimes, en el plateado silencio; y todas las cosas de la naturaleza exhalaban deliciosa respiración de beatitud, de sosiego, de frescura.* Es fácil notar en estas líneas, recordando lo que sabemos ya de términos principales y complementos, la presencia de tres clases de palabras, unas subordinantes, como *las montañas, parecían soñar, seres, silencio, cosas, exhalaban, respiración,* otras subordinadas, como *misteriosamente, sublimes, plateado, deliciosa, beatitud, sosiego, frescura,* y otras, por fin, como *en* y *de,* sirviendo de medio de enlace en ciertos casos entre las subordinantes y las subordinadas. Ahora bien, será tarea propia del Régimen *estudiar todo lo atingente a la relación entre los términos principales y sus complementos, y cómo se establece aquélla.* En otros términos, así como la concordancia encaraba *armonías,* el Régimen considera *dependencias.*

Palabras regentes, regidas y medios de régimen.— 165] La palabra principal del Régimen se llama *palabra regente;* la que de ella depende, *palabra regida;* y aquella mediante la cual se establece la dependencia, y que puede faltar en muchos casos, como hemos visto, *medio de régimen.* En las palabras: *matar a César,*

la regente es *matar*, la regida *César*, y *a* el medio de régimen.

Clases. — 166] Cuando el término regido concuerda con el regente, se dice que el *Régimen* es *concordante*. Ejemplo: *Cofre áureo.*

Cuando en cambio el término regido sólo completa el significado del regente, pero sin concordar con él, se dice que el *Régimen* es *complementario*. Ejemplo: *Cofre de oro.*

167] *Régimen directo* es aquel que se establece sin medio del régimen. Ejemplo: *Compré tres libros.*

Cuando interviene algún medio de régimen, entonces se dice que el *Régimen* es *indirecto*: *Estoy leyendo a Echeverría.*

Valor de la preposición en el Régimen. — 168] Como se comprobará más adelante, al exponerse especialmente el régimen del adjetivo y el del verbo, tiene la *preposición* un papel preponderante en el régimen, por ser el vínculo mediante el cual se establece en innumerables casos la relación de dependencia entre los términos principales y sus respectivos complementos; resultando la importancia de los problemas sintácticos a que ello da lugar, de la incertidumbre que existe muchas veces acerca de qué preposición debe usarse, lo cual se relaciona íntimamente con la índole, pureza y propiedad del idioma.

Diversos regímenes. — 169] Todas las funciones gramaticales, menos el artículo, pueden ser regentes: de donde resulta que en rigor un estudio completo del Régimen obligaría a considerarlo sucesivamente en todas y cada una de las citadas funciones. Mas como ello no tendría utilidad práctica alguna, nos limitaremos tan sólo a estudiar con algún detenimiento el régimen del *sustantivo*, el del *adjetivo* y el del *verbo*, que son los realmente importantes, y a añadir algunas palabras sobre el del *gerundio*, *participio* y *adverbio*.

I. RÉGIMEN DEL SUSTANTIVO

Sus clases. — 170] El sustantivo no puede regir sino a las funciones *adjetivas* y *verbal*.

El sustantivo rige al adjetivo. — 171] Toda palabra o entidad elocutiva que completa el significado del sustantivo, es, como sabemos, adjetivo; por lo tanto, cabe formular sobre este punto la afirmación general de que *el sustantivo puede regir adjetivos vocablos, frase y oración*. Ejemplos: *Rey* profeta. *Carlos* Quinto. *Felipe* Segundo. *Carlos* el Temerario. *Hoy llegué* cansado. *La virtud es* hermosa. *Oro* en polvo. *Casa* de material. *Juan* sin tierra. *Niño* privado de la vista. *Queja* sin razón de ser. *Volvió el hombre* que estuvo ayer aquí. *Descubrí el camino* por donde viniste.

172] Es fácil observar que este régimen se establece sin medio alguno de régimen, mediante preposiciones, o por medio de verbos.

173] Una de las preposiciones más usuales en este régimen es *de*, cuyo empleo es mucho más general en España que en América, donde suele corrientemente suprimirse en los nombres de calles, plazas, colegios, etc. Así mientras en España dicen: *la calle* de *Alcalá; la plaza* de *Atocha; el Colegio* de *San Carlos*, en América es corriente decir: *la calle Florida; la plaza Mayo; el Colegio San José*.

174] La palabra *año*, seguida de numeral cardinal, puede construirse siempre sin *de*: año 800, año 1291, etc., y sólo en los casos en que los numerales cardinales sean varios podrá añadirse *de*: así, mientas sólo cabe decir *año mil, año dos mil*, podrá decirse indistintamente: *año novecientos ochenta y siete, año dos mil doscientos*, o *año de novecientos ochenta y siete, año de dos mil doscientos*.

El sustantivo rige al verbo. — 175] En este caso, el sustantivo hace de sujeto, y puede ser vocablo, frase y oración. Ejemplos: El ejército *avanza.* El privado de todo, *mal puede ayudar a los demás. Urge* **que resolvamos ese punto.**

Se recordará seguramente que sólo en las *cláusulas de impersonal* puede darse el caso, como en el último de los ejemplos citados, de ser sujeto una oración entera.

II. RÉGIMEN DEL ADJETIVO

Nociones generales. — 176] El adjetivo no rige sino a la función *adverbial,* lo que equivale a decir que cualquier vocablo o complexo elocutivo complementario del adjetivo es *adverbio vocablo, frase* u *oración.* Ejemplos:

Este libro es **demasiado** BREVE; *esa medida parece* **muy** INOPORTUNA; *tengo la vista* **extremadamente** CANSADA.

Juan parece TRISTE **como nunca**; *alabo al varón* TENAZ **en sus propósitos**; *el jarro está* LIMPIO **por dentro.**

Juan parece EMPEÑADO **en que le revelemos secreto.**

177] Cuando lo regido por el adjetivo comienza con preposición, sería indudablemente muy deseable poder establecer cuál de ellas corresponde usar en cada caso; mas resulta imposible, debido a la complejidad y abundancia de las combinaciones en uso, como también veremos más adelante que ocurre con el verbo; de manera que sobre ese punto no queda otro recurso sino leer buenos autores y consultar los pocos trabajos especiales que existen sobre el particular.

Con todo, en términos muy generales y sin salir de determinadas esferas, puede indicarse lo siguiente:

a] Los adjetivos que denotan *adhesión, inclinación* o *dependencia,* adoptan generalmente como medio de régimen la preposición **a**. Ejemplos: *Afecto a sus amigos. Adicto a la buena causa. Sujeto a síncopes, o a accidentarse.*

b] Los adjetivos que expresan *modalidades notables,* de personas o cosas, piden generalmente la preposición **de**. Ejemplos: *Ancho de espaldas. Corto de genio. Difícil de convencer. Amigo de estudiar.*

c] Los que principian con la partícula *in* o *en,* llevan generalmente la preposición **en**, como medio de régimen. Ejemplos: *Incluídos en la lista. Engastado en oro.*

d] Toman la misma preposición los que denotan *ciencia* o *maestría.* Ejemplos: *Docto en teología. Hábil en trabajos manuales.*

e] Los adjetivos que expresan *disposición* o *falta de ella* para realizar alguna tarea, se construyen adecuadamente con la preposición **para**. Ejemplos: *Capaz* o *incapaz para tesorero. Apto* o *inepto para gobernar,* o *para el gobierno.*

III. RÉGIMEN DEL VERBO

Sus diversas clases. — 178] Llegamos aquí a la parte más importante del *Régimen,* y a una de las más interesantes de la Sintaxis.

179] Para su estudio, dividiremos nuestra exposición en dos partes: 1. *Régimen de los complementos por el verbo,* y 2. *Régimen de las oraciones complementarias por el verbo,* supuesto que dicha función, ni más ni menos que otra cualquiera susceptible de poder ser regente, sólo admite ser modificada o por *complementos* o por *oraciones complementarias.*

180] Una vez hecho esto, procederemos en el estudio del *Régimen de los complementos por el verbo* a establecer sucesivamente cómo rige el verbo a sus *complementos directos, indirectos* y *circunstanciales.*

ya que ellos son los únicos susceptibles de unirse a él; y al tratar el primero de dichos tres puntos, nos encontramos con el problema tan importante como difícil del **uso de la preposición A con acusativo.**

181] Luego pasaremos al *Régimen de las oraciones complementarias por el verbo,* atendiendo a la clase de la oración complementaria, como para los complementos, y allí nos será dado considerar en algunos de sus aspectos más interesantes la relación entre **los modos y los tiempos en los verbos regentes y regidos.**

1. **Régimen de los complementos por el verbo.** — 182] El verbo no puede sino regir complementos *a*] *directos, b*] *indirectos* o *c*] *circunstanciales.* Vamos a considerar sucesivamente cada caso.

a] El verbo puede regir a sus *complementos directos* o *acusativos* de dos maneras: sin medio alguno de régimen, como puede verse en estos ejemplos: *Aquí el naranjo esférico* **ostenta** *majestuoso* **su ropaje** *de esmeralda, plata y oro* (MARCOS SASTRE); *los perros perseguín de cerca* **la presa** (JORGE ISAACS); o mediante la preposición **a**, la única de acusativo, según sabemos; ejemplos: *San Martín, bajando precipitadamente de su observatorio,* **encontró** *al pie de la escalera* A **Robertson** (MITRE); **vistió** A **la tierra** *con frutos.* (FR. LUIS.) Ahora bien: el problema consiste aquí en saber **cuándo se usará con acusativo la preposición A, y cuándo no;** problema cuya importancia resulta de su mismo enunciado, sin que sea necesario añadir más consideraciones.

El resultado de nuestras observaciones sobre tan importante asunto, puede resumirse como sigue: 1.° *cuando el complemento directo es un nombre propio de persona o ser, sin artículos ni adjetivos, deberá usarse de la preposición* **a**; 2.° *si, en cambio, el complemento directo es un nombre apelativo de persona, ser o cosa, sin artículos ni adjetivos, no se usará de la citada preposición;* y, en fin, 3.° *en los demás casos es variable el uso.* Ejemplos de todo ello:

1.º: *Encargó a un amigo que matase a Mariane, su esposa, si el César le matase a él.* (LOPE.) *Siguen a Dios.* (QUEVEDO.) *David pide a Dios que envíe al mundo a Jesucristo.* (FR. LUIS DE LEÓN.) *Así Dios con justa causa pone a Cristo, que es su pastor, en medio de las entrañas del hombre.* (ÍD.) *Así aquesta ponzoña emponzoña, no a Adán solamente.* (ÍD.) *Al volver a leer a Quevedo.* (AZORÍN.) *Cuando leemos a Quevedo.* (ÍD.) *Cuando leemos ahora a Bécquer.* (ÍD.) *Cuando dice el hombre de mucha fe que ve a Dios en la campiña florecida y en la paz combada de la noche.* (ORTEGA Y GASSET.) *El creyente teme a Satanás. Dante vió a Lucifer en el Infierno.*

2.º: *Tengo hermanos menores. Veo soldados ocultos tras aquel abrigo. El pecado, cuando llega a su colmo, engendra muerte.* (FR. LUIS.) *Vistamos armas de luz.* (ÍD.) *Tengo libros. Veo casas y jardines.*

3.º: (Ejemplos con *a*): *Teseo mató al Minotauro. Estoy leyendo al Tasso. Los entendidos admiran al Greco. El año que viene visitaré a Francia. Es preciso conocer a los Estados Unidos. El equilibrista atravesó al Niágara sobre una cuerda. Empezó a echar a los que vendían.* (QUEVEDO). *Por cargar de oro al rico, desnudan al pobre.* (ÍD.) *Quien calumnia y persigue al pobre* (ÍD.) *Voyme a visitar de camino a una doncella que tiene necesidad de mí.* (LOPE.) *Habrán engañado a esta dama.* (ÍD.) *Con su espíritu y con su carne apacienta a los hombres.* (FR. LUIS.) *Dios cuando formó al primer hombre.* (ÍD.) *Hundirá al violento opresor.* (ÍD.) *Crió Dios al hombre a su imagen y semejanza.* (ÍD.) *Perfeccionar del todo al hombre.* (ÍD.) *Se hizo pastor hombre para buscar al hombre.* (ÍD.) *El regir y el apacentar al hombre es el hacer que use bien desto que es suyo.* (ÍD.) *Sujetando a las gentes.* (ÍD.) *Castigando a sus matadores.* (ÍD.) *Y fué así que luego que vió criado al primer hombre.* (ÍD.) *Aquel perfeccionaba al hombre.* (ID.) *¿Cómo ha sido tan cándido para dejar escapar a la amada*

de su corazón? (AZORÍN.) *Aquí en este islote hay un faro que orienta por las noches a los navegantes.* (ÍD.) *Una isla desierta, donde han encontrado a unos seres tan solitarios e infortunados como ellos.* (ÍD.) *¿Conocíamos de veras a esta persona?* (ÍD.) *Nos percatamos instantáneamente de que conocemos a una de las personas retratadas.* (ÍD.) *Contempló por primera vez al hombre de los ojos azules y luminosos.* (ÍD.) *Amaba a los artistas.* (ÍD.) *Conocemos a todos los literatos parlamentarios, a todos los periodistas.* (ÍD.) *Esta moción no habría conducido a un hombre hacia los versos.* (ORTEGA Y GASSET.) *Como quien arroja de casa a un intruso.* (ÍD.) *En el primer caso convertía nuestra mirada al héroe en un objeto estético.* (ÍD.) *Dejaba el poeta a su familiar en la mayor indigencia.* (LOMBA Y PEDRAJA.) *Diferenciar al fuego de la centella.* (QUEVEDO.) *Yo no quise esperar a la naturaleza, por desconfianza de la costumbre.* (LOPE.) *¡Qué cierto es culpar los hombres a la influencia!* (ÍD.) *Temo al sol.* (ÍD.) *A la oveja perdida buscaré, a la absentada tornaré a su rebaño.* (FR. LUIS.) *Este segundo daño en parte vence al primero.* (ÍD.) *Tiene cuenta con los pajaricos y provee a las hormigas.* (ÍD.) *Dios cría y sustenta al universo todo.* (ÍD.) *En la forma del daño que hizo, imitó al bien y al provecho que hacía el primero.* (ÍD.) *Parecióle a Dorotea ayudar a mis galas.* (LOPE.) *Llama por su nombre a cada una de sus ovejas.* (FR. LUIS.) *En su regir no mide a sus ganados por un mismo rasero.* (ÍD.) *Yo apacentaré a mi rebaño.* (ÍD.) *Para que juzgue a tu pueblo.* (ÍD.) *Las ansias con que anhela el ambicioso a su bien.* (ÍD.) *El mismo espíritu que despierta y atiza a las obras.* (ÍD.) *Sepultará en los abismos... a la tiranía.* (ÍD.) *Vistió a la tierra con frutos.* (ÍD.) *Vencer a la costumbre.* (ORTEGA Y GASSET.) *No es casual que los celtíberos llamaran la atención en el tiempo antiguo, por ser el único pueblo que adoraba a la muerte.* (ÍD.) *Si esto*

se confirmara, veríamos a la realidad abrirse (ÍD.) *Envolviendo a la cultura.* (ÍD.) *Sólo que en ésta acompañamos al mito en su descenso.* (ÍD.) *Uno de estos vagos senderos por donde veo cruzar a los mirlos.* (ÍD.) *Esa pura iluminación subitánea que caracteriza a la verdad.* (ÍD.) *Combate a los leones como leones.* (ÍD.)

4.° (Ejemplos sin *a*): *Encontró en su camino las Gorgonas. Leo el Ariosto corrientemente. Después de muerta, quiso y celebró el Petrarca su bella Laura.* (LOPE.) *¿Es, por ventura, reaccionario Rossini por no haber querido viajar jamás en tren y rodar Europa en su coche de alegres cascabeles?* (ORTEGA Y GASSET.) *Habiendo negado una España, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra.* (ÍD.) *Leyendo la Ilíada.* (ÍD.) *Atravesó el Paraná a nado. El verano pasado conocí gran parte de España. El* 18 *de Enero de* 1535 *éstos han fundado Lima.* (V. GARCÍA CALDERÓN.) *Conoce Lima como un antiguo cronista.* (ÍD.) *Pone en peligro manifiesto los mentirosos.* (QUEVEDO.) *Mujer, ve ahí tu hijo.* (ÍD.) *Eche de ella los que intentaren hacérsela cueva de ladrones.* (ÍD.) *Desagraviar los desvalidos.* (ÍD.) *Eche de su casa los que se la desautorizaren.* (ÍD.) *Remediar los necesitados.* (ÍD.) *Le he oído... acuchillar unos hombres, de los cuales el uno está herido.* (LOPE.) *Yo pensé que iba siguiendo aquella dama.* (ÍD.) *Yo sólo tengo firmeza para abonar los hombres.* (ÍD.) *Necesitan al lado de ellos — cosa a primera vista absurda — estos seres obtusos.* (AZORÍN.) *Veis un varón cuyo nombre es Pimpollo.* (FRAY LUIS.) *Y oye también los menestriles y dulzura de la música.* (ÍD.) *Yo levantaré sobre ellas un pastor.* (ÍD.) *Bien sabemos todos lo mucho que la antigua filosofía trabajó por hacer virtuosos los hombres.* (ÍD.) *Porque si alguno se ofrece que fuera bueno criar Dios otros hombres.* (ÍD.) *Digamos ahora lo que hizo en sí para criar en nosotros el hombre nuevo y el espíritu bueno.* (ÍD.)

No podemos entender el individuo sino a través de su especie. (ORTEGA Y GASSET.) *Venció (Cristo) la muerte.* (QUEVEDO.) *Así llaman allá los jardines.* (LOPE.) *Vive en los campos Cristo y goza del cielo libre y ama la soledad y el sosiego.* (FR. LUIS.) *Él por ser pastor ama el campo.* (ÍD.) *Es palabra que señala más el ser nuevo y corporal que tomó Cristo.* (ÍD.) *Va como un sol cercando el mundo.* (ÍD.) *Las obras que hizo Dios cuando crió los animales.* (ÍD.) *Pinta las flores.* (ÍD.) *Dios creó el mundo.* (ÍD.) *En lo natural remedan las criaturas el ser de Dios.* (ÍD.) *Asolaron la ciudad.* (ÍD.) *Como cuando el sol vence las nubes y las deshace.* (ÍD.) *Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.* (ÍD.) *Desechemos, pues, las obras oscuras.* (ÍD.) *Sanas doctrinas que despierten las almas.* (ÍD.) *Para saber si gobierna Satanás una República.* (QUEVEDO.) *No conocen estas riquezas.* (FR. LUIS.) *Él mismo busca sus ovejas.* (ÍD.) *Brota ya la higuera sus higos.* (ÍD.) *Todos los medios de que Dios usa para guiar bien un alma.* (ÍD.) *Con que hizo, donde no había ninguna cosa, salir a luz esta beldad.* (ÍD.) *Hiciste muy bien, Juliano ,en ayudar mi memoria.* (ÍD.) *Entenderle a él es entender todos los tesoros de la sabiduría de Dios.* (ÍD.) *Allí nace el pasto que mantiene en felicidad eterna nuestra alma.* (ÍD.) *Todo lo que pone en alboroto la vida.* (ÍD.) *Lucifer... se dispuso dañar e infamar el género humano.* (ÍD.) *Trae este rey sobre sus hombros su imperio.* (ÍD.) *Así vas criando y gobernando y perfeccionando tu iglesia.* (ÍD.) *La misericordia y la verdad precederán tus faces.* (ÍD.) *Nuestro frailecito había visto un ternero atollado en un trampal.* (AZORÍN.) *Vi un alma.* (ÍD.) *Hace bien a la sensibilidad humana; afina la sensibilidad humana.* (ÍD.) *Aquí vive retirado un señor silencioso que ama el orden, la limpieza y los libros.* (ÍD.) *Haber visto una naranja.* (ORTEGA Y GASSET.) *El capricho gobernando los acontecimientos.* (ÍD.) *Una noche en el*

"Père Lachaise", Bouvard y Pécuchet entierran la poesía. (Íd.) *Cervantes mira el mundo desde la cumbre del Renacimiento.* (Íd.) *Inventar una nueva manera de gesto.* (Íd.)

Terminada la precedente enumeración, en que se agotan las posibilidades corrientes acerca del *uso de la* a *con acusativo*, vamos ahora a añadir dos palabras sobre aquellos casos en que el uso de la A engendra alteraciones de cualquier clase, es decir, en que aun siendo aparentemente posible optar, no da lo mismo, sin embargo, emplear la preposición a que no emplearla. El conocimiento de este punto es indispensable, pues aquí pierden todo valor las reglas estudiadas más arriba.

Algunos ejemplos aclararán lo que queremos decir. Véase si no, la diferencia que hay entre: *Perder sus hijos*, y: *Perder a sus hijos*. Lo primero significa tener la desgracia de que se mueran, mientras lo segundo quiere decir educarlos mal. En el siguiente ejemplo de Quevedo: *Pues ¿cómo podrá ser, que el camino siga al caminante, debiendo el caminante seguir el camino?*, tampoco daría lo mismo haber puesto: *seguir al camino;* pues mientras lo primero significa *tomar el camino*, lo segundo equivaldría a que el caminante se puso a caminar detrás del camino. Tomemos el siguiente pasaje de Ortega y Gasset: *Más tarde he podido averiguar que se trata simplemente de una inexactitud, como otras tantas con que se viene envenenando* a *nuestra raza sin ventura;* aquí es evidente que si se suprime la a, diciendo: *con que se viene envenenando nuestra raza sin ventura*, resulta que el miembro *nuestra raza sin ventura* se transforma en sujeto de oración reflexiva, con el consiguiente cambio total de sentido.

No se pueden reducir estos casos a reglas, pues habría que formular una regla para cada caso; basta haber llamado la atención sobre el punto, que lo de-

más no será difícil resolverlo cuando la oportunidad se presente.

b] Veamos ahora cómo rige el verbo a sus *complementos indirectos.*

Cuando los complementos indirectos *no son pronombres,* el régimen siempre se establece mediante preposiciones; y sólo pueden emplearse **a** o **para,** sin que haya por otra parte problema alguno en cuanto a saber cuál debe elegirse en cada circunstancia. Ejemplos: *Puede calcularse la impresión que causaría* **a** *Marcó esta embajada.* (JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.) *Asegurar los beneficios de la Libertad,* **para** *nosotros,* **para** *nuestra posteridad y* **para** *todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino.* (*Preámbulo de la* CONSTITUCIÓN ARGENTINA.)

Cuando los complementos indirectos *son pronombres,* el régimen se establece sin preposición para las formas *me, te, le, se, nos, os, les,* de los pronombres personales, como puede verse en los siguientes ejemplos: *mi amigo* **me** *dió un retrato; los viajeros* **nos** *saludaron al pasar,* etc.; en las demás formas pronominales, si se emplean solas, se adopta la preposición **para**; ejemplos: *Este libro es* **para** *mí, la carta es* **para** *éstos; cada uno trabaja* **para** *los suyos,* etc.; mientras que se adoptarán las preposiciones **a** o **para** si dichas formas se emplean en combinación con las primeras que hemos citado en este párrafo. Ejemplos: **Le** *entregué un libro* **a** *él;* **les** *pasé la carta* **a** *aquéllos;* **me** *dió el dinero* **para** *mí.*

c] Pasando ahora al tercer punto, diremos que el verbo rige a sus *complementos circunstanciales* de dos maneras: sin medio alguno de régimen, o mediante cualquiera de las preposiciones existentes. Ejemplos: **En seguida** *colocamos el cristal vacío* **junto al eje de la piedra.** (SANTIAGO ESTRADA.) **Sólo** *resuena* **alguna vez** *la caída de la capiguara que se somormuja.* (MARCOS SASTRE.) **Allá a lo lejos** *se avista* ENTRE **los sauces** *una pequeña choza* SOBRE

el borde *del raudal.* (Íd.) Algunos días antes, *el general se sintió atormentado* EN la noche POR sus dolores. (Félix Frías.) *Un diplomático que va* DE viaje. (Alcalá Galiano.) *Pasamos* A su presencia. (Íd.) *El gobierno del Directorio manifestó su agradecimiento* CON *algunas* honras. (Juan María Gutiérrez.) *Salir* A paseo. (Larra.) *Salir* EN romería. (Jovellanos.) No *salí* DE casa. (Alcalá Galiano.) *San Martín era el vaso opaco de la Escritura, que escondía la luz* EN el interior *de su alma.* (Mitre.) *El solo estudio de las leyes romanas bastaba* PARA formar *un sabio.* (Jovellanos.) *Si ésta no basta* A dar *tono a tu decaída máquina.* (Larra.) *No sé si bastaré* PARA dar *satisfacción a tus necesidades.* (Íd.) *Pedir la venia* PARA usar DE la palabra. (Valera.) Etcétera, etc.

Verbos cuyo régimen reclama preposiciones determinadas. — 183] Ya se habrá podido advertir, por los ejemplos anteriores, que la dificultad reside aquí en lo mismo que hemos señalado más arriba al tratar del régimen del adjetivo; es decir, en saber *qué preposición deberá emplearse en cada caso, cuando el régimen del complemento circunstancial por el verbo haya de establecerse por ese medio.*

Sobre tan importante asunto es imposible formular reglas de ninguna especie, por lo cual nos limitaremos a reiterar nuestro consejo de leer buenos autores y consultar las listas especiales, como la de la *Gramática* de la Academia, por ejemplo, donde constan, entre otras, las preposiciones con que se construyen gran número de verbos.

2. Régimen de las oraciones complementarias por el verbo: los modos y los tiempos en los verbos regentes y los regidos.

Advertencia al profesor: *En la exposición de toda esta parte del Régimen, lo más importante y valioso son los ejemplos; sobre esa base realizarán los alumnos abundantes ejercicios, a fin de familiarizarse con las principales combinaciones; en cuanto a la calificación y clasificación de éstas, es cosa que sólo interesa al gramático.*

184] Cuando una oración subordinada completa el significado del verbo de otra oración, nadie ignora que el **modo** y el **tiempo** del verbo de dicha oración subordinada, o *verbo regido*, no son hechos aislados, sino que dependen estrictamente, y de acuerdo con principios que fija el Régimen, del **modo** y el **tiempo** del verbo de la oración subordinante, o *verbo regente*. Así, por ejemplo: a la oración subordinante: *Tu padre* **desearía**, no puede añadirse la subordinada *que* **vienes**, sino: *que* **vinieras**, o *que* **vinieses**, etc., porque a la forma **desearía** no puede corresponder en el verbo regido la forma **vienes**, sino **vinieras** o **vinieses**, etc.

Por otra parte, y como consecuencia de este hecho, también es sabido que ciertos y determinados cambios en el **modo** o el **tiempo** del verbo de la subordinante, originan otros, precisamente en aquellos accidentes del verbo de la subordinada. Tomemos por ejemplo la cláusula: *Juan nos* **dice** | *que* **irá** *luego*, donde la oración *que irá luego* es complementaria directa del verbo *dice*, y llevemos el verbo de la subordinada a un tiempo pasado, verbigracia; tendremos entonces: *Juan nos* **dijo** | *que luego* **iría**, donde fácilmente se echa de ver que el cambio de modo y tiempo experimentado por el verbo **ir** de la subordinada, no es sino una consecuencia de haber pasado del presente al pretérito el verbo **decir**, de la subordinante; lo propio acontece, por ejemplo, en la cláusula: *Más tarde yo mismo* **iré** | *si* **puedo**, donde la subordinada *si puedo* modifica al verbo *iré* de la subordinante, si alteramos el tiempo o el modo de este último, o ambos a la vez; sea, por ejemplo: *Más tarde yo* **hubiera ido**, *si* **hubiera podido**.

Pudiéramos prolongar indefinidamente la serie de los anteriores ejemplos, mas sería sin utilidad por ahora, supuesto que con lo dicho habrá quedado suficientemente establecido que en el *régimen de las*

oraciones por el verbo, el punto capital gira alrededor de los modos y los tiempos en los verbos regentes y los regidos, otro de los problemas capitales de la Sintaxis castellana.

185] Sentado lo anterior, vamos a considerar ahora sucesivamente el régimen de las *Oraciones complementarias directas, indirectas y circunstanciales por el verbo.*

a] La oración subordinada es **complementaria directa.** — 186] En este caso, para el cual pueden valer los siguientes ejemplos: *Yo sé* que estoy bueno (Cervantes); *Oí decir* que se decía (Íd.), resultan numerosísimas combinaciones, en cuya confusión han intentado los gramáticos introducir un orden sistemático, sin alcanzarlo en verdad, debido a la complejidad de los factores en juego y a la sutileza de las distinciones necesarias. No los seguiremos, pues, en este terreno, tanto más cuanto que las reglas resultantes por fin no ofrecen mayor interés práctico para nosotros, supuesto que en realidad no las infringe nadie que posea el castellano.

b] La oración subordinada es **complementaria indirecta.** — 187] Ocurre esto en casos como los siguientes: *Se otorgará el premio* a quienes lo merezcan. *Esta advertencia es* para quien sepa aprovecharla. De todas las oraciones complementarias son éstas las menos frecuentes, y pocas dificultades presentan además desde el punto de vista del régimen. No nos detendremos tampoco mayormente en ellas, prefiriendo más bien dedicar ese tiempo al punto siguiente, lleno de importantes problemas.

c] La oración subordinada es **complementaria circunstancial.** — 188] Es éste uno de los puntos más intrincados y extensos del Régimen, bastando para darse cuenta de ello pensar en la variedad enorme que existe de oraciones complementarias de la clase indicada. No siendo posible ni tampoco indispensable conside-

rarlas a todas, limitaremos nuestra atención al grupo más importante, o sea al de las *complementarias circunstanciales de condición*, oraciones cuya característica consiste en expresar los requisitos a llenarse para que ocurra lo indicado en la oración principal o sea *condicionante* completada por ellas. Tal ocurre, verbigracia, en el ejemplo siguiente: *Triunfará la justicia*, **si los buenos se defienden.**

189] Las conjunciones o modos conjuntivos con que comienzan las oraciones condicionantes, pueden ser de muy diversas clases. Ejemplos: **Como** *hables una palabra, te descubres.* **Dado que** *sea verdad, lo deploro.* **Supuesto que** *tengas razón, debes hacerla valer.* **Ya que** *no tuviese con qué abonar el importe, debiera haber escrito.* **Con tal de que** *prometáis seguirme, os revelaré mi proyecto.* **Si** *vienes, te daré el libro.* De todos esos medios conjuntivos, *el más usual* es la conjunción **si**, de la cual nos valdremos en los ejemplos que siguen; sin que ello quiera decir que no pueda utilizarse otros nexos en los mismos casos.

190] Conviene dividir para este estudio las cláusulas condicionales en dos grandes categorías: 1.°, *Aquellas en que la condición necesaria no se realiza*, como, por ejemplo, la siguiente: *Compraría el libro si tuviese dinero*, y 2.°, *Aquellas en que no consta si la condición se realizará o dejará de realizarse*, como en las siguientes: *Iré si puedo.* Vamos a estudiar cada clase por separado, por prestarse a consideraciones muy diferentes.

1.° CLÁUSULAS CONDICIONALES EN QUE LA CONDICIÓN NECESARIA NO SE REALIZA. — 191] Este grupo se caracteriza originariamente por el uso de las formas correspondientes a *amara, amaría y amase*, de donde ha resultado cierta confusión en cuanto a fijar las combinaciones lícitas entre dichas formas.

192] Formulando la regla del caso, diremos que en las cláusulas condicionales de la clase aquí considerada debe excluirse la forma en *ase*, de las ora-

ciones principales, y la forma en *aría*, de las condicionales.

Resultan así las *cuatro* combinaciones *lícitas* siguientes: *Principal* amara, *complementaria* amara; *Principal* amaría, *complementaria* amara; *Principal* amara, *complementaria* amase, y *Principal* amaría, *complementaria* amase, de todas las cuales pasamos a dar algunos ejemplos:

1.º Principal amara, complementaria amara: *¿Qué* dijera *el señor Amadís, si lo tal* oyera? (CERVANTES.) Frecuentara *menos las iglesias si no* necesitara *el Domingo cumplir con el precepto.* (SARMIENTO.)

2.º Principal amaría, complementaria amara: *¡Oh! Si nos* fuera *dado del sepulcro = Penetrar los arcanos..., ¡Cuántas veces = Nuestro acerbo dolor se* templaría. (M. DE LA ROSA.) *Si camino os* abrieran saldríais. (GUTIÉRREZ NÁJERA.)

3.º Principal amara, complementaria amase: *¡Ya* anduviera *adelantada la especie humana, si el hombre* necesitase *para comprender bien los intereses de la patria tener ejercicios espirituales por ocho años en los calabozos!* (SARMIENTO.)

4.º Principal amaría, complementaria amase: *Si a los oídos de los príncipes* llegase *la verdad desnuda, otros siglos* correrían. (CERVANTES.) Compraría *la casa ahora mismo, si* tuviese dinero.

OBSERVACIÓN. Pueden variarse estas construcciones, sustituyendo en las oraciones principales las terminaciones en *ara* y *aría* por las de pretérito imperfecto de indicativo. Ejemplos: *Nuestro acerbo dolor se* templaba *si nos* fuera *dado penetrar los arcanos del sepulcro.* Compraba *la casa ahora mismo si* tuviese *dinero. Si esto no se* pusiera *de por medio, obra* había *cortada para tres días.* (CERVANTES.) *Por el Dios que me sustenta, que si no* fueras *mi sobrina, que* había *de hacer un tal castigo en ti que sonara por todo el mundo.* (ÍD.) *Si mi madre* consintiera *en que los descolgasen*

y fuesen puestos en un dormitorio, la casita tomaba *un nuevo aspecto de modernidad.* (SARMIENTO.)

193] Cuando *la condición se refiere a lo pasado,* tenemos formas en todo semejantes a las anteriores, con la única salvedad de ir las oraciones complementarias al pluscuamperfecto de subjuntivo. Ejemplos:

1.º *Si yo lo* hubiera seguido *no* pudiera *deplorar ahora la pérdida del hombre que más honró a San Juan.* (SARMIENTO.)

2.º *Mira, Sancho, yo bien te* señalaría *salario si* hubiera hallado *en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que solían ganar.* (CERVANTES.) *Yo me* moriría *de vergüenza si me* hubiera dejado *zurrar por el cojo Tersites.* (MONTALVO.)

3.º *No* contara *esas bagatelas si no* hubiesen tomado *más tarde formas colosales.* (SARMIENTO.)

4.º *Mejor* sabrías *la lección, si* hubieses estudiado *más.*

194] *Cuando el hecho expresado en la oración principal se considera como pasado,* se emplearán las formas indicadas en el párrafo 192], pero llevadas al pluscuamperfecto de subjuntivo en ambas oraciones. Ejemplos:

1.º *Tonto* hubiera andado *yo, si* hubiera escogido *en albricias los despojos.* (CERVANTES.)

2.º *Si* hubiera tenido *dinero,* habría comprado *el palacio.*

3.º *Si* hubieses hablado, *te* hubiera comprendido *entonces.*

4.º Habría accedido *si le* hubiesen dado *buenas razones.*

OBSERVACIÓN 1.ª — Aquí también, como en 192], puede emplearse en las principales el pretérito imperfecto de indicativo. Ejemplos: *Si* hubiera tenido *dinero,* compraba *el libro.* Accedía *si le* hubiesen dado *buenas razones.* Pero además dicho uso puede exten-

derse a las complementarias solas, como en: Habría accedido, *si le* daban *buenas razones;* o a la vez a las principales y a las complementarias, como por ejemplo en: Accedía, *si le* daban *buenas razones.*

OBSERVACIÓN 2.ª Es notable el uso, en el caso que venimos considerando en este párafo 194], del pretérito imperfecto de subjuntivo en *ara* con valor de pluscuamperfecto, ya sea en las complementarias únicamente, o en éstas y las principales. Ejemplos: *Bien se vé que Paw fué el que mamó diez años; que si* mamara (por *hubiera mamado*) *cinco solamente, no* hubiera publicado *ni la mitad de esas torpezas.* (MONTALVO.) *del imperio y no tan aventajado de persona, Nueva Si el emperador* fuera *autóctono* (por *hubiera sido*) *York le* echara (por *hubiera echado*) *a rodar sus baúles.* (ÍD). Si alcanzara (por *hubiera alcanzado*) *más larga vida,* desarraigara (por *hubiera desarraigado*) *de España las reliquias que en ella quedaban de los moros.* (MARIANA.)

195] Las cláusulas condicionales estudiadas más arriba de 192] a 194], son susceptibles de expresarse con suma concisión y elegancia, como hace notar Benot, suprimiendo en las complementarias la conjunción *si* y posponiendo la oración principal precedida de la conjunción y. Ejemplos: Tratárase *de uno de esos aventureros, con cierto barniz de ilustración, que poseyendo tres o cuatro idiomas pueden engañar a quien les interroga,* y fuera *el caso verosímil.* (J. O. PICÓN.) Fuéranos *dado penetrar los arcanos del sepulcro,* y *nuestro acerbo dolor se* templaba.

Hubiéralo *yo* seguido, y *no* pudiera *deplorar ahora su pérdida.* Hubiera *yo* hallado *en las historias ejemplo de lo que pides,* y *te* señalaría *salario. No* hubiesen tomado *más tarde formas colosales,* y *no* contara *esas bagatelas.*

Hubiera *yo* escogido *en albricias los despojos* y

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

tonto **hubiera andado.** **Hubiésenle dado** *buenas razones* **y habría accedido.**

Tomara *sus precauciones,* **y** *no le* **hubiera pasado** *nada.* **Alcanzara** *más larga vida,* **y desarraigara** *de España las reliquias de los moros.*

196] En todos los casos estudiados en 192] a 194[es una falta muy chocante emplear las formas en *aría* en las oraciones complementarias, como hacen los que hablan mal el idioma, en cláusulas como ésta por ejemplo: *Compraría el libro, si tendría dinero.*

197] En cuanto a las formas en *ase,* sólo pueden emplearse en las oraciones principales de las cláusulas condicionales, cuando dichas oraciones a su vez dependen de otras entidades. Ejemplo: *Bonico soy yo para eso; mal me conoce; pues* A FE QUE *si me* **conociese,** *que me ayudase.* (CERVANTES.) (Aquí *ayudase* depende de: *a fe que.*) ENCARGÓ *a un amigo que* **matase** *a Mariane, su esposa, si el César le* **matase** *a él* (LOPE); (aquí el primer *matase* depende de: *encargó.*) Es notable que cuando esto ocurre, no pueda usarse en las principales las formas en *aría.*

198] Fuera de estos casos, no debe emplearse la forma en *se* en la oración principal de las condicionales, "ni decir, por lo tanto, como el vulgo en Aragón, *te* **hubiese avisado** *si hubiera recibido la noticia,* sino: *te* **hubiera** *o te* **habría avisado,** *etc.*» (ACADEMIA.)

. CLÁUSULAS CONDICIONALES EN QUE NO CONSTA SI LA CONDICIÓN SE REALIZARÁ O NO. — 199] — Las cláusulas de este grupo dan origen, entre otras, a las siguientes combinaciones, estudiadas generalmente por los gramáticos en dos clases, pero que expondremos en una sola, valiéndonos como hasta aquí del verbo *amar* como indicador.

1. Principal **amo,** complementaria **amo;** ejemplo: *Si Dios me* **guarda** *mis siete, o mis cinco sentidos, o los que tengo, no* **pienso** *dar ocasión de...* (CERVANTES.)

I. Principal **amo** (como futuro), complementaria

amare; ejemplo: *Si* **jurare** *que me los ha vuelto, yo se los* **perdono**. (ÍD)

3. Principal **amo**, complementaria **amara** *o* **amase**; ejemplo: *Merced vos* (os) **pide** *el Cid, si vos* (os) **cayese** *en sabor — Por su mujer doña Jimena y sus hijas ambas a dos.* (CID.)

4. Principal **amaba**, complementaria **amaba**; ejemplos: *Y aun forzaron a decir que si Quiteria* **quería** *dársela, que él se* **contentaba**. (CERVANTES) *Réculo si no* **araba** *con su mano su pegujalito, no* **podía** *mantener a su familia.* (MONTALVO.)

5. Principal **amó**, complementaria **amaba**; ejemplo: *A mí mismo me* **pareció** *mal, si mi padre* **dejaba de cumplir** *lo que en ella se le pedía.* (CERVANTES).

6. Principal **amé**, complementaria **amo**; ejemplo; *Si* **muere** *en ella,* **juró** *verdad.* (ÍD)

7. Principal **amé**, complementaria **amare**; ejemplo: *Y creeré que si mi deseo no* **hubiere** *efecto cual querría que no* **pudo** *obrar más según natura en mi salud.* (LA CELESTINA.)

8. Principal **amé**, complementaria **amase**; ejemplo: **Quisieron** *barrer la costa y hacer alguna presa, si* **pudiesen** (CERVANTES.)

9. Principal **amaré**, complementaria **amo**; ejemplos: *Si al palomar no le* **falta** *cebo, no le* **faltarán** *palomas.* (ÍD.) *Si Dios* **quiere**, *no le* **faltarán** *a Sancho mil islas que gobernar.* (ÍD.)

10. Principal **amaré**, complementaria **amare**; ejemplos: *Si* **fuere** *necesidad servir a tu magnificencia de escudero, lo* **tendré** *a felicísima ventura.* (ÍD.) *Todo te lo* **daré**, *si cayendo me* **adorares**. (QUEVEDO.) *Pero si Filis por aquí* **tornare**. — **Hará** *reverdecer cuanto mirare,* (GARCILASO.)

11. Principal **amaré**, complementaria **amase**; ejemplo: *Si mi «fué»* **tornase** *a «es», — Sin esperar más* **será**. (CERVANTES.)

12. Principal **amaría**, complementaria **amaba**; ejemplos: *Replicó Basilio que en ninguna manera se*

confesaría, *si primero Quiteria no le* daba *la mano de ser su esposa.* (Íd.) *Si* quedaba *algo lo* miraría *con amor, si no* quedaba *nada todavía* quedaría *un pedazo de vida.* (Baroja.)

13. Principal amaría, complementaria amare; ejemplo: *No me* llamaría *yo Reinaldos de Montalbán, si en levantándome de este lecho no me lo* pagare (Cervantes.)

14. Principal amaría, complementaria amara; ejemplo: *Si los versos que me prometes* fueran *hermosos, los* publicaría.

15. Principal amaría, complementaria amase; ejemplo: *Había firmado que si* pecase *le* quitaría *la vida del alma y del cuerpo.* (Fr. Luis.)

16. Principal ame, complementaria amara; ejemplo: *Mala pascua me* dé *Dios... si le* trocara *por él.* (Cervantes.)

17. Principal ame, complementaria amo; ejemplo: *Mala me la* dé *Dios, si no* sois *vos la segunda persona.* (Íd.) *Si* sois *de un justo Dios ministros fieles,=* Caiga *la dura pena en el culpado.* (Lista.)

18. Principal ame, complementaria amaría; ejemplo: *Entre dos mil refranes traídos tan a sazón y tan a tiempo, cuanto le* dé *Dios a él la salud o a mí si los* querría *escuchar.* (Cervantes.)

19. Principal ame, complementaria amare; ejemplos: *Si acaso* viniere *a verte alguno de tus parientes, no le* deseches. (Íd.) *Cuando* subieres *a caballo, no* vayas *echando el cuerpo sobre el arzón postrero.* (Íd.) Riña *v. m. a su hijo, si* hiciere *sátiras, pero si* hiciere *sermones al modo de Horacio,* alábele. (Íd.)

20. Principal que ame, complementaria amase; ejemplo: *Vive el Señor* que *me* pele *estas barbas, si tal* fuese *verdad.* (Íe.)

21. Principal amara, complementaria amara; ejemplo: *Dame un traslado de estas endechas, Julio; que si* fueran *breves, las* estudiara *para cantarlas.* (Lope.)

22. Principal amara, complementaria amase; ejemplo: *Le encargó Juan a su hermano que si* pudiese *me* entregara *el libro. Sabed bien que si ellos le* viesen, *no* escapara *de muerte.* (CID.)

23. Principal amase, complementaria amaba; ejemplo: *Para que le* diese *el aire, si acaso* estaba *vivo.* (CERVANTES).

24. Principal ama (Imperativo) complementaria amare; ejemplo: *Toma con discreción el pulso a lo que pudiere valer tu oficio, y si* sufriere *que dés librea a tus criados,* dásela *honesta y provechosa.* (ÍD.)

25. Principal habría amado, complementaria amara; ejemplo: *Y* habría henchido *todas mis pretensiones si* consiguiera. (ORTEGA Y GASSET.)

26. Principal he de amar, complementaria amare; ejemplo: *No* has de poner *mano a tu espada para defenderme, si ya no* vieres *que los que me ofenden es canalla.* (CERVANTES.)

200] Dentro de la serie de combinaciones de este grupo 2.º, ocupan un lugar aparte las cláusulas condicionales con presente de subjuntivo en las complementarias, por ofrecer éstas últimas la característica de no poderse construir en ningún caso con la conjunción *si.* Pueden verse a continuación las principales formas de dichas cláusulas:

27. Principal amo, complementaria ame; ejemplo: Como *yo la* vea, *eso me* da *que sea por bardas que por ventanas.* (CERVANTES.) Dado que *eso* sea *verdad, todavía no* tiene *razón.*

28. Principal amaré, complementaria ame; ejemplos: *Y* cuando *él no le* crea, juraré *yo.* (CERVANTES.) *Pero* como *la señora Dulcinea* tenga *salud y contento, nosotros por acá nos* avendremos. (ÍD.) Supuesto que tenga *tiempo,* iré

29. Principal amaría, complementaria ame; ejemplo: Dado que *eso* sea *verdad, yo* iría.

30. Principal **ama**, complementaria **ame**; ejemplo: **Con tal que** *me* **prometáis** *el secreto,* **escuchad.**

IV. RÉGIMEN DEL GERUNDIO

Generalidades. — 201] El *gerundio* es siempre palabra regida, y en tal concepto hace de complemento circunstancial con funciones adverbiales, como puede verse en la cláusula: *Arando un labrador, encontró un tejuelo de oro,* donde el gerundi *arando* es complemento circunstancial del verbo *encontró.*

202] Pero lo anterior no obsta para que pueda a su vez el gerundio ser palabra regente, y tener complementos u oraciones complementarias bajo su dependencia, de lo cual son una prueba los ejemplos siguientes: *Arando* **su campo** *un labrador, encontró un tejuelo de oro. Lograrás tus fines, estudiando* **a más no poder.** *Estaba leyendo* **a Dante.** *Salió de la duda viendo* **cómo procedías.** Por lo demás, en todo esto no hay novedad alguna, pues el régimen del gerundio es absolutamente el mismo que el del verbo correspondiente: al extremo de que, conocido este último, se conoce también el primero.

V. RÉGIMEN DEL PARTICIPIO

Generalidades. — 203] El *participio* activo, considerado como palabra regente, puede tener régimen adjetivo, siempre, y algunas veces régimen de verbo.

204] Cuando el *participio* guarda el régimen del adjetivo se asimila en todo a dicha función gramatical, y queda por lo tanto sometido a cuanto expusimos al hablar del régimen del adjetivo.

205] Considerado, en cambio, el *participio* «como parte del verbo, guarda unas veces el régimen de éste, y otras no. En los ejemplos, *obediente* **a** *las leyes; participante* **de** *la desgracia de su amigo; tocante, correspondiente* **a** *esta cosa o la otra; condescendiente* **con** *todos,* y en otros que podrían agregarse, el régimen del participio y el del verbo a que pertenece son

mo mismo. Otras veces no; v. g.: *amante* de *las letras; complaciente* con *sus subalternos, etc.*» (ACADEMIA.)

206] En la actualidad son pocos los participios activos con el mismo régimen que sus verbos.

207] En cuanto al participio pasivo considerado como palabra regente, no se diferencia del adjetivo.

VI. RÉGIMEN DEL ADVERBIO

Generalidades. — 208] Como el *adverbio* no puede ser completado sino por otro adverbio, resulta que esta función gramatical sólo puede regir adverbios. Ejemplos: *Lee muy bien* (*bien* rige a *muy*) *Camina extremadamente ligero* (*ligero* rige a *extremadamente*).

Este régimen no ofrece particularidades especiales dignas de ser notadas.

VII. OBSERVACIONES ESPECIALES SOBRE ALGUNOS REGÍMENES

209] Se da en castellano con bastante frecuencia y en los mejores autores, el caso de que dos o más palabras que aisladas regirían cierto complemento cada una de distinta manera, se acomodan al régimen de la última de ellas cuando todas se refieren a dicho complemento en un mismo pasaje. Ejemplos: *Estamos seguros y nos alegramos de que tenga esas intenciones e gobierno,* donde en rigor debiera decirse: *Estamos seguros de que tiene y nos alegramos de que tenga,* etc. *Eran escuchados y medraban los juglares de gesta más o tanto por lo menos como los de poesía lírica.* (MENÉNDEZ PIDAL.): en lugar de... *más que, o tanto por lo menos como,* etc. *Sabe tanto o más que yo*: en vez de *sabe tanto como o más que yo. ¿Es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes?* (CERVANTES.): en lugar de...

se atreva a poner lengua en y a censurar las, etc. *Y otras cosas de este jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas a la orden de la caballería andante* (Íd.): por... *dependen de y son anejas a,* etc. *Todos los hechos que quedan expuestos pertenecen, y forma parte de la vida normal y real de la República Argentina.* (Alberdi.): en vez de... *pertenecen a y forman parte de,* etc. *Señalando el día y el lugar donde ha de hacerse la reunión para la gran cacería* (Sarmiento.): por... *el día en que y el lugar donde,* etc. *Viósles entrar y salir de los calabozos vacíos* (Íd.): en vez de... *entrar en y salir de,* etc.

210] Pero no sólo lo anterior ocurre, sino que es tan variada la Sintaxis castellana en esto como en todo, que hasta tolera, en casos como los estudiados, el predominio del término regente más apartado de la palabra regida. Ejemplos: *Mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos, mis acometimientos, pudieran hacer un volumen mayor o tan grande que el que puedan hacer todas las obras del Tostado.* (Cervantes.): en lugar de... *un volumen mayor que o tan grande como,* etc., *Señora, todo el mundo va y viene a América, y no le sucede nada* (Fernán Caballerj.): por... *va a y viene de,* etc.

211] Suele ocurrir por fin, y ello da origen a giros muy propios del castellano, que el régimen se establezca, no mediante una preposición sola, como es lo corriente, sino por medio de dos de ellas yuxtapuestas. Véanse algunos ejemplos: *Dejarlo* para a *solas.* (Cervantes.) Para conmigo *no hay palabras blandas.* (Íd.) *Quitarse el manto* de sobre *la faz llorosa.* (Íd.) *Si esto no hubiera* de por *medio.* (Íd.) *Se me desliza* de entre *las manos.* (Íd.) Por entre *las verjas.* (Íd.) *Cada uno* de por *sí.* (Íd.) *Tuviera disculpa* para con *Dios.* (Íd) *Esta gente va* de por *fuerza.* (Íd.)

CAPITULO III

CONSTRUCCION

Concepto y clases. — 212] Cuando logramos establecer entre los acciuentes de las partes variables de la oración la debida armonía, es decir *concordarlas;* y cuando además dominamos todo lo relativo a la dependencia entre los términos del discurso, es decir, al *Régimen,* aun nos falta saber, para agotar las enseñanzas de la Sintaxis, *en qué* **orden** *y en qué* **cantidad** *han de emplearse las palabras*: puntos que en manera alguna caben en la Concordancia ni en el Régimen, y que son patrimonio exclusivo de la *Construcción,* a cuyo estudio destinamos el presente Capítulo.

213] Hay dos clases de Construcción: la usual y corriente, familiar diríamos, sin adornos ni artificio alguno, y que por lo mismo se llama **regular**; y la más o menos adornada del idioma enfático, literario u oratorio, designada con el nombre de **figurada.**

214] Esta última, es decir la *Construcción Figurada,* viene a formar en suma por sí sola casi toda la *Sintasis Figurada,* como veremos a su debido tiempo; lo cual nos exime de entrar a su respecto en mayores consideraciones por ahora. En cambio, como cumple al encabezamiento de este Libro Tercero, nos detendremos ahora a estudiar la **Construcción Regular.**

Orden lógico y cantidad normal de las palabras y conjuntos sintácticos en la Construcción Regular. — 215] No es posible establecer en forma definitiva e inmutable en qué consiste el *orden lógico* según el cual ordena la Construcción Regular los períodos, cláusulas, oraciones y vocablos, ni tampoco cuál ha de ser

en cada caso la cantidad invariable de unos y otros. Sólo es posible dar al respecto indicaciones precisas en algunos casos especiales, y lo haremos en los párrafos que siguen. Bástenos, como preámbulo a los mismos e indicación general suficiente, significar que el orden en el cual coloca la Construcción Regular las partes y los elementos de nuestra elocución, es el más natural y sencillo, el de nuestra habla usual, vale decir el que más se aproxima al *orden lógico,* no siempre del todo posible en estos asuntos; y que en cuanto a la *cantidad* de los mismos, exige que los conjuntos elocutivos y palabras sean los lógicamente necesarios y solamente los necesarios. Todos estos conceptos se aclararán en la breve aplicación que de ellos pasamos a hacer a la *Construcción Regular* en la *Oración,* la *Cláusula* y el *Período.*

DE LA CONSTRUCCIÓN REGULAR EN LAS ORACIONES

Generalidades. — 216] Cualquiera que sea la clase de la oración considerada, existen ciertas condiciones generales idénticas para todas ellas, en el supuesto de querer seguir las formas regulares: en primer término, el sujeto precederá al atributo, salvo el caso de las oraciones interrogativas y exclamativas, en que el verbo puede regularmente preceder al sujeto; dentro del sujeto y del atributo irá cada término principal antes que los complementos respectivos: Nubes *negras* asoman *en el horizonte;* y además, por lo que al orden de los complementos se refiere, irá el predicativo inmediatamente después del verbo: *La gloria es* deseable; el directo antes que el indirecto y junto al verbo, siempre que se pueda: *El gobierno mandó preparar* un alojamiento PARA LOS HUÉSPEDES; y los restantes lo más cerca posible, a continuación del término de que dependen,

LA CONSTRUCCIÓN REGULAR EN LAS CLÁUSULAS

Generalidades. — 217] En las *cláusulas* compuestas, requiere la *construcción regular* que la oración principal se anteponga a las subordinaras a ella, como es natural y lógico, que no falte ninguna oración, y que todas y cada una de ellas se ajusten a las formas exigibles en toda oración regular.

218] En las *cláusulas simples,* no tiene la *construcción regular* más exigencias que las aplicables a las oraciones, y que ya hemos expuesto.

DE LA CONSTRUCCIÓN REGULAR EN EL PERÍODO

Generalidades. — 219] Sobre este punto poco tenemos que añadir a lo ya expuesto: es decir que en un *período regular compuesto* deberán las cláusulas disponerse siguiendo el orden de su importancia, ser ni más ni menos que las necesarias, y ajustarse cada una de ellas a las condiciones de las cláusulas regulares; si, en cambio, el *período* es *simple* no habrá más que considerarlo como una cláusula, y aplicarle entonces lo que pasamos a exponer.

Construcciones que no pueden alterarse. — 220] Debemos mencionar ahora algunas construcciones que, sin dejar de ser regulares, se apartan de la regularidad lógica estricta. Estas construcciones, consolidadas por el uso, *no pueden alterarse,* es decir que forman una especie de terreno neutral. A su respecto, bastará dejar sentado:

1.º Que el *artículo,* la *preposición,* los *adjetivos indefinidos* y los *determinativos* (excepto las formas simples de los *posesivos*: *mío, tuyo, suyo,* etc., y todos los *ordinales),* siempre deben preceder al sustantivo o pronombre a que se refieren. Ejemplos:

El *hombre;* la *casa;* lo *bueno; cabaña* de *madera; hombre* sin *corazón; cada uno* de por *sí.*

Desfilaron muchos *soldados;* pocos *emisarios volvieron;* algunos *prófugos perecieron.*

Este *sombrero;* mi *casa;* veinte *soldados;* media *manzana;* doble *o* duplicada *fuerza; tenían las cuatro ninfas* sendos *vasos.*

2.° Que "tampoco pueden posponerse ciertos tratamientos, como *don, fray, sor, mosén,* cuya significación es *señor, hermano, hermana, mi señor.*" (ACADEMIA.)

3.° Que los *adverbios,* cuando se refieren a otros adverbios o a adjetivos, preceden a éstos; ejemplos: *Llegué* muy *cansado; caminaba* extremadamente *ligero;* tan *duramente;* muy *de mañana;* muy *por encima.*

4.° Que ciertos adjetivos, como *grande, bueno, triste, malo, pobre, simple, negro,* y algunos otros, preceden al sustantivo siempre que aparecen con algún matiz despectivo o estimativo; ejemplos: *La patria honra los grandes hombres; Fulano es un buen hombre; Mengano es un triste o mal sujeto; es un pobre diablo; de simple soldado llegar a general; la negra honrilla.* Adviértase también que el adjetivo *mero* va siempre delante del nombre: *por el mero hecho.*

5.° Que deben preceder necesariamente al sustantivo aquellos adjetivos destinados a evidenciar alguna cualidad propia, esencial y permanente del objeto: *Duro hierro. Blanca nieve. Húmedo rocío;* lo cual implica también decir que estos mismos adjetivos irán después del nombre, necesariamente, cuando expresen circunstancias accidentales o transitorias: *Madera dura. Tela blanca. Barniz húmedo.*

6.° Que las *conjunciones* no pueden sino hallarse entre los términos que unen; ejemplos: *Grandes* y *chicos; sí* o *no; hermoso* aunque *anticuado.*

7.° Que la partícula *que,* cuando es pronombre (para cuando hace de conjunción, véase el párrafo anterior), siempre se antepone al verbo a que se refiere,

aunque haga de complemento directo; ejemplo: *Este es el libro* que *tu padre* leía.

8.º Todo lo anterior se refiere únicamente al *orden* de las palabras. Su *cantidad* queda sometida, sin salir de la *Construcción Regular,* a ligeras variaciones que el uso autoriza, como en la cláusula: *Mañana iré si puedo,* regular aunque no rigurosamente completa.

Construcción del verbo con los pronombres personales. — 221] Cuando el verbo se construye con *las formas simples de los* dativos y acusativos *de los pronombres personales,* puede ocurrir que sea forzoso anteponer el pronombre al verbo como por ejemplo en: *Ni procuro que nadie* me *tenga por discreto* (CERVANTES), o que, al contrario, sea indispensable colocarlo después, verbigracia: *Téngame preparado de almorzar* (ÍD.); y puede suceder también, por fin, que lo mismo dé colocarlo antes que después, como por ejemplo en: *Tórnale a besar las manos, y despídese* (ÍD.), que bien pudiera ser: Le *torna a besar las manos y* se *despide.*

222] A la construcción regular corresponde indudablemente establecer las reglas de los dos primeros casos; y en cuanto al tercero, es decir cuando la colocación del pronombre antes o después del verbo es facultativa, tampoco sale de sus dominios, por no haber verdadera irregularidad en ninguno de los dos supuestos posibles.

223] Sentado lo anterior, vamos a estudiar los principales casos de **construcción de verbo con pronombres,** no sin advertir previamente que los antepuestos al verbo también se designan con el nombre genérico de *prefijos,* aplicable a toda partícula antepuesta, o el especial de *proclíticos;* y que se llaman *sufijos* o, más especialmente, *enclíticos,* los pospuestos al verbo y unidos a él en lo escrito.

Dichos casos son los siguientes:

1.º Cuando el verbo está en las formas simples del *Infinitivo* o *Gerundio*, o también en *Imperativo*, hoy día es regla general posponer los pronombres personales, y siempre pudieron posponerse. Ejemplos: *Tesoro que pretendían pertenecerles.* (QUEVEDO.) *En verte bienquisto y favorecido.* (VILLALÓBOS.) *Desvélábase por entenderlas.* (CERVANTES.) *Estándome diciendo estas razones, se llegó a mí.* (CERVANTES.) *Llamándose su reino Micomicón, claro está que ella se ha de llamar así.* (ÍD.) *No sino haceos miel y paparos han moscas.* (ÍD.) *Salíos de mi casa.* (ÍD.) *Toma con discreción el pulso a lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que dés librea a tus criados, dásela honesta y provechosa.* (ÍD.)

En lo antiguo y en los clásicos es corriente en estos casos hallar el pronombre antepuesto, lo cual hoy ya no se admite. Ejemplos: *Las maneras que ha usado para* nos *perdonar.* (FR. LUIS DE LEÓN.) *Mas ahora, antes que salgáis de él,* nos *decid.* (ÍD.) *Andando la nave para* se *perder.* (SANTILLANA.)

Una excepción notable a la regla formulada se da con los complementos pronominales directos e indirectos en las oraciones negativas con Imperativo. Ejemplos: *No* me (dat.) lo (acus.) compres (en construcción afirmativa sería *cómpra*melo); pero en cambio se dice: *no vayas* tú, por no ser *tú* ni acusativo ni dativo.

2.º Cuando el verbo está en *Indicativo*, y es el caso más digno de estudio de la construcción del verbo con los dativos y acusativos pronominales simples, estos últimos se usan en su construcción ya antepuestos o ya pospuestos al verbo. Ejemplos: *Y eso es lo que el diablo hace con Cristo*: vele *con hambre, flaco, en ayuno tan largo, y ofrécele piedras.* (QUEVEDO.) *Ella* se lo *prometió.* (CERVANTES.) *Estoyte diciendo que excuses refranes.* (ÍD.) *Dígote de verdad.* (ÍD.) *¿Y habéisla visto algún día por ventura?*

— *Ni yo ni mi amo* la *hemos visto jamás.* (ÍD.) *Apenas* le *hubo oído, cuando dijo.* (ÍD.)

En caso de duda en la presente construcción, lo cual suele ocurrir, convendrá tener presentes las siguientes palabras de la Academia: "Mas no se ha de tener el uso de esta varia colocación del pronombre por tan constante que se pueda decir indiferentemente en todas ocasiones me *aprecian; me aborresen; aprécianme; aborrécenme.* Siempre es lícito usar de la primera forma, pero no así de la segunda."

3.° Los pronombres asociados al verbo no son necesariamente siempre uno solo, sino que pueden ser más de uno, como ha podido observarse en varios de los ejemplos anteriores; en tal caso, además de lo dicho hasta aquí sobre este asunto, habrá de tenerse en cuenta lo siguiente:

a] "La combinación simultánea de sufijos y prefijos no se tolera. Dícese: *Como* me lo *va pareciendo* (CERVANTES), *y teniéndomela* (CERVANTES); pero no: me *va pareciéndolo; me teniéndola.*" (CEJADOR.)

b] La forma *se* precede a todas las demás: *se me dijo; se te habla; óigasele; castíguesemele; se nos dijo; alabóseos;* y es falta vulgar que debe rehuirse la de colocar el pronombre *se* después de *me* y *te*: *me se dijo, te se avisó,* en vez de: *se me dijo, se te avisó.*

c] El pronombre de primera o segunda persona precede al de tercera que no sea *se,* y siempre fué así: *Nadie nos le hará daño.* (MARTÍ.) *¿Por qué nos le maltratan?* (ÍD.) *Nos lo echan de la iglesia.* (ÍD.) *Te lo guardas para ti.*

d] En las combinaciones de primera y segunda persona, precede esta última en los grupos *te me, te nos, os nos: Te me volverás. Dios te me guarde, Montijo.* (EUG. G. LOBO.) *Quítatenos de delante. No os nos vayáis,* pero el grupo formado por *os* y *me,* que se construía *os me* en la edad clásica: *Y luego vos, de*

la amistad ejemplo = os me ofrecéis en estos pensamientos (GARCILASO.), hoy día sólo lo hallamos en la forma *me os*: *no me os quedéis mirando*; con lo cual se ha vuelto al uso de los tiempos preclásicos: *El Rey por su merced sueltas me vos* (*os*) *ha.* (POEMA DEL CID.).

224] Deben evitarse las combinaciones de verbo y pronombre enclítico o proclítico que resulten desagradables al oído, como por ejemplo las siguientes: *encaraméme*, *acatéte*, *duélele*, *señalólo*, la *halagó*, *halagóla*, lo *colocó*, *colocólo*, etc. Tampoco se admite la sufijación del reflexivo *se* a persona de verbo terminada en *s*, como *dirásselo*, *harésmosselo*, sino que habrá de anteponerse, diciendo *se lo dirás*, *se lo haremos*. Y lo mismo dígase del pronombre *os*, pues no se dirá *conviene que cuideisos*, sino *conviene que os cuidéis*.

LIBRO SEGUNDO

SINTAXIS FIGURADA

CAPÍTULO ÚNICO

DE LAS FIGURAS DE SINTAXIS

Concepto y razón de ser de la Sintaxis Figurada: las Figuras de Sintaxis. 225] Cada vez que nos apartamos en forma consentida por el uso de los moldes fijados por la Sintaxis Regular, incurrimos en las llamadas Figuras de Sintaxis, o sea licencias destinadas a conferir a nuestra expresión más elegancia, soltura, fuerza o vehemencia, y cuyo conjunto forma a llamada Sintaxis Figurada.

226] Sin la *Sintaxis Figurada* sería nuestra lenguaje intolerablemente monótomo y pesado. Por lo tanto no constituye tan sólo un adorno, como suele a veces decirse, sino la expresión de una necesidad inherente al habla misma, y tan común y corriente como la Sintaxis Regular.

227] Las Figuras de Sintaxis cuyo estudio pasamos a hacer, son seis: el Hipérbaton o Transposición, la Elipsis, el Pleonasmo, el Anacoluto, la Silepsis y la Enálage. Las cuatro primeras consisten si sola casi toda la *Sintaxis Figurada*. En cuanto a la en transgresiones y excepciones autorizadas por el cual por ese motivo ya dijimos en 214] que forma por lar y constituyen la *Construcción Figurada*, de la uso a las reglas y normas de la Construcción Regu- *Silepsis*, se relaciona con la Concordancia, como veremos, y la *Enálage* con el significado de las palabras.

I. DEL HIPÉRBATON O TRANPOSICIÓN

Definición y uso. — 228] El Hipérbaton o Transposición *es la figura en virtud de la cual puede alterarse dentro de ciertos límites el orden natural o lógico de las palabras y frases en la oración, y el de las oraciones en la cláusula.*

229] Nunca se encarecerá demasiado la utilidad y eficacia de esta figura, sin la cual sería el lenguaje de una monotonía insoportable y de una pobreza de formas excesiva. Gracias a ella, en cambio, no sólo podemos crear combinaciones oportunas o resaltantes, colocando los vocablos como más convenga, sino que está en nuestra mano evidenciar, mediante construcciones adecuadas, la importancia relativa de los mismos; sin contar con que ese recurso, en manos de los grandes escritores, permite alcanzar las mayores alturas de la elocuencia. De todo lo cual pueden verse ejemplos a continuación, empezando por algunas notables transposiciones de vocablos o frases, para luego seguir con otras de oraciones:

1. *A Lepido cupo la Galia Narbonense.* (MARIANA.) *Siempre fué la cartilla de los maldicientes la hipocresía.* (LOPE.) *Alababa Octavio a doña Inés las manos de una dama.* (ÍD.) *Con ellas crece para los más rudos, así como para las bestias, su heno.* (FR. LUIS DE LEÓN.) *Vuestro hermano reconoció el hospedaje, que el Rey mi Señor con tanto amor le hizo.* (QUEVEDO.) *Seis cosas aborrece Dios, y la séptima la detesta su alma.* (ÍD.) *Y perdonará la Majestad Católica de Felipe Cuarto.* (ÍD.) *Quedó de esta reprensión San Pedro tan bien advertido como castigado.* (ÍD). *Menos mal hacen los delincuentes, que un mal juez.* (ÍD.) *Por General de todo quedó Marco Agripa.* (MARIANA.) *Con estos iba ensartando otros disparates.* (CERVANTES.) *Donosa majadería, respondió el comisario.* (ÍD.) *Con voz agradable y reposada comenzó a decir de esta manera.* (ÍD.) *Admirado quedó el del Verde Gabán.* (ÍD.)

Planta es, pues, perjudicial y aun perjudicialísima, el faccioso. (LARRA.) *A la policía debió el desgraciado Miyar su triste fin.* (ÍD.) *Inspirado por sentimientos análogos, compuso Alfieri su libro.* (VALERA.) *Difíciles de explicar son las causas de este fenómeno histórico.* (ÍD.)

2. *Arrójase Colón a las inciertas olas del Océano en busca de nuevas provincias; y ni le desespera la inscripción del «non plus ultra» que dejó Hércules en las columnas de Calpe y Abila, ni le atemorizan los montes de agua, interpuestos a sus intentos.* (SAAVEDRA.) *Las* (heridas) *que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra.* (CERVANTES.) *Cantemos la Señor, que en la llanura = Venció del mar al enemigo fiero* (HERRERA.) *Cuando esas guardas vienen desde el corazón a los ojos, ya suelen ellos haber mirado.* (LOPE.) *Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron.* (CERVANTES.) *Con tanta mansedumbre, el cristalino = Tajo en aquella parte caminaba, = Que pudieran los ojos el camino = Determinar apenas que llevaba.* (GARCILASO.) *Por aquesta razón de ti escuchado, = Aunque me faltan otras, ser merezco.* (ÍD.)... *y entre las nubes mueve = Su carro Dios ligero y reluciente.* (FR. LUIS.) *Envidia de las ninfas y cuidado = De cuantas honra el mar deidades era.* (GÓNGORA.) *Pasos de un peregrino son errante = Cuanto me dictó versos dulce musa, = En soledad confusa = perdidos unos, otros inspirados.* (ÍD.) *Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora = Campos de soledad, mustio collado, = fueron un tiempo Itálica famosa.* (CARO.) *Esta que miras grande Roma ahora, = Huésped, fué yerba un tiempo, fué collado.* (QUEVEDO.) *Las de Mayo serenas alboradas.* (ESPRONCEDA.) *En las frías cenizas, devueltas al torbellino de los átomos, al inmenso Universo, hay como en las partículas de celestial calor, luz, herencias espirituales, consoladoras*

esperanzas. (CASTELAR.) *Que el pan que come con la misma toma = Con que lo gana diligente mano.* (GABRIEL Y GALÁN.) *Sobre nuestros dolores, sobre nuestras tragedias, fulgen con sus irradiaciones misteriosas las eternas luminarias en la obscuridad de la noche.* (AZORÍN.) *¡Con cuánto afán, al carro, la juventud e liga, = Que llevan los Amores y rige la Fortuna!* (GUILLERMO VALENCIA.)

230] Saliendo ahora de las consideraciones generales, vamos a estudiar algunos casos de hipérbaton, elegidos entre los más usuales.

a] Transposición de las más obvias es la fórmula *Muy señor mío,* donde el adverbio *muy,* complemento del adjetivo *mío,* no sólo viene a quedar separado de éste sino antepuesto por añadidura al sustantivo *señor.*

b] Cuando un adjetivo no está en ninguno de los casos expuestos en 219], 4.° y 5.°, es decir, cuando puede anteponerse o posponerse al sustantivo sin que su sentido varíe en nada, exige la construcción regular que se posponga, como complemento suyo que es. Pero por hipérbaton puede anteponérsele, como es notorio. Ejemplos: *Conozco los halagos que procuran a la ambición* fáciles *simpatías.* (ALBERDI.) *Estas consideraciones de sentimiento íntimo y de* elevada *justicia.* (AVELLANEDA.)

Cuando por este hipérbaton viene el adjetivo a quedar entre el artículo y el sustantivo al cual se refiere, suele originar expresiones sonoras y felices, en las cuales Cervantes es "maestro consumado", como hace observar Cejador. Véanse algunos ejemplos: *El* siempre rico y dorado *Tajo. Los* elíseos jerezanos *prados. El* nunca medroso *Brandabarbaran.*

c] En los tiempos compuestos de los verbos es de notar que el participio puede ir separado con elegancia del verbo *haber* después de otras palabras:

No **había** *la fraude, el engaño ni la malicia* **mezclá**dose *con la verdad y llaneza.* (CERVANTES.) *Y* **habiendo** *Sancho lo mejor que pudo* **acomodado** *a Rocinante.* (ÍD.) **Habiendo** *primero con groseras ceremonias* **rogado** *a don Quijote.* (ÍD.) *¿No hubiera sido mejor que se* **hubiesen** *mis hijos* **comido** *la liebre?* (FERNÁN CABALLERO.) *Lo mismo hacen los Ministros que ven a sus Reyes en desiertos,* **habiendo** *ellos con sus tiranías* **hécholes** *desiertos los Reinos.* (ÍD.)

d] La construcción regular comparativa, sometiéndose a los principios generales del caso, exige se anteponga el adverbio respectivo al término modificado por él: *La soledad es* **más** *atrayente que el bullicio;* pero queda muy bien posponerlo en determinadas circunstancias, según puede verse en el siguiente pasaje de Moratín el hijo: *a tantas* = *Gracias, añade la de ser goloso,* = **Más** *que el perro de Filis.*

Límites del Hipérbaton. — 231] Dos límites existen a la libertad de modificar el orden de las palabras empleadas, más allá de los cuales la transposición, dejando de ser *figura,* pasa a ser *vicio;* estos límites son: el sentido de la medida o la índole del idioma, y la claridad.

232] Pecan contra lo primero todos aquellos que por prurito de novedad o imitación extranjera invierten por demás la construcción castellana, aunque de ello no resulte confusión ni oscuridad alguna. Valga como muestra de lo dicho el siguiente pasaje de D. Enrique de Villena, autor del siglo XV perteneciente a la escuela que pretendiera entonces, sin lograrlo por suerte, introducir en castellano las formas latinas; se trata del principio de su traducción en prosa de la Eneida de Virgilio: *Yo Virgilio, en versos cuento los hechos de armas y las virtudes de aquel varón, que partido de la troyana región y ciudad, huidizo vino primero por fatal influencia a las de Italia partes, a los puertos, siquier riberas o fines del reino de Lavinia; por muchas tierras y mares aquél trabajado*

siquier traído afanosamente por la fuerza de los dioses, mayormente por la ira recordante de la cruel Juno, el cual pasó muchos peligros, y padeció muchas afrentas en batallas, en tanto que se disponía la edificación de la romana ciudad, y se introducía la religión de los dioses en Italia. También extremó la nota Cervantes, cuando escribió aquello de: *Pidió las llaves a la sobrina del aposento.*

233] Y van contra lo segundo, esto es contra la claridad, quienes por variar sin cuidado o sin acierto el orden de los vocablos, dan en formar oraciones incomprensibles o de varia interpretación. Ejemplo de la mencionada falta de cuidado es, entre algunos otros, el siguiente pasaje de Cervantes, donde por decir que Baldovinos venía herido, dijo: *Abran vs. ms. al señor Baldovinos, y al señor Marqués de Mantua que viene malherido.* Del mismo autor es aquel famoso: *Pidió las llaves a la sobrina del aposento.*

234] De lo dicho se desprende una importante consecuencia: y es que el abuso transforma en criticable defecto lo que en sí es gala y adorno del lenguaje; conclusión, por otra parte, que veremos no ser aplicable tan sólo al hipérbaton, sino también a las demás figuras.

A mayor abundamiento, al tratar de los *Vicios de Sintaxis* nos extenderemos con más detalles sobre las aberraciones a que conduce el desacertado empleo de las diversas figuras aquí consideradas, y que pueden ser varias para cada una de ellas; lo que digamos, pues, acerca de los límites de cada figura, no tiene otro fin sino establecer en general las condiciones de su uso lícito.

II. DE LA ELIPSIS

Definición y uso. — 235] La Elipsis *es la figura de Construcción que consiste en omitir o callar palabras, oraciones o cláusulas,* necesarias desde el pun-

to de vista de la construcción regular, pero *no indispensables para el sentido.*

La palabra o entidad ausente por elipsis recibe el calificativo de *elíptica, tácita, omitida, callada o sobrentendida.* Véanse algunos ejemplos, donde hemos repuesto entre paréntesis los términos sobrentendidos.

a] Vocablos o frases: *Cuya vista me turbó de manera que me quitó la* (vista) *de mis ojos.* (CERVANTES.) *Trae consigo a la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la* (orden) *que es menester para desencantarla.* (ÍD.) *Y nos encanten en pena de la* (pena) *que les queremos dar.* (ÍD.) *¿Te agrada la propuesta de nuestros amigos orientales? Puede ser que me agrade* (la propuesta de nuestros amigos orientales.)

b] Oraciones o cláusulas: *No pocas veces el cura preguntaba: ¿y Domingo que no lo veo? ¿y la Paula* (que no la veo)?... (SARMIENTO.)

236] Fuera erróneo suponer que la elipsis es una figura de uso poco frecuente; más aun que el hipérbaton es indispensable a cada paso, especialmente en castellano, donde el genio del idioma, reacio a la expresión de todo cuanto puede omitirse y a la repetición de unos mismos vocablos, hace que "las oraciones lógicamente completas, como las hemos analizado, raras veces se empleen en el habla, y ni aun en los escritos, por más que en el lenguaje de éstos tenga que suplir con palabras lo que a menudo se expresa en la conversación tan sólo por el gesto, la fisonomía y la entonación de la voz". (CEJADOR.) Al respecto dice Bally: "Es ella la que realiza más destrozos en la estructura lógica del lenguaje, pero también nada contribuye más a dar a la palabra vida, nervio y movimiento. Sin ella nos moriríamos de tedio hablando y oyendo hablar". Maestros fueron en el empleo de esta figura, muy decaído en nuestros tiempos, casi todos los grandes escritores castellanos de la buena época, empezando por Cervantes.

En efecto, véase lo que serían, si no existiera la elipsis, algunos pasajes tomados al acaso: *Forzado por falta de abogados* (yo) *defendí algunos pleitos, y siendo el doctor Aberastain supremo juez de alzada y* (siendo) *mi amigo íntimo,* (yo) *perdí ante su tribunal los dos* (pleitos) *más importantes. Si este hecho no aboga por mi capacidad leguleya,* (este hecho) *muestra al menos la incorruptibilidad del juez.* (SARMIENTO.) *Rosas ha fusilado gobernadores;* (Rosas) *quita y pone los* (gobernadores) *que le placen, y* (Rosas) *ha llevado su sistema de sangre y* (Rosas ha llevado) *su dominación hasta el último rincón de la República.* (ECHEVERRIA.) Leídos en cambio estos pasajes como fueron escritos por sus autores, es decir únicamente en lo que consta en bastardilla, resultan fáciles y corrientes. Y admírese por fin a qué grado de elegancia puede llegarse mediante el feliz empleo de la figura estudiada: *Pudisteis, Señor, trocar los nombres a las cosas, mas no el juicio a los que las oyen.* (QUEVEDO.) *No hay cosa más incierta que el saber el lugar donde nos ha de hallar la muerte, ni más discreta que esperarla en todos.* (LOPE.) *Y no digo yo hacer tardanza de un día, pero de cuatro la hiciera a trueco de verle.* (CERVANTES.)

237] Las palabras o las entidades omitidas pueden no aparecer como punto de referencia en ninguna parte del contexto. Es lo que sucede, por ejemplo, en los verbos sin sujeto expreso; así en: *mañana iré* falta *yo,* y esa palabra no es necesario que aparezca en otro lugar para que podamos suplirla.

238] En otros casos dichas palabras o entidades se hallan expresadas en otra parte del contexto en la misma forma y con el mismo sentido que les corresponderían; entonces la elipsis evita la repetición de términos idénticos. Ejemplos: *La razón no puede* (aspirar) *no tiene que aspirar a sustituir la vida.* (ORTEGA Y GASSET.) *En entrando por esta calle, me parece que por Abril estoy en alguna* (calle) *de la insigne Valencia.* (Lo-

PE.) *El hombre ha de ser hombre, y la mujer* (ha de ser) *mujer.* (CERVANTES.) *Soy guipuzcoano y donostiarra, lo primero me gusta, lo segundo* (me gusta) *poca cosa.* (BAROJA.)

239] Otras veces, a lo omitido corresponde en el contexto algo conforme con él en todo, no siendo en algún accidente gramatical. Ejemplo: *Movido a lástima de las* (lástimas) *que vió que hacía vuestro padre.* (CERVANTES.) *Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede a todas aquellas* (artes) *y aquellos* (ejercicios) *que los hombres inventaron.* (ÍD.) *Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo es imposible* (quitármelos). (ÍD.) *Vivo estoy, Dorotea: que, como estuvo en tu mano mi muerte, pudo también* (estarlo) *mi vida.* (LOPE.) *¡Qué aseo, qué limpieza! Un nácar parece esta sala, y vos* (parecéis) *la perla* (ÍD.) *Tras la bermeja aurora el sol dorado = Por las puertas salía del Oriente, = Ella de flores* (coronada) *la rosada frente, = Y él de encendidos rayos coronado.* (GÓNGORA.) *Entramos en el local, donde yo pedí un libro y él* pidió *un cuaderno. El fruto que de aquí suele cogerse, = mil* (veces) *es amargo, alguna vez sabroso.* (GARCILASO.)

240] La falta de correspondencia entre lo suprimido y sus antecedentes puede, por fin, versar sobre el sentido o sobre éste y los accidentes a un tiempo. Estas elipsis suelen ser de gracioso efecto, por cierto aire como de equívoco. Ejemplos: *Donde se cuenta la* (cuenta) *que dió de su mala andanza la dueña Dolorida.* (CERVANTES.) *En término le veo, que no usando el* (término) *que debe, usará el* (término) *de la fuerza.* (ÍD.) *De no tocarle en ningún punto de la andante caballería, por no ponerse a peligro de descoser los* (puntos) *de la herida que tan tiernos estaban.* (ÍD.) *Está el pescador y se le deben los* (pescados) *de la semana pasada.*

241] El siguiente ejemplo ilustrará por fin una úl-

tima clase de elipsis, cuyo uso no es muy de aconsejarse, ni aún en los casos en que no origina oscuridad o confusión: *Vió también la torre que desde tan lejos se divisaba, y que era un inmenso palomar, en torno del cual revoloteaban miles de parejas de aquellas lindas aves.* (PÉREZ GALDÓS.) En este pasaje, el término elíptico es *palomas,* insinuado por el expreso *palomar,* y reemplazado por: *aquellas lindas aves.*

242] Sentadas estas generalidades, veamos los principales casos en que la Sintaxis puede reducir la elipsis a reglas fijas.

a] Uno de estos casos se refiere a la elipsis de la conjunción *que,* cuando une una oración complementaria a su principal. La conjunción *que,* como es sabido, suele unir al verbo de ciertas oraciones otras oraciones dependientes de dichos verbos: *Deploraré* que *se retrase el correo. Ruego a Vd.* que *me disculpe.* Ahora bien: es corriente la omisión de dicho *que*: *Deploraré se retrase el correo. Ruego a Vd. me disculpe.* Esta elipsis del *que* está autorizada por los más notables autores, como lo prueban los siguientes ejemplos: *Quiero, Sancho, me digas lo que acerca de esto ha llegado a tus oídos.* (CERVANTES.) *Quiera Dios halle algún agradecimiento mi deseo.* (ÍD.) *Y suplicóle le avisase de su buena o mala suerte.* (ÍD.) *Me dijeron no tenía que ofenderme.* (QUEVEDO.) *Mas no me espanto lo sea.* (TIRSO.) *Le rogó se compadeciese de un viejo infortunado.* (VALERA.)

b] Otro caso interesante de elipsis de la conjunción *que,* es con el verbo *haber* precedido de negación. Ejemplo: *Con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías* (CERVANTES.); por: *no hay* que *usar de caballerías.*

c] «Es frecuentísimo en las exclamaciones la elipsis del verbo ser y demás auxiliares, y lo mismo en otros casos sentenciosos: *Dichosa edad, y siglos dichosos aquéllos* (CERVANTES.), por *fué* y *fueron. Ea pues, manos a la obra.* (ÍD.) *Tal el tiempo, tal el*

iento: cuando Sancho, Sancha; y cuando Gobernador señora. (Íd.)» (Cejador.)

d] Parecidas y muy elegantes son las elipsis de *ser* y *estar*, respectivamente, en los siguientes pasajes característicos: *Nada más propio para oído por la montaña que la voz con que imprecó a la majestad del Pichincha* (por: *ser oído*) (Rodó.) *No sólo cuando reinos separados, sino después de su reunión en la corona de Castilla* (por: *cuando eran.*) (Jovellanos.) *El poder legislativo es más perfecto cuando repartido en dos cuerpos que cuando acumulado en uno solo* (por: *cuando está.*) (Íd.) *Llena nuestra vida de tantas amarguras, ¿qué hombre sensible no se complacerá en endulzar algunos de sus momentos?* (por: *estando llena.*) (Íd.) *Si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho?* (por: *cuando estaba sano y bueno.*) (Cervantes.)

e] Los clásicos solían con sumo acierto suprimir en determinados casos las preposiciones de genitivo, acusativo y ablativo. Ejemplos: *Ahora es tiempo* (de) *que vuelvas los ojos de tu grandeza a este cautivo caballero.* (Cervantes.) *Tiénese noticia* (de) *que lo ha hecho a costa de muchas vigilias y trabajos.* (Íd.) *Apostaré* (a) *que está mirando la mula de alquiler.* (Íd.) *Confío* (en) *que vendrá. Fué muy caluroso el verano* (en) *que estuvimos en París. Hizo mucho frío el invierno* (en) *que fuimos a Londres. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido* (con) *que la habían amainado.* (Cervantes.)

Estas supresiones, por supuesto, se rechazarán cuando hicieren variar el sentido, como ocurre por ejemplo en los siguientes casos: *Vd. debe* de *estar agradecido* (es decir: *le supongo a Vd. agradecido*) y: *Vd. debe estar agradecido* (es decir: *es deber suyo estarlo*). *Ese hombre perdió a su hijo* (es decir: *le echó a perder*) y: *ese hombre perdió su hijo* (es decir: *lo perdió por haber fallecido*).

f] Cuando varios complementos de un mismo vocablo

gados por la conjunción *y*, exijan una misma *preposición*, resulta muy eficaz y es corriente no expresar la mencionada preposición sino con el primer complemento, y omitirla con los restantes. Ejemplos: *Aquí...* = *Rodaron de marfil y oro las cunas* (CARO); por: *de oro y de marfil. La pesca del caimán y el cocodrilo* (BRETÓN.); por: *del caimán y del cocodrilo. Un estudio meramente teórico de la Retórica y Poética* (COLL Y VEHÍ.); por: *de la Retórica y de la Poética.*

g] «Modismo castellano es omitir el *no*, cuando preceden al verbo algunas de las frases que solemos emplear para exagerar la negación. Así de la frase *no lo he visto* en todos los días de mi vida, resulta: *Pero el que más se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que* en todos los días de su vida *había visto tan hermosa criatura.* (CERVANTES.)» (CEJADOR.)

h] El artículo *un* puede omitirse en expresiones como ésta: *acabo de recibir* (una) *carta de París.*

i] Cuando varios sustantivos reunidos se refieren todos a otro término de la oración de que forman parte, puede expresarse el *artículo* únicamente con el primero y omitirse con los demás, aunque sean de distinto género. Ejemplos: *Los títulos y antecedentes del candidato. El talento, habilidad y tacto revelados en aquella circunstancia, le hacen acreedor a nuestro respeto. Las aptitudes y conocimientos del causante.* Y hasta puede hacerse extensivo lo expuesto a sustantivos de diferente número. Ejemplos: *El talento, habilidad y condiciones del candidato. Los títulos e ilustración del embajador.*

j] Es frecuente la elipsis de *todo el antecedente* del relativo *que*, cuando aquél es un pronombre neutro o un sustantivo como *cosa, motivo, asunto*, u otro de sentido igualmente vago o genérico. En tales casos convendrá acentuar el relativo, cuando así lo requiera el énfasis de la expresión. Ejemplos: *Dale de qué se espante y en*

qué se ocupe (SANTA TERESA.); lo que equivale a decir: *Dale* motivos *de que se espante y* asuntos *en que se ocupe. Aún pan no teníamos ni con qué comprarlo* (J. DE ALCALÁ.); por: *ni* dinero *con que comprarlo. Te daré con que vivas* (CERVANTES.); por: *te daré* medios *con que vivas.*

k] En las formas *tanto como, tan como,* suele omitirse el primer término. Ejemplos: *El jamás como se debe alabado D. Quijote* (CERVANTES.); por; *El jamás* tanto *como se debe alabado D. Quijote. Despertaron su deseo = De saber si el huésped era, = Como gallardo, entendido* (CALDERÓN.); es decir: tan *gallardo como entendido.*

l] Resulta elegante y castiza la elipsis del correlativo *tal,* del pronombre *cual.* Ejemplo: *El entierro y las honras fueron cuales se puede pensar, con toda muestra de majestad y solemnidad* (MARIANA.); vale decir: *El entierro y las honras fueron* tales *cuales se puede pensar.* Lo mismo dígase del correlativo *tantos* del pronombre *cuantos.* Ejemplos: *Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están* (CERVANTES.); por: tantos *cuantos en mi corte están. El cielo sabe que de cuantos bienes me ha despojado su rigor,* etc. (QUINTANA.); en vez de: *El cielo sabe que* tantos *bienes de cuantos, etc. Cuantos peces el mar, el cielo estrellas, = Aves el viento y los collados flores, = Tiene Amor sinrazones y querellas* (VALBUENA.); por: Tantas *cuantos peces el mar,* etc.

m] La supresión total de la conjunción y se llama *síndeton.* Ejemplo: *El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos. el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas.* (CERVANTES.) Esta elipsis sólo es admisible en las enumeraciones de cierta amplitud, no en las breves.

n] Cuando un infinitivo reflexivo depende de otro verbo con el cual ya esté expresado el pronombre de la

persona a la cual se refiere el infinitivo, podrá omitirse con éste el pronombre reflexivo. Ejemplo: *Dejáronle acercar los nuestros sin hacer movimiento* (Solís.); por: *Dejánle acercarse los nuestros,* etc.

o] En las oraciones subordinadas de comparación, suele repetirse el verbo de la principal. Así, hablando de Argel, dice Cervantes: *Tantas puertas tiene como tiene casas.* Pero con razón hace notar la Academia, que es más elegante suprimirlo. Ejemplos: *En tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero.* (Cervantes.).

p] La omisión del pronombre sujeto en expresiones por ejemplo como: yo *iré mañana si puedo;* nosotros *estamos muy cansados,* es tan común y corriente y hasta necesaria en castellano, que realmente debe considerarse como la forma regular; y la verdad es que en castellano expresiones como las citadas se tildan de verdaderas faltas, originadas por la imitación del francés, idioma en que los pronombres personales siempre se expresan. En castellano, en cambio, debe decirse: *iré mañana si puedo; estamos muy cansados.*

Los principales casos en que la supresión del nominativo pronominal no debe hacerse, son los siguientes:

1.° Cuando dos personas verbales tienen una misma forma: *yo hablaba, él hablaba.*

2.° En las terceras personas, pues allí hay un pronombre especial para cada género: *él cantará, ella cantará,* etc.

3.° Siempre que haya algún motivo para hacer resaltar el sujeto. Verbigracia: *Pecador de mí, que* yo *no soy Rodrigo de Narváez.* (Cervantes.) Vos *sois el gato, y el rato y el bellaco.* (Íd.) *Los senadores, cuando se veían en el artículo de imponer una contribución,* ellos *eran los primeros que se la imponían.* (Montalvo.)

q] Por fin, como un caso interesante de la figura estudiada, corresponde mencionar las *cláusulas elípticas* de nuestra habla familiar, de las locuciones y de los

anuncios; como ser: *A Dios; buenos días; hasta mañana.* — *¡Ni por esas!* — *A los aficionados, cuadros y estatuas de mérito. Galería X.* Estas cláusulas, en realidad, equivalen a estas otras o parecidas: *A Dios te encomiendo: buenos días tengas; hasta mañana que nos veremos.* — *¡Ni por esas razones se enmienda!* — *A los aficionados, se les avisa que hallarán cuadros y estatuas de mérito en la Galería X.*

Límites de la Elipsis. — 243] Como el hipérbaton, tiene la elipsis *límites,* fuera de los cuales degenera en reprensible vicio; y esos límites los determinan las dos mismas causas que para el hipérbaton: el acierto del que escribe, y las exigencias de la claridad.

a] Como ejemplos de elipsis viciosas por lo excesivas, aunque no por obscurecer el sentido, señalaremos entre otras las siguientes: *Visto Lautaro serle conveniente* (ERCILLA), por: **habiendo** *visto Lautaro,* etc. *Habido todos tres su consejo* (AMADÍS), por: **habiendo** *tenido su consejo todos tres.*

De las elipsis de esta clase volveremos a hablar cuando tratemos del vicio del Solecismo.

b] Como ejemplo de elipsis viciosa por dejar oscuro el sentido, puede darse la siguiente: *Pues, habiéndole escrito, no me ha honrado = como merece la que tú me has dado* (LOPE), donde es por demás difícil reponer la palabra *honra,* omitida después del artículo *la.* Lo mismo ocurre con la palabra *mina,* en el siguiente pasaje de Cervantes, donde refiriéndose a una fortaleza dice: *La minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo volar lo que parecía menos fuerte.*

Al hablar de la Anfibología, volveremos sobre este aspecto; por ahora baste señalarlo, lo mismo que el anterior, como límite de la elipsis.

III. DEL PLEONASMO

Definición y uso. — 244] Esta figura es hasta cierto punto lo contrario de la elipsis, y *consiste en añadir palabras* innecesarias para el sentido, pero *desti-*

nadas a comunicar mayor fuerza, vehemencia o interes a nuestra expresión. Tal ocurre, por ejemplo, cuando dirigiéndonos a quien parece dudar de algún relato nuestro, le decimos: *pero si lo vi* por mis propios ojos, donde es evidente que para el sentido sobran las últimas palabras, aunque no para desvanecer la duda de nuestro interlocutor; lo mismo sobra el adverbio en la expresión tan corriente de *¡salga* afuera!, pero nadie negará su razón de ser en cuanto a comunicarle mayor eficacia; y tampoco es dudoso que si bien el pronombre *me* no aclara nada en el siguiente pasaje donde Moratín se refiere a un importuno, en cambio le comunica toda la gracia de que se halla revestido: *Allá entre el lodo* = Me *le dejé.*

Pleonasmos usuales y pronombres pleonásticos. — 245] Supuesto que con lo anterior ha quedado suficientemente aclarado el concepto y la razón de ser del pleonasmo, véanse a continuación algunos casos elegidos entre los más corrientes de dicha figura, muchísimo menos importante y corriente, por cierto, que las dos estudiadas con anterioridad.

a] Empezando por uno generalmente bastante discutido, he aquí la opinión de la Academia: «De la misma figura y licencia usamos cuando decimos *volar* por el aire; *subir* arriba; *bajar* abajo; porque en rigor sobran las dicciones *por el aire, arriba, abajo,* pues no se vuela por la tierra, ni se baja arriba, ni se sube abajo; pero el uso aprueba, y aun a veces reclama, este género del pleonasmo". Confirmando esta doctrina hallamos en el *Marcos de Obregón* los siguiente ejemplos: *Bájela abajo; Subiendo arriba,* por lo demás muy corrientes. A esta lista podemos añadir la expresión *un mendrugo* de pan, donde en realidad sobra para el sentido el complemento *de pan,* pues un mendrugo no puede serlo de otra cosa; con todo no es raro su empleo.

b) Después del verbo *ser* en oración condicionante,

da mucha fuerza a la expresión el agregado de un *que*: *Hablara yo más bien criado,* SI FUERA **que** *vos.* (CERVANTES.)

c) Muy expresivo suele ser cuando se usa con acierto el pleonasmo de las conjunciones, figura designada con el nombre especial de *polisíndeton.* Ejemplo: *Un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso le toco con la mano,* y *me abrazo con él,* y *lo llevo a mi casa,* y *echo censos,* y *fundo rentas,* y *vivo como un Príncipe.* (CERVANTES.)

d) Contrariamente a lo que pasa en latín, en castellano dos negaciones o tres, en vez de afirmar, niegan con más vigor. De ahí expresiones pleonásticas, como en los ejemplos siguientes:

En comparaciones: *Más vale algo que* **no** *nada.* (CERVANTES.) *Tuve por mejor no haber hallado a don Fernando, que* **no** *hallarle casado.* (ÍD.)

Con vocablos que indiquen temor, duda, etc.: *Aun corre peligro Rocinante,* **no** *le trueque por otro* (= le trueque). (CERVANTES.) *Son el miedo de* **no** *ser hallados* (= *de ser hallados*) (ÍD.) *Clara temerosa de que Luscinda* **no** *la oyese* (= la oyese). (ÍD.) *¿Pues hay quien dude que* **no** *son falsas* (= que son falsas) *las tales historias?* (ÍD.)

En otras construcciones: *Ni Sancho* **no** *osaba tocar a los manjares.* (CERVANTES.) *Habéisme de prometer que con ninguna pregunta ni con otra cosa* **no** *interrumpiréis el hilo de mi triste historia.* (ÍD.)

e) «El interés que pone la persona que habla en los hechos que refiere, o bien el interés que supone en aquella a quien o de quien habla, suele manifestarse por medio de dativos que se llaman *pasionales.* En vez de decir: *bebió tres copas de vino excelente,* se suele dar energía a la expresión, agregando un dativo pasional: **se** *bebió tres copas de vino excelente.*

«A veces se pone más de un dativo: *El perro come la carne* (sin dativo). *El perro* **se** *come la carne* (con

el dativo pasional *se*). *El perro* se nos *come la carne todos los días* (con los dativos pasionales *se* y *nos*).

«Estos dativos serían perfectamente suprimibles no habiendo interés en el relato. Pero de que sean suprimibles no se deduce que sean inútiles para la energía o gracejo de la elocución». (BENOT.)

f) La forma simple de los pronombres personales de todas clases suele reforzarse mediante formas preposicionales de los mismos, o de otras maneras, con el objeto de conseguir mayor énfasis; en tal caso, dichos refuerzos son evidentemente pleonásticos. Ejemplos: *Mejor me está* a mí *una hoz en la mano, que un cetro de gobernador.* (CERVANTES.) *Si* a tí *te mantearon una vez,* a mí *me han molido ciento.* (ÍD.) *Y paréceme* a mí *que.* (ÍD.) *Quien te había de dar* a ti *ínsulas que gobernases.* (ÍD.)

La colocación de la forma enfática o pleonástica antes o después del verbo depende en todos estos casos de la eufonía, mas no del lugar ocupado por la forma simple.

g) Los adjetivos *mismo* y *propio* suelen concurrir a reforzar las anteriores construcciones, o simplemente el sentido de algún nombre o pronombre. Ejemplos: A mí MISMO *me pareció mal.* (CERVANTES.) *Se aporrea y se da de puñadas* él MISMO a sí MISMO. (ÍD.) *Se decía* él a sí MISMO. (ÍD.) Él MISMO *lo confesó.* Tú PROPIA *lo sabes.* Juan MISMO *lo sabe* Tú PROPIO *padre lo ordenó.*

Límites del Pleonasmo. — 246] Los límites del pleonasmo resultan de la definición misma de dicha figura: en tal concepto, podemos decir que será vituperable cualquier agregado de palabras no destinado a aclarar el sentido o a dar mayor realce a la expresión. Tales son *Una flota* de naves; *un ejército* de soldados; *una constelación* de estrellas, etc. Al hablar de los Vicios de Construcción, veremos que éste se llama *Redundancia.*

IV. DEL ANACOLUTO

Definición y uso. — 247] Suele acontecer algunas veces, cuando hablamos, que por distracción, inadvertencia o cualquier otro motivo, *demos comienzo a una cláusula o período adoptando una determinada construcción, y luego los terminemos siguiendo otra distinta.* Tal acontece, por ejemplo, en este pasaje de Cervantes: EL CUAL COMO ENTRÓ POR AQUELLAS MONTAÑAS, *se le alegró el corazón,* donde para armonizar la construcción de las dos partes fuera necesario haber puesto en la primera: *Al cual.*

248] Tal distracción, o lo que sea, cuando se produce dentro de ciertos límites, origina la figura llamada **Anacoluto,** nada criticable por cierto en el lenguaje hablado, pero que los gramáticos aconsejan con razón evitar en el lenguaje literario, a no ser que se trate precisamente de remedar la conversación familiar, a lo que, dicho sea de paso, eran mucho más adictos los clásicos que los autores de nuestros días. Téngase presente además la mencionada circunstancia, para explicar la frecuencia de dicha figura en los refranes: *Quien feo ama, hermoso le parece. Quien al cielo escupe, en la cara le cae. Quien no habla, Dios no le oye.*

249] Véanse ahora algunos ejemplos de tan interesante figura: Y ÉL *parecióle que era barata* (por: *y a él*) (STA. TERESA.) Y SUS DEUDOS *les pareció* (por: *y a sus deudos.*) (ÍD). ESTE TAL *débenle atender* (por: *a este.*) (PARTIDAS.) ALGUNOS HUÉSPEDES QUE AQUÍ LA HAN LEÍDO *les ha contentado mucho* (por: *a algunos.*) (CERVANTES.) OYENDO LO CUAL DON QUIJOTE *se le dobló la admiración* (por: *a don Quijote.*) (ÍD.) ORBANEJA EL PINTOR DE ÚBEDA, *al cual preguntándole qué pintaba,* RESPONDIÓ (por: *el cual.*) QUE YO PECADOR FUÍ A DIOS, *no se me entienede nada de estas priesas* (por: *a mí.*) (ÍD.) ÉL QUE SE SALE DE ALGUNA RELIGIÓN ANTES DE PROFESAR *le quitan el hábito* (por:

al que.) (Íd.) Quien a nosotros trasquiló *las tijeras le quedaron en la mano* (por: *a quien*) El que se llegare *le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos* (por: *al que*) (Íd.) Aqueste mar turbado = *¿Quién le pondrá ya freno?* (por *A aqueste.*) (Fr. Luis.) Pues merendamos; = y para alegrar la fiesta = un sargento de milicias = *que le falta media oreja = viene...* (por: *a quien le falta.*) (Moratín.) El que tiene mala fortuna *nada le sale derecho* (por: *Al que tiene.*) (F. Caballero.) Cuando leyó las tres novelas, *que les puse el título general de "La lucha por la vida"*, me paró en la calle de Alcalá (por: *a las que les puse.*) (Baroja.) Era su vida como la lámpara de un sosegado recinto, *que no mueve su luz ningún oreo* (por: *cuya luz no mueve.*) (Gabriel Miró.)

Límites del anacoluto. — 250] La facultad de pasar de una construcción a otra, tiene sus límites impuestos por el genio del idioma, rehacio a cuanto pueda serle contrario, aún dentro del estilo familiar y corriente. En tal sentido es objetable, por ejemplo, la inclusión de las palabras *para sus espíritus* en el siguiente pasaje de un autor: *Para los que piensan que aun no se ha encarado en forma lógica lo pertinente a la defensa nacional resulta altamente halagador para sus espíritus el contemplar la forma con que el periodismo*, etc. También es criticable este encabezamiento, que hallamos en un periódico: *En la capital circulan anónimos que exageran los hechos, pero que el público los acoge como artículos de fe.*

V. DE LA SILEPSIS

Defnición y principales casos. — 251] Define muy bien la **Silepsis** la Academia, cuando dice: "Usamos de esta figura cuando damos a ciertos vocablos diferente concordancia de la que en rigor gramatical les corres-

ponde; y es porque atendemos a lo que representan y no a lo que dicen."

252] Habiéndose ya estudiado, al tratarse la Concordancia, los casos de silepsis más notables, omitiremos ahora una nueva exposición de los mismos, remitiéndonos más bien para ilustrar este punto a los párrafos 111], 112], 114], 138], 139], 141], 142], 143], y 144].

Límites de la Silepsis. — 253] No deberá llevarse esta figura más allá de lo que consiente el uso de cada época; en tal sentido, ya hemos expuesto que hoy no podría decirse como antaño: *Para que digan la gente. Pensaron de comer la compañía,* etc.

Fuera de estos casos, no hay por que limitar su aplicación, pues contribuye a enriquecer las formas del idioma y a evitar su estancamiento en moldes fijos.

VI. DE LA ENÁLAGE O TRASLACIÓN

Definición y empleo. — 254] La Enálage *consiste en mudar las palabras o sus accidentes.* En poesía es frecuente emplear los vocablos en sentido *traslaticio,* o sea fuera de su acepción corriente, como puede comprobarse leyendo composiciones en verso; extremó Góngora esta figura, por ejemplo, cuando habló de «*peinar el viento, fatigar la selva*», refiriéndose a un jinete que *cruzaba el espacio* y *recorría la selva.* En el lenguaje familiar, ocurre con frecuencia el uso de los tiempos de los verbos con otra significación que la normal, como acontece, verbigracia, cuando decimos: *Mañana voy a Rosario,* por: *iré. Yo se lo anunciara, más no me creyó,* por: *yo se lo había anunciado,* etc. Fuera de los casos expresados, esta figura no tiene mayor aplicación, ni conviene tampoco dársela más allá de ciertos límites; pues la sencillez y el empleo de los vocablos en su sentido recto, serán siempre los mejores atributos de una buena prosa.

LIBRO TERCERO

VICIOS DE SINTAXIS

CAPÍTULO ÚNICO

PRINCIPALES VICIOS DE SINTAXIS

Definición y clases. — 255] Llámanse **Vicios de Sintaxis,** *todas las transgresiones no consentidas por el uso, a las reglas de la Sintaxis Regular.* Las transgresiones admitidas, ya hemos visto que son las *Figuras de Sintaxis.*

256] Los principales Vicios de Sintaxis son: el *Barbarismo sintáctico,* el *Solecismo,* la *Anfibología,* la *Oscuridad,* la *Monotonía* o *Pobreza* y la *Redundancia.*

I. DEL BARBARISMO SINTÁCTICO

Casos principales. — 257] **El barbarismo sintáctico** *consiste en la adopción de giros y formas tomados de la Sintaxis de otras lenguas*: habrá, pues, tantos barrismos de esta clase cuantos sean los idiomas cuya influencia se haga sentir indebidamente en la Sintaxis del castellano usual; y sus nombres corresponderán a su origen respectivo: *Galicismos, Italianismos, Latinismos, Anglicismos,* etc.

258] De todos los barbarismos sintácticos el más difundido es el *Galicismo,* que adopta muy diversas formas:

a] Una muy corriente, es el uso del que suele llamarse *que galicado,* y consiste en el defectuoso empleo del pronombre *que* con el verbo *ser.* Ejemplos: Fué *por eso* que *me habló,* en vez de: *Fué por eso* por lo que *me*

habló. Es *tu padre* que *lo dice,* por: *Es tu padre* quien *lo dice.* Fué *entonces* que *reveló su pensamiento,* en lugar de: *Fué entonces* cuando *reveló su pensamiento.* etc.

b] También debe atribuirse a influencia francesa el mal uso de la conjunción *que* por *sino,* como verbigracia en: *No sois* que *un mentiroso,* en vez de: *no sois* sino *un mentiroso.* Esta falta ya no se comete hoy día.

c] Igual origen tiene las construcciones comparativas defectuosas, en las cuales se usa *que* en lugar de *como.* Ejemplo: *Este paseo es tan hermoso* que *aquél,* en vez de: *Este paseo es tan hermoso* como *aquél. Se queda impasible, tanto si gana* que *si pierde,* por: *tanto si gana* como si pierde.

259] Después del francés, el idioma cuyo influjo ha originado en castellano más barbarismos sintácticos, es el italiano. He aquí algunos *Italianismos* corrientes en lengua popular: *Voy* del *médico,* en vez de: *voy* a casa del *médico. Llegamos* en *casa a las siete,* por: *Llegamos* a *casa a las siete. He ido tres años* en *la Academia,* por: *he ido tres años* a *la Academia.* Vendré *a buscarlo,* en lugar de: Iré *a buscarlo. Le enseñaría la lección si* podría, en vez de: *Le enseñaría la lección, si* pudiera *o* pudiese. *Los miembros que no* concurrirán *serán eliminados;* por: *Los miembros que no* concurran, *o* concurrieren, *serán eliminados. Serás feliz si* obrarás *bien,* en vez de: *Serás feliz si* obras *bien.*

260] En cuanto a los *Latinismos* sintácticos, pertenecen casi todos a la lengua literaria.

a] Han incurrido en este vicio casi todos los autores que, en varias oportunidades, intentaron aplicar a nuestro idioma la construcción latina. Como ejemplo de la mencionada aberración, sirva este trozo con que comienza la traducción de la Eneida hecha en el siglo XV por D. Enrique de Villena: *Yo, Virgilio, en versos cuento los hechos de armas y las virtudes de aquel varón, que partido de la troyana región y ciudad, huidizo vino primero por fatal influencia a las de Italia partes,* etc.

b]La imitación del régimen y la concordancia de los latinos también ha originado latinismos en el castellano literario. Así ocurre en el siguiennte pasaje de Góngora: *Audaz mi pensamiento = El cenit escaló,* plumas vestido, donde a la manera latina construyó el participio *vestido* sin preposición; o cuando, refiriéndose a una ninfa, dijo no sin elegancia pero apartándose por demás del uso castellano: *Desnuda el pecho anda ella.*

261] Por fin, de los barbarismos sintácticos asignables al influjo de *otros idiomas,* no nos ocuparemos especialmente, pues su número es tan escaso en español como abundante el de los originados por la imitación *del francés y el italiano.*

II. DEL SOLECISMO

Definición y clases. — 262] En cierto modo afín al Barbarismo es el vicio del Solecismo, *o sea quebrantamiento de las reglas de la Sintaxis, mas no por imitación extranjera, sino por simple ignorancia o torpeza,* como hacían con el griego los habitantes de Solos, ciudad de Cilicia.

263] El solecismo puede originarse por muy diversas causas, siendo las principales las faltas no admitidas a las reglas de la *concordancia* y el *régimen,* y toda clase de *impropiedad* en el uso y colocación de los términos. Estudiaremos *algunos casos notables.*

264] El *Solecismo de concordancia* es el menos frecuente de todos; sin embargo suele darse algunas veces, como puede observarse en los ejemplos siguientes, que tomamos al acaso: *Los términos en que estaba concebida esa carta* dió *motivo a varias protestas. Siempre hemos creído que ese país,* cualquiera *que fueran las ventajas a obtenerse, no se dejaría arrastrar. El gobierno* le *ha consagrado especial atención a los argumentos aducidos.* Es fácil advertir que en el primero de ellos debió decirse *dieron,* en el segundo, *cualesquiera,* y en el tercero, *les.*

265] Más frecuente es el *Solecismo de régimen*. Entre otros casos, se incurre en él:

a] Cuando se emplea mal el *medio de régimen*, en cualquier forma, como por ejemplo en los siguientes casos: *Desearíamos ingresar* al *Colegio Nacional; anhelo leer Zorrilla; se admite* a *pupilos;* en el primero, el solecismo consite en el empleo de *al* por *en el;* en el segundo falta y en el tercero sobra la preposición *a*, después de los verbos *leer* y *admitir*, respectivamente. A esta misma clase pertenecen las agrupaciones incongruentes de partículas, como, por ejemplo, la siguiente: *Voy* a por *mi sombrero*, en vez de: *Voy* por *mi sombrero*. Para evitar y corregir estos solecismos, no hay sino enterarse del *uso corecto de las preposiciones*, leyendo buenos autores y consultando las listas y obras especiales, como ya lo hemos aconsejado en 183]; y, en cuanto al *uso de la preposición* a especialmente, estudiar con cuidado lo expuesto en 182] *a*] de la presente obra.

b] Cuando se yerra en el empleo de los tiempos en las oraciones regentes o regidas. Ejemplos: *Iré si pudiera*, en vez de: *Iría si pudiera*, o *iré si puedo. Con gusto concurriese a su casa, si me invitara*, por: *Con gusto concurriera* o *concurriría*, etc. *Expondré toda la verdad, si pueda ser escuchado*, en lugar de: *si puedo ser escuchado*. En estos casos, no hay imitación de ningún idioma extranjero, es decir no hay barbarismo.

266] Mas, de todas las fuentes del solecismo, la mayor sin duda alguna es la *impropiedad* en todas sus formas. Se comete solecismo de esta clase:

a] Cuando se incurre en el uso por demás difundido de *cuyo* por *el cual*. Ejemplos: *Entraron en el puerto dos buques*, cuyos *buques eran ingleses ambos*, en vez de: los cuales *buques*, etc. *Una persona estaba allí presente*, cuya *persona no nos era desconocida*, por: la cual *persona*, etc. Con todo, es de advertirse que unido a las palabras *causa, motivo, fin, ocasión, propósito,*

razón, y otras análogas, hállase usado por buenos autores el pronombre *cuyo* en la forma indicada. Ejemplos: *En sola España se tiene por deshonra el oficio mecánico, por* cuya causa *hay abundancia de holgazanes.* (VENEGAS.) *Antes de morir quemó todas sus obras, por* cuya razón *no nos quedó de él más que un corto número de poesía.* (GIL Y ZÁRATE.) *Viene Tiresias; dice que sabe quien es el reo, pero se niega a declararlo, con* cuyo motivo *crece la impaciencia y cólera de Edipo.* (M. DE LA ROSA.)

b] Cuando se emplea el dativo *les* con valor de acusativo. Ejemplo: Les *vi aproximarse en forma correcta, y les di los buenos días,* donde está mal empleado el primer *les* y bien el segundo, debiendo decirse: Los *vi aproximarse en forma correcta y les di los buenos días.* Lo mismo dígase del acusativo femenino *las,* empleado en lugar de *les.* Ejemplo: *Las encontré en casa del librero y* las *entregué los prospectos,* que debe ser: *Las encontré en casa del librero y* les *entregué los prospectos.*

c] Cuando se emplea un pronombre por otro, como hacen quienes dicen, verbigracia: *Tardé media hora en volver en* sí, en lugar de: *en mí;* o: *Debes llevarlo* consigo *a todas partes,* en vez de: contigo.

d] Cuando se emplea el relativo *quien,* aplicándolo a cosas. Ejemplo: *Acabamos de señalar en esa oración los sustantivos, verbos y adjetivos; considerando ahora dichas palabras, veamos* quien *está en singular y* quien *en plural.*

e] Cuando en un determinado pasaje, escrito o exposición, se haga referencia a un mismo sujeto, empleando sucesivamente varias personas gramaticales, o la misma persona en distinto número. Tal ocurre, por ejemplo, en el siguiente pasaje que recortamos de un periódico: Pensad *que ese ser que tanto respeto* os *inspira sin conocerle, es* tu *semejante. Si* tenéis *necesidad de dirigirles la palabra,* hazlo *con serenidad y con igual respeto que se debe a los demás.* A esta clase pertenece

la aberración, tan corriente y reveladora de escasa cultura, de variar la persona gramatical o el tratamiento en las cartas y esquelas, escribiendo, pongamos por caso: **El suscrito** *saluda atentamente al señor administrador, y le ruego quiera enviar*me *los formularios pedidos;* o sino: **El señor** *delegado, a quien me dirijo, sabrá desentrañar la verdad, pues* **usted** *mismo ya intervino en este asunto.*

III. DE LA ANFIBOLOGÍA

Definición y casos principales. — 267] Consiste la **Anfibología**, como su nombre lo indica, en *formar expresiones ambiguas o de doble sentido.*

268] Esto puede ocurrir por hipérbaton inadecuado. Ejemplo: *Volviéronse con esto a sentar a comer de los despojos que había dejado el enemigo* **muy de espacio** (GUEVARA) : donde, a pesar de constarnos que *muy de espacio* debe referirse a *comer,* su colocación podría hacernos creer que se refiere a *dejado.*

269] Otras veces, la anfibología resulta de alguna elipsis inoportuna. Tal ocurre, por ejemplo, en el siguiente pasaje, que hallamos en un periódico: *Podríamos alargar mucho estas líneas si quisiéramos citar pequeña parte siquiera de los versos dignos de serlo que hay en este libro*: donde, por elipsis del participio *citados* después del verbo *ser,* parece aludirse a versos dudosos. Lo mismo ocurre si decimos: *Era muy molesto para mí oír a esa soprano, pues cuando cantaba temblaba infaliblemente de emoción*: donde, por la elipsis del sujeto en la segunda oración, queda en duda cuál de los dos temblaba.

270] Puede también resultar la ambigüedad de la manera inhábil de expresarnos, como ocurre en los siguientes ejemplos: *Gasta el acero la piedra,* donde no sabemos cuál es el gastado; *Juan recomienda a Pedro a Diego,* donde queda en duda quién es el recomendado;

Me enteré de la muerte de mi amigo en Madrid, donde no se sabe qué ocurrió en Madrid.

IV. De la oscuridad

Definición y ejemplos. — 271] Consite este vicio, asimilado erróneamente por los gramáticos a la anfibología, en *formar expresiones incomprensibles o de difícil comprensión*, lo que no es lo mismo que ambiguas.

272] La *elipsis* suele originar, cuando se extrema, expresiones oscuras. Así ocurre, por ejemplo, en este diálogo de Lope, donde resulta harto difícil suplir al final la palabra *triste*:

ELENA. *Pues ¿tú tristezas conmigo;*
Tú señor?
LISARDO. *Que no lo estoy.*

V. De la monotonía o pobreza

Concepto y ejemplos. — 273] Consiste la **Monotonía o Pobreza**, en utilizar reiteradamente unos mismos y pocos recursos expresivos. Son muchas las esferas en que este vicio se manifiesta, razón por la cual nos atendremos en este resumen tan sólo a algunos casos notables.

274] Valga como uno de ellos la repetición de la palabra *que*, tan frecuente aún en los buenos escritores, cuando no la evita una atención siempre despierta. Véase en prueba de ello, este pasaje de Cervantes citado por la Academia: *¡Ay!, dijo la otra. Supliquémosle, amiga,* que *se quede;* que *nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello;* que *también he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo* que *tú has dicho; y, sobre todo dicen dél* que *es el más firme y más leal enamorado* que *se sabe, y* que *su dama es una tal Dulcinea del Toboso.* No menos ilustrativo es al respecto este otro de D. Pablo Forner, uno de los mejores prosista del siglo XVIII: «*Y los buenos de los di-*

ristas que *persiguieron de muerte a todos los escritores de su tiempo;* que *no dejaron libro sano a ninguno, tratándolos de bárbaros, de pedantes de rudos;* que *llegaron a proferir con no menor arrogancia* que *la* que *culpaban en aquel varón docto,* que *se avergonzarían de subscribir su nombre en cualquiera de los escritos* que *se habían publicado en este siglo hasta sus días, le hicieron un cargo horrible por*que *publicaba lo* que *ellos mismos publicaban.*»

275] El empleo del verbo *ocupar* en la voz reflexiva para expresar quehaceres de toda índole, es otra forma de la monotonía. Dice al respecto la Academia: «Por desconocer la exquisita filosofía y el genio e índole del castellano, suele decirse: *me ocupo de mis hijos, de las bellezas del Quijote, de cazar, de política, de pasear, de Historia, de leer a Fr. Luis de Granada,* etc. Lo procedente y castizo es: *cuido de mis hijos; me preocupa la educación, la suerte* o *la salud de mis hijos; me consagro todo a mis hijos; vivo para mis hijos únicamente,* etc.: *estudio, considero, estoy apreciando las bellezas del Quijote; cazo; me dedico a la política, entiendo en los negocios públicos; paseo; trato* o *escribo de Historia; leo a Fr. Luis de Granada,* etc.»

276] Algo parecido ocurre con el empleo del verbo *hacer* en lugar de otros más adecuados, y en este caso la pobreza se complica con galicismo. Ejemplos: *Hacerse ilusiones,* por: *forjarse ilusiones. Hacer furor,* en vez de: *estar en auge* o *de moda. Hacer política,* por: *andar en política. Hacer atmósfera,* por: *preparar la opinión,* etc.

277] Como ejemplo de monotonía por escasez de recursos constructivos y de puntuación, damos el siguiente, que hallamos en un autor: *El forastero una vez recibido, es invitado gentilmente a sentarse a una mesa limpia y cómoda que se cubre rápidamente con un finísimo mantel con anchos pocillos de rica porcelana sostenidos en cómodos platillos, y como centro en anchurosa fuente un gran pan dulce muy bien amasado, muy bien cocido,*

muy bien embutido de variados dulces que es trozado en grandes lonjas que dejan ver el amarillento huevo y las ricas pasas de Corinto, y las niñas de la casa cubiertas las cabezas con blancas cofias y los pechos con grandes delantales almidonados y blancos como armiños por arte de magia, presentan en la mesa la gran tetera familiar, muy panzuda y en una jarrita minúscula una pequeña porción de leche recién ordeñada, y empieza el trajín de llenar las grandes tazas con te hasta rebalsar, apenas teñido por unas gotas de leche y las grandes rebanadas de pan dulce y los trozos de pan común tapado por ancha capa de manteca bien oliente y sabrosa que el viajero devora con ansia, tal vez después de un día de marcha por los desiertos, sin comer, sucediéndose el desfile de las tazas, de las rebanadas de pan, de los trozos de manteca, en un desfile continuo y mecánico a instancias de las invitaciones reiteradas de los dueños de casa, hasta que el vientre del paciente queda hinchado de tanto engurgitar la poción aromática y las sabrosas rebanadas.

VI. DE LA REDUNDANCIA

Su concepto. — 278] Poco hay que decir de este vicio sintáctico. Ya sabemos que *consiste en el empleo de términos inútiles,* tanto para el sentido como para la fuerza o vehemencia de la expresión. Ejemplos: *Una flota* de naves; *un ejército* de soldados; *armada* naval; *una jauría* de perros; *una manada* de ganado, etc. También es redundancia, aunque muy usual, decir: *un mendrugo* de pan, por *un mendrugo; un lapso* de tiempo, en vez de *un lapso,* sin más. Todas estas faltas pueden evitarse, con un poco de atención y de cuidado.

FIN DE LOS ELEMENTOS DE SINTAXIS.

NOCIONES DE LINGÜÍSTICA

1. **El lenguaje y sus divisiones.** — Se da el nombre de *lenguaje* a cualquier sistema de signos utilizados por los distintos seres para comunicarse unos con otros.

Desde el grito inarticulado, mediante el cual ciertos animales consiguen transmitirse instintivamente sus impulsos elementales, hasta el complicado y artificial mecanismo en que el hombre encierra sus más sublimes ensueños, y pasando por todas las formas y sistemas de ademanes, gestos y signos gráficos de todas clases, son numerosísimas las formas de lenguaje existentes.

2. **Lengua o idioma; dialecto.** — Entre todas ellas hay una más importante y valiosa que las restantes: y es aquella en la cual los *signos* empleados son *palabras,* escritas o habladas: esa forma es el *lenguaje verbal,* o sea *lenguaje de palabras;* y cada una de las grandes clases en que puede dividirse, según los pueblos o países, es lo que se llama *lengua* o *idioma.* Los dialectos son formas afines al idioma, pero menos importantes que él.

3. **La Lingüística; su concepto.** — Ahora bien: la Lingüística es precisamente la ciencia que estudia estas últimas formas de lenguaje, con el propósito de establecer su origen, su formación, la clasificación de las lenguas, su derivación unas de otras, los sónidos de que se valen, las transformaciones de estos sonidos, etc., etc.

4. **División.** — La lingüística puede ser *general* o *especial.* La primera enumera y clasifica los idiomas existentes, estudia las leyes generales de su nacimiento y desarrollo, y expone los hechos aplicables al es-

tudio de todos ellos; mientras que la segunda aplica a determinados grupos de lenguas los principios y normas fijados por aquélla.

5. División de las lenguas en vivas y muertas. — Se llaman *lenguas vivas* las actualmente habladas. Las *lenguas muertas,* en cambio, pertenecen al pasado: entre estas últimas, las principales son el *griego clásico* y el *latín.*

6. División de las lenguas por su estructura: lenguas monosilábicas, aglutinantes y de flexión. — Mucho más importante que la anterior es la clasificación de las lenguas por su estructura, en *monosilábicas, aglutinantes* y de *flexión.*

Pasaremos a dar una idea de cada clase.

Los **idiomas monosilábicos** representan lo más elemental y atrasado de las lenguas humanas, y ofrecen la muy notable característica de constar todas sus palabras de una sola sílaba. Estas palabras por lo demás, ofrecen dos caracteres igualmente notables y extraños para quienes hablamos otros idiomas: la multiplicidad extraordinaria de sus significados y su increíble vaguedad. Así, por ejemplo, en chino, la palabra **tao** significa entre otras cosas: *arrebatar, alcanzar, cubrir, bandera, centeno, conducir, camino;* y **lu**: *desviar, vehículo, piedra preciosa, rocío, forjar, camino,* etc. Esto, por lo que a los diversos significados de las palabras se refiere. De su vaguedad o generalidad, en cambio, podrá tenerse una idea, considerando, verbigracia, que el término **ngan** significa según los casos *procurar descanso, descansadamente, gozar del descanso, descanso*: y **ta**: *grande, grandemente, grandor, agrandar,* etc. Es preciso agregar que en los idiomas monosilábicos las palabras son *todas invariables* ,es decir que carecen de género, número, caso, modos, tiempos y personas; y que además son desconocidas las preposiciones y las conjunciones.

Siendo así, se preguntará, ¿cómo es posible hablar en tales idiomas, es decir, dar a cada palabra en el

discurso accidentes y significados concretos e inconfundibles y relacionarlas entre sí? Pues por medios bastante sencillos, dado lo rudimentario del sistema, y que pueden reducirse a los cuatro fundamentales siguientes: la *colocación* de las palabras en la cláusula; la *asociación* de las palabras entre sí, juntando dos de ellas, entre cuyos diversos significados haya uno común a ambas, como, por ejemplo, cuando se expresa la idea de camino mediante el grupo **tao-lu**, cuyos componentes tomados aisladamente se recordará que entre otras cosas significaban precisamente *camino*, o cuando uniendo la palabra **fu**, *padre*, a **mu**, *madre*, se obtiene la agrupación **fu-mu** con el significado de *parientes*, ni más ni menos que uniendo **yuan**, *lejano*, y **kin**, *cerca*, se tiene **yuan-kin**, es decir, *distancia*, etc.; el tercer procedimiento, usado especialmente para dar la idea de lo masculino y lo femenino, consiste en juntar al vocablo principal, que los chinos llaman *palabra llena*, otro destinado a modificarlo en el sentido deseable, y que llaman *palabra hueca* o *vacía;* así, por ejemplo, si **tse** envuelve la idea de *vástago*, **nau**, la de *masculino* y **niu** la de *femenino*, **nau-tse** será *hijo*, y **niu-tse**, *hija;* por fin, el cuarto recurso del monosilabismo es la *entonación* con que se ha de pronunciar cada palabra, y que en lo escrito se representa mediante signos especiales.

Las lenguas monosilábicas fundamentales son el *chino*, el *annamita*, el *siamés*, el *birmano* y el *tibetano*.

El procedimiento de juntar a una palabra *llena* otra *hueca* o *vacía*, que en los idiomas monosilábicos aparece únicamente en determinados casos, como arbitrio excepcional, es lo corriente y característico en los idiomas aglutinantes, forma muchísimo más adelantada y perfecta que la anterior, aunque susceptible, como veremos, de ser mejorada a su vez. Agréguese a lo anterior que mientras en las lenguas monosilábicas los elementos llenos y vacíos quedaban separados, en las aglutinantes, en cambio, forman verdaderas pa-

labras, aunque sin sufrir cada uno de ellos modificación alguna, o sufriéndola muy leve: con lo cual siempre es fácil descubrir los componentes en el compuesto.

En los vocablos de los idiomas de esta familia se descubren dos clases de elementos: la palabra fundamental que sirve de núcleo al vocablo total, y cuyo sentido predomina, es decir, el *radical* o *raíz*, equivalente de la *palabra llena* de los idiomas monosilábicos, y el o los vocablos accesorios, equivalentes de las *palabras huecas*, cuyo papel se limita únicamente a modificar en el sentido deseado la signficación del radical, y que reciben el nombre genérico de *afijos*, o los especiales de *prefijos*, *sufijos* o *infijos*, según se agreguen antes o después del radical, o se intercalen en el seno de éste, lo que sólo acontece en raros idiomas; todo lo cual se aclarará con los siguientes ejemplos de vocablos aglutinados mediante prefijos, sufijos o infijos:

a. *Aglutinación por prefijos.* Esta aglutinación es poco frecuente, y la hallamos entre otros en los idiomas del grupo africano *bantú*. En *cafir*, por ejemplo, lengua de la rama bantú, si umntú quiere decir *hombre*, y aba envuelve la idea de *muchos*, el plural *hombres* se formará anteponiendo *aba* a *umntú*, con las modificaciones consiguientes del segundo término, y resultará abantú; del mismo modo, siendo udade *hermana*, y o otro signo de pluralidad, *hermanas* se dirá odade (*o* + *udade*).

b. *Aglutinación por sufijos.* Es la más usual de las tres. Véanse algunos ejemplos: en *magyar*, la palabra var significa *él espera;* añadiendo a la raíz el signo ja, que significa *lo*, se tiene varja, *él lo espera;* y agregando a este conjunto el signo de pluralidad k, resulta varjak, *ellos lo esperan.*

c. *Aglutinación por infijos.* Es la menos frecuente de las tres formas de aglutinación, y se recordará que consiste en intercalar el afijo en la raíz misma; así, por ejemplo, en tagalo introduciendo en la raíz tapay,

amasar, el afijo **in**, con valor de *lo que*, resulta **t-in-apay**, *lo que se amasa*, es decir, *pan;* y otro tanto con **sipit**, *agarrar*, se tiene **s-in-ipit**, *lo que agarra*, es decir, *ancla.*

Las *lenguas aglutinantes* son numerosísimas, al extremo de formar la gran mayoría de las lenguas conocidas; bastará decir que pertenecen a esa clase casi todas las lenguas de Africa, de Australia, de Polinesia y archipiélago indomalayo; el japonés, la lengua de Corea y muchas de las habladas en la India; el samoyedo, el finés, el turco, el mogol, el vasco, y por añadidura todas las lenguas de los indígenas americanos.

Estas últimas, es decir las lenguas americanas, ofrecen todas ellas, desde Groenlandia hasta Tierra del Fuego, la muy notable y peculiar característica conocida con el nombre de *polisintetismo*, y que consiste en poder reunir "un gran número de ideas bajo la forma de un solo vocablo." Este último, por lo general bastante largo, viene a ser la aglomeración íntima de palabras diversas, reducidas a veces a simples letras que se intercalan. Así el groenlandés **aulisariartorasuarpok** *se apresuró a partir para la pesca*, se compone de **aulisar** *pescar*, **peartor** *estar ocupado en algo*, **pinnesuarpok** *él se apresura;* el algonquino **pilapé** *joven soltero*, se compone de **pilsitt**, *casto*, y **lepapé** *hombre;* **amanganachquiminchi** *encima de anchas hojas*, se compone de **amangi** *grande*, **nachk** *mano*, **quim** terminación de los nombres de frutos con cáscara, y **achpansi** *tronco de árbol;* el mejicano **notlazomahuiz teopixcatatzin** *¡oh padre mío, divino protector estimado y venerado!* se halla formado por **no** *mi*, **tla zontli** *estimado*, **mahuiztic** *venerado*, **teopixqui** *dios protector* y **tatzi** *padre;* el chippeway **totochabo** *vino*, está formado por **toto** *leche*, y **chaminabo** *hacimo.*» (HOVELACQUE.)

Por fin, más allá de las lenguas aglutinantes, y como forma última y más perfecta alcanzada hasta hoy

por el habla humana, están los idiomas de flexión, a cuyo tipo más elaborado y completo pertenece, entre otros, precisamente el castellano. Esta circunstancia nos exime de entrar al respecto en mayores detalles: sólo diremos que la *flexión* es algo así como una aglutinación más perfecta, donde los afijos han perdido casi todo su significificado y su valor de palabras aisladas, para transfiormarse en meras sílabas o en simples letras de valor muy general, lo que permite utilizarlos con libertad insospechada en los idiomas aglutinantes; y que las raíces, imitando en esto a los afijos, se han ido haciendo más flexibles y varias, modificando su forma y su sentido, según los casos: de donde ha venido a resultar que en los idiomas de flexión sólo el lingüista es capaz de desentrañar los elementos constitutivos de las palabras, las cuales aparecen como todos perfectamente soldados, al paso que en los idiomas aglutinantes cualquiera puede descubir sin estudios previos las diferentes palabras o partes de palabras constitutivas de los vocablos totales.

A las *lenguas de flexión*, pertenecen las tres grandes familias designadas con los calificativos tradicionales de lenguas semíticas, camíticas y jafèticas, por los nombres de los hijos de Noé, *Sem*, *Cam* y *Jafet*. A las últimas, es más corriente llamarlas hoy día *lenguas arias*, *indogermánicas* o mejor aún *indoeuropeas*.

7. **Lenguas semíticas: su división.** — De la *Lingüística* de Hovelacque tomamos el siguiente cuadro, donde consta claramente la distribución y división de estas lenguas:

LENGUAS SEMÍTICAS

1. Grupo arameoasirio:
   I. Caldeo y sirio,
   II. Asirio.
2. Grupo cananeo:

I. Hebreo,
II. Fenicio.

3. Grupo arabe:
I. Arabe,
II. Lenguas de Arabia meridional y de Abisinia.

8. **Lenguas camíticas; su división.** — El cuadro siguiente, tomado también del citado texto, da una idea suficiente de la distribución y clasificación de estos idiomas, muy afines a los semíticos:

LENGUAS CAMÍTICAS

1. Grupo egipcio.
2. Grupo líbico.
3. Grupo etíope (que abarca los idiomas camíticos del África central hablados al sud de Egipto, en los alrededores y en ciertas partes de Abisinia, pero que no debe confundirse con el abisinio, idioma semítico del grupo árabe).

9. **Lenguas indoeuropeas; su desarrollo y división.** — Las lenguas indoeuropeas, cuya clasificación expondremos en seguida, representan la parte más extendida, importante y elaborada de los idiomas de flexión.

Su origen se pierde en las nieblas de la mayor incertidumbre; y aunque ha hecho bastante camino la idea de referir todos los idiomas indoeuropeos conocidos a uno desaparecido y anterior a todos ellos, para el cual se acepta generalmente el nombre de *ario*, lo cierto es que hasta la fecha han sido estériles los esfuerzos de historiadores y lingüistas, en cuanto a descubrir nada positivo acerca de dicho idioma, y mucho menos del supuesto pueblo *ario* y su asiento primitivo.

Sea ello como quiera, lo cierto es que los idiomas de esta gran familia, merced a su contextura lingüística admirable, alcanzaron cada día mayor difusión, y sirvieron sucesivamente de vehículo a las civilizaciones

indostánica, erania, griega y latina, hasta extenderse en alas de la moderna por casi toda Europa, las tres Américas y todas las colonias civilizadas de África, Asia y Oceanía, sin contar sus antiguos dominios, donde siguen imperando.

He aquí, según Hovelacque, el cuadro general de las

LENGUAS INDOEUROPEAS

1. Grupo indostánico:
   I. Antiguas lenguas indostánicas (entre ellas el *sánscrito*, considerado por algunos como origen de todas las indoeuropeas.)
   II. Lenguas neoindostánicas.
   III. Dialecto de los zíngaros.
2. Grupo iránico: I. Zend, II. Persa antiguo, III. Armenio, IV. Pehlvi, V. Parsi, VI. Neopérsico, VII. Curdo, Afgano, Beluque, etc.
3. Grupo helénico.
4. Grupo itálico:
   I. Antiguas lenguas itálicas.
   II. Lenguas neolatinas o romances.
5. Rama céltica.
6. Rama germánica: I. Gótico, II. Lenguas escandinavas, III. Bajo alemán, IV. Alto alemán.
7. Rama eslava.
8. Rama lética: I. Lituano, II. Leto, III. Prusiano antiguo.
9. Lenguas indoeuropeas no clasificadas: I. Etrusco, II. Dacio, III. Lenguas indoeuropeas de Asia Menor, IV. Lenguas indoeuropeas llamadas escíticas, V. Albanés.
10. **Lenguas neolatinas.** — De todas estas lenguas, las que más nos interesan son las *neolatinas*, subgrupo del *grupo itálico*. He aquí ahora, según Meyer-Lübke, la última palabra de la ciencia lingüística en cuanto a la división de las

1. Rumano, 2. Dalmático, 3. Rético, 4. Italiano, 5. Sardo, 6. Provenzal, 7. Francés, 8. **Español**, 9. Portugués.

El *Español* a su vez se divide en **Castellano**, *Asturiano-leonés, Mirandés, Aragonés, Andaluz.*

NOCIONES DE ETIMOLOGÍA

1. **Concepto y utilidad de la Etimología.** — La *Etimología* es la parte de la Lingüística que estudia el origen y formación de las palabras en general, como asimismo el de cada palabra en particular.

Fuera de la utilidad científica de tales investigaciones, es evidente la que revisten para quien se sienta deseoso de conocer el idioma que habla; pues si bien es cierto, como suele repetirse, que lo importante en las palabras es su significado actual, y no el que hayan tenido en otros tiempos o idiomas, no lo es menos que tales noticias avivan y vigorizan notablemente el dato flotante de la acepción actual.

Pero debemos añadir inmediatamente que, al lado de la utilidad, tiene la *Etimología* sus peligros, y que no es, como suele creerse, ocupación para aficionados, sino coronamiento de las largas y difíciles disciplinas lingüísticas; y quien se ponga a desentrañar etimologías sin ese previo requisito, partiendo, como no puede menos de suceder, de lo meramente externo de los vocablos en su forma actual, difícilmente podrá librarse de incurrir en risueños errores.

2. **La Temática: Raíz, radical, afijos** (*prefijos, infijos y sufijos*), **flexiones y desinencias. La palabra desde el punto de vista etimológico.** — La división que hace la Prosodia de las palabras en sílabas, es una división superficial, fundada únicamente en el

sonido de aquéllas; mucho más delicada, en cambio, es la división de las mismas por la *Temática*, o sea aquella parte de la Etimología cuyo objeto es descubrir y estudiar, no ya los elementos sonoros de los vocablos, sino sus *elementos ideológicos* o *significativos*.

Para entenderlo, considérese con atención el siguiente cuadro:

am - *or*,	pav - *or*,	d-*a* n ar,*in*-
am - *or-oso*,	pav - *or-oso*.	
des - am - *or*,		
am - *ar*,		and - *ar*,
des - am - *ar*,		*des* - and - *ar*.
am - *ado*;	pav - *or-ido*,	and - *ado*.
	im - páv - *ido*,	
	im - páv - *ida-mente*;	

Fijando la atención sucesivamente, primero en cada columna vertical, y luego en cada línea horizontal, no es difícil descubrir los dos hechos más importantes de la Temática, a saber: que existe en las palabras un elemento ideológico fundamental, en el que reside su significado, y que por lo tanto se conserva en todas las palabras de una misma familia: *am* en la primera columna; *pav* en la segunda y *and* en la tercera; y que a estos elementos se acoplan otros, ideológicos también ellos, pero no ya fundamentales sino accesorios y como complementarios, y cuyo objeto se limita a expresar las mil direcciones en que puede prolongarse o modificarse el significado del elemento principal: tales son los que en el citado cuadro están en letra bastardilla. Haciendo ahora un paso más, recordaremos que dichos elementos ideológicos fundamentales y accesorios de las palabras, son ni más ni menos que las *raíces* y *afi-*

jos, respectivamente, de que ya hablamos en Lingüística. Nos limitaremos, por lo tanto, a añadir breves indicaciones a su respecto.

La raíz, o sea el elemento significativo fundamental de las palabras, es la parte más firme y resistente de ellas según ha podido verse en los ejemplos transcriptos; lo cual sin embargo no quiere decir que sean del todo invariables, pues muchas de ellas experimentan cambios más o menos importantes, pero casi siempre explicados por la Lingüística, como puede advertirse por ejemplo en la raíz DORM, de *dormir,* que se tranforman en DUERM y DURM en *duermo, durmiente,* etc.; SENT, *de sentir,* que da SIENT y SINT, en *siento, sintamos,* etc.; DEC, de *decir,* DIJ, en *dije, dijimos,* etcétera; VAL, de *valer,* VALG, en *valgamos,* etc.; TRA, de *traer,* TRAIG, en *traigamos, traigo,* etc.; DEC, *de decir,* DICH en *dicho,* etc.; HAC, de *hacer,* HECH, en *hecho,* etcétera.

Si la forma de las raíces no es del todo invariable, su vitalidad en cambio es tal que puede seguirse la huella de cada una no solamente dentro de cada idioma, sino también en los que pertenecen a la misma familia lingüística, ya sea como colaterales, ya como originarios en diversos grados; todo ello, por supuesto, teniendo en cuenta los cambios, a veces muy grandes, que dichas raíces por fuerza experimentaron en tan largas peregrinaciones. Valgan algunos ejemplos: la raíz *set, siet, sept,* de *setiembre, siete, septiembre,* en italiano es *sett* como puede verse en *sette; sept* en francés, donde aparece pura en *sept,* siete; *sieb* en alemán y *sev* en inglés, donde da *sieb-en* y *sev-en;* en latín es *sept,* donde aparece en *septem,* siete; en griego, lengua hermana del latín, es *hept,* como en *hepta,* siete; *nub,* de *nube,* es *nu* en francés, donde entra en *nuage;* en latín es *nub,* como se ve en *nubis;* en griego aparece como *néf,* en *néfos,* etc.; la raíz *vin,* de *vino,* en francés, italiano y latín, tiene la misma forma que en castellano, como resulta de las palabras *vin, vino,*

vinus, respectivamente, mientras en inglés da *win*, como en *wine*, vino, y en griego *hóin*, como en *hóinos*, vino, etc. En otros casos, por cierto, las transformaciones son aún mucho mayores, pero nunca tales que no puedan seguirse.

Suele diferenciarse la *raíz* del *radical*. Dice al respecto García de Diego: «Propiamente *raíz* es este elemento (el fundamental común a toda una familia de palabras) cuando ofrece la forma más primitiva, como *fac* en *fác-il*. *Radical* cuando ha sufrido alguna alteración interna, como *hac* en *hac-er*, *fec* en *per-fec-to*, *fic* en *di-fíc-il*.» Debemos advertir, para que se entienda bien lo anterior, que *hac*, *fec*, y *fic* no son sino modificaciones de la *raíz fac*, cuyo sentido conservan: por eso son *radicales*.

A pesar de lo justificado de la anterior distinción, seguiremos en estas páginas empleando únicamente el término *raíz*, tanto para significar la *raíz* propiamente dicha cuanto el *radical*, pues sólo se trata aquí de consideraciones generalísimas.

Sentado que los *afijos* son elementos ideológicos o significativos cuya única misión es unirse a las raíces o a los temas para formar palabras; y que la unión puede hacerse anteponiendo o posponiendo el afijo a la raíz, o intercalándolo en ella, resultando, respectivamente, **prefijos**, **afijos** o **infijos**, se presenta ahora el problema de saber qué son precisamente en sí los afijos. ¿Son elementos forjados de propósito para conseguir sustantivos, adjetivos, verbos, plurales, masculinos, femeninos, etc., agregándolos a las raíces?; o, en cambio, ¿han tenido alguna vez otra función, que con el tiempo han ido dejando poco a poco, hasta verse reducidos a su forma y estado actual?

A estas preguntas la lingüística contesta revelando que los afijos han sido en épocas lejanas, raíces como las otras; y que «no es sino con el andar del tiempo con lo que estas formas han llegado a no ser sino elementos secundarios, elementos destinados a indicar las

relaciones y los modos de ser de otra raíz». (HOVELACQUE.)

Habrá quedado evidenciado seguramente, con las anteriores explicaciones, el concepto o noción de lo que es palabra para la Lingüística; es decir de cuán admirable, sutil y complicado es el mecanismo del habla en su aspecto ideológico; y no habrá dejado asimismo de notarse cuán diferente es ese concepto, del común que suele tenerse de estos asuntos.

3. **Formación de las palabras.** — No menos interesante que los anteriores es el problema de cómo se forman las palabras, es decir de cómo unas dan origen a otras, ya sea directamente o bien combinándose entre sí.

Maravilloso es el trabajo que en tal sentido se opera en todos los idiomas; y baste a dar una idea de lo que significa, el saber que las 200.000 palabras que atesora el diccionario de Littré provienen en su inmensa mayoría tan sólo de algunos millares de vocablos latinos llevados a Francia por los romanos en los primeros siglos de la era cristiana; y lo que acontece con el francés puede aplicarse, con leves variaciones, a los idiomas de la misma familia, entre los cuales figura el castellano, y en general a todos los restantes, con las salvedades del caso.

Dos son los procedimientos que entran en juego en esa inmensa e incesante producción de palabras nuevas: la **derivación** y la **composición**.

Vamos a estudiarlas separadamente, con la advertencia de que incluiremos en esta parte algunos hechos extraños a la formación de los vocablos indoeuropeos, pues aquí se trata de conocer todos los medios de formación existentes, y no los de tal o cual familia.

4. **Formación de las palabras por derivación.** — De los dos procedimientos indicados para la formación de las palabras, es indudablemente y sin comparación más fecundo el primero, o sea la **derivación**. Ésta puede ser *impropia* o *propia*, según proceda

sin valerse de afijos o, en cambio, valiéndose de ellos.

Por **derivación impropia** nacen de las palabras existentes otras palabras, mediante dos procedimientos. 1.° *cambiando únicamente la función de la palabra primitiva,* como cuando el sustantivo *violeta* origina el adjetivo *violeta,* el imperativo *toma* la interjección *¡toma!,* etc., etc. Hace notar al respecto Darmesteter que «todas las partes de la oración pueden cambiar entre sí sus funciones por derivación impropia»; y agreguemos nosotros que sobre esta propiedad de dicha derivación se basa el principio de Benot desarrollado en nuestra *Analogía,* de que en el grado a que han llegado nuestros idiomas no hay partes de la oración sino funciones gramaticales: 2.° *formando la palabra derivada con la raíz de la primitiva,* como cuando en francés, por ejemplo, la raíz de *appeler* da la palabra *appel.*»

Por derivación propia, que es de los dos procedimientos derivativos el más valioso, se forman las palabras mediante el agregado de *afijos* desprovistos de significado propio. Pero esto para los idiomas tomados en conjunto, pues *los indoeuropeos sólo derivan sus palabras por sufijos.* (*Amor*cillo *medita*bundo).

La *derivación* puede ser también **gramatical** e **ideológica,** de acuerdo con las siguientes definiciones de Monlau, repetidas por todos los compendios: «En la **derivación gramatical,** la idea del primitivo es principal y siempre dominante respecto de las ideas accesorias que representa el derivado. Así la idea expresada por el primitivo castellano *cantar,* es siempre la principal en yo *canto,* tú *cantabas,* aquel *cantará,* vosotros *cantaríais,* etc. Estos derivados tienen por significado principal el mismo de *cantar,* diferenciándose entre sí únicamente por las ideas accesorias de tiempo, modo, número, persona, etc.»

«En la **derivación ideológica** o *filosófica,* la idea del primitivo no es la principal, sino meramente la radical, y a ésta se agregan o añaden las accesorias.

Así la idea de *cantar* es la radical (y no la principal) en los derivados ideológicos *canción, cantable, cantada, cantaleta, cantarín, cantata, cantatriz, cántico, cantinela, canto, cantor, canturia,* etc.»

5. **Papel de la eufonía.** — En los cambios experimentados por los diversos elementos de que las palabras se componen al hallarse en contacto éstos unos con otros, así como en las alteraciones sufridas a través de los siglos por los vocablos ya formados, tiene un gran papel la *eufonía* (cuyo nombre, de origen griego, se compone de *eu,* bien, y *foné,* sonido), es decir el inconsciente anhelo de formar sonidos agradables, opuesto al vicio de la *cacofonía,* es decir, malsonancia (del griego *kakós,* malo, y *foné,* sonido).

6. **Modificación morfológica de las palabras: hechos generales.** — A las cuatro clases siguientes reduce Monlau los cambios de forma introducidos por la eufonía en las palabras: alteraciones por *conmutación, trasposición, adición* o *supresión* de letras o de sílabas.

Ejemplos de *conmutación*: *en,* se transforma en *em* en *embotellar;* la *o* del latín *fonte,* da *ue* en el castellano *fuente,* y la *c* de *acuto* da *g* en *agudo,* etc.

Ejemplos de *trasposición*: *perlado,* dió *prelado; dejalde,* dejadle; la *i* de *sentio* latino, pasó a otro lugar en *siento* castellano, etc.

Ejemplos de *adición*: *Scytha* latino, dió *Escita* castellano; y de *scribere,* salió *escribir;* lo mismo de *spleen,* inglés, hemos hecho *esplín;* de *feliz, infeliz,* suelen hacer los poetas *felice, infelice,* etc.

Ejemplos de *supresión*: *veer,* se ha transformado en *ver;* de *hijodalgo* salió *hidalgo; grande* a veces se trasforma en *gran, uno* en *un,* etc.

7. **Sufijos o desinencias castellanas, su valor.** — Exponemos a continuación la nómina de los principales sufijos del castellano:

Diminutivos: **Cecito, cecillo, cecico, cezuelo,** (*pie*cecito, etc.); **ecito, ecillo, ecico, ezuelo,** (*re-*

yecito, etc.); cito, cillo, cico, zuelo (*violín*cito, etc.); ito, illo, ico, uelo (*rapa*cito, etc.); ichuelo (*por*tichuelo); achuelo (*ria*chuelo); in (*calce*tín); ino (*lechugu*ino); ejo (*pera*lejo); ija (*lagar*tija); ato (*lo*bato); ezno (*lo*bezno).

AUMENTATIVOS: On (*mural*lón).

DESPECTIVOS: Aco (*libr*aco); uco (*beat*uco); acho (*vulg*acho); ato (*ceg*ato); astro (*poet*astro); orrio (*vill*orrio); orro (*vent*orro); ualla (*gent*ualla); uza (*gent*uza); ucho (*cald*ucho); ote (*peg*ote); anco (*potr*anco); arro (*dulz*arro); orro (*abej*orro).

LOCATIVOS O DE LUGAR: Edo (*rob*ledo); al (*are*nal); *ar* (*paj*ar); dero (*come*dero); or (*cenad*or); ía (*alcal*día); ario (*er*ario); aga (*ciéna*ga); torio (*escri*torio).

DE ACCIÓN: Miento (*advenimiento*); ura (*raspa*dura); azgo (*hall*azgo).

ABSTRACTOS: ía (*alegría*); anza (*tard*anza); encia (*prud*encia); eza (*aspereza*); ez (*pequeñez*); icia (*per*icia); ura (*dulz*ura); dad (*bon*dad); tud (*virtud*); or (*dol*or).

FRECUENTATIVOS: Itar (*dormitar*); ear (*hojear*).

DE AGENTE: Dor (*hace*dor); triz (*genera*triz).

DE GOLPE: Azo (*zarp*azo); ada (*pedr*ada); on (*manot*ón).

DE OFICIO: Ero (*picapedr*ero); ista (*tall*ista); dor (*cardad*or); izo (*caballer*izo).

DE INSTRUMENTO: Dor (*calzad*or); dera (*poda*dera).

COLECTIVOS: Ada (*man*ada); ío (*gentío*); al (*cañaver*al).

DE MODO: Bundo (*medita*bundo); cundo (*ira*cundo); liento (*soño*liento); iento (*gras*iento); aico (*pros*aico); iego (*mujer*iego); oso (*sabr*oso); ble (*ama*ble); til (*versá*til).

DE IMPUESTO O DERECHOS: Azgo (*port*azgo, *mayor*azgo).

DE CARGOS O ESTADOS: Azgo (*Almirant*azgo).
DE PROCEDENCIA: Es (*montañ*és); ense (*atenien*se); ano (*mejic*ano).
ABUNDANCIALES: Oso (*aren*oso).

8. **Formación de las palabras por composición.** — La **composición** es el procedimiento en virtud del cual dos o más vocablos, o vocablos y afijos aun provistos de significado propio (como por ejemplo, *contra, ante, ab,* y los pronombres enclíticos *se, le, lo,* etc.), se juntan para formar nuevas palabras.

La *composición* puede ser de tres clases: por *yuxtaposición, elíptica* y *por afijos.*

Por **yuxtaposición** o *composición aparente,* como también suele llamársela, se forman palabras compuestas mediante la unión simple de otras, cuyo significado a la larga concluye por fundirse en la unidad de un concepto único. Ejemplos: *Cumpleaños, bienvenida, portaguión, saltatumbas, matamoros, sieteenramas, andaniño, ganapierde, vaivén, quitaipón, correveidile, sordomudo, hidalgo, jocoserio, altibajo, orpimiente,* etc. Como puede verse, la yuxtaposición no excluye ligeros cambios eufónicos en alguno de los componentes.

Por **composición elíptica o propiamente dicha**, se forman compuestos en los cuales no hallamos, como en los anteriores, la simple suma de los componentes, sino más ideas que las expresadas por éstos. "Se forman, pues, mediante la elipsis de una relación". (M. PIDAL.) Ejemplos: *Boquirrasgado* (QUE TIENE *la boca rasgada*), *carricoche* (*carro* COMBINADO CON *coche*), *bocacalle* (*boca* DE LA *calle*), *ferrocarril* (*carril* DE *hierro*), etc.

Finalmente, en la **composición por afijos**, también denominada por partículas, se forman palabras compuestas mediante el agregado de afijos aun *dotados de independencia en el idioma* (como *sobre, ante, se, me,* en castellano), o que la tuvieron en su origen inmedia-

to (como el *per* de *perjurar*, que en latín era palabra suelta).

Debemos advertir que en castellano la derivación por afijos se limita a puros prefijos; (sobre*venir*, per*jurar*), salvo el único caso de los *pronombres enclíticos*: *cayó*se, *dió*sele, en que se efectúa mediante sufijos.

En el siguiente cuadro se resume cuanto hemos dicho acerca de la

FORMACIÓN DE LAS PALABRAS

Derivación	Impropia
	Propia
	Gramatical
	Ideológica
Composición	Yuxtaposición
	Composición elíptica
	Composición por afijos

9. Enumeración de los principales prefijos castellanos. — a] PREFIJOS CASTELLANOS SEPARABLES. **Ante**: Significa anterioridad en el tiempo: (ante*diluviano*); o que una cosa está delante de otra en el espacio ante*pecho*). En algunos compuestos este prefijo se transforma en anti (anti*faz*); pero en tales casos no debe confundirse con el prefijo inseparable griego *anti*, que encontraremos más adelante con el significado de *contra*, en palabras como *anticristo*, etc.

Con: Denota unión, cooperación o agregación (con*fluir*, con*venir*, con*socio*); se transforma en com ante *b* y *p* (com*beneficiado*, com*padre*); ante vocal se reduce a co (co*agente*).

Contra: Expresa oposición (contra*bando*, contra*veneno*, contra*poner*). Se transforma en contro en con*trovertir* y sus derivados.

De: Denota separación, privación (de*mérito*, de*mente*).

En: Expresa varias ideas difíciles de reducirse a clases (en*sartar*, en*caro*, en*simismarse*, en*carrilar*).

Entre: Limita o atenúa el significado de las palabras (entre*ver*, entre*cano*, entre*abierto*); otras veces denota intercalación (entre*acto*).

Para: Entra en compuestos como para*bién*, para*guantes*, denotando fin; no debe confundirse con el prefijo griego inseparable *pará*, de que hablaremos a su debido tiempo.

Por: Forma raros compuestos, en que tiene el mismo significado que como preposición (por*diosero*, por*diosear*).

Sin: Denota carencia o falta (sin*razón*, sin*sabor*, sin*número*).

So: Con el valor de *bajo, debajo*, forma algunos compuestos (so*color*, so*capa*, so*peña*).

Sobre: Aumenta la significación o añade la suya a la palabra que compone (sobre*agudo*, sobre*sueldo*).

Tras: *Expresa generalmente cambio de lugar* (tras*papelar*, tras*humante*, tras*ladar*).

b] Prefijos castellanos inseparables, de origen latino. Ab: Denota separación (ab*jurar*); intensidad de acción (ab*sorber*); exceso de acción (ab*usar*).

Abs: Expresa deducción o separación (abs*traer*, abs*tenerse*).

Ad: Tiene a veces valor de a (ad*junto*); puede expresar proximidad (ad*yacente*); o encarecimiento (ad*mirar*).

Bi, bis o biz: Dos (bi*fronte*); dos veces (bis*abuelo*, biz*nieto*).

Cis o citra: Del lado de acá (cis*platino*, citra*montano*).

Centi: cien (centi*mano*); centésima parte (centí*metro*).

Circun: Alrededor (circun*navegar*); antes de *p* se conmuta en circum (circum*polar*).

Deci: Décima parte (dec*ímetro*).

Des, di, dis: Expresan disconformidad en cualquier forma (des*confiar*, des*hacer*, des*heredar*, des*camino*, di*sentir*, dis*forme*, dis*favor*, dis*traer*); además des significa exceso (des*lenguado*), y di, procedencia (di*manar*) o extensión (di*fundir*).

Equi: Igualdad (equi*valer*).

Ex: Denota por lo común fuera o más allá de cierto espacio o límite de lugar o tiempo (ex*tender*, ex*traer*, ex*céntrico*, ex*temporáneo*); manifestación (ex*poner*); privación (ex*heredar*); encarecimiento (ex*clamar*). Suele conmutarse en es con análogos sentidos (es*coger*, es*tirar*, es*perezarse*), aunque a veces es queda reducida a simple partícula inerte (es*carmenar* = *carmenar*).

Extra: Fuera de (extra*muros*, extra*oficial*, extra*ordinario*).

In: (im delante de *b* o *p*, i delante de *l*, ir delante de *r*): Negación o inversión del significado del simple (in*capaz*, i*lícito*, ir*regular*); limitación del sentido del *simple* (im*poner*, in*culpar*).

Inter: Entre o en medio de (inter*nacional*, inter*poner*).

Mili: Milésima parte (mili*metro*).

O: *contrariedad* (o*poner*).

Ob: En virtud de (ob*tener*).

Per: Encarecidamente (per*durable*, per*ínclito*); en per*jurar*, denota infracción.

Pos: Detrás o después de (pos*poner*, pos*data* o post*data*).

Pre: Prioridad (pre*fijar*, pre*decir*); encarecimiento (pre*claro*).

Preter: Fuera de (preter*natural*).

Pro: en lugar de (pro*nombre*, pro*cónsul*); iniciativa (pro*poner*, pro*clamar*, pro*mover*, pro*pasar*); contrariedad (pro*scribir*).

Re: Repetición (re*caer*, re*elegir*); aumento (re*cargar*); oposición (re*pugnar*, re*huir*); inversión o ne-

gación (re*fluir*, re*probar*); encarecimiento (re*pudrirse*, re*alegrarse*). A veces toma una *d* eufónica (red*argüir*).

Res: Atenuación (res*quebrar*, res*quemar*); o al contrario, encarecimiento, (res*guardar*).

Retro: Hacia atrás en el tiempo y el espacio (retro*traer*, retro*vencer*, retro*ceder*).

Satis: Bastante (satis*fecho*).

Semi: Medio o casi (semi*círculo*, semi*diós*).

Sub (con las variantes so, son, sor, sos, su y sus): Debajo, en sentido recto o figurado (sub*cutáneo*, sub*director*, sub*arrendar*, so*asar*, son*reir*, sor*prender*, sos*tener*, su*poner*, sus*pender*).

Super: denota preeminencia (super*intendente*); grado sumo (super*fino*); exceso (super*abundancia*, super*numerario*).

Trans: A la parte opuesta (trans*marino*, trans*pirenaico*); a través de (trans*parente*); cambio (trans*formar*). Casi siempre puede usarse tras en vez de trans; ante *s* se transforma en tran (tran*substancial*) y en raros vocablos queda reducido a tra (tra*montano*, tra*montar*).

Tri: Tres (tri*ángulo*).

Ultra: Al otro lado, más allá de (ultra*mar*, ultra*violeta*, ultra*puertos*).

Uni: Uno solo (uni*lateral*, uni*formar*).

Vice (a veces vi o viz): Sustitución o inferioridad (vice*diós*, vice*director*, vi*rrey*, viz*conde*).

c] Prefijos castellanos inseparables de origen griego. A: Denota privación (a*céfalo*, sin cabeza, a*nónimo*, sin nombre); antes de vocal se transforma en an (an*epigráfico*, que no tiene inscripción o epígrafe).

Ana: Contra (ana*crónico*, contrario a la cronología); sobre (ana*tema*, del gr. *ana* sobre, y *títhemi* poner); de nuevo (ana*baptista*).

Anfi: Alrededor (anfi*teatro*); de ambos lados (an-

líbraco, pie métrico compuesto de una sílaba larga entre dos breves).

Anti: Oposición (**anti***cristo*, **anti***pútrido*).

Apo: Cambio (**apo***neurosis*); separación (**apo***geo*, de *apó* separación, y *gé* tierra); desde (**apó***grafo*, copia de un escrito original; **apo***tema*, perpendicular trazada desde el centro de un polígono a uno de sus lados); por medio de (**apo***logía*, del gr. *apó* por medio, *lógos* discurso); a causa de (**apo***plejía*, del gr. *apó* a causa de, y *plétho* estar lleno).

Archi: (a veces **arc**, **arce**, **arci** o **arz**); Preeminencia o superioridad (**archi***duque*, **arc***ángel*, **arce***diano*, **arci***preste*, **arz***obispo*).

Crono: Tiempo (**cron***ómetro*).

Cata: Hacia abajo (**cata***plasma*); debajo (**cata***cumbas*, del gr. *catá* debajo, y *cúmbe* excavación); sobre (**cat***álogo*, del gr. *catá* sobre, y *lógos* inscripción); contra (**cata***cresis*, del gr. *catá* contra, y *chrésis* uso).

Deca: Diez (**dec***ámetro*).

Dia: A través de (**di***áfano*, **di***ámetro*); separación (**dia***crítico*).

Di: Dos (**di***sílabo*).

En: Dentro de (**en***céfalo*).

Epi: Sobre (**epi***gastrio*, del gr. *epí* sobre, y *gastér* estómago).

Hiper: Sobre (**hiper***crisis*); más allá (**hipér***baton*, del gr. *hiper* más allá, y *báino* voy).

Hipo: Debajo (**hipo***geo*, del gr. *hipo* debajo, y *gé* tierra).

Hecto: Cien (**hect***ómetro*).

Kili o **kilo**: Mil (**kili***área*, **kil***ómetro*).

Miria: Diez mil (**miri***ámetro*).

Meta: Después (**meta***física*, del gr. *metá* más allá, y *fusicá* cosas naturales); de otro modo (**met***átesis*, del gr. *metá* en otro lugar, y *thésis* colocación).

Mono: Uno solo (**mono***manía*).

Omni: Todo (**omni***potente*).

Para: A un lado, apariencia, (para*cronismo*, del gr. *pará* y *chrónos* tiempo, posposición de los sucesos al tiempo en que acaecieron; pará*frasis*, para*lela*).

Pan: Todo (pan*teísmo*, pan*americano*).

Panto: Todo (panto*métro*, panto*mimo*).

Pen: Casi (pen*ínsula*, pen*último*).

Perí: Alrededor (peri*cráneo*, perí*metro*).

Poli: Varios o muchos (poli*sílabo*, poli*edro*).

Proto: Preeminencia (proto*médico*, proto*notario*).

Sin: Con (sin*taxis*, con orden).

10. Familias de palabras. — Tomando como punto de partida una raíz cualquiera, todos los vocablos, tanto los primitivos como los derivados gramatical o ideológicamente, y los compuestos por cualquier procedimiento y de cualquier grado que fueren, se dice que forman una *familia*.

Siendo así, partiendo verbigracia de la raíz *cant*, tendremos que el primitivo *cantar*, los derivados gramaticales *canto*, *cantabas*, *cantará*, *cantarías*, etc., los ideológicos *canción*, *cantable*, *cantada*, *cantaleta*, *cantarín* etc., los compuestos *incantable*, *recantación*, *cantomanía*, etc., etc., forman la familia de palabras agrupada alrededor de la raíz *cant*. Y lo mismo dígase de todas las restantes.

Merced al inagotable recurso de la derivación y la composición, pueden en cualquier momento las familias de palabras enriquecerse de acuerdo con las exigencias de la expresión y el genio de los idiomas respectivos, pues están lejos de ser ciclos cerrados, donde resulte imposible introducir nuevos términos; y así es como, a la par que los medios elocutivos responden en todo momento a lo que de ellos se exige, son por lo mismo el reflejo de la cultura y las modalidades de cada época.

FIN DE LAS NOCIONES DE LINGUÍSTICA Y ETIMOLOGÍA.

TEXTO DE LECTURA

(TENGANSE EN CUENTA LAS ADVERTENCIAS CONSIGNADAS AL DORSO)

ADVERTENCIAS

1. Como lo hemos expresado en el Prólogo, a dos fines esenciales tiende la inclusión del presente *Texto de Lectura*: uno, relacionado con la lectura en sí y sus aplicaciones gramaticales; otro con la adquisición de conocimientos paulatinos y ordenados de historia literaria en lengua española.

2. Acerca del primero de dichos enunciados, haremos notar que los ejercicios de lectura deberán tener en vista por lo menos las siguientes finalidades: a) adquisición y desarrollo de la aptitud de leer correctamente; b) promover en los alumnos la capacidad de resumir lo leído, oralmente o por escrito; c) explicación meticulosa y exacta de todos los términos difíciles; y, por fin, d) utilización de cuantas oportunidades se ofrecezcan en los trozos leídos, para ilustrar o deducir los preceptos gramaticales de mayor interés y aplicación.

3. Sobre el segundo punto, haremos notar: a) que las obras y trozos reunidos en los tres volúmenes de los presentes ELEMENTOS, deben considerarse como un todo rigurosamente ordenado y sistemático, que va integrándose poco a poco a medida que se avanza en la lectura, desde los umbrales de nuestra época hasta los comienzos del siglo XVI. A ese fin, en cada tomo se repite todo el recorrido, enriqueciéndose las nociones de uno a otro, ya sea en relación a las obras o a los autores y géneros de cada período; b) que la biografíía de cada escritor sólo se incluye al mencionarlo por primera vez en uno de los volúmenes, de modo que cuando se le vuelve a encontrar más adelante, su biografía se da por conocida; c) que, sin extremar la nota, convendrá que los alumnos se enteren de dichas biografías, como asimismo volver sobre lo esencial de ellas, cuando la oportunidad se presente; d) que para aclarar la visión de conjunto, es útil el empleo frecuente del Indice metódico, agregado al final de cada tomo.

SIGLOS XIX y XX

El Siglo XIX se inicia — tanto en la literatura peninsular como en la de hispanoamérica — siguiendo las normas y modelos académicos y retóricos del anterior, con la incorporación de elementos ideológicos surgidos de la Revolución Francesa.

En el segundo tercio de dicha centuria — y como un reflejo de lo que antes había pasado en Alemania, Inglaterra, y muy especialmente en Francia — se entroniza en las letras españolas también la escuela literaria conocida con el nombre de Romanticismo. Fué el Romanticismo un movimiento de protesta contra las reglas arbitrarias del Seudoclasicismo o falso Clasicismo, imperante en el siglo XVIII, y su característica más saliente fué sustituir el sentimiento y la pasión a la razón equilibrada y lógica de los Seudoclásicos, todo ello con una marcada predilección por el pesimismo, la tristeza y el desaliento, sinceros o más o menos fingidamente expresados.

Después del Romanticismo viene un período de relativa confusión, en que unos intentan volver al Clasicismo, otros perseveran en el cultivo de las formas románticas, y otros, en fin, inician nuevos derroteros: entre éstos el más importante fué el Naturalismo.

En último término, y a contar de las postreras décadas del siglo, se apoderan del terreno una serie de

doctrinas y prácticas literarias y estéticas cuyo rasgo común fué la busca de lo nuevo e imprevisto, y que suelen rotularse en conjunto con el nombre de Modernismo. Dicho movimiento está lejos de haber tocado a su término, y de sus consecuencias cabe afirmar sin duda alguna que fueron ventajosas para los intereses del arte en general, y en particular de la Literatura.

1.- ARTÍCULOS DE COSTUMBRES AUTOBIOGRAFÍAS Y RECUERDOS TIPOS

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

UN DESPREOCUPADO

(De "Tipos Trashumantes")

Se da un aire a todos los hombres que conocemos o recordamos, de escasa talla, comunicativos, afables sin afectación ni aparato, limpios y aseados, que siempre parecen jóvenes y llegan a morirse de viejos sin que nadie lo crea, porque hasta el último instante se les ha llamado *muchachos* y por tales se les ha tenido; hombres, por el exterior, insignificantes y vulgares hasta en el menor de sus detalles; hombres, en fin, de todos los pueblos, de todos los días y de todas partes.

Se llama Galindo, o Manzanos, o Cañales, o Arenal... o algo parecido a esto, pero a secas; y a nadie se le ocurre que tenga otro nombre de pila, ni él mismo le usa jamás.

—¡Ya vino Galindo! — se nos dice aquí un día al principiar el verano. — Y cuantos lo oyen saben de quién se trata, como si se dijera:

—Ya llegaron las golondrinas.

Tiene fama, bien adquirida, de fino y caballero en sus amistades y contratos, y no se ignora que vive de sus rentas, o, a lo menos, sin pedir prestado a nadie, ni dar un chasco a la patrona al fin de cada temporada; y esto es bastante para que hasta los más encopetados de acá se crean muy favorecidos en cultivar su trato ameno.

Al oirle hablar de las cinco partes del mundo, con el aplomo de quien las conoce a palmos, tómanle algunos por un aristocrático Esaú que ha vendido su primogenitura por un par de talegas "para correrla"; quién por un aventurero osado, sin cuna ni solar conocidos; quién por antiguo miembro del cuerpo consular, o diplomático de segunda fila... Pero lo indudable es que ha viajado mucho, y con fruto; y que no teniendo en su frontispicio pelo ni señal que no sean comunes y vulgares, no hay terreno en que se le coloque del cual no salga airoso, cuando no sale en triunfo.

Tampoco, mirado por dentro, posee cualidad alguna que brillante sea.

No es elocuente, no es poeta, no es artista: no es perfecto ni acabado en nada.

Pero, en cambio, tiene un poco de todo... y algo más: es, por de pronto, un estuche, de *cosas*. En manejarlas a tiempo consiste su habilidad.

Con ella y con su impenetrable *cara de vaqueta*, en su boca no se distingue la verdad de la mentira, y eso que las echa gordas; y en cuanto a sus *cosas*, ni es avaro ni despilfarrador de ellas; quiero decir, que ni es entremetido ni se hace rogar mucho. Como los buenos músicos, entra en el concierto en que hace falta, cuando le corresponde: ni antes ni después.

Cuando, por primera vez y solo, se presenta en una tertulia, nadie frunce el ceño ni le pregunta con gestos o palabras: "¿Qué busca usted por aquí?" Antes bien, se le recibe con palio y se le dice, entre sonrisas y agasajos:

—¡Oh... Galindo...! ¡Acabará usted de llegar!

Ni más ni menos que si se esperara y fuera antiguo contertulio de la casa. Y desde el mismo instante, Galindo es el alma de aquellas reuniones.

Una noche falta quien toque el piano para bailar. Galindo no conoce una nota de música, pero sabe de oído unas cuantas piezas de baile, y se sienta en el banquillo, y araña el teclado, y toca lo que se necesita.

No tiene voz ni condición alguna de cantante y cuando llega el caso, acompañándose él mismo al piano, suelta un par de canciones picarescas, de acá o de allá, que alborotan la reunión. — Si se trata de hacer coplas, nadie le gana a hacerlas pronto y al caso, aunque le ganen todos a poeta.

Que no se baila, ni se canta, ni se hacen coplas, y la gente se agrupa en los gabinetes, medio aburrida, medio soñolienta. — Allí está Galindo para reanimar los decaídos espíritus. Para entonces son las anécdotas frescas, o los recuerdos de Calcuta o de Constantinopla. Y tras esto y un sinnúmero de mentiras verosímiles sobre las mujeres del Cáucaso o los hombres de Ceilán, llegará a hablarse, por ejemplo, de objetos raros, y habrá allí quien crea decir mucho diciendo que ha visto camisas de hoja de llantén, catalejos de trapo, o chocolate sin cacao... y tantas cosas más como se anuncian todos los días, en éstos de extravagancias que corremos.

No dejará Galindo de admirar las citadas rarezas, con toda la expresión que cabe en su estilo lento y suave, y en su cara impasible; pero hombre que ha corrido y visto tanto, no puede estar sin algo que citar a propósito de rarezas, y no lo está, en efecto; y saca un grueso anillo de uno de sus dedos, y se lo presenta a la reunión, diciendo:

—¿A que no saben ustedes qué piedra es ésta?

Y la gente se abalanza al anillo, y le da mil vueltas, y recorre la lista conocida de piedras buenas y malas,

sin que falte la de Colmenar Viejo, a la cual se parece en el color la del anillo; pero nadie acierta. En vista de lo cual dice Galindo:

—Eso que ustedes creen piedra, no lo es.

Nuevas ansiedades, nuevo examen y nuevas conjeturas.

—Pues, ¿qué es, si no? — se le pregunta al cabo.

—Eso es — responde Galindo, lenta y dulcemente — hígado de cocodrilo, endurecido al sol en Pekín. Se lo compré al joyero que lo hace para la corte imperial; o mejor dicho, me lo cambió por una zamarra fina que llevaba yo de España.

Para calmar el asombro que esta respuesta produce, muestra una bolsa de *tripa de un indio*, medio devorado por un tigre en una cacería a que asistió él, y se refiere a una corbata que tiene en casa, hecha de piel de culebra, por un indígena del Canadá.

Cuando se agota este catálogo, tiene Galindo a su disposición otro más abundante todavía. Por el procedimiento de las pajaritas de papel, hace, entre mil primores, catedrales y navíos de tres puentes; y de un tijerazo solo, sobre el mismo papel convenientemente plegado, saca una procesión de Jueves Santo, con sus pasos, curas, monaguillos, autoridades, músicas y piquete. De sombras en la pared, no digo nada; ni tampoco de problemas de dibujo a lápiz, a punta de cigarro y hasta a moco de candil: así *pinta* el día y la noche, el sol y la lluvia, de dos o tres rasgos, y gatos y perros... y demonios colorados.

En la calle, no hay forastero a quien él no conozca de vista y de trato. Sabe las rentas o las trampas de cada uno, y lo que antes tuvieron y lo que esperan, o lo que temen, y la vida que hacen en Madrid.

Hablando de parecidas cosas conmigo, en una ocasión, iba delante de nosotros el aludido, sin haberle visto yo.

—En suma — me dijo· — el duque de los Frijoles es un perdido.

Y en esto volvió la cara el tal; y cuando yo creí que iba a romper el bautismo al maldiciente, rióse hacia él, le tendió la mano y le dijo afectuosísimo:

—¡Ah, tuno!, ¿conque venía usted detrás?

—¿En qué lo ha conocido usted? — le preguntó Galindo muy sereno.

—En la voz. Y apuesto a que estaba usted despellejando a alguien.

—Precisamente.

—Amigo de usted, por supuesto.

—Cabal.. Como que hablaba de usted.

—¡Ah, mala lengua!

Dijo, y dándole al propio tiempo un golpecito en el hombre, como si aun tuviera que agradecerle mucho, alejóse el señor duque y se quedó Galindo tan fresco.

No desconoce uno solo de los secretos *íntimos* de la política. El os dirá, con pruebas, cuando menos verosímiles, por qué se sustituyó tal ministro, con cual otra; a qué móvil obedeció la evolución de aquel periódico, o la cesantía de cierto personaje, o el encumbramiento de esotra vulgaridad, o por qué no puede salir de apuros el Tesoro... Y sus *causas* jamás son las causas que conoce o que sospecha el vulgo: siempre son particularísimas, personales y microscópicas, con relación a sus efectos.

De cómicos toreros, no se diga: a todos los trata y los tutea, y habla con ellos de la escena o del *redondel* con el aplomo y la autoridad de Romea o de Costillares.

En lo físico, es sano y duro como un diamante: jamás se constipa ni se queja del estómago, y eso que no se abriga más que lo de costumbre, y come tanto como habla, si la ocasión se le presenta.

Y digo esto de la ocasión, porque aun cuando ordinariamente es sobrio y metódico, come cuanto le pongan por delante, aunque haya comido ya, si a comer

se le convida, o si se acepta el convite que él proponga, pues hace a todo.

En agosto hace una escapadita a ver las corridas de Bilbao, y en septiembre arregla su marcha definitiva en combinación, con las ferias de Valladolid y la apertura de los teatros de la corte, donde, por lo visto, se pasa gran parte del invierno, no sé cómo ni con quién.

Qué familia y qué patria son las suyas, se ignora siempre; y se ignora, porque jamás, se le ha preguntado por ellas; y no se le ha preguntado, porque se prefiere ignorarlo; y se prefiere esto, porque desde el instante en que estos hombres tienen patria y familia, y nombre como otro cualquier nieto de Adán, ya no son Galindos, ni Manzanos, ni Arenales a secas, y pierden su peculiar carácter de universalidad, en lo que estriba la mayor parte de su mérito.

MIGUEL DE UNAMUNO

MI TERCER AÑO DE BACHILLERATO

(De "Recuerdos de Niñez y de Mocedad")

En mi marcha ascendente por el bachillerato con el ardor de mi inteligencia crecía la debilidad de mi cuerpo. Ordenáronme, por prescripción facultativa, dar largos paseos y los daba a diario. Y recuerdo que pocos goces he sentido más íntimos que el experimentado la primera vez que saliendo por Urazurrutia, orilla izquierda del Nervión, di vuelta por el Puente Nuevo, en Bolueta, para volver por la derecha. ¡Había ido por una orilla y vuelto por la otra! ¡Había pasado el Puente Nuevo! Los que a diario hacen novillos no pueden comprender el intenso placer que me produjo este paseo.

Pocos goces más serenos y más hondos que el goce

que por entonces me procuraba un paseo. Mientras el pecho se hincha de aire fresco y libre, adquiere el espíritu liberal, se desata de aquellos pensamientos y cuidados que como ánforas le retienen y goza en una pasividad calmosa, en un aplanamiento lleno de vida, el desfilar de las sensaciones fugitivas. Se derrama por el campo, se refresca al contacto de la frescura de los follajes, se restrega en verdura. El pensamiento libre yerra de una cosa en otra, se fija en lo que pasa y pasa con ello, se identifica con lo fugitivo y sueña lo que ve. ¡Qué triste tener que pasar de aquellos paseos al aula obscura!

Por vacaciones de verano me iba con mi familia a una casa de campo que mi abuela tenía en Deusto, cerca de Bilbao. El día de la marcha era un día de júbilo íntimo. Cambiábamos una casa por otra casa conocida, las sillas de la casa de Bilbao por las robustas y anchas sillas de la casa de Deusto; allí estaba aquel cuadro de Ecce Homo lleno de sangre, allí aquel fresco sofá de rejilla, y allí, sobre todo, la huerta con sus parras y sus naranjos.

En Deusto permanecíamos hasta ya entrado el curso, hasta pasar el veranillo de San Martín. Y los domingos venía a comer algún amigo de Bilbao, y era fiesta.

¡Qué huella han dejado en mí aquellas temporadas de campo, allí, en la aldea, donde los chicos de la escuela se burlaban de nuestras largas blusas! Recuerdo el recorrer encorvados, por debajo de las bajas parras de uva negra, llenándonos la cara de telarañas, largos trechos jugando al escondite; y el aprender a nadar entre maíces, y el subirnos al membrillo, y sobre todo el ver, desde el corredor de casa, caer la lluvia dulcemente sobre el campo, sin poder salir. En el campo llueve de otra manera que en la ciudad con más pureza, con más dulzura, con más libertad.

¡Dulces veraneos en aquella casita de Deusto, que me abrieron el alma al sentimiento del campo! Y no

olvidaré el profundo efecto que me causó la lectura allí, por las noches, de la candorosa novela de Trueba *Mari Santa*, al ver que en un libro se hablaba de lugares que podía yo ver desde el corredor de aquella casita, se hablaba de aquel caserío Echezuri que estaba allí, a un paso. Entonces empecé a sentir lo que es vivir en un lugar consagrado por el arte, aunque el arte fuera tan candoroso como el de esa novela.

¡Qué días los de aquella huerta! Estaba surcada por canalillos adonde llegaba el agua de la ría en las más altas mareas, y en tales ocasiones hacía navegar por los canalillos en improvisados barquichuelos a pajaritas de papel, las cuales llevaban a cabo en la huerta, a imitación de los héroes de Julio Verne, arriesgadas expediciones, pasándose la noche en chocillas construídas con barro arcilloso. ¡Y más de una mañana, tras de una noche de torrencial aguacero, aparecían las pobres pajarillas expedicionarias muertas en barro!

¿Y las idas a Bilbao, a lo largo de la ría, para asistir a clases? ¡Cómo se me grabó el Nervión, aprisionado entre pretiles, reflejando en el espejo de tinte metálico de sus tranquilas aguas de marea el cordaje de los buques cuyas velas han vibrado a todos vientos! Esa ría de mi Bilbao, hijo de ella, esa ría maravillosa, a la que entre sus brazos amparan las montañas, ha llegado a hacerse consustancial con mi espíritu.

Hace pocos años pasé una tarde por primera vez desde hacía algunos por el lugar en que estuvo aquella casita y al ver en su sitio un enorme y pesado caserón presuntuoso y convertida la casera huerta de frutales y parrales, tan íntima y tan modesta, en un parque a la inglesa, se me subieron las lágrimas a los ojos. Mi casita ya no existe.

Traigo aquí estos recuerdos campesinos porque van unidos muy especialmente a los de mi tercer año de bachillerato, el de retórica.

En este tercer año empezábamos ya a despreciar a los pipiolos de primero que tenían que pasar por el

formidable latín, que ya nosotros habíamos dejado atrás. Les mirábamos con cierta compasiva superioridad cómo venían tan orondos y satisfechos, metiendo más bulla que los demás, algunos en pantalón corto y cuello a la marinera, lo que nos hacía indignarnos de que se les metiera tan mocosos en el instituto. "Algún día les traerán el destete" decíamos. Y tanto como despreciábamos a los primerizos, envidiábamos a los de último año, que entraban tocando al oso que estaba a la entrada del aula del esqueleto.

La retórica me era agradable sobre todo a causa de los ejemplos de la poética, que es como se llama al arte de construir versos. Recuerdo cómo la estudié, sus primeras lecciones al menos, en la casita de campo de Deusto, en la huerta, subido en un peral. Entre sus ramas armé un tinglado con unas tablas, subíame en él y una vez allí, entre las hojas que empezaban a caer — era en los apacibles atardeceres de las postrimerías de Octubre — me ponía a repetir una frase hasta aprendérmela de memoria. Y aburrido pronto de la lección corría hojas y me iba a buscar en los ejemplos aquellos versos de Zorrilla que dicen:

Mi voz fuera más dulce
que el ruido de las hojas
mecidas por las auras
del oloroso Abril...

¡Cómo sonó en mis oídos por primera vez la solemne música del trovador errante! ¡Cómo aquellos fragmentos de cantos, que en la melodía de sus estrofas enzarzaban y retenían la vaguedad vulgar de sus imágenes, hicieron agitarse a las hojas de mi alma mientras se agitaban las hojas del peral, desprendiéndose de él, y volando allá, a perderse en el sembrado de borona, bajo el azul del cielo!

Y paseándome en la huerta, a la caída de las horas y las hojas, declamaba los versos yéndoseme los oídos tras de ellos.

Más grata que del cisne
las últimas congojas,
y más que los gorjeos
del ruiseñor gentil...

Y callaba para oír piar a algún *chimbo* silbante, al que hacían enmudecer los versos de Zorrilla declamados por mí.

Más grave y majestuosa
que el eco del torrente
que cruza del desierto
la inmensa soledad...

Estas palabras me levantaban el alma, imaginándome la inmensa soledad del desierto en aquella risueña y doméstica huerta, de parra, maíces, frutales y pájaros. Y concluía diciendo:

Más grave y más solemne
que sobre el mar hirviente
el ruido con que rueda
la ronca tempestad.

¡Qué deleite el de estas erres! Y cuando de noche, en el silencio campesino, se oía desde el corredor de casa un lejano zumbido que decían era el del mar, recordaba

el ruido con que rueda
la ronca tempestad.

¡Qué hechizo el que me producían los versos por sí mismos, por su halago al oído! Recuerdo el singular deleite que hallaba en estos otros versos, también de Zorrilla, que desde entonces me sé de memoria y son los que dicen:

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego que a Flandes partió.

Versos que es difícil encontrar otros que contengan menos poesía, pues no tienen ninguna. Verdad es que Zorrilla realiza un problema y es el de dar la menor poesía que puede darse con la mayor armonía rítmica.

Fuera de los ejemplos ¿qué era la retórica? Colección de palabrotas feas, como metonimia, sinécdoque, concatenación... para cada triquiñuela su mote. Que si se añade una palabra por el principio, o por el medio o por el fin, que si se repite una misma al principio de dos versos o al fin de uno y al principio del siguiente, etc.

La clase de matemáticas la teníamos con el excelente don Ignacio, a quien todos conocíamos por el apodo de Catauchu, corrupción, parece, de Catuchúa, en vascuence: el gatito.

El álgebra me gustó siempre más que la aritmética. Me enredé siempre en la tabla de multiplicar y jamás logré adquirir ojo para hacer con presteza las divisiones. El planteamiento de un problema me era grato, pero su resolución me fatigaba, y aún sigue ocurriéndome así.

¡Qué gozo el de desarrollar largos binomios y trinomios! Cuando el encerado estaba atiborrado de signos, de ecuaciones, el corazón se me alegraba, ponía en ello los cinco sentidos y experimentaba el placer que debe experimentar un general al desarrollar un numeroso ejército en vistosa parada a los ojos del pueblo y del soberano que lo contempla. Sacaba factores comunes o los escamoteaba, reducía ecuaciones, quitaba y ponía, completamente embebecido. Y al llegar al resultado final, después de haber trazado los últimos tér-

minos al extremo inferior del tablero, en letra apretada y diminuta, con una rodilla en el suelo, entre neblina de polvillo de yeso, levantaba la cabeza radiante y contento al ver que había obtenido el resultado mismo que daba el texto. ¡Había salido! ¡qué pena tener que borrarlo!

AZORÍN

MI TÍO ANTONIO

(De "Las Confesiones de un Pequeño Filósofo")

Mi tío Antonio era un humbre escéptico y afable; llevaba una larga y fina cadena de oro que le pasaba y repasaba por el cuello; se ponía: unas veces, una gorra antigua con dos cintitas detrás, y otras, un sombrero hongo, bajo de copa y espaciado de alas. Y cuando por las mañanas salía a la compra — sin faltar una, — llevaba un carrick viejo y la pequeña cesta metida debajo de las vueltas.

Era un hombre dulce: cuando se sentaba en *la sala*, se balanceaba en la mecedora suavemente, tarareando por lo bajo, al par que en el piano tocaban la sinfonía de una vieja ópera... Tenía la cabeza redonda y abultada, con un mostacho romo que le ocultaba la comisura de los labios, con una abundosa papada que caía sobre el cuello bajo y cerrado de la camisa. Yo no sé si mi tío Antonio había pisado alguna vez las Universidades; tengo vagos barruntos de que fracasaron unos estudios comenzados. Pero tenía — lo que vale más que todos los títulos — una perspicacia natural, un talento práctico y, sobre todo, una bondad inquebrantable que ha dejado en mis recuerdos una suave estela de ternura.

Él era feliz en su modesta posición: no tenía mucha hacienda; poseía unos viñalicos y unas tierras paniegas. Y estos viñalicos, que amaba con un intenso

amor, él se esforzaba todas las tardes en limpiarlos de pedrezuelas, agachado penosamente, sufriendo con su gordura.

Digo todas las tardes, y he de confesar que no es del todo exacto, porque muchas veces no iba a sus viñas. Y era porque él tenía una gran afición a echar una mano de tute en el casino, o bien de dominó, o bien de otra cosa — todas lícitas; — y así pasaba agradablemente las horas desde después de la comida hasta bien cerrada la noche.

Yo creo que mi tío Antonio había estado en Madrid; no sé cuándo, no sé con qué motivos, no sé cuánto tiempo. Él, cuando estábamos en *la sala*, y me tenía sobre sus rodillas, siendo yo muy niño, me contaba cosas estupendas que había visto en la corte. Yo soñaba con mi fantasía de muchacho. En una rinconera había un loro disecado, inmóvil sobre su alcándara; en las paredes se veían cuadros con perritos bordados en cañamazo; sobre la mesa había cajas pequeñas cubiertas de caracoles. Y cuando mi tío callaba para oír el piano que tocaba la sinfonía de *El Barbero de Sevilla*, yo veía a lo lejos la maravillosa ciudad, es decir, Madrid, con teatros, con jardines, con muchos coches que corrían haciendo un ruido enorme.

LAS TENERÍAS

(*De "Las Confesiones de un Pequeño Filósofo"*)

Cerca del colegio, a un lado, estaba situada una tenería... ¿No os inspiran un secreto interés estas viejas tenerías españolas, estas tenerías de Ocaña, estas tenerías de Valencia, estas tenerías de Salamanca que están al lado del río, no lejos de la casilla ruinosa en que vive la Celestina? Yo siempre he mirado con una viva emoción estos oficios de los pueblos: los curtidores, los fundidores, los correcheros, los fragüeros, los aperadores, los tejedores que en los viejos telares ar-

can la lana y hacen andar las prenderas. Y recuerdo que cabe estas tenerías, que yo veía siempre curioso y ávido, había una callejuela que se llamaba de *las Fábricas*. ¿Qué fábricas eran éstas? Eran esas pequeñas fábricas que hay en los pueblos vetustos y opacos: tal vez una almona; luego, al lado, una almazara; después, más lejos, acaso uno de esos viejos alambiques de cobre que van destilando lentamente, asentados en grandes alnafes negruzcos...

La calle era corta, de casas bajas, sin revocar; no vivía nadie en ellas; durante el invierno, los cofines del piñuelo puestos al sol en las puertas, indicaban que estaban trabajando las almazaras; de cuando en cuando se asomaba un hombre con el traje grasiento, y los arroyuelos de alpechín corrían serpenteando por medio de la calle.

En tanto, en la tenería se oía de rato en rato el bullicio de los zurradores; el viento arremolinaba ante la puerta los montoncillos de cerdas y lanas; y sobre los tejados pardos y bajos, a lo lejos, se escapaba de una pequeña chimenea el humo tenue de las almonas o del sosegado alambique.

MIS AFICIONES BIBLIOGRÁFICAS

(De "Las Confesiones de un Pequeño Filósofo")

Hace un momento ha salido el maestro; no hay nada comparable en la vida a estos breves y deliciosos respiros que los muchachos tenemos cuando se aleja de nosotros, momentáneamente, este hombre horrible que nos tiene quietos y silenciosos en los bancos. A las posturas violentas de sumisión, a los gestos modosos, suceden repentinamente los movimientos libres, los saltos locos, las caras expansivas. A la inacción letal, sucede la vida plena e inconsciente. Y esta vida, aquí entre nosotros, en esta clase soleada, en este minuto en que está ausente el

maestro, consiste en subirnos a los bancos, en golpear los pupitres, en correr desaforadamente de una parte a otra.

Sin embargo, yo no corro, ni grito, ni golpeo; yo tengo una preocupación terrible. Esta preocupación consiste en ver lo que dice un pequeño libro que guardo en el bolsillo. No puedo ya hacer memoria de quién me lo dió, ni cuándo comencé a leerlo, pero sí afirmo que este libro me interesaba profundamente, porque trataba de brujas, de encantamientos, de misteriosas artes mágicas. ¿Tenía la cubierta amarilla? Sí, sí, la tenía; este detalle no se ha desaferrado de mi cerebro.

Y es el caso que yo comienzo a leer este pequeño libro en medio de la formidable batahola de los muchachos enardecidos; nunca he experimentado una delicia tan grande, tan honda, tan intensa, como esta lectura... Y de pronto, en este embebecimiento mío, siento que una mano cae sobre el libro brutalmente; entonces levanto la vista y veo que el bullicio ha cesado y que el maestro me ha arrebatado mi tesoro.

No os diré mi angustia y mi tristeza, ni trataré de encarecerros la honda huella que dejan en los espíritus infantiles, para toda la vida, estas transiciones súbitas y brutales del placer al dolor. Desde la fecha de este caso he andado mucho por el mundo, he leído infinitos libros; pero nunca, nunca se va de mi cerebro el ansia de esta lectura deliciosa y el amargor cruel de esta interrupción bárbara.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

LA POLÉMICA LITERARIA

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observación de los diversos caracteres que andan por la socie-

dad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerlo bueno? Y si le hace bueno, *será traducido,* gritan a una voz sus amigos. Si huyó de ofender a nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si lograra sacar a los labios de su lector tal cual picante sonrisa, "es un payaso", exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignación contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, "es un hombre feroz, a nadie perdona. ¡Jesús, qué entrañas! ¡Habrá pícaro, que no quiere que escribamos disparates!" ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de éste y de aquél, formando su bello ideal de las cualidades de todos? "¡Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto a don Fulano!" ¿Pintó un avaro como hay ciento? "Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí a la vuelta."

—Y no se desgañite para decirle al público:—"Señores, que no hago retratos personales, que no critico a uno, que critico a todos. Que no conozco siquiera a ese don Cosme".—¡Tiempo perdido! Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer.—Nada. —Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta. —¡Ni por esas!—Púsole peluca, dicen, para desorientar; pero es él.—Que no se parece a don Cosme en nada.—No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos a don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero a decir: "ese soy yo". Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran a echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que a ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesamos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros peca-

dos, si no creemos que antes de llegar al último renglón han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos.

Como cosa de las doce serían cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase a todos los que le leyesen, y encomendábame a toda prisa, con más fe y esperanza, a Santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas a medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés, de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las más, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el Diablo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe... Pero estoy para mí que no debía hacer más caso de mis oraciones la santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venía musa, ni yo acertaba a escribir un mal disparate que pudiese dar contento a necios o a discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalbete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, cómo tenía que consultarme y pedirme consejo en materias graves.

Invitéle a que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como no quería abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa a modo de florero.

—¿Y qué es el caso? — le pregunté —; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

—¿Qué ha de ser, señor Fígaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le había leído impreso, cuando, zás, ya me han contestado?

—¡Oh! Son muy bien criados los periodistas — le dije — no saben lo que es dejar a un hombre sin contestación.

—Sí, señor; pero de buenas a primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo también quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

—Cierto: no piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de usted.

—Ya se ve: y como usted entiende de achaques de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémicas literarias, vengo a que me endilgue usted, sobre poco más o menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestión se dilucide, se entere el público de quien tiene razón, y quede yo encima, que es el objeto.

—¿Y de qué habla el artículo?

—Le diré a usted: de nada; el hecho es que en la cuestión no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrían decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

Sí... pues eso es muy fácil... ¿pero trata de?...

—De tabacos, sí, señor. Conque yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot, que los descubrió, hasta Tissot, por lo menos que está contra su uso. Con la vasta erudición que usted me va a proporcionar yo haré trizas a mi contrario...

—¡Ah, amigo — le interrumpí —, y qué poco en-

tiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe a pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

—¿Y qué falta hace, para aclarar la cuestión al público, saber quién sea el autor del artículo?

—¡Hombre usted está en el cristus de la polémica literaria! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinión de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

—Bueno; pues ya lo sé. Pero el caso no es ése, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

—Calle usted. Somos felices.

—Yo pensaba dar razones y probar...

—No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

—Mucho; se pierde de vista.

—¿Tendrá seis pies?

—Más, más: hágale usted más favor... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestión de tabacos?

—¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero porque él es alto.

—¡Hombre!

—Calle usted. ¿ha escrito algunas obras?

—Sí, señor: en el año 97 escribió una comedia que no valía gran cosa.

—Bravo: añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

—Pero señor, haremos reír al público...

—No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reír. ¿Qué más tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, debe a alguien, ha estado en la cárcel

alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinión mala?...

—Algo, algo hay de eso.

—Pues bien, a él: la opinión, la verruga; duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaques de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, si el año 8 jugaba a la pipirijaina o a la pata coja?

—¿Pero adónde vamos a parar?...

—Usted no se desanime: ¿le sorprende usted en un plagio? El texto en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algún cuento? a contársele.

—¿Y si no vienen a pelo los cuentos que yo sé?

—No importa; usted hará reír, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal; y usted es más: éste es el modo.

—Pero, señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestión de tabacos?

—¿Y a usted qué le importa ni a nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luego que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderación de usted en la cuestión presente: que se retira usted de la polémica: en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinión acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinión del adversario: y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fe y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira). de que usted no se siente capaz en atención a que usted respeta mucho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa e interminable. Aquí dice usted una gracia o dos, si puede, acerca del mayor números suscripciones que reúne el periódico en que usted escribe, que es razón concluyente, y que le piquen a usted moscas.

—Señor Fígaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tiene la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos a otros nos damos mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazmerreír del público... y a mí me da vergüenza...

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?... y... ¡voto va! Dijéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues amigo, voy a concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por este estilo. Fuera, pues, razones, señor mío, látigo y más látigo; no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de hombres: aquí, amigo mío, las más son cuestiones de personas.

Y con esto despedí a mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sólo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta.

Si acaso — le dije — oyé usted decir a las gentes cuando le vean por el mundo: "ahí va el cliente de Fígaro: ese es del artículo". — No lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

JUAN VALERA

EL TÍO JUAN Y EL TÍO PEDRO

—Bienvenido, tío Pedro, ¿cómo le ha ido por esos Madriles?

—Compadre, como al pez en el agua. Aquello sí que es vivir. Allí me entierren.

—Y al chico, ¿cómo le va?, ¿de qué vive?, ¿sacó algún empleíllo?

—¡Empleíllo!... ¿he?... Bonito es él para tomar empleíllos... más independiente que el aire... Si le hicieran Director de Beneficencia o Intendente de Filipinas o Subsecretario de Estado, o siquiera Director de Ultramar, ya aceptaría; pero menos... es pensar en lo excusado.

—El chico, sin embargo, de algo vivirá... ¿cómo se la busca?

—Toma, escribiendo.

—¿Se ha metido a memorialista?

—¡Qué... si es literato!

— Y¿qué es literato?

—Literato viene a ser lo mismo que hombre leído y sabidor, que escribe y habla de todo y va puliendo y adoctrinando a la gente con lo que sale de su cacumen.

—Pero, compadre, ¿cómo es posible que su chico de usted adoctrine a nadie y sea tan leído y sabidor cuando del estudio de la filosofía salió a fuerza de empeños, y después, estudiando leyes, perdía todos los años hasta que usted se cansó y le hizo dejar la carrera?

—Pues ahí verá usted, compadre.

—¿Qué veré?

—¡Qué ha de ver usted, sino que el literato debe saber de todo y de nada! El literato nada sabe menudamente; pero en globo todo lo sabe.

—¿Cómo es eso?

—¿Cómo ha de ser?... Por medio de lo que se llama *talento sintético, intuición* y no sé qué más que he oído decir al chico.

—Pero, en fin, su chico de usted algo habrá aprendido a fondo para ser literato, aunque no sea más que la gramática castellana.

—Los sabios mismos dicen en España *proponido*; por manera que es inútil ese estudio; basta el de la gramática parda. No negaré por eso que algunos lite-

ratos sepan muchas cosas a fondo. Generalmente saben aquellas ciencias o artes que nadie sabe más que ellos; así es que nadie los puede examinar.

—Y ¿cuáles son esas ciencias o artes?

—Muchas. Citaré, por ejemplo, la filosofía alemana, el griego, el hebreo, el árabe y el sánscrito.

—¿Sabe ya todo eso su chico de usted?

—No, señor; pero lo sabrá el día que se le antoje.

—Y entretanto, ¿cómo es que su chico de usted no se dedica a la política, que es ocupación de provecho?

—Pues a fe que se ocupa poco de política. Ya ha escrito en varios periódicos; y como ni la administración, ni la economía, ni la hacienda, ni las ciencias militares, ni la jurisprudencia son su especialidad, siempre ha escrito de política, que aunque abarca todas estas cosas no es ninguna de ellas.

—No entiendo eso bien.

—Harto claro se ve que usted no lo entiende. Voy a explicarme.

—Veamos.

—Dígame usted. Si mi hijo hubiera estudiado leyes, ¿qué sería mi hijo?

—Jurisconsulto o abogado.

—Pues... una especialidad. ¿Y si hubiera estudiado hacienda, economía, etc.?

—Ecónomo o economista, hacendista o como se llame.

—Otra especialidad... ¿y si teología?

—Teólogo.

—¿Y si matemáticas o estrategia o mecánica?

—Mecánico, matemático o estratégico.

—Especialidad y más especialidad. Ahora bien, mi hijo es un hombre universal y no puede haber estudiado ni esas cosas ni otras que cortarían las alas a su *genio*. Esta es la razón por qué es político y literato. Para ser político y literato lo esencial es tener chispa... así... como si dijéramos... humor, desahogo... ¿estamos?

—Y ¿qué se hace con ese desahogo?

—Pues claro está, escribir uno lo que se le ocurra y publicarlo luego.

—Compadre, mucha luz me va dando usted, y ya hasta me parece cosa fácil el ser literato, así... mirando el negocio someramente y de refilón. Es verdad que si bien lo recapacito, noto que no es tan fácil escribir uno lo que se le ocurra. A mí, por ejemplo, no se me ocurre nada y nada tendría que escribir, aunque quisiera.

—¿Qué está usted diciendo, compadre? ¿Cómo es eso de que no se le ocurre a usted nada? Pues qué, ¿no sabe usted que todo lo que habla usted se le ocurre a usted?

—Ya, eso sí... pero cosas raras y para escribirlas no se me ocurren.

—Crea usted, compadre, que a todos se nos ocurren más cosas raras y para escritas de lo que pensamos. Todos o los más de los hombres somos rarísimos, aunque nuestra modestia no consienta que lo conozcamos o que lo confesemos. ¡Si viera usted qué cosas tan raras se dicen en Madrid, en el Congreso, en las Academias, en el Ateneo y en la Universidad, sin que se percaten de ello los que las dicen!

—¿Entonces yo también las diré sin saberlo?

—Es evidente.

—Y usted también las dirá.

—Es evidentísimo.

—Pues compadre, echémonos nosotros también a literatos y a escritores.

—Me agrada la idea. Seamos colaboradores de una hoja periódica que no es periódico, y que publica mi chico con otros tres amigotes suyos.

—¿Cómo se llama esa hoja?

—*La Malva.*

—¡Bonito nombre!... Lo que siento es no tener estilo para escribir en ella. Dicen que el estilo está en el toque del escribir.

—Usted tiene estilo, compadre. Escriba usted naturalmente y saldrá el estilo. El estilo es ser uno como es. Pero lo demás, lo difícil del estilo consiste en hacer reír o en hacer llorar a quien lee; pero yo sé un secreto para conseguirlo. Cuando queramos hacer reír no tenemos más que encumbrarnos mucho y hablar de *patéticas armonías* y de vida contemplativa y penitente. Al vernos tan alcornoques como somos al hablar de tales cosas, se reirá el mismo Jeremías. Por el contrario, si queremos hacer llorar, no tenemos más que presumir de graciosos.

—Usted me ilumina, compadre. Está decidido. Escribamos y escribamos en *La Malva* y sea nuestro primer artículo este dialoguillo.

EDUARDO WILDE

LA LLUVIA

(De "Prometeo & Cía.")

No hay tal vez un hombre más amante de la lluvia que yo.

La siento con cada átomo de mi cuerpo, la anido en mis oídos y la gozo con inefable delicia.

La primera vez que me acuerdo haber visto llover, fué durante la convalecencia de una grave enfermedad, en mi infancia.

Había tenido la gran dolencia, la terrible fiebre tifoidea, esa enfermedad simpática a pesar de sus horrores.

Me acuerdo todavía de la tarde en que me sentí ya mal, de la situación de mi cama, del aspecto del cuarto vacío de muebles, de su aire frío y del número de tirantes del techo sin cielo raso.

Estuve cerca de cuarenta días enfermo y mis per-

cepciones fueron, por lo que recuerdo, confusas y sin ilación. Me acuerdo que me quemaba y que no podía sudar, que pasaba horas enteras pellizcándome los labios cubiertos de costras que arrancaba sacándome sangre. Veía y oía todo, pero como si fuera yo otra persona; parecía un desterrado de mí mismo. El tiempo era eterno y en su eternidad yo tomaba todos los brebajes imaginables que tenían el mismo gusto detestable. Soñaba cosas increíbles, pareciéndome sueños las realidades y realidades los sueños. Los ruidos eran lejanos; los oía como si mis oídos fueran ajenos. Veía las cosas o muy lejos o muy cerca; cuando me sentaba todo daba vueltas y cuando me acostaba mi cama se movía como un buque. Veía animales silenciosos y muebles con vida. Las personas de mi casa me parecían recién llegadas y extrañas. Un día me sangraron; al sentir la picadura de la lanceta y ver la sangre me desmayé. Cuando volví en mí, cerca de mi cama estaba parada mi madre con su cara pálida y seria; era una estatua.

El médico me miraba con aquella dulce atención tan propia de su oficio; su fisonomía no expresaba nada; yo creo que lo tomé por un hombre tallado en madera, como un santo sin pintar que había en la iglesia. No me acuerdo haber tenido dolores durante mi enfermedad. La naturaleza, en los graves estados, nos dota, sin duda, de una melancólica y suave indiferencia, cuyos beneficios son innegables.

Poco a poco me fuí restableciendo.

El día que me levanté me miré en un espejito redondo como esos que usan los viajeros (siempre he sido un poco presumido), y en lugar de dos mejillas abultadas y coloradas que tenía antes, encontré dos huecos pálidos y chocantes; fuí a pararme y me faltaron las fuerzas; llevé las manos a mis pantorrillas y no hallé nada, no tenía tales pantorrillas. Y mi pelo rubio y ensortijado, ¿qué se había hecho?

No tenía muslos, ni vientre, ni estómago, no tenía nada. Todo se lo había llevado la fiebre. "Pero que la busquen a la fiebre y le pidan que me devuelva mis cosas", me dió ganas de decir.

La fiebre me había dejado, sin embargo, un apetito insaciable, una hambre homérica y mortificantemente deliciosa, como pude observarlo en los días siguientes.

Si durante mi convalecencia hubiera oído a alguien decir que no tenía apetito, habría creído oír la mentira más hiperbólica.

Yo soñaba con comidas y componía platos imaginarios con todo lo que uno podía llevarse a la boca. Si alguna vez tuve una idea clara de la eternidad, fué entonces, al considerar los millones de siglos que había entre el almuerzo y la comida.

El que no ha sido convaleciente no sabe lo que es bueno, como el que no tiene callos no conoce las delicias de sacarse las botas. Yo no he tenido nunca ni callos ni botas, pero sé lo que digo por el testimonio de personas fidedignas y experimentadas.

La convalecencia es una nueva vida que se comienza siendo grande. Uno nace de la edad que tiene al salir de su enfermedad.

¡Cómo se aspira la vida, cómo se siente uno vivir! Para el convaleciente la vida tiene sabor, perfume, música y color; la vida es sólida; puede uno tocarla, sentirla, alimentarse con ella y absorberla en todo momento.

La luz es más luz, el aire más puro, más fresco, más joven; la naturaleza es nueva, risueña, alegre, coqueta, sabrosa, encantadora.

Los órganos que asimilan el alimento con incomparable rapidez, se apoderan de todo con la energía del hambre y la ambición de las necesidades imperiosas de la vida.

¡Convalecer es una suprema delicia!

Parece que la debilidad nos vuelve a la infancia y

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

nuestros sentidos gozan con todo, hallando a cada cosa la novedad y el atractivo que los niños le encuentran.

Ninguna mala pasión, ninguna de esas ideas insanas, que son el sustento de la sociedad, germina en la cabeza de un convaleciente; ¡él no quiere sino vivir, comer y descansar!

Se levanta tan pronto como puede para tomar el día por la punta, vive con gusto su vida durante unas cuantas horas y se acuesta después para dormir con un sueño profundo, robusto, intenso, dormido de una pieza.

Y luego las gentes son buenas, compasivas; las caras amables; hay sonrisas en todas las bocas para el convaleciente que se deja adular, regalar, felicitar y cuidar, sin inquietarse siquiera con la sospecha de que sus contemporáneos no esperan sino que se ponga fuerte para volver a agarrarlo por su cuenta y morderlo, despedazarlo y combatirlo, como se usa entre hombres que se quieren y que por eso viven en sociedad.

En fin, yo estaba convaleciente, pálido, flaco, sin fuerza.

¡Qué traza la que tenía! Me parecía que yo era mi propio abuelo; un abuelito chico, disminuído, como si me hubieran secado y acortado; era mi antepasado en pequeño, un antiguo concentrado que no había comido nada durante muchas generaciones; mi apetito era del tiempo de Sesostris y yo había estado en Jerusalén; la conciencia de mi persona se confundía con las más remotas tradiciones y no podía entender cómo pudo llegar hasta mí la noticia de mi existencia, siendo como era una momia mayor que sí misma y contemporánea de los mastodontes.

La enfermedad había retirado en mi memoria las épocas, y yo tenía por sensaciones todas esas paradojas disparatadas.

Conforme iba ganando en fuerza, los días eran más plácidos. Durante algunas horas me sentaba a recibir el sol que entraba en la pieza y mi silla lo seguía en sus cambios de dirección hasta la tarde.

Nunca he visto sol más amable, más abrigado ni más cariñoso.

Verdad es que mi dicha se aumentaba con las delicias de una excepción legítima: no iba a la escuela y mis hermanos iban. No ir yo era por sí sólo una bienaventuranza; que otros fueran era el colmo de la dicha. ¡Tan cierto es que nada abriga tanto como saber que otros tienen frío!

Un día no hubo sol, pero, en cambio, llovió; llovió a torrentes. El patio se llenó pronto de agua y las gotas saltaban formando candeleritos que la corriente arrastraba. Estos millones de existencias fugitivas corrían como si estuvieran apuradas, al son de música del aguacero, con acompañamiento de truenos y relámpagos. Había en el aire olor a tierra mojada, perfume inimitable que ningún perfumista ha fabricado, y revoloteaban en la atmósfera las luces del cristal de las gotas saltonas, acompañadas por el ruido inmutable, acompasado, monótono, variado, uniforme, caprichoso, metálico y líquido, propio sólo de la lluvia.

Yo habría querido petrificar mis sentidos y que la lluvia continuara eternamente.

Allá lejos en el horizonte limitado por cerros rojos o grises que punzaban el cielo con sus picos, el agua caía en hilos paralelos a veces o en torbellino, en polvo cuando el viento arreciaba, en bandas o fajas impetuosas, según los sacudimientos de la atmósfera, y precipitándose por las hendiduras y las pendientes, llegaba roncando al río para enturbiar su clara corriente.

Las nubes viajaban por los cielos en montones como arrastradas por caballos invisibles, azotados por

los relámpagos, que cruzaban como látigos de fuego en todas direcciones.

El cielo, en sus confines, semejaba un campo de batalla; el oído estremecido recogía el fragor de la pelea y los ojos seguían el fulgor de los disparos de la gruesa artillería eléctrica.

¡Pobres viajeros con semejante lluvia! Mi imaginación los acompañaba en su camino por los desfiladeros, por los bañados, y los veía recibiendo el agua en las espaldas, con el sombrero metido hasta las orejas y con la inquietud en el alma; ¡aquí atraviesan un río cuya corriente hace perder pie a los caballos; allí cae una carga, más allá se despeña un compañero cuya cabalgadura se espantó del rayo!

¡Pobres navegantes con semejante lluvia! Sobre la cubierta de la nave solitaria que toma un baño de asiento y una ducha al mismo tiempo en el océano, corren los marineros con sus ropas de tela perfumadas con brea, a recoger las velas, mientras el capitán se moja las entrañas con ron en su camarote para que todo no sea pura agua. Las puntas de los mástiles convidan centellas, la lona se muestra indócil, la madera cruje y el buque se ladea sobre las ondas como si fuera un sombrero de brigadier puesto sobre la oreja del mar irritado.

Solamente los mineros están a sus anchas con un tiempo tan hidráulico; no saben siquiera que ha llovido, y cuando salen de su trabajo, negros de polvo de carbón o de metal, se sorprenden de que haya podido llover sin su consentimiento y sin su noticia.

¿Y las lavanderas? Nunca he podido explicarme por qué dejan de lavar cuando llueve y las vemos recoger sus atados, ponerlos en la cabeza y ganar su domicilio bajo ese paraguas absorbente, ¡pura rutina!

Cuando estaba yo en la escuela, tiempos duros aquéllos, y comenzaba la lluvia, el maestro, un terrible maestro, se distría o se dormía con el ruido narcótico del agua, y mi Catón, mi Robisón Crusoe y

mi plana se retiraban al infinito. Yo sólo existía para adormecerme con la alegría de la lluvia y una deliciosa estupidez se apoderaba de mí, sin que fueran capaces de sacarme de ella todos los Catones posibles, todos los parientes de Robinsón, todas las generaciones de maestros ni todas las planas de la tierra!

¡Con qué envidia miraba a los pobres diablos que pasaban por la calle chapaleando en el barro y pegándose en las paredes para evitar el agua, o a los provistos de paraguas que hacían un redoble al enfrentar las ventanas, merced a las gruesas gotas del tejado, que resbalando por la tela de seda o de algodón, iban a colgarse de las varillas como lágrimas en una pestaña colosal!

Nunca pude comprender por qué no daban asueto en los días de lluvia.

El aire era libre, los pájaros volaban a su antojo, el ganado pastaba sin restricciones en los campos, el agua corría por el suelo, buscando a su albedrío o al de la gravedad los declives. ¿Por qué todo esto no estaba en la escuela como yo, o por qué la escuela no era el campo, nosotros las vacas, los libros la hierba y el maestro un buey manso y gordo, semejante a esos aradores incansables e indolentes que miran con estoicismo la picana y con supremo desdén a los transeuntes?

Años más tarde, en el colegio, la lluvia solía venir a embargar mis sentidos, y muchas mañanas, antes que sonara la fatídica campana que nos llamaba al estudio, me despertaba oyendo llover como si el agua hubiera trasnochado para estar ya lista a esa hora.

Mi pensamiento volaba entonces a mis primeros años; me cubría la cabeza con las frazadas, y mientras la lluvia cantaba en voz baja todas las elegías de la desdicha, mi delicia era representarme mi casa, las personas que conocí y amé primero y mi propia

figura correteando sin zapatos por el patio anegado.

Más tarde todavía, en el hospital, mientras estudiaba medicina, en mi cuarto húmedo y sombrío, la lluvia caída mansamente sobre los árboles de los grandes y solemnes patios, acompañando a bien morir a los que expiraban en las salas.

Y mientras tanto, el agua eterna, siempre agua, viajando de la flor al océano, de la fosa a las nubes, del vapor al hielo, continuaba su ruta apurada por los fenómenos naturales, entonando su música en los mares, en los ríos, en las peñas, en los valles y, por fin, en los tejados, haciendo disparar a los gatos que, como se sabe, tienen una marcada animadversión contra ese líquido.

El agua eterna sirviendo de espejo a los pastores en el campo, amontonando hielo en las cordilleras, haciendo trombas en los mares, regando las sementeras, hirviendo en algún tacho de cocina o lavando la cara de cualquier muchacho de cuatro años, pues todos los de esa edad tienen la cara sucia, continúa su ruta de la flor al océano, de la fosa a las nubes y del vapor a la nieve.

El agua eterna siempre agua, empujando las locomotoras, haciendo navegar a los buques, surgiendo de los pozos artesianos, vendiéndose a peso de oro en las boticas, lavando las ropas en todo género de vasijas, entrando en la confección de las comidas, continúa su ruta bajo el imperio de las fuerzas físicas, de la planta a los cielos, del corazón a los ojos para desprenderse en lluvia de lágrimas sobre las mejillas abatidas.

No tengo preferencia por ninguna clase de lluvia; me gusta la lluvia mansa, la niebla, la bruma, la llovizna, la lluvia fuerte, la torrencial, la continua la intermitente, la con sol y la inopinada, esa que toma sin paraguas a todo el mundo en la calle haciendo la delicia y el negocio de los paragüeros.

Las gentes de esta ciudad han podido verme con

mi sombrero grande caminando lentamente por las veredas, mientras otros corren presurosos buscando un abrigo contra la lluvia. Yo prefiero mojarme y salgo a gozar cuando llueve, como los demás hombres cuando hace lo que ellos entienden por buen tiempo. ¡Y pensar que hay países donde no llueve nunca!

Por mí, bien podía no haber paraguas ni capas de goma, ni impermeables. Me irrito cuando algún tonto llama mal tiempo al lluvioso, y durante un aguacero me encanto con el espectáculo que la ciudad ofrece.

El aire está fresco, la luz es tenue y delicada, no grosera como en los días de sol. Los edificios se lavan y se asean, el agua limpia las calles, los viandantes andan de prisa vestidos de fantasía, los carruajes se ponen en movimiento y van dando cabezadas a un lado y otro, como quien opina de diferente modo; los carros de los vendedores atraviesan despavoridos las bocacalles provistos de su perro malhumorado, cuya misión es gruñir sin motivo a los que no piensan robar; los caballos trotan haciendo saltar chispas de diamante.

Quizá también un carro fúnebre con su acompañamiento correspondiente, se dirige al cementerio seguido de veinte coches con sus cocheros agachados provistos de un látigo a modo de pararrayo, todos iguales y dibujando la misma silueta obscura. En la casa mortuoria, las gentes, vestidas de luto, oyen en silencio la lluvia que canta acorde con sus sentimientos, cayendo gota a gota, como si expendiera una plegaria al menudeo.

En otra escena, en medio de la ciudad bulliciosa, los diarios de la mañana y de la tarde instalan en sus columnas de telegramas la biografía y el itinerario del último aguacero, según noticias venidas de cien leguas a la redonda, los pluviómetros marcan insolentemente la cantidad de agua caída en cada

metro cuadrado con la indiferencia científica de los datos físicos, y la poética, la sublime, la encantadora lluvia, pasando por la Bolsa de Comercio, experimenta la degradante y final transformación de las delicias humanas, convirtiéndose en dato estadístico y objeto de especulación.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

ANÉCDOTAS SOBRE FACUNDO QUIROGA

(De "Facundo")

Es inagotable el repertorio de anécdotas de que está llena la memoria de los pueblos con respecto a Quiroga; sus dichos, sus expedientes tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe. ¿Qué diferencia hay, en efecto, entre aquel famoso expediente de mandar partir en dos el niño disputado, a fin de descubrir la verdadera madre, y este otro para encontrar un ladrón?: Entre los individuos que formaban una compañía, habíase robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir al raptor habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuantos soldados había; hace en seguida que se distribuyan a cada uno, y luego con voz segura, dice: "aquel cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ése es el ladrón". Al día siguiente, fórmase de nuevo la tropa, y Quiroga procede a la verificación y comparación de las varitas. Un soldado hay, empero, cuya vara aparece más corta que las otras. "¡Miserable! le grita Facundo con voz aterrante, tú eres!..." y en efecto, él era; su turbación lo dejaba conocer demasiado. El expediente es sencillo: el crédulo gaucho, cre-

yendo que efectivamente creciese su varita, le había cortado un pedazo. Pero se necesita cierta superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana, para valerse de estos medios.

Habíanse robado algunas prendas de la montura de un soldado, y todas las pesquisas habían sido inútiles para descubrir al raptor. Facundo hace formar la tropa y que desfile delante de él, que está con los brazos cruzados, la mirada fija, escudriñadora, terrible. Antes ha dicho: "yo sé quién es", con una seguridad que nada desmiente. Empiezan a desfilar, desfilan muchos, y Quiroga permanece inmóvil; es la estatua de Júpiter tonante, es la imagen del Dios del Juicio Final. De repente se abalanza sobre uno, le agarra del brazo, le dice con voz breve y seca: "¿Dónde está la montura?..." "Allí, señor", contesta señalando un bosquecillo. "Cuatro tiradores", grita entonces Quiroga. ¿Qué revelación era ésta? La del terror y la del crimen hecha ante un hombre sagaz. Estaba otra vez un gaucho respondiendo a los cargos que se le hacían por un robo. Facundo le interrumpe diciendo: "Ya este pícaro está mintiendo; a ver... cien azotes..." Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo a alguno que se hallaba presente: "Vea, patrón, cuando un gaucho al hablar esté haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo". Con los azotes, el gaucho contó la historia como debía ser, esto es, que se había robado una yunta de bueyes.

Necesitaba otra vez y había pedido un hombre resuelto, audaz, para confiarle una misión peligrosa. Escribía Quiroga cuando le trajeron el hombre; levanta la cara después de habérselo anunciado varias veces, lo mira y dice continuando de escribir: "¡Eh!!!.. ¡Ése es un miserable, pido un hombre valiente y arrojado!" Averiguóse, en efecto, que era un patán.

De estos hechos hay centenares en la vida de Facundo, y que al paso que descubren a un hombre supe

rior, han servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa entre hombres groseros que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales.

LA "TRAVESÍA"

(De "Facundo")

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que por su falta completa de agua recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue. Las cuchilladas tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran por entonces sólo el hambre o la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquél, que un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla; entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se le llama *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus desvastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del ti-

gre *cebado*, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del chancho, pero agrio, prolongado, estridente, y que sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa, y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino; el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que aquél se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manotón esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus poderosas manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor con-

vulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fué la obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. "Entonces supe lo que era tener miedo", decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.

2.-RELATOS DE EXCURSIONES Y VIAJES - DESCRIPCIONES DE SITIOS Y LUGARES

MIGUEL DE UNAMUNO

GUADALUPE

(De "Por Tierras de España y Portugal")

La España pintoresca y legendaria sería mucho mejor conocida que lo es — por los españoles, se entiende — si tuviéramos mejores caminos y vías de comunicación, o si fuésemos más entusiastas y menos comodones. Entre nosotros, el amor a la hermosura y a la tradición no ha llegado aún a formas de piedad. Y así, cuando hace aún pocos días marchaba yo con dos amigos a visitar el célebre monasterio de Guadalupe, las gentes sencillas de aquellas tierras no se explicaban las molestias que soportábamos sino atribuyéndolo a que lo hiciésemos por promesa o voto religioso.

Y es realmente penoso el viaje a no ir en automóvil — se puede llegar por carretera hasta el mismo monasterio. Desde Oropesa, pasando por el Puente del Arzobispo, unas diez horas de coche hasta el Puerto de San Vicente, lindero entre las provincias de Toledo y Cáceres, y de allí bajamos en carro a Gua-

dalupe, a través de unas montañas bravías y fragosas. Entonaban el corazón aquellas vastas verdes soledades tendidas al pie de la sierra. En la garganta de la Peña Amarilla cerníanse, trazando lentas espirales, dos águilas. Luego las mil vueltas y revueltas de la carretera, entre frondosidades de árboles, y al fin se nos abrió a la vista la mole ingente del monasterio, rodeado por el pueblo.

Dice fray José de Sigüenza en el capítulo XVII del libro I de su *Historia de la Orden de San Jerónimo*: "Entre las dos riberas del Guadiana y Tajo, ríos conocidos en España, celebrados de los antiguos escritores naturales y extranjeros, se hacen unas montañas fragosas, inhabitables en muchas partes por su aspereza, en otras de mucha frescura y regalo, muchos valles que descienden al profundo, sierras que suben al cielo, llamadas de los comarcanos Villuercas. De la una parte y de la otra apacientan los ganados los pastores extremeños, cuando en medio del estío quedan abrasadas las dehesas, así por parte del Norte, que mira al Tajo, como por la del Mediodía, que riega el Guadiana".Y pasa luego el minucioso castizo Sigüenza a contarnos la leyenda de cómo apareció a un pastor que perseguía a una vaca la imagen que unos clérigos devotos de la ciudad de Sevilla, huyendo de la furia de los moros que se enseñoreaban de España, ocultaron en un sepulcro de mármol en las fragosidades de Guadalupe, imagen que decían ser la que el papa San Gregorio Magno envió a su amigo San Leandro, arzobispo de Sevilla, e imagen que cierta vulgar crencia supone esculpida nada menos que por San Lucas Evangelista.

¡Cuán lejos estaba yo de estas entre eruditas y piadosas elucubraciones cuando surgió a mis ojos, tras largo y penoso viaje, la fábrica del famoso monasterio! ¡Con qué ojos lo mirarían aquellos esforzados extremeños que al volver de las Indias Occidentales.

del Nuevo Mundo, emprendían su devota peregrinación al santuario, enriquecido con despojos de la conquista!

Allí se alzaba, carcomidos por los siglos sus muros de mampostería, severo y señorial, sobre fondo de verdura. Su exterior tiene, ciertamente, poco que admirar como obra arquitectónica; es la posición y el lugar lo que le da realce.

El pueblo de Guadalupe, que roeda y abraza al monasterio, es uno de esos típicos pueblos serranos llenos de encantos y de frescura. Sus soportales, su fuente, sus calles con entrantes y salientes y voladizos balcones de madera, sus casas señoriales, su sello, en fin, de reposadero.

El monasterio, hoy muy deteriorado, ofrece aún al visitante su magnífica iglesia, con una de las más hermosas verjas de hierro forjado que puedan verse, sus dos claustros, su relicario, su sacristía. En uno de los dos claustros, mudéjar, con muy pintoresco templete en el centro, sentí una vez más la tentación que en parecidos sitios me asalta: la de abandonar estas luchas y trabajos en que estoy metido y darme a ver pasar la vida en meditación y en sosiego. Pero...

Al otro claustro, medio arruinado, le llaman allí el convento de las garrapatas—es decir, de las arañas y no de las garrapatas propiamente tales,—y lo ocupan hasta cuarenta familias pobres y no nada limpias, que crían sus chiquillos donde los reverendos frailes jerónimos durimeron sus siestas.

El monasterio era riquísimo, y de estas riquezas quedan aún vestigios y restos. Tan ricos eran los jerónimos, que después de enseñar al visitante una opulenta capa, cuajada de oro y pedrería, que regaló a la Virgen el rey Felipe II, se le enseña otra más opulenta aún y preciosa, que le regaló la Orden para achicar al rey. Y nos mostraron capas, casullas, frontales, unos de subido valor artístico, pero los más de

mayor precio material que estético. Mejor aún, para mi gusto, es la magnífica colección de libros de coro—tal vez la mejor de España—con iniciales iluminadas y graciosísimas viñetas.

Pero la joya del monasterio, lo que ello sólo merece todas las penalidades del viaje, lo que ha de hacer de Guadalupe lugar de peregrinación de los amantes del arte, es la soberbia colección de cuadros de Zurbarán, que en su sacristía se guardan. Hay que ir allá para conocer a nuestro gran pintor extremeño. Diez cuadros, de más de cuatro varas de alto por tres de ancho algunos, unos algo menor, y varias tablas pequeñitas.

Los ocho que cubren las paredes del cuerpo de la sacristía, representan a personajes de la Orden. ¡Qué figura la de aquel venerable padre Andrés de Salmerón, de rodillas, con las manos juntas, mientras Cristo le pone una mano sobre la cabeza! Allí llega al colmo la genuina sobriedad de la pintura clásica española. Y el Enrique III que pone el capelo arzobispal al venerable padre Fernando Yáñez de Figueroa, aquella figura trazada con el mínimo de líneas y de colores, nada tiene que envidiar a las figuras de Velázquez. Encima del altar de la sacristía se ve la llamada Perla de Zurbarán, un San Jerónimo que, llevando nuestra mirada tras de la suya, nos abre perspectivas celestiales.

Hermosísimo es, sin duda, cuanto el arte humano puede aún ofrecernos en Guadalupe; mas es más hermoso aún lo que allí la naturaleza nos ofrece. Subimos a Mirabel, dependencia del monasterio, y bajamos de allí por medio de uno de los más espesos y más frondosos bosques de que en mi vida he gozado. Jamás vi castaños más gigantescos y más tupidos. Y nogales, álamos, alcornoques, robles, quejigos, encinas, fresnos, almendras, alisos junto al regato, y todo ello embalsamado por el olor de perfumadas matas,

Desde el alto de Mirabel, tendido al pie de la Cruz del Mentidero, contemplaba las líneas de las sierras de los montes de Toledo, como series de bambalinas de un diurno teatro, y a un lado la llamada de Cáceres encendida por el sol. De todas partes afluía paz de vida. Y allí, en aquel repliegue que hacen las montañas, al pie de las enhiestas y desnudas Villuercas, en aquel espeso castañar, ahora en candela, ¡qué bien se descansará, luego de haber merecido el descanso con una vida de combates, esperando a una muerte dulce y natural en el seno de la naturaleza!

Y procuraba hartarme de visión de campo, llenar el alma de su verdura secular, como procura henchirse el pecho de aire el que va a hundirse por algún tiempo en el seno de las aguas. ¡Cuántos cuidados se me lavaron en aquella visión de verdura!

3. - NOVELAS - LEYENDAS EN PROSA - TRADICIONES Y CREENCIAS POPULARES CUENTOS - CHASCARRILLOS

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

NO ES CASA DE HUÉSPEDES

(De la novela "El Buey Suelto...")

[*Prosiguiendo* Pereda *su alegato contra la vida de soltero, nos muestra en este capítulo de su novela a Gedeón, el protagonista, luchando con los inconvenientes de las casas de huéspedes, a las que acude por consejo de un amigo*].

—Desengáñate, Gedeón: ni tú ni yo hemos nacido para lidiar con la prosa de la vida doméstica, ni tenemos necesidad de intentarlo siquiera.

—¿Qué crees que debo hacer?

—Una cosa muy sencilla: ponte a pupilo con cuantas ventajas y comodidades puedas hallar, y deja a tu patrona el cuidado de lidiar con dueñas y fregatrices. Si tal hicieres, pronto me darás las gracias: y si desechas mi consejo, allá te las hayas con tus desventuras; pero no te quejes de ellas... ¿Dudas?

—De dudar es el caso.

—Medítalo bien.

—Pienso hacerlo.

—Pues adiós, te quedas, ya que estás advertido.

Y se va, dejando a Gedeón muy pensativo y no del todo desconsolado.

*

El consejo de su amigo prevalece, al cabo, en el ánimo de Gedeón.

En sus pesquisiciones para hallar albergue, ha recorrido medio pueblo y ha oído con paciencia el completo catálogo de las humanas vicisitudes, de boca de las innumerables pupileras que le han solicitado para huésped. Ninguna de ellas ejercía la industria por ascenso: todas habían *bajado* hasta ella desde los puestos más encumbrados en armas, en nobleza y en dinero; siendo de notar que cuantos más humos revelaba una señora de esta clase, menos fuego calentaba su cocina.

Al fin se establece en la casa que más se aproxima a sus deseos.

Su dueña doña Ambrosia de nombre, se conforma con blasonar de rígida en los más severo principios de moral, y de haber *dado golpe*, en los albores de su juventud, en calles y paseos. Dos veces viuda, no se ha puesto en peligro de serlo la tercera, porque no ha querido, no por falta de pretendientes, pues a pares los ha tenido que aspiraban al honor de sacarle de pupilera.

A creerla, tiene casa de huéspedes porque acostumbraba en vida de sus *papás*, y más tarde de sus maridos, a un trato escogido y ameno, la soledad la mata. Para ella, son familia sus pupilos; por lo cual admite pocos, y ésos de arraigo, de formalidad y de educación: a Dios gracias, no necesita el tráfico para comer.

Gedeón ocupa un gabinete con puerta falsa al co-

rredor, y otra de vidrieras con cortinillas a una sala que según advertencia de doña Ambrosia, es para recreo de los huéspedes, o para que éstos tengan donde recibir decorosamente sus visitas.

Como los huéspedes son pocos y buenos, si se ha de creer a doña Ambrosia, Gedeón consiente en comer a la mesa con ellos, interín llega una doncella que se espera y podrá servirle la comida en su cuarto con la puntualidad y esmero que ahora le faltarían, por estar incompleta la *servidumbre de la casa.*

Durante los primeros días tiene por compañero de mesa a un señor muy flaco y muy nervioso, que no habla una palabra, del cual ha dicho la pupilera que es un marqués muy rico, que viene a tomar aires, cuya marquesa es la señora oronda y colorada que se sienta a su izquierda, y le trincha la carne, le parte el pan en bocaditos y le escancia el vino.—Tampoco despliega los labios.—Ni el marqués ni la marquesa tienen el pelaje ni el aire de tales; pero ¡hay tantos marqueses que no lo parecen! Gedeón tomara a éstos por ex-tenderos de refino, que se retiran al pueblo natal a comerse las ganancias de treinta años de mostrador.

Sigue por la derecha un hombrecillo de crespo y recortado bigote, de frente angosta y cabeza plana, con gabán de ropería, que sorbe las salsas en el plato y bebe con la boca llena, sin dejar de hablar, por eso, de la influencia que ejercen los cuartos de luna en el corte de las uñas y del pelo, y de las recetas infalibles que él tiene para exterminar las chinches y las cucarachas.—En opinión de doña Ambrosia, este huésped es un ingeniero sapientísimo que estudia, por recreo, dos años hace, el suelo de la provincia para establecer en sitio conveniente, y a sus expensas, una fábrica de patatas artificiales para los pobres.—Gedeón le clasifica, en su padrón particular, como escribanillo de aldea.

Llévale la contraria en sus asertos científicos, una

señora muy peripuesta y retocada, con voz de bajo cantante. Habla mucho de *la antigua Grecia* y de *las sales áticas*, lo cual no sorprende tanto oyéndola decir a cada triqui-traque que es viuda de un oidor de Filipinas, que dejó sesenta volúmenes de comentarios a la *Casandra* de Licofrón, y otros cinco de notas a las *Dionisíacas* de Nonno Panopolitano. El gobierno ofrece a la viuda cuarenta y ocho mil duros por la propiedad de estas luminosas obras: pero ella quiere el millón cabal, y tras él anda con la esperanza de conseguirle. Cree Gedeón que con que la pagaran sin descuento la viudedad que debe corresponderle desde la muerte del mayor de plaza (pues no otra cosa pudo tener por marido), se diera la erudita matrona por satisfecha.

Algunos días después aparecen en la mesa dos huéspedes más: un gigantón, hosco de mirada, cerdoso de bigotes, rasgado y muy abierto de boca, purpúreo de color y muy largo de brazos; y su señora, el tipo opuesto; aguileña, oscilante, lánguida y sentimental. Malambruno, como desde luego llama Gedeón al gigante, se queja del *fuego herpético* que le devora; por lo cual anda recorriendo climas hasta dar con uno que le apague el incendio.

Por lo demás, cuando no habla de su dolencia, echando candelas por los ojos, brasas por las mejillas y rociadas de saliva por entre las cerdas de sus bigotes, aturde a los circunstantes con la estadística de sus caudales.—En la Mancha, porque la erudita citó a don Quijote, tiene él tres haciendas que le produjeron el año pasado, y sólo en renta, doce mil fanegas de trigo.—Porque se habla de dormir la siesta, o de si es sana o dañosa esta costumbre, niega él, sin que nadie lo haya afirmado en la mesa, que los extremeños hagan siete comidas y duerman cinco siestas al día.. Precisamente conoce a palmos la provincia de Extremadura... ¡como que tiene en ella seis dehesas y más de veinte mil cerdos!

Por análogos procedimientos trae a colación sus cortijos de Jerez y sus posesiones de Salamanca, siendo de notar que en cada dehesa, y en cada cortijo, y en cada hacienda, tiene, no solamente palacio con la necesaria servidumbre de criados para él y de doncellas para su señora, sino hasta *templo*, pues *capilla* se la permite cualquier zarramplín de aldea.

Porque se cita el escamoteo de un reloj o el de los calzoncillos que llevaba puestos el vecino de al lado, cualquiera ratería de esas tan usuales, impunes y corientes en la hidalga patria de Candelas y José María, cuenta él que en una ocasión le robaron su casa de Madrid, estando con su señora recibiendo a los duques de Montpensier en su palacio de la Serranía de Ronda; siendo lo admirable del caso, en su concepto, que los ladrones abrieron la puerta *del gabinete de raso azul*, del cual pasaron a la *galería de esculturas;* de ésta a la *sala de tapices flamencos*, y de aquí a su despacho, cuajado de primores de arte y de objetos de lujo. Sin señales de titubear para encontrarla, abrieron una puerta oculta detrás de una librería de palo santo con columnitas de oro macizo, y entraron en un retrete, en el cual había hasta tres cofres llenos de alhajas de incalculable valor; pero no pudiendo abrirlos a causa del secreto de sus cerraduras, ni cargar con ellos, por lo mucho que pesaban, se conformaron con robar unas botitas usadas de su señora, dos libros de genealogías, y como tres cuarterones de azucarillos.

Mientras Malambruno cuenta estas cosas y otras tan estupendas como ellas con voz estentórea y lento diapasón, su señora no deja oir la suya más que para rectificar algún error de cantidad en que haya incurrido su esposo.

—Eran trece mil—dice, verbigracia, al asegurar éste que eran doce mil solamente las fanegas de trigo cosechadas por rentas en la Mancha; o:

—Creo que eran cuatro,— aludiendo a los cofres llenos de alhajas.

Entre tanto Malambruno está vestido de paño de Munilla y parte por la mitad los trabucos del estanco, para fumarlos en dos veces; su señora viste con más aparato que riqueza; no trae consigo una sola doncella de tantas como deja holgando en cada palacio, y todo el equipaje del pomposo matrimonio viene metido en un baúl de tres celemines.

Fáltame decir que doña Ambrosia asiente a casi todas las exhibiciones retumbantes del caudal de Malambruno, y que a cada rociada de millones que éste suelta, mira ella a sus huéspedes y parece decirles con los ojos, mientras se revuelve nerviosa en su silla:

—¿Qué tal, caballeros y señoras? ¿Tengo yo pelones en mi casa?

JUAN VALERA

LOS SANTOS DE FRANCIA

(De "Cuentos y Chascarrillos Andaluces")

En una de las mejores poblaciones de la Mancha vivía, no hace mucho tiempo un rico labrador, muy chapado a la antigua, cristiano viejo, honrado y querido de todo el mundo. Su mujer, rolliza y saludable, fresca y lozana todavía, a pesar de sus cuarenta y pico de años, le había dado un hijo único, que era muy lindo muchacho, avispado y travieso.

Como este muchacho estaba mimadísimo por su padre y por su madre, era harto difícil hacer carrera con él. A pesar de su mucha inteligencia, a la edad de diez años, leía con dificultad, y al escribir hacía unos garrapatos ininteligibles. Lo único que el chico sabía bien era la doctrina cristiana y querer y respetar al autor de sus días y a su señora mamá. El niño era tan gracioso y ocurrente, que tenía embobado a todo el vecindario. Cuantos le conocían le reían los chistes y ponían su in-

genio por las nubes, con lo cual al rico labrador se le caía la baba de gusto.

)—¡Qué lástima, decía, que este chico se crie cerril en el pueblo, sin hacer más que jugar al hoyuelo, a las chapas, al toro y al salto de la comba, con todos los pilletes! Si yo le enviase a un buen colegio, en una gran ciudad, sin duda que volvería hecho un pozo de ciencia, sería la gloria y el apoyo de mi vejez y serviría y honraría a su patria.

Tanto caviló en esto el labrador, que al fin, sobreponiéndose a la pena que le causaba el separarse de su hijo, le envió a que estudiase en París nada menos.

Seis años estuvo por allí estudiando en uno de los mejores colegios primero y después en la Sorbona.

Como él era, naturalmente, muy despejado, aprovechó mucho, y volvió a casa de sus padres sabiendo cuanto hay que saber, y además elegantísimo y atildadísimo: hecho un verdadero dije; lo que ahora llaman un *dandy*, un *gomoso*.

El padre y la madre estaban más encantados que nunca. Sólo no gustaban de cierto irreverente desenfado que el chico tenía y de que daba muestras a cada paso.

Iba a entrar o a salir por una puerta, y exclamando:

—San Fasón, San Complimán, San Ceremoní,—pasaban antes que su padre.

Hablaba su padre y le interrumpía, y no le dejaba hablar, diciendo:

—San Fasón, San Complimán, San Ceremoní.

Se ponía a la mesa y se servía antes que su padre y madre, tomando lo mejor de cada plato y diciendo siempre: —San Fasón, San Complimán, San Ceremoní.

El padre disimuló al principio, ya que por todo lo demás el muchacho le emblesaba: pero, al cabo, hubo de cargarse, perdió la paciencia, y dijo al chico con grande enojo:

Mira, hijo mío, vete muy enhoramala y no me invoques ni me mientes más en tu vida a esos santos de Francia, que serán muy milagrosos, pero que están infamemente mal criados.

FERNÁN CABALLERO

JUAN SOLDADO

(De "Cuentos Populares Andaluces")

Érase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, y se volvió a reenganchar por otros ocho, y después por otros tantos.

Cuando hubo cumplido estos últimos, ya era viejo y no servía ni para ranchero, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan y seis maravedís que alcanzaba de su haber.

—¡Pues dígole a usted, pensó Juan Soldado, tomando la vereda, que me ha lucido el pelo! ¡Después de veinticuatro años que he servido al Rey, lo que vengo a sacar es una libra de pan y seis maradevís! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme sino el criar mala sangre.

Y siguió su camino cantando:

La boca me huele a rancho
y el pescuezo a corbatín,
las espaldas a mochila,
y las manos a fusil.

En esos tiempos andaba Nuestro Padre Jesús por el mundo, y traía de lazarillo a San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, y San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¿Qué he de dar yo, le dijo Juan Soldado, yo, que después de veinticuatro años de servir al Rey, lo que he agenciado no es más que una libra de pan y seis maravedís?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

—Vaya, dijo Juan Soldado, aunque después de servir al Rey veinticuatro años sólo tengo por junto una libra de pan y seis maravedís, partiré el pan con ustedes.

Tomó la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos, y se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor y San Pedro, el que le volvió a pedir limosna.

—Quiéreme parecer, dijo Juan Soldado, que les he dado antes VV., y que ya conozco esa calva; ¡pero anda con Dios! aunque después de veinticuatro años de servir al Rey sólo tengo una libra de pan y seis maravedís, y que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con VV.—Lo que hizo, y en seguida se comió su parte para que no se la volviesen a pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor y San Pedro, que le pidieron dimosna.

—Sobre que juraría que ya les he dado a VV., dijo Juan Soldado, ¡pero anda con Dios! aunque después de servir al Rey veinticuatro años, sólo me he hallado con una libra de pan y seis maravedís, repartiré éstos como repartí el pan.

Tomó cuatro maravedís que le dió a San Pedro, y se quedó con dos.

—¿Dónde voy yo con un ochavo?, dijo para sí Juan Soldado: no me queda más que ayuncar el trabajo y echar el alma si he de comer.

—Maestro, le dijo San Pedro al Señor, haga Su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al Rey y no ha sacado más que una libra de pan y seis maravedís, que ha repartido con nosotros.

—Bien está, llámalo y pregúntale lo que quiere; contestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, y Juan Soldado, después de pensarlo, le respondió que lo que quería era que en el morral que llevaba vacío, se le metiese aquello que él quisiese meter en él: lo que le fué concedido.

Al llegar a un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan más blancas que jazmines y unas longanizas que decían comedme.

—¡Al morral!, gritó Juan Soldado en tono de mando; y cáteme usted las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, y las longanizas arrastrándose más súbitas que culebras, encarminarse hacia el morral sin perder la derechura. El montañés dueño de la tienda, y el montañuco su hijo, corrían detrás dando cada trancazo que un pie perdía de vista al otro; pero ¿quién los atajaba, si las hogazas rodaban desatinadas como chinas cuestas abajo, y las longanizas se les escurrían entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comía más que un cáncer, y aquel día tenía más hambre que Dios paciencia, se dió un hartagón de los cumplidos, de los de no puedo más.

Al anochecer llegó a un pueblo; como era licenciado del ejército tenía alojamiento, por lo cual se encaminó al Ayuntamiento, para que le diesen boleta.

—Soy un pobre soldado, señor, le dijo al alcalde, que después de veinticuatro años de servir al Rey, sólo me hallé con una libra de pan y seis maravedís que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si quería lo alojaría en una hacienda cercana, a la que nadie quería ir porque había muerto en ella un condenado, y que desde entonces había asombro; pero que si él era valiente y no le temía al asombro, podía ir, que allí hallaría de cuanto Dios crió, pues el condenado había sido muy riquísimo.

—Señor, Juan Soldado ni debe ni teme, contestó éste, y allá voy a encamparme en un decir tilín.

En aquella posesión se halló Juan Soldado el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, le despensa de las bien provistas, y los sobrados estaban atestados de fruto.

Lo primero que hizo a prevención por lo que pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que a los borrachos se les tapaba la vena del miedo; en seguida encendió candela y se sentó a ella para hacer unas migas de tocino.

Apenas estaba sentado, cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea y decía:—¿Caigo?

—Cae si te da la gana, respondió Jaun Soldado, que ya estaba pintón con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho y espalda; que el que ha servido venticuatro años al rey sin sacar más que una libra de pan y seis maravedís, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó a la mismita vera suya la pierna de un hombre: a Juan Soldado le dió un espeluzo que se le erizaron los vellos como el pelo a un gato acosado; tomó el jarro y le dió un testarazo.

—¿Quieres que te entierre?, le preguntó Juan Soldado.—La pierna dijo con el dedo del pie que no.

—Pues púdrete ahí, dijo Juan Soldado.

De allí a nada volvió a decir la misma voz de antes.

—¿Caigo?

—Cae si te da la gana, respondió Juan Soldado dándole un testarazo al jarro; que quien ha servido veinticuatro años al rey, no teme ni debe.

Cayó entonces al lado de la pierna su compañera. Para acabar presto, de esta manera fueron cayendo los cuatro cuartos de un hombre, y por último la cabeza, que se pegó a los cuartos y entonces se puso en pie en una pieza, no un cristiano, sino un espectáculo fiero, como que era el mismísimo condenado en cuerpo y alma.

—Juan Soldado, dijo con un vocejón que helaba la sangre en las venas; ya veo que eres valiente.

—Sí, señor, respondió éste: lo soy, no hay que decir, ni hartura ni miedo ha conocido Juan Soldado en la vida de Dios; pues a pesar de eso, ha de saber su mercé, que en veinticuatro años que he servido al rey, lo que he venido a sacar ha sido una libra de pan y seis maravedís.

—No te apesadumbres por eso, dijo el espectáculo, pues si haces lo que te voy a decir salvarás mi alma, y serás feliz; ¿ quieres hacerlo?

—Sí señor, sí señor, mas que sea lañarle a su mercé los cuartos para que no se le vuelvan a desperdigar.

—Lo malo que tiene, dijo el espectáculo, es que me parece que estás borracho.

—No señor, no señor, no estoy sino calomelano, pues ha de saber su mercé que hay tres clases de borracheras: la primera, es de escucha y perdona; la segunda. es de capa arrastrando; y la tercera, de medir el suelo: yo no he pasado de escucha y perdona, señor.

—Pues sígueme, dijo el espectáculo.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó haciendo su cuerpo para aquí, para allá, como santo en andas, y tomó el candil; pero el espectáculo alargó un brazo como una garrocha y apagó la luz.—No se necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron a la bodega, dijo el espectáculo.

—Juan Soldado, toma una azada y abre aquí un hoyo.

Ábralo usted con toda su alma si le da la gana, respondió Juan Soldado, que yo no he servido veinticuatro años al rey sin sacar más provecho que una libra de pan y seis maravedís, para ponerme ahora a servir a otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectáculo tomó la azada, cavó y sacó tres tinajas, y le dijo a Juan Soldado.

—Esta tinaja está llena de cuartos, que repartirás a los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufragio para mi alma; y esta última está llena

de oro, que será para ti si me prometes emplear el contenido de las otras según lo he dispuesto .

Pierda su mercé cuidado, respondió Juan Soldado; veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar más premio que una libra de pan y seis maravedís, con que ya ve su mercé si lo haré ahora en que tan buena recompensa me promete. Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectáculo, y se quedó hecho un Usía muy considerable, con tanto oro como había en su tinaja.

Pero a quien le supo todo lo acaecido a cuerno quemado, fué a Lucifer, que se quedó sin el alma del condenado por lo mucho que por ella rezaron la iglesia y los pobres, y no sabía cómo vengarse de Juan Soldado.

Había en el infierno un Satanasillo más ladino y más astuto que ninguno, que le dijo a Lucifer que él se determinaba a traerle a Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le prometió al chico si le cumplía lo ofrecido, regalarle una jarapada de moños y de dijes para tentar y pervertir a las hijas de Eva, y una multitud de barajas y de pellejos de vino para seducir y perder a los hijos de Adán.

Estaba Juan Soldado sentado en su corral, cuando vió llegar muy diligente al Satanasillo, que le dijo:

—Buenos días, señor don Juan.

—Me alegro de verte, monicaquillo; ¡qué feo eres! ¿Quieres tabaquear?

—No fumo, don Juan, sino pajuelas.

—¿Quieres echar un trago?

—No bebo sino agua fuerte.

—Pues entonces ¿a qué vienes, alma de Caín?

—Al llevarme a su mercé.

—Sea en buen hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rey para tocar retirada ante un enemiguillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe, ¿estás? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamañas como

hogazas de pan, mientras yo voy por las alforjas, porque se me antoja que la vereda que vamos a andar es larga.

Satanasillo, que era goloso, se subió en la higuera y se puso a engullir brevas, entre tanto que Juan Soldo fué por su morral, que se colocó, y volvió al corral gritando al Satanasillo:—¡Al morral!

El diablo chico, pegando cada hipío que asombraba, y haciendo cada contorsión que metía miedo, no tuvo más remedio que colar en el morral.

Juan Soldado tomó un dique de herrero y empezó a sacudir trancazos sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos harina.

Dejo a la consideración del noble auditorio el coraje que tendría Lucifer, cuando vió llegar a su presencia a su Benjamín, a su ojito derecho, todo derrengado y sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

—¡Por los cuernos de la luna! gritó, aseguro que ese descarado hampón de Juan Soldado me las ha de pagar todos juntas; allá voy yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita, estaba prevenido y tenía colgado su morral, así fué apenas se presentó Lucifer echando fuego por los ojos y cohetes por la boca, plantósele Juan Soldado delante con muchísima serenidad, y le dijo:

—Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que lo sepas.

—Lo que has de saber tú, fanfarrón tragalbadas, es que te voy a meter en el infierno en un decir Satán, dijo bufando Lucifer.

—¿Tú a mí? ¿tú a Juan Soldado? ¡fácil era! Lo que tú no sabes, compadre Soberbia, es que quien te va a meter el resuello para adentro, soy yo.

—¡Tú, vil gusano terrestre!

—Yo a ti, gran fantasmón, en un morral te voy a meter, a ti, a tu rabo y a tus cuernos.

—Basta de jactancia, dijo Lucifer alargando su gran brazo, y sacando sus tremendas uñas.

—¡Al morral! exclamó en voz de mando Juan Soldado.

Y por más que Lucifer se repercutó, por más que se repeló, se defendió y se hizo un ovillo, por más que bramó, bufó y aulló, al morral fué de cabeza sin que hubiese tu tía.

Juan Soldado trajo un mazo, y empezó a descargar sobre el morral cada taramazo que hacía hoyo, hasta que dejó a Lucifer más aplastado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos dejó ir al preso, y le dijo:

—Mira que ahora me contento con esto, pero si te atreves a volver a ponérteme delante, gran sinvergonzón, tan cierto como que he servido al rey veinticuatro años sin haber sacado más que una libra de pan y seis maravedís, que te arranco la cola, los cuernos y las uñas, y veremos entonces a quién metes miedo. Estás prevenido.

Cuando su corte infernal vió llegar al diablo mayor, lisiado, tullido, más transparente que tela de tamiz y con el rabo entre piernas como perro despedido a palos, se pusieron todos aquellos ferósticos, a echar sapos y culebras.

—Después de esto, ¿qué hacemos señor?, preguntaron a una voz.

—Mandar venir cerrajeros para que hagan cerrojos para las puertas, albañiles para que tapen bien todas las rayas y boquetes del infierno, a fin de que no entre, no cuele ni aporte por aquí el gran insolentón de Juan Soldado, les respondió Lucifer.

Lo que al punto se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, tomo su morral y se encaminó para el cielo.

A la puerta se halló con San Pedro, que le dijo:

—¡Hola! bien venido: ¿dónde se va amigo?

—Toma, respondió muy fantasioso Juan Soldado, a entrar.

—¡Eh, párese usted, compadre, que no entra cada quisque en el cielo como Pedro por su casa! ¿Veamos qué méritos trae usted?

—Pues no es nada, respondió Juan Soldado muy sobre sí: he servido venticuatro año sal rey, sin sacar más recompensa que una libra de pan y seis maravedís. ¿Le parece a su mercé poco?

—No basta, amigo, dijo San Pedro.

—¿Qué no basta? repuso Juan Soldado dando un paso adelante: veremos.

San Pedro le atajó el paso.

—¡Al morral!, mandó Juan Soldado.

—Juan, hombre, cristiano, ten respeto, ten consideración.

—¡Al morral! que Juan Soldado ni teme ni debe.

Y San Pedro que quiso, que no, tuvo que colar en el morral.

—Suéltame, Juan Soldado, le dijo, considera que las puertas del cielo están abiertas y sin custodia, y que puede colarse allí cualquiera alma de cántaro.

—Eso era cabalmente lo que yo quería, dijo Juan Soldado entrándose adentro muy pechisacado y cuellierguido; pues diga usted, señor don Pedro, ¿le parece a su mercé regular que después de veinticuatro años de servir al rey allá abajo, sin haber sacado más que una libra de pan y seis maravedís, no halle yo por acá arriba mi cuartel de inválidos?

AHÍ ME LAS DEN TODAS

Había una vez un tramposo que a todo el mundo debía y no pagaba a nadie. Uno de sus acreedores se fué a quejar al juez, el que mandó al deudor un alguacil con la intimación de que pagase al punto. El alguacil era muy grave, y por respuesta a la inti-

mación recibió una bofetada. Volvióse al juzgado y le dijo al juez. — Señor, cuando voy a notificar algo de parte V. S. ¿a quién represento? — A mí, contestó el juez. — Pues señor, prosiguió el alguacil señalando su carrillo, a esta cara de V. S. han dado una bofetada. —*Ahí me las den todas*, repuso el juez.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

LA AJORCA DE ORO

I

Ella era hermosa, hermosa con esa hermosura que inspira el vértigo; hermosa con esa hermosura que no se parece en nada a la que soñamos en los ángeles, y que, sin embargo, es sobrenatural; hermosura diabólica, que tal vez presta el demonio a algunos seres para hacerlos sus instrumentos en la tierra.

Él la amaba; la amaba con ese amor que no conoce freno ni límites; la amaba con ese amor en que se busca un goce y sólo se encuentran martirios; amor que se asemeja a la felicidad, y que, no obstante, parece infundir el cielo para la expiación de una culpa.

Ella era caprichosa, caprichosa y extravagante, como todas las mujeres del mundo.

Él, supersticioso, supersticioso y valiente, como todos los hombres de su época.

Ella se llamaba María Antúnez.

Él Pedro Alfonso de Orellana.

Los dos eran toledanos, y los dos vivían en la misma ciudad que los vió nacer.

La tradición que refiere esta maravillosa historia, acaecida hace muchos años, no dice nada más acerca de los personajes que fueron sus héroes.

Yo, en mi calidad de cronistas verídico, no añadiré

ni una sola palabra de mi cosecha para caratèrizarlos mejor.

II

Él la encontró un día llorando y le preguntó: — ¿Por qué lloras,

Ella se enjugó los ojos, le miró fijamente, arrojó un suspiro y volvió a llorar.

Pedro entonces, acercándose a María, le tomó una mano, apoyó el codo en un pretil árabe desde donde la hermosa miraba pasar la corriente del río, y tornó a decirle: — ¿Por qué lloras,

El Tajo se retorcía gimiendo al pie del mirador entre las rocas sobre que se asienta la ciudad imperial. El sol trasponía los montes vecinos, la niebla de la tarde flotaba como un velo de gasa azul, y sólo el monotono ruido del agua interrumpía el alto silencio.

María exclamó: — No me preguntes por qué lloro, no me lo preguntes; pues ni yo sabré contestarte, ni tú comprenderme. Hay deseos que se ahogan en nuestra alma de mujer, sin que los revele más que un suspiro; ideas locas que cruzan por nuestra imaginación, sin que ose formularlas el labio; fenómenos incomprensibles de nuestra naturaleza misteriosa, que el hombre no puede ni aún concebir. Te lo ruego, no me preguntes la causa de mi dolor; si te la revelase, acaso te arrancaría a una carcajada.

Cuando estas palabras expiraron, ella tornó a inclinar la frente, y él a reiterar sus preguntas.

La hermosa, rompiendo al fin su obstinado silencio, dijo a su amante con voz sorda y entrecortada:

—Tú lo quieres, es una locura que te hará reir; pero no importa: te lo diré, puesto que lo deseas.

Ayer estuve en el templo. Se celebraba la fiesta de la Virgen; su imagen, colocada en el altar mayor sobre un escabel de oro, resplandecía como un ascua de fue-

go; las notaes del órgano temblaban dilatándose de eco en eco por el ámbito de la iglesia, y en el coro los sacerdotes entonaban el *Salve Regina.*

Yo rezaba, rezaba absorta en mis pensamientos religiosos, cuando maquinalmente levanté la cabeza y mi vista se dirigió al altar. No sé por qué mis ojos se fijaron desde luego en la imagen, digo mal, en la imagen no; se fijaron en un objeto que hasta entonces no había visto, un objeto que, sin poder explicármelo llamaba sobre sí toda mi atención. No te rías... aquel objeto era la ajorca de oro que tiene la Madre de Dios en uno de los brazos en que descansa su divino Hijo... Yo aparté la vista y torné a rezar... ¡Imposible! Mis ojos se volvían involuntariamente al mismo punto. Las luces del altar, reflejándose en las mil facetas de sus diamantes, se reproducían en una manera prodigiosa. Millones de chispas de luz, rojas y azules, verdes y amarillas, volteaban alrededor de las piedras como un torbellino de átomos de fuego, como una vertignosa ronda de esos espíritus de las llamas que fascinan con su brillo y su increíble inquietud...

Salí del templo, vine a casa, pero vine con aquella idea fija en la imaginación. Me acosté para dormir; no pude... Pasó la noche, eterna con aquel pensamiento. Al amanecer se cerraron mis párpados, y, ¿lo creerás? aun en el sueño veía cruzar, perderse y tornar de nuevo una mujer, una mujer morena y hermosa, que llevaba la joya de oro y de pedrería; una mujer, sí, porque ya no era la Virgen que yo adoro y ante quien me humillo; era una mujer, otra mujer como yo que me miraba y se reía mofándose de mí. — ¿La ves? — parecía decirme, mostrándome la joya. — ¡Cómo brilla! Parece un círculo de estrellas arrancadas del cielo de una noche de verano. ¿La ves? pues no es tuya, no lo será nunca, nunca... Tendrás acaso otras mejores, más ricas, si es posible; pero ésta, ésta qué resplandece de un modo tan fantástico, tan fascinador... nunca... nunca... — Desperté; pero con

la misma idea fija aquí, entonces como ahora semejante a un clavo ardiente, diabólica, incontrastable, inspirada sin duda por el mismo Satanás... ¿Y qué? Callas, callas y doblas la frente... ¿No te hace reir mi locura?

Pedro, con un movimiento convulsivo, oprimió el puño de su espada, levantó la cabeza, que en efecto había inclinado, y dijo con voz sorda:

—¿Qué Virgen tiene esa presea?

—La del Sagrario — murmuró María.

—¡La del Sagrario! — repitió el joven con acento de terror: — ¡la del Sagrario de la catedral!... Y en sus facciones se retrató un instante el estado de su alma espantada de una idea.

¡Ah! ¿por qué no la posee otra Virgen? — prosiguió con acento enérgico y apasionado; — ¿por qué no la tiene el azobispo en su mitra, el rey en su corona, o el diablo entre sus garras? Yo se la arrancaría para ti, aunque me costase la vida o la condenación. Pero a la virgen del Sagrario, a nuestra Santa Patrona, yo... yo que he nacido en Toledo, ¡imposible! imposible!

—¡Nunca! — murmuró María con voz casi imperceptible; — ¡nunca!

Y siguió llorando.

Pedro fijó una mirada estúpida en la corriente del río. En al corriente, que pasaba y pasaba sin cesar ante sus extraviados ojos, quebrándose al pie del mirador entre las rocas sobre que se asienta la ciudad imperial.

III

¡La Catedral de Toledo! Figuraos un bosque de gigantes palmeras de granito que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la que se guarece y vive, con la vida que le ha prestado el genio, toda una creación de seres imaginarios y reales.

Figuraos un caos incomprensible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves los rayos de colores de las ojivas; donde lucha y se pierde con la obscuridad del santuario el fulgor de las lámparas.

Figuraos un mundo de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como su parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado a porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes.

En su seno viven el silencio, la majestad, la poesía del misticismo, y un santo horror que defiende sus umbrales contra los pensamientos mundanos y las mezquinas pasiones de la tierra.

La consunción material se alivia respirando el aire puro de las montañas; el ateísmo debe curarse respirando su atmósfera de fe.

Pero si grande, si imponente se presenta la catedral a nuestros ojos a cualquier hora que se penetra en su recinto misterioso y sagrado, nunca produce una impresión tan profunda como en los días en que despliega todas las galas de su pompa religiosa, en que sus tabernáculos se cubren de oro y pedrería, sus gradas de alfombras y sus pilares de tapices.

Entonces, cuando arden despidiendo un torrente de luz sus mil lámparas de plata; cuando flota en el aire una nube de incienso, y las voces del coro, y la armonía de los órganos y las campanas de la torre estremecen el edificio desde sus cimientos más profundos hasta las más altas agujas que lo coronan, entonces es cuando se comprende, al sentirla, la tremenda majestad de Dios que vive en él, y lo anima con su soplo y lo llena con el reflejo de su omnipotencia.

El mismo día en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir, se celebraba en la catedral de Toledo el último de la magnífica octava de la Virgen.

La fiesta religiosa había traído a ella una multitud inmensa de fieles; pero ya ésta se había dispersado en todas direcciones; ya se habían apagado las luces de las capillas y del altar mayor, y las colosales puertas del templo habían rechinado sobre sus goznes para cerrarse detrás del último toledano, cuando de entre las sombras, y pálido, tan pálido como la estatua de la tumba en que se apoyó un instante mientras dominaba su emoción, se adelantó un hombre que vino deslizándose con el mayor sigilo hasta la verja del crucero. Allí la claridad de una lámpara permitía distinguir sus facciones.

Era Pedro.

¿Qué había pasado entre los dos amantes para que se arrestara al fin a poner por obra una idea que sólo el concebirla había erizado sus cabellos de horror? Nunca pudo saberse.

Pero él estaba allí, y estaba para llevar a cabo su criminal propósito. En su mirada inquieta, en el temblor de sus rodillas, en el sudor que corría en anchas gotas por su frente, llevaba escrito su pensamiento.

La catedral estaba sola, completamente sola, y sumergida en un silencio profundo.

No obstante, de cuando en cuando se percibían como unos rumores confusos: chasquidos de madera tal vez, o murmullos del viento, o ¿quién sabe? acaso ilusión de la fantasía, que oye y ve y palpa en su exaltación lo que no existe ; pero la verdad era que ya cerca, ya lejos, ora a sus espaldas, ora a su lado mismo, sonaban como sollozos que se comprimen, como roce de telas que se arrastran, como rumor de pasos que van y vienen sin cesar.

Pedro hizo un esfuerzo para seguir en su camino; llegó a la verja, y subió la primera grada de la capilla mayor. Alrededor de esta capilla están las tumbas de los reyes, cuyas imágenes de piedra, con la mano en la empuñadura de la espada, parecen velar noche y

día por el santuario a cuya sombra descansan todos por una eternidad.

—¡Adelante!—murmuró en voz baja, y quiso andar y no pudo. Parecía que sus pies se habían clavado en el pavimento. Bajó los ojos, y sus cabellos se erizaron de horror: el suelo de la capilla lo formaban anchas y oscuras losas sepulcrales.

Por un momento creyó que una mano fría y descarnada le sujetaba en aquel punto con una fuerza invencible. Las moribundas lámparas, que brillaban en el fondo de las naves como estrellas perdidas entre las sombras, oscilaron a su vista, y oscilaron las estatuas de los sepulcros y las imágines del altar, y osciló el templo todo con sus arcadas de granito y sus machones de sillería.

—¡Adelante!—volvió a exclamar Pedro como fuera de sí, y se acercó al ara, y trepando por ella subió hasta el escabel de la imagen. Todo alrededor suyo se revestía de formas quiméricas y horribles; todo era tinieblas y luz dudosa, más imponente aún que la oscuridad. Sólo la Reina de los cielos, suavemente iluminada por una lámpara de oro, parecía sonreir tranquila, bondadosa y serena, en medio de tanto horror.

Sin embargo, aquella sonrisa muda e inmóvil que le tranquilizara un instante, concluyó por infundirle temor; un temor más extraño, más profundo que el que hasta entonces había sentido.

Tornó empero a dominarse, cerró los ojos para no verla, extendió la mano con un movimiento convulsivo y le arrancó la ajorca de oro, piadosa ofrenda de un santo arzobispo; la ajorca de oro cuyo valor equivalía a una fortuna.

Ya la presea estaba en su poder; sus dedos crispados la oprimían con una fuerza sobrenatural; sólo restaba huir, huir con ella; pero para esto era preciso abrir los ojos, y Pedro tenía miedo de ver, de ver la imagen, de ver los reyes de las sepulturas, los demonios de las cornisas, los endriagos de los capiteles, las fajas

de sombras y los rayos de luz que, semejantes a blancos y gigantescos fantasmas, se movían lentamente en el fondo de las naves, pobladas de rumores temerosos y extraños.

Al fin abrió los ojos, tendió una mirada, y un grito agudo se escapó de sus labios.

La catedral estaba llena de estatuas, estatuas que, vestidas con luengos y no vistos ropajes, habían descendido de sus huecos, y ocupaban todo el ámbito de la iglesia, y le miraban con sus ojos sin pupila.

Santos, monjas, ángeles, demonios, guerreros, damas, pajes, cenobitas y villanos, se rodeaban y confundían en las naves y en el altar. A sus pies oficiaban, en presencia de los reyes, de hinojos sobre sus tumbas, los arzobispos de mármol que él había visto otras veces, inmóviles sobre sus lechos mortuorios, mientras que arrastrándose por las losas, trepando por los machones, acurrucados en los doseles, suspendidos de las bóvedas, pululaban, como los gusanos de un inmenso cadáver, todo un mundo de reptiles y alimañas de granito, quiméricos, deformes, horrorosos. ¡Ya no pudo resistir más. Las sienes le latieron con una violencia espantosa; una nube de sangre oscureció sus pupilas; arrojó un segundo grito, un grito desgarrador y sobrehumano, y cayó desvanecido sobre el ara.

Cuando al otro día los dependientes de la iglesia le encontraron al pie del altar, tenía aún la ajorca de oro entre sus manos, y al verlos aproximarse, exclamó con una estridente carcajada:

—¡Suya, suya!

El infeliz estaba loco.

4. - LA HISTORIA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

BARTOLOMÉ MITRE

LA ABDICACIÓN DE SAN MARTÍN

Se ha dicho, con verdad, que sólo dos grandes figuras de los tiempos modernos bajaron tranquilas de la cima de la grandeza: — Wáshington y San Martín, — porque ellos no fueron ni poder, ni ambición, ni partidos, ni odios, ni gloria egoísta, sino una misión que debía concluir en un día irrevocable, en medio de la propia existencia.

Wáshington no abdicó. Al colgar su espada después del triunfo, y entregar el poder público en manos de un pueblo libre, afirmó la corona cívica sobre sus sienes, siguió sin violencia el ancho camino que le estaba trazado, y alumbrado por astros propicios se extinguió en el reposo con la angélica serenidad de los genios tutelares.

San Martín abdicó en medio de la lucha, antes de completar su obra, no por su voluntad, como él lo dijo en su despedida y como se ha creído por mucho tiempo, sino forzado por la lógica de su destino y obedeciendo a las inspiraciones del bien; y en

haberlo reconocido en tiempo bajo los auspicios de la razón serena, consiste la grande moral de su sacrificio. Buscó su camino en medio de la tempestad en que su alma se agitaba, y lo encontró; y tuvo previsión, abnegación, y fortaleza para seguirlo, y por eso el sacrificio no fué estéril.

El Perú había sido libertado por un puñado de cuatro mil hombres (dos mil argentinos y dos mil chilenos) contra veintitrés mil soldados, que mantenían en alto los últimos pendones del rey de España en toda la extensión del continente americano. San Martín, sosteniendo en sus brazos robustos, como muy bien se ha dicho, el cadáver de su pequeño ejército diezmado por la peste y los combates, había declarado la independencia del Perú.

Esta grande empresa, realizada con tan pobres medios, con tanta economía de fuerzas y de sangre, y tan feccundos resultados, se caracteriza como profunda combinación política y militar, en que circunscribió la lucha de la independencia americana a un punto estratégico; en que forzó el último baluarte de la dominación española en Sud América; en que hirió el poder colonial en el corazón, con la espada de Chacabuco y Maipo; en que encerró en un palenque sin salida a los últimos ejércitos republicanos y realistas dentro del cual debía decidirse por un supremo y definitivo combate a muerte, la causa de la emancipación de un nuevo mundo.

Desde ese momento, el triunfo de la causa de la independencia americana dejó de ser un problema militar y político: fué simplemente cuestión de más esfuerzos y tiempo.

Desde ese día, el sol, al levantarse sobre del hemisferio de Colón, no alumbró más esclavos que los que aun continuaban aherrojados bajo las plantas de los últimos ejércitos realistas, atrincherados en las montañas del Perú.

Pero, para alcanzar la victoria definitiva, era

necesario que el mismo Perú, hondamente revolucionado, pusiese sobre las armas diez mil soldados más, y el Perú no podía ponerlos. Chile no podía repetir el supremo esfuerzo que había hecho, para remontar sus tropas expedicionarias. La República Argentina, política y socialmente disuelta, al mismo tiempo que sus hijos ausentes emancipaban lejanos pueblos, no podía enviar nuevos contingentes a su ejército libertador de los Andes.

Mientras tanto, las legiones triunfantes de Bolívar, que desde las bocas del Orinoco habían cruzado de mar a mar el continente, se encontraban con las de San Martín, que desde el Plata habían cruzado al Pacífico, dominándolo; y bajo la línea ardiente del Ecuador y al pie del Chimborazo, se saludaban las banderas independientes de las Provincias Unidas del Río de la Plata, de Chile, del Perú y de Colombia, sellando la alianza continental con una nueva victoria alumbrada por los fuegos volcánicos del Pichincha.

En tal situación, Colombia era el árbitro de los destinos del Nuevo Mundo, y en manos del Libertador Bolívar estaba la masa hercúlea que debía dar el golpe final, en el supremo y definitivo combate que iba a librarse en el Perú.

Para concentrar este supremo esfuerzo, los dos grandes Libertadores se encontraron en aquel punto céntrico del mundo en que sus soldados habían fraternizado. Sus miradas se cruzaron como dos relámpagos en la región tempestuosa de las nubes; sus brazos se unieron, pero sus almas no se confundieron, porque comprendieron que, aunque profesaban una misma religión, no pertenecían a la misma raza moral.

Bolívar era el genio de la ambición delirante, con el temple férreo de los varones fuertes, con el corazón lleno de pasiones sin freno, con la cabeza poblada de flotantes sueños políticos, sediento de gloria,

de poder, de resplandor, de estrépito, que acaudillando heroicamente una gran causa, todo lo refería a su personalidad invasora y absorbente. Él mismo se ha retratado así prorrumpiendo en uno de sus teatrales simulacros de renuncia del mando supremo:—"Salvadme de mí mismo, porque la espada que libertó a Colombia no es la balanza de Astrea".

San Martín era el vaso opaco de la Escritura que escondía la luz en el interior del alma: el héroe impersonal que tenía la ambición honrada del bien común, por todos los medios, por todos los caminos, y con todos los hombres de buena voluntad, según él mismo se ha definido en la intimidad con estas sencillas palabras:—"Un americano, republicano por principios, que sacrifica sus mismas inclinaciones por el bien de su suelo".

Por eso los dos murieron en el ostracismo. El uno en su edad viril, precipitado de lo alto, con las entrañas devoradas por el buitre de su inextinguible ambición personal, llorando hasta sus últimos momentos el poder perdido. El otro descendió sereno y resignado la pendiente del valle de la vida, con la estoica satisfacción del deber cumplido, guardando en su ancianidad el secreto roedor de sus tristezas, como en los heroicos días de su épica carrera había guardado el sigilo pavoroso de sus grandes concepciones militares.

Estas dos naturalezas opuestas y compactas, fuerte la una por sus defectos en el choque, y la otra por sus calidades en la resistencia, se midieron como dos gigantes al abrazarse, y se penetraron mutuamente. San Martín fué vencido por el egoísmo imperioso de Bolívar; pero San Martín venció a su rival en gloria, mostrándose moralmente más grande que él.

El Libertador de Colombia alcanzará más triunfos, cosechará más laureles y merecerá más la admiración de la historia por su gloriosa epopeya terminada.

El Libertardor argentino, venciendo las más ardua-

dificultades preparando el camino y venciéndose a sí mismo, merecerá en los tiempos la simpatía etérea de las almas bien equilibradas.

San Martín, con su alto buen sentido, dándose cuenta clara de la situación y de sus deberes para con ella, se inmoló fríamente en aras de una ambición implacable, que era una fuerza eficiente, y cuya dilatación fatal era indispensable al triunfo de su causa.

Los realistas conservaban aún diez y nueve mil hombres en las montañas del Perú, San Martín apenas contaba con ocho mil quinientos, y necesitaba forjar nuevos rayos para continuar la lucha. Bolívar, al frente del victorioso ejército de Colombia, tenía en sus manos el rayo, que a uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder español en América; pero a condición de no compartir con nadie su gloria olímpica.

Ante esta solemne expectativa, San Martín reconoció el temple de sus armas de combate, y vió que el Perú flaqueaba, que su opinión pública estaba sublevada, que su ejército no tenía ya el acerado temple de Chacabuco y Maipo, y que no podría dominar estos elementos rebeldes sino haciéndose tirano. — Interrogó al porvenir, y previendo que en un término fatal su gran personalidad se chocaría con la de Bolívar, dando quizá un escándalo al mundo, y retardando de todos modos el triunfo de la América con mayores sacrificios para ella, prefirió eliminarse como obstáculo. Sondeó su conciencia, comprendió que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria, y reconociéndose sin voluntad para ser tirano y sin poder moral y material para continuar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó y entregó a Bolívar la espada de Chacabuco y Maipo, después que se convenció de que su ofrecimiento de servir no sería aceptado.

Tal es el significado histórico y el sentido moral de la abdicación de San Martín.

5. - LA CRÍTICA Y LA ERUDICIÓN

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

LOS VERSOS DE ANTONIO MACHADO

En el zodíaco poético de nuestra España actual hay un signo Géminis: los Machado, hermanos y poetas. El uno, Manuel, vive en la ribera del Manzanares. Es su musa más bien escarolada, ardiente, jacarandosa; cuando camina, recoge con desenvoltura el vuelo flameante de su falda almidonada y sobre el pavimento ritma los versos con el aventajado tacón. El otro, Antonio, habita las altas márgenes del Duero y empuja meditabundo el volumen de su canto como si fuera una fatal dolencia.

Mas dentro del pecho llevamos una máquina de preferir, y, menesteroso de resolverme por uno de ambos, me quedo con la poesía de Antonio, que me parece más casta, densa y simbólica.

Sólo conozco dos libros suyos: creo que no hay más; pero no lo sé de cierto. En 1907 publicó "Soledades", y ahora en este año, en este ominoso, gravitante, enorme silencio español, da al canto unos "Campos de Castilla".

En las páginas que inician esta última colección, compone el poeta su autorretrato, y, aparte detalles biográficos, donde con ademán que expresa una cierta fatalidad nos dice:

ya conocéis mi torpe aliño indumentario,

hace en cuatro versos su acto de fe poética:

¿Soy clásico o romántico? No lo sé. Dejar quisiera
mi verso como deja el capitán su espada,
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Este verso postrero es admirable: en la concavidad de su giro se dan un beso la vieja poesía y una nueva que emerge y se anuncia. El verso como una espada en ejercicio y no de panoplia o Museo; una espada que hiere y que mata, y en cuyo filo al aire libre los rayos del sol se dejaban cortar, riendo muchachilmente. El verso como una espada en uso, es decir, puesta al extremo de un brazo que lleva al otro extremo las congojas de un corazón.

Hubo un tiempo en que se llamaba poesía a esto:

Era una tarde del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto, Anquises y Medea...

Cuando vinimos al mundo se nos dijo que esto era poesía. ¿Cómo puede pedírsenos que el mundo nos parezca cosa grata y de alborozo? Reinaba entonces una poesía de funcionario. Era bueno un verso cuando se parecía hasta confundirse a la prosa, y era la prosa buena cuando carecía de ritmo. Fué preciso empezar por la rehabilitación del material poético: fué preciso insistir hasta con exageración en que una strofa es una isla encantada, donde no puede penetrar ninguna palabra del prosaico continente sin dar una voltereta en la fantasía y transfigurarse, cargándose de nuevos efluvios como las naves otro tiempo se colmaban en Ceilán de especias. De la conversación ordinaria a la poesía no hay pasarela. Todo tiene que morir antes para renacer luego convertido en metáfora y en reverberación sentimental.

Esto vino a enseñarnos Rubén Darío, el indio divino, domesticador de palabras, conductor de los corceles rítmicos. Sus versos han sido una escuela de forja poética. Ha llenado diez años de nuestra historia literaria.

Pero ahora es preciso más: recobrada la salud estética de las palabras, que es su capacidad ilimitada de expresión, salvado el cuerpo del verso, hace falta resucitar su alma lírica. Y el alma del verso es el alma del hombre que lo va componiendo. Y esta alma no puede a su vez consistir en una estratificación de palabras, de metáforas, de ritmos. Tiene que ser un lugar por donde dé su aliento el universo, respiradero de la vida esencial, *spiraculum vitae*, como decían los místicos alemanes.

Yo encuentro en Machado un comienzo de esta novísima poesía, cuyo más fuerte representante sería Unamuno si no despreciara los sentidos tanto. Ojos, oídos, tacto son la hacienda del espíritu; el poeta muy especialmente tiene que comenzar por una amplia cultura de los sentidos. El poeta tendrá siempre sobre el filósofo esta dimensión de la sensualidad.

Pero dejemos tan difícil cuestión. Antonio Machado manifestó ya en "Soledades" su preferencia por una poesía emocional y consiguientemente íntima, lírica frente a la poesía descriptiva de sus contemporáneos. Allí se lee, por ejemplo:

Y pensaba: "¡Hermosa tarde, nota de la lira inmensa
toda desdén y armonía;
hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía
de este rincón vanidoso, oscuro rincón que piensa!"

Y también:

Nosotros exprimimos
la penumbra de un sueño en nuestro vaso...
y algo, que es tierra en nuestra carne, siente
la humedad del jardín como un halago.

donde revive aquella arcaica filosofía de Anaxágoras, eternamente poética, según la cual yacen en cada cosa elementos de las sustancias que componen todas las demás, y por eso se entienden, conocen, conviven y al crepúsculo lloran juntas los comunes dolores. Así, en el hombre hay agua, tierra, fuego, aire e infinitas otras materias.

Más adelante leemos:

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.

Sin embargo, no se ha libertado aún el poeta en grado suficiente de la materia descriptiva. Hoy por hoy significa un estilo de transición. El paisaje, las cosas en torno persisten, bien que volatilizadas por el sentimiento, reducidas a claros símbolos esenciales. Por otra parte, la cumplida sobriedad de los cantos y letrillas populares le ha movido a simplificar cada vez más la textura de sus evocaciones, dispuestas ya a la sencillez, al vigor y a la transparencia por la condición del poeta, que, según nos confiesa, va incitado por "un corazón de ritmo lento".

De esta manera ha llegado al edificio de estrofas, donde el cuerpo estético es todo músculo y nervio, todo sinceridad y justeza, hasta el punto que pensamos si no será lo más fuerte que se ha compuesto muchos años hace sobre los campos de Castilla.

Véase dos o tres veces, sopesando cada palabra, este trozo:

Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,
y una redonda loma cual recamado escudo,
y cárdenos alcores sobre la parda tierra
— harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra —
las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero
para formar la corva ballesta de un arquero

en torno a Soria — Soria es una barbacana
hacia Aragón — que tiene la torre castellana. —
Veía el horizonte cerrado por colinas
oscuras, coronadas de robles y de encinas;
desnudos peñascales, algún humilde prado
donde el merino pace y el toro, arrodillado
sobre la yerba, rumia; las márgenes del río
lucir sus verdes álamos al claro sol de estío...

¿No es esta nuestra tierra santa de la vieja Castilla bajo uno de sus aspectos, el noble y el digno de veneración honda, pero recatada? Mas nótese que no estriba el acierto en que los alcores se califiquen de cárdenos ni la tierra de parda. Estos adjetivos de colores se limitan a proporcionarnos como el mínimo aparato alucinatorio que nos es forzoso para que actualicemos, para que nos pongamos delante una realidad más profunda, poética, y sólo poética, a saber: la tierra de Soria humanizada bajo la especie de un guerrero con casco, escudo, arnés y ballesta, erguido en la barbacana. Esta fuerte imagen subyacente da humana reviviscencia a todo el pasaje y provee de nervios vivaces, de aliento y de personalidad a la pobre realidad inerte de la cárdena y parda gleba. En la materia sensible de colores y formas queda así inyectada la historia de Castilla, sus gestas bravías de fronteriza raza, su angustia económica pasada y actual; y todo ello sin ninguna referencia erudita, que nada puede decir a nuestros sentidos.

En otra composición, "Por tierras de España", se habla, en fin, del hombre de estos campos, que

hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares;
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

Es el natural producto de estas provincias, donde

veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
— no fué por estos campos el bíblico jardín —;
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.

Como antes el paisaje se alza transfigurado en guerrero, aquí el labriego es disuelto en su agreste derredor y queda sometido trágicamente a los ásperos destinos de la tierra que trabaja.

AZORÍN

GALDÓS

(De "Lecturas Españolas")

En el ocaso de una larga y honrada vida de trabajo, D. Benito Pérez Galdós se ha quedado casi ciego. No puede ya escribir por sí mismo sus libros; los dicta. D. Benito Pérez Galdós es un anciano alto, recio, un poco encorvado; viste sencillamente; cubre su cabeza un sombrero blando, redondo, un poco grasiento; no recuerda ningún mortal haber visto sobre el cráneo del novelista ningún sombrero hongo. La modestia de D. Benito respecto a indumentaria es propia de todo gran trabajador intelectual. No podemos imaginarnos atildado, prendido de veinticinco alfileres, a un hombre — Flaubert o Spencer, Nietzsche o Leopardi — cuya única preocupación son las cosas de la inteligencia, un hombre absorto en una honda, noble y desinteresada labor intelectual. Luego, en nuestro D. Benito este su sombrero ajado, su gabán lustroso y su terno casi pobre, sientan a maravilla; la vida opaca, gris, uniforme, cotidiana, es la que ha sido pintada por el novelista; gris, opaco, como un comerciante, como un pequeño

industrial, como un labrador de pueblo, se nos aparece D. Benito en su indumentaria.

Habla poco el autor de los *Episodios;* de cuando en cuando hace una pregunta; escucha atento la charla; permanece largos ratos en silencio. Sus ojos no brillan ni fulgen con resplandores de vida interna; su cara no expresa ni alegría, ni tristeza, ni entusiasmo, ni indignación. Lentamente, pausado, con su gabán usado y su bufanda blanca en invierno, va caminando el ilustre anciano por las calles, entra en el Congreso, escribe unas cartas, se acerca a un corro, escucha en silencio — siempre en silencio — lo que se charla y se vocifera entre manoteos e interjecciones. Ahora, después de haberse inclinado sobre las blancas y voraces cuartillas durante años y años, lustros y lustros, nuestro gran novelista ha perdido la vista. Ya se le ve menos por las calles; rara vez aporta por el Congreso; sus trabajos — como don Juan Valera en sus últimos años — los dicta a un secretario.

¿Qué debe la literatura española a este grande, honrado, infatigable, glorioso trabajador? ¿Qué le debe España? ¿Qué le deben las nuevas generaciones de escritores? Aparece Galdós en la literatura patria cuando los modernos procedimientos literarios — ya iniciados en otros países — eran aquí desconocidos. El esfuerzo filosófico que representaba el positivismo había de trascender al arte de las letras; teníamos en España una tradición antigua de realismo en nuestra novela picaresca; mas hay algo en el realismo contemporáneo desconocido de los noveladores antiguos; existe un elemento que ahora, en estos tiempos, ha entrado por primera vez en las esferas del arte. Nos referimos a la trascendencia social, al sentido en el artista de una realidad superior a la realidad primera y visible, a la relación que se establece entre el hecho real, visible, ostensible, y la serie de causas y contausas que lo han determinado. El realismo moderno — implantado aquí por Galdós — estudia, por lo tan-

en, no sólo las cosas en sí, como hacían los antiguos, sino el ambiente espiritual de las cosas.

La pasión política ha enturbiado en estos últimos tiempos el juicio de muchas gentes; se ha llegado a menospreciar, vejar y maltratar a un hombre insigne, que, como ciudadano honrado, fiel cumplidor de sus deberes, ha creído que debía intervenir en la política de su patria, y en ella ha intervenido según su criterio, según sus sentimientos, según sus preferencias. Y, sin embargo, este hombre, vejado injustamente, ha revelado España a ojos de los españoles que la desconocían; este hombre ha hecho que la palabra *España* no sea una abstracción, algo seco y sin vida, sino una realidad; este hombre ha dado a ideas y sentimientos que estaban flotantes, dispersos, inconexos, una firme solidaridad y unidad; este hombre, a través de su vasta, inmensa obra, a lo largo de los numerosos volúmenes que han salido de su pluma, ha ido haciendo lo que Menéndez y Pelayo ha hecho análogamente en otro orden de cosas: ha reunido en un solo haz, en una sola corriente, la muchedumbre de *sensaciones* que andaban dispersas, que han sido creadas parcialmente, fragmentariamente en tiempos diversos.

D. Benito Pérez Galdós, en suma, ha contribuído a crear una conciencia nacional: ha hecho vivir España con sus ciudades, sus pueblos, sus monumentos, sus paisajes. Cuando pasen los años, cuando transcurra el tiempo, se verá lo que España debe a tres de sus escritores de esta época: a Menéndez y Pelayo, a Joaquín Costa y a Pérez Galdós. El trabajo de aglutinación espiritual, de formación de una unidad ideal española, es idéntico, convergente, en estos tres grandes cerebros.

La nueva generación de escritores debe a Galdós todo lo más íntimo y profundo de su ser: ha nacido y se ha desenvuelto en un medio intelectual creado por el novelista. Ha habido desde Galdós hasta ahora, y con relación a todo lo anterior a 1870, un intenso

esfuerzo de acercamiento a la realidad; comparad, por ejemplo, una novela de Alarcón con otra de Pío Baroja. Se han acercado más a la realidad los nuevos escritores y han impregnado, a la vez, su realismo de un anhelo de idealidad. La idealidad ha nacido del mismo conocimiento exacto, del mismo amor, de la misma simpatía por una realidad española pobre, mísera, de labriegos infortunados, de millares y millares de conciudadanos nuestros que viven agobiados por el dolor y mueren en silencio. Galdós — como hemos dicho — ha realizado la obra de revelar España a los españoles.

Abrid sus libros: ahí está, en primer término, Madrid, con su pequeña burguesía vergonzante; con su comercio de la calle de Postas y de la plaza de Santa Cruz, comercio clásico, restos de una época ya casi desaparecida; los interiores de casas de huéspedes; las tertulias de los cafés; los ministerios y oficinas; Villamil, el infeliz, el bueno, el desgraciado; el amigo Manso; Manolo Infante; la de Bringas; Orozco, el grande, el magnánimo; los estrafalarios Babeles; Pepe Rey, víctima de atroz fanatismo. Ahí está, en el segundo volumen de *Angel Guerra,* retratado Toledo, con sus callejuelas enrevesadas y pinas; sus conventos de monjas, con sus huertos en que crecen cipreses y rosales; sus sosegadas iglesias, de cuyos muros, enjalbegados con nítida cal, penden cuadros del Greco — que allí y no en los fríos Museos tienen toda su vida —; las posadas, como las de Santa Clara, la Sangre, la Sillería, con sus trajinantes y corsarios que vienen y van a Illán, Illescas, Cebolla, Torrijos, Escalona; el Tajo, hondo y torvo; los cigarrales lejanos, en que "la vegetación es melancólica y sin frondosidad; el terruño, apretado y seco".

Ahí están, en fin, las innumerables páginas que el maestro ha escrito como fruto de sus excursiones por España, calladamente, viajando en tercera, platicando con labriegos y artesanos, y en las que Galdós nos ha

pintado pueblos como Madrigal de las Altas Torres — la patria de Isabel la Católica — y Viana de Navarra, "los más vetustos y sepulcrales que he visto en mis correrías por España", dice el maestro. "Su sueño — añade — es como de ancianidad y niñez combinados, juntos en reposo inocente". Ese sueño duerme España entera: Galdós, novelista; Galdós, en más de cien volúmenes, ha trabajado por que despierte y adquiera conciencia de sí misma.

ZOROBABEL RODRÍGUEZ

(Chileno)

Crítico y controvertista católico de la segunda mitad del siglo XIX. Escribió un Diccionario de Chilenismos *y el tratado* La Novela.

LA SEDUCCIÓN DE LAS PALABRAS

(De "La Novela y sus Escollos")

Contra esta seducción hay una regla que es preciso tener muy presente. Toda palabra que no se escriba para expresar alguna idea o sentimiento, para significar sus gradaciones, sus matices, su fuerza y su verdadero colorido; toda palabra, en fin, que en el discurso no esté desempeñando algún servicio positivo, cualquiera que sea, por otra parte, su elegancia, su armonía o su brillo, es una palabra ociosa y que debe ser irremisiblemente eliminada.

Cuán difícil es, sin embargo, la sobriedad para los que principian, y más cuesta arriba se hace volver la espalda a ciertas frases y palabras que no dejan de salir al través ofreciendo casi sin trabajo al novel escritor una cosecha abundante de armonías y de colores.

Y no se crea que esta seducción de las palabras no ofrezca peligros sino para las inteligencias medianas y para las imaginaciones menos aventajadas. Al contrario, mientras más poderosas sean las facultades de un joven, tanto más fácil será que se extravíe buscando en el ruido, en la pompa y en el recargo de los colores, triunfos que sólo están reservados a la sencillez vigorosa y la sobriedad exquisita, que caracteriza el estilo de todos los grandes escritores.

Las palabras son de todo punto indispensables para la manifestación del pensamiento, como los vestidos son indispensables para el hombre. Pero así como ni aun las más ricas vestiduras, por sí solas, pueden llegar jamás a constituir una persona humana, así también ni aun las más primorosas palabras podrían dar vida, movimiento e interés a un trabajo literario en que todo el papel de éstas se redujese a encubrir el vacío de las ideas.

Ya en otra ocasión hemos tenido oportunidad de hacer notar los estragos que causa en la poesía americana esa planta parásita que en forma de adjetivos, de repeticiones, de barbarismos y hasta de contrasentidos, afea las más hermosas páginas de nuestro Parnaso, como el *quintral* afea nuestros más bellos árboles. No se crea, sin embargo, que estas excrecencias literarias, llámense ripios, cuñas o muletas, son peculiares a los versos; que aunque menos notadas, sus perniciosas influencias se hacen sentir de una manera lamentable en la prosa.

La facilidad de la prosa es más aparente que real. Si cualquiera se le atreve, son poquísimos los que tienen la fortuna de vencer los obstáculos casi insuperables de su misma abundancia. En verso, lo difícil es generalmente encontrar; en prosa, hay dos dificultades: la de encontrar primero, la de escoger después.

»He ahí que atraviesa nuestra mente una idea: diez palabras la expresan más o menos. Deteneos un ins-

tante: id poco a poco haciéndolas desfilar por la imaginación y comparando lo que cada una de esas palabras dice con lo que quisierais decir. Casi siempre el resultado será el mismo: todos los trajes convienen más o menos a vuestra dama; ninguno parece haber sido cortado especialmente para ella.

Tal es la gran dificultad de la prosa, y la destreza para vencerla es lo que constituye la gloria de los más famosos maestros. El arte del prosador está en encontrar siempre pronto la palabra que la revele sin disfrazarla, que la vista sin desfigurarla.

Esta palabra casi siempre es única aún en las lenguas más ricas. La palabra exacta, armoniosa, gráfica, puesta en su lugar y que constituye la fuerza y la luz del pensamiento, es mucho más esquiva para el prosador que el consonante para el poeta.

Sí, también hay ripios en la prosa: hay muchos, incomparablemente muchísimos más que en la poesía. Los versos tienen su medida; pero la prosa tiene también su número, número que es preciso encontrar, naturalmente, sin esfuerzos, sin afectación ni monotonía, sin redundancias ni postizos; tarea que sólo aquellos que han adelantado algunos pasos en la senda del arte de escribir pueden apreciar en su justo valor. Para desempeñarla Buffon se ponía sus mejores encajes, Bossuet pasaba sus noches en vela y Cervantes y Luis de León se aprovechaban de la soledad de sus calabozos.

Refiriéndose a esta caza tan fatigosa a veces de la palabra necesaria escribía Régnier: "Es como si tomase en galera un remo en la mano"; y apostaríamos que fué después de haber dado alcance a alguna de esas obstinadas esquivas cuando el naturalista escribió su segundo aforismo: "El genio es la paciencia". De las anteriores consideraciones puede deducirse un consejo saludable para los principiantes. En vez de entregarse, un poco al acaso, a la caza de las palabras que deslumbran por su brillo, que cautivan por su ar-

monía o que atraen por su vaguedad, deben desconfiar de las traidoras facilidades de la prosa. La ambición única del que comienza a escribir debe limitarse a expresar sus ideas con claridad y corrección. Nada de figuras, de amaneramiento; sobriedad en las palabras, sencillez en el estilo, naturalidad en todo.

No creemos engañarnos si afirmamos que el presagio más seguro de un buen éxito en los que comienzan a escribir, que la revelación primera más inequívoca del estilo, en ellos tan rara y tan difícil.

¿Queréis, diremos a los jóvenes, domesticar a la prosa, someterla y convertirla en dócil esclava, siempre pronta a ejecutar las órdenes de vuestra voluntad y los caprichos de vuestra imaginación? ¿Queréis encontrar en ella un espejo fiel que reproduzca con exactitud perfecta la ideas de vuestra mente? Si ése es vuestro deseo, resolveos desde temprano, con viril energía, a tomar el único sendero por donde se puede llegar al término de tan nobles aspiraciones. Haced que las palabras se pongan a vuestras órdenes, no consintáis jamás en poneros a las órdenes de las palabras. Sed sobrios, correctos, sencillos y claros.

¿Y después? Después... haced lo que os agrade.

6.-FÁBULAS

DOMINGO DE AZCUÉNAGA

(ARGENTINO)

Este poeta festivo y satírico, y además fabulista de indiscutible mérito, fué uno de los principales colaboradores del Telégrafo Mercantil, *primer periódico aparecido en Buenos Aires, y cuya fundación, el* 1.º *de Abril de* 1801, *se debe al Coronel D. Francisco Antonio Cabello y Mesa.*

EL MONO Y EL TORDO

(FÁBULA)

Metióse un Mono en un trigal ya seco
del cañón de la mies a hacer flautillas,
presumiendo tocar, por verlo hueco,
mil maravillas.
Con sus uñitas lo rasgaba astuto,
y soplándolo ansioso procuraba
el hacerlo sonar, pero el cañuto
nunca sonaba.
Sin sacar de las cañas una avena,
haciendo de su afán cumplido alarde,
porfiando se mantuvo en su faena
toda una tarde.
Pero un Tordo parlero, que su encono
había estado viendo, con gran flema

desde un sauce le dijo: señor Mono
deje ese tema.
No desperdicie el tiempo en tal apuro,
las mieses trate usted con carantoñas;
¿no advierte que ya está el alcácer duro
para zampoñas?
Nadie piense sacar provecho alguno
de aquellos que pasaron con holganza
el tiempo conveniente y oportuno
de su crianza.

7.-LA POESÍA LÍRICA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

I.-LÍRICOS POSTERIORES AL ROMANTICISMO, O SEA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX EN ADELANTE.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

LA ESFINGE

I

La caravana por camino incierto
con recelosa indecisión avanza,
temiendo a cada paso la asechanza
de las nómadas tribus del Desierto.
Por todas partes el espacio abierto
se pierde en fatigosa lontananza,
y dondequiera que la vista alcanza
todo está triste, desolado, muerto.
Ni verde selva, ni azulado monte
el mar limitan de infecunda arena
en que el dócil camello hunde su planta.

Y sólo al fin del diáfano horizonte,
brillando al sol, inmóvil y serena,
la misteriosa Esfinge se levanta.

II

Sembrado está de huesos, que calcina
sol inclemente, el árido contorno,
y por el aire, ardiendo como un horno,
no cruza ni una humilde golondrina.
Alza polvo sutil densa neblina
de la cansada caravana en torno,
que, rindiéndose al peso del bochorno,
con soñolienta postración camina.
Nada su sed inextinguible aplaca,
antes se irrita más, cuanto más finge
gratos oasis el febril anhelo.
Y en la remota línea se destaca
la gigantesca mole de la Esfinge,
impenetrable y muda como el cielo.

III

Buscando alivio a sus atroces penas
en su camello el árabe dormita;
mas ¡ay! de pronto se incorpora, y grita,
y siente hervir la sangre de sus venas.
Es que el simún, rompiendo sus cadenas,
oscurece la bóveda infinita
y con terrible convulsión agita
el vasto mar de líbicas arenas.
El monstruo asolador todo lo arrasa,
arrolla en desatado torbellino
la caravana sin ventura, y pasa.
Y cuando vuelve a sosegarse el llano,
allá ciega y brutal como el Destino,
corta la Esfinge el término lejano.

RAMÒN DE CAMPOAMOR

CABALLOS Y CABALLEROS

(Dolora)

I

Cercado un francés quedó:
pero escapando ligero
el caballo, al caballero
de los prusianos salvó.
De éstos el corcel huyó
con tanto ardor y constancia,
que el francés con arrogancia,
después que pasó el rastrillo,
desde su propio castillo
libre gritó: — ¡Viva Francia!

II

Sitiado por hambre, y fiero
destrozándolo a sablazos,
se fué comiendo a pedazos
al caballo el caballero.
—¿Al que lo salvó primero
le pudo matar después? —
¡Sí! por un vil interés
hacen mil gentes que callo
lo que hizo con su caballo
el caballero francés!

HUMORADAS

1

Te sueles confesar con tu conciencia,
y te absuelves después sin penitencia.

2

En cuanto al bien y al mal, nada hay lejano;
todo se halla al alcance de la mano.

3

Lo mismo que hace con los sueños míos,
irá el tiempo robando tus quimeras:
sin más que andar, los ríos
acaban por llevarse las riberas.

4.

Como se oculta el llanto
con la risa fingida,
yo, que me río tanto,
pienso más en la muerte que en la vida.

5

Yo conocí un labrador
que, celebrando mi gloria,
al borrico de la noria
le llamaba Campoamor.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

DEL SALÓN EN EL ÁNGULO OBSCURO

(De las "Rimas")

Del salón en el ángulo obscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.
¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarla!
¡Ay! pensé; cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: "Levántate y anda!"

ANTONIO MACHADO

EL HOSPICIO

(De "Campos de Castilla")

Es el hospicio, el viejo hospicio provinciano,
el caserón ruinoso de ennegrecidas tejas
en donde los vencejos anidan en verano,
y graznan en las noches de invierno las cornejas.
Con su frontón al Norte, entre los dos torreones
de antigua fortaleza, el sórdido edificio
de grieteados muros y sucios paredones
es un rincón de sombra eterna. ¡El viejo hospicio!
Mientras el Sol de Enero su débil luz envía,
su triste luz velada, sobre los campos yermos,
a un ventanuco asoman, al declinar el día,
algunos rostros pálidos, atónitos y enfermos,
a contemplar los montes azules de la sierra;
o, de los cielos blancos, como sobre una fosa,
caer la blanca nieve sobre la fría tierra,
sobre la tierra fría la nieve silenciosa...

AMANECER DE OTOÑO

(De "Campos de Castilla")

Una larga carretera
entre grises peñascales,
y alguna humilde pradera
donde pacen negros toros. Zarzas, malezas, jarales.
Está la tierra mojada
por las gotas del rocío,
y la alameda dorada,
hacia la curva del río.
Tras los montes de violeta
quebrado el primer albor.
A la espalda la escopeta,
entre sus galgos agudos, caminando un cazador.

EVARISTO CARRIEGO

(1883-1912)

(ARGENTINO)

Nació este malogrado poeta en la provincia de Entre Ríos, y su breve existencia de 29 años terminó en Buenos Aires, donde se había trasladado siendo niño y no tardó en destacarse con rasgos propios, que harán imperecedero su nombre en la historia de la literatura argentina.

Modernista en sus comienzos, cuando aun no había hallado su camino, cambió luego en cierto modo de orientación, haciéndose el cantor de los barrios y las gentes humildes de nuestra gran capital. En tal carácter aparece en las tres secciones de sus poesías tituladas: El Alma del Suburbio, La Canción del Barrio, e Interior, *lo más destacado de toda su obra, al extremo de resultar difícilmente superable en ese terreno.*

HAS VUELTO

Has vuelto organillo. En la acera
hay risas. Has vuelto llorón y cansado
como antes.
El ciego te espera
las más de las noches sentado
a la puerta. Calla y escucha. Borrosas
memorias de cosas lejanas
evoca en silencio, de cosas
de cuando sus ojos tenían mañanas,
de cuando era joven... la novia... ¡quién sabe!,
alegrías, penas,
vividas en horas distantes. ¡Qué suave
se le pone el rostro cada vez que suenas
algún aire antiguo! ¡Recuerda y suspira!
Has vuelto organillo. La gente
modesta te mira
pasar, melancólicamente,

pianito que cruzas la calle cansado
moliendo el eterno
familiar motivo que el año pasado
gemía a la luna de invierno:
con tu voz gangosa dirás en la esquina
la canción ingenua, la de siempre, acaso
esa preferida de nuestra vecina
la costurerita que dió aquel mal paso.
Y luego de un valse te irás como una
tristeza que cruza la calle desierta,
y habrá quien se quede mirando la luna
desde alguna puerta.
¡Adiós, alma nuestra! parece
que dicen las gentes en cuanto te alejas.
¡Pianito del dulce motivo que mece
memorias queridas y viejas!
Anoche, después que te fuiste,
cuando todo el barrio volvía al sosiego,
—Qué triste —
lloraban los ojos del ciego.

LA SILLA QUE AHORA NADIE OCUPA

Con la vista clavada sobre la copa
se halla abstraído el padre desde hace rato:
pocos momentos hace rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.
De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, de olvidadizo, colocó enfrente.
Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas:
porque insistentemente, como empujado
por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuándo será el regreso de la mamá.

CARLOS GUIDO Y SPANO

NENIA

En idioma guaraní,
una joven paraguaya
tiernas endechas ensaya
cantando en el arpa así,
en idioma guaraní:
¡Llora, llora, urutaú
en las ramas del yatay,
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú;
llora, llora, urutaú!
En el dulce Lambaré
feliz era en mi cabaña;
vino la guerra y su saña
no ha dejado nada en pie
en el dulce Lambaré!
Padre, madre, hermanos, ¡ay!
todo en el mundo he perdido;
en mi corazón partido
sólo amargas penas hay:
padre, madre, hermanos, ¡ay!
De un verde ubirapitá,
mi novio, que combatió
como un heroe en el Timbó,
al pie sepultado está
de un verde ubirapitá!
Rasgado el blanco tipoy
tengo en señal de mi duelo,
y en aquel sagrado suelo
de rodillas siempre estoy,
rasgado el blanco tipoy.
Lo mataron los cambá
no pudiéndolo rendir;
él fué el último en salir
de Curuzú y Humaitá;
¡Lo mataron los cambá!

¡Por qué, cielos, no morí
cuando me estrechó triunfante
entre sus brazos mi amante
después de Curupaití!
¡Por qué, cielos, no morí!
¡Llora, llora, urutaú,
en las ramas del yatay,
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú;
llora, llora, urutaú!

RAFAEL OBLIGADO

EL CUENTO DE LAS OLAS

¿Quién no ha visto en las orillas
del hermoso Paraná
esa banda, siempre verde,
siempre móvil del juncal?
En las horas de la siesta,
cuando todo duerme en paz,
en las cuerdas de esa lira
van las olas a cantar.
Almas buenas y sencillas,
venid todas, y escuchad
lo que dicen esas olas
en el arpa del juncal.
Cuando el delta en muda calma
bajo el sol de enero está,
y el silencio es más sensible
porque arrulla la torcaz;
ellas cuentan una historia
que repiten sin cesar,
una historia en que hay un nido
y un cantor del Paraná.
Sucedió que en varios juncos
reunidos en un haz,

con totoras y hojas secas
hizo nido un cardenal.
¡Con qué orgullo miró el ave,
bajo el sol primaveral,
sobre el agua movediza
columpiándose su hogar!
Una rama de un ceíbo,
inclinada hacia el raudal,
le dió sombra, flores rojas...
cuanto un árbol puede dar.
Y extendiendo hasta aquel nido
largo vástago un rosal,
fué en sus bordes la mejilla
de una rosa a reclinar.
¡Qué contenta estaba el ave!
¡qué prodigio musical
era entonces su garganta!
¡qué inquietudes y qué afán!
Pasó el tiempo. En el estío
los polluelos no son ya
tan pequeños y hasta suelen
breves trinos ensayar.
Pero el río fué creciendo,
fué creciendo más y más,
y hubo un día en que una ola
saltó al seno del hogar.
¡Qué aleteos bulliciosos
les produjo el golpe audaz!...
Siempre ha sido de la infancia
festejar la tempestad.
Recio viento de los llanos
una tarde hirió la faz,
con el choque de sus alas,
del soberbio Paraná.
Y las olas, irritadas
empinándose a luchar,
su serena majestad,

¡Cómo duermen los pequeños,
mientras brama el huracán
y las ondas los salpican
con su polvo de cristal!

Se vió el nido estremecerse,
y a su empuje vacilar,
mas sus crestas no alcanzaron
a la altura del juncal.

Pues si el río fué creciendo
cada día más y más,
él también fué levantando
sus varillas a la par.

Almas buenas y sencillas
que en la tierra hacéis hogar,
elegidlo con la ciencia
del pintado cardenal.

RUBÉN DARÍO

ALLÁ LEJOS..

(De "Cantos de Vida y Esperanza")

Buey que vi en mi niñez echando vaho un día
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,
en la hacienda fecunda, plena de la armonía
del trópico; paloma de los bosques sonoros,
del viento, de las hachas, de pájaros y toros
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

Pesado buey, tú evocas la dulce madrugada
que llamaba a la ordeña de la vaca lechera
cuando era mi existencia toda blanca y rosada,
y tú, paloma arrulladora y montañera,
significas en mi primavera pasada
todo lo que hay en la divina Primavera.

EL PAÍS DEL SOL

Para una artista cubana.

Junto al negro palacio del rey de la isla de Hierro — (¡oh, cruel, horrible destierro!) — ¿cómo es que tú, hermana armoniosa, haces cantar al cielo gris, tu pajarera de ruiseñores, tu formidable caja musical? ¿No te entristece recordar la primavera en que oíste a un pájaro divino y tornasol,

en el país del sol?

En el jardín del rey de la isla de Oro — (¡oh, mi ensueño que adoro!)—fuera mejor que tú, harmoniosa hermana, amaestrases tus aladas flautas, tus sonoras arpas; tú que naciste donde más lindos nacen el clavel de sangre y la rosa de arrebol,

en el país del sol!

O en el alcázar de la reina de la isla de Plata — (Schubert, solloza la *Serenata*...) pudieras también, hermana harmoniosa, hacer que las mismas aves de tu alma alabasen dulce, dulcemente, el claro de luna, los vírgenes lirios, la monja paloma y el cisne marqués. La mejor plata se funde en un ardiente crisol,

en el país del sol!

Vuelve, pues, a tu barca, que tiene lista la vela — (resuena, lira, Céfiro, vuela) — y parte, harmoniosa hermana, adonde un príncipe bello, a la orilla del mar, pide liras, y versos y rosas, y acaricia sus rizos de oro bajo un regio y azul parasol,

en el país del sol!

JULIO HERRERA Y REISSIG

LA VUELTA DE LOS CAMPOS

(SONETO)

La tarde paga en oro divino las faenas...
se ven limpias mujeres vestidas de percales,

trenzando sus cabellos con tilos y azucenas
o haciendo sus labores de aguja, en los umbrales.
Zapatos claveteados y báculos y chales...
dos mozas con sus cántaros se deslizan apenas,
huye el vuelo sonámbulo de las horas serenas,
un suspiro de Arcadia peina los matorrales...
Cae en silencio austero... Del charco que se nimba
estalla una gangosa balada de marimba.
Los lagos se amortiguan con espectrales lampos,
las cumbres, ya quiméricas, corónanse de rosas...
y humean a lo lejos las rutas polvorosas
por donde los labriegos regresan de los campos.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

(URUGUAYO)

Figura venerada y prominente de la poesía uruguaya, nació este gran poeta, orador y publicista en Montevideo, el año 1855. *Después de cursar el bachillerato en nuestro Colegio de la Inmaculada, en Santa Fe, se dirigió a Chile, donde llevó a cabo los estudios que le dieron el grado de doctor en jurisprudencia. Al volver a su patria en* 1878 *entra en la magistratura y al mismo tiempo se dedica al periodismo.*

Al año siguiente, con motivo de la inauguración del monumento a la Independencia, leyó en el certamen de La Florida su bella composición alusiva Leyenda Patria, *que señala una fecha en la historia de las letras uruguayas y la consagración definitiva de Zorrilla como el gran poeta nacional. Obtuvo después y por concurso la cátedra de literatura en la Universidad y, más tarde, durante el gobierno de Santos, se expatrió a Buenos Aires, de donde en* 1887 *pudo volver a Montevideo. Fué sucesivamente diputado, Ministro plenipotenciario en España y Portugal, y después en Francia. En* 1898 *volvió a su patria, donde ocupó altos cargos públicos, dedicándose al mismo tiempo a la enseñanza y el periodismo. Representan allí su nombre y su persona, como es de suponer, toda una gloriosa tradición.*

Las dos grandes composiciones poéticas de Zorrilla de San Martín son la ya mencionada Leyenda Patria *y su poema épico-lírico* Tabaré. *De él existe además un tomo en versos juveniles publicado en Chile en* 1877 *e intitulado* Notas de un Himno, *y además un tomo de recuerdos de viaje, las* Resonancias del Camino (1895), *y otro de* Conferencias y Discursos (1900).

TABARÉ

(FRAGMENTOS)

[*El poema* Tabaré, *al cual pertenecen los dos fragmentos que van a leerse, tiene por argumento la lucha empeñada, en territorio oriental, entre los indígenas encabezados por Tabaré, y los conquistadores, cuyo jefe era D. Gonzado de Orgaz*].

EL ATAQUE A SAN SALVADOR

I

Duerme San Salvador entre rumores,
corre a sus pies el río,
remedando el arrullo de una tórtola
con su blando y monótono ruido.
El centinela en el bastión se duerme,
y, al verlo allí tranquilo,
juegan con su arcabuz y con su adarga
los invisibles genios de los indios.
Con los ojos pequeños, y los cuerpos
desnudos y cobrizos,
con los pechos y pómulos salientes,
los labios gruesos y cabellos rígidos:
engendros microscópicos, que miran
al soldado dormido,
trepan por él, lo palpan, cuchichean,
y, en grupos, lo recorren con sigilo,
y danzan en su torno, de las manos,
golpeando el suelo con alegre ritmo,
o, al compás de los ruidos de la noche,
se mecen, en los aires suspendidos,
lanzando esas fugaces carcajadas
y esos pequeños gritos
que se oyen en las noches silenciosas
sin verse quién respira en el vacío.

¿Cómo puede dormir, soñar acaso,
ese hombre? ¿No habrá visto
esas manchas de sangre que aparecen
del astro solitario sobre el disco?
Las horas, impregnadas de indolencia,
al soldado han vencido;
juegan con su arcabuz y con su yelmo
los invisibles genios de los indios.

II

¿Sentís moverse ese cardal cercano,
y ese roce de cuerpos escondidos,
que se arrastran, cual suele entre los juncos
arrastrarse callado el cocodrilo?
¿No veis entre las ramas asomarse
las temerosas caras de los indios,
embijadas de rojo y dibujadas
con trazos verdes, negros y amarillos?
Las plumas de sus frentes se confunden
con las hojas del cardo, el remolino
del viento suave, al agitar las ramas,
descubre acá y allá rostros cobrizos,
brazos que se abren paso cautelosos
entre el tupido bosque de espinillos,
cuerpos a medio incorporarse. Vedlos.
Salen al llano, en dirección al río.
Aquel es *Ibipué*. ¿Quién no conoce
al *tubichá*, tan fiero como listo,
que al avestruz alcanza y al venado
y apresa entre las aguas al carpincho?
Cayú es aquel que corre entre las chircas,
se le conoce en el profundo signo
que le grabó con su hacha en la cabeza
hace algún tiempo el arachán *Siripo*.
¿También tú, *Guaycurú*? De los cristianos
tú te dijiste servidor sumiso,
y ese casco que llevas, y esa adarga

de Garay los ganaste en el servicio.
Tú fuiste el mensajero de tu tribu;
rompiste en la rodilla tu macizo
arco de *ñandubay*, y en tu piragua
o a nado, en son de paz cruzaste el río.
¿No es esa una mujer? Es *Tabolía*:
sabe arrancar la piel al enemigo,
y ya más de una de ellas ha colgado
en el movible toldo de sus hijos.
Ella no exprime el fruto del quebracho,
ni recoge en la selva para su indio
la miel del *guabiyú*, ni lleva el toldo
ni entona el *yaraví* de triste ritmo.
Tiene en el labio el signo del guerrero;
suena en la lucha su salvaje grito,
y en el desnudo seno apoya el arco
en que viene la muerte a hacer el nido.
Yamandú va adelante. El negro brazo
hacia atrás extendido,
silencio impone a la jadeante turba,
con ademán nervioso y expresivo.
Mientras, él se incorpora, la cabeza
saca de entre las matas, y al tranquilo
resplandor de la luna, ya cercano,
observa el silencioso caserío.

Evocación de los espíritus de la selva

[*En el siguiente trozo podrá admirarse la poesía con que* Zorrilla de San Martín *vincula a su poema el elemento sobrenatural y fantástico, no como algo agregado desde fuera, sino como parte integrante y necesaria del mismo: así veía la imaginación del indio seres fantásticos en el aire, el agua y la floresta*].

Genios de las riberas,
invisibles espíritus del bosque,
que convertís en moscas o en reptiles
a los indios que vagan por la noche;...
vírgenes transparentes

que os colgáis en las ramas de los molles,
y os columpiáis, con vuestros pies trazando
rayas de luz sobre la linfa inmóvil;
y en esas lacias hebras
con que acaricia el sauce al camalote
subís y decendéis, llevando al río
rayos de luna en haces brilladores;
o, hundidas en el lecho de espadañas,
os reclináis en los desiertos bordes
a escuchar el secreto de las olas
que con las alas embozáis los montes;
pobladores del aire,
leves y multiformes,
hijos de los crepúsculos azules
que, al infiltrarse, el corazón corroen;
que taladráis el diente
de la víbora, en donde
derramáis los licores ponzoñosos
que, al infiltrarse, el corazón corroen;
que en los ojos del tigre
encendéis vuestra antorcha, y las visiones
preparáis a su luz disparatadas,
y las vaciáis en sus extraños moldes;
que en la blanca osamenta
hacéis brotar los fuegos fatuos dobles,
esos que sobre el haz de los pantanos
ebrios, inquietos e impalpables corren,
suben, bajan, se arrastran, se persiguen,
se agitan y se rompen,
y se pegan los unos a los otros
sin que el aire los mueva ni los sople.
Almas de los murmullos,
espíritus errantes de las flores,
que, al murmurar, hacéis más perceptible
el solemne silencio de los orbes;
invisibles remeros
que empujáis blandamente el camalote
en que navega incorporado el tigre

que dormido en la orilla descuidóse;
engendros de los ríos,
que recortáis la escama y los arpones
del dorado, debajo de las islas
que en vuestros hombros sostenéis a flote,
meciéndolas en ellos
sin que el río en que nadan se desborde,
ni el movimento imperceptible y blando
las húmedas barrancas desmorone;
seres que, como llamas apagadas,
sois de un pasado informe
la vida actual y eterna, cuyo velo
la fuerza del espíritu descorre;
testigos que no mueren,
que acompañasteis a las tribus nómades,
las visteis desprenderse de su tronco
y a viajar, sumergiéndose en la noche:...
¡Dad un vuelco a ese río!
salid desde su légamo a sus bordes
con secretos del agua y de la arena
de los huesos de piedra, que se esconden
en el profundo limo
en que tienen las algas sus amores.
se arrastra el yacaré, duerme la raya,
y la tortuga sus nidadas pone.
Infundid en ese indio
que ahora penetra en el callado bosque,
los latidos postreros de una raza
que a vuestro acento viven y responden;
latidos de esperanzas imposibles,
rudo y último acorde
de las arpas malditas, que sonaron
pulsadas por la muerte y los dolores.
Es Tabaré. Penetra nuevamente
a su nativo bosque,
cuyos añosos árboles lo miran
y a su paso los troncos interponen.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin olor, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria, —
y a veces a los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene obscuridad de telarañas,
son de laúd y suavidad de raso.
¡Colores de anticuada miniatura
hoy de algún mueble en el cajón dormida —
cincelado puñal, carta borrosa, —
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida, —
histórico blasón, donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,
medio borrada por el liquen verde —
misales de las viejas sacristías,
de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardáis de lo pasado los reflejos;
arca, en un tiempo de ducados llena, —
crucifijo que tanto moribundo
humedeció con lágrimas de pena
y besó con amor grave y profundo;
negro sillón de Córdoba, alacena
que guardaba un tesoro peregrino
y donde anida la polilla, sola, —
sortija que adornaste el dedo fino
de algún hidalgo de espadín y gola,
mayúsculas del viejo peregrino, —
batista tenue que a vainilla hueles, —
seda que te deshaces en la trama

confusa de los ricos brocateles, —
arpa olvidada que al sonar te quejas; —
barrotes que formáis un monograma
incomprensible en las antiguas rejas, —
¡el vulgo os huye, el soñador os ama,
y en vuestra muda sociedad reclama
las confidencias de las cosas viejas!
El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas
y nos lleva a lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores; —
¡por eso a los poetas soñadores,
les son dulces, gratísimas y caras,
las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las sugestiones místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas!

MANUEL ACUÑA

(1849-1873)

(Mejicano)

Nació este poeta en Saltillo. En 1865 *pasó a Méjico y allí ingresó en la Escuela de Medicina. Tenía sólo veinticuatro años cuando en* 1873 *puso fin a su vida.*

Positivista y ateo, dejó un tomo de versos en el cual figuran dos composiciones: Ante un cadáver *y* Nocturno, *por las cuales puede considerársele como uno de los grandes poetas de su patria y de América. Se notan en él influencias de Espronceda, Campoamor y Bécquer.*

NOCTURNO

A Rosario

[*Refiriéndose a esta composición, dice Menéndez y Pelayo:* "*Los versos* A Rosario, *que llevan el título* Nocturno *y son probablemente los últimos que compuso el desventurado Acuña, esconden en cifra la historia de sus tristísimos amores, y*

aunque muy incorrectos, tienen toda la vehemencia y toda la angustia del momento supremo: es poesía que no puede leerse sin cierto terror y tras de la cual se adivina el próximo naufragio de la conciencia moral del poeta."]

¡Pues bien! yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero
con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
que ya no puedo tanto,
y al grito que te imploro
te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

Yo quiero que tú sepas
que ya hace muchos días
estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
que ya se han muerto todas
las esperanzas mías;
que están mis noches negras,
tan negras y sombrías,
que ya no sé ni dónde
se alzaba el porvenir.

De noche, cuando pongo
mis sienes en la almohada
y hacia otro mundo quiero
mi espíritu volver,
camino mucho, mucho
y al fin de la jornada
las formas de mi madre
se pierden en la nada
y tú de nuevo vuelves
en mi alma a aparecer.

A veces pienso en darte
mi eterna despedida,
borrarte en mis recuerdos
y hundirte en mi pasión:

mas si es en vano todo
y el alma no te olvida
¡qué quieres tú que yo haga,
pedazo de mi vida;
qué quieres tú que yo haga
con este corazón!

Y luego que ya estaba
concluído tu santuario,
tu lámpara encendida,
tu velo en el altar,
el sol de la mañana
detrás del campanario,
chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
y abierta allá a lo lejos
la puerta del hogar...

¡Qué hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo,
los dos unidos siempre
y amándonos los dos;
tú siempre enamorada,
yo siempre satisfecho,
los dos una sola alma,
los dos un solo pecho,
y en medio de nosotros
mi madre como un Dios!

¡Figúrate qué hermosas
las horas de esa vida!
¡qué dulce y bello viaje
por una tierra así!
y yo soñaba en eso,
mi santa prometida.
Y al delirar en eso
con alma estremecida,
pensaba yo en ser bueno
por ti, no más por ti.

Bien sabe Dios que ese era
mi más hermoso sueño,

mi afán y mi esperanza,
mi dicha y mi placer;
¡bien sabe Dios que en nada
cifraba yo mi empeño,
sino en amarte mucho
bajo el hogar risueño
que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer.
Esa era mi esperanza...
mas ya que a sus fulgores
se opone el hondo abismo
que existe entre los dos,
¡adiós por la vez última,
amor de mis amores;
la luz de mis tinieblas,
la esencia de mis flores;
mi lira de poeta,
mi juventud, adiós!

MARÍA ENRIQUETA CAMARILLO DE PEREYRA

"María Enriqueta", suelen llamar sus compatriotas con respetuoso afecto a esta grande y honda poetisa del dolor íntimo. Dueña de penetrantes medios de expresión y de una especial manera de presentar los asuntos, sus poesías dejan una impresión profunda en el lector, por el halo de misterio que las envuelve.

Nació en Coatepec en 1875, *y su obra principal es una colección de poesías a la cual ha denominado* Rumores de huerto, *publicada en* 1908.

EL AFILADOR

Ya viene el afilador
tocando su caramillo...
¡Ay, decidle, por favor,
cuánto su dulce estribillo
viene a aumentar mi dolor!

En esta triste calleja
obscura, sola y torcida,
con sus aleros de teja
¿quién puede ganar la vida?
¡Que cierren pronto la reja,
no vaya por ella a entrar
buscando a la Rosalía
para ver y preguntar,
como lo hizo el otro día
si hay tijeras que afilar!
No quiero en el corredor
de mi triste patiecillo
volver a oír el rumor
de un alegre caramillo;
¡Ved que no entre, por favor!
Ese artista callejero
que usa flotantes corbatas,
un exótico sombrero,
blusa de dril y alpargatas,
es un pálido extranjero
que mientras toca camina
su afilador arrastrando,
nunca al pasar adivina
que ese son que va tocando
es un son que me asesina...
En otras calles hermosas
más suerte pudiera hallar...
en el mercado de rosas
las tijeras de podar
preciso es que estén filosas...
Y allá en las callejas bajas,
en tiendas y prenderías
llenas de curros y majas
que riñen todos los días,
siempre hay que afilar navajas...
Mas aquí, en esta escondida
callejuela silenciosa,
donde la hierba crecida

se mece triste y polvosa...
¿Quién puede ganar la vida?
¡Ya es demasiado su empeño
en pasar junto a mi reja!
hasta en medio de mi sueño
oigo la burlona queja
de su airecillo risueño...
Ya viene el afilador
tocando su caramillo...
¡Ay, decidle, por favor,
que afile pronto un cuchillo
con que matar mi dolor!...

AMADO NERVO

LA HONDURA INTERIOR

Desde que sé las cosas bellas,
los mil incógnitos veneros
de luz, las fuerzas misteriosas
que el hombre lleva en su interior,
¡ya no me importan las estrellas
ni los cometas agoreros
ni las arcanas nebulosas,
con su fosfóreo resplandor!
Ya no me importa del planeta
la claridad prestada y quieta;
ya no contemplo al taciturno
y melancólico Saturno,
con sus anillos y el cortejo
de diez satélites, errar
por la extensión como un dios triste
bajo la pompa que lo viste...
Ya no me encanta el oro viejo
de nuestra luna familiar.
¡¡Qué vale en suma todo eso!
(Materias cósmicas, exceso
de vano gas en combustión...)

¡Qué vale en suma ante el abismo
vertiginoso de uno mismo,
que nos espanta la razón!
¡A qué mirar constelaciones
en el profundo azul turquí!
¡A qué escrutar las extensiones!
¿Qué nos diréis, astros distantes,
inmensos orbes rutilantes?
¡El gran misterio no está allí!
...En el silencio de mi pieza,
en tantas noches de tristeza
en que la copa del vivir
hay que apurar hasta las heces,
¡oh cuántas veces, cuántas veces
cerré los ojos sin dormir!
Y vi sin ver, luces tan puras,
tanto fulgor, arquitecturas
de una tan vasta concepción,
enigma tal, tales honduras,
¡que ya no miro las alturas
y está cerrado mi balcón!
¡Descansa en paz, anteojo mío,
en tu gran caja de nogal!
¡Ya no te asomes al vacío
con tu pupila de cristal!
¡Descansa en paz, anteojo mío,
en tu gran caja de nogal!

MANUEL GUTIÉRREZ NAJERA

MIS ENLUTADAS

Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma.
Y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.
De sangre es el color de sus pupilas,

de nieve son sus lágrimas:
hondo pavor infunden... yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.
Aguárdolas ansioso, si el trabajo
de ellas me separa,
y búscolas en medio del bullicio
y son constantes
y nunca tardan.
En las fiestas, a ratos se me pierden
o se ponen la máscara:
pero luego las hallo, y así dicen:
—¡Ven con nosotras!
¡Vamos a casa!
Suelen dejarme cuando sonriendo
mis pobres esperanzas,
como enfermitas, ya convalecientes,
salen alegres
a la ventana.
Corridas huyen, pero vuelven luego
y por la puerta falsa
entran trayendo como nuevo huésped
alguna triste
lívida hermana.
Ábrese a recibirlas la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ella mis recuerdos
cual tristes cirios
de cera pálida.
Entre esas luces, rígido, tendido
mi espíritu descansa;
y las tristezas, revolando en torno,
lentas salmodias
rezan y cantan.
Escudriñan del húmedo aposento
rincones y covachas,
el escondrijo do guardé cuitado
todas mis culpas

todas mis faltas.
Y hurgando mudas, como hambrientas lobas
las encuentran, las sacan,
y volviendo a mi lecho mortuorio
me las enseñan
y dicen: habla.
En lo profundo de mi ser bucean,
pescadoras de lágrimas;
y vuelven mudas con las negras conchas
en donde brillan
gotas heladas.
A veces me revuelvo contra ellas
y las muerdo con rabia,
como la niña desvalida y mártir
muerde a la harpía
que la maltrata.
Pero en seguida, viéndose impotente,
mi cólera se aplaca,
¡Qué culpa tienen, pobres hijas mías,
si yo las hice
con sangre y alma!
Venid, tristezas de pupila turbia,
venid, mis enlutadas,
las que viajáis por la infinita sombra,
donde está todo
lo que se ama.
Vosotras no engañáis: venid, tristezas,
¡oh mis criaturas blancas
abandonadas por la madre impía,
tan embustera,
por la esperanza!
Venid y habladme de las cosas idas,
de las tumbas que callan,
de muertos buenos y de ingratos vivos...
voy con vosotras,
vamos a casa.

GUILLERMO VALENCIA

EL TRIUNFO DE NERÓN

Al jonio carro uncidos con áspera cadena
los férvidos corceles presienten la fatiga,
y el ojo atento al brazo del coronado auriga,
escarban el estadio, sacuden la melena.

De las broncíneas trompas por la candente arena
la voz el viento expande, que la inquietud mitiga;
y con los ojos fijos en la imperial cuadriga,
el pueblo de la Loba los ámbitos atruena.

Sobre el marfil luciente de la carroza erguido,
Nerón la gloria ostenta de su oriental vestido.
Alzando el haz de bridas, con indignada mano
vibra la fusta. El grito de la victoria sube...
y entre el dorado cerco de polvorosa nube
se borra el grupo móvil en el confín lejano...

JULIÀN DEL CASAL

FLORES

Mi corazón fué un vaso de alabastro
donde creció, fragante y solitaria,
bajo el fulgor purísimo de un astro
una azucena blanca: la plegaria.

Marchita ya esta flor de suave aroma,
cual virgen consumida por la anemia,
hoy en mi corazón su tallo asoma
una adelfa purpúrea: la blasfemia.

II.-LÍRICOS ROMÁTICOS, O SEA DEL SEGUNDO TERCIO DEL SIGLO XIX.

DUQUE DE RIVAS

UN EMBAJADOR ESPAÑOL

ROMANCE PRIMERO

En Merino y Terracina,
que dominios son del Papa,
entra aquel Carlos octavo,
Rey orgulloso de Francia.
Los fuertes castillos toma,
los campos fértiles tala,
incendia los caseríos,
los templos santos profana.
Y en el furor se complace
con que sus hombres de armas
como furibundas fieras
roban, destruyen y matan.
Así cumple los tratados
prestó sobre el Evangelio
que celebró con España,
de defender a la iglesia
y de acatar la tiara.
Así el juramento cumple,
en terminantes palabras.
Así al acto corresponde,
que con humildad tan falsa
hizo en público, besando
del Pontífice las plantas.
Así al nombre verifica,
que tomó para burlarla,

de fiel hijo de la Iglesia
y defensor de su causa.
Los vasallos infelices
del Santo Padre, que hallan
exterminio o servidumbre
en quien amparo esperaban;
y que en la paz adormidos,
y en la ciega confianza
que los tratados infunden
y de una regia palabra,
ni pueden hacer defensa
ni en ella salud hallaran,
que numerosas y fuertes
son las fuerzas de la Francia;
Oy a merced de sus guerreros
dejan haciendas y fama,
sin quedarles más recurso
que lágrimas y plegarias:
lágrimas que el duro pecho
de Carlos feroz no ablandan,
plegarias a que responden
insultantes carcajadas.
Del Pontífice un Legado
(porque un Legado acompaña
para más escarnio y burla
al Rey que a la Iglesia ataca)
inerme, abatido, humilde,
a Carlos ruega y demanda
que a su ambición ponga freno,
que coto ponga a su audacia;
si no por respeto al pacto
celebrado con España,
si no por guardar solemnes
juramentos y palabras,
)por cumplir como cristiano
y para salvar su alma,
y por temor, a lo menos,
de la divina venganza.

Pues Dios es juez de los reyes,
y su mano sacrosanta
rompe coronas y cetros,
solios e imperios allana.
Con risa infernal escucha,
y burladora arrogancia,
las justas reconvenciones
el obcecado Monarca,
cuando de Borbón el Duque,
gran Condestable de Francia,
del venerable Legado
reproduce las demandas;
y con muy cristiano celo
y la autoridad y pausa
propia de su cuna ilustre
propia de sus nobles canas,
mas con todo el miramiento
a la debida distancia
que entre Rey y entre vasallo
Dios mismo establece y marca,
le repite las razones
que de pronunciar acaba
el digno representante
de la ofendida tiara,
insistiendo en que recuerde
que los tratados quebranta,
que firmó solemnemente
en Perpiñán con España.
De tan noble personaje
tampoco consiguen nada,
con el orgulloso Carlos,
razones, ruegos plegarias,
pues con desabrido gesto
y con burladora rabia,
que no recuerda, responde,
de cuanto le dicen nada.

Romance Segundo

Don Antonio de Fonseca,
caballero de alta ley,
de los Católicos Reyes
el noble Embajador es,
que al Rey de Francia acompaña
y le sigue por doquier,
y avisado por el Duque
viene en el momento aquél.
Preséntase con modestia,
pero con el rostro que
cara de pocos amigos
llama el vulgo, y llama bien.
Al verle, con fatuo orgullo
el cristianísimo Rey,
que da al Vicario de Cristo
a gustar vinagre y hiel,
con miradas de desprecio
y con gesto de altivez,
"—¡Oh, caballero—le dice—,
llegáis en buena hora, pues
"el venerable Legado
me habla, y el Duque también,
de un tratado con España
que lo que encierra no sé."
"—Señor—responde Fonseca—,
¿cómo ignorarlo podéis,
cuando en Perpiñán vos mismo
pusisteis la firma en él,
"y debajo el regio sello
puso vuestro Canciller?
Mas, puesto que lo olvidasteis,
escuchadme, os lo leeré."
Y sacando de su seno
un abultado papel,
con respeto y con firmeza
Fonseca empezó a leer.

Cuando un artículo había
favorable al interés
de la corona de Francia,
exclamaba al punto el Rey:
"—Es muy válido, recuerdo
que en Perpiñán lo firmé.
Ese artículo, Fonseca,
os ofrezco mantener."
Pero cuando otro escuchaba
interesante también
o al decoro de la Iglesia,
o de Castilla al poder:
"Dadme el tratado—decía,—
dádmelo, Fonseca, pues
si eso firmé, lo desfirmo,
que enmendar un yerro es bien."
Y las cláusulas borrando,
con menosprecio y desdén
el pliego le devolvía
diciendo: "—Seguid, leed."
Al fin llena la medida
del sufrimiento cortés,
don Alonso de Fonseca
no se pudo contener,
y "—Rey de Francia—prorrumpe—,
si mofaros pretendéis
de mí que soy caballero,
de mi patria y de mi Rey,
"vive Dios que a tolerarlo
no estoy dispuesto; y pues
borráis lo que no os conviene,
borro y anulo también
"lo que es a vos favorable,
rompiendo el tratado, ved."
Y desgarrando valiente
el respetable papel,
tiró los rotos pedazos
del Rey de Francia a los pies,

y calándose el sombrero
sin hacer venia se fué.
Y con la mano en la espada
atravesando un tropel
de alabardas y ballestas,
salió del campo francés.

JOSÉ ZORRILLA

INTRODUCCIÓN DE LOS CANTOS DEL TROVADOR

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
que, henchidas de perfume, se perdían
entre los lirios y las frescas rosas
que el huerto ameno en derredor ceñían?
Las brisas del otoño revoltosas
en rápido tropel las impelían,
y ahogaron la estación de los amores
entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
en torno de la antigua chimenea,
y acaso la ancha sombra recordamos
de aquel tizón que á nuestros pies humea.
Y hora tras hora tristes esperamos
que pase la estación adusta y fea,
en pereza febril adormecidos,
y en las propias memorias embebidos.

En vano a los placeres avarientos
nos lanzamos doquier, y orgías sonoras
estremecen los ricos aposentos
y fantásticas danzas tentadoras;
porque antes y después caminan lentos
los turbios días y las lentas horas,
sin que alguna ilusión de breve instante
del alma el sueño fugitivo encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
sueños de oro y de luz mi dulce vida,
no os dejaré dormir en los salones
donde al placer la soledad convida:
ni esperar revolviendo los tizones
el yerto amigo o la falaz querida;
sin que más esperanza os alimente
que ir contando las horas tristemente,

Los que vivís de alcázares señores,
venid, yo halagaré vuestra pereza;
niñas hermosas que morís de amores,
venid, yo encantaré vuestra belleza:
viejos, que idolatráis vuestros mayores,
venid, yo os contaré vuestra grandeza;
venid a oir en dulces armonías
las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el Trovador que vaga errante:
si son de vuestro parque estos linderos
no me dejéis pasar, mandad que cante;
que yo sé de los bravos caballeros,
la dama ingrata y la cautiva amante,
la cita oculta y los combates fieros
con que a cabo llevaron sus empresas
por hermosas esclavas y princesas.

Venid a mí, yo canto los amores;
yo soy el trovador de los festines;
yo ciño el arpa con vistosas flores,
guirnalda que recojo en mil jardines;
yo tengo el tulipán de cien colores
que adoran de Estambul en los confines,
y el lirio azul incógnito y campestre
que nace y muere en el peñón silvestre.

¡Ven a mis manos, ven, arpa sonora!
¡Baja a mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora,
que del aliento del Querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana!

Mi voz, mi corazón, mi fantasía
la gloria cantan de la patria mía.
Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que he nacido la creencia:
respetaré su ley y sus altares;
en su desgracia al par que en su opulencia
celebraré su fuerza, o sus azares:
y fiel ministro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.
¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
grande, opulenta y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias,
y hollada asaz por la fortuna impía!...
Yo cantaré sus olvidadas glorias:
que en alas de la ardiente poesía
no aspiro a más laurel ni a más hazaña,
que a una sonrisa de mi dulce España.

ESTEBAN ECHEVERRÍA

CREPÚSCULO EN EL MAR

Antes de expirar el día
Vi morir a mi esperanza.
ZÁRATE.

Allá en el horizonte el rey del día
su frente hunde radiosa,
y por el vasto espacio va flotando
su cabellera de oro luminosa.
Arreboles vistosos y cambiantes
se adorna el firmamento,
que entre los negros celajes se confunden
en su brillante airoso movimiento.
Y poco a poco sus inmensas alas
la noche va extendiendo,
y con su manto de duelo los adornos
y las galas del orbe va cubriendo.

Es la hora en que los tristes corazones
ven la imagen sombría
de la esperanza que los sustentaba,
desvanecerse con la luz del día.
Y la hora en que yo veo de mi vida
la trama deshacerse,
y el porvenir glorioso que la halaga,
como el cielo entre sombras esconderse.
En que yo digo adiós a la esperanza
y a los goces del mundo,
y co nincierto paso y sin vigía
marcho por un desierto tremebundo.
En que contemplo mi fugaz aurora
sin lucir disiparse,
y las lozanas flores de mi vida
sin exhalar perfume deshojarse.
En que a la vez mis bellas ilusiones
toman cuerpo, se abultan,
tocan la realidad, y desmayadas
en crepúsculo negro se sepultan.

III.-POETAS LÍRICOS PRECURSORES DEL ROMANTICISMO.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

(Silva)

[*En el juicio comparativo que establece Menéndez y Pelayo entre* El Niágara *y* El Teocalli *y cuya parte referente a la primera de dichas poesías ya hemos transcripto más arriba, dice el mencionado crítico lo siguiente, encomiando las bellezas de la segunda, a la cual acuerda la primacía*: "*Mi particular preferencia recae más bien sobre* El Teocalli de Cholula, *que encuentro más exenta de todo resabio de declamación, más*

esmerada en los detalles y tan suavemente graduada en su majestuoso y reposado movimiento: verdadera poesía de puesta de sol a un tiempo melancólica y espléndida. Si en alguna parte dió indicio Heredia del aquietamiento, que la mano del dolor y del desengaño comenzaba a labrar en él, mitigando sus hervores de mozo, trayéndole a una más recta contemplación del mundo y de la historia, fué de cierto en esta composición magistral, en que por otra parte desarrolla en toda su plenitud el admirable don que tuvo de descripción sintética"].

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
los aztecas valientes! En su seno
en una estrecha zona concentrados
con asombro se ven todos los climas
que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
cubren a par de las doradas mieses
las cañas deliciosas. El naranjo
y la piña y el plátano sonante,
hijos del sueño equinoccial, se mezclan
a la frondosa vid, al pino agreste,
y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
de Iztaccihual purísimo, Orizaba
y Popocatepec; sin que el invierno
toque jamás con destructora mano
los campos fertilísimos, do ledo
los mira el indio en púrpura ligera
y oro teñirse, reflejando el brillo
del sol en Occidente, que sereno
en hielo eterno y perennal verdura
a torrentes vertió su luz dorada,
y vió Naturaleza conmovida
con su dulce calor hervir en vida.
Era la tarde; en su ligera brisa
las alas en silencio ya plegaba,
y entre la hierba y árboles dormía,
mientras el ancho sol su disco hundía
detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,
cual disuelta mar de oro, semejaba
temblar en torno de él; un arco inmenso

que del empíreo en el cenit finaba
como espléndido pórtico del cielo,
de luz vestido y centellante gloria,
de sus últimos rayos recibía
los colores riquísimos. Su brillo
desfalleciendo fué: la blanca luna
y de Venus la estrella solitaria
en el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
que el alba noche y el brillante día.
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!
Hallábame sentado en la famosa
Choluteca pirámide. Tendido
el llano inmenso que ante mí yacía,
los ojos a espaciarse convidaban.
¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿quién diría,
que en estos bellos campos reina alzada
la bárbara opresión, y que esta tierra
brota mieses tan ricas, abonada
con sangre de hombres, en que fué inundada
por la superstición y por la guerra?...
Bajó la noche en tanto. De la esfera
el leve azul, obscuro y más obscuro
se fué tornando: la movible sombra
de las nubes serenas, que volaban
por el espacio en alas de la brisa,
era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvía
del argentado rayo de la luna
el plácido fulgor, y en el Oriente
bien como puntos de oro centellaban
mil estrellas y mil... ¡Oh! yo os saludo
fuentes de luz, que de la noche umbría
iluminái el velo,
y sois del firmamento poesía.
Al paso que la luna declinaba,
y al ocaso fulgente descendía
con lentitud, la sombra se extendía

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

del Popocatepec, y semejaba
fantasma colosal. El arco obscuro
a mí llegó, cubrióme, y su grandeza
fué mayor y mayor, hasta que al cabo
en sombra universal veló la tierra.
Volví los ojos al volcán sublime,
que velado en vapores transparentes
sus inmensos contornos dibujaba
de Occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo
de las edades rápidas no imprime
alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
años y siglos, como el norte fiero
precipita ante sí la muchedumbre
de las olas del mar. Pueblos y reyes
viste hervir a tus pies, que combatían
cual ora combatimos, y llamaban
eternas sus ciudades, y creían
fatigar a la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
de tus profundas bases desquiciado
caerás; abrumará tu gran ruina
al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
nuevas generaciones, y orgullosas
que fuiste negarán...
Todo perece
por ley universal. Aun este mundo
tan bello y tan brillante que habitamos,
es el cadáver pálido y deforme
de otro mundo que fué...
En tal contemplación embebecido
sorprendióme el sopor. Un largo sueño
de glorias engolfadas y perdidas
en la profunda noche de los tiempos,
descendió sobre mí. La agreste pompa
de los reyes aztecas desplegóse

a mis ojos atónitos. Veía,
entre la muchedumbre silenciosa
de emplumados caudillos levantarse
el déspota salvaje en rico trono
de oro, perlas y plumas recamado;
y al son de caracoles belicosos
ir lentamnete caminando al templo
la vasta procesión, do lo aguardaban
sacerdotes horribles, salpicados
con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
las bajas frentes en el polvo hundía
y ni mirar a su señor osaba,
de cuyos ojos férvidos brotaba
la saña de poder.
Tales ya fueron
tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:
su vil superstición y tiranía
en el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
hiriendo al par al déspota y esclavo,
escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
tu insensatez oculta y tus furores
a la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
vió a la superstición más inhumana
en ella entronizarse. Oyó sus gritos
de agonizantes víctimas, en tanto
que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
les arrancaba el corazón sangriento;
miró el vapor espeso de la sangre
subir caliente al ofendido cielo
y tender en el sol fúnebre velo,
y escuchó los horrendos alaridos
con que los sacerdotes sofocaban
el grito del dolor.

Muda y desierta
ahora te ves, pirámide. ¡Más vale
que semanas de siglos yazcas yerma,
y la superstición a quien serviste
en el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
sé lección saludable; y hoy que el hombre
al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
sé ejemplo ignominioso
de la demencia y del furor humano.

IV.-POETAS LÍRICOS SEUDOCLÁSICOS Y ACADÉMICOS DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX.

a. La nueva escuela sevillana

MANUEL MARÍA DE ARJONA

(1771-1820)

Oriundo de Osuna, se trasladó luego a Sevilla, donde contribuyó grandemente al movimiento cuyo resultado fué a fines del siglo XVIII la segunda Escuela Sevillana, *como que Blanco y Lista fueron discípulos suyos. Cuando la invasión francesa era Canónigo de Córdoba.*

Versificador armonioso y correcto, ha dejado algunas composiciones dignas de salvarse del olvido.

LA DIOSA DEL BOSQUE

¡Oh, si bajo estos árboles frondosos
se mostrase la célica hermosura
que vi algún día en inmortal dulzura
este bosque bañar!
Del cielo tu benéfico descenso
sin duda ha sido, lúcida belleza:
deja, pues, diosa, que mi grato incienso
arda sobre tu altar.

Que no es amor mi tímido alborozo,
y me acobarda el rígido escarmiento,
que ¡oh Piritoo! condenó tu intento
y tu intento, Ixión.
Lejos de mí sacrílega osadía:
bástame que con plácido semblante
aceptes, diosa, a mis anhelos pía,
mi ardiente adoración.
Mi adoración y el cántico de gloria
que de mí el Pindo atónito ya espera:
baja tú a oírme de la sacra esfera
¡oh radiante deidad!
Y tu mirar más nítido y süave,
he de cantar, que fúlgido lucero;
y el limpio encanto que infundirnos sabe
tu dulce majestad.
De pureza jactándose natura,
te ha formado del cándido rocío
que sobre el nardo al apuntar de estío
la aurora derramó;
y excelsamente lánguida retrata
el rosicler pacífico de Mayo
tu alma: Favonio su frescura grata
a tu hablar trasladó.
¡Oh imagen perfectísima del orden
que liga en lazos fáciles el mundo,
sólo en los brazos de la paz fecundo,
sólo amable en la paz!
En vano con espléndido aparato
finge el arte solícito grandezas:
natura vence con sencillo ornato
tan altivo disfraz.
Monarcas, que los pérsicos tesoros
ostentáis con magnífica porfía,
copiad el brillo de un sereno día
sobre el azul del mar:
o copie estudio de émula hermosura
de mi deidad el mágico descuido;

antes veremos la estrellada altura
los hombres escalar.
¡Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento
ya las alas del céfiro recibe,
y al pecho ilustre en que tu numen vive
vuela, vuela veloz;
y en los erguidos álamos ufana
penda siempre esta cítara, aunque nueva;
que ya a sus ecos hermosura humana
no ha de ensalzar mi voz.

b Continuadores y discípulos de la escuela salmantina.

JUAN NICASIO GALLEGO

(1777-1853)

Este sacerdote y notable poeta nació en Zamora, y alcanzó en su época un gran renombre, hoy notablemente atenuado. Sus ideas políticas y filosóficas eran muy análogas a las de su amigo Quintana. Sus poesías, muy escasas en número, alcanzan una sorprendente perfección formal.

A LA DEFENSA DE BUENOS AIRES

(ODA)

Tú, de virtudes mil, de ilustres hechos
fecundo manantial, a quien consagran
su vida alegres los heroicos pechos;
patria, deidad, augusta,
mi numen es tu amor. Su hermoso fuego,
que aun hoy las piedras de Sagunto inflama;
el que arrojó la chispa abrasadora,
baldón y estrago de la gente mora,
que aun brilla desde el cántabro hasta Alhama,
da que pase a mi voz; sublime el eco
del éter vago los espacios llene,

sus glorias celebrando,
y atrás el mar Atlántico dejando,
hasta el remoto Patagón resuene.
De allí no lejos las britanas proas
viera el indio pacífico asombrado
sus costas invadir, y furibundo
al hijo de Albión, que fatigado
tiene en su audacia y su soberbia al mundo,
cual lobo hambriento en indefenso aprisco,
entrar, correr, talar. Montevideo,
que ya amarrado a su cadena gime,
con espanto en sus muros orgullosos
ve tremolar su pabellón, ansiando
lanzar del cuello el yugo que le oprime,
mientras la rienda a su ambición soltando
el anglo codicioso,
la rica población domar anhela,
que de Solís el río
en su ribera occidental retrata
cuando a la mar con noble señorío
rinde anchuroso su caudal de plata.
¡Cuán presta ¡oh Dios! la ejecución corona
las empresas del mal!, el anglo altivo
tiempo ni afán perdona.
Vese en la playa las inmensas naves
presurosas ocupar la isleña gente,
de muertes mil cargada,
y en pos hender la rápida corriente.
Ya la soberbia armada,
batiendo el viento la ondeante lona,
vuela, se acerca y a la corva orilla
saltan las tropas. Ostentoso brilla
el padre de la luz, y a los reflejos
con que los altos capiteles dora,
la sed de su ambición la faz colora
del ávido insular. Así de lejos
mira el tigre feroz la ansiada presa
y con sangrientos ojos la devora.

Álzase en tanto, cual matrona augusta,
de una alta sierra en la fangosa cumbre
la América del Sud; vese cercada
de súbito esplendor, de viva lumbre
y en noble ceño y majestad bañada,
no ya frívolas plumas,
sino bruñido yelmo rutilante,
ornan su rostro fiero;
al lado luce poderoso escudo,
y en vez del hacha tosca o dardo rudo,
arde en su diestra refulgente acero,
la vista fija en la ciudad; y entonces
golpe terrible en el broquel sonante
da con el pomo, y al fragor de guerra,
con que herido el metal gime y restalla,
retiembla la alta sierra,
y el ronco hervir de los volcanes calla.
"¡Españoles!, clamó; cuando atrevido
arrasar nuestros lares amenaza
el opresor del mar, a quien estrecho
viene el orbe, ¿será que en blando lecho
descuidados yazgáis, o en torpe olvido?
¿o acaso, echando a la ignominia el sello,
daréis al yugo el indomable cuello?
¿Dó mis Incas están? ¿A dónde es ido
el Imperio del Cuzco? ¿Quién brioso
domeñó su poder? ¿No fué trofeo
del castellano esfuerzo poderoso?
¿Y ora vosotros, sucesión valiente
de Pizarro y Almagro, envilecidos
ante el tirano doblaréis la frente?
¿cederá el español? ¡Oh! ¡Nunca sea
que América infeliz con viles hierros
al carro de su triunfo atar se vea!
"No; jamás se verá; que en noble saña
siento inflamarse ya los fuertes pechos
de los hijos magnánimos de España,
de la patria a la voz. Caigan deshechos

y a cenizas y polvo reducidos
templos y torres y robustos techos,
primero que rendidos
el mundo os vea al ambicioso isleño.
Ni la ciudad, al enemigo abierta,
sin reforzado adarve y bastiones,
el brío arredre del heroico empeño,
cuando la fama alígera os aclame
por remotas regiones,
nueva Numancia occidental la llame,
mostrando a las atónitas naciones
que no hay más firmes muros
que un ánimo constante y pechos duros".
Dijo; y cual se oye en la estación de Tauro
de volador enjambre numeroso
el sordo susurrar, así incesante
bélico afán en la ciudad se escucha,
que, sin que el fuego del bretón la espante
se apresta a la tremenda lucha.
Ya doce mil guerreros,
de mortíferos bronces precedidos,
a las débiles puertas se abalanzan,
y los limpios aceros
del rayo brillan de Titán heridos;
ya sus columnas en las anchas calles
intrépidas se lanzan;
por montes y por valles,
del militar clamor retumba el eco,
y el trémulo batir del parche hueco.
Trábase ya la desigual pelea
y del fiero enemigo el paso ataja
furioso el español; cruza silbando
el plomo; inexorable se recrea,
sus víctimas, la Parca contemplando;
crece la confusión; al cielo sube
el humo denso en pavorosa nube,
y al bronco estruendo del cañón británo,
que muertes mil y destrucción vomita,

impávido el esfuerzo castellano
lluvias arroja de letal metralla.
No hay ceder; no hay ciar. De nuevo estalla
retumbante el metal del anglo fiero,
que el horizonte atruena,
mas el valiente ibero
ni el ruido escucha ni al estrago atiende;
que en almas grandes, que el honor enciende,
más alto el grito de la patria suena.
Suena, y el pecho del esclavo inflama,
y es un guerrero ya. Los moradores
invictos héroes son. ¡Cuál multiplican
la ciega rabia y bélicos clamores
las artes de dañar! Inmensas trabes
y lumbre y peñas por los aires bajan
sobre el mísero inglés; profundo foso
y alta trinchera su furor atajan.
Él en tanto, animoso,
redobla el fuego y el tesón y truenan
contra su hueste horrísonos cañones,
ríos de sangre de Albión vertiendo.
Desplómanse los fuertes torreones
con roncos estallidos
y al espantoso estruendo
con que los altos techos se derrumban,
se oyen gemir los vientos comprimidos
y hasta en las cuevas de los Andes zumban.
Tiende la noche el pavoroso velo,
cubriendo tanto horror. Doquier se escucha
del triste isleño el lúgubre gemido,
que con la muerte irrevocable lucha;
su caudillo infeliz, que estremecido
el fiero estrago entre tinieblas mira,
de su domada hueste
los restos junta, y pálido suspira.
Al fin, vertiendo su esplendor celeste
la nacarada Aurora,
su vista aparta de la horrible escena.

¡Cuál de pavor se llena
el britano adalid! allí, en confuso
tropel, de sus soldados
rotas armas y cuerpos hacinados
contempla, y se horroriza,
y el abatido ardor buscando en vano
de su fiereza brava,
el pelo se le eriza,
desampara el bastón la yerta mano,
y un espanto glacial sus miembros traba.
América triunfó, ¿no véis cuál brilla,
tremolando en su diestra el estandarte
de las excelsas torres de Castilla?
Ve el pueblo valeroso
sitiado al sitiador; del fiero Marte
depone el rayo, y al Olimpo eleva
clamor de triunfo en himno placentero.
Muéstrase entonces el caudillo ibero
al britano, que atónito enmudece,
y de la salva América las playas
dejar le ordena: el anglo le obedece.
A las naves temblando
los restos suben del vencido bando;
y cual suele medrosa
la garza huir del sacre furibundo,
así la escuadra, huyendo presurosa,
surca asombrada el piélago profundo.
¡Lauros, palmas, traed y ornad, iberos,
la frente al vencedor. De la victoria
en alas vuele tan brillante hazaña
al templo de la gloria.
Feliz anuncio sea
de nuevos timbres al blasón de España,
y en letras de oro en su padrón se lea.
Y vosotros, del Tajo
canoros cisnes, cuya voz divina,
cuando en ardor patriótico se enciende,
el blando son del agua cristalina

y el coro de sus Náyades suspende;
vuestra lira sonora,
de la rama inmortal dispensadora
al cielo alzando tan heroico brío,
las altas glorias de la Iberia cante,
y en sus alas levante
el tono humilde del acento mío.

c. Líricos americanos de este grupo

JUAN CRUZ VARELA

(1794-1839)

(Argentino)

Fué Juan Cruz Varela el más calificado representante en la República Argentina de la escuela clásica de comienzos del siglo XIX; y puede considerársele como el que indiscutiblemente inicia la serie de nuestros grandes poetas.

Nació en Buenos Aires en 1794, *y en* 1810 *ingresó en la Universidad de Córdoba, donde en* 1816 *se graduó de Bachiller en Teología y Cánones, después de adquirir un excelente fondo de cultura clásica, que debía de evidenciarse en su producción posterior. Envuelto a partir de* 1816 *en las vicisitudes de la civil discordia, se vió encarcelado y perseguido, y luego desterrado en Montevideo y Santa Catalina. Su muerte ocurrió en la proscripción, en* 1839.

La producción poética de Juan Cruz Varela comprende la poesía dramática y la lírica.

Como dramático, ha dejado dos hermosas tragedias de corte clásico en verso, Dido *y* Argía, *escritas en* 1823 *y* 1824, *respectivamente.*

Como poeta lírico comenzó inclinándose a la manera de Meléndez y Cienfuegos, para acercarse después en su segunda época a Quintana, en cuya influencia no parecía decidido a estancarse, como resulta de algunas odas de entonces en que imita a Horacio y de haber tomado del poeta italiano Manzoni la forma métrica y el tono lírico de El veinticinco de Mayo de 1838, *la última de sus composiciones.*

Dejando a un lado la valiosísima versión de los primeros cantos de la Eneida, *correspondiente a los años de su destie-*

rro, y limitándonos tan sólo a sus muchas poesías líricas originales, mencionaremos como las más notables y dignas de leerse el famoso Triunfo de Ituzaingó (1827), *cuyos méritos oscurece indiscutiblemente una excesiva grandilocuencia, y su ya recordada composición* El veinticinco de Mayo de 1838, *enérgica invectiva contra Rosas, considerada por Menéndez y Pelayo como la más bella de todas sus poesías, y que insertamos a continuación.*

EL 25 DE MAYO DE 1838, EN BUENOS AIRES

"Ya raya la aurora del día de Mayo:
salgamos, salgamos a esperar el rayo
que lance primero su fúlgido sol.
Mirad: todavía no asoma la frente,
pero ya le anuncia cercano al Oriente
de púrpura y oro brillante arrebol.
Mirad esas filas; el rayo, el acero,
los patrios pendones, la voz del guerrero
al salir el astro saludo le harán;
de párvulos tiernos inocente coro
alzará a los cielos el canto sonoro,
y todas las madres de amor llorarán.
Por los horizontes del río de Plata
el pueblo en silencio la vista dilata
buscando en las aguas naciente fulgor;
y el aire de vivas poblaráse luego
cuando en el baluarte con lenguas de fuego
anuncie el momento cañón tronador:
cándida y celeste la patria bandera
sobre las almenas será la primera
que el brillo reciba del gran luminar:
y ved en las bellas cándida y celeste
como la bandera la nítida veste
en gracioso talle graciosa ondear.
Yo he sido guerrero: también ha postrado
mi brazo enemigos; me le ha destrozado
la ardiente metralla del bronce español.
No sigo estandartes inútil ahora;
pero tengo patria... Ya luce la aurora,
y seré dichoso si miro este sol".

Así entre extranjeros que absortos oían,
y a ver esta pompa de lejos venían,
hablaba un soldado, y era joven yo.
¡Qué Mayo el de entonces! ¡Qué glorias aquéllas!
¡Pasaron! ¡Pasaron! Ni memoria de ellas
consiente el tirano que el mando robó.
¡Ay, sella tus labios, antiguo guerrero,
y no hables ahora si ansioso extranjero
la gloria de Mayo pregunta cuál es!
Sí, sella tus labios, reprime tus iras,
¡ah, no te desprecien los hombres que miras,
espera los días que vendrán después!
¡En vano se abrieron de Oriente las puertas!
¡Como en negra noche mudas y desiertas
las calles y plazas y templos están!
Sólo por escarnio de un pueblo de bravos
bandas africanas de viles esclavos
por calles y plazas discurriendo van.
Su bárbara grita, su danza salvaje
es en este día meditado ultraje
del nuevo caribe que el Sur abortó.
Sin parte en tu gloria, Nación Argentina,
tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
en su enojo el cielo tal hijo te dió.
Feroz y medroso, desde el hondo encierro
do temblando mora, la mano de hierro
tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.
Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
los hombres de Mayo son hombres de crimen
para este ministro del genio del mal.
Sin él, patria, leyes, libertad gritaron,
sin él, valerosos la espada empuñaron,
rompieron cadenas y yugo sin él.
Por eso persigue con hórrida saña
a los vencedores de su amada España,
y en el grande día la venga cruel,

El Plata, los Andes, Tucumán hermoso,
y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso
¿le vieron acaso pugnar y vencer?
Vilcapujio, Ayohuma, Moquegua, Torata
donde la victoria nos fué tan ingrata,
¿le vieron acaso con gloria caer?
A fuer de cobarde y aleve asesino,
espiaba el momento que al pueblo argentino
postrado dejara discordia civil;
y al verle vencido por su propia fuerza,
le asalta, le oprime, le burla y se esfuerza
en que arrastre esclavo cadena servil.
¡Oh Dios! No supimos vivir como hermanos;
de la dulce patria nuestras mismas manos
las tiernas entrañas osaron romper.
¡Y por castigarnos al cielo le plugo
hacer que marchemos uncidos al yugo
que obscuro salvaje nos quiso imponer!
¿Y tú, Buenos Aires, antes vencedora,
humillada sufres que sirvan ahora
todos tus trofeos de alfombra a su pie?
¿Será que ese monstruo robártelos pueda
y de ti se diga que sólo te queda
el mísero orgullo de un tiempo que fué?
¿Qué azote, qué ultraje resta todavía,
qué nuevo infortunio, cara patria mía,
de que tú no seas la víctima ya?
¡Ah, si tu tirano supiese siquiera
reprimir el vuelo de audacia extranjera
y vengar insultos que no vengará!
De Albión la potente sin duro castigo,
del Brasil, de Iberia bajel enemigo
la espalda del Plata jamás abrumó.
¡Y hora extraña flota, le doma, le oprime,
tricolor bandera flamea sublime,
y la azul y blanca vencida cayó!
¿Qué importa al perjuro tu honor o tu afrenta?
Los heroicos hechos que tu historia cuenta,

tus días felices, tu antiguo esplendor,
deslumbran su vista, confunden su nada,
y el bárbaro intenta dejar apagada
la luz que a los libres en Mayo alumbró.
Tú, que alzando el grito despertaste un mundo
postrado tres siglos en sueño profundo
y diste a los reyes tremenda lección,
¿de un déspota imbécil esclava suspiras?
¡Eh! contra tu fuerza ¿qué valen sus iras?
¿No has visto a tus plantas rendido un león?
¡Hijos de mi patria, levantad la frente
y con fuerte brazo la fiera inclemente
que lanzó el desierto, de un golpe aterrad!
Lavad vuestra mancha, valientes porteños,
y mostrad al mundo que no tiene dueños
el pueblo que en Mayo gritó *Libertad.*

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA

EPIGRAMAS

A toro muerto

Cuenta Gil que con braveza
cortó un brazo a un enemigo;
y Blas contestóle: — Amigo,
mejor fuera la cabeza.
A esto el guapo replicó:
—¿Conque la cabeza? ¡Ah pavo!
Ya esta operación un cabo
la había hecho antes que yo.

Declinación del "Quis vel qui"

Declinando el *quis vel qui*
Don Pedancio a unos cazurros,
díjoles: — Todos los burros
se atascan por fuerza aquí.

—¿Conque... todos? — exclamó
uno de ellos; — eso es broma.
—¿Por qué lo supones? — ¡Toma!
porque usted no se atascó.

A un plagiario

Tus pobres publicadas poesías
son plagios y copiadas fruslerías:
aun las tiene el librero almacenadas:
¿quién se atreve a comprar cosas robadas?

A un enemigo sin motivo

Sé que es un ingrato Bruno;
pero ese odio que me tiene
no sé de dónde le viene,
pues no le hice bien ninguno.

Un árbol de buen fruto

—De este grande árbol que ves —
decía un viudo a un casado —
tres mujeres se han ahorcado,
y la mía entre las tres.
—Esa es gran cosa, si es cierta —
respondió aquél con soflama; —
quiero llevar una rama
para plantarla en mi huerta.

Un tramposo aspirando a la inmortalidad

Lleno de deudas don Febo,
solía enfermo decir:
—No me deje Dios morir
sin pagar a cuantos debo. —

Y no es poco lo que el tal
pide a Dios; pues ciertamente,
para pagar solamente
tendrá que ser inmortal.

Una obra sin índice

De la lengua castellana
el Diccionario un librero
propuso a Crispín Badana;
y él, con suficiencia vana,
dijo: — Veamos primero. —
La obra hacia el fin registró
con aire grave Crispín,
—Qué, ¿no hacemos trato? — No;
y luego la desechó.
Le falta el índice al fín.

Consejo a un mal pintor

—La casita que compré —
dice un pintor chapucero —
la he de hacer blanquear primero,
y después la pintaré.
—Al revés debes obrar —
respondió un crítico adusto; —
píntala antes a tu gusto
y luego la haces blanquear.

El asno leyente

—Mi asno lee y es erudito, —
decía Perico a Pablo;
y por prueba, en el establo
púsole un papel escrito.
—¡Hombre, no mientas así!
Yo no le oigo leer ni jota.
—¿Qué has de oír? ¿No ves, idiota
que él lee sólo para sí?

Un consuelo bien desatinado

De un gran ladrón el sobrino
lloraba, viéndole ahorcar;
y decíale un vecino:
—¡Paciencia! ese es el camino
que todos hemos de andar.

A un general que se halló con una victoria sin saber cómo

Celio, imbécil general,
zopenco de tomo y lomo,
obtuvo, sin saber cómo,
una victoria campal.
Por más que digan yo digo
que el pobre hombre no ganó
la tal victoria, sino
que la perdió el enemigo.

Un viejo y un labrador

Un viejo a un labrador
díjole con cara adusta:
—¡Pasto al mulo, y del mejor! —
y él contestó: — Sí, señor;
tengo del que a usted le gusta.

Genio y figura...

A un avaro prestamista
a bien morir auxiliaba
un fraile, y le aproximaba
un crucifijo a la vista.
De plata era el crucifijo;
y al verlo exclamó el doliente:
—Daré sobre él solamente
media onza con plazo fijo.

Proposición de un gastrónomo

—Para poderse comer
un pichón a cualquier hora —
decía Bruno a Isidora —
dos al menos deben ser.
—¿Para tan parca ración
no es muy bastante con uno?
—Dos deben ser — dijo Bruno; —
el que come y el pichón.

FELIPE PARDO Y ALIAGA

BUENAS NOCHES

(DIÁLOGO)

—Por hoy, amigo, es bastante:
ya marea y acribilla
escuchar tan incesante
taravilla.
¡Vamos! ya me rinde el sueño;
y temo que aquí trasnoches,
si no interrumpo tu empeño.
¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! pero advierte
que aun hay que hablar infinito,
y vuelvo mañana a verte
tempranito.
—Está corriente: haz mañana,
como hoy, ya no me agarroches,
lo que más te dé la gana
¡Buenas noches!

—Te hablaré de mi querella
con la inconstante Marica;
de mi amor con una bella
viuda y rica,
de sus prendas estimables,
de su hacienda, y de sus coches.
—Me hablarás, pero no me hables.
¡Buenas noches!

—Abur... cuando estoy contigo
me embeleso, me deleito...
¡Ah! y no te olvides, amigo,
de mi pleito.
Temprano ves a los jueces;
¡no en la cama te abizcoches!
—Ya me lo has dicho cien veces.
¡Buenas noches!

—Ese usurero maldito
que tenazmente me enjuicia,
pretende un acto inaudito
de injusticia.
¡Somos cuerdos cuando viejos!
¡Hijo mío!, no derroches,
porque... — ¿A estas horas consejos?
¡Buenas noches!

—Me faltaba lo mejor.
Te traigo aquí mis poemas;
has de ser tú mi censor,
y no temas
me irrite que al criticarme
severo te desabroches.
—¿Si acabarás de dejarme?
¡Buenas noches!

—No aguardo fallos adversos:
hay estilo, poesía:
verás fluidez en los versos
y armonía,
aunque en algunos vocablos
la antigüedad me reproches.
—¡Pelmazo! ¡con dos mil diablos!
¡Buenas noches!

—No temo serte importuno...
—¿No lo temes? ¿Que tal digas?
Me importunas cual ninguno,
me atosigas
y no calmará mi enojo
mientras tus labios no abroches.
O te vas, o me recojo.
¡Buenas noches!

JOSE PARDO Y ALIAGA

(Peruano)

Fué hermano de Felipe Pardo, y como él recibió una sólida educación clásica. Escribió poesías líricas tan importantes como A la independencia de América, *y en el género festivo no se muestra inferior a su ilustre hermano.*

LA CARTA

De padecer y sufrir
mi mente cansada y harta,
me he decidido a escribir
esta carta.
Trabajillo me ha costado:
hablando a usted con franqueza
he sudado:
la cabeza
la tengo como un tambor.
Ya me acosaba el temor
de un prudente "Dios le guarde",
o de un "Beso a usted la mano",
o "Ha llegado usted muy tarde",
o "Viene usted muy temprano",
y aun pensé: Tal vez me espete
mi billete
sin abrirlo;
a más de eso, yo no osaba
dirigirlo;
la vergüenza me abrumaba.
Al fin y al cabo vencí:
lo que ahora falta es un *sí*.
He escrito, sin ponderar,
la carta décimosexta,
sin poderme contentar
ni con ésta;

pero ya me duele el brazo
y el negro fastidio asoma;
ya no trazo
ni una coma;
bien o mal, tal como está,
señora mía, allá va.
Y no tome usted a afrenta
si la epístola dirijo
por la vía de la imprenta:
Lo hago así porque colijo
que es un medio sin apuro,
y seguro,
de que vea
usted mi pasión escrita,
y la lea
en el diario a que suscrita
está usted, según sé yo:
no me diga usted que *no*.
Empiezo, pues. Seré breve,
que ya mi cachaza irrita.
Hoy sábado, veintinueve;
Señorita:
apenas la divisé
sentí en mi interior (no embromo)
no sé qué,
no sé cómo;
mas lo cierto es que estoy sordo,
que ya ni duermo ni engordo,
por más que procure yo
un consuelo a mi destino
con *fricassé* y *fricandó*,
con cerveza y con buen vino.
¡Ay! Sin que nadie me atrape,
al escape,
mi señora,
al otro mundo me largo.
Me devora
un pesar negro y amargo...

No sé qué será de mí
si usted no contesta un *sí*.
Mis días huyen, corriendo
en continua agitación,
y los paso repitiendo
¡maldición!
y otras palabras groseras,
y otros votos indiscretos.
Calaveras,
esqueletos,
duendes, y brujas precitas,
y visiones infinitas
agitan mi triste mente,
la conmueven sin cesar,
como el agua de un torrente
al precipitarse al mar.
Velada el alma de luto,
ni un minuto,
ni un segundo,
paso tranquilo y contento
en el mundo.
¡No tengo ya sufrimiento!
¿En qué vendré a parar yo
si usted sale con un *no*?
Si usted a tanto suspiro
no encuentra de alivio un medio,
mañana me pego un tiro
sin remedio;
que ya el pesar me derrumba
y ya aborrezco la luz...
¡Una tumba
y una cruz!
¡Una tumba, vida mía,
es lo que mi mente ansía!
Una cruz triste y sencilla,
y (en obsequio del afeite)
una lámpara amarilla
con su mecha y con su aceite.

Y sólo de este hombre pulcro
¡un sepulcro
quedará!
¿Y quién sobre el mármol yerto
verterá
sus lágrimas por el muerto?
Paloma, ¿y tú irás allí?
Por la Virgen, dí que *sí*.
Mas no, tórtola; mejor
es que oigas mis tiernas quejas,
y que tiendas a mi amor
tus orejas;
que escuchando mi reclamo
y apiadándote mi lloro,
un "Yo te amo",
o "Yo te adoro",
contestes a mi delirio.
Darás fin a mi martirio;
nos colmará de placer
el lazo más bendecido;
yo te llamaré *mujer*,
tú me llamarás *marido*.
Si Dios no nos es adusto,
bien robusto
rozagante,
nuestra dicha colmará
un infante,
uno y otro, otro vendrá
que, si el cielo nos oyó,
no ha de decirnos que *no*.

Recoja gozo o dolor
por fruto mi loco amor:
soy ahora y soy después
tu seguro servidor,
que atento besa tus pies..

RAFAEL MARÍA BARALT

A DIOS

(Soneto)

Perlas son de tu manto las estrellas;
tu corona los soles que al vacío
prendió tu mano, y de tu imperio pío
espada y cetro al par son las centellas.
Por el éter y el mar andas sin huellas;
y cuando el huracán suelta bravío
sus mil voces de un polo al otro frío,
con tu voz inmortal sus labios sellas.
Doquiera estás; doquier llevan tu nombre
mares, desiertos, bosques y palacios,
cielos y abismos, el animal, el hombre;
Aunque estrechos la mente y los espacios
te llevan ¡oh Señor! sin contenerte,
te adoran ¡oh Señor! sin conocerte.

8.-ENSAYOS Y MONOGRAFÍAS

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

LA GRANDEZA DE LOS IMPERIOS

(De "Ariel")

Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad, y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre los asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero o la colmena. No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización. La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura. Es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu. No sin razón ha dicho Quinet que "el alma que acude a beber fuerzas y energías en la íntima comunicación con el linaje humano, esa alma que constituye al grande hombre, no puede formarse y dilatarse en medio de los pequeños partidos de una ciudad pequeña". Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas de sus habitaciones, son sólo medios del genio civilizador, y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse. De las piedras que compusieron a Cartago no

dura una partícula transfigurada en espíritu y en luz. La inmensidad de Babilonia y de Nínive no representa en la memoria de la humanidad el hueco de una mano si se la compara con el espacio que va desde la Acrópolis al Pireo. Hay una perspectiva ideal en la que la ciudad no aparece grande sólo porque prometa ocupar el área inmensa que había edificada en torno a la torre de Nemrod; ni aparece fuerte sólo porque sea capaz de levantar de nuevo ante sí los muros babilónicos, sobre los que era posible hacer pasar seis carros de frente; ni aparece hermosa sólo porque, como Babilonia, luzca en los paramentos de sus palacios losas de alabastro y se enguirnalde con los jardines de Semíramis.

Grande es en esa perspectiva la ciudad, cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciado su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral; cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre; cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas.

RUBÉN DARÍO

PAISAJE

(De "Azul")

El sol había roto el velo opaco de las nubes y bañaba de claridad áurea y perlada un recodo de camino.

Allí unos cuantos sauces inclinaban sus cabelleras verdes hasta rozar el césped. En el fondo se divisaban altos barrancos y en ellos tierra negra, tierra roja, pedruzcos brillantes como vidrios. Bajo los sauces agobiados ramoneaban sacudiendo sus testas filosóficas — ¡oh, gran maestro Hugo! — unos asnos: y cerca de ellos un buey gordo, con sus grandes ojos melancólicos y pensativos donde ruedan miradas y ternuras de éxtasis supremos y desconocidos, mascaba despacio y con cierta pereza la pastura. Sobre todo flotaba un vaho cálido, y el grato olor campestre de las yerbas chafadas. Veíase en lo profundo un trozo de azul. Un huaso robusto, uno de esos fuertes campesinos, toscos hércules que detienen un toro, apareció de pronto en lo más alto de los barrancos. Tenía tras de sí el vasto cielo. Las piernas, todas músculos, las llevaba desnudas. En uno de sus brazos traía una cuerda gruesa y arrollada. Sobre su cabeza, como un gorro de nutria, sus cabellos enmarañados, tupidos, salvajes.

Llegóse al buey en seguida y le echó el lazo a los cuernos. Cerca de él, un perro con la lengua fuera acechando, movía el rabo y daba brincos.

AMADO NERVO

LA CORTESÍA

(De "Plenitud")

La vida, por breve que sea nos deja siempre tiempo para la cortesía, o como dijo Émerson: "La vida no es tan corta, pues que siempre hay tiempo para la cortesía".

Huye de las gentes que te dicen: "Yo no tengo tiempo para gastarlo en etiquetas". Su trato te rebajaría. Estas gentes están más cerca de la animalidad que las otras. ¡Qué digo! La animalidad se ofendería... El perro jamás te dejará entrar a tu casa sin hacerte fies-

tas con ese meneo de cola "tan honrado" como ha dicho Schopenhauer. El gato mimoso y elástico, en cuanto te vea, irá a frotarse contra tí. El pájaro parecerá escuchar con un gracioso movimiento de cabeza lo que le dices, y si percibe en el metal de tu voz la cariñosa inflexión que él conoce, romperá a cantar.

Dante en la *Vida Nueva* llama a Dios SEÑOR DE LA CORTESÍA.

La Cortesía es el más exquisito perfume de la vida y tiene tal nobleza y generosidad, que todos la podemos dar; hasta a aquellos que nada poseen en el mundo, EL SEÑOR DE LA CORTESÍA les concede el gracioso privilegio de otorgarla.

El hombre feliz, que no tenía camisa, sí tuvo cortesía para recibir a los emisarios del Sultán enfermo.

¿En qué abismo de pobreza, de desnudez, no puede caber la amable divinidad de una sonrisa, de una palabra suave, de un apretón de manos?

La Caridad, opulenta o humilde, lleva siempre el ropaje de la cortesía, y la santidad más alta no podemos ni imaginárnosla sino infinitamente cortés.

¿Os acordáis de San Francisco de Asís?

9.- EL TEATRO EN EL SIGLO XIX

I.- EL TEATRO DESPUÉS DEL ROMANTICISMO. O SEA DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIX.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

(1828-1879)

Nació en Guadalcanal. Estudió derecho en Sevilla y luego pasó a Madrid, donde en 1853 *ya estrenaba el drama* Un hombre de Estado, *una de sus mejores piezas. A pesar del tiempo que perdió ocupándose en política, tuvo el de escribir muchas obras más, entre las cuales se destacan especialmente* Rioja (1854), El Tanto por Ciento (1861) *y* Consuelo (1878). *En todas ellas propone Ayala altos ideales de moral pública y privada, y se revela consumando versificador y conocedor insuperable de los recursos escénicos.*

CONSUELO

Asunto de la obra

[*En esta comedia, noblemente inspirada como todas las suyas, se yergue el autor indignado contra la inconsciente y dura superficialidad con que, demasiado a menudo, anteponen ciertas mujeres los halagos del lujo y de la moda y los aven-*

tureros vulgares que se los proporcionan para disponer de ellas, al amor sincero y profundo de un hombre honrado.

Fernando y Ricardo son dos polos opuestos; el primero, por no haber querido entrar en una operación financiera reprobable, debe seguir trabajando para labrarse una situación; el segundo, en un cambio, libre de todo escrúpulo, aprovecha la oportunidad y se enriquece de golpe. Fernando tenía una novia, llamada Consuelo, a quien quería con honda pasión; pero durante una ausencia suya de Madrid, en que asuntos de su profesión le llevan a Málaga, Consuelo, atraída por las riquezas y fatuidad de Ricardo, le promete su mano. De manera que al volver Fernando a Madrid se encuentra con que todo ha cambiado sin remedio.

En el acto segundo ya están casados Consuelo y Ricardo, y la vía crucis expiatoria de aquella se inicia. Ricardo la descuida por sus diversiones de toda índole, y sin embozo le deja ver su indiferencia y su despego. Así transcurren, como si fuera la vida misma, el segundo acto y el tercero, en medio de miserias, dolores y pequeñeces para la desesperada Consuelo. Al final del tercer acto y de la pieza, Ricardo se ausenta para París siguiendo a una cantante, sin hacer caso de los ruegos de su mujer, a quien el destino concluye de hundir en las simas del dolor y la soledad, con la aparición vengadora de Fernando y la muerte de Antonia, madre de Consuelo.

Transcribimos a continuación las escenas del primer acto, en que Consuelo pone de manifiesto su natural voluble e indiferente, y las últimas del tercer acto, con que termina la obra].

ACTO I

Escena XI

[*En las escenas anteriores Consuelo, para justificar su actitud, ha fingido celos con Fernando, haciendo como si dudara de su presencia en Málaga. Fernando ha salido un momento a buscar comprobantes*].

Antonia.—¿Y Fernando?
Consuelo.— Se ha marchado
Antonia.—¡Cómo!
Consuelo.— Volverá.
Antonia.— ¡Se marcha
sin despedirse de mí!
Primera vez que esto pasa.
Cierto que hoy tiene disculpa...

Pero, chica, ¡cuánto tardas
en salir! ¿Qué diablos haces
ahí dentro? ¿No te empalagas
de ti misma?

CONSUELO.— No te enojes
hoy conmigo.

ANTONIA.— Callo.

CONSUELO.—(*Acercándose a ella mon mucho cariño.*)
Habla,
que, aunque sea para reñirme,
tu acento siempre me halaga.

ANTONIA.—¡Zalamera!

CONSUELO.— ¡Si hoy te quiero
más que nunca!

ANTONIA.—(*Abrazándola.*)
¡Hija del alma!

CONSUELO.—Mira, mamá; sea cual fuere
el porvenir que me aguarda,
yo lo sufriré gustosa
si nunca, nunca te apartas
de mi lado; si yo puedo
oír tu voz, besar tus canas...

ANTONIA.—¡Ah, simple!... Yo he madrugado
más que tú... Pues ¿qué pensabas?
juntitas.

CONSUELO.—¡Siempre conmigo,
mamita de mis entrañas!
Ven acá: tengo que hablarte.
Siéntate aquí:

(*Sienta a su madre en una butaca; pone a sus pies un almohadón, y se sienta sobre él.*)

yo a tus plantas.
Así, cuando yo volvía
del colegio, me tomabas
la lección.

ANTONIA.— En un principio,
que a poco ya eras más sabia

que tu madre. ¡Cuánto apuro
pasé por que te educaran!...
CONSUELO.—Cierto; en mi colegio había
hijas de grandes de España,
de hacendados, de banqueros,
y yo, como una de tantas...
ANTONIA.—Locura fué del cariño.
CONSUELO.—Tú verás que no es ingrata
tu Consuelo. Yo quisiera...
Di, mamá: ¿no te agradara
que fuese tuya una quinta
espaciosa e inmediata
a Madrid, con pabellones
de buen gusto, rodeada
de soberbios eucaliptus
que la atmósfera embalsaman,
con hileras de castaños
de Indias, bosques de acacias,
y estufas donde las flores
de las tierras más lejanas,
en fuerza de oro y cuidados,
viven cual niñas mimadas,
y, siempre tristes, parece
que suspiran por su patria?
A ti andar por el campo
te deleita...
ANTONIA.— Y me hace falta.
Pero chica, si el Retiro
me ofrece sus puertas francas,
y entro en él siempre que quiero,
y allí disfruto a mis anchas
de su estanque, de sus flores,
de sus calles dilatadas,
de todo. ¿Qué más haría
si fuese su propietaria?
Ya verás. Lo que es jardines
y bosques como en Granada...
CONSUELO.—Y di... No podrás negarme

que la música te encanta.
ANTONIA.—Cierto.
CONSUELO.— ¿No te agradaría
oír artistas de fama,
tener un palco diario
en el Real, marchar a Italia,
Alemania...
ANTONIA.—(*Muy sorprendida.*)
¡Qué!... (*Pausa.*) La música
me gusta; pero no tanta.
Cuando declina la tarde,
y escuchamos la campana
de la oración, y te acercas
al piano y te acompañas
la sublime *Ave María,*
sencilla y tierna plegaria...
CONSUELO.—La de Schubert.
ANTONIA.— No ambiciono
más música: esa me basta.
CONSUELO.—Pero a ti la pintura
te embelesa...
ANTONIA.— ¿Esta muchacha
se ha vuelto loca?
CONSUELO.— ¡Hoy que hay tantos
pinceles que honran a España!...
¡Ay, mamá! ¡si tú pudieras
llenar una y otra estancia
de acuarelas, *impresiones,*
paisajes, lienzos de varias
costumbres!... ¿Dónde hay placer
como entrar en una sala,
donde elocuentes y vivas
todas las paredes hablan,
sin que en ellas desperdicien
los ojos ni una mirada?
¡Esto sí que es de buen tono,
éste es lujo que entusiasma!
NIA.—Cierto, sí; mas, por fortuna

no hay príncipe, ni aun monarca,
que tenga mejores cuadros
que yo.

CONSUELO.—¡Tú!

ANTONIA.— Cada semana
puedo ver los del Museo:
Ya tú ves si hay abundancia:
y en la Trinidad no hay pocos;
y todos los que se guardan
en la Academia. No ha mucho
que absorta allí contemplaba
la *Santa Isabel,* un cuadro
de Murillo.

CONSUELO.— Es una alhaja.

ANTONIA.—¿Verdad que sí? ¡Qué dulzura!
¡Qué compasión tan cristiana,
qué abnegación, qué modestia
resplandecen en la Santa!
¡Qué noble desprendimiento
de vanidades mundanas!
¡Es reina, es joven, es bella,
y se acerca, y toca, y palpa
los harapos del mendigo,
y del leproso las llagas!
Y cuanto más se aproxima
a las miserias humanas,
más radiante su figura
a los cielos se levanta.
¡Esto sí que es de buen tono,
y esto es lujo y elegancia!
Di: ¿no te agrada este cuadro?

CONSUELO.—Sí, mamá; porque me agradan
los buenos cuadros, quisiera
meterlos dentro de casa.

ANTONIA.—Pero ¿qué riquezas tiene
Fernando?...

CONSUELO.— Si no se trata

de casarme con Fernando,
mamá.
ANTONIA.—(*Levantándose.*)
¡Qué dices! ¡Qué! ¿Hablas
de veras?
CONSUELO.—¡No te alborotes!...
ANTONIA.—¿Qué infortunio te amenaza?
Responde: ¿quién envenena
tu corazón?
CONSUELO.— ¡Por Dios! ¿Llamas
infortunio a que me case
con Ricardo?
ANTONIA.— ¡Él!...
CONSUELO.— ¡Me idolatra!
ANTONIA.—¡Jesús!... ¡Jesús!...
(*Cubriéndose el rostro con las manos.*)
CONSUELO.— Y su inmensa
fortuna pone a mis plantas.
ANTONIA.—¿Cómo? ¿Cuándo?
CONSUELO.— Por las noches
nos hemos visto en la casa
de Fulgencio. Largo tiempo
a sus continuas instancias
me resistí...
ANTONIA.— ¡Largo tiempo!
CONSUELO.—Pero faltaron las cartas
de Fernando.
ANTONIA.— ¡Tres faltaron!
CONSUELO.—Por esto, y por otras causas
yo pensé que estaba libre,
y, en fin, le di mi palabra.
Fulgencio vino a pedirte
mi mano, y... ¡Madre del alma!...
Oponte tú a que me case
con Fernando.
ANTONIA.— ¡Yo tal farsa!
¡Yo fingir!...
CONSUELO.— Todas las madres,

como es natural, se afanan...
Dile que tú no consientes,
que mi porvenir...

ANTONIA.— ¡Oh! ¡Calla!

CONSUELO.—Por Dios, haz el sacrificio
de concederme esta gracia,
por ti, por mí, por el bello
porvenir que nos aguarda.

ANTONIA.—Calla, que estás renovando
la memoria más infausta
de mi vida. De ese modo
tu padre infeliz me hablaba.
"Quiero ascender, me decía:
quiero ceñirme la faja
de general, y moverme
en una esfera más alta.
Por ti, por mí, por la prenda
de mi amor"; y te mostraba
a ti, que estabas durmiendo
en la cuna. Fueron vanas
mis reflexiones: surgió
la rebelión insensata;
surgió su afrenta y su muerte,
y tu orfandad y mis lágrimas.

CONSUELO.—¡Por Dios, mamá! No compares,
no exageres... ¿Oyes? ¡Llaman!
¡Es Fernando!

ANTONIA.— Aquí te quedas:
soporta tú sus miradas.
Ten valor, ya que lo vendes,
y díselo cara a cara.

ESCENA XII

RICARDO — CONSUELO.

CONSUELO.—¡Ah! Ricardo...
RICARDO.— Dime: ¿es cierto

lo que ahora Fulgencio acaba
de contarme? ¿Que tu madre
tal vez se oponga...?

CONSUELO.— Ten calma.

RICARDO.—¿Qué anhela? ¿Sabe quién soy?
¿Conoce mis circunstancias?
¿No sabe que generoso
mi amor...? ¿Para quién te guarda
tu madre?... ¿Qué amor de madre
es el suyo?

CONSUELO.— Es tan mirada,
es tan noble, que a sus ojos
tiene excesiva importancia
lo de Fernando: ya sabes...
Ya te conté...

RICARDO.— ¡Bah! ¡Lilailas!
¡Ñoñerías!

CONSUELO.— Tú debieras
hablarle.—¿Mamá?

RICARDO.—(*En la puerta por donde entró Antonia.*)
Que salga.
Que diga...

CONSUELO— Pero cuidado,
cuidado cómo le hablas:
¡es mi madre, y es tan buena!...

RICARDO.—Pero que diga la causa...
Y ya sabes que Fulgencio
y su mujer nos aguardan,
y que hemos de ir en su coche
los cuatro a la Castellana,

CONSUELO.—Sí; ya me dió su permiso.
Iré.—¿Mamá?...

ANTONIA.— ¿A qué me llamas?

ESCENA XIII

ANTONIA — RICARDO — CONSUELO.

CONSUELO.—Ricardo...

ANTONIA.— (¿Él aquí!)
RICARDO.— Señora...
Ya sabe usted mi demanda;
y aunque Consuelo no dudo
que ha de cumplir su palabra,
mucho perderá mi crédito
si usted, su madre rechaza
mi pretensión. ¿Qué motivos
tiene usted?...
ANTONIA.— ¡Yo!... Yo pensaba
que un compromiso solemne
y anterior...
CNOSUELO.— Sólo me falta
que tú, mi madre, me acuses
a Ricardo.
ANTONIA.— (¡Ay! ¡Esto acaba
conmigo!...)
RICARDO.— Si esta repulsa
por el mundo se propala,
murmurarán...
ANTONIA.— Si ya ustedes
lo han tratado a mis espaldas;
si ustedes ya lo han resuelto,
lo demás, ¿qué importa? Nada.
¿Qué importa a nadie esta pobre
mujer?...
CONSUELO.—¡Por Dios!... ¿Así agravias
mi amor?...

ESCENA XVI

FERNANDO, CONSUELO, *después* RITA.

FERNANDO.—¿Vas a salir?
CONSUELO.— Sí.
FERNANDO.— ¿A qué entró
Ricardo?
CONSUELO.— Aquí le encontré...

FERNANDO.—Él antes nunca... ¿Por qué
no me miras?
CONSUELO.—(*Alzando los ojos con aparente tranquilidad.*)
¿Por qué no?
FERNANDO.—¡Consuelo!... ¿Qué novedad
hay en tí que me estremece?
¿Y tus celos?... Ya parece
que no te inquietan, ¿verdad?
¿Por qué se aparta de mí
tu madre, y llora, y se esconde?
(*Consuelo baja la vista.*)
Pero mírame y responde:
mírame: ¿Qué pasa aquí?
CONSUELO.—Ya te dije que en tu ausencia
nos dijeron...
FERNANDO.— ¡Evidentes
calumnias!
CONSUELO.— Siento...
FERNANDO.— ¿Qué sientes?
¿La calumnia o mi inocencia? (*Pausa.*)
No hay duda; quisieras hoy
que yo fuese, ¡oh! ¡qué señal
tan aciaga! un criminal,
un monstruo. No, no lo soy.
Es el único favor
que en vano me habrás pedido,
Consuelo. Si me has vendido,
vendes a un hombre de honor.
¿Pues tú lo ignoras?... Corrí
para calmar tus crueles
celos. ¡Necio! Estos papeles
se están mofando de mí. (*Los arroja.*)
CONSUELO.—Ten calma, Fernando.
FERNANDO.— ¡Ea!
¡Basta ya de falsedades!
¡Venga, venga la verdad,
por más horrible que sea!

(*Entra Rita y coloca sobre la mesa un sombrero y algún adorno de la señorita.*)

CONSUELO.—A la voz que te acusaba
se unió el silencio funesto
que tú...

FERNANDO.— Bien; da por supuesto
mi crimen. ¿Qué has hecho? Acaba

CONSUELO.—Yo... Yo pensé que tenía
libertad, y la he ejercido.
Ya es necesario el olvido:
ya mi voluntad no es mía.

FERNANDO.—(*Maquinalmente.*)
¿El olvido es necesario?

CONSUELO.—Sí, Fernando.

RITA.— (¡Qué serena!
¡Y se desmayó de pena
cuando se murió el canario!)

CONSUELO.—Yo siento dolor profundo,
créelo, de afligirte así,
y quisiera para tí
todos los bienes del mundo.

FERNANDO.—¿Quién te compra?

CONSUELO.— ¡Por piedad!
Óyeme sin agraviarme.

FERNANDO.—¡Qué buena!... Quiere matarme
con toda comodidad.
¡Es Ricardo!. . . Anda insultando
con su lujo, y ese tren
debe a la estafa.

CONSUELO.— ¿De quién
no se murmura, Fernando?
Esa es costumbre notoria
de la malicia importuna,
que para cada fortuna
inventa una mala historia.

FERNANDO.—¡Él, él me roba tu amor!
¡Yo soy presa de un horrible
delirio!... ¿Cómo?... ¿Es posible

que la estafa, el impudor,
la odiosa desfachatez
se mofen de mi decoro,
comprándote con el oro
que despreció mi honradez?
¡Y eres tú, tú el instrumento
con que la infamia se venga
de mí!

RITA.— (Yo tiemblo... que venga
la señora... Voy...)

CONSUELO.— Me ausento
si hablas así: basta ya.

FERNANDO.—No, por Dios: oye segura;
oye... tanta desventura
no puede ser, no será.
¡No te execraré, descuida,
porque desprecies en calma
el amor de toda un alma,
la fe de toda una vida!
Yo devoraré el desdén
que me anula de este modo,
y por darte gusto en todo
me despreciaré también.
Sólo de tí quiero hablarte;
¡de ti, mi dueño querido!
que ni hollado ni aun vendido
puedo dejar de adorarte.
¿Y has pensado en tu locura
que es tan fácil precindir
del amor, la fe... vivir
sin conciencia y con ventura?
No eres tan mala: yo siento
mejor de tí: no te ciegues;
no es posible que tú llegues
a tanto embrutecimiento.
El tierno afán, el cuidado
con que amor sabe halagar,
crees que no te han de faltar

porque nunca te han faltado.
Mas si su esposa te llama...
¡Oh! mátenme tus enojos;
mas no te miren mis ojos
en sus brazos... Ni él te ama,
ni sabe lo qué es amar,
ni sabrá nunca... ¡Por Dios!
¡Ten lástima de los dos,
Consuelo! (*Cayendo a sus pies.*)

CONSUELO.— ¿A qué dilatar
un conflicto tan impío?
No puedo retroceder:
no puedo.

FERNANDO.— Y ¿esto ha de ser?
¡Antonia! ¡Antonia!

CONSUELO. (*Con angustia*)
¡Dios mío!

ESCENA XVII

ANTONIA, RITA, CONSUELO Y FERNANDO
Después LORENZO.

FERNANDO.—¿Ve usted esto?... ¿Este desdén...
Esta traición?...

ANTONIA.— (¡Qué funesto
delirio!)

FERNANDO.—¿Merezco?...

ANTONIA.— (Esto
no puede parar en bien.)

FERNANDO.—Todo lo ha olvidado ya:
¡Todo! ¡Ni aun quiere siquiera
escucharme!...

LORENZO— El coche espera..

CONSUELO.—Voy.

FERNANDO.— ¿Lo oye usted?... Y se va.

ANTONIA.—¡Consuelo!

CONSUELO.— ¡Por compasión!

ANTONIA.—Te vas con ojos serenos!
CONSUELO.—Pero, madre...
ANTONIA.— ¡Dale al menos
dignidad a tu traición!
CONSUELO.—(¡Si Ricardo se presenta!)
Recuerda que tu permiso
me has dado; que un compromiso
me obliga... y es muy violenta,
¡por Dios!, mi presencia aquí.
ANTONIA.—Pero ¿si yo te lo mando?...
CONSUELO.—(*Con sequedad y energía.*)
¿Eres madre de Fernando,
o mía?
ANTONIA.—Y me hablas a mí...
a mí... (*Se desmaya.*)
FERNANDO.—¡Cayó sin sentido!
¡Agua, Rita! (*Sale Rita.*)
CONSUELO.— ¡Madre mía!
¡Perdón!... ¡Perdón!... ¡Qué agonía!
FERNANDO.—Late: no tiembles: no ha sido...
LORENZO.—¡Señorita!
CONSUELO.—. ¿Vuelve ya?
¿Qué nueva desdicha aguardo?
LORENZO.—El señorito Ricardo,
que sube si usted no va.
CONSUELO.—No, que iré: que se detenga.
Pero y... (*Mirando a su madre.*)
No: no me desvío
de ella.

(*Va a acercarse a ella, y al oir su voz se detiene.*)

ANTONIA.—¡Ay Dios!
CONSUELO.— ¡Gracias, Dios mío!
(*Rita vuelve con un vaso de agua. Antonia bebe.*)
ANTONIA.—Ya estoy bien.
CONSUELO.—(*Coge rápidamente los adornos que dejó Rita sobre la mesa, y al salir dice:*)
¡Ah! ¡Que no venga!

ANTONIA.—¿Y ella?
FERNANDO.— A sus pies se arrojó
llorando...
ANTONIA.— ¿Sí? ¿Pero dónde...?
FERNANDO.—¡Consuelo!
ANTONIA.— No, no responde.
FERNANDO.—¡Consuelo!
ANTONIA.— No hay duda, huyó.
RITA.—Sube al coche. (*Asomada al balcón.*)
Está aquí.
ANTONIA.—(*Deteniendo a Fernando.*)
¡Ah! ¡Ven!
RITA.—Ya se alejan: ya se han ido.
FERNANDO.—¡Esto es hecho! ¡La ha perdido
para siempre!
ANTONIA.— ¡Ay, yo también!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO III

ESCENA IX

RICARDO, CONSUELO. — *Después,* FERNANDO.

CONSUELO.—¿Vas a salir?
RICARDO.— Ya te dije
que a la quinta vamos hoy,
y que mañana me voy
a París a... ¿Qué te aflige?
Un mes, lo más, me detengo
en París; y aun menos. Chica,
¿qué tienes?
CONSUELO.— Y ¿no te indica
el alma lo que yo tengo?
RICARDO.—¡Bah! No te muestres sañuda
cuando me voy.
CONSUELO.— Mira, mira,

más que la eterna mentira
quiero la ofensa desnuda.

RICARDO.—Ya se guardarán mis labios
de ofenderte sin razón.

CONSUELO.—¡Y en cambio tu corazón
está rebosando agravios!

RICARDO.—¿Me miras con frente torva
porque voy?...

CONSUELO.— Y ella también
va a la quinta.

RICARDO.— Y varias: ¿quién?...

CONSUELO.—Y a París.

RICARDO.— ¿Y quién estorba?

CONSUELO.—Pues bien: retarda tu empresa.

RICARDO.—¿Eso propones a un hombre?

CONSUELO.—¿No sabes que ya tu nombre
corre unido al de esa, al de esa...

RICARDO.—¿Abelina? ¡Qué impostura!
No pienses cosas tan graves
de esa infeliz. Pues ¿no sabes
que de todos se murmura?
Basta a muchos sorprender
una apariencia ilusoria,
para inventar una historia
que deshonre a una mujer.

CONSUELO.—Y ¿puedes negarme a mí
que la insolente extranjera?...

RICARDO.—¡Por Dios, calma!

LORENZO.—(*Saliendo.*)
El coche espera.

RICARDO.—Voy al punto.

CONSUELO.— ¿Te vas?

RICARDO.— Sí;
ya estarán...

CONSUELO.— Ya oigo el estruendo
de coches que se detienen
a la puerta. ¿Todos vienen
a esperarte?

RICARDO.— No comprendo
tu alarma. Por esta calle
se va a la quinta, y aquí
vive Fulgencio, que así
nos obsequia.
CONSUELO.— ¡Harás que estalle
mi cólera!
RICARDO.— Mal harías;
porque si estalla, será
sin motivo.
CONSUELO.— ¡Basta ya
de torpes supercherías!
RICARDO.—¡Prudencia!...
CONSUELO.— ¡Ricardo!... Yo
sé la verdad. La mujer
que el amor, la vida, el ser
entero te consagró,
tiene derecho, en verdad,
a que respeten su calma,
y a obtener alma por alma,
voluntad por voluntad.
RICARDO.—Y el hombre que diligente
consagra atención tan fina
a su esposa, que adivina
los caprichos de su mente,
y respeto y atenciones
le guarda, tiene derecho
a que no turben su pecho
odiosas cavilaciones.
LORENZO.—(*Saliendo.*)
¡Mi amo!
CONSUELO.— ¿Quién?
LORENZO.—(*Aparte a Ricardo.*)
Esa señora
que se va, si usted no baja.
RICARDO.—(*Con resolución.*)
Que voy al momento yo.
CONSUELO.—(¡Ay de mí!)

RICARDO.—(*Despidiéndose.*)
Conque...
CONSUELO.— ¡Me dejas
con este dolor!...
RICARDO.— ¿Más quejas
y más insultos?
CONSUELO.— No, no.
Óyeme: no escucharás
ninguno, yo te lo ofrezco;
mas... en verdad... no merezco
(*Enterneciéndose a pesar suyo.*)
este pago que me das.
RICARDO.—¡Vuelta!
CONSUELO.— ¿Por qué mi dolor,
Ricardo, llevas a mal?
Piensa que es muy natural
que yo defienda tu amor.
De tí solamente aguardo
mi ventura, mala o buena;
piensa que toda mi pena
nace de amarte, Ricardo.
Pero no por mi aflicción,
por tu bien, no te abandones
a esas impuras pasiones
que secan el corazón;
que si llegas a lograr
hacer el alma insensible,
harás después imposible
la ventura del hogar.
¡Piensa en tu fama, y en ti
y en la dicha de los dos!... (*Arrodillándose.*)
RICARDO.—¡Pero, Consuelo!
CONSUELO.— ¡Por Dios,
no me abandones así!
RICARDO.—Si tengo que resolver (*Levantándola*)
asuntos de gran urgencia:
¿he de disculpar mi ausencia
con que llora mi mujer?
CONSUELO.—¡Ricardo!

RICARDO.— Basta de duelo,
y basta de desvarío
¡Adiós! (*Se va.*)
CONSUELO.—¡Qué infamia, Dios mío!
FERNANDO.—(*Saliendo.*)
¡Qué infamia! ¿Verdad, Consuelo?

ESCENA X

FERNANDO, CONSUELO.

CONSUELO.—¡Ah!... ¡Fernando!
FERNANDO.— ¡Qué ambicionas,
infeliz! ¿Amor y fe?
CONSUELO.—Perdóname; no tendré
dicha si no me perdonas.
FERNANDO.—¿De qué lloras y te espantas?
¿Qué te importa que jamás
logres amor? Vivirás
como tantas, como tantas,
cercadas de ostentación,
alma muerta, vida loca,
con la sonrisa en la boca
y el hielo en el corazón.
CONSUELO.—¡Perdóname!...
FERNANDO.— ¿Qué más quieres?
¿Puro amor?
CONSUELO.— Yo te ofendí.
FERNANDO.—En mí lo mataste, en mí:
¡no lo esperes, no lo esperes!

ESCENA ÚLTIMA

CONSUELO, *después* RITA.

CONSUELO.—¡Ay! ¡Qué terror tan profundo
mi pecho oprimiendo está!
¡Tú sola me quedas ya,
madre del alma, en el mundo!

(*Se dirige a la habitación de Antonia, de donde sale Rita despavorida.*)

RITA.—¡Socorro!
CONSUELO.— ¿Qué ha sucedido?
RITA.—¡Deténgase usted!
CONSUELO.— ¡Qué! Di...
RITA.—Mi señora... Yo creí
de pronto que era un vahido.
CONSUELO.—¡Mi madre!...
RITA.—(*Deteniéndola.*)
¡No, por piedad!
¡No entre usted!
CONSUELO.— ¡Saber ansío!...
RITA.—¡Ha muerto!
CONSUELO.— ¡Muerta! ¡Dios mío!
¡Qué espantosa soledad! (*Cae desmayada.*)

FIN DE LA COMEDIA

II.-EL DRAMA ROMÁNTICO

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS

DON ÁLVARO O LA FUERZA DEL SINO

Resumen del argumento

[*Este drama, de inspiración indudablemente grandiosa, es la primer obra del teatro romántico español, no sólo en el tiempo sino por su importancia. En sus cinco actos de prosa y verso — novedad introducida por el autor en el teatro de su patria — la fatalidad de un destino trágico persigue al protagonista durante toda su vida, transformándolo en ciego instrumento de muertes y desgracias, hasta concluir con él al final de la obra.*

El argumento del drama, desarrollado con maestría en amplias escenas de grandes líneas, consiste en lo siguiente: D. Alvaro, misterioso caballero llegado de América, y que ha concertado en Sevilla su matrimonio con Doña Leonor de Vargas, hija del marqués de Calatrava, no logrando obtener

el consentimiento de este último, resuelve raptarla, de común acuerdo con ella; pero al intentarlo sobreviene el Marqués, a quien D. Álvaro da muerte involuntariamente, al arrojar una pistola que había amartillado para defenderse de los sirvientes de aquél. A consecuencia de lo ocurrido, y creyendo D. Álvaro en la muerte de Leonor, huye a Italia, donde se hace famoso en los tercios españoles; pero su mala estrella le pone allí en presencia de D. Carlos de Vargas, hermano de Doña Leonor, quien le provoca y recibe la muerte de él en desafío. Mientras tanto, Doña Leonor se ha retirado a una ermita contigua al Convento de los Ángeles, cerca de Hornachuelos, donde se la tiene por hombre; y a ese mismo convento, ignorando por cierto la presencia en sus inmediaciones de Doña Leonor, a quien creía muerta, se acoge D. Álvaro a su vuelta de Italia, después de haber matado a D. Carlos. Cuatro años habían transcurrido, cuando en la celda de D. Álvaro se presenta D. Alfonso de Vargas, el otro hijo del Marqués de Calatrava, que había estado en América buscando al matador de su padre, para ejecutar en él su venganza. Lo que ocurre después de la llegada de D. Alfonso hasta el final del drama, puede leerse más abajo; pero antes transcribiremos las escenas II y III de la Jornada Ia. — la segunda de las cuales es completamente muda — donde con descollante sentido dramático se anuncia e introduce al fatal protagonista].

Presentación de Don Álvaro

Jornada I.ª

La Escena es en Sevilla, a mediados del siglo XVIII

(El teatro representa la entrada del antiguo puerto de barcas de Triana, el que estará practicable a la derecha. En primer término, al mismo lado, un aguaducho o barraca de tablas y lonas, con un letrero que diga: *Agua de Tomares;* dentro habrá un mostrador rústico con cuatro grandes cántaros, macetas de flores, vasos, un anafre con una cafetera de hoja de lata y una bandeja con azucarillos. Delante del aguaducho habrá bancos de pino. Al fondo se descubrirá de lejos parte del arrabal de Triana, la huerta de los Remedios con sus altos cipreses, el río y varios barcos en él, con flámulas y gallardetes. A la izquierda se verá en lontananza la Alameda. Varios habitantes de Sevilla cruzarán en todas direcciones durante la escena. El cielo demostrará el ponerse el sol de una tarde de Julio. Aparecerán: El Tío Paco detrás del mostrador en mangas de camisa; El Oficial, bebiendo un vaso de agua, y de pie; Preciosilla, gitana a su lado templando una guitarra; El Majo y los Dos Habitantes de Sevilla sentados en los bancos. Al iniciarse la escena llegará El Canónigo.)

CANÓNIGO.—Buenas tardes, caballeros.

HABITANTE 2.º—Temíamos no tener la dicha de ver a su merced esta tarde, señor canónigo.

CANÓNIGO.—(*Sentándose y limpiándose el sudor.*) — ¿Qué persona de buen gusto, viviendo en Sevilla, puede dejar de venir todas las tardes de verano a beber la deliciosa agua de Tomares, que con tanta limpieza y pulcritud nos da el tío Paco, y a ver un ratito este puente de Triana que es el mejor del mundo?

HABITANTE 1.º—Como ya se está poniendo el sol...

CANÓNIGO.—Tío Paco, un vasito de la fresca.

TÍO PACO.—Está usía muy sudado; en descansando un poquito le daré el refrigerio.

MAJO.—Dale a su señoría agua templada.

CANÓNIGO.—No, que hace mucho calor.

MAJO.—Pues yo templada la he bebido, para tener el pecho suave, y poder entonar el rosario por el barrio de la Borcinería, que a mí me toca esta noche.

OFICIAL.—Para suavizar el pecho, mejor es un trago de aguardiente.

MAJO.—El aguardiente es bueno para sosegarlo después de haber cantado la letanía.

OFICIAL.—Yo lo tomo antes y después de mandar el ejercicio.

PRECIOSILLA.—(*Habrá estado punteando la guitarra y dirá al Majo:*) — Oiga usted, rumboso, ¿y cantará usted esta noche la letanía delante del balcón de aquella persona?...

CANÓNIGO.—Las cosas santas se han de tratar santamente. Vamos. ¿Y qué tal los toros de ayer?

MAJO.—El toro berrendo de Utrera salió un buen bicho, muy pegajoso... Demasiado.

HABITANTE 1.º—Como que se me figura que le tuvo usted asco.

MAJO.—Compadre, alto allá, que yo soy muy duro de estómago... Aquí está mi capa (*enseña un desgarrón*) diciendo por esta boca que no anduvo muy lejos.

HABITANTE 2.º—No fué la corrida tan buena como la anterior.

PRECIOSILLA.—Como que ha faltado en ella Don Álvaro el indiano, que a caballo y a pie es el mejor torero que tiene España..

MAJO.—Es verdad que es todo un hombre, muy duro con el ganado y muy echado adelante.

PRECIOSILLA.—Y muy buen mozo.

HABITANTE 1.º—¿Y por qué no se presentaría ayer en la plaza?

OFICIAL.—Harto tenía que hacer con estarse llorando el mal fin de sus amores.

MAJO.—Pues qué, ¿lo ha plantado ya la hija del señor Marqués?...

OFICIAL.—No; doña Leonor no lo ha plantado a él, pero el Marqués la ha trasplantado a ella.

HABITANTE 2.º—¿Cómo?...

HABITANTE 1.º—Amigo, el señor Marqués de Calatrava tiene mucho copete y sobrada vanidad para permitir que un advenedizo sea su yerno.

OFICIAL.—¿Y qué más podía apetecer su señoría que el ver casada a su hija (que con todos sus pergaminos está muerta de hambre) con un hombre riquísimo, y cuyos modales están pregonando que es un caballero?

PRECIOSILLA.—¡Si los señores de Sevilla son vanidad y pobreza todo en una pieza! Don Álvaro es digno de ser marido de una emperadora... ¡Qué gallardo!... ¡Qué formal y qué generoso!... Hace pocos días que le dije la buenaventura (y por cierto no es buena la que le espera si las rayas de la mano no mienten), y me dió una onza de oro como un sol de mediodía.

Tío PACO.—Cuantas veces viene aquí a beber, me pone sobre el mostrador una peseta columnaria.

MAJO.—¡Y vaya un hombre valiente! Cuando en la Alameda Vieja le salieron aquella noche los siete hombres más duros que tiene Sevilla, metió mano y me los acorraló a todos contra las tapias del picadero.

OFICIAL.—Y en el desafío que tuvo con el capitán de artillería se portó como un caballero.

PRECIOSILLA.—El Marqués de Calatrava es un vejete tan ruin, que por no aflojar la mosca, y por no gastar...

OFICIAL.—Lo que debía hacer Don Álvaro era darle una paliza que...

CANÓNIGO.—Paso, paso, señor militar. Los padres tienen derecho de casar a sus hijas con quien les convenga.

OFICIAL.—¿Y por qué no le ha de convenir Don Álvaro? ¿Porque no ha nacido en Sevilla?... Fuera de Sevilla nacen también caballeros.

CANÓNIGO.—Fuera de Sevilla nacen también caballeros, sí señor; pero... ¿lo es Don Álvaro?... Sólo sabemos que ha venido de Indias hace dos meses, y que ha traído dos negros y mucho dinero... ¿Pero quién es?...

HABITANTE 1.º—Se dicen tantas y tales cosas de él...

HABITANTE 2.º—Es un ente muy misterioso.

Tío PACO—La otra tarde estuvieron aquí unos señores hablando de lo mismo, y uno de ellos dijo que el tal Don Álvaro había hecho sus riquezas siendo pirata...

MAJO.—¡Jesucristo!

Tío PACO.—Y otro, que Don Álvaro era hijo bastardo de un grande de España y de una reina mora...

OFICIAL.—¡Qué disparate!

Tío PACO.—Y luego dijeron que no, que era... no lo puedo declarar... finca... o brinca... una cosa así... así como... una cosa muy grande allá de la otra banda.

OFICIAL.—¿Inca?

Tío PACO.—Sí, señor, eso, Inca... Inca.

CANÓNIGO.—Calle usted, tío Paco, no diga sandeces.

Tío PACO.—Yo nada digo, ni me meto en honduras; para mí cada uno es hijo de sus obras, y en siendo buen cristiano y caritativo...

PRECIOSILLA.—Y generoso y galán.

OFICIAL.—El vejete roñoso del Marqués de Calatrava hace muy mal en negarle su hija.

CANÓNIGO.—Señor militar, el señor Marqués hace muy bien. El caso es sencillísimo. Don Álvaro llegó hace dos meses; nadie sabe quién es. Ha pedido en casamiento a Doña Leonor, y el Marqués, no juzgándolo buen partido para su hija, se la ha negado. Parece que la señorita estaba encaprichadilla, fascinada, y el padre la ha llevado al campo, a la hacienda que tiene en el Aljarafe, para distraerla. En todo lo cual el señor Marqués se ha portado como persona prudente.

OFICIAL.—¿Y Don Álvaro, qué hará?

CANÓNIGO.—Para acertarlo debe buscar otra novia; porque si insiste en sus descabelladas pretensiones, se expone a que los hijos del señor Marqués vengan, el uno de la Universidad y el otro del regimiento a sacarle de los cascos los amores de Doña Leonor.

OFICIAL.—Muy partidario soy de Don Álvaro, aunque no le he hablado en mi vida, y sentiría verlo empeñado en un lance con Don Carlos, el hijo mayorazgo del Marqués. Le he visto el mes pasado en Barcelona y he oído contar los dos últimos desafíos que ha tenido ya; y se le puede ayunar.

CANÓNIGO.—Es uno de los oficiales más valientes del regimiento de Guardias Españolas, donde no se chanchea en esto de lances de honor.

HABITANTE 1.º—Pues el hijo segundo del Señor Marqués, el Don Alfonso, no le va en zaga. Mi primo, que acaba de llegar de Salamanca, me ha dicho que es el coco de la Universidad, más espadachín que estudiante, y que tiene metidos en un puño a los matones sopistas.

MAJO.—¿Y desde cuándo está fuera de Sevilla la señorita Doña Leonor?

OFICIAL.—Hace cuatro días que se la llevó el padre a su hacienda, sacándola de aquí a las cinco de la

mañana, después de haber estado toda la noche hecha la casa un infierno.

PRECIOSILLA.—¡Pobre niña!... ¡Qué linda que es y qué salada!... Negra suerte la espera!... Mi madre le dijo la buenaventura, recién nacida, y siempre que la nombra se le saltan las lágrimas... Pues el generoso Don Álvaro...

HABITANTE 1.º—En nombrando el ruin de Roma luego asoma... allí viene Don Álvaro.

ESCENA III

(Empieza a anochecer, y se va oscureciendo el teatro. DON ÁLVARO sale embozado en una capa de seda, con un gran sombrero blanco, botines y espuelas; cruza lentamente la escena mirando con dignidad y melancolía a todos lados, y se va por el puente. Todos lo observan con gran silencio.)

Desenlace del drama

JORNADA 5.ª — ÚLTIMAS ESCENAS

La escena es en el Convento de los Ángeles y sus alrededores

ESCENA VI

(El teatro representa la celda de un franciscano. Una tarima con una estera a un lado; un vasar con una jarra y vasos; un estante con libros, estampas, disciplinas y cilicios colgados. Una especie de oratorio pobre, y en su mesa una calavera; DON ÁLVARO, a quien habían anunciado un visitante, y DON ALFONSO DE VARGAS, que entra sin desembozarse, reconoce en un momento la celda, y luego cierra la puerta por dentro y echa el pestillo.)

D. ALFONSO.—¿Me conocéis?
D. ÁLVARO.— No, señor.
D. ALFONSO.—¿No veis en mis ademanes
rasgo alguno que os recuerde
de otro tiempo y de otros males?
¿No palpita vuestro pecho,
no se hiela vuestra sangre,
no se anonada y confunde

vuestro corazón cobarde
con mi presencia?... O, por dicha,
¿es tan sincero, es tan grande,
tal vuestro arrepentimiento,
que ya no se acuerda el Padre
Rafael, de aquel indiano
Don Álvaro, del constante
azote de una familia
que tanto en el mundo vale?
¿Tembláis y bajáis los ojos?
Alzadlos, pues, y miradme.
(*Se descubre el rostro.*)
ÁLVARO.—¡Oh Dios!... ¡Qué veo!... ¡Dios mío!
¿Pueden mis ojos burlarme?
¡Del Marqués de Calatrava
viendo estoy la viva imagen!
ALFONSO.—Basta, que está dicho todo.
De mi hermano y de mi padre
me está pidiendo venganza
en altas voces la sangre.
Cinco años ha que recorro,
con dilatados viajes,
el mundo para buscaros;
y aunque ha sido todo en balde,
el cielo (que nunca impunes
deja las atrocidades
de un monstruo, de un asesino,
de un seductor, de un infame)
por un imprevisto acaso
quiso por fin indicarme
el asilo donde a salvo
de mi furor os juzgasteis.
Fuera el mataros inerme
indigno de mi linaje.
Fuisteis valiente, robusto
aun estáis para un combate:
armas no tenéis, lo veo;
yo dos espadas iguales
traigo conmigo; son éstas:

(*se desemboza y saca dos espadas*)
elegid la que os agrade.

D. Álvaro.—(*Con gran calma pero sin orgullo.*)
Entiendo, joven, entiendo,
sin que escucharos me pasme,
porque he vivido en el mundo
y apurado sus afanes.
De los vanos pensamientos
que en este punto en vos arden,
también el juguete he sido;
quiera el Señor perdonarme.
Víctima de mis pasiones,
conozco todo el alcance
de su influjo, y compadezco
al mortal a quien combaten.
Mas ya sus borrascas miro,
como el náufrago que sale
por un milagro a la orilla,
y jamás torna a embarcarse.
Este sayal que me viste,
esta celda miserable,
este yermo, adonde acaso
Dios por vuestro bien os trae,
desengaños os presentan
para calmaros bastantes;
y más os responden mudos
que pueden labios mortales.
Aquí de mis muchas culpas,
que son ¡ay de mí! harto grandes,
pido a Dios misericordia;
que la consiga dejadme.

Alfonso.—¿Dejaros?... ¿Quién?... ¿Yo dejaros
sin ver vuestra sangre impura
vertida por esta espada
que arde en mi mano desnuda?
Pues esta celda, el desierto,
ese sayo, esa capucha,
ni a un vil hipócrita guardan,
ni a un cobarde infame escudan.

D. ÁLVARO.—¿Qué decís?... ¡Ah!... (*Furioso.*)
(*Reportándose.*) ¡No, Dios mío!...
En la garganta se anuda
mi lengua... ¡Señor!... esfuerzo
me dé vuestra santa ayuda.
Los insultos y amenazas (*repuesto*)
que vuestros labios pronuncian,
no tienen para conmigo
poder ni fuerza ninguna.
Antes, como caballero,
supe vengar las injurias;
hoy, humilde religioso,
darles perdón y disculpa.
Pues veis cual es ya mi estado,
y, si sois sagaz, la lucha
que conmigo estoy sufriendo,
templad vuestra saña injusta.
Respetad este vestido,
compadeced mis angustias,
y perdonad generoso
ofensas que están en duda. (*Con gran conmoción.*)
¡Sí, hermano, hermano!
D. ALFONSO. ¿Qué nombre
osáis pronunciar?...
D. ÁLVARO.— ¡Ah!...
D. ALFONSO.— Una
sola hermana me dejasteis
perdida y sin honra... ¡Oh furia!
D. ÁLVARO.—¡Mi Leonor! ¡Ah! No sin honra,
un religioso os lo jura.
¡Leonor!... ¡ay! la que absorbía
toda mi existencia junta! (*En delirio.*)
La que en mi pecho por siempre...
por siempre, sí, sí... que aun dura...
una pasión... Y qué, ¿vive?
¿Sabéis vos noticias suyas?...
Decid que me ama y matadme.
Decidme... ¡oh Dios!... ¿Me rehusa (*aterrado*)
vuestra gracia sus auxilios?

¿De nuevo el triunfo asegura
el infierno, y se desploma
mi alma en su sima profunda?
¡Misericordia!... Y vos, hombre
o ilusión, ¿sois, por ventura,
un tentador que renueva
mis criminales angustias
para perderme?... ¡Dios mío!

D. Alfonso.—(*Resuelto.*) De estas dos espadas, una
tomad, Don Álvaro, luego;
tomad, que en vano procura
vuestra infame cobardía
darle treguas a mi furia.
Tomad...

D. Álvaro.—(*Retirándose.*) No, que aun fortaleza
para resistir la lucha
de las mundanas pasiones
me da Dios con bondad suma.
¡Ah! Si mis remordimientos,
mis lágrimas, mis confusas
palabras no son bastante
para aplacaros; si escucha
mi arrepentimiento humilde
sin caridad vuestra furia, (*arrodíllase*)
prosternado a vuestras plantas
vedme, cual persona alguna
jamás me vió...

D. Alfonso.—(*Con desprecio.*) Un caballero
no hace tal infamia nunca.
Quién sois bien claro publica
vuestra actitud, y la inmunda
mancha que hay en vuestro escudo.

D. Álvaro.—(*Levantándose con furor.*)
¿Mancha?... y ¿cuál?... ¿cuál?...

D. Alfonso.— ¿Os asusta?

D. Álvaro.—Mi escudo es como el sol limpio,
como el sol.

D. Alfonso.— ¿Y no lo anubla
ningún cuartel de mulato?

¿de sangre mezclada, impura?

D. Álvaro.—(*Fuera de sí*)
¡Vos mentís, mentís, infame!
Venga el acero; mi furia (*toca el pomo de una de las espadas*)
os arrancará la lengua,
que mi clara estirpe insulta.
Vamos.

D. Alfonso.—Vamos.

D. Álvaro.—(*Reportándose.*) No... no triunfa
tampoco con esta industria
de mi constancia el infierno.
Retiraos, señor.

D. Alfonso.—(*Furioso.*) ¿Te burlas
de mí, inicuo? Pues cobarde
combatir conmigo excusas,
no excusarás mi venganza.
Me basta la afrenta tuya:
toma. (*Le da una bofetada.*)

D. Álvaro.—(*Furioso y recobrando toda su energía.*)
¿Qué hiciste?... ¡Insensato!!!
Ya tu sentencia es segura;
hora es de muerte, de muerte.
El infierno me confunda. (*Salen ambos precipitados.*)

Escena vii

(Claustro del Convento. El Hermano Melitón, portero, saldrá por un lado y como bajando la escalera: Don Álvaro y Don Alfonso, embozado en su capa, con gran precipitación.)

Melitón.—(*Saliéndole al paso.*) ¿Adónde bueno?

D. Álvaro.—(*Con voz terrible.*) Abra la puerta.

Melitón.—La tarde está tempestuosa, va a llover a mares.

D. Álvaro.—Abra la puerta.

Melitón.—(*Yendo hacia la puerta.*) ¡Jesús! Hoy estamos de marea alta. Ya voy... ¿Quiere que le acompañe?... ¿Hay algún enfermo de peligro en el cortijo?...

D. Álvaro.—La puerta pronto.
Melitón.—(*Abriendo la puerta.*) ¿Va el padre a Hornachuelos?
D. Álvaro.—(*Saliendo con D. Alfonso.*) Voy al infierno. (*Queda el Hermano Melitón asustado.*)

Escena VIII

Melitón.—¡Al infierno!... ¡Buen viaje!
También que era del infierno
dijo, para mi gobierno,
aquel nuevo personaje.
¡Jesús, y qué caras tan...!
Me temo que mis sospechas
han de quedar satisfechas.
Voy a ver por donde van. (*Se acerca a la portería y dice como admirado:*)
¡Mi gran Padre San Francisco
me valga!... Van por la sierra,
saltando de risco en risco.
Y el jaco los sigue en pos
como un perrillo faldero.
Calla..., hacia el despeñadero
de la ermita van los dos. (*Asomándose a la puerta con gran afán: a voces.*)
¡Hola... hermanos... hola!... ¡Digo!...
no lleguen al paredón,
miren que hay excomunión,
que Dios les va a dar castigo. (*Vuelve a la escena.*)
No me oyen, vano es gritar.
Demonios son, es patente.
Con el santo penitente
sin duda van a cargar.
¡El Padre, el Padre Rafael!...
Si quien piensa mal, acierta.
Atrancaré bien la puerta...
pues tengo un miedo cruel. (*Cierra la puerta.*)
Un olorcillo han dejado
de azufre... Voy a tocar

las campanas. (*Vase por un lado, y luego vuelve por otro como con gran miedo.*)
Avisar
será mejor al prelado.
Sepa que en esta ocasión,
aunque refunfuñe luego,
no el Padre Guardián, el lego
tuvo la revelación. (*Vase.*)

Escena IX

(Vuelve a la escena.)
(Cierra la puerta.)
(Vase por un lado, y luego vuelve por otro como con gran miedo.)

(El teatro representa un valle, rodeado de riscos, atravesado por un arroyuelo. Sobre un peñasco accesible con dificultad, y colocado al fondo, habrá una medio gruta, medio ermita, con puerta practicable, y una campana que pueda sonar y tocarse desde adentro; el cielo representará el ponerse el sol de un día borrascoso, se irá oscureciendo lentamente la escena y aumentándose los truenos y relámpagos; Don Álvaro y Don Alfonso salen por un lado.)

D. Alfonso.—De aquí no hemos de pasar.
D. Álvaro.—No, que tras de estos tapiales,
bien sin ser vistos, podemos
terminar nuestro combate.
Y aunque en hollar este sitio
cometo un crimen muy grande,
hoy es de crímenes día,
y todos han de apurarse.
De uno de los dos la tumba
se está abriendo en este instante.
D. Alfonso.—Pues no perdamos más tiempo,
y que las espadas hablen.
D. Álvaro.—Vamos; mas antes es fuerza
que un gran secreto os declare,
pues que de uno de nosotros
es la muerte irrevocable,
y si yo caigo es forzoso
que sepáis en este trance

a quién habéis dado muerte,
que puede ser importante.

D. Alfonso.—Vuestro secreto no ignoro.
Y era el mejor de mis planes
(para la sed de venganza
saciar que en mis venas arde),
después de heriros de muerte
daros noticias tan grandes,
tan impensadas y alegres,
de tan feliz desenlace,
que al despecho de saberlas,
de la tumba en los umbrales,
cuando no hubiese remedio,
cuando todo fuera en balde,
el fin espantoso os diera
digno de vuestras maldades.

D. Álvaro.—Hombre, fantasma o demonio,
que ha tomado humana carne
para hundirme en los infiernos,
para perderme... ¿qué sabes?...

D. Alfonso.—Corrí el Nuevo Mundo... ¿Tiemblas?...
Vengo de Lima... esto baste.

D. Álvaro.—No basta, que es imposible
que saber quién soy lograses.

D. Alfonso.—De aquel Virrey fementido
que (pensando aprovecharse
de los trastornos y guerras,
de los disturbios y males
que la sucesión al trono
trajo a España) formó planes
de tornar su virreinato
en imperio, y coronarse,
casando con la heredera
última de aquel linaje
de los Incas (que en lo antiguo,
del mar del Sur a los Andes
fueron los emperadores),
eres hijo. De tu padre
las traiciones descubiertas,

aun a tiempo de evitarse,
con su esposa, en cuyo seno
eras tú ya peso grave,
huyó a los montes, alzando
entre los indios salvajes
de traición y rebeldía
el sacrílego estandarte.
No los ayudó fortuna,
pues los condujo a la cárcel
de Lima, do tú naciste... (*Hace extremos de indignación y sorpresa Don Álvaro.*)
Oye... espera hasta que acabe.
El triunfo del rey Felipe
y su clemencia notable,
suspendieron la cuchilla
que ya amagaba a tus padres;
y en una prisión perpetua
convirtió el suplicio infame.
Tú entre los indios creciste,
como fiera te educaste,
y viniste ya mancebo
con oro y con favor grande,
a buscar completo indulto
para tus traidores padres.
Mas no, que viniste sólo
para asesinar cobarde,
para seducir inicuo,
y para que yo te mate.

D. Álvaro.—(*Despechado.*)
Vamos a probarlo al punto.

D. Alfonso.—Ahora tienes que escucharme.
Que has de apurar ¡vive el cielo!
hasta las heces el cáliz.
Y si, por ser mi destino,
consiguieses el matarme,
quiero allá en tu aleve pecho
todo un infierno dejarte.
El Rey, benéfico, acaba
de perdonar a tus padres.

Ya están libres y repuestos
en honras y dignidades.
La gracia alcanzó tu tío,
que goza favor notable,
y andan todos tus parientes
afanados por buscarte
para que tenga heredero...

D. ÁLVARO.—(*Muy turbado y fuera de sí.*)
Ya me habéis dicho bastante...
No sé dónde estoy ¡oh cielos!...
Si es cierto, si son verdades
las noticias que dijisteis... (*Enternecido y confuso.*)
¡Todo puede repararse!
Si Leonor existe, todo.
¿Veis lo ilustre de mi sangre?...
¿Veis?...

D. ALFONSO.—Con sumo gozo veo
que estáis ciego y delirante.
¿Qué es reparación?... Del mundo
amor, gloria, dignidades
no son para vos... Los votos
religiosos e inmutables
que os ligan a este desierto,
esa capucha, ese traje,
capucha y traje que encubren
a un desertor, que al infame
suplicio escapó en Italia,
de todo incapaz os hacen.
Oye cuál truena indignado (*truena*)
contra ti el cielo... Esta tarde
completísimo es mi triunfo.
Un sol hermoso y radiante
te he descubierto, y de un soplo
luego he sabido apagarle.

D. ÁLVARO.—(*Volviendo al furor.*)
¿Eres monstruo del infierno,
prodigio de atrocidades?

D. ALFONSO.—Soy un hombre rencoroso

que tomar venganza sabe.
Y porque sea más completa,
te digo que no te jactes
de noble... eres un mestizo,
fruto de traiciones...

D. Álvaro.—(*En el extremo de la desesperación.*)
Baste.
¡Muerte y exterminio! ¡Muerte
para los dos! Yo matarme
sabré, en teniendo el consuelo
de beber tu inicua sangre. (*Toma la espada, combaten, y cae herido Don Alfonso.*)

D. Alfonso.—Ya lo conseguiste... ¡Dios mío! ¡Confesión! Soy cristiano... Perdonadme... salva mi alma...

D. Álvaro.—(*Suelta la espada y queda como petrificado.*) ¡Cielos!... ¡Dios mío!... ¡Santa Madre de los Ángeles!... ¡Mis manos tintas en sangre... en sangre de Vargas!...

D. Alfonso.—¡Confesión! ¡Confesión!... Conozco mi crimen y me arrepiento... Salvad mi alma, vos que sois ministro del Señor...

D. Álvaro.—(*Aterrado.*) ¡No, yo no soy más que un réprobo, presa infeliz del demonio! Mis palabras sacrílegas aumentarían vuestra condenación. Estoy manchado de sangre, estoy irregular... Pedid a Dios misericordia... Y... esperad... cerca vive un santo penitente... podrá absolveros... Pero está prohibido acercarse a su mansión... ¿Qué importa? Yo que he roto todos los vínculos, que he hollado todas las obligaciones...

D. Alfonso.—¡Ah! Por caridad, por caridad...

D. Álvaro.—Sí; voy a llamarlo... al punto...

D. Alfonso.—Apresuraos, Padre... ¡Dios mío!
(*Don Álvaro corre a la ermita y golpea la puerta.*)

D.ª Leonor.—(*Dentro.*) ¿Quién se atreve a llamar a esta puerta? Respetad este asilo.

D. Álvaro.—Hermano, es necesario salvar un alma,

socorrer a un moribundo; venid a darle el auxilio espiritual.

D.ª LEONOR.—(*Dentro.*) Imposible, no puedo, retiraos.

D. ÁLVARO.—Hermano, por el amor de Dios.

D.ª LEONOR.—(*Dentro.*) No, no, retiraos.

D. ÁLVARO.—Es indispensable, vamos. (*Golpea fuertemente la puerta*).

D.ª LEONOR.—(*Dentro, tocando la campanilla.*) ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA X

(LOS MISMOS y DOÑA LEONOR, vestida con un saco y esparcidos los cabellos, pálida y desfigurada, aparece a la puerta de la gruta, y se oye repicar a lo lejos las campanas del Convento).

D.ª LEONOR.—Huid, temerario; temed la ira del cielo.

D. ÁLVARO.—(*Retrocediendo horrorizado por la montaña abajo.*) ¡Una mujer!... ¡Cielos!... ¡Qué acento!... ¡Es un espectro!... Imagen adorada... ¡Leonor! ¡Leonor!

D. ALFONSO.—(*Como queriéndose incorporar.*) ¡Leonor!... ¿Qué escucho? ¡Mi hermana!

D.ª LEONOR.—(*Corriendo detrás de Don Álvaro.*) ¡Dios mío! ¿Es Don Álvaro?... Conozco su voz... Él es... ¡Don Álvaro!

D. ALFONSO.—¡Oh furia! Ella es... ¡Estaba aquí con su seductor!... ¡Hipócritas!... ¡Leonor!!!

D.ª LEONOR.—¡Cielos!... ¡Otra voz conocida!... Mas ¿qué veo?... (*Se precipita hacia donde ve a Don Alfonso*).

D. ALFONSO.—¡Ves al último de tu infeliz familia!

D.ª LEONOR.—(*Precipitándose en los brazos de su hermano*). ¡Hermano mío!... ¡Alfonso!

D. ALFONSO.—(*Hace un esfuerzo, saca un puñal y hiere de muerte a Leonor.*) Toma, causa de tantos desastres, recibe el premio de tu deshonra... Muero vengado. (*Muere*).

D. ÁLVARO.—¡Desdichado!... ¿Qué hiciste?... ¡Leonor! ¿Eras tú?... ¿Tan cerca de mí estabas?... ¡Ay! (*Se inclina hacia el cadáver de ella.*) Aun respira..., aun palpita aquel corazón todo mío... Ángel de mi vida... vive, vive, yo te adoro... ¡Te hallé, por fin... sí, te hallé... muerta! (*Queda inmóvil*).

ESCENA ÚLTIMA

(Hay un rato de silencio; los truenos resuenan más fuertes que nunca. crecen los relámpagos y se oye cantar a lo lejos el *Miserere* a la comunidad, que se acerca lentamente.)

VOZ DENTRO.—Aquí, aquí. ¡Qué horror!

(Don Alvaro vuelve en sí, y luego huye hacia la montaña. — Sale el PADRE GUARDIÁN con la comunidad. que queda asombrada.)

PADRE GUARDIÁN.—¡Dios mío!... ¡Sangre derramada! ¡Cadáveres!... ¡La mujer penitente!

TODOS LOS FRAILES.—¡Una mujer!... ¡Cielos!

PADRE GUARDIÁN.—¡Padre Rafael!

D. ÁLVARO.—(*Desde un risco, con sonrisa diabólica, todo convulso, dice*:) Busca, imbécil, al Padre Rafael... Yo soy un enviado del infierno, soy el demonio exterminador... Huid miserables.

TODOS.—¡Jesús, Jesús!

D. ÁLVARO.—Infierno, abre tu boca y trágame. Húndase el cielo, perezca la raza humana; exterminio, destrucción... (*Sube a lo más alto del monte y se precipita,*)

EL PADRE GUARDIÁN Y LOS FRAILES.—(*Aterrados y en actitudes diversas.*) ¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia!

FIN DEL DRAMA

10.- LA POESÍA GAUCHESCA EN EL RIO DE LA PLATA

JOSÉ HERNÁNDEZ

LA VUELTA DE MARTIN FIERRO

(ARGUMENTO Y FRAGMENTOS)

La Vuelta de Martín Fierro *puede considerarse como la segunda parte del inmortal poema de* HERNÁNDEZ. *Al escribirla tenía ya el autor plena conciencia del valor de su obra. como resulta de la siguiente copla del canto I. puesta en boca de Martín Fierro:*

Lo que pinta este pincel
ni el tiempo lo ha de borrar,
ninguno se ha de animar
a corregirme la plana;
no pinta quien tiene gana
sino quien sabe pintar;

y más adelante agrega, como recalcando lo dicho:

Más que yo y cuantos me oigan,
más que las cosas que tratan,
más que lo que ellos relatan
mis cantos han de durar:
mucho ha habido que marcar
para hacer esta bravata.

Se compone. La Vuelta de Martín Fierro, *en primer término, del relato hecho por éste de sus penurias y padecimientos en los cinco años que pasó entre los indios; y luego de lo ocurrido a su vuelta cuando encuentra a sus hijos. hasta el momento de dispersarse definitivamente todos ellos. Seguire-*

mos aquí también la división en cantos del poema.

I.—Se introduce de nuevo Martín Fierro, explicando su presencia en la copla inicial:

Atención pido al silencio
y silencio a la atención,
que voy en esta ocasión,
si me ayuda la memoria,
a mostrarle que a mi historia
le faltaba lo mejor.

Y luego, explicando cómo reaparece después de haber roto su guitarra al final del Martín Fierro, *añade:*

Aunque rompí el estrumento
por no volverme a tentar—
tengo tanto que contar
y cosas de tal calibre,
que Dios quiera que se libre
el que me enseñó a templar.

Ha vuelto, pues, y viene a trabajar honradamente:

He visto rodar la bola
y no se quiere parar.
Al fin de tanto rodar
me he decidido a venir
a ver si puedo vivir
y me dejan trabajar.

II.—Entrado ya en materia refiere el protagonista su viaje al Desierto, en compañía de Cruz, reanudando así la narración precisamente en el punto en que había quedado al finalizar el Martín Fierro. III.—Describe Martín Fierro su vida en la Pampa entre los indios. IV.—Habla de las invasiones de los indios. V.—Regreso de las invasiones, distribución de botín y fiestas. VI.—Cruz muere de viruela. VII.—Lamentos de Martín Fierro por la muerte de Cruz. VIII.—Refiere Martín Fierro cómo se le presenta la ocasión defender a una cautiva que un indio maltraba, después de haberle muerto un hijito. IX.—Pasa luego a contar su pelea con el indio, uno de los episodios

grandiosos y verdaderamente épicos del poema. X.—Muerto el indio, le toma Fierro el caballo; y dando el suyo a la cautiva, emprende la vuelta con ella, dejándola en la primera estancia que encuentran, para seguir solo desde allí. XI.—Es preciso advertir que entre los que escuchan el relato hecho por Fierro en los diez cantos anteriores, los cuales constituyen, según ya queda dicho, como una primera parte de la La Vuelta de Martín Fierro *— están dos hijos de este último. El presente canto onceno, lo emplea, pues, el protagonista, en referir cómo tuvo lugar el encuentro. XII.—En este canto, el hijo mayor de Martín Fierro narra sus desgracias, y su prisión en la Penitenciaría. XIII.—Le sigue luego el hijo segundo de Fierro, quien empieza a contar su vida y cómo le designó el juez un tutor. XIV.—Resultó este último ser el famoso "Viejo Vizcacha", cuya figura y mañas se describen en el presente canto, del cual transcribimos la primera mitad, donde se presenta al personaje:*

Me llevó consigo un viejo
que pronto mostró la hilacha—
dejaba ver por la facha
que era medio cimarrón,—
muy renegao, muy ladrón,
y le llamaban Viscacha.

Lo que el Juez iba buscando
sospecho y no me equivoco—
pero este punto no toco
ni su secreto averiguo—
mi tutor era un antiguo
de los que ya quedan pocos.

Viejo lleno de camándulas—
con un empaque a lo toro;
andaba siempre en un moro
metido no sé en que enriedos—
con las patas como loro,
de estribar entre los dedos.

Andaba rodiao de perros
que era todo su placer,
jamás dejó de tener
menos de media docena—
mataba vacas ajenas
para darles de comer.

Carniábamos noche a noche
alguna res en el pago;
y dejando allí el rezago
alzaba en ancas el cuero,
que se lo vendía a un pulpero
por yerba, tabaco y trago.
¡Ah! viejo más comerciante
en mi vida lo he encontrao—
con ese cuero robao
él arreglaba el pastel,
y allí entre el pulpero y el
se extendía el certificao—
La echaba de comedido;
en las trasquilas, lo viera,
se ponía como una fiera
si cortaban una oveja;
pero de alzarse no deja
un vellón o unas tijeras.
Una vez me dió una soba
que me hizo pedir socorro,
porque lastimé un cachorro
en el rancho de unas vascas-
y al irse se alzó unas guascas,
para eso era como zorro.—
Porque maté una vizcacha
otra vez me reprendió—
se lo vine a contar yo—,
y no bien se lo hube dicho,—
"ni me nuembres ese bicho"
me dijo, y se me enojó.
Al verlo tan irritao
hallé prudente callar—
éste me va a castigar
dije entre mí, si se agravia—
ya ví que les tenía rabia
y no las volví a nombrar.

XV.—*El canto XV contiene los célebres* Consejos del Viejo Vizcacha, *dirigidos por éste a su pupilo, estupendo trozo de*

poesía picaresca de que dará una idea la siguiente transcripción casi íntegra del mencionado canto. Dice, hablando de su tutor, el hijo de Fierro:

Me parece que lo veo
con su poncho calamaco—
después de echar un güen taco,
ansí prencipiaba a hablar:
«jamás llegues a parar
«ande veas perros flacos.»
«El primer cuidao del hombre
es defender el pellejo—
lleváte de mi consejo,
fijáte bien en lo que hablo:
pero más sabe por viejo.»
«Hacéte amigo del juez,
no le dés de qué quejarse;—
y cuando quiera enojarse
vos te debés encoger,
pues siempre es güeno tener
palenque ande ir a rascarse.»
«Nunca le llevés la contra,
porque él manda la gavilla—
allí sentao en su silla
ningún güey le sale bravo—
a uno le da con el clavo
y a otro con la cantramilla.»
«El hombre hasta el más soberbio
con más espinas que un tala,
aflueja andando en la mala
y es blando como manteca:
hasta la hacienda baguala
cai al jagüel con la seca.»
«No andés cambiando de cueva,
hacé las que hace el ratón—
conserváte en el rincón
en que empezó tu esistencia—
vaca que cambia querencia

se atrasa en la parición.»
—Y menudiando los tragos,
aquel viejo, como cerro—
«no olvidés», me decía, «Fierro,
que el hombre no debe creer
en lágrimas de mujer
ni en la renguera del perro.»
«No te debés afligir
aunque el mundo se desplome—
lo que más precisa el hombre
tener, según yo discurro,
es la memoria del burro,
que nunca olvida ande come.»
«Dejá que caliente el horno
el dueño del amasijo—
lo que es yo, nunca me aflijo
y a todito me hago el sordo:
el cerdo vive tan gordo
y se come hasta los hijos.»
«El zorro que ya es corrido
dende lejos la olfatea—
no se apure quien desea
hacer lo que le aproveche:
la vaca que más rumea
es la que da mejor leche.»
«El que gana su comida
bueno es que en silencio coma,
ansina, vos ni por broma
querrás llamar la atención:
nunca escapa el cimarrón
si dispara por la loma.»
«Yo voy donde me conviene
y jamás me descarrilo;
lleváte el ejemplo mío
y llenarás la barriga;
aprendé de las hormigas,
no van a un noque vacío.»
«A naides tengas envidia,

es muy triste el envidiar,
cuando veas a otro ganar
a estorbarlo no te metas:
cada lechón en su teta
es el modo de mamar.»

.. ..

«Los que no saben guardar
son pobres aunque trabajen—
nunca, por más que se atajen,
se librarán del cimbrón:
al que nace barrigón
es al ñudo que lo fajen.»

«Donde los vientos me llevan
allí estoy como en mi centro;
cuando una tristeza encuentro
tomo un trago pa alegrarme:
a mí me gusta mojarme
por ajuera y por adentro.»

«Vos sos pollo y te convienen
toditas estas razones,
mis consejos y leciones
no echés nunca en el olvido:
en las riñas he aprendido
a no peliar sin puyones.»

Con estos consejos y otros
que yo en mi memoria encierro,
y que aquí no desentierro,
educándome seguía—
hasta que al fin se dormía
mesturao entre los perros.

XVI.—Muerte del Viejo Vizcacha. XVII.—Inventario de sus bienes. XVIII.—El entierro. XIX.—Remedios para un amor desgraciado. XX.—Terminada la relación de los hijos de Fierro, aparece ahora un nuevo personaje, forastero de buena presencia, quien pide permiso para contar su historia. XXI.—"Picardía", se apodaba el recién llegado, y comienza refiriendo sus penurias de niño desamparado. XXII.—Cuenta luego Picardía sus andanzas de jugador. XXIII.—Describe después el tipo del oficial de partida. XXIV.—Describe las elecciones. XXV.—

El Contingente.. XXVI.—Picardía se da finalmente a conocer y se sabe entonces que es el hijo de Cruz. XXVII.— Sigue refiriendo lo que vió en la frontera, cuando le tocó servir en un cuerpo de milicias. XXVIII.—Continúa con la historia de unas raciones, demostrando que éstas casi ya no existen cuando llegan al soldado. XXIX.—Concluída la parte de Picardía, se presenta un moreno, quien da señales inequívocas de querer desafiar a Martín Fierro en el canto. Toma éste la guitarra, y se produce un gran silencio, en medio del cual se desarrolla entre ambos la payada de contrapunto del canto siguiente. XXX. —Es éste el canto más largo de todo el poema. Martín Fierro y el Moreno se dirigen sus preguntas y respuestas, rayando ambos a grande altura, especialmente el segundo, quien descubre al final ser hermano del negro a quien Fierro dió muerte antes de huir a la Pampa. XXXI.—Evitan los presentes la inminente pendencia, y Martín Fierro, acompañado de sus dos hijos y el de Cruz, se alejan a caballo. Llegados a orillas de un arroyo, desensillan y allí pasan la noche. Termina este canto con las dos coplas que transcribimos, anunciadoras del canto siguiente:

No pudiendo vivir juntos
por su estado de pobreza,
resolvieron separarse
y que cada cual se juera
a procurarse un refugio
que aliviara su miseria.
Y antes de desparramarse
para empezar vida nueva,
en aquella soledá
Martín Fierro con prudencia
a sus hijos y al de Cruz
les habló de esta manera:

XXXII.—Llenan este canto hermosísimo, los nobles y celebrados Consejos de Martín Fierro *dados a sus dos hijos y al de Cruz, antes de separarse. Forman la antítesis de los Consejos del Viejo Vizcacha, y su gran belleza nos induce a transcribir en su integridad el canto que los contiene. Dice así:*

«Un padre que da consejos
más que padre es un amigo,
ansí como tal les digo

que vivan con precaución—
naides sabe en qué rincón
se oculta el que es su enemigo.
«Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada—
no extrañen si en la jugada
alguna vez me equivoco—
pues debe saber muy poco
aquel que no aprendió nada.
«Hay hombres que de su cencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas menas:
más digo sin ser muy ducho-
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas.
«No aprovechan los trabajos
si no han de enseñarnos nada—
el hombre, de una mirada,
todo ha de verlo al momento,
el primer conocimiento
es conocer cuando enfada.
«Su esperanza no la cifren
nunca en corazón alguno—
en el mayor infortunio
pongan su confianza en Dios—
de los hombres, sólo en uno,
con gran precaución en dos.
«Las faltas no tienen límites
como tienen los terrenos—
se encuentran en los más güenos,
y es justo que les prevenga:
aquel que defectos tenga,
disimule los ajenos.
«Al que es amigo, jamás
lo dejen en la estacada;
pero no le pidan nada
ni lo aguarden todo de él:
siempre el amigo más fiel

es una conducta honrada.
«Ni el miedo ni la codicia
es güeno que a uno le asalten—
ansí no se sobresalten
por los bienes que perezcan—
al rico nunca le ofrezcan
y al pobre jamás le falten.
«Bien lo pasa hasta entre pampas
el que respeta a la gente—
el hombre ha de ser prudente
para librarse de enojos—
cauteloso entre los flojos,
moderado entre valientes.
«El trabajar es la ley
porque es preciso adquirir—
no se expongan a sufrir
una triste situación:
sangra mucho el corazón
del que tiene que pedir.
«Debe trabajar el hombre
para ganarse su pan;
pues la miseria, en su afán
de perseguir de mil modos,
llama en la puerta de todos
y entra en la del haragán.
«A ningún hombre amenacen
porque naides se acobarda—
poco en conocerlo tarda
quien amenaza imprudente—
que hay un peligro presente
y otro peligro le aguarda.
«Para verse en un peligro
salvar de cualquier abismo,
por experiencia lo afirmo,
más que el sable y que la lanza—
suele servir la confianza
que el hombre tiene en sí mismo.
«Nace el hombre con la astucia

que ha de servirle de guía—
sin ella sucumbiría,
pero según mi experiencia—
se vuelve en unos prudencia
y en los otros picardía.

«Aprovecha la ocasión
el hombre que es diligente;
y tenganló bien presente,
si al compararla no yerro:
la ocasión es como el fierro,
se ha de machacar caliente.

«Muchas cosas pierde el hombre
que a veces las vuelve a hallar;
pero les debo enseñar
y es güeno que lo recuerden—
si la vergüenza se pierde,
jamás se vuelve a encontrar.

«Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera—
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea—
porque si entre ellos pelean,
los devoran los de ajuera.

«Respeten a los ancianos,
el burlarse no es hazaña;
si andan entre gente extraña
deben ser muy precavidos—
pues por igual es tenido
quien con malos se acompaña.

«La cigüeña, cuando es vieja,
pierde la vista,—y procuran
cuidarla en su edá madura
todas sus hijas pequeñas—
apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura.

«Si les hacen una ofensa,
aunque la echen en olvido,
vivan siempre prevenidos

pues ciertamente sucede—
que hablará muy mal de ustedes
aquel que los ha ofendido.

«El que obedeciendo vive
nunca tiene suerte blanda—
mas con su soberbia agranda
el rigor en que padece—
obedezca el que obedece
y será bueno el que manda.

«Procuren de no perder
ni el tiempo, ni la vergüenza—
como todo hombre que piensa,
procedan siempre con juicio—
y sepan que ningún vicio
acaba donde comienza.

«Ave de pico encorvado
le tiene al robo afición—
pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre—
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

«El hombre no mate al hombre
ni pelee por fantasía—
tiene en la desgracia mía
un espejo en qué mirarse;
saber el hombre guardarse
es la gran sabiduría.

«La sangre que se redama
no se olvida hasta la muerte—
la impresión es de tal suerte,
que a mi pesar, no lo niego—
cái como gotas de fuego
en la alma del que la vierte.

«Es siempre, en toda ocasión,
el trago el peor enemigo—
con cariño se lo digo,
recuérdenlo con cuidado:
aquel que ofende embriagado

merece doble castigo.—
«Si se arma algún revolutis
siempre han de ser los primeros.
No se muestren altaneros
aunque la razón les sobre—
en la barba de los pobres
aprienden pa ser barberos.
«Si entriegan su corazón
a alguna mujer querida,
no le hagan una partida
que la ofenda a la mujer:
siempre los ha de perder
una mujer ofendida.
«Procuren, si son cantores,
el cantar con sentimiento—
no tiemplen el estrumento
por sólo el gusto de hablar—
y acostumbrensé a cantar
en cosas de jundamento.
«Y les doy estos consejos
que me ha costado adquirirlos,
porque deseo dirigirlos,
pero no alcanza mi cencia—
hasta darles la prudencia
que precisan pa seguirlos.
«Estas cosas y otras muchas,
medito en mis soledades—
sepan que no hay falsedades
ni error en estos consejos:
es de la boca del viejo
de ande salen las verdades.»

XXXIII.—En este último canto, como al final del Martín Fierro, *toma la palabra el autor del poema para poner término al relato. Así nos dice que Fierro y sus tres acompañantes, después de convenir en mudar de nombre, se separaron, dirigiéndose a los cuatro vientos. Y después de algunas consideraciones generales, termina con las siguientes estrofas, en las cuales, tras el anuncio de una continuación que no llegó nunca, reafirma Hernández la confianza en el valor de su obra:*

Permitanmé descansar,
¡Pues he trabajado tanto!
en este punto me planto
y a continuar me resisto—
estos son treinta y tres cantos
que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras
que les digo al terminar—
en mi obra he de continuar
hasta dársela concluída—
si el ingenio o si la vida
no me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,
tenganló todos por cierto,
que el gaucho, hasta en el desierto,
sentirá en tal ocasión—
tristeza en el corazón
al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
las de todos mis hermanos—
ellos guardarán ufanos
en su corazón mi historia—
me tendrán en su memoria
para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,
calidá muy meritoria—
y aquellos que en esta historia
sospechen que les doy palo—
sepan que olvidar lo malo
también es tener memoria.

Mas naides se crea ofendido
pues a ninguno incomodo—
y si canto de este modo
por encontrarlo oportuno—
no es para mal de ninguno
sino para bien de todos.

HILARIO ASCASUBI

LA SORPRESA

(De "Poesías varias")

[*Versos improvisados por el autor en casa de su amigo D. Heraclio C. Fajardo, para el álbum de este último.*]

¿No ha visto, amigo Fajardo,
del campo en la quemazón,
el susto con que un ratón
sale del *güeco* de un cardo
como bala de cañón?
¿Y el terror que la domeña,
del fuego en la orilla, ha visto
cuando una víbora, ¡Cristo!
topa con una cigüeña
y no halla un *aujero* listo?
Y un reyuno, si el latón
llega oir a la corneta,
¿no ha visto cómo se inquieta
y dispara el mancarrón
que ni el diablo lo sujeta?
Pues ni ratón ni reyuno,
ni víbora habrá *pasao*
susto igual al que me ha *dao*
usté al soltarme su *albuno*,
para que un *improvisao*...
le haga yo, como si fuera
el destripar una laucha,
o pelar sólo una chaucha,
concertar a la ligera
cualesquier versada gaucha.
Con todo, de espantadizo
no me ha de acusar ninguno,
ni jamás dirá su *albuno*

que al verlo me hice el petizo.
De balde usté de improviso
por coplas me busca el fallo;
para hacer versos no es *payo*
ni sabe hacerse perdiz,
aunque es un gaucho infeliz
su amigo,

ANICETO EL GALLO.

SOLICITUD DE ANICETO EL GALLO ANTE EL MINISTRO DE LA GUERRA, DE QUIEN ERA EDECÁN EN 1853, PIDIÉNDOLE UNA MONTURA PARA SU CABALLO.

(DE "POESÍAS INÉDITAS")

Señor general ministro,

Siendo edecán *titulao,*
muento a caballo, señor,
en un apero cantor
tan ruin y *descangallao,*
que adonde bajo el *recao*
queda en montón la polilla;
mientras veo a una tropilla
de ayudantes charabones
cargados de relumbrones
con pistoleras y en silla..
Bien pues, si soy *adecán,*
como me han hecho entender,
de juro he de merecer
lo *mesmo* que a otros les dan;
y, como dice un refrán
que "mama todo llorón",
me lamento esta ocasión
a ver si saco mi astilla
y me largan una silla:
que es toda mi pretensión.

11.-CARTAS-DISCURSOS ESCRITOS VARIOS

CRISTINO MARTOS

DISCURSO

(*Al asumir en* 1873 *la Presidencia de la Asamblea Nacional, después de haberse proclamado la República.*)

Señores representantes de la nación española: En esta situación es preciso un acto más bien que un discurso, y voy a deciros que debemos meditar profundamente sobre los deberes que nos impone la situación que hemos creado, deberes que se resuelven en uno solo: el de salvar la República, para lo cual tenemos un medio indispensable de salvación: el de prestar todo nuestro apoyo a ese gobierno que tiene toda nuestra confianza y que es la autoridad más grande que jamás haya podido ocupar ese banco, porque la ha recibido del voto de aquellos que a su vez la obtuvieron del sufragio universal.

Y como al dar nuestra confianza a ese Gobierno le hemos impuesto grandes obligaciones; como para cumplir esas obligaciones necesita una gran autoridad, y como ha de descansar esa autoridad en una gran confianza y un gran apoyo, es preciso, señores representantes, que cuente siempre con todo nuestro apoyo y confianza.

Yo, señores, entiendo que así como la primera ne-

cesidad de las monarquías en estos tiempos es la libertad, del mismo modo el orden es la primera necesidad de las repúblicas. Trátase de establecer, de arraigar una forma nueva y desconocida de gobierno en España: no cerremos los ojos ante sus dificultades, que no desconocer las dificultades es el mejor modo de vencerlas. Antes bien, deteniéndonos delante de ellas, consideremos que es preciso hagamos saber, no tan sólo por nuestras palabras, sino también por nuestros actos, que la República no es el desorden, no es el tumulto, no es la pasión, no es la ruina de los intereses; que la República puede y debe ser el orden, la libertad, la confianza, la paz pública, la protección segura dispensada por un Gobierno liberal pero fuerte, a todos, absolutamente a todos los intereses de la nación española, porque es privilegio singular de esta forma de gobierno que no haya en su seno germen de división, sino que todas las opiniones quepan en este gran molde en el que vamos a dar nueva forma a la vida de la sociedad española.

Si acaso las dificultades aumentan, y los peligros crecen, y las nubes que tal vez comienzan a divisarse en nuestro horizonte, se cuajan y se condensan y amenazan descargar sobre la República, ¡ah!, entonces, señores representantes de la nación, hemos de investir a este Gobierno de todos aquellos poderes que necesitase para salvar a la Patria, para salvar a la República; que la salud del pueblo, principio peligroso cuando nace del terror y se concede para el ejercicio de la tiranía, es un principio salvador cuando nace de la serenidad de la fuerza del derecho y se concede para la realización de la justicia.

CARLOS GUIDO Y SPANO

LA FIEBRE AMARILLA

(De la "Carta confidencial a un amigo")

La fiebre amarilla penetró traidoramente en nuestra amada ciudad. Cundió con rapidez asoladora. El pueblo y las autoridades se aterraban, y Buenos Aires se moría. La descripción que hace Tucídides de la peste de Atenas, la de Boccacio de la Florencia en 1348, célebres ambas en la literatura y en los anales de las calamidades humanas, darían pálida idea del cuadro que se desplegó a nuestra vista: muerte, miseria, espanto.

De una población de doscientos mil habitantes reducida a cincuenta mil, más de una tercera parte de éstos sucumbe en el espacio de dos meses; lo cual supone un número considerable de enfermos escapados a los peligros mortales del contagio. En medio de este horror, la Comisión denominada Popular (de que tuve la honra de ser uno de los iniciadores, formando luego entre sus miembros activos) surgida de un *meeting*, reunido frente mismo de la Municipalidad azorada, domina por su energía, su eficacia, su abnegación intrépida. Es ella quien gobierna. Con su actitud llama al deber a las autoridades fugitivas o inertes, retempla los espíritus, aviva en las almas nobles la llama inextingible de la caridad evangélica; delibera, organiza, obra; se apodera del tiempo, junta el día y la noche; vigilante, infatigable, resuelta, impera por la libertad, se impone por el sacrificio, y levantando en alto la insignia de la piedad cristiana, triunfa con ella del miedo y de la muerte.

¡Ejemplo singular y honor precioso de las letras! Los hombres ilustrados que forman la Comisión, figurando entre ellos dos ilustrados sacerdotes, son con rara excepción, periodistas, jurisconsultos, oradores.

A su lado todo el que se acerca es valiente, que saber

inocular en los demás la savia generosa de su alma varonil. Veinticinco eran, y de ellos, sin contar a los empleados auxiliares de los cuales Ballester es la primera víctima, mueren Roque Pérez, Manuel Argerich, y caen postrados por la fatiga o por la fiebre Cantilo, Mitre y Vedia, Gigli, Cittadini, Lagos, Wals, Gowland, Varela, César, Dillón, Del Valle, Mariño, Ramella, levantándose algunos de la tumba, y todos salvados de sucumbir en la catástrofe para volver de nuevo a ocupar su puesto de honor en la formidable batalla, unidos en haz compacto a los ambiciosos del bien, tan llenos de orgullo que cuando concluye la epidemia, parecen desconcertados en su noble ardimiento ante un enemigo que huye cobardemente, y se envuelven en el silencio, ellos, señores de la palabra y de la pluma, confundiéndose entre la multitud, esquivándose enfrente de émulos ruines a todo signo aprobatorio, a toda expresión de gratitud por sus actos virtuosos.

Pudieran reprocharme que al elogiarles aparezco yo implícitamente comprendido en su encomio. ¿Mas de cuando acá le está vedado al soldado raso, que asistiera a un tremendo combate el señalar a los héroes? Y héroes fuisteis también vosotros negro Tomás, pardo Ferreyra, mis camaradas de los primeros días, con quienes vivimos juntos, y juntos hemos dormido tantas noches el sueño interrumpido del centinela en su atalaya, rodeados de ataúdes en nuestro sombrío depósito o catacumba de la calle Bolívar, de que os conservasteis hasta el último guardianes celosísimos, estando en permanente contacto con la turba de los infectados de la fiebre, que acudían en busca de socorro.

Muy oscuros pedernales
Guardan destellos muy claros.

Ni fueron los miembros de la Comisión Popular, ciertamente, los únicos en consagrarse al servicio de sus semejantes afligidos. Dado el impulso, Buenos Ai-

res reacciona y se acuerda de su antiguo valor. La Municipalidad reforzada por hombres firmes, vuelta de su estupor, trabaja activamente. La policía a cuya cabeza está el pundonoroso O'Gorman hasta ser postrado por el flagelo de que se salva milagrosamente, multiplica sus mezquinos recursos, y deja en testimonio de su celo tendidos en el camino de la caridad a muchos de sus valientes empleados. Las Parroquias recogen elementos y encuentran hombres buenos que se pongan al frente para conjurar la borrasca que a todos amenaza. Distinguidísimos médicos, fieles al sacerdocio de la ciencia, acuden desinteresadamente sin darse punto de reposo allí donde se solicitan sus cuidados, sea por quien fuere, y cuando algunos caen a la cabecera del enfermo, los que sobreviven parecen agregasen a la fuerza nativa de su espíritu, como una herencia fraternal, la energía de sus compañeros muertos en el cumplimiento de juramentos sagrados. Doloroso y sublime fué el tributo de los ministros del altar, de que hasta sesenta sucumbieron, a su divino apostolado. Muchos de ellos, y especialmente algunos párrocos, hacían recordar la conducta evangélica de Carlos Borromeo, el Santo Arzobispo de Milán, en la epidemia que devastó aquella ciudad en 1576, conducta sublimada al grado de que la devoción cristiana haya ya atribuído al simple contacto de la tumba del excelso prelado la virtud de operar maravillosas curas. Cuando los hombres proceden de este modo, débese calcular qué desbordamiento de amor y de ternura no habría en el corazón de las mujeres. Las Hermanas de Caridad pudieron entonces agregar más de una rosa mística a la guirnalda que sus manos puras renuevan incesantemente al pie de la cruz del Salvador. Recordando esas consagraciones nobilísimas quiero pasar por alto el proceder menguado de ciertos magistrados, puestos en la picota de la opinión por la desgracia pública a que tan inferiores se mostraron, prefiriendo el amor de sí mismos al de sus semejantes, envidiosos del sa-

crificio ajeno sin ser capaces de imitarle. Su nombre empañaría la aureola de aquellas nobles figuras de mujer, por cuyo rosario deberían haber cambiado compungidos las insignias de su alta investidura.

Para acabar de formarse una idea de la situación de Buenos Aires en el período ascendente de la peste, bastará narrar un episodio en que me tocó ser actor.

Era una noche pavorosa; la mortandad durante el día había sido horrible. Sólo uno de mis compañeros, Barbati, creo, quedaba de guardia en el viejo edificio ocupado por la Comisión Popular, donde constituí mi domicilio desde el primer día en que ésta comenzó a funcionar. A eso de la diez se presenta una sirvienta despavorida en demanda de un ataúd, para una señora que acaba de morir de la epidemia, solicitando asimismo se la lleve a enterrar. ¿Quién es la muerta? La señora Luisa Díaz Vélez de La Madrid, la hermana del General Díaz Vélez, uno de los jefes más gloriosos de la Independencia; la viuda del General La Madrid, el héroe novelesco de nuestra gran epopeya. Agréguese a estos títulos, que la digna matrona figura por su patriotismo, las peripecias de su dramática vida siguiendo a menudo a su marido en los peligros, sus virtudes clarísimas, entre las mujeres notables de la República Argentina. ¡Y está sola, abandonada, sin que haya quien la conduzca al sepulcro!

Sus hijos, sus criados, se hallan ausentes o devorados por la fiebre; los amigos por una u otra causa han desaparecido. La Comisión Popular no se encargaba ya como al principio de enterrar los muertos, habiendo tomado sobre sí la Municipalidad esa incumbencia. Inmediatamente corro allí a dar aviso: cerrada. Acudo a la Policía: sólo hay un oficial de guardia; nada se puede hacer a esas horas, ni por consiguiente ser representada la autoridad de ninguna manera en

el acto de rendir el último homenaje a tan ilustre dama. Busco al Comisario del cuartel donde quedaba su casa (próxima a la Iglesia de la Concepción): no está. Le escribo. A las doce se manda un carro de tráfico a recoger el cuerpo, para ser arrojado con otros a la madrugada del día siguiente en la fosa común. Mas ya había tomado mis medidas, y se evitó esa afrenta. Un joven chileno, apellidado Pereira, al servicio voluntario de la Comisión Popular, acompañado de un celador, tenía orden mía de echar abajo las puertas de las dos o tres cocherías únicas en ejercicio, hasta encontrar un carruaje y un féretro. Cumplió bien. A media noche estaba con lo necesario en la casa mortuoria, donde entraba yo por vez primera, no habiendo visto jamás a la finada. Contemplé su cadáver: una santa. Minutos después iba yo camino del cementerio del Sud. Me sentí entonces melancólicamente envanecido de que a mí y no a otro de mis compañeros, que cualquiera de ellos hubiese hecho lo mismo, me tocase el privilegio altísimo de aquella triste custodia. ¡Qué vueltas no da el mundo! Un hijo del General Guido, quien siempre había figurado en el partido contrario al del General La Madrid durante nuestras guerras civiles, era el designado por la suerte para sepultar a la fiel compañera de ese bravo soldado, en el suelo de la patria tantas veces y tan heroicamente regado con su sangre. Llego al cementerio, donde hubo día de enterrarse setecientos cadáveres: soledad espantosa. No permito que Pereira baje del coche, recelando le contaminasen los miasmas sepulcrales más peligrosos en la noche, o celoso quizá de compartir con un extraño el honor de llevar a la tumba los despojos confiados a mi guarda, en momentos de suprema angustia, por la piedad filial. Sacudo fuertemente la verja de hierro que cierra la fúnebre mansión. Un sepulturero, soñoliento, desarrapado, cubierto todavía del polvo de las fosas recién cavadas, llevando una linterna en la mano, se sorprende de verme a tales horas. Pregunto por el administrador,

el valeroso Carlos Munilla. Duerme. Voy a su habitación y mis grandes golpes le despiertan.

—¿Qué hay?

Abre la puerta. Me reconoce, me abraza.

—Tocayo, traigo la viuda del General La Madrid.

—Bien, me dice golpeándose la frente, a la madrugada le daré sepultura; hoy no ha habido tiempo para enterrar todos los muertos; muchos, más de doscientos, han quedado insepultos. La dejaremos depositada en la capilla.

—No, ahora mismo la hemos de enterrar, no puedo, no debo abandonar estos restos.

—Sólo hay cuatro sepulturas abiertas de las que ha mandado reservar la Municipalidad para los que sucumban de sus miembros. Esta mañana han traído a Vitón: aquí está.

—Pues bien, en la mejor de ellas, bajo nuestra responsabilidad, depositaremos nuestra muerta.

Munilla accede en el acto, y entrambos la sepultamos silenciosamente a la luz de un farol. Cuando hube echado la última palada de tierra sobre aquellas reliquias venerables, me pareció que mi madre me daba un beso en las tinieblas.

Dos días después, el pobre Pereira estaba en la eternidad, y el negro cochero que me condujo al campo santo, agonizaba.

SIMÓN BOLÍVAR

(VENEZOLANO)

A sus lauros militares unió otros literarios de tan subidos quilates este americano ilustre por tantos conceptos, que no puede faltar su nombre en una Antología.

CARTA A OLMEDO

[*La carta que va a leerse, es la primera de las dos escritas al poeta José Joaquín de Olmedo por Bolívar, a propósito del* Canto *compuesto en su loor por aquél.*

Las sobresalientes condiciones de escritor que adornaban al héroe de Carabobo y Boyacá resplandecen en estas líneas, a la par que un finísimo gusto literario, mal avenido con la verbosidad excesiva de Olmedo.

Admírese el tino con que expone Bolívar sus reparos, y la discreción con que aconseja al poeta con motivo de su próxima misión diplomática.]

Cuzco, 27 de junio de 1825.

Querido amigo:

Hace muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de usted y un poema; las cartas son de un político y un poeta; pero el poema es de un Apolo.

Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco-Capac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Usted dispara... donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles, que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de La Mar, un Agamenón y un Menelao; de Córdova, un Aquiles; de Necochea, un Patroclo y un Ayax; de Miller, un Diomedes; y de Lara, un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina y heroica, que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético, y fantástico; y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros; usted, pues, nos ha sublimado tanto que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes.

Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los

rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises.

Si yo no fuese tan bueno, y usted no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la *Ilíada* con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas, no; no lo creo. Usted es poeta, y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres.

Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un español lo leerá como un canto del *Facistol*, de Boileau.

Por todo doy a usted las gracias, penetrado de una gratitud sin límites.

Yo no dudo que usted llenará dignamente su comisión en Inglaterra; tanto lo he creído, que, habiendo vuelto la faz sobre todo el imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que usted. Uní a usted un matemático, porque no fuese que, llevado usted de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero, para que no vea con su imaginación, sino con sus sentidos, y para que no le permita que lo encanten con armonías y tropos, y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y de los publicanos.

He llegado ayer al país clásico del Sol, de los incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro; los incas son los virreyes o prefectos; la fábula es la historia de Garcilaso; la historia, la relación de la destrucción de los indios por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía, todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos; mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva Natura-

leza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco-Capac, Adán de los indios, salió de su paraíso titicaco y formó una sociedad histórica, sin mezcla de fábula sagrada o profana. Dios lo hizo hombre; él hizo su reino, y la Historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra; las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de que no teníamos ni idea ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece, porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que, con más o menos poesía, acabo de decir a usted.

Tenga usted la bondad de presentar esta carta al señor Paredes, y ofrezco a usted las sinceras expresiones de mi amistad.

BOLÍVAR.

SIGLO XVIII

El siglo XVIII en literatura castellana, suele calificarse y definirse diciendo que es el siglo de la influencia *o más aún, de la* imitación francesa; *y es costumbre corroborar tal aserto, recordando que desde los comienzos de dicha centuria entró a gobernar en España la dinastía francesa de los Borbones, con un rey francés, Felipe V.*

Ahora bien, aunque la mencionada influencia es innegable, debe tenerse en cuenta, para asignarle su verdadero carácter en primer término que fué entonces un hecho común a toda Europa, y luego que no asumió en España, a pesar de su corte borbónica, mayor magnitud que en el resto del continente.

Debe agregarse además, que en las letras castellanas dicha influencia no comprendió todos los géneros, ni asumió en todos igual intensidad: verdaderamente sólo se la encuentra con caracteres resaltantes en la dramática, *y en especial en la* comedia, *a partir de la segunda mitad del siglo.*

Sentado lo anterior, diremos que la nota más saliente de la influencia francesa *en las letras, es el* academismo, el apego a las reglas de la preceptiva seudoclásica, y el culto de la razón y la verosimilitud.

1.-LA POESÍA LÍRICA EN EL SIGLO XVIII

I.-LÍRICOS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO

a. La Nueva Escuela Salmantina

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

DE LA NIEVE

(ODA ANACREÓNTICA)

Dame, Dorila, el vaso,
lleno de dulce vino;
que, sólo en ver la nieve,
temblando estoy de frío.
Ella en sueltos vellones
por el aire tranquilo
desciende, y cubre el suelo
de fúlgidos armiños.
¡Oh! ¡cómo el verla agrada
de esta choza al abrigo,
deshecha en copos leves,
bajar con lento giro!
Los árboles, del peso
se inclinan oprimidos,
y alcorza delicado
parecen en el brillo.

Los valles y laderas,
de un velo cristalino
cubiertos, disimulan
su mustio desabrigo;
mientras el arroyuelo,
con nuevas aguas rico,
saltando bullicioso,
se burla de los grillos.
Sus surcos y trabajos
ve el rústico perdidos,
y triste no distingue
su campo del vecino;
las aves enmudecen,
medrosas en el nido,
o buscan de los hombres
el mal seguro asilo;
y el tímido rebaño
con débiles balidos
demanda su sustento,
cerrado en el aprisco.
Pero la nieve crece,
y en denso torbellino
la agita con sus soplos
el aquilón maligno;
las nubes se amontonan,
y el cielo de improviso
se entolda pavoroso
de un velo más sombrío.
Dejémosla que caiga,
Dorila; y, bien bebidos,
burlemos sus rigores
con nuevos regocijos.
Bebamos y cantemos;
que ya el Abril florido
vendrá en las blandas alas
del céfiro benigno.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS

LA DESCONFIANZA

Las rosas que, ya marchitas,
de ti con desdén alejas,
la aurora me vió cortarlas
y hermosas jóvenes eran.
Vivieron; fué para siempre
su honor y antigua belleza.
¡Ay, todo cual sombra pasa,
y el ser a la nada lleva!
Vendrá el Agosto abrasado
ahogando flores; y muertas
sus hojas, a otras regiones
volará la primavera.
En pos el maduro otoño,
mostrando su faz risueña,
hará que el lánguido estío
bajo sus pámpanos muera.
Mas el aquilón, bramando,
se arrojará de las sierras,
y lanzando estéril hielo,
cubrirá de horror la tierra
Así la lóbrega noche
sucede a la luz febea,
las risas a los lamentos,
y a los placeres las penas.
Es el universo entero
una inconstancia perpetua;
se muda todo, no hay nada
que firme y estable sea.
Y en medio a tantos ejemplos
que triste mudanza enseñan,
¡Ay Filis! ¿tu pecho sólo
tendrá en amarme firmeza?

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA

EPIGRAMAS

I

De toda la vida mía
los agüeros más siniestros
fueron el tener maestros
de quien el buen gusto huía;
y si bien de ellos me río,
si yo llego a tener fama,
veréis cómo alguno exclama:
"¿Ése? es discípulo mío".

II

Ayer un mendigo viendo
junto a un templo un coronel,
a pedirle fué corriendo;
y le importunó diciendo
rogaría a Dios por él.
Dióle un real que tuvo allí
el jefe y le dijo así:
"¡Con linda flema te vienes!
Ten, y ruega a Dios por ti,
que más necesidad tienes".

b. Líricos Independientes

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

LA DESPEDIDA

(Soneto)

Nací de honesta madre: dióme el Cielo
fácil ingenio en gracias afluente;

dirigir supo el ánimo inocente
a la virtud el paternal desvelo.
Con sabio estudio, infatigable anhelo,
pude adquirir coronas a mi frente:
la corva escena resonó en frecuente
aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.
Dócil, veraz, de muchos ofendido,
de ninguno ofensor, las musas bellas
mi pasión fueron, el honor mi guía.
Pero si así las leyes atropellas,
si para ti los méritos han sido
culpas; adiós, ingrata patria mía.

EPIGRAMAS

A un escritor desventurado, cuyo libro nadie quiso comprar

En un cartelón leí
que tu obrilla baladí
la vende Navamorcuende...
No ha de decir que la vende,
sino que la tiene allí.

A un comerciante que puso en su casa una estatua de Mercurio

Si al decorar tus salones,
Fanio, a Mercurio prefieres,
tienes a fe mil razones;
que es dios de los mercaderes
y también de los ladrones.

A Geroncio

Pobre Geroncio, a mi ver
tu locura es singular:
¿quién te mete a censurar
lo que no sabes leer?

A Pedancio, autor de una obra en que le ayudaban varios amigos

Pedancio, a los botarates,
que te ayudan en tus obras,
no lo mimes ni los trates:
tú te bastas y te sobras
para escribir disparates.

Al mismo

Tu crítica majadera
de los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera:
más pesadumbre tuviera
si te gustaran a ti.

A un mal bicho

¿Véis esa repugnante criatura
chato, pelón, sin dientes, estevado,
gangoso y sucio y tuerto y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

c. Iniciadores de la restauración poética.

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATIN

EPIGRAMAS

Corrección oportuna

Anda, que con un indiano
se casa Marica Pérez;
pero es indiano que va,
que no es indiano que viene.

Saludable templanza

Ayer convidé a Torcuato;
comió sopas y puchero,
media pierna de carnero,
dos gazapillos y un pato.
Dóile vino, y respondió:
tomadlo por vuestra vida,
que hasta mitad de comida
no acostumbro a beber yo.

Saber sin estudiar

Admiróse un portugués
de ver que en su tierna infancia
todos los niños de Francia
supiesen hablar francés:
arte diabólica es,
dijo, torciendo el mostacho,
que para hablar en gabacho
un hidalgo en Portugal
llega a viejo, y lo habla mal;
y aquí lo parla un muchacho.

Reflexión moral.

La calavera de un burro
miraba el doctor Pandolfo,
y enternecido exclamaba:
¡Válgame Dios, lo que somos!

JOSÉ CADALSO

ANACREÓNTICA

¿Quién es aquel que baja
por aquella colina,
la botella en la mano,
en el rostro la risa,

de pámpanos y yedra
la cabeza ceñida,
cercado de zagales,
rodeado de ninfas,
que al son de los panderos
dan voces de alegría,
celebran sus hazañas,
aplauden su venida? —
Sin duda será Baco,
el padre de las viñas. —
Pues no, que es el poeta
autor de esta letrilla.

UN CURRUTACO EN 1770

(Octavas)

En azul zapatilla su pie embebe,
de nevado listón ribeteado;
media calada y de color de nieve
cubre su pierna, a quien bordó el cuadrado
torcida hebilla, si brillante y breve,
su pie le ajusta con sutil agrado;
de oprimido el zapato se le queja,
por eso le trae preso de la oreja.

Negro calzón de rico terciopelo,
ancho de hechura, su garbillo afina,
y según de la moda el fiel modelo,
el botón del pernil a la pretina;
esto con especial fino desvelo
es de plata, de hechura la más fina;
la charretela igual, y me desvela,
si aquésta es moda, verla en charretela.

Con más dijes que un niño, y campanillas,
cuelga el reloj del traje primoroso;
primores todos son, que a maravillas
las ha elevado artífice ingenioso;

divisas de su hechura son sencillas
cuantas cuelgan de enlace artificioso;
pero tal vez reloj con dijes hartos,
horas suele tener, pero no cuartos.
Corbatín ajustado el cuello oprime,
o corbata de Holán, cuya lazada,
si ya no es que a la nuez ella lastime,
la sangre tira al rostro, arrebatada;
el arcaduz vital opreso gime,
de mirar su canal tan sofocada;
las venas saltan; moda no es muy buena,
de tal locura demostrar la vena.
¿De empolvadas sortijas erizada,
adorna aqueste Adonis su cabeza;
pelo propio es en fin, y acrisolada
moda especial de la mejor majeza;
mas siendo en lo exterior toda nevada,
y en lo interior un fuego en la fineza,
déjame que la llame Mongibelo,
porque aquesta expresión la viene a pelo.

2.-EL TEATRO EN EL SIGLO XVIII

SAINETES

[*Las obras teatrales cortas, de carácter cómico, tienen una gloriosa tradición dentro de la literatura castellana, no sólo por el gracejo de las obras, sino también por el admirable idioma, popular generalmente, en que se hallan escritas.*

Dicha tradición arranca de los Pasos *de* Lope de Rueda, *autor del siglo XVI, quien probablemente se inspira en producciones análogas y perdidas de la Edad Media; luego vienen los* Entremeses *de los siglos XVI y XVII, y por fin, los* Sainetes *del siglo XVIII, cuya descendencia aun perdura con brillo.*]

RAMÓN DE LA CRUZ

(1731-1794)

Es el más notable autor de Sainetes de su época. Nació en Madrid, fué oficial de Contaduría, y residió toda su vida en la ciudad cuyos aspectos populares y burgueses fijó para siempre en obritas insuperables.

No halló su camino Ramón de la Cruz desde los comienzos; sino que empezó escribiendo imitaciones y traducciones de tragedias y comedias italianas y francesas, adaptando y arreglando comedias españolas de los siglos XVII y XVIII, y escribiendo zarzuelas.

Más tarde, en su segunda época, halló el filón de los Sainetes, *y con ellos logró llenar el teatro, no sin envidia de los autores de piezas serias. Entre los numerosos* Sainetes *de Ramón de la Cruz, merecen especial mención* El Prado por la noche; Manolo; El Rastro por la mañana; El Muñuelo; Las Castañeras Picadas; El Calderero y Vecindad, *y muchos otros.*

EL CALDERERO Y VECINDAD

SAINETE

Ponchito, *aprendiz.*	Una vizcaína.
El tío Pericón, *patrón.*	Una vidriera.
Un boticario.	Abogado.
Un barbero.	Alcalde.
Un mesonero.	Guarda.
Un alguacil.	Caldereros.
Juana, *mujer de Pericón.*	Vecinos.
Blasa, *mujer del guarda.*	Vecinas.

Descúbrese obrador de calderero; en la fachada habrá una fragua, y a los lados, algunos lienzos, pintados en ellos peroles, sartenes y cazos; más afuera, en medio, un banquillo con manteles, pan y una cazuela. Están alrededor como almorzando en pie el TÍO PERICÓN *y otros caldereros: al lado habrá un pozo con carrillo, y en él, una soga; al otro lado* JUANA, *sentada, cosiendo alguna ropa: en los demás huecos del tablado, unos bancos con bigornias, martillos, sartenes y otras cosas para trabajar todos.*

PER.— Muchachos, si hay buenas ganas,
no hay más que ánimo, y mascar.
CAL. 1.ª—No faltan, señor maestro.
PER.— Ea, cobardes, avanzar;
que en acabándose eso,
la maestra os dará más.
JUANA.—¡Hartarlos y que revienten
de pura brutalidad!
PER.— ¡Rabia! Chicos, a comer.
JUANA.—¡Si te ahogaras con el pan
que ahora te estás comiendo!
PER.— ¿Qué dices?
JUANA.— Nada: callar.

PER.— Pues mira: cuatro mujeres
contigo he tenido ya;
tú has hecho empeño en matarme
y yo con la voluntad
de Dios, a ti y a otras cuatro
tengo ánimo de enterrar.
JUANA.—En casándose una moza
con un viejo, es incapaz
hasta que el uno se muera,
que entre los dos haya paz.
PER.— ¿Cómo viejo? ¡Picarona,
cuando te puedo llevar
como unos sesenta años,
que mirado a claridad,
es todo una friolera!
Si me vuelves a llamar
viejo, mira, o yo te mato,
o me voy a divorciar,
¡lo que tarda el aprendiz
que nos fué el vino a buscar!
VOCES.—(*Dentro.*) Cogerle, tirarle; a él.
PON.— (*Dentro.*) Arrimaos, que allá van
aquesos cuatro abridores,
aunque están por madurar.
POS.— (*Dentro.*) ¡Ay mi oído!
BAR.— (*Dentro.*) ¡Ay mis narices!
BOT.— (*Dentro.*) ¡Ay mi ojo!
PER.— ¿Qué serán
estas voces y chillidos
que nuestros vecinos dan?

(*Sale* PONCHITO *en cuerpo, corriendo, muy tiznada la cara y despechugado, y trae en la faltriquera y manos piedras para tirar.*)

PON.— ¡Qué función! Estos mendrugos
quiero acabar de tirar,
por si es que me sigue alguno.
PER.— ¿Qué haces, muchacho?

PON.— Espantar
unos cuantos abejones
que me siguen: ¡allá va!
dos o tres han dado ya,
y a los jarros y a los platos
se los llevó Barrabás.
(*Tira las piedras.*)

VID.— (*Dentro*) ¡Ay, mi vidriado!
Adiós! A la vidriera

PON.— ¡Qué risa!
¡Yo tengo pulso fatal!
Solamente atino bien
a donde puedo hacer mal.

PER.— ¿Y el jarro?

PON.— Se me ha rompido,
sin poderlo remediar.
¡Si viera usted qué batalla
que me acaba de pasar!

JUANA.—Habrá hecho alguna diablura
de las que él suele inventar.

PON. — ¿Qué diablura? Tres milagros
acabo de ejecutar.

PER.— ¿Tu milagros?

PON. — Oiga usted,
y menos se admirará.
Como están contra nosotros
los vecinos a rabiar
por el ruido que metemos,
apenas salí de echar
el vino, todos me embisten
para quererme zurrar.

JUANA.—¿Y tú qué hiciste?

PON.— Cogí
unos zoquetes de pan
al ojo que tiene tuerto
el boticario, y del ras
que tiré luego fué a dar
de cantera, y el primero

se le rasgué, y ve por él
lo que no ha visto jamás:
este es el primer milagro.

PER.— ¿Pero, hombre, le hiciste mal?

PON.— ¡No le haría mucho bien!
¡Si le viera usted chorrear
por el ojo clara y yema
y de alegría llorar!

JUANA.—¡Qué diablura!

PON.— Escuche usted.
El posadero que está
sordo, a la segunda piedra
también le llegué a atinar
en el oído, que oyó
el ruido del pedernal.
El barberillo que tiene
la nariz torcida, a dar
me fué un sartenazo, y yo
tuve un tino tan fatal,
que a la tercera pedrada
se la dejé diagonal.
¡Vea usté si son tres milagros,
puesto que el tuerto ve ya,
el sordo oye, y puse al otro
la nariz como ha de estar!

JUANA.—¿Y qué harás si se querellan?

PON.— Esconderme o escapar;
ellos a darme venían:
la defensa es natural.

PER.— No te dé pena de nada,
que todo se compondrá:
quien quiera casa sin ruido
a un desierto: ea, a empezar
el trabajo alegremente.

CALS.— Allá va, allá va, allá va.

(*Salen el* BOTICARIO, *de bata, un parche en un ojo, sostenido de una venda, y una mano grande de mortero en la mano. El* POSADERO, *de payo, con una*

sartén. Y el BARBERO, *ensangrentadas las narices, de chupa larga antigua, gorro tieso y una escopeta en la mano.*)

LOS TRES. Aquí están.

JUANA.— Ténganse digo.
¿Qué modo es éste de entrar?

POS.— A matar a su aprendiz,
que es un pícaro truhán.

BAR.— Yo me pierdo...

BOT.— Yo le aplasto...

POS.— Yo con él he de acabar.

PER.— Y, vaya, en sustancia, ¿qué ha hecho
para tal formalidad?

BAR.— Media nariz me ha quitado.

PON.— Y lo debes apreciar,
porque ahora tienes de menos
lo que antes tenías de más.

POS.— A mí, un oído; y están
a curarse mil mujeres
que acaba de maltratar.

PON.— ¡Si en toda mi vida he visto
mejor modo de atinar!

BOT.— Con la mano del mortero
los sesos le he de aplastar.

BAR.— ¡Si no le diera un balazo,
reventara de pesar!

PON.— ¡Qué tres! Parece el barbero,
con el gorro puesto, a Anás,
y el Boticario, a Herodes,
y el Posadero, a Caifás.

LOS TRES. Muera, amigos.

JUANA.— ¡Poco a poco
el que se atreva a tocar
el muchacho, ¡bien cardado
de entre mis manos irá!

BOT.— Tales oficios debieran
estar en el arrabal.

PER.— Y el tuyo, donde ninguno
le llegase a columbrar.
BOT.— Las boticas son precisas.
PER.— Los caldereros son más:
Nosotros hacemos cosas
para comer y guisar,
y vosotros gatuperios,
para morir y enfermar.
Y así, fuera de aquí todos;
y el que no quiera marchar
agarrarle, y en la fragua
una calda llevará.
CALS.— A la fragua.
BAR.— ¡Guarda, Pablo!
Caballeros, a escapar,
que éstos en decir y hacer
suelen muy poco tardar. (*Vanse*).
JUANA.—Ponchito, escóndete presto,
que he llegado a divisar
la Vidriera, un Alguacil
y otras vecinas.
PON.— Andar.
¡Sin duda que hoy para mí
es el juicio universal!
PER.— Métete tras de la fragua.
PON.— Señor maestro, negar;
que si el Alguacil me agarra,
voy por presidente a Orán.
(*Métese tras de la fragua, y salen tropas de vecinos con palos, y el* ALGUACIL, *con golilla*).
TODOS.—¡Muera ese vil que ha apedreado
a toda la vecindad.
PER.— Ha hecho bien.
ALG.— No hay que dar voces,
que está aquí mi autoridad.
VID.— Que me pague mi vidriado
o vaya a la cárcel.
JUANA.— ¡Ya!

¡Que si quieres! ¿Cárcel? Mira:
Si me llego a encaramar
sobre tu cuerpo, en dos meses
no he de cesar de bailar.

VID.— ¡Fantástica, baladrona,
si te agarro del collar,
mas lengua que tienes cuerpo
te tengo de hacer sacar!

JUANA.—¿Acuti mí?

VID.— Acuti tú,
por él usted sacará
la cara.

PON.— ¡Y acuti yo,
Si me llegan a atisbar!

PER.— Friolera es todo.

VEC.— ¡Y a todos
nos ha dado que rascar!

ALG.— ¿Pero este maldito hombre,
cómo pudo tantos dar?

PON.— Como estaban en montón,
era fácil atinar.

ALG.— ¿Y cúal de éstos es?

JUANA.— Ninguno.
Se ha ido a su casa a mudar.

ALG.— ¿Dónde es su casa?

JUANA.— En Argel
¿Se verá tal preguntar?

PON.— ¡A que lleva este ministro
una calda garrafal!

VID.— Esto es una desvergüenza;
vámonos a querellar,
y tú, de cualquiera forma,
los daños me has de pagar.

PER.— ¡Deja!

ALG.— No hay deja ni agarra,
que así se ejecutará. (*Vase*).

PON.— ¿Se han ido?

JUANA.— Sí.

PON.— ¡Qué endiablados
contra nosotros están!
PER.— ¡Que revienten! Alegría,
que aquí nada se nos da.
(*Trabajan, y salen a las ventanas las vecinas y la* VISCAÍNA).
VIZ.— ¿Oyes, remienda peroles?
Hombres tiznados, callar,
que te habla la Viscaína
de este cuarto principal.
JUANA.—Vaya, doña Viscaína,
qué nos tiene que mandar?
VIC.— ¡Toma si mandaré! Quiero
que si ollas has de adobar
no des golpes recios, no,
que me haces asustar
a mi niño, y puede darle
alguna gota coral;
demás de eso, llora, llora,
cuando en la bigornia das,
y se endiabla mi marido
y a mí me quiere pegar.
PER.— Ahórquese.
VIZ.— Deja que venga
de oficinas en que está,
que él te dirá si a hombres tiesos
de este modo has de tratar.
PON.— Anda, Viscaína burra.
VIZ.— ¿Burra a mí? ¡Te acordarás!
Pelones de San Fernando,
os tengo de hacer llevar.
JUANA.—¡Mira, como suba arriba,
por el balcón te he de echar!
VIZ.— Y yo si torno allá bajo,
la lengua te he de arrancar,
¿Cuándo merecías tú
con vizcaínas tratar?
JUANA.—Anda, desgalichadora.

VIZ.— Anda, ordinaria, que estás
sin tener, como yo tengo,
mantilla de tafetán..
JUANA.—Anda, puerca.
VIZ.— Anda, feota,
mujer de poca... y demás;
en fin, gente que sin güelos
a la plaza va a comprar.
¡Por vida de Elena Sancha,
que tú me las pagarás!
¡Para ésta! ¡Para ésta! (*Vase.*)
JUANA.—Yo he de subir.
PER.— ¿Dónde vas?
Ruido, ruido; y los vecinos
que se vayan a espulgar.
(*Golpean, y sale a otro palco del otro lado la* BLASA *muy petimetra.*)
BLASA.—Oye, no sea mal hablado;
mire que no faltará
quien le rompa las costillas
y le haga breve mudar.
PER.— ¿Y qué le importa a la guarda?
BLASA.—Hacerle mejor hablar;
que sois una gente inculta
que está por perfeccionar.
PON.— ¿Quiere usted pulirme a mí?
Subiré al instante allá.
BLASA.—Mira, ¡si agarro una silla,
te tengo de desnucar!
PON.— También eso, bien mirado,
es una inhumanidad;
máteme usté entre sus brazos,
y será más caridad. (*Cariñoso.*)
BLASA.—¡Gente de poca crianza,
que no debieran hablar
con quien sólo chocolate
tomamos para almorzar!
TODOS.—¡La usía del chocolate!

PER.— Déjala vociferar;
que con taránganas fritas
se suele desayunar.
BLASA.—¡Canallas! ¡Lenguas mordaces!...
Pero allí viene mi Juan;
¡por vida de doña Blasa,
que me la habéis de pagar!
PER.— Machaquemos, que estas cosas
unas vienen y otras van,
que a mí de guardas y usías
poquísimo se me da.
(*Trabajan, y entra el* GUARDA *por el patio a caballo muy crudo, terciada la capa, y debajo del capotillo la charpa.*)
BLASA.—Don Juan mío, llega aprisa,
que aquí enfadándome están.
GUAR.— Blasa, ¿qué es esto que tienes?
¿Qué te han hecho, y a qué das
tales voces? ¿Dí?
BLASA.— Esos perros
tiznados de Satanás,
me han llenado de insolencias.
JUANA.—Ella las salió a buscar.
GUAR.— ¿Hay más que a pistoletazos
empezar a despachar (*Se descubre.*)
caldereros al infierno?
JUANA.—¡Fijo!
GUAR.— Ni menos ni más
que lo digo.
JUANA.— ¿Oyes muchacho?
Ve a la parroquia a avisar
que vengan por la persona
que va el señor a matar.
BLASA.—Tirales. (*Vase.*)
PER.— Hombre, no tires
hacia mí.
PON.— ¡Qué ha de tirar!
Cargadas trae las pistolas

con lentejas, arroz, sal,
cominos y alcaravea.

GUAR.— Mira, mono ruin, peal,
punto de solfa y tapón
de escalfador de afeitar,
deja que deje el caballo,
que te voy a castigar. (*Vase.*)

JUANA.—¡Vaya! ¡Vaya! Conjurada
se ha puesto la vecindad
contra nosotros.

PER.— Y yo,
para darles más pesar,
digo que todo sea broma,
ruido, golpes y cantar.

(*Sale el* ABOGADO *dando voces, y ellos golpeando sin hacer caso.*)

ABOG.— Hombres brutos, ¿tenéis alma?
¿Dónde estamos? ¿Quién podrá
tolerar este bullaje
tan malo y perjudicial?
¡Ni pájaros en el barrio
con el ruido han de quedar!
¡Jesús! ¡Jesús! La cabeza
tengo rota de escuchar
estrépito semejante:
¡hombres o diablos, callad!

JUAN.— Pero, ¿no oyes lo que dicen,
(*Recio.*)
que el señor hablando está?

PER.— Señor don Judas, amigo, (*Se levanta.*)
¿qué trae usted por acá?

ABOG.— Daros cuatrocientas quejas
en confianza y amistad.

PER.— ¿Usted bueno?

ABOG.— Y usted malo:
no sé por dónde empezar
a dar quejas.

PER.— ¿Pues y ahora

hay mucho que trabajar?
¿Corren, corren los embrollos
con alguna utilidad?

ABOG.— ¿Con que usted en inquietarnos
no se pretende enmendar?

PER.— (*Le ofrece rapé.*) Vaya un polvo, y deje usted
esas cosas; ¿no es verdad
que es buen tabaco?

ABOG.— No es malo:
ya veis que la vecindad
unánimes y conformes
se han marchado a querellar
a un juez, y pueden prenderle
con mucha facilidad.

PER.— ¿Fué usté a los toros el jueves?
¡Qué corrida! ¡Qué torear!
¡No he visto mejor función,
ni más toreros rodar
desde que hay en Madrid toros!

ABOG.— ¿Pues no reparas que estás
hablando con un sujeto
de letras y muy formal?

PER.— ¿Y qué quiere decir eso?

ABOG.— ¿Qué? Volverte a insinuar
que te pierden los vecinos
sin duda, si a moderar
no llegas el ruido.

PER.— ¿A mí?
¡Frioleras! Mucho ladrar
y poquísimo morder.
¿Qué ruido hago además
que pueda daros motivo
para tanto alborotar?

ABOG.— ¡Nada! ¡Capaz es de ahorcarnos
si se llega a acriminar!
Aquí hay treinta escalabrados.

PON.— Y puede que haya uno más,

si usted alarga el sermón
y ligero no se va.

ABOG.— La hacienda de la Vidriera
rota.

JUANA.— Fué casualidad.

ABOG.— Aquí de día y de noche
nadie puede sosegar
con tanto estrépito; a mí
no me dejas estudiar;
a los enfermos inquietas;
los niños haces llorar,
todo es voces, todo riñas,
y todo el día cantar.
¿Hombres, hombres, dónde vamos
con tal perjuicio a parar?
Aquesto no se tolerara
en Ginebra ni en Tetuán.

PER.— Y ¿qué importa todo eso?
De este modo gano el pan,
y antes que su conveniencia
ha de ser mi utilidad.

ABOG.— Antes son muchos que uno,
y no me hagas sofocar:
no quieras pleitos conmigo,
pues te vengo a hablar de paz:
no hay ley que no te haga reo;
por nuestra incomodidad
pueden echarte a un presidio;
te pueden dar un pesar;
yo medio, modera el ruido
y todo se acabará.

PER.— ¡Qué leyes ni qué embelecos!
desde nuestro padre Adán
hubo y habrá caldereros,
y mejor puede pasar
el mundo sin abogados,
que no sin mi facultad.

ABOG.— Eso es quererse perder.

PER.— ¡Y a usted qué se le dará?
Sarna con gusto no pica,
suele decir el refrán.
ABOG.— Pues te mudarás de barrio.
PER.— Pues no me quiero mudar,
si no se cae o se quema
la casa.
ABOG.— Vaya formal
y sin chanza. ¿Qué resuelves?
PER.— Machacar y machacar,
y cuando más rabien todos,
entonces más apretar.
ABOG.— Pues presidio; pues presidio,
ya que testarudo estás.
PER.— Pues ruido, y más ruido.
Esta casa he de comprar
y cláusula he de poner
que sólo se ha de alquilar
a caldereros que nunca
les falte que martillar.
ABOG.— ¡Ah, vinagre! ¿eso respondes
a toda la autoridad
de mi circunspección? Calla,
que presto te pesará. (*Vase.*)
PER.— Que si quiere; ea, chicos,
esos puños apretar,
y al que pegare más fuerte
le he de aumentar el jornal.

(*Sale el* GUARDA *en cuerpo, muy sofocado*).

GUAR.— ¿A dónde está ese insolente?
PER.— Hombre, no hay que alborotar,
váyase usté con los diantres,
y no venga a provocar.
GUAR.— Antes he de hacer...
PON.— Fachenda
baladronazo, ¿qué harás?
Vaya, ¿qué harás?

GUAR.— Arrojarte (*Échale en el pozo.*)
donde no vuelvas jamás.
JUANA.—¡Ay, que le he echado en el pozo!
PER.— ¡Jesús, qué hora tan fatal!
Agarrar a ese mal hombre;
matadle.
GUAR.— El que intente dar
un paso más, ¡voto a bríos!
le tengo de voltear,
que a pícaros mal hablados
este castigo se da. (*Vase.*)
JUANA.—¡Vecinos, que ha sucedido
aquí una fatalidad!
JUANA y PERICÓN. ¡Vecinos!
(*Salen el* ALCALDE, ABOGADO, VIDRIERA, POSADERO, BARBERO, BOTICARIO *y vecinos*).
ALC.— ¿Qué bulla es ésta?
PER.— Que un guarda acaba de echar
a mi aprendiz en el pozo.
POS.— Señor, que es gente fatal
el aprendiz, el maestro
y la maestra.
ALC.— Bien está.
Sacar al que está en el pozo,
que todo se compondrá.
PON.— ¡Que me ahogo! ¡que me ahogo!
CALDS.—Ya sale, ya sale, ya; (*Lo sacan.*)
salga a fuera en hora buena.
PON.— Sacadme por caridad,
que salgo muy estropeado.
PER.— ¡Lástima el verle me da!
¿Te has resfriado, pobrecito?
PON.— ¿Qué me tengo de resfriar?
¡También me ha sentado el baño
que no dejo de sudar!
¡Más agua saco en las tripas
que corre por el canal!
BAR.— Más merece.

BOT.— Bien empleado.
ABOG.— Hágalos usted mudar,
señor alcalde, del barrio;
aquí no debe quedar,
que antes que su conveniencia
es una publicidad.
VEC.— Que se muden, que se muden.
PER.— No se tienen que cansar;
si no me cortan las manos,
siempre golpeando he de estar.
ALG.— (*Sale.*) De parte del señor juez
a usted le vengo a citar,
al aprendiz y al maestro.
PON.— Bien me podéis disculpar,
porque estoy muy resfriado,
y peligro en ir allá.
ALG.— Vamos a casa del juez.
ABOG.— Y con esto acabará.
logrando perdón y aplauso,
CALDERERO Y VECINDAD.

3.-FABULISTAS DEL SIGLO XVIII

FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO

(FÁBULA)

A dos Amigos se apareció un Oso:
el uno, muy medroso,
en las ramas de un árbol se asegura:
el otro, abandonado a la ventura,
se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
mas como este animal, según se cuenta,
de cadáveres nunca se alimenta,
sin ofenderlo lo registra y toca,
huélele las narices y la boca;
no le siente el aliento,
ni el menor movimiento:
y así, se fué, diciendo sin recelo:
"Este tan muerto está como mi abuelo".
Entonces el cobarde,
de su grande amistad haciendo alarde,
del árbol se desprende muy ligero,
corre, llega y abraza al compañero,
pondera la fortuna
de haberle hallado sin lesión alguna,

y al fin le dice: "Sepas que he notado
que el Oso te decía algún recado.
¿Qué pudo ser? — Diréte lo que ha sido;
estas dos palabritas al oído:

Aparta tu amistad de la persona
que si te ve en el riesgo, te abandona".

TOMÁS DE IRIARTE

EL PATO Y LA SERPIENTE

(FÁBULA)

A orillas de un estanque
diciendo estaba un Pato:
"¿A qué animal dió el cielo
los dones que me ha dado?
Soy de agua, tierra y aire:
cuando de andar me canso,
si se me antoja, vuelo;
si se me antoja, nado".
Una serpiente astuta,
que le estaba escuchando,
le llamó con un silbo,
y le dijo: "Seor guapo,
No hay que echar tantas plantas;
pues ni anda como el gamo,
ni vuela como el sacre,
ni nada como el barbo;
Y así, tenga sabido
que lo importante y raro
no es entender de todo,
sino ser diestro en algo".

4.-AUTOBIOGRAFÍAS Y MEMORIAS

DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL

(1693-1770)

La vida de este inquieto y por más de un concepto interesante personaje, es toda una novela picaresca, que él mismo se encargó de referir en el curioso libro titulado Vida, ascendencia, nacimiento, crianzas y aventuras del doctor Diego de Torres (1743-1758), *dividido en seis Trozos comprensivos de diez años cada uno, redactado en una prosa inspirada en la de Quevedo, y lleno de datos interesantes, con todo lo cual viene a ser una de las obras más representativas del siglo XVIII español.*

Nació Torres y Villarroel en Salamanca. Durante su niñez y adolescencia demostró una constante inquietud, alternando el estudio de las Humanidades con el baile, la pelota, la esgrima, la poesía, y el toreo. A los veinte años huyó de su casa y pasó a Portugal, donde primero vivió con un ermitaño y luego pasó a Coímbra, donde se presentó como químico y bailarín; se hace luego soldado, y, con unos toreros, vuelve a su casa. Allí se dedica nuevamente al estudio, se ordena de subdiácono, y luego se dirige a Madrid, donde para sustentarse comienza trabajando de bordador. Sin desanimarse, estudia entonces medicina, profesión que luego abandona. En 1726, *después de pintorescas oposiciones descritas por él en su* Vida, *obtiene la Cátedra de Matemáticas en la Universidad de Salamanca, con aplauso de los estudiantes. En* 1745 *se ordena de sacerdote, y en* 1751 *se retira a descansar, después de haberle acordado la jubilación el Consejo de Castilla.*

ENFERMEDAD Y CURACIÓN DE DIEGO TORRES VILLARROEL

(De la "Vida" del mismo)

[*Dwide* Torres Villarroel, *la interesante obra en que refiere las memorias de su vida, en "Trozos", como los llama, cada uno de los cuales abarca diez años de aquélla. El pasaje que va a leerse, pertenece al Trozo Quinto.*]

Manteníame a esta sazón con mis dejamientos, tristeza y algunos dolores capitales, los que sufría como todos los doloridos, unos ratos con paciencia, otros regañando y otros con una modorra ceñuda e implacable. Hacía mil propósitos de aburrir la medicina y los médicos, y otras tantas me entregaba a sus incertidumbres, antojos y presunciones, con una ansia inocente y una credulidad tan firme, que nunca la esperé de mis desengaños y mi aborrecimiento. Finalmente, como hombre sin elección, atolondrado de melancolías e ignorancias, me eché a lo peor, que fué a los doctores, los que hubieran concluído con todos mis males y mi vida, a no haberse echado encima de la furia de sus récipes y sus desaciertos la piedad de Dios, que quiso — no sé para qué — guardarme y detenerme en este mundo. La mayor parte de este trozo de mi vida se la llevó esta dilatada enfermedad, por lo que será preciso detenerme en su relación.

Encaramaron mis males los médicos a la clase de exquisitos, rebeldes, difíciles y de los más sordos a los llamamientos de la medicina; y sin saber el nombre, el apellido, la casta ni el genio de las dolencias, las curaban y perseguían, a costa de mi pellejo, con todos los disparates y frioleras que se venden en las boticas. De cada vez que me visitaban discurrían un nuevo nombre con que bautizaban mi mal y su ignorancia; pero lo cierto es que nunca le vieron el rostro, ni conocieron su malicia ni su descendencia. Muchas veces la oí llamar hipocondría, otras coágulo en la sangre, bubas, ic-

tericia, pasión de alma, melancolía morbo, obstrucciones, brujas, hechizos, amores y demonios; y yo — ¡tan salvaje crédulo! — aguanté todas las perrerías que se hacen con los ictéricos, los hipocondríacos, los coagulados, los obstruídos y los endemoniados; porque igualmente me conjuraban y rebutían de brebajes, y con tanta frecuencia andaba sobre mí el hisopo y los exorcismos, como los jeringazos y las emplastaduras.

No tiene remedio; me parece que es preciso informar, al que haya llegado aquí con los ojos, de los pasos y estaciones de mi dolencia, los que referiré con verdad y sencillez; y las planas que escriba, creo que serán las útiles de este cuaderno, porque de ellas constará la razón que tenemos para burlarnos de la medicina, y se demostrará el poco juicio con que nos fiamos de sus promesas, disposiciones y esperanzas, las que sólo se deben poner en Dios, en la naturaleza y en el aborrecimiento a los apetitos de la gula. Mi cabeza servirá de escarmiento también a los que se quieran curar de males no conocidos, a los que se curan de prevención, de antojo, de credulidad a los aforismos, y a las golosinas y embustes de los boticarios; y humíllense también los que viven de las recetas, y no quieran atribuir a las ignorancias, vanidades y astucias de su oficio lo que sólo se debe a Dios, a la sabiduría de la naturaleza y a las moderaciones de la templanza.

Día 14 de abril del año de 1744 confesé general y particularmente los vicios, ocasiones próximas y actuales pecados de mis humores a los catedráticos de Salamanca. Fué el confesonario una de las aulas de Leyes del patio de la Universidad, y allí les desbroché mis delitos, y sujeté a su absolución todas mis venialidades, reincidencias y pecados gordos. Hice puntual acusación de mi vida pasada y mi estado presente, en su idioma médico, para que me entendieran; y quedé satisfecho de la diligencia que envidiaba mi alma, y apetecía, para las confesiones de sus enfermedades, el examen, la claridad y la expresión con que

había declarado las del cuerpo. Después de historiado mi mal — que sólo fué, como dejo dicho, un dolor de cabeza — con la relación de sus causas, señales y pronósticos, concluí mi confesión, diciéndoles estas u otras parecidas palabras: "Yo bien sé, señores, que la medicina tiene aplicadas definiciones, divisiones, causas, pronósticos y medicamentos para todos los achaques; pero también sé de sus incertidumbres y equivocaciones. Yo estoy más cerca de mí que Vmds., e ignoro el actor de mis inquietudes y dolencias; ni sé el paradero de su malicia, ni acierto a percibir si está en el estómago, hipocondrio o mesenterio, ni si esta pasión está esencialmente en la parte dolorida, o padece, como Vmds. dicen, por consentimiento. Vdms., como más sabios, lo sospecharán mejor: lo que yo puedo sólo asegurar es que, si este dolor se detiene algunos días más en mi cabeza, ha de parar en una apoplejía o en una de las especies de locura furiosa; y así, yo hago a Vmds. dejación absoluta de mi cuerpo, para que lo sajen si lo contemplan oportuno, y prometo ser tan obediente a las recetas y a las voces de Vmds., que ha de llegar el día en que los escandalice mi obediencia, mi silencio y mi resignación". Consoláronme mucho, y entre otras esperanzas me dieron la de haber curado muchos dolores de cabeza de la casta del que yo padecía. Añadieron que mi mal tenía más asiento en mi aprehensión que en mis humores, que me procurase divertir, que a ellos no les daba cuidado mi dolor; y esto se lo creí al punto, y aun se extendió mi malicia a consentir que quizá no les pesa de nuestros males y sus dilataciones, porque ellos son su patrimonio y su ganancia. Conformáronse, y quedaron, como regularmente se dice, de acuerdo en que mi enfermedad era una hipocondría incipiente, con una laxitud en las fibras estomacales, y que la cabeza padecía *per consensum*. Rociáronme de aforismos, me empaparon en ejemplares y esperanzas; y yo, hecho un bárbaro con su parola y el deseo de mi salud, admiré como evidencias sus pataratas y pon-

deraciones. Descuadernóse la junta, y ellos marcharon cada uno por su calle a ojeo de tercianas y a montería de cólicos, y yo a la cama, a ser mártir suyo y heredad de sus desconciertos; y al día siguiente empezaron a trabajar y hacer sus habilidades sobre mi triste corpanchón, con el método, porfía y rigor, que verá el que no se canse de leer o de oír.

Bajo de la aprehensión de ser hipocondríaco el afecto que yo padecía, dispusieron barrer primeramente los pecados gordos de mis humores con el escobón de algunos purgantes fuertes, para que como prólogos fuesen abriendo el camino a las medicinas antihipocondríacas y contraescorbúticas, que andan revueltas las unas con las otras. La primera purga fué la regular del ruibarbo, maná, cristal tártaro y el agua de achicorias, cuya composición se apellida entre los de la farándula el *agua angélica.*

Finalmente, yo tragué en veinte días, por su mandado, treinta y siete purgantes, unos en jigote, otros en albondiguillas, otros en carnero verde y en otros diferentes guisados, y el dolor cada vez se radicaba con mayor vehemencia. Dejáronme estas primeras preparaciones lánguido, pajizo y tan arruinado, que sólo me diferenciaba de los difuntos en que respiraba a empujones y hacía otros ademanes de vivo, pero tan perezosos, que era necesario atisbar con atención para conocer mis movimientos; si intentaba mover algún brazo o pierna, no bien les había hecho perder la cama, cuando al instante se volvía a derribar, como si fuera de goznes. Viéndome tan tendido y tan quebrantado, mudaron los médicos la idea de la curación; y a pocos días pegaron detrás de mí, y los materiales delincuentes que habían buscado en el estómago e hipocondrios, los inquirieron en la sangre, a cuyo fin me horadaron dos veces los tobillos; y estas dos puertas en el número de las antecedentes hacen las ciento y una sangrías que dejo declaradas. Parecióles corta la evacuación y me coronaron de sanguijuelas la ca-

beza y me pusieron otras seis por arracadas en las orejas y por remate un buen rodancho de cantáridas en la nuca. Yo quisiera que me hubieran visto mis enemigos; pues no dudo que se hubieran lastimado sus duros corazones al mirar la figura de mi espectáculo sangriento. El rostro estaba empapado en la sangre que habían escupido del cerebro las sanguijuelas que mordían de su redondez; la gorja, los hombros, los pechos, y muchos retazos de la camisa, disciplinados a chorreones con la que se desguazaba de las orejas. Cuál quedaría yo de débil, desfigurado y abatido, considérelo el lector, mientras yo le aseguro que ya no podía empujar los sollozos y que llegué a respirar cuasi las últimas agonías; yo me ví más hacia el bando de la eternidad que en el mundo. Yo perdí el juicio, que tuve que perder; que aunque era poco, yo me bandeaba con él entre las gentes. La memoria se arruinó en tal grado de perdición, que en más de dos meses de esta gran cura no pude referir el padrenuestro, ni otra de las oraciones de la iglesia, en latín ni en romance. En fin, todo lo perdí, menos el dolor de cabeza; antes iba tan en aumento, que pareció que las diligencias de la curación se dirigían más a mantenerlo que a quitarlo.

Estudiaban los médicos en los capítulos de sus libros, disculpas para sus disparates. Palpaban con sus ojos mi estado deplorable y sus errores. Conocían las burlas que, de sus recetas, sus aforismos y sus discursos, les hacía mi naturaleza y mi dolor, y, con todos estos desengaños, jamás los oí confesar su ignorancia. Avergozábanse a ratos de ver sus cabezas peores que la mía, y de que ya no encontraban apariencias, astucias ni gestos con que esconder su rubor y su incertidumbre. Hallaban cerrados todos los pasos de sus persuasiones y escapatorias con las evidencias y mentises con que los rechazaban mi figura y mi tolerancia; y, en fin, su mayor desconsuelo era no poder echar la culpa de mi postración a mis desórdenes ni a mis

rebeldías; pues fuí tan majadero en abrazar sus votos y sus emplastos, que consentí que me aplicasen los que con justa causa presumía que me serían inútiles y aun quizá dañosos. Mi debilidad y mi tormento continuaban, cada día con rigor más implacable, pero como ellos no habían acabado de decirle a mi cuerpo todo lo que habían estudiado en la Universidad, no quisieron dejarme descansar hasta concluir con todos sus aforismos y recetas, las que me iban embocando, ya en bebidas, ya en lavatorios, ya en emplastos, y en las demás diferencias de martirios con que acometen a los enfermos miserables. Las gentes del pueblo, unas de piadosas, otras de aficionadas, y las más, poseídas de la curiosidad de ver la lastimosa y exquisita duración de mi dolencia, me visitaban y consolaban; y todas me echaron encima sus remedios, sus gracias, sus reliquias y sus oraciones. Acudieron a verme otros cinco doctores que había en Salamanca, algunos cirujanos y unos pocos de exorcismeros; y, gracias a Dios, todos me trabajaron a pasto y labor, porque para todos había campo abierto en mi docilidad y resistencia. Lo que unos y otros leían o soñaban de noche, me lo echaban a cuestas por la mañana; y así siguió la cura hasta el día 20 de agosto que les cortó los aceros la apoplejía, que yo temía y había pronosticado en el primer informe y confesión, que hice a los primeros doctores de mis males. Quédome por ahora apoplético, y mientras le digo al lector los medios con que la piedad de Dios me restituyó al sentido y movimiento, referiré antes, con la verdad y sencillez que procuro, las demás medicinas, brebajes y sajas con que me ayudaron; pues aun le faltan que saber muchas más perrerías de las que ejecutaron conmigo.

En el discurso del tiempo que hay desde el día 15 de abril, que empezaron los médicos a rebutirme de

pócimas y a sajarme a sangrías, sanguijuelas y cantáridas, hasta el día 20 de agosto, que me pusieron en el accidente de la apoplejía, me iban encajando, entre los dichos venenos y lanzadas, los rejonazos siguientes. En el día 4 de mayo se hizo un extraordinario consejo de guerra contra mi atenazada humanidad, al que concurrieron seis médicos, dos cirujanos y un conjurador, que tenía voto en estas juntas, y por toda la comunidad salí condenado a diez ventosas todas las noches, las que se habían de plantar en mis lomos, costillas, muslos y piernas; así se ejecutó, durando su repetición hasta el día diez o doce de junio, que por cuenta matemática salen trescientas y doce ventosas a lo menos; porque desde el día cuatro de mayo, hasta el día doce de junio, van treinta y nueve días; conque multiplique el curioso ocho a lo menos por treinta y nueve, verá lo que le sale en el cociente. Es verdad que descansé algunas noches, pero por los días de descanso doy en data las ventosas que me echaban más de las ocho, pues muchas veces me espetaron diez y doce; y si me detuviera a contar con rigor aritmético, había de sacar a mi favor otro par de docenas, pero por la medida menor no le quitaré una de las trescientas y doce. Fuí jeringado ochenta y cuatro veces con los caldos de la cabeza de carnero, con girapliega, catalicón, sal, tabaco, agua del pozo y otras porquerías. Los restregones y fregaduras que aguanté, sin las que van siempre reatadas a las ventosas, serían, a buen ojo, ciento y cincuenta. Recibí los pediluvios de Jorge Baglivio siete veces; y, por fin, se ordenó otra junta entre los mismos comensales para condenarme a las unciones, y aunque los más de los votos fueron contra mí, yo me rebelé. Viendo mi resistencia los doctores, prorrumpieron contra mi excusa en estas malditas palabras: "Señor, ¿no hemos de hacer algo? Hasta ahora

nadie se ha curado sin medicinas. Sujétese Vd., pena de que perderá la vida y le llevará el diablo". ¡Quisiera no ser nacido cuando escuché tan terribles necedades y tan bárbara persecución! ¿No hemos de hacer algo? Pues qué, ¿es nada treinta y siete purgas, trescientas y doce ventosas, ochenta y cuatro ayunas, y haberme dejado el pellejo como un cribo, cubierto de los desgarrones y las roturas de las sangrías, sanguijuelas y cantáridas? Vive Dios, que todo el poder del infierno y toda la rabia de los diablos no pudiera haber hecho más crueldades con los que meten en sus abismos, ¡y me salen ahora con que no hemos de hacer algo! Confieso que me dejé irritar de la expresión hosca y desabrida, y que sólo el disimulo con que se deben recibir los desvaríos de los enfermos, pudo también salvar el mal modo de mis respuestas; ya les pedí perdón, ya me lo aplicaron, con que no tengo más que pedir.

Continuaron; y yo — ¡bárbaro de mí! — continué bebiendo sus recetas; y desde las unciones descendieron a la quina, con la especialidad de que en toda la duración de mis males jamás asomó la calentura, antes bien, procedían los pulsos tan remolones, que contaban por uno de los signos de mi muerte su pereza. Yo no sé con qué razón, con qué discurso ni con qué causa me aplicaron este específico; el que lo quiera saber, puede preguntárselo a ellos, que no tengo duda en que responderán, porque son doctos y han estudiado todo cuanto se enseña en la Universidad de Salamanca. Quedó burlada y sin mostrar su valor esta corteza; porque, a la verdad, su enemigo estaba cien leguas de mi cuerpo; acá me la tengo, y puede ser que sirva para espantar las fiebres futuras, o para no dejar venir las que se preparan con los días en nuestras ocasionadas humanidades. Desde la quinta pasaron a recetarme la triaca, la que tomé ocho días sin intervención, y sin haber percibido el más leve daño ni alivio de su

virtud tan decantada; y, en fin, porque había huído el sueño, enteramente enojado de los dolores y los medicamentos, le buscaron con el láudano flúido y macizo; y aunque dí, con mis gestos, señales de alguna resistencia a este narcótico, se me echaron encima, con la predicación y las amenazas de la conciencia, unos frailes entre curanderos y agonizantes, y a puros gritos me lo embocaron, y yo lo tragué, persuadido a que iba a despertar en la presencia de Dios. Ya me canso de escribir las diferencias y cantidades de remedios que me hicieron tomar; y por no producir más molestia a los lectores, les digo, resumidamente, que no dejaron hoja, resina, leño, simiente, ni los demás simples y mezclados, que están presumiendo del sánalo todo en las boticas, que no me diesen, ya en sorbos, ya en bocados y ya en unturas; pero todo perdió su virtud o no era del caso contra mis achaques; porque ni lo mucho ni lo poco dieron la más remota señal de los efectos que les juran las fanfarronadas de la medicina.

Aburridos enteramente los doctores, y confesando que ya no sabían ni encontraban, en el chilindrón de sus tres reinos animales, vegetales ni minerales, con que socorrerme, me entregaron cuasi difunto a los conjuradores, los que me recogieron en su jurisdicción algunos días. El primero que me asaltó con los conjuros fué un devoto capuchino, que cuidó de mi alma en los primeros enviones de la enfermedad; y a veces, en el estado sano del cuerpo, la levantaba de las profundidades, en que muy a menudo caía, con los socorros de sus avisos y sus absoluciones. Asistió a mi cabecera con caridad, lástima y tolerancia inalterables, todo el tiempo que me tuvo tendido en su estrechez la pesadumbre y la violencia de mis raros y desconocidos accidentes, siendo la dulce sencillez de sus palabras el único consuelo de mis aflicciones, el solo alivio de mis penas y el particular despertador de mis conformidades. Llámase este venerable varón fray León

de Guareña, natural de este pueblo en Extremadura, y hoy vive siendo vicario en el convento de los capuchinos de Cubas. Esforzaba su celo, su voz y su devota confianza, cuanto era posible, el caritativo padre; pero el dolor de cabeza parecía el diablo mudo, porque callaba y dolía, dándose por desentendido a las voces, las cruces y las rociaduras del hisopo. Entró después el Rmo. padre fray Adrián Menéndez, mi congraduado y hoy general de la religión de San Bernardo, e hízose también sordo el dolor a sus oraciones y conjuros; y — yo no sé si sería la eficacia de sus ruegos o el singular amor con que siempre he venerado a este reverendísimo — conocí entonces mayor alegría en sus palabras y más conocido consuelo en su presencia. Entraron, finalmente, a espantarme los diablos, las brujas, los hechizos, o lo que era — porque todos lo conjuraban y maldecían a salga lo que saliere —, otros clérigos, tonsurados y frailes recientes, llenos de fervores, y todos me santiguaron a su satisfacción; pero los diablos, las brujas o lo que fué, acá me lo han dejado, porque yo no lo he visto salir por parte alguna; es verdad que tampoco lo había visto entrar, pero como eran hombres doctos, tratantes en espíritus y revelaciones, los que me lo aseguraban, me fué preciso asentir de botones afuera, y dejarme crucificar por vía de sufragio y medicina.

Pasados veinte días, con poca diferencia, volvieron los médicos a ver el estado en que me tenían los conjuradores, y viendo que sus oficios tampoco sacaban una mella a mis males, pensaron en el mayor delirio que se pudo imaginar desde que hay locos en la tierra. Dieron orden a los asistentes que retirasen a fray León de mi cabecera, asegurando que su semblante, su virtud y su predicación producían y aumentaban mis agonías y mis amargas cavilaciones, afirmándose de nuevo en que no era otro mi mal que el de una honda y funesta melancolía. El pobre religioso, es cierto que tiene una figura estrujada, cetrina, grave y pavorosa, y un sem-

blante ceniciento, aterido y ofuscado con el pelambre mantecoso y desvaído de su barba; a cuyo aspecto añadían duplicados terrores las broncas obscuridades del sayal y la negra gruta de su capuz sombrío y caudaloso: teníalo regularmente empinado y escondidas las manos en los adustos boquerones de las mangas, de modo que parecía un macario penitente, que respiraba muertes y eternidades por todas sus ojeadas, coyunturas y movimientos; pero como yo estaba ya familiarizado con su rostro, su vestido y su conversación, me producía muchos consuelos aquel bulto, que sería a otros formidable, por lo cual, sumamente irritado contra la idea de esta nueva cura, me rebelé contra ella, como contra las unciones; revolviéndome a los médicos, les dije, que ya que me quitaban o no me podían detener la vida, que no me estorbasen los medios de mi salvación, los que tenía afianzados en la asistencia, doctrina y consuelos de aquel venerable hombre. Dejáronme en paz, y yo me quedé con mi padre León, al que no quise soltar de mi lado hasta después de tres meses convalecido.

Día de San Bernardo, a las cinco de la tarde, fuí agarrado de la apoplejía, la que me mantuvo en sus privaciones hasta las dos de la mañana del día siguiente. No puedo asegurar si fué a beneficio de cuatro cantáridas que me encajaron en las tablas de los muslos y en lo más gordo de las piernas, o a instancias de un vómito voluntario que se le antojó hacer a mi naturaleza, que es el primero que ha hecho en mi poder, o si fué milagro, como repetían a voces los asistentes. Yo volví a cobrar el sentido y movimiento, que me había embargado el accidente; y creo que, si no fué absolutamente milagro, fué por especial beneficio de la divina Providencia la restitución a mis sentimientos; porque yo me hallé, cuando abrí los ojos, con alguna luz en el juicio, menos oscuridad en la memoria, más usual para los movimientos, mejor despabilada la cabeza, y aunque el dolor se mantenía,

no guardaba la gravedad y ruido antecedente. Luego que me reparé, vi a una de mis hermanas a la cabecera, y la rogué encarecidamente que no permitiese que médico alguno volviese a pisar mi cuarto, y que sólo como a vecino piadoso del pueblo le podía conceder la entrada; y que no me dejase tomar medicina alguna, aunque yo la recetara, que quería morir sin tener que lidiar con las fatigas de los doctores y los remedios. Así me lo otorgó, y, desde este punto, empecé a sentir una indubitable mejoría.

Veintisiete días estuve mantenido solamente de los caldos, y al fin de dicho tiempo, salí de la cama como un esqueleto, tan descarnado, que sólo me faltaba la guadaña para parecer la muerte. Sostenido por los alones de una muleta, y de los brazos de mi padre León, empecé a formar algunos pinos por la corta capacidad de mi cuarto, y a pocos días, salí a pisar la calle acompañado del padre y de mi amigo don Josef Nájera, catedrático de cirugía en Salamanca, y hoy practicante mayor del nuevo colegio de Cádiz; que uno y otro me conducían a la campaña y a los paseos, procurando con imponderable caridad mis diversiones y mi alivio. Parecióme oportuno buscar el esparcimiento de la aldea; y luego que pude subir a caballo, marché nueve leguas de Salamanca a una villa que se dice Torrecilla de la Orden, en donde me detuve todo el mes de octubre hospedado en la casa del señor don Domingo Hernández Griñón, presbítero, de quien recibí cuantas clemencias y agasajos pudo imaginar mi deseo. Más recobrado, menos melancólico y con señales de buena convalecencia, volví a Salamanca a los primeros de noviembre, y con la observancia de una dieta rigurosa que me impuse me hallé al año restituído a mi salud, a mi genio, a mi juicio y a mi memoria. El dolor en la cabeza aun me dura; pero es más remiso y más tolerable, aunque en algunas temporadas me acomete con la furia antigua; de modo que, poco o mucho, raro

es el día en que no tenga que padecer y que dar a Dios en descuento de mis culpas.

Ya más robusto, y con disposición para sufrir los caminos y mesones de España, empecé a pagar a Dios los votos y los prometimientos con que procuré desde mi cama aplacar las suavidades de su justicia; y fué la primera visitar a su Madre Santísima de Guadalupe, adonde partí a pie desde mi casa el día 20 de junio de 1745, en cuyo devotísimo santuario estuve dichosamente detenido quince días, al fin de los cuales volví a Salamanca a cumplir otras deudas y obligaciones de mi oficio. Por el mes de noviembre de dicho año pasé a Madrid, donde fuí recibido de unos con admiración, de otros con agasajo, y de los más con susto; porque unos me miraban como aparecido, otros como muerto, y los que estaban mejor informados de las disposiciones de mi vida me acogieron con piedad y con buena intención, saludándome con muchas enhorabuenas y alegrías. Nació la variedad de estos efectos de los desesperados pronósticos que me habían echado encima los doctores; pues los unos firmaron mi muerte, cuyo despacho remitieron los crédulos ociosos a las estafetas, y los otros aseguraban que si sacaba la vida de las garras del accidente, sería arrastrando, y para representar el papel de loco entre las gentes del mundo; y todos mintieron — como me sucede a mi cuando pronostico —, porque aun soy viviente, y cuanto al juicio, me tengo el que me tenía, y aún más aliviado: porque el rigor del accidente debió de verter alguna flema en mi sangre, y ésta me ha puesto más remilgado de palabras, menos liberal de movimientos, algo más sucio de figura, y me parece que un poco zalamero y ponderado; que me pesa bastante, pero como se usan así los juiciosos, lo sufro con conformidad. En los cronicones de mis desafectos y enemigos son innumerables las veces que me escriben loco y mentecato, y en las historias de los noveleros y ociosos que viven atisbando mi vida, ésta es mi cuarta muerte, co-

mo lo dicen las exequias, que me hizo en unas coplas el año pasado un poeta macarrónico, tan hambriento, que no encontró para comer él con otra invención que la de matarme a mí: en mi falta de juicio pueden tener mucha razón, aunque poca caridad; pero en la historia de mis mortorios, juro por mi vida que mienten de cabo a rabo, y que el poeta es un poeta, y unos embusteros los demás bergantes que me han sacado en andas por ese mundo.

5.-LA PROSA DOCTRINAL EN EL SIGLO XVIII

BENITO JERÓNIMO FEIJÓO

DEFENSA DE LAS MUJERES

(*Damos los más notables párrafos de este* DISCURSO, *tomado del* TEATRO CRÍTICO UNIVERSAL.)

§ I

En grave empeño me pongo. No es ya sólo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender a todas las mujeres, viene a ser lo mismo que ofender a casi todos los hombres, pues raro hay que no se interese en la precedencia de su sexo con desestimación del otro. A tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres, que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones; pero donde más fuerza hace, es en la limitación de sus entendimientos. Por esta razón, después de defenderlas, con alguna brevedad, sobre otros capítulos, discurriré más largamente sobre su aptitud para todo género de ciencias y conocimientos sublimes.

§ VI

De prudencia política sobran ejemplos en mil princesas por extremo hábiles. Ninguna edad olvidará la primera mujer en quien desemboza la historia las oscuridades de fábula: *Semíramis*, digo, reina de los asirios, que, educada en su infancia por las palomas, se elevó después sobre las águilas, pues no sólo se supo hacer obedecer ciegamente de los súbditos, que le había dejado su esposo, mas hizo también súbditos todos los pueblos vecinos, y vecinos de su imperio, los más distantes, extendiendo sus conquistas, por una parte hasta la Etiopía, por otra hasta la India. Ni a *Artemisa*, reina de Caria, que no sólo mantuvo en su larga viudez la adoración de aquel reino, mas siendo asaltada de los rodios dentro de él, con dos singularísimas estratagemas, en dos lances, solos, destruyó las tropas que le habían invadido; y pasando velozmente de la defensiva a la ofensiva, conquistó y triunfó de la isla de Rodas. Ni a las dos *Aspasias*, a cuya admirable dirección fiaron enteramente, con feliz suceso, el gobierno de sus estados, Pericles, esposo de la una, y Ciro, hijo de Darío Noto, galán de la otra. Ni a la prudentísima *File*, hija de Antípatro, de quien, aun siendo niña, tomaba su padre consejo para el gobierno de Macedonia, y que después con sus buenas artes sacó de mil ahogos a su esposo, el precipitado y ligero Demetrio. Ni a la mañosa *Livia*, cuya sutil astucia parece fué superior a la penetración de Augusto, pues no le hubiera dado tanto dominio sobre su espíritu si la hubiera conocido. Ni a la sagaz *Agripina*, cuyas artes fueron fatales para ella y para el mundo, empleándose en promover a su hijo Nerón al solio. Ni a la sabia *Amalasunta*, en quien fué menos entender las lenguas de todas las naciones sujetas al imperio romano, que gobernar con tanto acierto el Estado, durante la minoridad de su hijo Atalarico.

Ni, dejando otras muchísimas y acercándonos a

nuestros tiempos, se olvidará jamás *Isabel de Inglaterra*, mujer en cuya formación concurrieron con igual influjo las tres gracias que las tres furias, y cuya soberana conducta sería siempre la admiración de la Europa, si sus vicios no fueran tan parciales de sus máximas, que se hicieron imprescindibles; y su imagen política se presentará siempre a la posteridad, coloreada, manchada diré mejor, con la sangre de la inocente María Estuarda, reina de Escocia. Ni *Catalina de Médicis*, reina de Francia, cuya sagacidad en la negociación de mantener en equilibrio los dos partidos encontrados de católicos y calvinistas, para precaver el precipicio de la corona, se pareció a la destreza de los volatines, que en alta y delicada cuerda, con el pronto artificioso manejo de los dos pesos opuestos, se aseguran del despeño y deleitan a los circunstantes ostentando el riesgo y evitando el daño. No fuera inferior a alguna de las referidas nuestra católica *Isabela* en la administración del gobierno, si hubiera sido reinante como fué reina. Con todo, no le faltaron ocasiones y acciones en que hizo resplandecer una prudencia consumada. Y aun Laurencio Beyerlink, en su elogio, dice que no se hizo cosa grande en su tiempo, en que ella no fuese la parte o el todo. Por lo menos el descubrimiento del Nuevo Mundo, que fué el suceso más glorioso de España, en muchos siglos, es cierto que no se hubiera conseguido, si la magnanimidad de Isabela no hubiese vencido los temores y perezas de Fernando.

¿En fin, lo que es más que todo parece ser, aunque no estoy muy seguro del cómputo, que entre las reinas que mandaron largo tiempo como absolutas, las más se hallan en las historias celebradas como gobernadoras excelentes. Pero las pobres mujeres son tan infelices, que siempre se alegarán contra tantos ejemplos ilustres, una Brunequilda, una Fredegunda, las dos Juanas de Nápoles y otras pocas; bien que a las dos primeras les sobró malicia, no les faltó sagacidad.

Ni es en el mundo tan universal, como se piensa, la persuasión de que en la cabeza de la mujer no asienta bien la corona; pues en Meroe, isla que forma el Nilo en la Etiopía, o península, como quieren los modernos, reinaron, según el testimonio de Plinio, mujeres por muchos siglos. El padre Cornelio A. Lapide, tratando de la reina Sabá, que fué una de ellas, piensa que su imperio se extendió mucho fuera del ámbito de Meroe, y comprendió acaso toda la Etiopía; fundado en que Cristo, nuestro bien, llamó a aquella señora *Reina del Austro,* título que suena un vasto dominio hacia aquella plaga. Si bien que, como se puede ver en Tomás Cornelio, no falta autor que asegura ser la isla o península de Meroe, mayor que la Gran Bretaña; y así, no era muy corto el estado de aquellas reinas, aunque no saliese del ámbito de Meroe. Aristóteles dice, que entre los lacedemonios tenían gran parte en el gobierno político las mujeres. Esto era conforme a las leyes que les dejó Licurgo.

También en Borneo, isla grande del mar de la India, reinan mujeres, según la relación de Mandelslo, que se halla en el segundo tomo de Oleario, sin gozar sus maridos otra prerrogativa que ser sus más calificados vasallos. En la isla *Fermosa,* situada en el mar meridional de la China, es tanta la satisfacción que tienen de la prudente conducta de las mujeres aquellos idólatras, que a ellas únicamente está fiado el ministerio sacerdotal, con todo lo que pertenece a materias de religión, y en lo político gozan un poder en parte superior al de los senadores, como intérpretes de la voluntad de sus deidades.

Sin embargo, la práctica común de las naciones es más conforme a la razón, como correspondiente al divino decreto notificado a nuestra primera madre en el paraíso, donde a ella, y a todas sus hijas en su nombre, se les intimó la sujeción a los hombres. Sólo se debe corregir la impaciencia con que muchas veces llevan los pueblos el gobierno mujeril, cuando, según

las leyes, se les debe obedecer; y aquella propasada estimación de nuestro sexo, que tal vez ha preferido para el régimen un niño incapaz a una mujer hecha.

§ IX

Llegamos ya al batidero mayor, que es la cuestión del entendimiento, en la cual yo confieso que si no me vale la razón, no tengo mucho recurso a la autoridad; porque los autores que tocan esta materia (salvo uno u otro muy raro), están tan a favor de la opinión del vulgo, que casi uniformes hablan del entendimiento de las mujeres con desprecio.

A la verdad bien pudiera responderse a la autoridad de los más de esos libros, con el apólogo que a otro propósito trae el siciliano Carducio en sus diálogos sobre la pintura. Yendo de camino un hombre y un león, se les ofreció disputar quiénes eran más valientes, si los hombres si los leones; cada uno daba la ventaja a su especie, hasta que llegando a una fuente de muy buena estructura, advirtió el hombre que en la coronación estaba figurado en mármol un hombre haciendo pedazos a un león. Vuelto entonces a su competidor en tono de vencedor, como quien había hallado contra él un argumento concluyente, le dijo: "Acabarás ya de desengañarte de que los hombres son más valientes que los leones, pues allí ves gemir oprimido y rendir la vida de un león debajo los brazos de un hombre. — Bello argumento me traes, respondió sonriéndose el león. Esta estatua otro hombre la hizo; y así, no es mucho que la formase como le estaba bien a su especie. Yo te prometo, que si un león la hubiera hecho, él hubiera vuelto la tortilla, y plantado el león sobre el hombre, haciendo gigote de él para su plato".

Al caso: hombres fueron los que escribieron esos libros, en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mujeres. Si las mujeres hubieran escrito nosotros quedaríamos debajo. Y no faltó alguna

que lo hizo, pues *Lucrecia Marinella,* docta veneciana, entre otras obras que compuso, una fué un libro con este título: *Excelencia de las mujeres, cotejada con los defectos y vicios de los hombres,* donde todo el asunto fué probar la preferencia de su sexo al nuestro. El sabio jesuíta Juan de Cartagena, dice que vió y leyó este libro con grande placer en Roma, y yo le vi también en la Biblioteca de Madrid. Lo cierto es, que ni ellas ni nosotros podemos en este pleito ser jueces, porque somos parte; y así, se había de fiar la sentencia a los ángeles que, como no tienen sexo, son indiferentes.

Y lo primero, aquellos que ponen tan abajo el entendimiento de las mujeres, que casi la dejan en puro instinto, son indignos de admitirse a la disputa. Tales son los que asientan que a lo más que puede subir la capacidad de una mujer, es a gobernar un gallinero. Tal aquel prelado citado por D. Francisco Manuel, en su *Carta y guía de casados,* que decía que la mujer que más sabe, sabe ordenar un arca de ropa blanca. Sean norabuena respetables por otros títulos los que profieren semejantes sentencias; no lo serán por estos dichos, pues la más benigna interpretación que admiten es la de recibirse como hipérboles chistosos. Es notoriedad de hecho que hubo mujeres que supieron gobernar y ordenar comunidades religiosas, y aun mujeres que supieron gobernar y ordenar repúblicas enteras.

Estos discursos contra las mujeres son de hombres superficiales. Ven que por lo común no saben sino aquellos oficios caseros a que están destinadas, y de aquí infieren (aun sin saber que lo infieren de aquí, pues no hacen sobre ello algún acto reflejo), que no son capaces de otra cosa. El más corto lógico sabe que de la carencia del acto a la carencia de la potencia no vale la ilación; y así de que las mujeres no sepan más, no se infiere que no tengan talento para más.

Nadie sabe más que aquella facultad que estudia,

sin que de aquí se pueda colegir, sino bárbaramente, que la habilidad no se extiende a más que la aplicación. Si todos los hombres se dedicasen a la agricultura (como pretendía el insigne Tomás Moro en su *Utopía*), de modo que no supiesen otra cosa, ¿sería esto fundamento para discurrir que no son los hombres hábiles para otra cosa? Entre los drusos, pueblos de la Palestina, son las mujeres las únicas depositarias de las letras, pues casi todas saben leer y escribir; y en fin, lo poco o mucho que hay de literatura en aquella gente, está archivado en los entendimientos de las mujeres, y oculto del todo a los hombres, los cuales sólo se dedican a la agricultura, a la guerra y a la negociación. Si en todo el mundo hubiera la misma costumbre, tendrían sin duda las mujeres a los hombres por inhábiles para las letras, como hoy juzgan los hombres ser inhábiles las mujeres. Y como aquel juicio sería sin duda errado, lo es del mismo modo el que ahora se hace, pues procede sobre el mismo fundamento.

7.-CARTAS DEL SIGLO XVIII

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

CARTA

A D. JUAN PABLO FORNER

[*En esta carta, dirigida el 22 de Febrero de* 1792 *al temible y erudito polemista, a la sazón fiscal de la Audiencia de Sevilla, le da cuenta Moratín del éxito de su obra* El Café *o* La Comedia Nueva, *de la cual le envía un ejemplar. Los "Chorizos" de quienes se habla en esta carta, son los partidarios de Luciano Francisco Comella, enemigo de Moratín, y en quien personificaba éste la degeneración del teatro español de entonces. Los "Polacos", en cambio, a quienes se alude al final de la carta, son los adeptos de Moratín.*]

Carísimo: Ahí te envío esa comedia para que si quieres la leas, y, si quieres también me digas francamente lo bueno y lo malo que hallas en ella. Yo la tenía concluída dos meses ha, pero no pensaba dar paso alguno para que la representasen, persuadido de que no era posible que los cómicos se atreviesen a echarla, cuando cátate, que las trompetas de mi fama, los Loches, los Tejada, etc., comienzan a trompetear y a decir por esas esquinas que yo había compuesto la comedia más exorbitante que jamás se ha visto, y vieras venir a porfía los Queroles, los Garcigüelas, los Vallcses, los Riberas y las dulces Juanas, pidiéndome

comedia de finojos y desmelenado cabello. Leísela, y quedaron despatarrados; la estudiaron con ansia, los amolé a ensayos y saqué de ellos todo el partido que sacarse puede.

Tu cliente Comella, luego que supo que se trataba de echarla, comenzó a bramar y alborotar como un desesperado, diciendo que la comedia era un libelo infamatorio contra él y su mujer y su hija la tuerta, y que yo merecía azotes, presidios y galeras, etc. Presentó un pedimento al Presidente, otro al Corregidor, otro al Juez de imprentas, y otro al Vicario para estorbar la representación e impresión de ella, pidiendo se me castigase con todo el rigor de las leyes, por ser justicia, y para ello juro, etc.

El presidente cometió el encargo al Corregidor, y éste nombró por censores a D. Santos y a D. Miguel de Manuel: ambos dieron su informe separadamente, y, según ellos, era menester canonizarme; al mismo tiempo, el Consejo envió la comedia a Valbuena, que también la aprobó redondamente; y entretanto, el Vicario, mi señor (mal informado de escribientes y pajezuelos ganados por Comella), se obstinó en no dar el pase y detenerla, no obstante que era ya precisamente la víspera del día en que debía representarse. No es posible decirte cuánto me hicieron rechinar estas picardías; pero, en fin,

el día se vió distinto,
y al fin triunfó Carlos quinto
del poder de Barbarroja.

El Corregidor la despachó bien, el Vicario se vió precisado a soltarla, el Consejo permitió la impresión, y se representó el día 7.

La turbamulta de los chorizos, los pedantes, los críticos de esquina, y los autorcillos famélicos y sus partidarios, ocuparon una gran parte del patio y los extremos de las gradas: todo fué bien; el público

aplaudió donde era menester; pero cuando en el segundo acto habla D. Serapio de los pimientos en vinagre, fué tal la conmoción de la gente choriza, y el rumor que empezó a levantarse, que yo temí que daban con la comedia y conmigo en los infiernos; pero los que no comen pimientos les hicieron callar y sufrir, y se acabó la representación con un aplauso general que bastó a vengarme de los trabajos padecidos. No obstante, como se desató tanto demonio por calles y rincones diciendo pestes de ella, quedó incierto su crédito en el primer día, pero el éxito del segundo, así como el de los siete que duró, fué tan completo, que excedió a las esperanzas que todos teníamos, y fué superior sin duda alguna al que tuvo D. Roque.

La ejecución fué bastante buena, y la Juana, la frigidísima y yerta Juana, hizo maravillas: admiró en su papel a cuantos la oyeron, y a cada paso la interrumpían con aplausos.

Esto es cuanto hay que decir acerca de la tal comedia, puesto que los delirios y vaciedades que se oyen por ahí en boca del pestilente Nifo, el pálido Higuera, Concha, Zabala y la demás garulla de insensatos son buenos para oídos, pero fastidiosos de escribirse; lo restante del público la ha recibido con mucho entusiasmo; la gente bien intencionada piensa que una obra como ésta debía causar la reforma del teatro; pero yo creo que seguirá como hasta aquí, y que Comella gozará en paz de su corona dramática.

Ayer fuí a un baile que dió la madre Mariana. Arbuxec fué bastonero; estuvo don Agustinito, Cordero, los Mayorgas, Vinagrillo, etc., toda la canalla polaca, y me divertí hasta las once, que viendo que no estabais tú ni Bernabeu, sentí la falta y me vine a dormir.

Pásalo bien, y no ahorques a nadie.

Adiós.

LEANDRO MORATÍN.

SIGLO XVII

Este siglo, en su primera mitad al menos, pertenece a la Edad de Oro de las letras castellanas; bastaríale para ello haber presenciado el apogeo de la Novela *y del* Teatro Español, *los dos géneros que, unidos a la* Epica *de la* Edad Media, *constituyen los más altos títulos de gloria de la literatura peninsular.*

Dos vicios literarios, el Culteranismo *o sea amaneramiento en los vocablos y la sintaxis, y el* Conceptismo *o rebuscamiento y complicación en las ideas y conceptos, originados en el primer tercio del siglo y luego difundidos y agravados por la torpeza de autores sin gusto ni criterio, determinaron en su segunda mitad una visible decadencia, que en la primera parte del siglo XVIII hemos visto llegar hasta los últimos extremos soportables.*

I. - LA NOVELA EN EL SIGLO XVII

I. - EL QUIJOTE

MIGUEL DE CERVANTES

De los consejos que dió D. Quijote a Sancho Panza, antes que fuese a gobernar la Ínsula Barataria

Sabiendo D. Quijote la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, le tomó por la mano, y se fué con él a su estancia con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento cerró tras sí la puerta, e hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido a ti a recibir y a encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden, y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aquí entra y encaja bien el decir que hay

buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto pues el corazón, a creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento a este tu Catón, que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, oh hijo, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos, en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó D. Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores;

porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio a la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere a verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar, y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada.

Si trajeres a tu mujer contigo, (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias) enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren será a costa de tu crédito y aún de tu hacienda.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma: escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

De los consejos segundos que dió D. Quijote a Sancho Panza

¡Quién oyera el pasado razonamiento de Don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada! Pero como muchas veces en el progreso de esta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que a cada paso desacredi-

taban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en ésta destos segundos documentos que dió a Sancho mostró tener gran donaire, y puso su discreción y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos. Prosiguió pues D. Quijote, y dijo:

En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, a quien su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmalazado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discreción el pulso a lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea a tus criados, dásela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo: y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio, habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala.

Come poco, y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces

los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener seso ha menester. Eso sí, Sancho, dijo D. Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano: castígame mi madre, y yo trompógelas. Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres a caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el rucio, que el andar a caballo a unos hace caballeros, a otros caballerizos.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día; y advierte, oh Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamás te pongas a disputar de linajes, a lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que

abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme del estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; ¿pero de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas no se me pasará del magín; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester. ¡Ah pecador de mí! respondió D. Quijote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, o ser zurdo, arguye una de dos cosas, o que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, o él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieses a firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho, que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre, cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio si no es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto más que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, llegaos, que la dejan ver, no sino popen, y calóñenme, que vendrán por lana, y volverán trasquilados, y a quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y junta-

mente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca: no sino haceos miel, y paparos han moscas: tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado. ¡Oh, maldito seas de Dios, Sancho! dijo a esta sazón D. Quijote: sesenta mil satanases te lleven a ti y a tus refranes: una hora ha que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, o ha de haber entre ellos comunidades. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir quién eres, diciendo que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicó Sancho, si a vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme todos son iguales los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno. Por Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos, y vámonos a comer, que creo que ya nos aguardan.

II.- LA NOVELA PICARESCA

FRANCISCO DE QUEVEDO

EL BUSCÓN

Capítulo III

De cómo fuí a un pupilaje por criado de D. Diego Coronel

[*En el* Buscón, *novela picaresca también designada con el nombre de* El Gran Tacaño, *se narran las aventuras que le ocurren en Segovia, Alcalá, Madrid y Sevilla, a un muchacho de las primeras de dichas ciudades, de nombre* Pablos *y apodado* El Buscón, *hijo de un barbero de la misma.*

Después de referir un sinnúmero de episodios de todas clases, termina la novela con estas palabras, en las cuales el protagonista, refiriéndose a una crisis momentánea por que pasó, dice: "Determiné de pasarme a Indias, a ver si mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte; y fuéme peor, pues nunca mejora su estado, quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres."

En el capítulo que va a leerse, se refieren las penurias de Pablos y D. Diego Coronel, joven a cuyo servicio había entrado el primero, en el pupilaje del Licenciado Cabra, en Segovia.]

Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra, que tenía por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y a mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer Domingo después de cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. Él era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y escuros, que era

buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por hilgazanes y vagabundos se los habían desterrado; el gaznate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de media abajo, parecía tenedor, o compás con dos piernas largas y flacas; su andar muy de espacio; si se descomponía, sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla ética; la barba grande, por nunca se la cortar, por no gastar; y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul; llevábala sin ceñidor; no traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él: conjuraba los ratones, de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria. A poder, pues, deste vine, y en su poder estuve con D. Diego; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer; estuvimos ocupados en esto hasta la hora del comer; fuimos allá: comían

los amos primero, y serviamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemín; sustentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos; y como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse, y dijo: "¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo". Yo con esto me comencé a afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como leznas, con unas caras que parecían se afeitaban con diaquilón. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición: comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra a cada sorbo: "Cierto que no hay tal cosa como la olla; digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula". Acabando de decillo, echóse su escudilla a pechos, diciendo "Todo esto es salud y otro tanto ingenio". ¡Mal ingenio te acabe! decía yo entre mí, cuando vi un mozo medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas, y dijo el maestro: "¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale: coman, que me huelgo de vellos comer". Repartió a cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó a las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía: "Coman; que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas". (Mire vuesa merced qué buen aliño para los que bostezaban de hambre). Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos y

unos huesos; y dijo el pupilero: "Quede esto para los criados, que también han de comer: no lo queramos todo". "¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado, decía yo, que tal amenaza has hecho a mis tripas". Echó la bendición; y dijo: "Ea, demos lugar a los criados, y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido". Entonces yo no pude tener la risa, abriendo la boca. Enojóse mucho, y díjome que aprendiese modestia, y tres o cuatro sentencias viejas, y fuése. Sentámonos nosotros; y yo, que vi el negocio malparado, y que mis tripas pedían justicia, como más cano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un[illegible]o. Comenzaron los otros a gruñir: al ruido entró Cabra, diciendo: "Coman como hermanos, pues Dios [illegible]da con qué, no riñan, que para todos hay". Volvióse al sol, y dejónos solos. Certifico a vuesa merced que había uno dellos que se llamaba Surre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y de tres no la acertaba a encaminar de las manos a la boca. Y pedí yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hacían), y diéronme un vaso con agua, y no lo hube bien llegado a la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me lo quitó el mozo espiritado que dije. Levantéme con grande dolor de mi ánima, viendo que estaba en casa donde se brindaba a las tripas y no hacían la razón.

Llegó la hora del cenar; pasóse la merienda en blanco: cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro, cabra asada. Mire vuesa merced si inventara el diablo tal cosa. "Es cosa muy saludable y provechosa, decía, cenar poco para tener el estómago desocupado"; y citaba una retahila de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta, y que ahorraba un hombre sueños pesados; sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comían.

Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno. Fuímonos a acostar, y en toda la noche yo ni don Diego pudimos dormir; él trazando de quejarse a su padre y pedir que le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese; aunque últimamente le dije: "Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino que somos ánimas que estamos en el purgatorio; y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones, y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado."

Entre estas pláticas y un poco que dormimos se llegó la hora del levantar: dieron las seis y llamó Cabra a lición: fuimos, y oímosla todos. Ya mis espaldas e hijadas nadaban en el jubón, y las piernas daban lugar a otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas amarillos, vestidos de desesperación. Mandáronme leer el primer nominativo a los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas. Y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él ha visto meter en casa recién venido, dos frisones, y que a dos horas salieron caballos ligeros, que volaban por los aires; y que vió meter mastines pesados, y a tres horas salir galgos corredores; y que una cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos, y otros todo el cuerpo, en el portal de su casa (esto por muy gran rato), y mucha gente que venía a sólo aquello de fuera; y preguntando un día que qué sería, porque Cabra se enojó de que se lo preguntasen, respondió que los unos tenían sarna, y los otros sabañones, y que en metiéndolos en aquella casa morían de hambre: de manera que no comían de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo creo: dígolo porque no parezca encarecimiento lo que dije. Y volviendo a la lición, dióla, y decorámosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado. Sólo añadió a la comida tocino en la

olla, por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía allá fuera; y así, tenía una caja de hierro, toda agujereada como salvadera: abríala, y metía un pedazo de tocino en ella que la llenase, y tornábala a cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla, para que la diese algún zumo por los agujeros, y quedase para otro día el tocino. Parecióle después que en esto se gastaba mucho, y dió en sólo asomar el tocino en la olla. Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes le buscamos para no levantarnos de mañana; y así trazábamos de decir que teníamos algún mal; dijimos al fin que nos dolían las tripas, fiados en que a trueque de no gastar dos cuartos, no buscaría remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenía una receta que había heredado de su padre, que fué boticario. Supo el mal, y aderezó una medicina, y llamando una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Quejámonos nosotros a don Alonso, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir el estudio. Con esto no nos valían plegarias. Metió en la casa la vieja por ama, para que guisase, y sirviese a los pupilos, y despidió al criado porque le halló el viernes a la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja Dios lo sabe: era tan sorda, que no oía nada; entendía por señas; ciega, y tan gran rezadera, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla, y nos la trujo con el caldo más devoto que jamás comí. Unos decían: "¿Garbanzos negros? Sin duda son de Etiopía." Otros decían: "¿Garbanzos con luto? ¿Quién se les habrá muerto?" Mi amo fué el que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los viernes nos solía enviar unos huevos, a fuerza de pelos y canas suyas, que podían pretender corregimiento o abogacía. Pues meter el badil por el cucharón, enviar una escudilla

de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos, y estopa de la que hilaba, en la olla; y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase. Pasamos este trabajo hasta la cuaresma que vino, y a la entrada della estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico, hasta que ya él pedía confesión más que otra cosa. Llamó entonces un practicante, el cual le tomó el pulso, y dijo que la hambre le había ganado por la mano en matar aquel hombre. Diéronle el sacramento, y el pobre cuando lo vió (que había un día que no hablaba) dijo: "Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno". Imprimiéronsele estas razones en el corazón: murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó a oídos de don Alonso Coronel; y como no tenía otro hijo, desengañóse de las crueldades de Cabra, comenzó a dar más crédito a las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos a tan miserable estado. Vino a sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante nos preguntaba por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar más, trató muy mal de palabras al licenciado Vigilia. Nos mandó llevar en dos sillas a casa: despedímonos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

ANTONIO DE SOLÍS

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO

(Capítulo xii del libro ii)

Visita Cortés a Motezuma en su palacio, cuya grandeza y aparato se describe

Pidió Hernán Cortés audiencia el día siguiente, y la

consiguió con tanta prontitud, que vinieron con la respuesta los mismos que le habían de acompañar en esta visita: cierto género de ministros, que solían asistir a los embajadores, y tenían a su cargo el magisterio de las ceremonias y estilos de su nación. Vistióse de gala sin dejar las armas, que se habían de introducir a traje militar; y llevó consigo a los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de Laón y Diego de Ordaz, con seis o siete soldados particulares de su satisfacción, entre los cuales fué Bernal Díaz del Castillo, que ya trataba de observar para escribir.

Las calles estaban pobladas por todas partes de innumerable concurso, que trabajaba en su misma muchedumbre para ver a los Españoles sin embarazarles el paso, entre cuyas reverencias y sumisiones se oía muchas veces la palabra Teules, que en su lengua significa Dioses: voz que ya se entendía, y que no sonaba mal a los que fundaban parte de su valor en el respeto ajeno.

Dejóse ver a larga distancia el palacio de Motezuma, que manifestaba no sin encarecimiento la magnificencia de aquellos reyes; edificio tan desmesurado, que se mandaba por treinta puertas a diferentes calles. La fachada principal que ocupaba toda la frente de una plaza muy espaciosa, era de varios jaspes negros, rojos y blancos, de no mal entendida colocación y pulimento. Sobre la portada se hacían reparar en un escudo grande las armas de los Motezumas: un grifo, medio águila y medio león, en ademán de volar, con un tigre feroz entre las garras. Algunos quieren que fuese águila, y se ponen de propósito a impugnar el grifo con la razón de que no los hay en el mundo, según los autores que los pusieron entre las aves fabulosas. Diríamos antes que pudo inventar acá y allá este género de monstruos el desvarío artificioso, que llaman licencia los poetas, y valentía los pintores.

Al llegar a la puerta principal, se encaminaron ha-

cia uno de sus lados los ministros del acompañamiento, y retirándose atrás con pasos de gran misterio, formaron un semicírculo para llegar a la puerta de dos en dos: ceremonia de su costumbre, porque tenían a falta de respeto el entrar de tropel en la casa real, y reconocían con este desvío la dificultad de pisar aquellos umbrales. Pasados tres patios de la misma fábrica y materia que la fachada, llegaron al cuarto donde residía Motezuma, en cuyos salones era de igual admiración la grandeza y el adorno: los pavimentos con esteras de varias labores, las paredes con diferentes colgaduras de algodón, pelo de conejo, y en lo más interior de pluma; unas y otras hermoseadas con la viveza de los colores, y con la diferencia de las figuras: los techos de ciprés, cedro y otras maderas olorosas, con diversos follajes y relieves, en cuya contextura se reparó que sin haber hallado el uso de los clavos, formaban grandes artesones, afirmando el maderamen y las tablas en su misma trabazón.

Había en cada una de estas salas numerosas y diferentes jerarquías de criados, que tenían la entrada según su calidad y ministerio; y en la puerta de la antecámara esperaban los próceres y magistrados que recibieron a Cortés con grande urbanidad, pero le hicieron esperar para quitarse las sandalias, y dejar los mantos ricos de que venían adornados, tomando en su lugar otros de menos gala: era entre aquella gente irreverencia el atreverse a lucir delante del rey. Todo lo reparaban los Españoles, todo hacían novedad, y todo infundía respeto: la grandeza del palacio, las ceremonias, el aparato, y hasta el silencio de la familia

3.-LA POESÍA LÍRICA EN EL SIGLO XVII

LUIS DE GÓNGORA

A UN ARROYO

(Soneto)

¡Oh claro honor del líquido elemento,
dulce arroyuelo de luciente plata!
cuya agua entre la yerba se dilata
con regalado son, con paso lento.
Pues la por quien helar y arder me siento
mientras en ti se mira, Amor retrata
de su rostro la nieve y escarlata
en su tranquilo y blando movimiento.
Vete como te vas, no dejes floja
la undosa rienda al cristalino freno
con que gobiernas tu procaz corriente:
que no es bien que confusamente acoja
tanta belleza en su profundo seno
el gran señor del húmedo tridente.

A UNA ROSA

(Soneto)

Ayer naciste, y morirás mañana:
para tan breve ser ¿quién te dió vida?

¡Para vivir tan poco estás lucida,
y para no ser nada estás lozana!
Si te engañó tu hermosura vana
bien presto la verás desvanecida,
porque en esta hermosura está escondida
la ocasión de morir muerte temprana.
Cuando te corte la robusta mano,
ley de la agricultura permitida,
grosero aliento acabará tu suerte.
No salgas que te aguarda algún tirano;
dilata tu nacer para tu vida,
que anticipas tu ser para tu muerte.

FRANCISCO DE QUEVEDO

SONETO

[*Como ejemplo de conceptismo poético, en que el pensamiento se complace en volver sobre sí mismo, puede darse el siguiente hermoso soneto*]:

¡Ha! de la vida: ¿nadie me responde?
aquí de los antaños, que he vivido:
la Fortuna mis tiempos ha mordido,
las Horas, mi locura las esconde.
¡Que sin poder saber cómo, ni adónde,
la Salud y la Edad hayan huído!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.
Ayer se fué; Mañana, no ha llegado;
Hoy se está yendo, sin parar un punto.
Soy un *fué* y un *será*, y un *es* cansado.
En el Hoy, y Mañana, y Ayer, junto
pañales, y mortaja, y he quedado
presente sucesiones de difunto.

SONETO A UNA NARIZ

Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,

erase una nariz sayón y escriva,
érase un peje espada muy barbado.
Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.
Érase un espolón de una galera
érase una pirámide de Egito.
las doce tribus de narices era.
Érase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

JUAN DE ARGUIJO

A ORFEO

(Soneto)

Pudo con diestra lira y dulce canto
bajar Orfeo a la región oscura,
y del dolor que eternamente dura
la fuerza suspender y el triste llanto.
Del divino concento pudo tanto
la fuerza, y de su fe constante y pura,
que a recobrar su prenda mal segura
halló entrada en los reinos del espanto.
Venturoso amador, si no rompiera
el precepto fatal, y conservara
el bien que con tan largo afán conquista:
mas ordena ¡oh dolor! la suerte fiera
que cuanto con la voz dulce ganara,
vuelva a perder con la atrevida vista.

A JULIO CÉSAR
Mirando la cabeza de Pompeyo

(Soneto)

Presenta ufano a César victorioso
el tirano de Menfis inclemente

la tímida cabeza que al Oriente
tuvo al son de las armas temeroso.
No pudo dar el corazón piadoso
enjutos ojos ni serena frente
al don funesto; mas gimió impaciente
de tal crueldad, y repitió lloroso:
"Tú, gran Pompeyo, en la fatal caída
serás ejemplo de la humana gloria
y cierto aviso de su fin incierto.
"¡Cuánto se debe a tu virtud crecida!
¡Cuán costosa en tu muerte es mi victoria!
Vivo te aborrecí, te lloro muerto."

FRANCISCO DE RIOJA

(1583-1659)

Nació en Sevilla, de donde llegó a ser Canónigo, y se distinguió por su erudición y sus condiciones de eximio teólogo y jurista. Contó con la amistad y protección del Conde-Duque de Olivares, estuvo algunos años en Muaria, donde fué Bibliotecario del Rey y luego Cronista de Castilla. A la caída de su poderoso protector, le acompañó en el destierro, pasó después unos diez años en Sevilla, y hacia 1654 volvió a Madrid, donde murió.

Debe contársele entre los poetas mejor encaminados de su tiempo, merced a sus famosas Silvas *a las flores y sus* Sonetos, *lo más valioso sin duda alguna de sus versos, publicados mucho después de su muerte, en* 1797, *con el nombre de* Poesías inéditas.

A LA ROSA

Pura, encendida rosa,
émula de la llama
que sale con el día,
¿cómo naces tan llena de alegría
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama
ni tu púrpura hermosa
a detener un punto

la ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado,
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dió Amor de sus alas blandas plumas,
y oro de su cabello dió a tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas;
y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo
hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
róbate licencioso su ardimiento
el color y el aliento;
tiendes aun no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia tu nacimiento o muerte llora.

LOPE DE VEGA

ROMANCE

DE ABINDARRÁEZ Y JARIFA

Cautivo el Abindarráez
del alcaide de Antequera,
suspiraba en la prisión:
¡cuán dulcemente se queja!
Don Rodrigo le pregunta
la causa de su tristeza,
porque el valor de los hombres
en las desdichas se muestra.
"¡Ay! dice el Abencerraje,
mi buen Narváez, si fueran

mis suspiros mi prisión,
vuestra victoria mis quejas;
agraviara mi fortuna,
pues me da menos nobleza
que ser vuestro esclavo alcaide,
ser bencerraje y Venegas.
Hoy cumplo veintidós años;
esos mismos ha que reina
una mora en mis sentidos
por alma que los gobierna.
Nació conmigo Jarifa,
bien debéis de conocerla,
porque tienen igual fama
vuestra espada y su belleza.
Mal dije, veintidós años;
pues cuando estaba en mi idea,
a quererla, antes ser,
me enseñó naturaleza.
Ni por estrellas la quise,
que fuera del cielo ofensa,
si para amar su hermosura
fueran menester estrellas.
El criarnos como hermanos
hizo imposible mi pena:
desesperó mi esperanza
y entretuvo mi paciencia.
Declaróse nuestro engaño
en una pequeña ausencia,
si bien la de sola un hora
era en mis ojos eterna.
Por cartas nos concertamos
que fuese esta noche a verla:
salí galán para bodas,
que no fuerte para guerras.
Cuando llegaste, Rodrigo,
iba cantando una letra
que compuse a mi ventura,
que a mis desdichas pudiera.

Resistíme cuanto pude;
mas no valen resistencias
para contrarias fortunas:
preso yo, Jarifa espera.
¡Qué bien dicen, que hay peligro,
desde la mano a la lengua!
pensé llegar a sus brazos,
y estoy preso en Antequera."
Oyendo el piadoso alcaide,
su historia amorosa y tierna,
para volver a Jarifa
liberal le dió licencia.

SONETO

A la destrucción del Ejército Portugués en África

Oh, nunca fueras, África desierta,
en medio de los trópicos fundada,
ni por el fértil Nilo coronada
te viera el alba cuando el sol despierta;
nunca tu arena inculta descubierta
se viera de cristiana planta honrada,
ni abriera en ti la portuguesa espada
a tantos males tu sangrienta puerta.
Perdióse en ti de la mayor nobleza
de Lusitania una florida parte,
perdióse su corona y su riqueza:
pues tú, que no mirabas su estandarte,
sobre él los pies, levantas la cabeza
ceñida en torno del laurel de Marte.

SONETO

(Sacado de la Comedia "La Niña de Plata")

Un soneto me manda hacer Violante,
y en mi vida me he visto en tal aprieto:
catorce versos dicen que es soneto:

burla burlando van los tres delante.
Yo pensé què no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto:
mas si me veo en el primer terceto
no hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando
y aun parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
que estoy los trece versos acabando:
contad si son catorce y está hecho.

A MI SOTANA

(Soneto Burlesco)

Soberbias torres, altos edificios,
que ya cubristeis siete excelsos montes,
y agora en descubiertos horizontes
apenas de haber sido dais indicios:
griegos Liceos, célebres hospicios
de Plutarcos, Platones, Jenofontes,
teatro que lidió rinocerontes,
olimpias, lustros, baños, sacrificios;
¿qué fuerzas deshicieron peregrinas
la mayor pompa de la gloria humana,
imperios, triunfos, armas y doctrinas?
¡Oh gran consuelo a mi esperanza vana,
que el tiempo que os volvió breves ruinas,
no es mucho que acabe mi sotana!

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

A SUS AMIGOS

Ya de los altos montes
las encumbradas nieves
a vailes hondos bajan

desesperadamente;
ya llegan a ser ríos
las que antes eran fuentes
corridas de ver mares
los arroyuelos breves;
ya las campañas secas
comienzan a ser verdes,
y porque no beodas,
aguadas enloquecen;
ya del Liceo monte
se escuchan los rabeles,
al paso de las cabras
que Títiro defiende.
Pues, ea compañeros,
vivamos dulcemente;
que todas son señales
de que el verano viene;
la cantimplora salga,
la cítara se temple,
y beba el que bailare,
y baile el que bebiere.

4.- EL TEATRO EN EL SIGLO XVII

1.- LA COMEDIA

TIRSO DE MOLINA

1571 - 1648

Considerablemente ha crecido en los últimos años el merecido renombre de este gran dramático, digno por todo concepto de hombrearse con Calderón y Lope. Su verdadero nombre fué Gabriel Téllez, *y nació en Madrid. Quizá estudió en Alcalá de Henares, y en todo caso entró en la Orden de la Merced en* 1601; *en la primera década del siglo XVII ya era conocido como autor dramático, y en* 1615 *realizó un viaje a Santo Domingo, por cuenta de la Orden a la cual pertenecía. Vuelto a España con el título de Definidor General, vive en Madrid y Toledo. En* 1632 *se le designa Cronista de su Orden, Definidor de la Provincia de Castilla más tarde, y en* 1645 *Superior del Convento de Soria, donde murió.*

De cuatrocientas pasan las comedias atribuídas a su brillante ingenio, conservándose unas ochenta, entre las cuales se destacan especialmente El Burlador de Sevilla, El Condenado por Desconfiado, El Vergonzoso en Palacio, La Villana de Vallecas, *y otras más.*

LA VILLANA DE VALLECAS

JORNADA II — ESCENA V

[*Existe en el teatro clásico español un grupo de comedias llenas de donaire, en las cuales una dama se disfraza de mujer del pueblo para seguir a su prometido o seductor sin ser co-*

nocida. La más espiritual de todas es La Villana de Vallecas, *donde una dama valenciana, D.ª Violante, haciéndose pasar por campesina se acomoda en Vallecas en casa de un labrador, cuyo pan va a vender cada día a Madrid, donde se halla el Capitán D. Gabriel Herrera, que la ha burlado, y a quien ella concluye por reducir. En la escena siguiente aparece D.ª Violante de panadera, divirtiéndose con los apuros de un D. Juan que se ha enamorado de ella.*]

Doña Violante, de villana, con un pan y un palo. — Don Juan.

JUAN.—Vos seáis tan bien venida
como por mayo la lluvia,
como por enero el sol,
como en creciente la luna,
que alegrando el caminante
preside en la noche escura,
y enseñándole la senda,
sus peligros asegura.

VIOL.—¿Aquí estaba su mercé?
¡han vido lo que madruga!

JUAN.—El cuerpo sí, porque el alma,
desde que ayer os vió, os busca.

VIOL.—¿Luego el alma tien buscona?

JUAN.—Y si halla lo que procura,
buen hallazgo me prometo.

VIOL.—¿Qué ha perdido?

JUAN.— Joyas muchas.
La libertad, que se fué
de casa, y como criatura,
no acierta a volver a ella,
por más que llora y pregunta.

VIOL.—Pues cósala a las espaldas
un letrero o escritura,
o dé un real al pregonero,
que él la hallará, aunque sea aguja;
o haga ponelle una corma
después, porque no se le huya;
que si da en buscar novillos,
sin ser música, hará fugas.

JUAN.—Vino ayer una gitana
que las libertades hurta,
y temo que se la lleve.
VIOL.—Gitanas son malas cucas.
JUAN.—¿Y si vos fuésedes ésta?
VIOL.—¡Mas arre! Habrar con mesura;
que entiendo poco de rayas,
y no me precio de bruja.
JUAN.—A lo menos, hechicera
debe ser vuestra hermosura,
y vos gitana de amor,
que me dice la ventura.
VIOL.—Bellaca se la prometo,
si es que a mí me la pescuda;
porque mal la dirá buena
quien se queja de la suya.
JUAN.—Donaire tenéis.
VIOL.— Sin *don;*
que en Vallecas más se usa
el aire al limpiar las parvas,
que el don que mos las ensucia.
Tienen de bajar por pan?
JUAN.—¿Es blanco?
VIOL.— Como el azúcar.
JUAN.—¿Sabroso?
VIOL.— Como las nueces.
JUAN.—¿Reciente?
VIOL.— Que abrasa y suda.
JUAN.—¿Habéisle vos amasado?
VIOL.—Pues.
JUAN.— ¿Vos misma?
VIOL.— ¡No, si el cura!
JUAN.—Partilde, veré si es blanco.
VIOL.—¿Es antojo?
JUAN.— ¿Quién lo duda?
VIOL.—Tome.
JUAN.— Habéisle de partir
con los dientes.

VIOL.— De mi burra.
¿Y querrá que se le masque?
JUAN.—También.
VIOL.— Arre, que echa pullas.
JUAN.—Pan de vuestra hermosa boca,
dado contra mordeduras
de celos, perros rabiosos,
es pan que el amor saluda.
VIOL.—¿Luego rabia su mercé?
JUAN.—Casi, casi.
VIOL.— Dóle a Judas.
Apártese, no os muerda,
y pegue el mal a mi rucia.
JUAN.—Mientras vos estáis presente,
no osa el mal hacerme injuria,
que sois mi saludadora.
VIOL. — ¿De zahorina me gradúa?
JUAN.—A soplos podéis sanarme;
mirad qué barata cura!
VIOL.—Tráigame, pues, unos fuelles;
daréle hartas sopladuras.
JUAN.—Bien sabéis vos que os adoro.
VIOL.—Mejor sé yo que se burla;
que no busca en charcos ranas
quien tiene en la corte truchas.
JUAN.—Engañada estáis en eso;
que el que regalos procura,
al campo a buscarlos sale;
el conejo en la espesura,
la liebre corre en los llanos,
y por la arena menuda
las perdices y palomas;
junto de las fuentes puras
arma a los pájaros redes,
y, alguaciles de sus plumas,
las prende con varas altas
de varetas, porque no huyan;
de suerte que no hay regalo

que a la mesa de la gula
sirva platos de deleite,
que el campo no lo produzca.
En el campo vivís vos;
cazadora es mi ventura,
caseras aves la enfadan,
perdices del campo busca.

VIOL.— Pardiez, que en eso acertáis;
que las aves o avechuchas
de Madrid son papagayos,
pluma hermosa y carne dura.
¡Quién se las ve pavonadas,
arrastrando catalufas,
con más joyas que unas andas
y una igreja colgaduras!
Si a pie, nieve sobre corchos,
afrenta de la pintura,
dando a la plata de coces
que por los lodos ensucian;
si a caballo, en cuatro ruedas,
y la fortuna sobre una;
porque en fin son más mudables
tres veces que la fortuna.

[*Habiéndose adelantado a esta altura D. Juan a pedirle a Dª Violante que le diese la mano, continúa el diálogo como sigue*]:

VIOL.—¿Y qué queréis her con ella?
JUAN.—La nieve de su blancura
podrá mitigar mi fuego.
VIOL.— ¿Es mi mano la de Judas,
con que matan las candelas,
dejando la igreja a escuras?
JUAN.—Dámela, no seas cruel.
VIOL.— Hágase allá; no se aburra
por ella, que tiene dueño.
JUAN.—Ea.
VIOL.— A fe que le sacuda.

¿No le he dicho que hay quien pida cuenta de ella?

JUAN.— ¿Cuenta?

VIOL.— Y mucha

JUAN.—¿Luego quieres bien?

VIOL. Un poco.

JUAN.—¿Amor tienes?

VIOL.— Una punta.

JUAN.—¿Estás concertada?

VIOL.— Estaba.

JUAN.—¿Y ahora...?

VIOL.— Se ofrecen dudas.

JUAN.—¿Qué esperas?

VIOL.— Que nos arrojen...

JUAN.—¿De dónde?

VIOL.— De la trebuna.

JUAN.—¿Para desposaros?

VIOL.— Pues.

JUAN.—¿Quién lo estorba?

VIOL.— Mi fortuna.

JUAN.—¿Tienes celos?

VIOL.— Por arrobas.

JUAN.—¿Con justas causas?

VIOL.— Con justas.

JUAN.—Yo te vengaré.

VIOL.— ¿Y podrá?

JUAN.—¿Pues no?

VIOL.— Es persona robusta...

JUAN.—¿No es villano?

VIOL.— Eslo en el trato.

JUAN.—Pues muera.

VIOL.— ¿Quién lo rempuja?

JUAN.—Tu agravio.

VIOL.— El se enmendará.

JUAN.—Los míos.

VIOL.— ¿En qué le injuria?

JUAN.—En amarte.

VIOL.— ¡A Dios pluguiera!

JUAN.—¿Es mudable?
VIOL.— Cual la luna.
JUAN.—Aborrécele.
VIOL.— ¿Por quién?
JUAN.—Por mí.
VIOL.— Arre, que echa pullas.
JUAN.—Labradora de mis penas,
que contándome las tuyas,
entre lágrimas y celos
mi esperanza traes confusa,
si te casas y me dejas,
tu vida y mi sepultura,
celebrará Amor a un tiempo.
VIOL.—Habrá requies y aleluyas.
¿Parécele a su mercé
que las labradoras usan
quillotros de amor infame,
si no es con voluntad limpia?
JUAN.—Limpio es mi amor.
VIOL.— Si le lava.
¿Casaráse él por ventura
conmigo, como mi Antón?
JUAN.—Por ventura, y será mucha
la que el cielo me dará.
VIOL.—Es muy alto de estatura,
y muy pequeña mi suerte.
JUAN.—Amor las iguala y junta.
VIOL.—No sabré yo entarimarme,
ni caminar campanuda
en cuatro leguas de ruedo,
como cesta de criatura.
¡Bonita es la muchacha
para estarse hecha figura,
sufriendo en una visita
desacatos de una pulga!
El amor anda entre iguales;
que no hay labrador que unza
si quiere arar igualmente,

un camello y una mula.
Supuesto esto, o toman pan
en casa, o a Dios.

JUAN.— Escucha,
simple-sabia de mis ojos.
Si palabras aseguran,
si juramentos obligan,
si prendas desatan dudas,
por la luz de esos dos soles
que mis tinieblas alumbran,
por el abril de esa cara
que el enero no destruya,
que si hallo que tu opinión
corresponde a tu hermosura,
sin mirar en calidades
(que amor no las pide nunca),
rendirte he, siendo tu esposo,
la hacienda que me asegura
dos mil ducados de renta.

VIOL.—Mire, si limpiezas busca,
más cristiana vieja soy,
que Vizcaya y las Asturias.

JUAN.—¿Has cobrádome afición?

VIOL.— No sé qué diablos me hurga
desque le ví, dentro al alma,
que tiene más de mil agujas.
Pero en fin ¿se casará
conmigo?

JUAN.— Sin falta alguna.

VIOL.—¿Y empalagaráse luego?

JUAN.—Amor firme siempre dura.

VIOL.— Lo dulce luego empalaga,
y como el amor es fruta,
suele comerse al principio,
y enfadar después, madura.

JUAN.—No hayas miedo deso.

VIOL.— ¿A fe?

JUAN.—Por tu vida.

VIOL.— ¿Y por la suya?
JUAN.—Todo es uno.
VIOL.— En fin, ¿le agrado?
JUAN.—Infinito.
VIOL.— ¿Iré segura?
JUAN.—Noble soy.
VIOL.— ¿Querráme mucho?
JUAN.—Adoraréte.
VIOL.— ¿De burlas?
JUAN.—De veras.
VIOL.— ¿Regalaráme?
JUAN.—Como a reina.
VIOL.— ¿Hará locuras?
JUAN.—En quererte.
VIOL.— ¿Es amorado?
JUAN.—Más que un portugués.
VIOL.— ¿Arrulla?
JUAN.—Como paloma.
VIOL.— ¿Rezonga?
JUAN.—De ningún modo.
VIOL.— ¿Murmura?
JUAN.—Pocas veces.
VIOL.— ¿Es tahur?
JUAN.—Sólo en amarte.
VIOL.— ¿Madruga?
JUAN.—Poco.
VIOL.— ¿Viene tarde a casa?
JUAN.—Vendré con el sol.
VIOL.— ¡Cordura!
¿Qué me llamará?
JUAN.— Mi cielo.
VIOL.—¿Y qué más?
JUAN.— Mi sol.
VIOL.— Con uñas.
JUAN.— Mi reina.
VIOL.— ¿Engalanaráme?
JUAN.— Como abril.
VIOL.— ¿Diráme injurias?

JUAN.—En mi vida.
VIOL.— ¿Andaré en coche?
JUAN.—Y en carroza.
VIOL.— ¿Traeré puntas?
JUAN.— De Flandes.
VIOL.— ¿Y azul?
JUAN.— También.
VIOL.—¿Saldré algunas veces?
JUAN.— Muchas.
VIOL.—¿A visitas?
JUAN.— Sí.
VIOL.— ¿Y a toros?
JUAN.—Con balcón.
VIOL.— ¿Y confitura?
JUAN.—Cuanta quieras.
VIOL.— Si hay comedias...
JUAN.—No las perderás.
VIOL.— ¿Ninguna?
JUAN.—Ninguna, pues.
VIOL.— ¿Iré al prado?
JUAN.—Irás al sol.
VIOL.— ¿Y a la luna?
JUAN.—El verano.
VIOL.— ¿Y qué ha de darme?
JUAN.—El alma.
VIOL.— Arre, que echa pullas.

II.-GÉNEROS DRAMÁTICOS MENORES. ENTREMESES.

[*Los* Entremeses *eran obras cortas, destinadas a representarse al principio o en los entreactos de las "comedias". En el siglo XVI, puede decirse que ya existían bajo el nombre de* Pasos; *y en el XVIII y después continuaron escribiéndose bajo la denominación de* Sainetes, *como ya hemos dicho oportunamente.*

LUIS QUIÑONES DE BENAVENTE

(1589 ? - 1651)

Es, sin género alguno de duda, el más notable autor de Entremeses *del siglo XVII. Nació en Toledo, fué Licenciado en Derecho y supo hallar la forma definitiva del* Entremés. *Escribió numerosos* Entremeses representados, *una cantidad no menor de* Entremeses cantados, *y muchas* Loas *y* Jácaras, *tas aun más cortas que las anteriores.*

EL TALEGO — NIÑO

(ENTREMÉS)

INTERLOCUTORES: DOÑA SALPULLIDA. — DOÑA REVESA. —TARACEA, *su amo.* — DOS CRIADAS. — GARROTE, *villano.*

Salen TARACEA *y* GARROTE *y dos* CRIADAS *huyendo de* TARACEA, *y* GARROTE *poniéndose en medio.*

TARACEA.—¡Picaronas, ladronas, embusteras,
esponjas de las tristes faldriqueras,
polillas de la hacienda!
Mucho "no lo haré más" y poca enmienda.
Demonios o criadas:
¿de lechugas hacéis las ensaladas?
Los pobres amos son los que lo lastan;
pues de hojas de rábano ¿no bastan?
Apártate, Garrote.

GARROTE.—Señor, no las dé más que en el cogote,
que ningún ángel de éstos es culpado,
mas que vuested es malaventurado.

TARACEA.—¿Y la clara?

CRIADA 1ª— ¿Qué clara?

TARACEA.— La del huevo.

CRIADA 2ª—Anoche la cenamos.

TARACEA.— Gasto nuevo.

Destrüidoras de la hacienda ajena,
¿una clara os cenáis en una cena?

GARROTE.—Y más que fué por sus escurriduras,
la cena clara, y el cenarla a escuras.

TARACEA.—¿De una vez una clara, cari-exentas?
Yo os pondré la mitad a vuestras cuentas;
y andad con Dios, si no queréis que os haga...
Échalas, mozo.

GARROTE.— Andad con Dios.

CRIADA 1ª —¿Quién paga?

TARACEA.—¿Qué es quién paga?

CRIADA 2ª— El salario de la hente.

TARACEA.—Yo no pago, que me entro por valiente.
Pídanme, que abonada es mi persona.

CRIADA 1ª—Quédate, matadura con valona,
y más que matadura,
pues donde estás, sin gente hay apretura.

CRIADA 2ª—Quédate, ganas fiambres,
molde en que se hacen hambres,
tripas horras, que en ellas juegan cañas,
estómago con moho y telarañas. (*Vanse*).

GARROTE.—Quédate en el ayuno, que es tu casa,
gaznate navarrisco, que no pasa.

TARACEA.—Pues yo ¿te he despedido? ¿Hay tal capricho?]

GARROTE.—¿No me despide? Pues lo dicho, dicho.

TARACEA.—Vamos a lo que importa, y de eso acorta.

GARROTE.—Iremos a comer, que es lo que importa.

TARACEA.—Amigo, yo me mudo de esta casa.
Mientras un carretón los trastos pasa,
mudarás tú un talego de dineros;
que no quiero dar parte a esportilleros:
y por que no se sepa lo que llevas,
tengo dos trazas nuevas.

GARROTE.—¿Cuáles son?

TARACEA.— La primera,
que de mujer te vistas.

GARROTE.— ¡Guarda, huera!

TARACEA.—La segunda, que lleves con aliño
empañado el talego como niño.
Hazlo, que así procuro
que a la otra casa llegue más seguro,
sin que ninguno caiga en la malicia.
GARROTE.—Venga acá; ¿y si me topa la justicia
con aquestos aliños,
y al hospital me lleva de los niños,
donde por la primera
me hacen criar, y quiera que no quiera,
con más barbas que hay lanas en sus camas,
voy en las procesiones de las amas?
TARACEA.—Toma para un pastel. (*Dale un cuarto*).
GARROTE.— ¡Lindo vocablo!
Como yo coma, vístome de diablo.
Vamos.
TARACEA.— Ojo avizor, Garrote amigo.
GARROTE.—Si no lo hiciera bien, déme conmigo.
(*Vanse*).

Salen DOÑA REVESA *y* DOÑA SALPULLIDA, *damas.*

REVESA.—¡Hola, sierva! ¡Hola, criada!
SALP.— ¡Hola, criada! ¡Hola, sierva!
REVESA.— ¿Oyes, doña Salpullida?
SALP.— ¿Qué es ello, doña Revesa?
CRIADA 2ª—¡Señora!
CRIADA 1ª— ¡Señora!
REVESA.— Dicen
estas dos criadas nuevas
que han servido algunos días
en casa de Taracea,
el que trujo al mundo el no,
y el que para untar las pecas,
vende saliva en ayunas
a cualquier hora que sea;
y que un mozo tonto suyo
en hábito de gallega,

pasa un talego hecho niño
a esta casa de aquí cerca.

SALP.— ¿De esa manera lo dices?
¿Qué haces, doña Revesa,
que no le das con tu nombre?

REVESA.— Fallo que el talego sea
nuestro, que esto de dineros
¿qué pajarilla no alegra?
¿qué corazón no pellizca?
¿qué voluntad no embeleca?
¡Muchachas!

LAS DOS.— ¡Señora mía!

SALP.— Poneos las dos a la puerta,
y en pasando el ama falsa,
no se os deslice la presa.
Y tú, amiga, haz de las tuyas.

REVESA.— No tomara, aunque me dieran,
mil reales por el talego;
que estoy sin blanca y soy hembra.

SALP.— Y han menester para galas
las mujeres más moneda
que hay en casa de un judío.

REVESA.— Y más si en los carros entran
del Corpus, donde en sintiendo
cosquillas de competencia,
se sube la vanidad
encima de la veleta.

CRIADA 1ª—En la fábula está el lobo.

REVESA.— Aquí mis enredos entran.

SALP.— Llámale: así Dios te libre
de dar aprisa una muestra
donde estudies por ensalmo
lo que ha hilvanado el poeta.

Sale GARROTE *de mujer con un talego empañado como niño*

GARROTE.—¡Ea, niño, duérmete!
¡Ajo, mama, taita, teta!
¡Barrabás lleve la vida

del muchacho, y cómo pesa!
Yo quiero ponelle a andar.
REVESA.— Mozo en hábito de fembra...
(*Cógenle en medio.*)
SALP.— Talego en traje de niño...
REVESA.— Entra en casa.
SALP.— En casa entra.
GARROTE.—Descubrióse la maraña.
si me trasluzgo.
REVESA.— ¡Hola, cierra!
GARROTE.—Acabóse. ¿Cuánto va
que los efectos se truecan,
y dando papilla al niño,
llora él, y ellas gorjean? (*Llora.*)
SALP.— ¿De qué lloras?
GARROTE.— De unos palos
que mi amo me endereza.
REVESA.—No hayas miedo.
GARROTE.— Sí hayas miedo.
SALP.— No los temas.
GARROTE.— Sí los temas.
REVESA.— Yo te libraré, que soy
matemática.
GARROTE.— Es fruslera.
Más temático es mi amo.
SALP.— Y es nigromancia mi ciencia.
GARROTE.—Ya sé que es negra Mencía;
mas ¿qué importa, si se afeita?
REVESA.— El cielo quiero enseñarte:
pon en tierra el niño.
GARROTE.— Reina,
yo no quiero ver el cielo,
si se queda el niño en tierra.
REVESA.—No importa, así le verás.
¡Dura ganga! (*Aparte*).
SALP.— Hacerla tierna.
REVESA.— Aquél es el polo ártico.
GARROTE.—¿El pollo harto? ¡Quién hubiera

ese pollo un par de días,
que rabio de hambre!

REVESA.— Y aquélla,
la boca de la Bocina.

GARROTE.—Pues si el pollo tiene cerca
la boca de la cocina,
aparejemos la cena.

REVESA.— Aquél es el signo Piscis.

GARROTE.—¿Hay algún sino lamprea?

SALP.— ¿Estás loco?

GARROTE.— Como andaban
por el cielo esta cuaresma,
pensé que sí, y que nacían
debajo de las despensas.

REVESA.— Este es el muy noble Acuario.

GARROTE.—¿Cómo honráis de esa manera
a un pícaro que no sale
en Madrid de las tabernas?

REVESA.— Este es Capricornio.

GARROTE.— Ese
es enfermo de cabezas.

REVESA.— ¿Ves Escorpión?

GARROTE.— Todo el año
le vemos acá en las lenguas.

REVESA.— Este es Toro.

GARROTE.— ¿Toro? Hoy
se salva toda esta tierra,
porque en sabiendo que hay toros,
se irán al cielo las fiestas.

REVESA.— Este es Aries.

GARROTE.— ¿El autor?

SALP.— ¿Qué autor?

GARROTE.— Arias.

REVESA.— ¡Anda, bestia!

(*Quiere quitarle* SALPULLIDA *el talego por detrás.*)

GARROTE.—¡Zape!

REVESA.— ¿Qué es?

GARROTE.— El signo Cáncer,

que le come la zaguera
a mi niño. ¡Adiós, flemática!

REVESA.—Vaya vuested norabuena,
que nosotras nos partimos
a Indias, donde nos esperan
las más grandiosas comidas,
las ollas más reverendas,
que se han visto, porque son
los carneros de oro y seda,
la vaca de cañamazo,
de plata las pollas tiernas,
las liebres de azul y oro,
y de aljófar la menestra.

GARROTE.—La boca se me hace agua.
¡Quién con vosotras se fuera!

SALP.— Pues aquesto es niñería,
porque las calles se empiedran
todas de yemas de huevos
con azúcar y canela.
Los árboles dan buñuelos,
en cuyos pies están puestas
fuentes de miel, que en cayendo
los buñuelos dan en ellas.

GARROTE.—¡Jesús, qué tierra tan linda!
¿Cuánto está de aquí?

REVESA.— Mil leguas.

GARROTE.—Ya no voy allá.

SALP.— ¿Por qué?

GARROTE.—Porque mi hambre está cerca,
y esa comida muy lejos.

REVESA.— ¿Cómo? En menos de hora y media
hemos de llegar allá,
que para eso es mi ciencia.

GARROTE.—¿Tan presto?

REVESA.— Tan presto.

GARROTE.— Vamos.

REVESA.— Resta lo mejor.

GARROTE.— ¿Qué resta?

SALP.— Dineros para el camino.
GARROTE.—Pues mi niño, ¿no los lleva?
REVESA.— Lleva ese talego, y vuelve
(*Llevan el talego*).
con los que allá dentro esperan.
GARROTE.—¡Alto, pues! ¡A caminar!
REVESA.— Sube en aquesta hacanea.
(*Sube en un palo*).
GARROTE.—Subo. ¡Jesús, y qué llano
que anda la cananea!
REVESA.— Estas son las Indias.
GARROTE.— ¿Qué?
¿De veras?
REVESA.— Y tan de veras,
que hemos llegado a Taugía.
GARROTE.—¿Aun no conozco las letras,
y ya llego a Teulugía?
REVESA.— A veros llega la Reina.
Sale SALPULLIDA *de reina india, con los* MÚSICOS *y los bailarines vestidos de indios, y cantan.*
MÚSICOS.—*Cuchina, cuchini, cuchiha, cuchihi,*
titirite, garrote, garroti,
que titirite, cuchina, cuchini.
GARROTE.—¿Qué cochinos son aquestos?
REVESA.— Quieren decir en su lengua
que seáis muy bien venido,
y que os vistáis de estas sedas.
(*Vístenlo de indio a lo gracioso*).
GARROTE.—Por Dios que es gente comprida;
pero ahora más quisiera
la comida que el vestido.
REVESA.— Llegaos, que os habla la Reina.
SALP.— *Alcaraví, cominí.*
GARROTE.—¿Cominos y alcaravea?
¡Valga Barrabás los indios!
¡Miren qué comida ésta!
¿Qué es de las ollas de prata
y los conejos de perlas?

REVESA.— *Alcaraví, cominí.*
es, *vengáis en hora buena.*
SALP.— *Arda chichí.*
GARROTE.— ¿Guarda chicha?
Ahora es cuando me pegan.
REVESA.— Dicen que os den de comer.
GARROTE.—¿Comer? En efleute, es reina.
REVESA.— Llegad; besadla la mano.
SALP.— *Tirilá.* (*Llegá el*).
GARROTE.— Tire allá ella
como puerca. ¡Juro a Dios!...
REVESA.— Dice que sea la merienda
de cien platos de vianda,
y ella misma va por ella.
GARROTE.—Bien empleado talego.
(*Dale una morcilla*).
SALP.— *Picazula.*
GARROTE.— ¿Qué cazuela?
No la como, no la traigan.
REVESA.— Que toméis esta presea,
con virtud de que, aunque os den
doscientos palos, no os duelan.
GARROTE.—¿Esta es piedra? Más parece
morcilla como una piedra.
REVESA.— Vamos por la vianda. (*Vanse*).
GARROTE.— Eso
pido y las barras derechas;
oigan, que emplumado estó.
Señores, ¿soy hechicera,
o virote? Mucho tarda
la comida; mas si ordenan
tanto pavo, perdiz, torta,
no podrán más en conciencia.
Sale TARACEA, *su amo.*
TARACEA.—¡Que un hombre de mi talento
se fiase de una bestia!
Yo quedo en el hospital.
Perro, ¿qué figura es ésta?

GARROTE.—¿Ya traen la cena?—¡Jesús!
Con todo dimos en tierra.
TARACEA.—Pícaro, ¿qué es del talego?
Di presto, ¿dónde le dejas?
GARROTE.—*Alcaraví cominí.*
TARACEA.—¿Quién ha de tener paciencia?
GARROTE.—*Guarda chicha, guarda chicha.*
TARACEA.—¡Que esto sufro!
GARROTE.— Con presteza
llegó hasta las Indias: ¿vino
en alguna cananea?
TARACEA.—¿Qué es del talego, traidor?
GARROTE.—¡A qué lindo tiempo llega,
que verá los pavos de oro
y los carneros de seda,
las vacas de cañamazo,
y de azul las liebres tiernas!
TARACEA.—¡Vive Cristo de un bergante,
que a puros palos os muela!
GARROTE.—No te temo.
TARACEA.— ¿No? ¡Esperad!
GARROTE.—¿Ve?: pues con aquesta piedra,
aunque me da, no me duele.
¡Ay, cómo lo menudea!
¡Jesú Cristo! y ¡cómo duele!
La piedra morcilla yerra.
Más parece piedra lápiz,
que señala donde llega,
señora negra Mencía.
TARACEA.—¡Venga mi talego, venga!
GARROTE.—Señora Matematica,
mire que es falsa la piedra.
(*Salen todos cantando y bailando*)
MÚSICOS.—La codicia y la miseria
nunca hicieron cosa buena.
SALP.— El niño queda durmiendo,
si algún ruin no le despierta.

GARROTE.—Pues adonde está mi amo
despertará, aunque no quiera.
REVESA.— Ya le habemos puesto a andar,
y sabe de aquí a la tienda.
GARROTE.—¿Cuánto va que se les pierde,
si va y viene mucho a ella?
SALP.— Estaba, de no salir,
con la cara macilenta.
GARROTE.—Y ahora, del ejercicio,
hasta las entrañas echa.
TODOS.— La codicia, *etc.* (*Repiten*).
GARROTE.—¡Muchachitas!
TODOS.— ¿Qué hay, Garrote?
GARROTE.—El talego o el cogote.
(*Vales dando con un palo*).
TODOS.— No nos des: he aquí el talego.
GARROTE.—Venga, pues, mientras las pego.
TODOS.— Volviéndote los doblones,
¿por qué nos das tan mal rato?
GARROTE.—Porque con hijo de gato
no se burlan los ratones. (*Repiten*).

5.-LA ÉPICA EN EL SIGLO XVII

I.-LA ÉPICA SERIA

FRAY DIEGO DE HOJEDA

(1570-1615)

Nació en Sevilla, y hallando oposición entre los suyos su propósito de hacerse religioso, huyó a Lima, donde entró en la Orden de Santo Domingo. En ella alcanzó el cargo de Prior del convento de Lima, del cual fué destituído más tarde, volviendo a la categoría de simple fraile.

Escribió un poema épico, La Cristiada (1611), *cuyo argumento es la historia de Jesús desde la Cena hasta el Sepelio.*

Damos de él el hermoso fragmento en el cual se describe cómo sube al cielo, personificada, la oración que reza Jesús en el Huerto de Getsemaní.

LA ORACIÓN DE JESUCRISTO SUBE AL CIELO

(De "La Cristiada")

Con prestas alas, que al ligero viento,
al fuego volador, al rayo agudo,
a la voz clara, al vivo pensamiento
deja atrás, va rasgando el aire mudo:
llega el sutil y espléndido elemento
que al cielo sirve de fogoso escudo;

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

y como en otro ardor más abrasada
rompe, sin ser de su calor tocada.
De allí se parte con feliz denuedo
al cuerpo de los orbes rutilante,
que ni le pone su grandeza miedo,
ni le muda el bellísimo semblante:
que ya más de una vez con rostro ledo,
con frente osada, y ánimo constante,
despreciando la más excelsa nube,
al tribunal subió que agora sube.
Estaban los magníficos porteros
de la casa a la gloria consagrada,
que con intelectivos pies ligeros
voltean la gran máquina estrellada,
estaban como espíritus guerreros
para guardar la celestial entrada
puestos a punto y viendo que subía
a su consorte cada cual decía:
"¿Quién es aquesta dama religiosa
que de Getsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
mas el rostro en sudor bañado tiene;
que beldad tan süave y amorosa
con tan grave pasión se aflija y pene,
lástima causa. ¿Quién es la afligida,
en igual grado bella y dolorida?
Es de oro su cabello refulgente,
su rubia crin los rayos de la aurora,
de lavado cristal su limpia frente,
su vista, sol que alumbra y enamora,
sus mejillas abril resplandeciente,
en sus labios la misma gracia mora;
callando viene, pero su garganta
da muestras que suspende cuando canta.
En polvo, en sangre y en sudor teñida,
aparece su grave vestidura:
como quien pies lavó, sube ceñida,
y humildad debe ser quien la asegura.

Vedla, que en santo amor está encendida,
y así de amor el fuego la apresura.
¿Si es por dicha oración de algún profeta?
Si es oración, es oración perfeta.
Oración es, que los atentos ojos,
y las tendidas, arqueadas cejas,
y lo demás que lleva por despojos,
son de esta gran virtud señales viejas.
Sin duda puso en tierra los hinojos,
y a sólo Dios pretende dar sus quejas:
el barro de la ropa lo declara,
y la congoja de su pecho rara.
Cual humo de pebete es delicada
de amarga mirra y de süave incienso,
y de la especería más preciada
de que a Belén pagó la Arabia censo.
Mirra fué de sangre derramada
la primer causa, y un dolor inmenso,
y de estos aromáticos olores
ciencias, virtudes, gracias, resplandores."

6.-OBRAS DOCTRINALES EN PROSA DEL SIGLO XVII

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

ORACIONES DE BRUTO, DESPUÉS DE LA MUERTE DE CÉSAR

(De la "Vida de Marco Bruto")

[*El fragmento transcripto a continuación, comprende un* Discurso *del autor y las dos* Oraciones *de Bruto. En el primero, hace Quevedo algunas consideraciones sobre la muerte de César, que antes ha relatado ampliamente, y refiere lo ocurrido en el Capitolio, donde los matadores se habían refugiado. Luego reconstruye a su manera las dos alocuciones de Bruto.*]

Discurso

Grave delito es dar muerte a cualquier hombre; mas darla al rey es maldad execrable, y traición nefanda no sólo poner en él manos, sino hablar de su persona con poca reverencia, o pensar de sus acciones con poco respeto. El rey bueno se ha de amar; el malo, se ha de sufrir. Consiente Dios el tirano, siendo quien le puede castigar y deponer, ¿y no lo consentirá el vasallo, que debe obedecerle? No necesita el brazo de Dios de nuestros puñales para sus castigos, ni de nuestras manos para sus venganzas.

Huyeron estos homicidas al Capitolio por asegurarse, y entran en el Capitolio consigo en su delito su persecución. La sangre de César, que llevaban en sus manos, les iba retando de traidora la de sus venas. Llamaron, para ampararse con buen nombre, al pueblo a la libertad, palabra siempre bienquista por la multitud licenciosa. Y Marco Bruto, conociendo por los semblantes de los que habían concurrido que la hacían buena acogida, descubriéndose, dijo:

ORACIÓN PRIMERA DE BRUTO

"Pueblo romano: Julio César es el muerto; yo soy el matador: la vida que le quité es la propia que él había quitado a vuestra libertad: si en él fué delito tiranizar la república, en mí ha de ser hazaña el restituirla. En el Senado le di muerte, porque no diese muerte al Senado. A manos de los senadores acabó. Las leyes armadas le hirieron, sentencia fué, no conjuración. César fué justiciado, y ninguno fué homicida. En este suceso sólo podrán ser delincuentes los que de vosotros nos juzgaren por delincuentes. Yo no retraje al Capitolio mi vida, sino estas razones; porque, en habiéndolas oído, os agraviaría si os temiera."

Siguió estas palabras un largo aplauso de la gente, y con voces agradecidas le pidieron que se viniese con ellos a gozar por la ciudad las alabanzas que merecía. Fióse Marco Bruto de estas demostraciones, y fuése acompañado de todos a los Rostros, donde ya habían concurrido en diferentes tumultos todos los ciudadanos de Roma. Parecióle era conveniente informarlos allí, con más larga oración, en esta manera:

ORACIÓN SEGUNDA DE BRUTO

"Ciudadanos de Roma: las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta

mano, de vasallos os vuelve a compañeros. La libertad que os dió mi anteceseor Junio Bruto contra Tarquino, os la da Marco Bruto contra Julio César. De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobación. Yo nunca fuí enemigo de César, sino de sus designios; antes tan favorecido, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos, si no hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabidoras de mi intención la envidia ni la venganza. Confieso que César, por su valentía y por su sangre, y su eminencia en el arte militar y en las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mayores puestos; mas también afirmo que mereció la muerte, porque quiso antes tomároslos con el poder de darlos, que merecerlos; por esto no lo he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que él mató en sí, que fué la lealtad a vosotros, la obediencia a los padres. No lloré su vida, porque supe llorar su alma. Pompeyo dió la muerte a mi padre, y aborreciéndole como a homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejercitos, y en Farsalia me perdí con él. Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y beneficios a todos. He querido traeros estos dos sucesos a la memoria, para que veáis que ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me granjearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha: vivió César por vuestra ruina: matéle yo por vuestra libertad. Si esto juzgáis por delito, con vanidad le confieso; si por beneficio, con humildad os le propongo. No temo el morir por mi patria; que primero decreté mi muerte que la de César. Juntos estáis, y yo en vuestro poder: quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal; que a mí me será doblada gloria morir por haber muerto al tirano. Y si os provocan a compasión las heridas de César, recorred todas vuestras parentelas, y veréis cómo por él habéis dego-

llado vuestros linajes, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres, habéis manchado las campañas y calentado los puñales. Esto, que no pude estorbar y procuré defender, he castigado. Si me hacéis cargo de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos: si merezco pena, no me la perdonéis; si premio, yo os le perdono."

Serenó este razonamiento los ánimos, de suerte que, fervorosos, pasaron de la ira al agradecimiento; y llamándole padre de la patria, pedían que a Bruto y a los suyos fuesen concedidos honores y dedicadas estatuas.

7.-LA PROSA SATÍRICA EN EL SIGLO XVII

FRANCISCO DE QUEVEDO

CUENTO DE CUENTOS

[*La particularidad de esta célebre producción de* QUEVEDO *consiste en hallarse compuesta exclusivamente de modismos y locuciones. Como alarde de dominio idiomático no puede irse más allá, y en tal concepto le hemos dado cabida, aun a riesgo de que su lectura resulte difícil, por el uso constante del diccionario, que necesariamente impone.*]

Ello se ha de contar; y si se ha de contar, no hay sino, sús, manos a la obra.

Digo, pues, que en Sigüenza había un hombre muy cabal y machucho, que diz que se decía Menchaca, de muy buena cepa. Estaba casado con una mujer, y esta mujer era mujer de punto y más grave que otro tanto. Llámese como se llamare.

Tenían dos hijos que, como digo, eran pintiparados y no le quitaban pizca al padre. El uno dellos, era la piel del diablo, el otro un chisgaravís; y cada día andaban al morro por quítame allá esas pajas. El menor era vivo como una cendra, y amigo de hacer tracamundanas y baladrón. El padre lo sentía a par de muerte; mas él ni por esas ni por esotras.

El mayor era hombre de pelo en pecho, y echaba el

bofe por una mozuela como un pino de oro, delicada, veme no me tengas, alharaquienta. Era viuda, y su marido (como digo de mi cuento) murió; y diz que se tuvo barruntos de que ella le había dado con la del martes. Estuvo en un tris de suceder una de todos los diablos. El padre, que era marrajo, lloraba hilo a hilo e iba y venía en estas y esotras. Y un día, entre otros; que le dió lugar la murria le dijo su parecer de pe a pa; y seco y sin llover, mandóla que se metiese en un convento. Al proviso ella se cerró de campiña; y así se estuvieron erre que erre muchos días, hasta que el padre, que ya estaba atufado, la dijo que por tantos y cuantos que había de hacer y acontecer, ver veamos si han de ser tijeretas; y en justos y en ver en justos, dió con ella en una recolección.

Era la pupilera mujer de chapa y no amiga de carambolas, y el licenciado persona de tomo y lomo. La moza que vió esto, viene y toma, y qué hace; sin más ni más, como quien no quiere la cosa, escribe a su galán, que ya andaba con mosca, diciéndole que todo era agua de cerrajas, y que ella había puesto pies en pared, y que quisiese que no quisiese, se iría con él cantando los tres ánades, madre: que atase él bien su dedo, y se riese de toda la zalagarda, y traque barraque.

Pues el diablo del mozuelo (que estaba más enamorado que otro tanto, y estaba sobre las afufas), como se vió señor del argamandijo, no hacía más de a trochimoche escribirla billetes y más billetes; y ella leer que leerás, a tontas y a locas.

Pues (como digo), yendo y viniendo días, la pupilera, que tenía pulgas, soltó la taravilla y la dijo rasamente que ella era mujer de sangre en el ojo, y que con ella no había cháncharras máncharras; que anduviese con pie de plomo y la barba sobre el hombro, porque de manos a boca haría de hecho. La mozuela, que era sacudida, casi casi estuvo para envedijarse con ella, y levantar una cantera de todos los diablos.

Ella se resolvió en decirla que para qué eran tantos arremuescos y dingolondangos, siendo todo un papasal; y sepa que ya estoy de agua hasta aquí. Hacía grandes extremos, diciendo que bien entendía la zangamanga. La pupilera le quiso meter a barato, negando a pie juntillas cuanto ella había dicho. El otro hermanillo, que se venía al husmo, se hizo mequetrefe y faraute del negocio, y por apaciguarlas, empezó a darlas ripio a la mano a sabiendas.

La pupilera se hacía carne, llorando de ver el murmullo y la tabaola que habían metido en su casa. El hermanillo, por desmentir espías, la empezó a traer la mano sobre el cerro. Y en estas y estas, cata ¿qué hace el diablo? Hételo el padre, sin más ni más.

Atolondráronse todos, y en volandas llegaron a las inmediatas; dijéronse los nombres de las fiestas, y hubo muchos dares y tomares, si ha de salir, no ha de salir. "Yo saldré", dijo la viuda, zurriando como un rayo; "más para esta..." Aquí fué ello, que como la tía no las tenía todas consigo, empezó a tartalear, y diz que dijo: "¡Qué ha de haber? ¡Miren quién se mete en docena! Yo la aseguro que ha caído la viudica en el mes del obispo." "Tanto monta", dijo la mozuela. Y replicó la pupilera: "No, sino el alba." El hermanillo, viendo que andaban al morro, votó a tal y a cual que todo lo había de llevar abarrisco. "¿Qué es abarrisco en mis barbas?", dijo el padre, y zas.

Llegó a punto crudo el licenciado, cuando andaba el zipizape. Metióle en paz; mas a cada triquete andaban a mía sobre tuya. Y viendo el pelotero, llevósela el padre a su casa, porque no se metiese en dibujos. Y en llegando, tris tras a la puerta.

El viejo tenía barruntos de que un hermano de la mozuela, que no la quitaba pinta, y tenía muy malas mañas, enguizgaba el negocio. No quiso abrir. Esto fué el diablo, que empezó a decir (y agora es, y no acaba), que no había de dejar roso ni velloso, ni piante ni mamante, y que los había de traer al retortero

a todos, y salga si es hombre. El pobre padre no hacía sino chitón, como entendía el busilis.

La hija, que olió el poste y hendía un cabello en el aire, escurrió la bola, temiendo que el padre la menearía el zarzo; ¿qué hace? sino vase a chitos. El picarón, por no hacer una borrumbada, dijo: "Arda Bayona, y esos turronazos no con miquis;" y acogióse calla callando. Iba la hija saltando bardales, sin decir oste ni moste, en busca del bribón, con la lengua tan larga.

Desto los vecinos tomaban el cielo con las manos y se desgañitaban; y andaban unos en pos de otros zahiriéndose. "No nos hable con sonsonete", dijo uno; "que al cabo al cabo ha de venir a la melena".

Decía ella: "No dijera más Pateta: yo he de hacer mi gusto, y esotro es cosa de morenos, y no quiero cuentos con serranos; y de una hasta ciento;" que se descalzaban de risa de ver al viejo hecho de hiel, y ella que se iba a cencerros tapados, con un zurriburri refunfuñando.

El licenciado, que pensó que ya mordía en un confite, y que eran uña y carne, con mucha sorna se vino mano sobre mano, hecho gatica de Juan Ramos, diciendo entre sí: "Yo lo haré a la tal por cual, que muerda en el ajo."

El padre que le vió venir a lo de mi suegro, y le traía entre ojos, empieza a dar voces, y alza Dios tu ira, y a diestro y siniestro le puso de lodo, asiéndosele de los andularios, que no podían desengarrafarle, según tenia la hincha con él.

El licenciado daba los gritos que los ponía en el cielo; mas no se dormía en las pajas. Allí fué ella, que el compañero, viendo que andaban a pescuezo, le dió un pan como unas nueces, sin irle ni venirle.

A la tabaola se entró un vecino con sus once de oveja, muy sobresaltado, y de hoz y de coz se metió donde no le llamaban. Quiso embestir, mas el bribón puso haldas en cinta. Dijo el pobrete: "Yo soy hombre de pro, y conmigo no hay levas." "Yo pajas", dijo el

bribón, y asentóle un tanto. El pobre no chistó ni mistó, y volvióse dado a perros, y jurando que le había de dar su recado. Y sobre esto hubo la mayor turbamulta del mundo.

Mas viendo la mozuela que el bribón la daba en el chiste, estúvose acurrucada, por excusar dimes y diretes.

El picarón andaba listo como una jugadera, de ceca en meca, engolondrinado, dándose tantas en ancho como en largo, que le podían hender con una uña.

"Esto ha de dar un crujido", dijo el hermanillo, que estaba de manga. El padre pensaba que tenía el oro y el moro, y estábase en sus trece, diciendo que si le hacían, habían de ir rocín y manzanas con todos los diablos, y echó de la oseta.

La viuda y el que nos vendió el galgo, dijo el bienhadado del novio, se dieron sendos remoquetes cerca del casamiento que se estaba en jerga.

Era el bellaco socarrón y mal hablado; y dijo que no era barro casarse, y que él no se había de casar a medio mogate. "¿No más de llegar y zas, candil? A osadas, que lo entiendo todo."

Saltó el licenciado, y díjole: "¡Gentil chirrichote! Danle una moza con mil relumbres, hija de sus padres, más rubia que las candelas, que no sabe lo que se tiene, hecha de cera, que le viene de molde, ¿y hácese de pencas? ¿Para qué es tanto lilao? sino a ojos cegarritas déjese de recancanillas y cásese, pues le viene muy ancho."

Atolondrado el novio, así como oyó decir que le vendría muy ancho, dijo: "¡Tras que me venga muy ancho ando yo! Déjenme que lo meteré todo a la venta de la zarza, y volveremos las nueces al cántaro."

Púsose el bribón más colorado que unas brasas; y dijo: "que llevado por bien, harían dél cera y pábilo, y que le diría todo lo que deseaba saber, sin faltar chichota."

El bergantón le dijo dos por tres que mentía; y si no

lo ha vuesa merced por enojo, se tornaron a envedijar y andaban al pelo.

El licenciado, que vió la baraúnda, echólo a doce. El hermanillo cascó la mollera al cuñado. Todos andaban hechos una pella y al estricote.

Pues vea aquí vuesa merced que si no es por la viuda, el licenciado paga el pato, con todo su apatusco. Él echaba de vicio, y ella cantaba la sorna, diciendo que más quería andarse a la flor del berro, y qué me sé yo.

En esto estaban a toca no toca, cuando a la zacapela que traía la gente bahuna, vino un alguacil en un santiamén y un escribano en volandas, respailando y dijeron, "que de atrás los traían sobre ojo, y que no dejarían de embocar la moza en la cárcel por todos los haberes del mundo, que bastaba la mueca."

El licenciado replicó que no se había de hacer todo cochite hervite. Mirábale de hito en hito el hermanillo. El escribano estaba con el ojo tan largo. "No estoy de gorja, dijo el padre, ni me mamo el dedo."

Empezó el maridillo a echar verbos: "¿Alguacil en mi casa?" Y en esto iba y venía. "Yo traigo un mandamiento tan gordo que no vengo a humo de pajas", dijo el escribano.

"¿Mandamiento?", dijo el licenciado; "no me lo harán en creyentes cuantos aran y cavan." Y sobre esto se batió el cobre lindamente.

Dijo el alguacil: "Yo no doy mi brazo a torcer." Replicó el hijo: "Ni yo me dejo agraviar en el blanco de la uña; y esta casa no es como quiera, y míreme a la cara. ¿Qué quería, llevarse de bóbilis bóbilis mi hacienda? Antes me dejaré hacer trizas; y advierta que no somos todos unos, y me mataré con mi padre en dos paletas, y me haré añicos."

"Arda Bayona, dijo el alguacil; que estoy ya hasta el gollete, y he de hacer mi oficio."

El escribano estaba de mampuesto, diciendo que no

le untásen el casco, que les pegaría a manteniente con la de rengo.

El hermano se fué rabo entre piernas, el maridillo echando chispas, y todos se quedaron en jolito. Entonces la moza habló al alguacil muy sobrepeine, y le aconsejó que no se anduviese regodeando, y que se acordase de la de marras, y que era todo fruslera, y que no había de tener más así que asado; que toda era gente honrada, escogida a moco de candil, y personas de chapa. El alguacil gritaba como un descosido, viendo que la mozuela le había dado entre ceja y ceja con la del martes; y tomó la hincha con ella. El escribano decía que no se la había de cubrir pelo. La madre y el padre, que se estaban a más y mejor, dijeron: "Esto va de rota; no hay sino hacer de las tripas corazón, y ojo al badil;" gritando: "No me hagan, que echaré por esos trigos, y a toda ley habe de tuyo."

"¿No ha de mediarse esto?" dijo el licenciado, viendo la escarapela. Empezaron todos a encogerse de hombros y a decir que se rugía cierta cosa; y que aunque no importaba un bledo, bastaba un run run y el qué dirán; y que si no se estorbaba, era fuerza que el alguacil llevase una tunda de coces.

Él no dijo esta boca es mía, y tieso que tieso. "Ahí me las den todas, decía el bribón; que en manos está el pandero, etc." No lo dijo a sordos, que se quemó de oírlo el escribano, y le dijo: "Para mí no son menester tantas arengas, que sé donde me aprieta el zapato; y lo que apuntó la señora lo tengo al cabo del trenzado; pero las razoncitas, yo las guardaré como oro en paño." Alegrósele la pajarilla al aguacil y dijo: "Yo los meteré en pretina, o podré poco." "Yo les haré, dijo el escribano, que me bailen el agua delante, y los dejaré en el pelo de la camisa; que no ha de ser todo cháncharras máncharras, y basta ya la trisca." Oyó el padre lo que trataban, y dijo: "Oxte; mas a mí no se me da un ardite, que ni temo ni debo, y al cabo habrá dello con dello."

"¿No daremos un corte en esto?" (dijo el licenciado), cuando a sabiends el mozuelo, muy remilgado y cariacontecido, dijo que "estaba entre dos aguas, y dos dedos de irse por este mundo adelante, en justos y en creyentes; que estaba cansado de traer los atabales a cuestas."

¿Quien fuiste tú, que tal dijiste? No es creíble la cólera del padre, pues llegándose a él, le asentó una tabalada. Él no chistó ni mistó. "Bergante (decía el viejo), téngote como cuerpo de rey, comiendo mil gollerías, dándote conejo por barba y perdices como tierra, y vino como agua, repapilado, y hecho un trompo, vestido a las mil maravillas, la casa como una colmena, ¿y tanto lilao? Mírame a la cara, que el casamiento se ha de hacer de haldas o de mangas. Quitáos de cuentos, y no andéis en tanto más cuanto, que se me va subiendo el humo a las narices, y conmigo no tendréis un si es no es."

Entre estas y estotras, entróse de claro en claro una fregona con un canastillo que se venía a los ojos, y unos bizcochos que saben que rabian, y yo me comía las manos tras ellos. Anduvimos a la arrebatiña, y no fueron vistos ni oídos. Traía un billete de la pupilera para el licenciado: diósele, y él dijo: "Hablen cartas y callen barbas. Aquí está quien no me dejará mentir." Y el papel decía ni más ni menos:

"Señor licenciado, ese belitre, que se hace el *tuau-*
"*tem* deste negocio, tiene muy malas manchas, y no le
"alcanza la sal al agua, y todo es carantoñas. Yo que-
"do la más amarga del mundo y echada por puertas;
"y sé que él y su mujer me están royendo los zan-
"cajos. Que les advierto que si no calla, le ha de costar
"la torta un pan; y que entiendo poco de filis; que
"no se ponga conmigo a tú por tú; y me crea que es-
"toy muy amostazada de ver que se haga zorrocloco,
"y nos venda bulas; que se guarde del diablo, que
"ahora es todo tortas y pan pintado; y que todo eso-
"tro es andarse por las ramas; y que por mal término

"no hay hacer carrera conmigo; que le veré la boca a "la pared, y no le daré una sed de agua."

Levantóse un remusgo, que hasta allí podía llegar, y daban todas diente con diente, y tiritaban de oír tales cosas.

El mozo se ciscó: mas ella se estaba repantigada a lo de mi suegro, como si fuera el padre, con mucho aquél. Juró que le había de dejar en porreta si no se casaba; y sobre esto porfiaron hasta tente bonete. El hijo decía que él había hecho cala y cata del negocio, que le habían de soñar; que por qué y por qué, no teniendo ellas cogijos, habían de obligarla a que las apeldase; que se iría con el alma en los dientes, y los llenaría de bote en bote de lo que eran todos; y añadió que ya el viejo estaba calamocano.

¿Calamocano dijiste? Fué un día de juicio, y sucediera muy mal si no se echara en chacota.

La mujercilla, que ya tenía asomos del negocio, más engolondrinada que otro tanto, empezó a hacer espavientos, y dijo que todo era así al pie de la letra; mas que no había de ser todo echa y derrueca, supuesto no habían de poder dar con ellos al traste, aunque los persiguiesen a banderas desplegadas; y que más valía que por bien se llevasen su buen por qué, y se dejasen de cuentos. El alguacil decía que les había de poner ras con ras la casa al menorete, hablando de talanquera, con mucho qué me sé yo. El escribano decía: "Yo callaré ahora, mas yo le daré caperuza." Cada uno mire por el virote (dijo el licenciado), pues ha de ir a todo moler; y no echen de vicio, que podría heder el negocio más aína que piensan".

El alguacil, que vió que el licenciado era de los del asa, y que todos los demás eran gente del gordillo, juzgó que el irse le venía a pedir de boca. Quitóse el sombrero, y ni paula ni maula, sino que viene y vase. El padre, que vió el mal recado, fuése tras él dando cosetadas, por malos de sus pecados; y esto dió una estampida terrible. "Ahí me las den todas," decía la viu-

da. Replicó el marido: "A mí no se me da un ardite, que con andar pie con bola me reiré de todos."

El bribón, que vió que esto iba de capa caída, y que iba de romanía, y que el mozuelo traía la soga arrastrando, y que la muchacha no era amiga de recancamusas, y que tenía garabato, díjola: "Aquí no hay sino sús, y alto a casar, que éstas son habas contadas".

La viuda, por una parte, no quiso estar a diente; por otra, viendo que el mozo se moría por sus pedazos, estuvo hecha de sal y muy donosa, diciendo de aquella boca, que daba grima. El maridillo cantó de plano, mientras el licenciado contemplaba en las musarañas. Mas no se le quedó por corta ni mal echada, y como tomó el negocio a pechos, dijo: "A mí se me quedaba en el tintero lo mejor"; y con mucha pausa se fué al padre y le dijo: "Acabemos con este mazacote, que no son menester tantas zarracaterías, ni andar templando gaitas. Cásese, que todos le bailaremos el agua delante, y no se meta en dibujos." Él, que vió que andaba ya de capa caída, dijo: "Una por una, yo me casaré; mas luego roeré el lazo", y otras mil patochadas.

Casóse, y aunque la boda se hizo a somormujo, todos se repapilaron. El padre le dió una linda tragantona con el dote; encajóle todos cuantos cachivaches tenía en casa, y si se quejaba, decía que hablaba adefesios, y que no se gobernase por su caletre, que se quedaría *in puribus* que era un maníaco. Y aunque calló entonces, después lloraba los quiries, y propuso de hablarle papo a papo, porque otra vez no se le subiese a las barbas.

Con estas cosas le metió las cabras en el corral, calla callando hizo su negocio, y el hermanillo le escuchaba hecho un bausan. Estaba en cuclillas detrás de la puerta la recién casada, oyendo al muchacho con la oreja tan larga y entró con un tropel de todos los diablos. Él, por lo que podía suceder, venía hecho un reloj. La mujercilla estaba de veinte y cinco alfileres, y le dijo para qué se metía de gorra.

"Déjense de filaterías, que una por una ya están casados, dijo el licenciado, y si hablamos más, nos echará el gato a las barbas, y volveremos las nueces al cántaro".

"Libertad me *fecit*, dijo el hermanillo".

Y con esto se fueron todos a la deshilada, con muy grandes cogijos, sin respectar el *coranvobis* del padre, que daba gracias a Dios de ver acabada tan grande carambola.

8.-LA PROSA EPISTOLAR EN EL SIGLO XVII

ANTONIO DE SOLIS

CARTA

AL REY D. CARLOS II, DEDICÁNDOLE SU "HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO

Señor: llamó la venerable antigüedad libros de reyes a las historias, o porque se componen de sus acciones y sucesos, o porque su principal enseñanza mira derechamente a las artes del reinar, pues se colige de la variedad de sus ejemplos, lo que puede recelar la prudencia y lo que debe abrazar la imitación: de cuyo principio nace que la noble osadía de los escritores que dedican sus obras a los grandes reyes, sea menos culpable o más generosa en los historiadores, que, sin disputar su estimación en las demás facultades, tienen por suyo el magisterio de los mayores oyentes.

Estas congruencias, señor, me han sido necesarias para vencer el miedo reverente con que pongo a los reales pies de V. M. esta primera conquista de la Nueva España, que andaba obscurecida o maltratada en diferentes autores, siendo una empresa de inauditas circunstancias, que admiró entonces el mundo, y dura sin perder la novedad en la memoria de los hombres, hallándose tan aplaudida o tan satisfecha de su fama, que

se atreve hoy a no desmerecer la real protección de V. M., como no desmereció entonces los favores del cielo, que alguna vez dispensó en su defensa de los fueros del poder ordinario, mitigando, al parecer, lo imposible con lo milagroso.

Los sucesos de que se compone su narración, dan motivo a diferentes reflexiones políticas y militares: una conquista que importó a V. M. no menos que un imperio, y se consiguió dejando a la posteridad varios ejemplos de lo que pueden contra las dificultades el valor y el entendimiento; una monarquía de príncipes bárbaros, que se dilató sin otro derecho que el de la guerra, y se perdió a fuerza de tiranías, cuya desolación, mirada como castigo de atrocidades, inclina la voluntad a las virtudes contrarias, pues habla también con los reyes justos la ruina de los tiranos; y no faltan motivos que inducen a la imitación, para mayor ejercicio de la prudencia, pues hallará V. M. en la Historia de Nueva España un campo muy dilatado en que seguir las huellas de sus gloriosos progenitores, que miraron siempre la conservación de aquellos indios, y la conservación de aquella gentileza, como la principal riqueza que se pudo esperar de las Indias.

Pero no es mi ánimo que V. M. se digne de conceder el oído a las advertencias de una lección que habrá perdido parte de su grandeza en las negligencias de mi pluma: sólo aspiro a que V. M. me permita su nombre para ilustrar la frente de mi libro, y no sin algún título que da bastante razón a mi disculpa, pues se debe a V. M. cuanto escriben sus cronistas, y yo pago con este corto caudal de mis estudios la deuda de mi profesión, deuda en cuyo reconocimiento desea manifestarse mi humildad, y puede mal encubrirse mi ambición, pues busco para su desempeño la gloria de tan alto patrocinio, y hallo en la sombra de V. M. todo el esplendor que falta en mis escritos.

Guarde Dios la real católica persona de V. M. como la cristiandad ha menester. — *D. Antonio de Solís.*

SIGLO XVI

El siglo XVI tiene una importancia considerable en la evolución de las letras castellanas, pues en sus comienzos se realiza la transformación de la literatura de medieval en nacional, merced a la acción concordante y feliz de muchos factores, entre los cuales deben mencionarse en primera fila el influjo de las doctrinas del Renacimiento y el maravilloso perfeccionamiento del idioma.

Las obras en prosa *en general alcanzan en este siglo un desarrollo insuperable; y, entre las en verso, logra su mayor perfección conocida en España la* poesía Lírica. *En cambio la* Dramática, *destinada en el siglo XVII a tan brillante porvenir, apenas si consigue en los últimos años del presente fijar su molde definitivo, después de haber empleado los restantes en la serie de tanteos que debían llevarla desde las rudimentarias formas medievales, hasta la "Comedia" tal como llegó a salir de las manos de Lope.*

1.- LA NOVELA EN EL SIGLO XVI

[*Cuatro clases de novela se cultivaron simultánea o sucesivamente en el siglo XVI; la* caballeresca *en su primera mitad; la* pastoril *en la segunda y como sustituta de la primera ya agotada, la* picaresca, *la de más vitalidad de todas; y, por fin, la* historica, *destinada en el siglo XVI a encarnarse en un solo libro, o poco menos.*

Unicamente las últimas dos clases ofrecen verdadero interés].

I.- LA NOVELA PICARESCA

[*La época de su mayor desarrollo comprende los siglos XVI y XVII. Al ilustrar la historia de su evolución durante esta última centuria, ya tuvimos oportunidad de resumir sus rasgos esenciales.*]

ANÓNIMO

EL LAZARILLO DE TORMES

Lázaro y su primer amo

[*Es el* Lazarillo de Tormes, *obra publicada a mediados del siglo XVI y cuyo autor hasta la fecha permanece desconocido, la más antigua novela picaresca de la literatura castellana, y al mismo tiempo el más perfecto modelo conocido de esta clase de obras. Consta sólo de siete Capítulos, que el autor llama* Tratados.

En el fragmento transcrito, perteneciente al Primer Tratado, se toma al protagonista en el Mesón de la Solana, en Tejares, aldea de Salamanca en la cual aquél había nacido, y se narran luego parte de las aventuras de Lázaro, niño aún, con un ciego que fué su primer amo.]

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo servía para adiestralle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo, sino por hijo. Y así, le comencé a servir y adiestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí, y cuando nos hubimos de partir, yo fuí a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dió su bendición y dijo:

"—Hijo: ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto: válete por tí;" y así me fuí para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal y, allí puesto, me dijo:

"—Lázaro: llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él."

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

"—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo", y rió mucho la burla. Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba, y dije entre mí: "Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo estoy, y pensar cómo me sepa valer."

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza, y como me viese de buen ingenio, holgábale mucho y decía:

"—Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir muchos te mostraré"; y fué así, que después de Dios éste me dió la vida; y siendo ciego me alumbró y adiestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar a vuestra merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio. Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz; en su oficio era un águila; ciento y tantas oraciones sabía de coro; un tono bajo reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba, un rostro humilde y devoto que con muy buen continente ponía cuando rezaba sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende de esto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero: decía saber oraciones para muchos y diversos efectos; echaba pronósticos. Pues en caso de medicina, decía, Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión que luego no le decía: "Haced esto, haréis estotro, coced tal hierba, tomad tal raíz". Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente las mujeres, que cuanto les decía creían: déstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año. Mas también quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi; tanto, que me mataba a mí de hambre, y así no se remediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte,

que siempre, o las más de las veces, me cabía lo más y mejor.

Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo. Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro, y su candado y su llave, y al meter de las cosas y sacarlas, era con tan gran vigilancia y tanto por contadero, que no bastara hombre en todo el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces de un lado del fardel descosia y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando, no por tasa, pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas, y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca, y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

"—¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca, y un maravedí hartas veces me pagaban? En tí debe estar esta desdicha".

También él abreviaba el rezar, y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que en yéndose el que la manbaba rezar, le tirase por cabo del capuz. Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo: "¿Mandan rezar tal y tal oración?", como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino a salvo nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido; mas no había piedra imán que trajese a sí el hierro como yo el vino con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y tapábale con la mano, y así bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla, y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo, y al tiempo de comer fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor de ella luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota que se perdía. Cuando el pobrete iba a beber, no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. "—No diréis, tío, que os lo bebo yo — decía —; pues no le quitáis de la mano". Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente, y cayó en la burla: mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido, y luego, otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de to-

mar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, y verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego; y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose, decía: "—¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud", y otros donaires, que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él; mas no lo hice tan presto por hacerlo más a mi salvo y provecho. Aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonarle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decía, por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: "—¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña." Santiguándose los que lo oían, decían: "—¡Mira quién pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad!"; y reían mucho el artificio, y decíanle: "—Castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habréis;" y él con aquello nunca otra cosa hacía.

Y en esto yo siempre le llevaba por los peores

caminos y adrede, por le hacer mal daño; si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto. Que aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrarme un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos; y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor. Y porque vea vuestra merced a cuánto se extendía el ingenio de este astuto ciego. contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dió bien a entender su gran astucia.

Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: "Más da el duro que el desnudo," y vinimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, a tercero día hacíamos San Juan. Acaeció, que llegando a un lugar que llaman Almorox, al tiempo que recogían las uvas, un vendimiador le dió un racimo dellas en limosna, y como suelen ir los cestos mal tratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano, para echarlo en el fardel tornábase mosto, y lo que a él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo:

"Ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo; partirlo hemos de esta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como ví que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él; mas aun pasaba adelante, dos a dos, y tres a tres, y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo:

"—Lázaro, engañado me has; juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres".

"—No comí — dije yo — ; mas ¿por qué sospecháis eso?"

Respondió el sagacísimo ciego:

"—¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres?: en que comía yo dos a dos, y callabas."

Reíme entre mí, y, aunque muchacho, noté mucho la discreta consideración del ciego.

2. - LA PROSA RELIGIOSA EN EL SIGLO XVI

FRAY LUIS DE GRANADA

DEL TERCERO TÍTULO POR QUE ESTAMOS OBLIGADOS A DIOS

(De la "Guía de Pecadores")

[*Refiriéndose al pasaje que va a leerse, escribe lo siguiente el crítico Azorín al transcribirlo: "¿De quién son las líneas copiadas? ¿De Ríos Rosas, de Alcalá Galiano, de Martos? ¿Serán de Castelar? A Castelar nos rememoran más que a otro alguno gran orador; al Castelar del discurso del Sinaí y del otro célebre discurso — uno de sus últimos discursos — en que terminaba deseando como anhelo supremo, ser enterrado en la tierra patria, para que sus labios estuvieran siempre, eternamente, en contacto con el sagrado suelo. Ese párrafo no es de Castelar, ni se ha escrito en el siglo XIX, sino en el XVI; pero tiene ya toda la amplitud, toda la elegancia, toda la flexibilidad de la prosa moderna."*]

Si tuvieses oídos para entender las voces de las criaturas, sin duda verías cómo todas ellas a una te dicen que ames a Dios, porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, por que tú amases y sirvieses por ti y por ellas al común Señor. El cielo dice: yo te alumbro de día y de noche con mis estrellas, porque no andes a oscuras, y te envío diversas in-

fluencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: yo te doy aliento de vida y te refresco, y templo el calor de las entrañas, para que no te consumas, y tengo en mí muchas diferencias de aves, para que deleiten tus ojos con su hermosura, y tus oídos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice: yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías a sus tiempos, y con los ríos y fuentes, para que te refresquen, y te crío infinitas diferencias de peces para que comas; riego tus sembrados y arboledas con que te sustentes, doyte camino breve y compendioso por los mares, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar las riquezas ajenas con las tuyas. Pues la tierra ¿qué dirá, que es la común madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las causas naturales? Esa pues también con mucha razón dirá: yo como madre te traigo a cuestas, yo te crío los mantenimientos, y te sustento con los frutos de mis entrañas; yo tengo tratos y comunicación con todos los elementos y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio; yo finalmente, como buena madre, ni en vida ni en muerte te desamparo; porque en vida te traigo a cuestas y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo, y te recibo en mi regazo. Finalmente todo el mundo a muy grandes voces te está diciendo: mira cuánto es lo que te amó mi Señor y Hacedor, que por ti crió a mí, y por él quiere que sirva a ti, porque tú sirvas y ames a aquel que crió a mí por ti, y a ti por sí.

3.-LA POESÍA LÍRICA EN EL SIGLO XVI

I.-LA ESCUELA SALMANTINA

FRAY LUIS DE LEÓN

LA INMORTALIDAD DEL ÁNIMA

A Felipe Ruiz

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo
contemplar la verdad pura sin velo?
Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.
Entonces veré cómo
el divino poder echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable eterno asiento,
posee el pesadísimo elemento.
Veré las inmortales

columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar airada
la Providencia tiene aprisionada.
Por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen,
do sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen.
De do manan las fuentes;
quién ceba, y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes;
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos.
Las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene;
de los rayos las fraguas:
do los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno dónde viene.
¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
el día se ennegrece,
sopla el gállego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano;
y entre las nubes mueve
su carro Dios ligero y reluciente,
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente.
La lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados;
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.
Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
así el arrebatado
como los naturales,

las causas de los hados, las señales.
Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos osas,
de bañarse en el mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno
fuente de vida y luz do se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene.
Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

EN LA CÁRCEL DONDE ESTUVO PRESO

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado,
dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso
con solo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa,
ni envidiado, ni envidioso.

II.-LA ESCUELA SEVILLANA

FERNANDO DE HERRERA

CANCIÓN AL SUEÑO

Süave sueño, tú que en tardo vuelo
las alas perezosas blandamente

bates, de adormideras coronado,
por el puro, adormido y vago cielo,
ven a la última parte de Occidente,
y de licor sagrado
baña mis ojos tristes; que cansado
y rendido al furor de mi tormento,
no admito algún sosiego,
y el dolor desconhorta el sufrimiento.
Ven a mi humilde ruego,
ven a mi ruego humilde, o amor de aquella
que Juno te ofreció tu ninfa bella.

Divino sueño, gloria de mortales,
regalo dulce al mísero afligido,
sueño amoroso, ven a quien espera
cesar del ejercicio de sus males
y al descanso volver todo sentido.
¿Cómo sufres que muera
lejos de su poder quien tuyo era?
¿No es dureza olvidar un solo pecho
en veladora pena
que, sin gozar del bien que al mundo has hecho,
de tu vigor se ajena?
Ven, sueño alegre, sueño, ven dichoso,
vuelve a mi alma ya, vuelve al reposo.

Sienta yo en tal estrecho tu grandeza,
baja y esparce líquido el rocío,
huya el alba que en torno resplandece:
mira mi ardiente llanto y mi tristeza,
y cuanta fuerza tiene el pesar mío,
y mi frente humedece;
que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
alas suenen ahora,
y huya con sus alas presurosas
la desabrida aurora:
y lo que en mí faltó la noche fría
termine la cercana luz del día.

Una corona, o sueño, de tus flores
ofrezco. Tú produce el blando efecto

en los desiertos cercos de mis ojos,
que el aire entretejido con olores
halaga, y ledo mueve en dulce afecto,
y de estos mis enojos
destierra, manso sueño, los despojos.
Ven, pues, amado sueño, tan liviano;
que del rico Oriente
despunta el tierno Febo el rayo cano.
Ven ya, sueño clemente,
y acabará el dolor: ¡así te vea
en brazos de tu cara Pasitea!

BALTASAR DEL ALCÁZAR

EPIGRAMA

No es delito contra el Papa
que os riáis, señor Centeno;
pero no tengo por bueno
que se ría vuestra capa.

Y si ropero que os fíe
otra capa no tenéis,
mejor será que lloréis
cuando la capa se ríe.

III.-LA ESCUELA ARAGONESA

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

SONETO

Tras importunas lluvias amanece,
coronando los montes, el sol claro;
salta del lecho el labrador avaro,
que las horas ociosas aborrece.
La torva frente al duro yugo ofrece
el animal que a Europa fué tan caro;
sale, de su familia firme amparo,

y los surcos solícito enriquece.
Vuelve de noche a su mujer honesta,
que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
y el enjambre de hijuelos le rodea.
Fáciles cosas cena con gran fiesta,
el sueño sin envidia le recibe:
¡Oh corte, oh confusión! ¿quién te desea?

A LA MUERTE

(SONETO)

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo sólo de mi adversa suerte.
Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
o el rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto;
el otro, sus riquezas descubiertas
con llave falsa o con violento insulto,
y déjale al amor sus glorias ciertas.

SONETO BURLESCO

Yo os quiero confesar, D. Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de Doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.
Pero también que me confieses quiero,
que es tanta la beldad de su mentira,
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.
¿Mas qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos

que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

BARTOLOMÈ LEONARDO DE ARGENSOLA

SONETO

Fabio, pensar que el Padre soberano
en esas rayas de la palma diestra
(que son arrugas de la piel) te muestra
los accidentes del discurso humano,
es beber con el vulgo el error vano
de la ignorancia, su común maestra;
bien que confieso que la suerte nuestra,
mala o buena, la puso en nuestra mano.
Di, ¿quién te estorbará el ser rey, si vives
sin envidiar la suerte de los reyes,
tan contento y pacífico en la tuya,
que estén ociosas para tí sus leyes,
y cualquier novedad que el cielo influya
como cosa ordinaria la recibes?

IV.- LOS PETRARQUISTAS Ó ITALIANIZANTES

GARCILASO DE LA VEGA

CANCIÓN TERCERA

[*Este hermosísima Canción, una de las más armoniosas de la lengua castellana, fué escrita por Garcilaso en la época de su confinamiento en el Danubio.*]

Con un manso ruído
de agua coriente y clara,
cerca el Danubio una isla, que pudiera
ser lugar escogido

para que descansara
quien como yo estó agora, ni estuviera;
do siempre primavera
parece en la verdura
sembrada de las flores;
hacen los ruiseñores
renovar el placer o la tristura
con sus blandas querellas,
que nunca día ni noche cesan dellas.
Aquí estuve yo puesto,
o por mejor decillo,
preso, forzado y solo en tierra ajena;
bien pueden hacer esto
en que pueden sufrillo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sólo una pena,
si muero desterrado
y en tanta desventura,
que piensen por ventura
que juntos tantos males me han llevado;
y sé yo bien que muero
por sólo aquello que morir espero.
El cuerpo está en poder
y en manos de quien puede
hacer a su placer lo que quisiere;
mas no podrá hacer
que mal librado quede,
mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere
y la postrera suerte,
aquí me ha de hallar,
en el mismo lugar;
que otra cosa más dura que la muerte
me hallo y me ha hallado;
y esto sabe muy bien quien lo ha probado.
No es necesario agora
hablar más sin provecho,
que es mi necesidad muy apretada;

pues ha sido en un hora
todo aquello deshecho
en que toda mi vida fué gastada.
Y al fin de tal jornada
¿presumen espantarme?
Sepan que ya no puedo
morir sino sin miedo;
que aun nunca qué temer quiso dejarme
la desventura mía,
que el bien y el miedo me quitó en un día.
Danubio, río divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo,
pues no hay otro camino
por donde mis razones
vayan fuera de aquí, sino corriendo
por tus aguas, y siendo
en ellas anegadas;
si en tierra tan ajena
en la desierta arena
fueron de alguno acaso en fin halladas,
entiérrelas siquiera,
porque su error se acabe en tu ribera.
Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte;
que yo he mirado bien lo que te toca.
Menos vida tuvieras
si hubieras de igualarte
con otras que se me han muerto en la boca.
Quien tiene culpa desto,
allá lo entenderás de mí muy presto.

4.- LA POESÍA ÉPICA EN EL SIGLO XVI

ALONSO DE ERCILLA

(1533-1594)

Es Alonso de Ercilla el más importante de los autores épicos literarios de Castilla. Nació en Madrid, y a los veintidós años se embarcó con rumbo a Chile, para tomar parte en la guerra contra los Araucanos, donde se distinguió. Allí terminó su carrera a causa de un duelo con otro oficial, y volvió a Europa en 1562. *En* 1571 *se le hizo caballero de Santiago, y después se le nombró censor literario; pero él no se conformaba con su suerte y aspiraba a más, aunque murió sin conseguirlo.*

Cuando volvió Ercilla de América, ya tenía escritos los quince primeros cantos de un poema épico llamado La Araucana, *donde se trataba de la guerra contra los indios, y que dió a la publicidad en* 1569. *Más tarde, de* 1578 *a* 1590, *siguió el poeta escribiendo y publicando nuevos cantos, hasta llevar su número a treinta y siete, aunque en realidad sin alcanzar el nivel literario ni el interés logrado en los quince cantos iniciales.*

CAUPOLICÁN ES ELEGIDO PARA MANDAR A LOS ARAUCANOS

(Del Canto II de "La Araucana")

[*En las* 38 *primeras octavas de este Canto se refiere primero cómo resolvieron los indios vengarse de los españoles invasores, y el tumulto producido en la asamblea de caciques de aquéllos cuando se trató de designar el capitán que había de conducirlos; luego se introduce al viejo Colocolo, quien pronuncia un hermoso discurso, en el cual propone sea tenido por jefe:*

...quien más un gran madero
sustentare en el hombro sin pararse.

Tras esto, y con la octava 39.ª, comienza la descripción de la prueba propuesta por Colocolo.]

Pues el madero súbito traído
(no me atrevo a decir lo que pesaba)
era un macizo líbano fornido,
que con dificultad se rodeaba:
Paicabi le aferró menos sufrido,
y en los valientes hombros le afirmaba:
seis horas lo sostuvo aquel membrudo;
pero llegar a siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,
de ser el más valiente confiado,
y encima de los altos hombros puesto,
lo deja, a las cinco horas de cansado.
Gualemo lo probó, joven dispuesto,
mas no pasó de allí; y esto acabado,
Ongol el grueso leño tomó luego:
duró seis horas largas en el juego.

Puren tras él lo trujo medio día,
y el esforzado Ongolmo más de medio,
y cuatro horas y media Lebopía,
que de sufrirle más no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traía,
el cual jamás en todo este comedio
dejó de andar acá y allá saltando,
hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura a la prueba se previene,
y en sustentar el líbano trabaja.
A nueve horas dejarle le conviene,
que no pudiera más, si fuera paja.
Tucapelo catorce lo sostiene,
encareciendo todos la ventaja;
pero en esto Lincoya apercibido
mudó en un gran silencio aquel ruïdo

De los hombros el manto derribando,
las terribles espaldas descubría.

y el duro y grave leño levantando
sobre el fornido asiento lo ponía:
corre ligero aquí y allí, mostrando
que poco aquella carga le impedía:
era de sol a sol el día pasado,
y el peso sustentaba, aun no cansado.

Venía aprisa la noche, aborrecida
por la ausencia del sol; pero Diana
les daba claridad con su salida,
mostrándose a tal tiempo más lozana:
Lincoya con la carga no convida,
aunque ya despuntaba la mañana,
hasta que llegó el sol al medio cielo,
que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
que no quedase atónita de espanto,
creyendo no haber hombre tan potente
que la pesada carga sufra tanto:
la ventaja le daban juntamente
con el gobierno, mando, y todo cuanto
a digno general era debido,
hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro, contento
de haberse más que todos señalado,
cuando Caupolicán a aquel asiento
sin gente a la ligera había llegado.
Tenía un ojo sin luz de nacimiento,
como un fino granate colorado;
pero lo que en la vista le faltaba,
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
varón de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso, justiciero:
de cuerpo grande y relevado pecho,
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en casos de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
aunque no sé si todos se alegraron:
el caso en esta suma referido
por su término y puntos le contaron:
viendo que Apolo ya se había escondido,
en el profundo mar, determinaron
que la prueba de aquél se dilatase
hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía,
que causó esta venida entre la gente;
cual se atiene a Lincoya, y cual decía
que es el Caupolicano más valiente:
apuestas en favor y contra había;
otros sin apostar, dudosamente
hacia el oriente vueltos aguardaban
si los febeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
las nubes a bordar de mil labores,
y a la usada labranza despertaba
la miserable gente y labradores:
ya a los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
cuando Caupolicán viene a la prueba.

Con un desdén y muestra confiada,
asiendo del tronco duro y ñudoso,
como si fuera vara delicada,
se le pone en el hombro poderoso:
la gente enmudeció maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
la color a Lincoya se le muda,
poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz de espacio andaba,
y a toda prisa entraba el claro día;
el sol las largas sombras acortaba,
mas él nunca decrece en su porfía:
al ocaso la luz se retiraba,
ni por esto flaqueza en él había:

las estrellas se muestran claramente,
y no muestra cansancio aquel valiente.
Salió la clara luna a ver la fiesta
del tenebroso albergue húmido y frío,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo, lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta;
antes con nueva fuerza y mayor brío
se mueve y representa de manera,
como si peso alguno no trujera.
Por entre dos altísimos ejidos
la esposa de Titón ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos,
que de la fresca helada sacudía,
con que a los mustios prados florecidos
con el húmido humor reverdecía,
y quedaba engastado así en las flores,
cual perlas entre piedras de colores.
El carro de Faetón sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado:
sus sombras van los montes recogiendo
de la vista del sol; y el esforzado
varón el grave peso sosteniendo,
acá y allá se mueve no cansado,
aunque otra vez la negra sombra espesa
tornaba a parecer, corriendo apriesa.
La luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba:
al fin, turbia, encendida y perezosa,
de rostro y luz escasa se mostraba:
paróse al medio curso más hermosa
a ver la extraña prueba en qué paraba;
y viéndola en el punto y ser primero,
se derribó en el ártico hemisfero.
Y el bárbaro en el hombro la gran viga
sin muestra de mudanza y pesadumbre,
venciendo con esfuerzo la fatiga,
y creciendo la fuerza por costumbre.

Apolo, en seguimiento de su amiga,
tendido había los rayos de su lumbre;
y el hijo de Leocán en el semblante
más firme que al principio y más constante.
Era salido el sol cuando el enorme
peso de las espaldas despedía,
y un salto dió, en lanzándole, disforme;
mostrando que aun más ánimo tenía:
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia, y le decía:
sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grave carga que tomamos.

5.- LA HISTORIA EN EL SIGLO XVI

DIEGO HURTADO DE MENDOZA

EL DUQUE DE ARCOS EN CALALUI

(De la "Guerra de Granada")

[*Evocación, inspirada en Tácito, del desastre sufrido por los cristianos en* 1501].

El Duque mandó apercibir la gente de la Andalucía y de los señores de ella, de a pie y de a caballo, con vitualla para quince días, que era lo que parecía que bastase para dar fin a esta guerra. En el entretanto que la gente se juntaba, le vino voluntad de ver y reconocer el fuerte de Calalui, en Sierra Bermeja, que los moros llamaban Gebalhamar, adonde en tiempos pasados se perdieron don Alonso de Aguilar y el Conde de Ureña: don Alonso señalado capitán y ambos grandes príncipes entre los andaluces; el de Ureña abuelo suyo de parte de su madre, y don Alonso bisabuelo de su mujer.

Salió de Casares descubriendo y asegurando los pasos de la montaña, previsión necesaria por la poca seguridad en acontecimientos de guerra y poca certeza de la fortuna. Comenzaron a subir la sierra, donde se decía que los cuerpos habían quedado sin sepultura; triste y aborrecible vista y memoria. Había entre los que miraban nietos y descendientes de los muertos o personas que por oídas conocían ya los lugares desdichados.

Lo primero dieron en la parte donde paró la vanguardia con su capitán por la oscuridad de la noche, lugar harto extendido y sin más fortificación que la natural, entre el pie de la montaña y el alojamiento de los moros. Blanqueaban calaveras de hombres y huesos de caballos, amontonados, desparcidos, según, cómo y dónde habían parado; pedazos de armas, frenos, despojos de jaeces. Vieron más adelante el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecían pocas y bajas y aportilladas. Iban señalando los pláticos de la tierra dónde habían caído oficiales, capitanes y gente particular; referían cómo y dónde se salvaron los que quedaron vivos, y entre ellos el Conde de Ureña y Don Pedro de Aguilar, hijo mayor de Don Alonso; en qué lugar y dónde se retrajo Don Alonso y se defendía entre dos peñas; la herida que el Ferí, cabeza de los moros, le dió primero en la cabeza y después en el pecho, con que cayó; las palabras que le dijo andando a brazos: *¡Yo soy Don Alonso!;* las que el Ferí le respondió cuando le hería: *Tú eres Don Alonso, mas yo soy el Ferí de Benestepar,* y que no fueron tan desdichadas las heridas que dió Don Alonso como las que recibió; dónde mataron los capitanes rendidos, dónde tomaron los estandartes, dónde los despedazaron y escarnecieron; cómo lloraron a Don Alonso amigos y enemigos. Mas en aquel punto renovaron los soldados el sentimiento; gente desagradecida sino en las lágrimas. Mandó el general hacer memoria por los muertos, y rogaron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, inciertos si rogaban por deudos o por extraños, y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.

Vista la importancia del lugar si los enemigos lo ocupasen, envió dende a poco el Duque una bandera de infantería que entrase en el fuerte y lo guardase. Vino en este tiempo resolución del Rey que concedía a los moros cuasi todo lo que le pedían, que tocaba al provecho dellos, y comenzaron algunos a reducirse.

6.=TRATADOS DOCTRINALES EN PROSA DEL SIGLO XVI

ANTONIO DE GUEVARA

(m. 1545)

No se sabe si en 1475 *o en* 1480, *nació este autor en Treceño, lugar de las Asturias de Santillana, hoy provincia de Santander. Sus padres eran nobles y desde niño lo llevaron a la Corte donde la educación recibida en compañía de otros jóvenes de la nobleza, el ambiente y sus personales condiciones, hicieron de él un cortesano perfecto.*

Después de la muerte del Príncipe D. Juan, su amigo, y de la Reina Isabel, entró en la Orden de San Francisco, donde no tardó en descollar como predicador y hombre de experiencia, al extremo de hacerle Carlos V cronista y predicador de la Corte. En 1523 *entró en el Consejo de la Inquisición de Toledo; fué después inquisidor en Valencia y Granada, y Obispo de Guadix en* 1528. *Estuvo en Túnez y luego en Italia con el Emperador. En* 1537 *pasó a ser Obispo de Mondoñedo en Galicia, y allí murió en* 1545.

Sus principales obras son el Marco Aurelio, *la novela* Reloj de Príncipes, *donde intenta retratar al gobernante ejemplar, un volumen de* Epístolas Familiares, *muy celebradas en su tiempo, y el tratado* Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea, *donde opone a los inconvenientes de la vida cortesana los encantos de la paz aldeana.*

MENOSPRECIO DE CORTE Y ALABANZA DE ALDEA

Capítulo v

Que la vida de la aldea es más quieta y más privilegiada que la vida de la corte

Es privilegio de aldea que en ella no viva ni pueda vivir, ni se llame ni se pueda llamar ningún hombre aposentador de rey ni de señor, sino que libremente more cada uno en la casa que heredó de sus pasados o compró con sus dineros, y esto sin que ningún alguacil le divida la casa ni aun le parta la ropa. No gozan deste privilegio los que andan en las cortes y viven en grandes pueblos; porque allí les toman las cosas, parten los aposentos, dividen la ropa, escogen los huéspedes, hacen atajos, hurtan la leña, talan la huerta, quiebran las puertas, derruecan los pesebres, levantan los suelos, ensucian el pozo, quiebran las pilas, pierden las llaves, pintan las paredes y aun les sonsacan las hijas. ¡Oh, cuán bienaventurado es aquel a quien cupo en suerte de tener qué comer en aldea!; porque el tal no andará por tierras extrañas, no mudará posadas todos los días, no conocerá condiciones nuevas, no sacará cédula para nómina, no tendrá que servir aposentadores, no buscará posada cabe palacio, no reñirá sobre el partir la casa, no dará prendas para que le fíen ropa, no alquilará camas para los criados, no adobará pesebre para las bestias ni dará estrenas a sus huéspedas. No sabe lo que tiene el que casa de suyo tiene; porque mudar cada año regiones y cada día condiciones es un trabajo intolerable y un tributo insufrible.

Es privilegio de aldea que el hidalgo u hombre rico que en ella viviere sea el mejor de los buenos, o uno de los mejores, lo cual no puede ser en la corte o en los grandes pueblos; porque allí hay otros muchos que

le exceden en tener más riquezas, en andar más acompañados, en sacar mejores libreas, en preciarse de mejor sangre, en tener más parentela, en poder más en la república, en darse más a negocios y aun en ser muy más valerosos. Julio César decía que más quería ser en una aldea el primero que en Roma el segundo. Osaríamos decir y aun afirmar que para los hombres que tienen los pensamientos altos y la fortuna baja les sería más honra y provecho vivir en aldea honrados que no en la ciudad abatidos. La diferencia que va de morar en lugar pequeño o grande es que en el aldea verás a muchos pobres a quien tengas mancilla y en la ciudad o corte verás a muchos ricos a quien tengas envidia.

Es privilegio de aldea que cada uno goce en ella de sus tierras, de sus casas y de sus haciendas; porque allí no tienen gastos extravagantes, sino que crían sus hijas, doctrinan sus hijos, hónranse con sus deudos y son allí padres de todos. No tiene poca bienaventuranza el que vive contento en el aldea; porque vive más quieto y menos importunado, vive en provecho suyo y no en daño de otro, vive como es obligado y no como es inclinado, vive conforme a razón y no según opinión, vive con lo que gana y no con lo que roba, vive como quien teme morir y no como quien espera siempre vivir. En el aldea no hay ventanas que sojuzguen tu casa, no hay gente que te dé codazos, no hay caballos que te atropellen, no hay pajes que te griten, no hay hachas que te enceren, no hay justicias que te atemoricen, no hay señores que te precedan, no hay ruidos que te espanten, no hay alguaciles que te desarmen, y, lo que es mejor de todo, que no hay truhanes que te cohechen.

Es privilegio de aldea que para todas estas cosas haya en ella tiempo cuando el tiempo es bien repartido; y parece esto ser verdad en que hay tiempo para leer en un libro, para rezar en unas horas, para oir misa en la iglesia, para ir a visitar los enfermos, para irse a caza a los campos, para holgarse con los amigos, para

pasearse por las eras, para ir a ver el ganado, para comer, si quisieren, temprano, para jugar un rato al triunfo, para dormir la siesta y aun para jugar a la ballesta. No gozan de este privilegio los que en las cortes andan y en los grandes pueblos viven; porque allí lo más del tiempo se les pasa en visitar, en pleitear, en negociar, en trampear y aun a las veces en suspirar. Como dijesen al emperador Augusto que un romano muy entremetido era muerto, dicen que dijo: "Según le faltaba tiempo a Bíbulo para negociar, no sé cómo tuvo espacio para se morir."

Es privilegio de aldea que el que tuviere algunas viñas goce muy a su contento de ellas, lo cual parece ser verdad en que toman muy gran recreación en verlas plantar, verlas binar, verlas cubrir, verlas cercar, verlas bardar, verlas regar, verlas estercolar, verlas podar, verlas sarmentar, y sobre todo, en verlas vendimiar. El que mora en el aldea toma también muy gran gusto en gozar la brasa de las cepas, en calentarse a la llama de los manojos, en hacer una tinada de ellos, en comer de las uvas tempranas, en hacer arrope para casa, en colgar uvas para el invierno, en echar orujo a las palomas, en hacer una aguapié para los mozos, en guardar una tinaja aparte, en añejar alguna cuba de añejo, en presentar un cuero al amigo, en vender muy bien una cuba, en beber de su propia bodega, y sobre todo, en no echar mano a la bolsa para enviar por vino a la taberna. Los que moran fuera del aldea no tienen manojos que guardar, ni cepas que quemar, ni uvas que colgar, ni vino que beber, ni aun arrope que gustar; y si algo de esto quieren tener, a peso de oro lo han de comprar.

Es privilegio de aldea que todos los aldeanos se puedan andar por toda la aldea solos sin que caigan en caso de hermandad, ni pierdan cosa de su gravedad. No poco, sino mucho es bienaventurado el que vive en el aldea, pues no ha menester escuderos que le acompañen, mozos que tengan la mula, paje que le traiga la capa de agua, otro paje que le lleve el sombrero, ropas

de martas que traiga el invierno, rasos de Florencia para traer el verano; y lo que más es de todo, que si el aldea es algo pequeña, no sólo se puede ir por ella paseando, mas aun cantando. No sólo el marido, mas aun la mujer es en la aldea privilegiada; la cual no tiene necesidad de quien lleve la falda, de poner estrado en la iglesia, de enviar delante sí el almohada, de llevar consigo ama y doncella, de escudero que la lleve de brazo, de paje que le dé las horas ni de bachiller que lleve a los hijos; aunque no dejaremos de decir que son algunas tan locas y vanas que tan galanas se quieren poner en el aldea delante las labradoras como si fuesen a palacio a ver las damas. El bien del aldea es que por solo y desacompañado que vaya uno a visitar al vecino, a oír su misa, a podar la viña, a ver la heredad, a reconocer el ganado y a requerir al yuguero, granjea su hacienda y no pierde nada de su honra.

Es privilegio de aldea que cada vecino se pueda andar no solamente solo, mas aún sin capa y sin manteo, es a saber, una varilla en la mano, o puestos los pulgares en la cinta o vueltas las manos atrás. No pequeña, sino grande es la libertad del aldea, en que si uno no quiere traer calzas trae zaragüelles; si no quiere traer capa ándase en cuerpo; si le congoja el jubón, afloja las agujetas; si ha calor, ándase sin gorra; si ha frío, vístese un zamarro; si llueve mucho, embístese un capote; si le pesa el sayo, ándase en calzas y jubón; si hace lodos, cálzase unos zancos; y si ha algún arroyo, sáltale con un palo. El pobre hidalgo que en el aldea alcanza a tener un sayo de paño recio, un capuz cerrado, un sombrero bueno, unos guantes de sobreaño, unos borceguíes domingueros y unos pantuflos no rotos, tan hinchado va él a la iglesia con aquellas ropas como irá un señor aforrado de martas. No gozan deste privilegio los que moran en la villa o ciudad; porque allí acontece el marido no salir de casa por tener la capa raída y la mujer no ir a misa por falta de ama.

Es privilegio de aldea que cada uno se pueda andar

en ella no solamente solo y en cuerpo, más aun a pie caminar o pasear sin tener mula ni mantener caballo. El que en el aldea vive y anda a pie ahorra de buscar potro, de comprar mula, de buscar mozo, de hacerla almohazar, de tusarle las crines, de comprar guarniciones, de adobar frenos, de henchir sillas, de guardar las espuelas, de remendar los aciones, de herrarla cada mes, de darle verde, de encerrar paja, de ensilar cebada y aun de adobar pesebres. Todas estas menudencias para un pobre hidalgo no sólo son enojosas, mas aún costosas; el gasto de las cuales se siente todas las veces que se echa mano a la bolsa o se habla de casar una hija. No es de pasar entre renglones lo que hace un pobre hidalgo cuando va a la villa a mercado. Él se viste un largo capuz, se reboza una toca casera, se encasqueta un sombrero viejo, se pone unas espuelas jinetas, se calza los borceguíes del domingo, alquila una borrica a su vecino, vase en ella caballero, lleva los pies metidos en las alforjas, en la mano un palo con que la aguija, y lo mejor de todo es que a los que le topan dice que tiene el caballo enclavado y a los del mercado dice que lo deja en el mesón del puente arrendado. Ya que vuelve al aldea, dice a sus vecinos que fué a la ciudad a visitar un enfermo, o a rogar por un preso, o a hacer ver un pleito o a poner en precio un potro, o a sacar seda y paño, o a cobrar el tercio de sueldo, como sea verdad que lleve las alforjas llenas de verdura para la olla, de sal para la casa, de calzado para la gente, de aceite para el viernes, de candelas para la cena, y no será mucho lleve alguna podadera para podar su viña. A los lectores de esta escritura ruego que más lo noten que lo rían esto que aquí hemos dicho, pues le es más sano consejo al pobre hidalgo ir a buscar de comer en una borrica que no andar hambreando en un caballo.

7.-EL GÈNERO EPISTOLAR EN EL SIGLO XVI

ANTONIO PÉREZ

(1540-1611)

Este célebre político, notable por sus escritos y las circunstancias de su vida, se educó en Alcalá y en Italia, donde llegó a adquirir una vasta cultura, especialmente en letras sagradas y latinas. Ocupó el puesto de Secretario de Felipe II, cuya confianza llegó a captarse, a pesar de lo difícil de tal empresa. Mas caído en desgracia, sufrió una larga prisión de once años y fué condenado a muerte. Gracias a la ayuda de su mujer, Juana Coello, pudo sin embargo huir, y se refugió en Zaragoza, donde se produjo un alzamiento popular cuando Felipe II quiso hacerle conducir de nuevo a Madrid. Puso fin Antonio Pérez a estas zozobras huyendo a Francia, donde pasó el resto de su vida protegido por Enrique IV, y murió en París.

Son notables sus Relaciones, *en las cuales trata de su conducta política, y muy especialmente sus numerosas* Cartas, *sobre los más diversos asuntos, dirigidas a multitud de personas en diferentes momentos de su vida.*

CARTA

A Francisco Lercaro

No quiero consentir que el cuento que yo referí el otro día a aquel amigo de vuestra señoría y mío, tratando de la liberalidad, se atribuya a otro que al dueño de él, el duque de Sesa, por descargo mío; porque

la restitución se debe en las cosas del entendimiento, como en las demás. Del duque de Sesa fué el nieto del Gran Capitán, muy nieto de tal abuelo; el que fué gobernador de Milán y capitán general por aquellas partes en las guerras entre Enrique y Felipe, segundos reyes de Francia y España; el duque de Sesa, aquel señor de los grandes de Castilla, grande en la liberalidad, con muchas otras virtudes. Tan liberal, que tocó en el extremo, como dicen, de lo cuerdo; porque se habla que consumió cien mil escudos de renta que le dejó el Gran Capitán en vasallos y villas en el reino de Nápoles. No sé si hice bien en decir que consumió ni que tocó en el extremo, pues no sé si merece más gloria el abuelo por haber dejado aquellos bienes con los méritos de su valor en la guerra, que el nieto en haberlos distribuído entre soldados en servicio de su rey y autoridad y lustre de los cargos que le encomendó. Vengo al cuento: por mi gusto se lo repetiré a vuestra señoría yo también. Este tal señor vino a verse en tanta necesidad respecto de su grandeza de estado y ánimo, que fué menester ser ayudado del Rey mi amo, en la vejez. Mandó que se viese en consejo de Estado qué se haría con el Duque. Eran sus consejeros el duque de Feria, viejo, el prior D. Antonio de Toledo, cuñado del duque de Alba, el de Flandes, el príncipe Ruy-Gómez de Silva, el cardenal Espínola, aquel que privó un rato dos o tres años como relámpago, relámpago en lo que resplandeció en todas partes, en lo que ofuscó las gentes y ministerios de todos, en lo que pasó presto. Nombrólos por lo que dijeron los tres antes del tratar del socorro del duque y porque el cuarto contradecía por la enfermedad natural a aquella profesión, que era letrado, contra el estado noble. Fué, parece, de compasión, dijeron, esta comisión; y cierto que es gloriosa, y a que se puede tener envidia. Resolvió que el Rey le debía dar dos mil escudos de socorro, para su plato al mes, pero secretamente. Esto por la calidad del Duque cada mes, porque no

los diese en una hora: tal era el ánimo del hombre. Dióme el Rey a mí el cargo que cada primer día del mes se los enviase en oro a la cama, cuando estuviese a solas. Envióme a pedir una vez que le diese tres o cuatro meses juntos. Respondíle: Señor, no puedo; que el Rey me ha mandado que os lo dé cada mes por conocer vuestra enfermedad.

El Duque, con alguna cólera amigable, dijo: Paciencia, señor Antonio; que no va, viene, y al fin al fin he probado que puede ser liberal el pobre como el rico. Cuando tenía dar, lo daba; cuando no, doy a los que deseo dar, el dolor de no poderles dar, y los tengo por tan míos a éstos como a los otros, y ellos a mí no por menos que entonces. Premio y fruto de la liberalidad; que acabadas sus fuerzas, aun muerta obre. Este es el cuento que referí, y el Duque de Sesa el dueño de él y de tal virtud, y verdadero dueño de sus bienes; que otros son siervos de ellos.

FIN DEL TEXTO DE LECTURA

ÍNDICE

PÁGINAS

PRÓLOGO 5

ELEMENTOS DE SINTAXIS

Sección primera: concepto, partes e importancia de la Sintaxis y otras nociones previas

CAPÍTULO I. — *Concepto, partes e importancia de la Sintaxis.* — Concepto — Sintaxis regular y Sintaxis figurada. División de la Sintaxis regular: Concordancia, Régimen y Construcción — División del presente curso — Importancia de la Sintaxis 7

CAPÍTULO II. — *Otras nociones previas.* — De la frase —De la oración o proposición — Sujeto y atributo gramaticales — Sujeto y atributo lógicos — Los complementos — Análisis lógico de la preposición y su representación gráfica — Clasificación de las oraciones — De la cláusula — Su división — Análisis de la cláusula — De los casos en la oración y en la cláusula — Del período — Clasificación — Análisis del período 10

Sección segunda: Sintaxis especial

Libro Primero: Sintaxis Regular

CAPÍTULO I. — *Concordancia.* — Concepto y definición — Concordancia regular de sujeto y verbo, y excepciones más usuales — Concordancia regular de sustantivo y adjetivo, y excepciones más usuales — Aparentes anomalías — Concordancia de relativo y antecedente . . 47

PÁGINAS

CAPÍTULO II. — *Régimen.* — Concepto del Régimen — — Palabras regentes, regidas y medios de régimen — Clases — Valor de la preposición en el Régimen — Diversos regímenes — Régimen del sustantivo — Régimen del adjetivo — Régimen del verbo — Régimen de los complementos directos por el verbo: uso de la preposición *a* con acusativo — Régimen de los complementos indirectos — Régimen de los complementos circunstanciales: verbos cuyo régimen reclama preposiciones determinadas — Régimen de las oraciones complementarias por el verbo: los modos y los tiempos en los verbos regentes y los regidos — Régimen del gerundio — Régimen del participio — Régimen del adverbio — Observaciones especiales sobre algunos regímenes 83

CAPÍTULO III. — *Construcción.* — Concepto — Orden lógico y cantidad normal de las palabras en la construcción regular — De la Construcción regular en las oraciones, las cláusulas y el período — Construcciones que no pueden alterarse — Construcción del verbo con los pronombres personales 109

Libro Segundo: Sintaxis Figurada

CAPÍTULO UNICO. — *De las Figuras de Sintaxis.* — Hipérbaton — Elipsis — Pleonasmo — Anacoluto — Silepsis — Enálage 117

Libro Tercero: Vicios de Sintaxis

CAPÍTULO UNICO. — *Definición y clases de los Vicios de Sintaxis.* — Barbarismo sintáctico — Solecismo — Anfibología — Oscuridad — Monotonía o Pobreza — Redundancia 138

NOCIONES DE LINGÜÍSTICA Y ETIMOLOGÍA

LINGÜÍSTICA. — 1. El lenguaje y sus divisiones. — 2. Lengua o idioma; dialecto. — 3. La Lingüística. — 4. División. — 5. División de las lenguas en vivas y muertas. — 6. División de las lenguas por su estructura: lenguas monosilábicas, aglutinantes y de flexión. — 7. Lenguas semíticas. — 8. Lenguas camíticas. — 9. Lenguas indoeuropeas. — 10. Lenguas neolatinas 147

ETIMOLOGÍA. — 1. Concepto y utilidad de la Etimología. — 2. La Temática: Raíz, radical, afijos, flexiones y desinencias. La palabra desde el punto de vista etimológico.

PÁGINAS

— 3. Formación de las palabras. — 4. Formación de las palabras por derivación. — 5. Papel de la eufonía. — 6. Modificación morfológica de las palabras. — 7. Sufijos o desinencias castellanas, su valor. — 8. Formación de las palabras por su composición. — 9. Enumeración de los principales prefijos castellanos. — 10. Familias de palabras 155

TEXTO DE LECTURA

SIGLOS XIX y XX

Artículos de costumbres — Autobiografía — Recuerdos — Tipos

PEREDA, *José María de*
Un despreocupado 175
UNAMUNO, *Miguel de*
Mi tercer año de bachillerato 180
AZORÍN
Mi tío Antonio 186
Las Tenerías 187
Mis aficiones bibliográficas 188
LARRA, *Mariano José de* (FÍGARO)
La polémica literaria 189
VALERA, *Juan*
El tío Juan y el tío Pedro 195
WILDE, *Eduardo*
La lluvia 199
SARMIENTO, *Domingo Faustino*
Anécdotas sobre Facundo Quiroga 208
La Travesía 210

2. Relatos de excursiones y viajes — Descripciones de sitios y lugares

UNAMUNO, *Miguel de*
Guadalupe 213

3. Novelas — Leyendas en prosa — Tradiciones y creencias populares — Cuentos — Chascarrillos

PEREDA, *José María de*
No es casa de huéspedes 218

PÁGINAS

VALERA, *Juan*
Los santos de Francia 223
CABALLERO, *Fernán*
Juan Soldado 225
Ahí me las den todas 233
BÉCQUER. *Gustavo Adolfo*
La Ajorca de oro 234

4. La Historia en los siglos XIX y XX

MITRE, *Bartolomé*
La Abdicación de San Martín 242

5. La Crítica y la erudición

ORTEGA Y GASSET, *José*
Los versos de Antonio Machado 247
AZORÍN
Galdós 252
RODRÍGUEZ, *Zorobabel*
La seducción de las palabras 256

6. Fábulas

AZCUÉNAGA, *Domingo de*
El Mono y el Tordo 260

7. La Poesía Lírica en los siglos XIX y XX

I. Líricos posteriores al Romanticismo, o sea de la segunda mitad del siglo XIX en adelante

NÚÑEZ DE ARCE, *Gaspar* ...
La esfinge 262
CAMPOAMOR, *Ramón de*
Caballos y caballeros 264
Humoradas 264
BÉCQUER, *Gustavo Adolfo*
Del salón en el ángulo obscuro 265
MACHADO, *Antonio*
El Hospicio 266
Amanecer de Otoño 266

PÁGINAS

CARRIEGO, *Evaristo*
Has vuelto 267
La silla que ahora nadie ocupa 268
GUIDO Y SPANO, *Carlos*
Nenia 269
OBLIGADO, *Rafael*
El cuento de las olas 270
DARÍO, *Rubén*
Allá lejos 272
El país del sol 273
HERRERA Y REISSIG, *Julio*
La vuelta de los campos 273
ZORRILLA DE SAN MARTÍN, *Juan*
Tabaré (Fragmentos) 275
SILVA, *José Asunción*
Vejeces 280
ACUÑA, *Manuel de*
Nocturno 281
MARÍA ENRIQUETA
El Afilador 284
NERVO, *Amado*
La hondura interior 286
GUTIÉRREZ NÁJERA, *Manuel*
Mis enlutadas 287
VALENCIA, *Guillermo*
El triunfo de Nerón 290
DEL CASAL, *Julián*
Flores 290

II. LÍRICOS ROMÁNTICOS, O SEA DEL SEGUNDO TERCIO DEL SIGLO XIX

RIVAS, *Angel de Saavedra, Duque de*
Un embajador español 291
ZORRILLA, *José de*
Introducción de los *"Cantos del Trovador"* 296
ECHEVERRÍA, *Esteban*
Crepúsculo en el mar 298

PÁGINAS

III. POETAS LÍRICOS PRECURSORES DEL ROMANTICISMO

HEREDIA, *José María de*
En el Teocalli de Cholula 299

IV. POETAS LÍRICOS SEUDOCLÁSICOS Y ACADÉMICOS DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX

a. La Nueva Escuela Sevillana

ARJONA, *Manuel María de*
La diosa del bosque 304

b. Continuadores y discípulos de la Escuela Salmantina

GALLEGO, *Juan Nicasio*
A la defensa de Buenos Aires 306

c. Líricos americanos de este grupo

VARELA, *Juan Cruz*
El 25 de Mayo de 1838 312
ACUÑA DE FIGUEROA, *Francisco*
Epigramas 316
PARDO Y ALIAGA, *Felipe*
Buenas noches 320
PARDO Y ALIAGA, *José*
La carta 322
BARALT, *Rafael María*
A Dios 326

8. Ensayos y Monografías

RODÓ, *José Enrique*
La grandeza de los imperios 327
DARÍO, *Rubén*
Paisaje 328
NERVO, *Amado*
La cortesía 329

9. El Teatro en el siglo XIX

I. EL TEATRO DESPUÉS DEL ROMANTICISMO

LÓPEZ DE AYALA, *Adelardo*
"Consuelo" (Fragmentos) 331

Páginas

II. El Drama Romántico

Rivas, *Duque de*
"Don Alvaro" (Fragmentos) 351

10. La Poesía Gauchesca en el Río de la Plata

Hernández, *Jose*
La Vuelta de Martín Fierro 371
Ascasubi, *Hilario*
La sorpresa 385
Solicitud de Aniceto el Gallo 386

11. Cartas — Discursos Escritos varios

Martos, *Cristino*
Discurso 387
Guido y Spano, *Carlos*
La fiebre amarilla 389
Bolívar, *Simón*
Carta a Olmedo 394

SIGLO XVIII

La Poesía Lírica en el siglo XVIII

Líricos de la segunda mitad del siglo

a. La Nueva Escuela Salmantina

Meléndez Valdés, *Juan*
De la nieve 400
Cienfuegos, *Nicasio Alvarez de*
La desconfianza 402
Iglesias de la Casa, *José*
Epigramas 403

b. Líricos independientes

Moratín, *Leandro Fernández de*
La despedida 403
Epigramas 404

PÁGINAS

c. Iniciadores de la restauración poética

MORATÍN, *Nicolás Fernández de*
Epigramas 405
CADALSO, *José*
Anacreóntica 406
Un currutaco en 1770 407

2. El Teatro en el siglo XVIII

SAINETES

DE LA CRUZ, *Ramón*
El Calderero y vecindad 409

3. Fabulistas del siglo XVIII

SAMANIEGO, *Félix María de*
Los dos amigos y el oso 426
IRIARTE, *Tomás de*
El pato y la serpiente 427

4. Autobiografías y Memorias

TORRES VILLARROEL, *Diego*
Enfermedad y curación 428

5. La Prosa Doctrinal en el siglo XVIII

FEIJÓO, *Benito Jerónimo*
Defensa de las mujeres 443

6. Cartas del siglo XVIII

MORATÍN, *Leandro Fernández de*
Carta a Forner 450

SIGLO XVII

1. La Novela en el siglo XVII

I. EL QUIJOTE

CERVANTES, *Miguel de*
De los consejos de D. Quijote a Sancho 454
De los consejos segundos 457

PÁGINAS

II. La Novela Picaresca en el siglo XVII

Quevedo y Villegas, *Francisco de*
El Buscón 462

2. La Historia en el siglo XVII

Solís, *Antonio de*
"Conquista de Méjico", Cap. XII del Lib. II 468

3. La Poesía Lírica en el siglo XVIII

Góngora, *Luis de Argote y*
A un arroyo 471
A una rosa 471
Quevedo, *Francisco de*
Soneto 472
Soneto a una nariz 472
Arguijo, *Juan de*
A Orfeo 473
A Julio César 473
Rioja, *Francisco de*
A la rosa 474
Vega, *Lope de*
Romance 475
Soneto 477
Soneto 477
A mi sotana 478
Villegas, *Esteban Manuel de*
A sus amigos 478

4. El Teatro en el siglo XVII

I. La "Comedia"

Tirso de Molina
"La Villana de Vallecas" (Fragmento) 480

II. Entremeses

Quiñones de Benavente, *Luis*
El Talego — Niño 489

PÁGINAS

5. La Épica en el siglo XVII

HOJEDA, *Fray Diego de*
La oración de Jesucristo 501

6. Obras doctrinales en prosa del siglo XVII

QUEVEDO Y VILLEGAS, *Francisco de*
Oraciones de Bruto 504

7. La prosa satírica en el siglo XVII

QUEVEDO Y VILLEGAS, *Francisco de*
Cuento de cuentos 508

8. La prosa epistolar

SOLÍS, *Antonio de*
Carta a D. Carlos II 519

SIGLO XVI

1. La Novela en el siglo XVI

LA NOVELA PICARESCA

ANÓNIMO
Lázaro y su primer amo 522

2. La Prosa Religiosa en el siglo XVI

GRANADA, *Fray Luis de*
Del tercero título por que estamos obligados a Dios. . 530

3. La Poesía Lírica en el siglo XVI

I. LA ESCUELA SALMANTINA

LEÓN, *Fray Luis de*
Inmortalidad de ánima 532
En la cárcel donde estuvo preso 534

PÁGINAS

II. La Escuela Sevillana

Herrera, *Fernando de*
Canción al sueño 534
Alcázar, *Baltasar del*
Epigrama 536

III. La Escuela Aragonesa

Argensola, *Lupercio Leonardo de*
Soneto 536
A la muerte 537
Soneto burlesco 537
Argensola, *Bartolomé Leonardo*
Soneto 538

IV. Los Petrarquistas o italianizantes

De la Vega, *Garcilaso*
Canción tercera 538

4. La Poesía Épica en el siglo XVI

Ercilla, *Alonso de*
Caupolicán es elegido jefe 541

7. El género epistolar en el siglo XVI

Hurtado de Mendoza, *Diego*
El Duque de Arcos en Calalui 547

6. Tratados doctrinales en prosa del siglo XVI

Guevara, *Antonio de*
Menosprecio de corte y alabanza de aldea 549

7. El género epistolar en el siglo XVI

Pérez, *Antonio*
Carta 555

Fin

